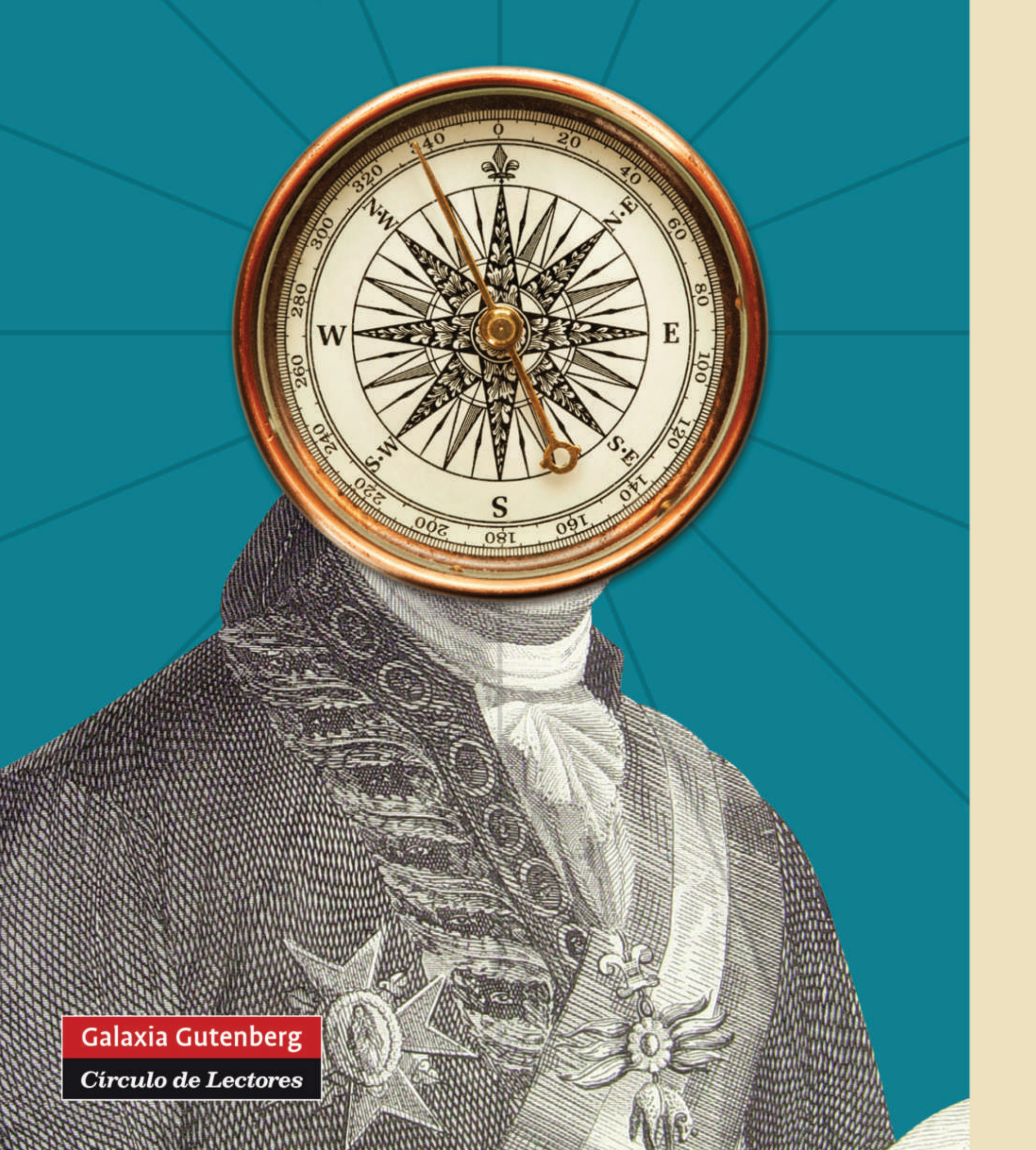
Julio Crespo MacLennan

Imperios

Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012



IMPERIOS

JULIO CRESPO MACLENNAN

VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:

https://www.facebook.com/culturaylibros

AVISO IMPORTANTE:

Saludos. Queremos en primer lugar agradecer la acogida que hemos tenido a lo largo de este tiempo. Como segundo punto queremos solicitar su apoyo, en algo muy sencillo pues hemos llegado al límite de capacidad en la subida de archivos en Google Drive (15 GB) y queremos expandir la capacidad de almacenamiento y solventar ciertos gastos, por esto necesitamos su ayuda en la siguiente petición: regalanos cinco segundo de su tiempo entrando en esta página para poder generar un poco de recursos y así mantener activa la cuenta y la página.

1. Dar click en el enlace: http://ow.ly/WhO3C
2. Esperar a que pase el anuncio de los cinco segundos y dar click en saltar anuncio.



Imperios
Auge y declive de Europa
en el mundo, 1492-2012

Julio Crespo MacLennan

Imperios

Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

A Catherine, una vez más
A Eduardo y Sandra, por primera vez

Índice

Segunda parte
EL DECLIVE
(1898-2012)

Agradecimientos

Escribir un libro de estas características, que abarca varios siglos de historia europea, grandes temas históricos, políticos y filosóficos, y aborda a la vez un tema tan actual como es el presente y el porvenir de Europa, ha constituido un gran reto para mí; sólo ha sido posible llevarlo a cabo en un periodo relativamente corto, gracias a la colaboración de varias personas con las que me siento en deuda.

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a María Cifuentes, por ser la editora que todo escritor desea tener. Sin su apuesta por este libro, y sin el respaldo de la editorial Galaxia Gutenberg, no me hubiera sido posible escribirlo. También quiero agradecer a mi agente, Antonia Kerrigan, por contribuir a su difusión.

Esta obra me ha exigido ampliar mis conocimientos mucho más allá de mi área de especialidad, que es la historia contemporánea europea. Por esta razón quiero dejar constancia de mi gratitud a varios colegas de Oxford, Madrid y distintos países por lo mucho que he aprendido de sus libros, conferencias y de mis conversaciones con ellos. Entre todos ellos quiero destacar a Felipe Fernández-Armesto, que me ofreció la gran oportunidad de ser profesor visitante en la Universidad de Tufts; a Manuel Lucena Giraldo, que además de ser gran amigo es un excelente asesor; también a Declan Downey, gran historiador irlandés y leal amigo.

También quiero expresar mi agradecimiento a Fernando Rodríguez Lafuente, por estar siempre dispuesto a escucharme y por la amistad con la que me ha honrado desde hace varios años. Así como a todos los colegas del consejo editorial de *ABC cultural*, con los que he pasado muy buenos ratos. A Charles Powell, maestro y amigo desde tiempo atrás. A Paul Flather por nuestra colaboración en Europaeum, a Richard Youngs, por los proyectos que planeamos desde FRIDE, a Antonio López Vega y finalmente a José María de Areilza.

A mi madre, Maya MacLennan, cuyos conocimientos históricos y

literarios han sido muy útiles para escribir este libro y generalmente todas mis obras.

A mi padre, Pedro Crespo de Lara, por todo el apoyo que siempre me ha dado, y por el privilegio que supone contar con sus consejos y su comprensión.

Por último, a mi esposa Catherine y a mis hijos, Sandra y Eduardo, por estar a mi lado en todo momento y por creer en mí. Dedicarles el libro es lo menos que se merecen.

Introducción

Desde las murallas de Cartagena de Indias hasta la Puerta de la India en Nueva Delhi, muchos son los monumentos dispersados por el mundo que recuerdan al pasado imperial de las potencias europeas. Hoy en día los habitantes de estas ciudades y los turistas deambulan por ellos con la misma curiosidad y fascinación por el pasado con la que visitan reliquias de antiguas civilizaciones. Pero el legado de Europa no es comparable al de aquéllas, pues su civilización se ha extendido más que ninguna otra, tuvo la supremacía mundial hasta hace relativamente poco tiempo y, como veremos en esta obra, condiciona el presente y marca las pautas del futuro de muchas naciones.

De los 193 países representados en Naciones Unidas más de dos tercios han sido colonias o protectorados europeos en algún momento de su historia. Incluso la todopoderosa civilización china iba a verse afectada por la expansión europea. Hay muy pocos países y pocas regiones del mundo que hayan vivido totalmente al margen de la influencia europea en la época en que sus grandes potencias dominaron el mundo.

La curiosidad de los europeos por otros mundos y su afán de expansión y conquista les llevó mucho más lejos de lo que nunca pudieron imaginar. Al alcanzar el cenit de su poder, el imperio español no sólo se extendía por gran parte del continente americano, desde California hasta Tierra de Fuego, sino que era un imperio global donde no se ponía el sol. Portugal también consolidó un imperio que abarcaba extensiones en América, África y Asia. El imperio británico a finales del siglo XIX llegó a cubrir una cuarta parte del globo terráqueo. Formidables fueron también las extensiones bajo dominio francés, que incluían casi la mitad del continente africano, y por supuesto un ejemplo muy notable de expansión terrestre fue el de Rusia que llegó a incluir un sexto de la tierra en sus fronteras. Holanda en el siglo XVII creó un imperio de dimensiones mucho más modestas pero le bastó para alcanzar la hegemonía económica.

La expansión territorial lograda mediante la colonización y conquista fue sólo un aspecto del dominio que varias potencias europeas ejercieron sobre el mundo a partir del siglo XV. Hubo una influencia política como consecuencia de que muchas naciones se crearon a imagen y semejanza de las europeas; también una influencia ideológica, pues las ideas del viejo continente se propagaron y fueron implementadas en el ámbito global. Hubo asimismo una influencia económica, pues el acceso a tantos recursos naturales de muy diversas partes del mundo fue fundamental para explicar el crecimiento económico de Europa, y además las potencias europeas lograron crear un mercado global. Por último Europa iba a ejercer la hegemonía desde el punto de vista cultural, pues gracias a la expansión de sus potencias la cultura occidental predominó en buena parte del mundo; incluso iba a haber un aspecto espiritual del dominio europeo, logrado gracias a la propagación de la religión cristiana, que varios imperios se propusieron y que los misioneros llevaron a cabo.

Un factor muy importante que contribuyó al dominio europeo del mundo en todos estos aspectos fue el demográfico. Hasta cierto punto esta obra podía haberse titulado la historia de la expansión de los europeos por el mundo. La emigración de población europea y su asentamiento permanente en otros continentes acompañó a las grandes potencias en su expansión, especialmente en América. Los imperios coloniales y también las antiguas colonias constituyeron una forma muy eficaz de dar salida al exceso de población, especialmente en el siglo XIX. Una de las razones por las que los imperios llegaron tan lejos se debe a que los europeos en general, desde el siglo XV hasta comienzos del XX, tuvieron un ansia migratoria sin parangón en la historia. Los europeos mostraron también un extraordinario espíritu aventurero y una curiosidad por descubrir otras tierras de vital importancia para poder asentarse tan lejos de su lugar de origen. Todo ello contribuyó de forma muy especial a la expansión de los pueblos europeos por el planeta.

El objetivo de esta obra es explicar por qué Europa dominó el mundo desde el siglo XV hasta el siglo XX, de qué forma ejerció su poder, cómo y por qué lo fue perdiendo, y por último cuáles son las consecuencias de esta era de hegemonía del viejo continente.

El imperialismo y la expansión colonial europea no sólo han sido criticados por los pueblos que los padecieron, sino también por los europeos, incluidos los habitantes de las antiguas potencias coloniales

que más se beneficiaron de ellos. La razón principal se debe a que estos fenómenos se han identificado con el sometimiento de unos pueblos por otros más fuertes, matanzas indiscriminadas contra algunos pueblos y lo que es peor, el genocidio. El racismo está también muy asociado a la expansión europea del mundo, y por último la esclavitud. El hecho de que las potencias europeas fueran responsables del traslado forzoso de millones de seres desde África a América con el fin de ser esclavizados ha provocado la condena unánime de todos los países, e incluso muchos de los que padecieron la esclavitud han exigido compensaciones económicas a los estados que la promovieron.

Ninguno de estos males son exclusivamente europeos, pues por desgracia, como escribió Jorge Luis Borges, la historia de la infamia es universal. Pero evidentemente en la historia imperial de Europa hay mucha sangre, sometimiento, explotación, sufrimiento e injusticias. Esta obra les prestará la atención que se merecen y en sus páginas aparecerán los nombres de sus principales responsables y de muchos de los que han sido considerados grandes monstruos y los mayores genocidas de la historia.

Por otro lado, también analizaremos la contribución que ha hecho Europa a la creación del mundo moderno mediante su expansión imperial, y los fenómenos europeos que han sido habitualmente considerados como beneficiosos para el conjunto de la humanidad. Esta lista iría encabezada por la propagación del sistema de gobierno que generalmente es considerado como el mejor, o al menos el que otorga más poder a los ciudadanos: la democracia, y también las ideas que permiten su buen funcionamiento como es el Estado de Derecho, la separación de poderes, el parlamentarismo, el principio de igualdad entre los ciudadanos, la libertad individual y, por último, los derechos humanos. Otra contribución política muy notable para todos los pueblos de la tierra es el Estado-nación. La segunda aportación evidente es la de la economía de mercado que se impuso en el mundo como la mejor forma para intercambiar bienes entre seres humanos y generar riqueza. Hay también una larga lista de beneficios que muchos ciudadanos del mundo iban a disfrutar como consecuencia de la propagación de los avances científicos y tecnológicos europeos. Éstos incluyen desde métodos más eficaces de agricultura que proporcionaron alimentos para muchos pueblos y evitaron hambrunas, a la medicina moderna que iba a permitir curar muchas enfermedades y aumentar la esperanza de vida en muchos países.

En definitiva, examinaremos toda una epopeya como es la expansión de Europa por el mundo con sus luces y sus sombras, sus protagonistas, tanto los que inspiraron admiración como desprecio, y las ideas que se propagaron con el avance de los europeos por tierras lejanas. Con este fin, iremos viendo la expansión de varios países europeos a través de sus asentamientos militares, imperios coloniales, proyectos empresariales y emigración de ciudadanos a otros continentes. Haremos un recorrido por uno de los procesos más fascinantes de la historia como es el asentamiento en otros continentes de europeos de muy diversa índole, se describirán los logros de navegantes como Cristóbal Colón o Vasco de Gama, conquistadores españoles como Hernán Cortés o Francisco Pizarro, británicos como Robert Clive o Cecil Rhodes, y otros notables personajes de Francia, Holanda, Rusia y otros países.

Por otro lado esta obra tratará la trayectoria de europeos anónimos que llegaban a otros continentes por razones muy diversas, desde soldados y funcionarios, emigrantes y buscadores de fortuna a presos y exiliados. También abordará el enfrentamiento con los pueblos de tierras conquistadas, el exterminio de algunas de ellas y el choque de culturas; por último examinará también la literatura que nos ha dejado la expansión europea, desde Bernal Díaz del Castillo en Nueva España a Tocqueville en América, Kipling en la India o Joseph Conrad en Asia y en África, y analizará las ideas tanto a favor como en contra de la expansión por el mundo que germinaron en Europa y fuera de ella.

La segunda parte del libro trata sobre el declive, cómo la crisis del imperialismo y dos guerras mundiales precipitaron el fin de la era colonial y de la hegemonía de las potencias europeas en el mundo. Analizará las consecuencias que tiene el imperialismo llevado a sus máximos extremos entre las potencias europeas, el auge de un mundo postcolonial en el que la herencia europea suscita mucha controversia, y por último la trayectoria de los europeos en su era postimperial.

A lo largo de las páginas siguientes me he propuesto también promover la pasión por la historia, que últimamente se está perdiendo. La historia contó siempre con muchos lectores por dos razones: primero porque es una parte esencial de la formación de toda persona instruida y con avidez por saber, y segundo porque si está bien escrita es tan apasionante como una novela o cualquier obra de ficción. La excesiva especialización, el academicismo y el hecho de que muchos historiadores escriben pensando más en sus colegas o rivales que en la necesidad de transmitir sus ideas al público general han dificultado la lectura de

sus obras. Este libro está escrito para todo tipo de lectores intentando, en la medida de mis posibilidades, contribuir tanto a la historia como a la literatura, y confiando en que su lectura les reconcilie con los libros históricos.

Mucho se ha escrito sobre todos los imperios y las grandes potencias tratadas en este ensayo. Hay una excelente literatura sobre la expansión de estas potencias y la contribución de cada una de ellas a la época que les tocó vivir, así como algunas historias comparadas entre los imperios de algunas de ellas. Existe además una abundante literatura sobre el fenómeno del auge y caída de imperios o de grandes potencias, especialmente en el mundo de habla inglesa. El tema del declive del poder o la decadencia imperial ha atraído a muchos autores desde que Edward Gibbon publicara su monumental *Historia de la decadencia del imperio romano*. Especialmente influyente en la época en que se escribió fue la obra sobre *La decadencia de Occidente* publicada por Oswald Spengler. La comparación de imperios y civilizaciones a lo largo de la historia para llegar a teorías totalizadoras ha sido intentada por varios intelectuales, y el que tuvo más éxito en la tarea fue Arnold Toynbee en su obra enciclopédica *El estudio de la historia*. Una gran contribución a la explicación de cómo surgen grandes potencias, cómo suele ser su desarrollo y por qué caen fue la que hizo el historiador Paul Kennedy en su famosa obra *Auge y caída de las grandes potencias*. No habría podido escribir este libro sin beneficiarme de la contribución de todos estos historiadores y otros muchos que menciono en la bibliografía.

Sin embargo, los análisis sobre el auge y declive de Europa en el mundo, desde la perspectiva que pretende dar este libro, escasean. Una explicación a un hueco tan importante en la literatura es que los historiadores, politólogos y autores en general interesados en el tema de la expansión imperial lo han abordado desde una perspectiva nacional o global, pero no europea.

Hasta hace pocas décadas Europa estaba profundamente dividida en naciones, con frecuencia enfrentadas a lo largo de la historia y, como consecuencia, el interés tanto de autores como de lectores de ver más allá de sus propias naciones era escaso. Hubo, eso sí, cada vez más historiadores que se especializaban en países que no eran los suyos, con excelentes aportaciones; también se escribieron muy buenas historias comparativas de imperios. Y, por supuesto, hay cada vez mejores y más novedosas historias de Europa.

Por otro lado, a muy pocos historiadores les ha tentado el reto de comparar la expansión de todas las naciones europeas que se expandieron por el mundo, preguntarse hasta qué punto eran fenómenos muy similares, y comparar su comportamiento y su legado en el mundo. Sin duda las rivalidades y el peso de la historia influyeron mucho y contribuyeron a que contara más lo que les separaba que lo que les unía. Había imperios como el español, el francés, o el británico que también se consideraban por sí solos civilizaciones, especialmente en el caso francés. Todos ellos eran conscientes de ser parte de una gran civilización occidental, pero no tanto de una civilización europea, pues Europa era un término geográfico y una vana referencia cultural pero nada más.

Sin embargo en la actual Unión Europea, el significado del término europeo ha cambiado radicalmente como consecuencia de la relación cada vez más estrecha que mantienen sus países. No sólo se necesita una narrativa que explique a los europeos la historia y la cultura que comparten, como ya se ha hecho en las últimas décadas, sino también una que aporte una explicación sobre el papel que han desempeñado en el mundo y cuál es su legado. Esta última es especialmente relevante en un momento como el actual en el que los estados miembros de la Unión Europea (UE) están construyendo una política exterior común y se plantean estrategias globales para defender y promover los intereses de la UE en el mundo.

Desde el momento en que las guerras y las fronteras de Europa fueron sustituidas por la libre circulación de personas, servicios y capitales por el viejo continente, cada vez han sido más los europeos que se han dado cuenta de que su identidad abarca un espacio mayor que el de la nación a la que pertenecen. Éste ha sido muy especialmente mi caso. Por circunstancias familiares me eduqué bilingüemente entre dos países y dos culturas de países históricamente enfrentados como son España y Gran Bretaña. En todas las instituciones educativas por las que he pasado me rodearon siempre compañeros de diversos países europeos. Mi esposa es hispanofrancesa, en casa hablamos en inglés, francés y español, mis hijos tienen sangre de tres grandes potencias como fueron España, Francia y Gran Bretaña, y se educan bajo el influjo de estas tres culturas. Se entenderá por lo tanto por qué para mí, y mucho más para mis hijos cuando tengan conciencia de ello, ser europeo significa algo más que un término geográfico, pues define muy bien lo que es nuestra identidad.

Esta identidad europea y también mi afinidad hacia varias naciones europeas han marcado profundamente mi trayectoria académica. Siempre me ha interesado mucho la historia comparada, no sólo de España y Gran Bretaña que son los países que conozco mejor, sino también de otras grandes naciones europeas. En mis estancias por estos países siempre me he preguntado sobre sus similitudes y diferencias y hasta qué punto la historia que han compartido o les ha enfrentado marcan su presente.

Como les ocurre generalmente al resto de los europeos, cuando más consciente he sido del significado de la identidad europea ha sido durante mis estancias más allá del viejo continente. Este libro empezó a gestarse en los viajes que he hecho por el mundo en los últimos años. Paseando por la capital de Trinidad y Tobago, por el malecón de La Habana, por las avenidas de Buenos Aires, el viejo Plymouth en Massachusetts o por el centro de Nueva Delhi, el legado europeo en todos estos lugares me llevó a preguntarme muchas de las preguntas que he intentado responder en este libro.

En esta obra combino el orden cronológico con el temático. El capítulo 1 comienza explicando una pregunta de capital importancia: ¿Por qué fue Europa y la civilización occidental la que tomó la delantera al resto de las civilizaciones en el descubrimiento del mundo y su dominio? La siguiente cuestión es cómo y por qué logró España convertirse en la potencia más poderosa del mundo a pesar de que Portugal dio comienzo a la llamada era de los descubrimientos y tenía todo a su favor para liderar este proceso. La respuesta principal está en el extraordinario descubrimiento de un navegante llamado Cristóbal Colón, y este capítulo se centra también en el impacto extraordinario que tuvo el descubrimiento de América sobre España, Portugal y el resto de Europa.

A pesar de que España y Portugal lograron repartirse el mundo, pronto otras potencias europeas se lanzaron a la conquista de territorios en ultramar. El capítulo 2 analiza el auge de los imperios de Inglaterra, Francia y Holanda. Explica la extraordinaria hazaña de Holanda que logró alcanzar la hegemonía económica en Europa a través de su imperio colonial en el siglo XVII. Paralelamente aborda cómo Inglaterra forma su primer imperio en América del Norte, y se lanza a la búsqueda de colonias por el mundo, y de qué manera Francia consigue también superar grandes dificultades hasta conquistar una buena parte de América y crear un imperio. A lo largo de este proceso de expansión iremos viendo cómo estas tres naciones logran desplazar a España y

Portugal de la hegemonía mundial, y la actitud que tienen tanto sus hombres de Estado como sus grandes pensadores y hombres de acción.

La expansión colonial se relaciona con las cinco potencias analizadas en los dos primeros capítulos, pero desde Escandinavia también se iban a hacer contribuciones notables a este proceso. Por esta razón la primera parte del capítulo 3 está dedicada a la creación de los imperios de Dinamarca y Suecia. La otra potencia determinante en la expansión europea es Rusia, que crea uno de los mayores imperios terrestres de la historia. A pesar de que Rusia ha sido descrita frecuentemente como una potencia euroasiática que no pertenece plenamente al mundo europeo, este capítulo mostrará por qué los credenciales europeos de la Rusia zarista que surge en torno a Moscú son innegables, y su contribución a la expansión de Occidente por Asia no podía faltar en un libro de estas características.

La era de las revoluciones tuvo enormes repercusiones tanto en el interior de Europa como en sus imperios. Por esta razón el capítulo 4, dedicado a este tema, tiene una importancia capital. La Revolución francesa convulsionó al mundo europeo. Sin embargo, unos años antes el Antiguo Régimen comenzó a desmoronarse al otro lado del Atlántico con el estallido de la guerra de Independencia americana en 1776. Este capítulo analizará el impacto que tuvo la creación de los Estados Unidos de América, y de qué forma influyeron los principios de la Ilustración en los padres fundadores de este gran país. Luego explicará cómo la ola revolucionaria fue propagándose por el continente americano, desde Haití hasta desmantelar los imperios de España y Portugal. Prestará especial atención a las hazañas de los líderes independentistas de Iberoamérica y a las ideas que les inspiraron. En él también analizaremos los grandes cambios que provocó esta era, como la abolición de la esclavitud o la creación de un nuevo mundo atlántico.

El avance de los imperios europeos por el continente asiático fue fundamental para alcanzar la hegemonía global. El capítulo 5 se centra en este tema. Abordará la colonización de la India por varias potencias hasta que Inglaterra logró imponerse, y el impacto que tiene el subcontinente indio en el imperio británico. Las incursiones europeas en China serán tratadas en detalle y por último se examinará un fenómeno de gran repercusión en el mundo asiático como fue el auge de Japón como potencia occidentalizada.

Como ya advertí anteriormente, la emigración europea es fundamental para entender el impacto de la expansión de los imperios. Por

esta razón el capítulo 6 está dedicado a las grandes olas migratorias de Europa por el mundo, tanto a las colonias como a los países que lo fueron originalmente. Como veremos, la emigración europea tuvo una importancia capital en el desarrollo de las naciones americanas, desde Estados Unidos hasta Argentina.

África se mantuvo prácticamente al margen de la expansión europea durante mucho tiempo. Sin embargo, como mostrará el capítulo 7, en poco más de dos décadas las potencias europeas se repartieron todo este gran continente a finales del siglo XIX.

El imperialismo europeo atraviesa una época dorada a partir de la segunda década del siglo XIX, como explica el capítulo 8. Surgen dos nuevas potencias con ínfulas de expansión por el mundo: Alemania e Italia. Este capítulo explicará cómo se veía cada una de las grandes potencias europeas en esa época en que el poder de Europa en su conjunto crecía cada vez más. También se analizarán teorías como el socialdarwinismo y las ideas sobre la superioridad racial de los europeos, y por último la literatura que inspiró la experiencia imperial de entonces desde León Tolstói a Rudyard Kipling.

¿Cuando empezó el declive de Europa en el mundo? Tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, como explica el capítulo 9, dos décadas antes comenzó a haber señales de que el poder europeo podía ser desafiado por otras potencias emergentes. Este capítulo explica cómo el mundo europeo iba a ser víctima del imperialismo y el expansionismo que permitió su auge. Examina los acontecimientos que iban a precipitar el declive de las potencias europeas desde 1918 hasta llegar al punto más bajo en 1945 y, por último, las ideas que contribuyeron a socavar el esplendor de la civilización europea.

La emigración europea por el mundo no sólo se intensificó en las primeras décadas del siglo XX sino que surgió un nuevo fenómeno, el del exilio europeo, que no ha recibido la atención que se merece. Por esta razón, el capítulo 10 está centrado en él. En varios países europeos cada vez fueron más los ciudadanos que se vieron obligados a huir a otros continentes por razones políticas y también étnicas y religiosas, como fue el caso de los judíos. Este capítulo analiza también el desarrollo del movimiento sionista que culminó con la creación del Estado de Israel, causando gran impacto sobre Oriente Medio y las relaciones internacionales. Reflexiona, por último, sobre las consecuencias que tuvo el éxodo de muchos de los grandes talentos europeos por el mundo.

¿Estaban los imperios coloniales condenados a desaparecer desde comienzos del siglo XX o, por el contrario, fue el declive de las grandes potencias lo que precipitó su caída? El capítulo 11 responde a esta pregunta, examinando los orígenes y el desarrollo del proceso de descolonización. Muestra cómo este proceso transformó el orden mundial con el auge del tercer mundo, y analiza la difícil relación que iba a mantener el mundo postcolonial con las potencias europeas a lo largo de muchos conflictos, como fueron la crisis de Suez, la guerra de Argelia, etc. Veremos también cómo repercute la lucha ideológica de la Guerra Fría en el tercer mundo. Por último analizaremos las consecuencias que tuvo el desmembramiento del último de los grandes imperios surgidos de la expansión europea: el de la Unión Soviética.

Un fenómeno inesperado que tuvo lugar en la Europa postimperial fue el de la inmigración. La necesidad de mano de obra llevó a que muchas naciones europeas abrieran sus fronteras a la inmigración del resto del mundo, especialmente de sus antiguas colonias. El capítulo 12 analiza las consecuencias que tuvo para el mundo europeo el que sus ciudadanos tuvieran que convivir con gentes de otras culturas y razas, las aportaciones del multiculturalismo y el desafío que supuso para la sociedad europea.

¿Qué papel le corresponde a Europa en un mundo en el que sus potencias ya no son hegemónicas? ¿Cómo organizarse para evitar que se repitan las amargas experiencias del siglo XX y volver a tener un papel relevante en el ámbito global? Estas grandes preguntas que se hicieron los líderes europeos desde los años cuarenta son respondidas en el último capítulo de esta obra, dedicado a la Europa postimperial. El proceso de integración europea y la creación de la Unión Europea ocupan un lugar central como solución que encontraron los europeos a los retos que han tenido que confrontar desde los años cincuenta hasta la actualidad.

¿Cuál es el balance que podemos hacer después de más de cuatrocientos años de hegemonía de Europa en el mundo? ¿Cuál es el legado más importante de Europa? ¿Tiene Europa una misión relevante en el siglo XXI? El lector encontrará las respuestas a estas grandes preguntas al final de esta obra, y después del recorrido que haremos a lo largo de las siguientes páginas por cinco de los siglos más apasionantes de la historia universal.

Primera parte

EL AUGE DE EUROPA

Son siempre los aventureros los que hacen grandes cosas, no los soberanos de los grandes imperios.

CHARLES DE MONTESQUIEU

Éste es nuestro propósito, hacer lo más significante posible esta vida que hemos recibido, vivirla de forma que podamos sentirnos orgullosos de nosotros mismos, actuar de forma que alguna parte de nosotros continúe viviendo.

OSWALD SPENGLER

La mejor defensa contra el mundo es tener un profundo conocimiento sobre él.

JOHN LOCKE

CAPÍTULO 1

El esplendor del imperio español y portugués y el impacto del descubrimiento de América

El 12 de octubre de 1492 tres carabelas capitaneadas por el navegante genovés Cristóbal Colón llegaron a una isla tropical. Para sus tripulantes la sensación de alivio fue enorme. Habían pasado varias semanas en el mar temiendo morir de sed y de hambre. Cristóbal Colón, además de alivio, debió sentir gran euforia al desembarcar, ya que la desconocida isla parecía confirmar que su objetivo de llegar a Asia navegando hacia el oeste se había conseguido; de ese modo también podría recibir los honores que había exigido al embarcarse en tan arriesgada aventura. Ese día Colón hizo historia, pero por motivos mucho más importantes de los que él se imaginaba: en vez de Asia había llegado a América. El descubrimiento de este continente constituyó el inicio de una fase de expansión que iba a llevar a los europeos a lograr la hegemonía mundial durante varios siglos.

La extraordinaria hazaña de Colón se debe principalmente a su inteligencia, perseverancia y conocimientos, pero también a un reino, el de Castilla, que buscaba su expansión y que supo apostar por una empresa tan audaz y temeraria como atractiva, aquella que proponía el navegante genovés. Fue por último el resultado de una época prodigiosa, el Renacimiento, ese tiempo en el que todo era posible y en el que Cristóbal Colón tuvo la suerte de nacer.

Al final del siglo XV Europa occidental vivía vertiginosos cambios. Al salir de la Edad Media la vida intelectual sometió a examen crítico la imagen tradicional del mundo y trató de llegar al conocimiento objetivo de lo visible. Volvió la atención hacia la era clásica, incomprendida y enterrada durante sucesivos siglos. Con el Renacimiento nació una nueva concepción del hombre, de sus mitos y aficiones. Este cambio supuso extraordinarios logros en el campo del pensamiento, de la creación artística y de la ciencia. En aquellas ciudades de Italia, donde pese a un intencionado olvido aún persistía la herencia de otro mundo, floreció de una manera casi natural la semi-

lla del ideal humanista, cuya huella los siglos medievales nunca pudieron borrar. En ellas se descubrieron artistas polivalentes, formados en las mejores escuelas y de cuyo arte y talento nacería una producción de obras tan grandiosas y notables como nunca antes se había conseguido. Por aquellos tiempos Giuliano della Rovere asumió el papado como Julio II y decidió reconstruir Roma. Quiso hacer de ella la capital del mundo, y de su basílica «el símbolo de una nueva era». En las ciudades de Italia existía la conciencia de un gran pasado; de allí nació una energía fecunda y sus consecuencias se extendieron por todo el mundo occidental: personajes como Miguel Ángel, al igual que Erasmo de Rotterdam o Cristóbal Colón, fueron los mejores ejemplos de lo que el nuevo hombre europeo era capaz de concebir. Fenómenos sociales y económicos como el auge de la burguesía y la aparición del capitalismo mercantil hacían a los europeos emprender la era moderna. En esta época el dinero surgió como un medio accesible cada vez a más gente para mejorar su condición y ascender socialmente, y como consecuencia comenzaron a proliferar los buscadores de fortuna.

Sin embargo nada hacía presagiar que los europeos iban a lanzarse a la conquista y colonización de tierras desconocidas hasta entonces, y que iban a formar imperios que les llevarían a dominar el planeta en los próximos siglos. De hecho, comparada con otras grandes civilizaciones de entonces, Europa resultaba más pobre y con menos capacidad para expandirse por otros continentes.

Desde tiempos de Marco Polo los europeos habían soñado con la mítica abundancia y la sofisticación de las civilizaciones de China y la India, donde se decía que había tanta riqueza que podían encontrarse palacios con las paredes cubiertas de oro. China era la civilización más avanzada y también la que tenía mejores condiciones para propagarse por el mundo. Desde el establecimiento de la dinastía Ming en el siglo XIII, había logrado derrotar a los invasores mongoles y unificarse en torno a un enorme territorio. Contaba con un gobierno unificado y centralizado bajo una burocracia bien educada, y sobre todo con extraordinarios avances científicos y técnicos. La invención de la pólvora y la introducción de cañones habían dado a los chinos la superioridad militar, y contaban también con una poderosa industria pesada. Por último, a partir del siglo XVI China comenzó a estar mucho más poblada que cualquier otra región del mundo, con más de cien millones de habitantes, el doble que Europa.

La marina china tenía 1.350 barcos en el año 1420, y en las primeras décadas del siglo XVI los navegantes chinos surcaban buena parte del sur del océano pacífico e incluso habían llegado a la costa oriental de África. Por lo tanto, China tenía todas las condiciones para descubrir y explorar nuevos mundos y beneficiarse de ellos mucho antes que los europeos. Pero no iba a ser así. En 1436 un edicto imperial prohibió la construcción de barcos y sus grandes naves fueron destruidas. La razón de tan drástica medida se debía a que los mongoles amenazaban con invadir la frontera interior. El emperador decidió que para mantener las fronteras de sus dominios debía centrarse en su defensa y abandonar vagos proyectos de expansión por los mares. A partir de entonces China dio la espalda al mundo, la civilización más avanzada se fue estancando y el pueblo que pudo haberse convertido en primera potencia fue, en su lugar, una pieza en el juego imperial de otras potencias.

La otra civilización con ínfulas expansionistas en el siglo XV era la islámica. A pesar de que llevaba tiempo en retroceso en la Europa occidental, el mundo islámico aún mantenía un enclave importante en la península ibérica, el reino de Granada, y sus dominios se extendían por todo el norte de África y Oriente Medio hasta el norte de la India e incluso por el océano Índico. El miedo a la invasión islámica, tan imbuido en la conciencia colectiva europea durante varios siglos, seguía estando muy presente en el siglo XV. En 1453 Constantinopla sucumbió ante el imperio otomano, y la mítica capital bizantina no fue su última conquista en el mundo cristiano pues continuó expandiéndose por Grecia y los Balcanes hasta llegar a las puertas de Viena. También crecía en otros continentes: la dinastía Safavid estaba en pleno auge en Persia y era cada vez más poderosa. En Asia, el imperio mogol amenazaba con expandirse por todo el subcontinente indio. Además del deseo de expansión, los gobernantes del mundo islámico estaban tan convencidos como los cristianos de que su religión era la única verdadera, y su deber en esta tierra era propagar su fe y contribuir a convertir al mayor número posible de infieles.

En algunos aspectos Europa no tenía una civilización tan avanzada como la China, ni disponía tampoco de ejércitos tan temibles como los del mundo islámico. Sin embargo, los europeos tenían tres características que les iban a hacer alcanzar una posición hegemónica. En primer lugar, una gran curiosidad por el mundo: cuestiones como si la tierra era redonda, qué tamaño tenía el océano Atlántico o dónde podía haber tierras desconocidas iban a estimular a los navegantes en sus explo-

raciones, y sus descubrimientos harían grandes aportaciones tanto a sus pueblos como a la ciencia en general. En segundo lugar, avidez por descubrir nuevas rutas comerciales y pueblos que contribuyeran a crear riqueza. Por último, espíritu de aventura: más que ninguna otra civilización, la europea admiraba tanto al guerrero como al marino que marchaba a mundos lejanos en busca de la gloria para su pueblo o fortuna personal.

El pequeño reino de Portugal iba a ser pionero en el movimiento de expansión europea por el mundo. No era un reino tan próspero y poderoso como los del resto de la península ibérica, Francia e Inglaterra, pero estaba más unido y cohesionado. Con una extensa costa atlántica al oeste y próximo al continente africano al sur, su situación geográfica proporcionaba a los portugueses una gran ventaja para liderar la llamada era de los descubrimientos; su larga tradición marina contribuyó a que alcanzaran superioridad en la ciencia náutica en el siglo XV: la carabela fue un invento suyo, un nuevo diseño de barco que les iba a permitir llegar más lejos que nadie. En 1415, bajo el reinado de Juan I, Portugal hizo su primera incursión en África con la captura de Ceuta y el establecimiento de un asentamiento allí, con el objetivo de que este enclave tan estratégico próximo al estrecho de Gibraltar le ayudara a competir mejor contra potencias comerciales del Mediterráneo como Génova o Venecia. Poco después estableció colonizaciones agrarias en los archipiélagos de las Azores y Madeira. Pero esto sólo iba a ser el principio de un extraordinario proceso de expansión por el mundo que llevó a Portugal a establecerse en los lugares más remotos y abrir horizontes para los europeos que iban a alterar radicalmente su destino.

El auge de Portugal en el mundo se produjo principalmente gracias a iniciativas del hijo de Juan I, el infante don Enrique, más conocido como Enrique el Navegante a pesar de que apenas salió de su país. Enrique el Navegante era un típico representante de la realeza europea en la edad moderna: por sus venas corría sangre portuguesa, inglesa, francesa y española. Era, como se podía esperar de su condición, un buen patriota y un cristiano devoto, pero por lo demás fue un príncipe bastante atípico que mostró mucho interés por el mundo del comercio, una cuestión que no se solía dar en los que nacían en la abundancia; este sentido le hizo apoyar los proyectos de expansión de Portugal por el mundo con la avidez de un empresario de nuestro tiempo. Las razones por las que decidió apoyar las expediciones al sur de las Azores eran principalmente comerciales: obtener grandes beneficios de las es-

pecias y descubrir nuevas rutas comerciales; también de índole estratégica y religiosa: deseaba saber hasta dónde llegaba el mundo de los infieles y contribuir a llevar la cristiandad a dichas tierras y, al tiempo, averiguar si había cristianos con los que poder hacer alianzas.

En 1434 los portugueses lograron bordear el cabo Bojador en África occidental; una década más tarde, en 1444, Nuño Tristram llegó al río Senegal y poco después Dinis Díaz tomó posesión de Cabo Verde, que se convertiría en otra colonia de gran importancia para Portugal. Enrique el Navegante obtuvo del pontífice los derechos de soberanía de todas las tierras descubiertas por Portugal desde África hasta la India.

Ante el éxito de los descubrimientos y la bendición papal no es extraño que, tras la muerte del infante don Enrique en 1460, la corona siguiera apoyando con entusiasmo los proyectos de exploración. En 1469 el rey Alfonso V, que pasaría a la historia como «el Africano», concedió el derecho a explotar el comercio en Guinea a un mercader llamado Fernando Gómez, con la condición de que explorara todos los años cien leguas de territorio al año. Gómez cumplió su promesa y llegó a la llamada costa de oro en 1470. En 1481 Diego de Azambuja viajó con la misión de comenzar a explotar la costa de África occidental y fundó San Jorge de la Mina, el primer establecimiento portugués en el continente africano. En su viaje le acompañaron dos navegantes que con el tiempo iban a ser mucho más famosos que él: Bartolomé Díaz y Cristóbal Colón. Muy importantes fueron también los viajes por África de Diego Cao. Cao se adentró en el corazón del continente negro, llegó hasta la desembocadura del río Congo, estableciendo los primeros contactos con el remoto reino del Congo, en la actual Angola, y dando comienzo al proceso colonizador de la posesión lusa más importante en ese continente.

En 1487 un marino portugués marcó un nuevo hito en la exploración europea. Bartolomé Díaz logró ser el primer europeo en bordear el continente africano por el cabo de Buena Esperanza y entrar en aguas del océano Índico. No logró su objetivo de llegar a la India debido a la escasez de víveres y a las muchas adversidades que sufrió en el viaje, lo que le obligó a dar la vuelta, pero entró triunfalmente en Lisboa en 1488 con la buena noticia de que había conseguido abrir camino hacia la India desde el sur de África.

Los asentamientos portugueses en ultramar permitieron el auge de dos poderosos negocios. El primero fue el de la industria azucarera, que comenzó a desarrollarse por los colonos en sus posesiones en el

Algarve y pronto comenzaría a expandirse por todo el mundo colonial. Para promoverlo, de igual forma que ocurría con otros negocios de la historia colonial, se necesitaba mucha mano de obra, lo que dio lugar a otro negocio inicialmente lucrativo y con el tiempo polémico: la trata de esclavos. En las costas africanas los portugueses descubrieron un bien abundante y para el que iba a haber creciente demanda: los seres humanos. Éstos se podían comprar a tribus africanas o simplemente raptar y luego vender en Lisboa o en otros puertos.

Con el escándalo y el rechazo que este hecho hoy nos produce, tenemos que admitir que la esclavitud había existido tanto en Occidente como en las demás civilizaciones conocidas por los europeos desde tiempo inmemorial y sin que fuera cuestionada por razones éticas o morales. Lo escribió Aristóteles: «la humanidad está dividida en dos: los amos y los esclavos». Tampoco la condenó la Iglesia, siempre y cuando el esclavo no fuera cristiano. Con la expansión europea por el mundo, el comercio de esclavos se convirtió en un gran negocio: sin ellos el desarrollo de tierras conquistadas no era posible. De todas las razas esclavizadas por los europeos, la negra iba a ser la favorita y la que más soportó el peso de esta lacra.

El primer gran cargamento de esclavos negros arribó a Lisboa en 1441. En 1448 unos mil esclavos llegaron a Portugal o a las islas portuguesas. A partir de entonces la llegada de barcos con esclavos fue muy frecuente y se empleó a los desafortunados africanos principalmente para trabajar en las plantaciones de azúcar, pero también en comercios o en el servicio doméstico de Lisboa. También había demanda para la esclavitud en Sevilla y otras ciudades de Castilla y Aragón. Nada en comparación con la que iba a exigir la colonización del nuevo mundo.

Mientras que Portugal lideraba la era de los descubrimientos, los reinos vecinos de la península ibérica vivían tiempos de expansión y engrandecimiento. El factor clave para entender su fabulosa transformación fue el matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, mediante el cual se logró mucho más que la unificación de los dos reinos. Fernando de Aragón fue un rey de grandes dotes militares pero sobre todo diplomáticas, hasta el punto que fue él quien configuró el futuro de muchos estados mediante el matrimonio de sus propios hijos, componiendo unas uniones entre las dinastías que definieron el porvenir de Europa. Fue el estadista en quien se inspiró Maquiavelo para escribir su famoso ensayo, *El Príncipe*. En una oca-

sión, cuando le dijeron que el rey de Francia se quejaba de que lo había engañado dos veces, respondió: «Miente el rey de Francia, lo he engañado diez veces».

Por su parte, Isabel, que no estaba destinada a ser reina de Castilla desde su nacimiento, llegaría a la corona gracias a su habilidad, a su voluntad de hierro, y a una fe absoluta en su hado. Fue así como llevó adelante mucho de lo que se propuso en su reinado. Metas ambiciosas conseguidas con la pasión por la gloria que caracterizó a su tiempo.

La reina Isabel tomó la determinación de que el reino de Castilla debería ampliar sus fronteras como lo estaba haciendo Portugal. Un logro importante fue la conquista de Canarias, que permitió la primera expansión de ultramar y la adquisición de un archipiélago de gran importancia para los futuros descubrimientos de este reino.

En 1492 los Reyes Católicos hicieron una aportación fundamental para la historia de España y de Europa: la conquista del reino nazarí de Granada, con la cual se ponía fin a la presencia islámica en la península ibérica. De esta forma se alteraba el perfil de Europa durante los próximos quinientos años, pues hasta la creación del Estado de Albania, en 1925 no iba a haber en el continente un Estado con mayoría musulmana.

La culminación de la reconquista tuvo una importancia capital en el auge de una mentalidad expansionista que iba a predominar en la corona de España durante los próximos siglos. La reina Isabel, animada por este éxito, aspiraba a que su reino conquistara el norte de África y lograra su cristianización, y así lo dejó escrito en su testamento. Sin embargo, ese año triunfal le iba a brindar a su reino la oportunidad de expandirse por un mundo jamás imaginado, gracias al navegante Cristóbal Colón.

Cristóbal Colón es quizás el ejemplo más destacado de ese nuevo espíritu renacentista que recorrió Europa, el que representa a un hombre audaz, pero también instruido, experto y con conocimientos científicos. Colón era ese gran navegante preocupado tanto por los estudios geográficos como de cartografía, que conocía las teorías del sabio florentino Toscanelli y sus cartas náuticas. Fue también un gran observador de la astronomía, de los vientos, de las corrientes marinas.

Debido a la trascendencia que alcanzó su descubrimiento, Colón es de los personajes de su época sobre los que más se ha escrito (él mismo dejó bastantes textos sobre sus hazañas). Sin embargo, varias etapas de su vida han sido objeto de mucha polémica, entre ellas sus orígenes y

su nacimiento. El hecho de que su hijo Fernando no especificara en la biografía que escribió sobre su padre su lugar de origen ha dado lugar a todo tipo de especulaciones sobre dónde nació el famoso navegante, pues varios son los pueblos que han querido tener al descubridor de América entre sus hijos predilectos. Se ha dicho que Colón era mallorquín, catalán, judío, griego e incluso francés, escocés y polaco. Pero sus biógrafos más prestigiosos coinciden en que nació en Génova en 1453, en el seno de una familia humilde. Hijo de un tejedor, no recibió educación formal alguna pero se preocupó por saber. Tuvo sueños de grandeza desde muy joven y siempre ambicionó dejar huella en su época, razón por la cual eligió una de las pocas profesiones que en sus circunstancias le permitirían ascender socialmente y aspirar a hacer fortuna: la de navegante.

Colón se embarcó por primera vez cuando sólo era un adolescente y acumuló una amplia experiencia como marino antes de los treinta años, habiendo llegado a la costa de Guinea en el sur, y a Islandia en el norte. Como muchos marinos de su tiempo se preguntó con frecuencia qué podía haber al oeste de los mares del Atlántico por los que habitualmente navegaban los europeos. Tras la traducción al latín del tratado sobre geografía de Ptolomeo, en 1410, la idea de que el mundo era redondo se fue imponiendo en la comunidad científica. Muy influyente para Colón fue también la obra *Imago Mundi*, del cosmógrafo francés Pierre d'Ailly, que defendía la teoría de que la tierra era asimétrica y que había cuatro continentes en el mundo. Estos conocimientos y, ante todo, su propia intuición como marino le llevaron a concluir que en unas semanas, navegando con rumbo al oeste, era posible llegar a la costa asiática y, concretamente, a Zipango, el antiguo nombre dado por los europeos a Japón.

Tras concebir un plan tan atrevido, su siguiente objetivo fue encontrar un Estado que lo avalara, pues los navegantes de esta época, al igual que los artistas, no tenían prejuicios nacionalistas a la hora de buscar patrocinio para sus proyectos. Cualquier Estado europeo podía patrocinar una empresa descubridora, pues todos compartían los mismos objetivos y también la misma idea de civilización que llevar a otros mundos. Los principales candidatos eran Portugal, Castilla, Francia e Inglaterra. Portugal, como primera potencia exploradora, era la que ofrecía más posibilidades de éxito, y a la corte de Juan II se dirigió el navegante genovés, pero no tendría éxito pues pedía demasiadas recompensas para una empresa tan arriesgada. Tras

fracasar con Portugal, Colón contempló ofrecer su proyecto a otras coronas, e incluso a su Génova natal, pero finalmente se centró en Castilla.

Las pretensiones de este extranjero con aires de visionario y tono arrogante no cayeron bien en la corte de Castilla, y Colón tuvo que perseverar hasta conseguir su empeño. En 1492, poco después de la conquista del último reino musulmán en la península ibérica, Colón fue llamado a Granada. Allí Isabel la Católica decidió avalar el proyecto del navegante genovés, a pesar de las reticencias de sus asesores, concediéndole lo que pedía a cambio: el título de almirante y virrey de las tierras conquistadas y el 10% de los beneficios obtenidos –en un principio había pedido el 25%– en su explotación para él y sus descendientes. Las recompensas eran muy considerables, pero hay que tener en cuenta que él, como la mayoría de los conquistadores que le iban a suceder, exponía su patrimonio y su vida en esta aventura.

¿Por qué apoyó la reina Isabel a Colón? La euforia de los Reyes Católicos tras la toma de Granada debió de influir en su decisión de apoyarle, pues tras este éxito su ansia de expansión creció notablemente. Si el viaje de Colón tenía éxito, los beneficios para el reino de Castilla serían grandes y, por lo tanto, merecía la pena correr el riesgo a pesar de que sus asesores lo desaconsejaran.

La expedición de Colón tampoco supuso un gran riesgo económico para la corona de Castilla pues, a pesar de la leyenda de que la reina Isabel tuvo que empeñar sus joyas para pagarla, lo cierto es que fueron el naviero Vicente Yáñez Pinzón y sus hermanos los que pusieron el dinero, confiando en obtener grandes beneficios de su resultado. Como socios capitalistas, los Pinzón también iban a desempeñar un papel muy importante en el viaje por el mar desconocido. Vicente Yáñez Pinzón fue puesto al mando de una de las tres carabelas, la *Niña*; Martín Alonso Pinzón estuvo al mando de otra, la *Pinta*, y su hermano hizo de piloto, mientras que Colón se encargó de la *Santa María*. Como maestre de esta última fue Juan de la Cosa, un prestigioso cosmógrafo montañés que era también dueño del barco y que se convirtió en el autor del mapa más célebre de América.

Con respecto al resto de la tripulación, Cristóbal Colón tuvo mucha dificultad para encontrar voluntarios en Palos de la Frontera, donde se preparaba el viaje, dispuestos a embarcarse en una expedición tan arriesgada. En su desesperación por llenar los barcos, tuvo que recurrir a presos ante la consternación general.

Las tres famosas carabelas partieron del puerto andaluz de Palos de la Frontera el 3 de agosto. Gracias a la afición de Colón por la escritura sabemos mucho sobre sus pensamientos y todo lo que ocurrió en este viaje. Tras varias semanas en el mar llegó el periodo crítico, pues muchos tripulantes comenzaron a temer que el navegante extranjero les llevara no a la tierra prometida sino a la muerte, y Colón tuvo que imponer su autoridad para impedir que su tripulación le tirara por la borda y emprendiera el viaje de regreso. Al fin y al cabo, el rumbo que marcaba Colón se basaba en su interpretación de teorías científicas que no estaban probadas y en su propia intuición.

El 12 de octubre Colón y su tripulación divisaron tierra del nuevo mundo y poco después desembarcaron en el continente que cambiaría el destino de Occidente. Era una pequeña isla situada en las actuales Bahamas y que bautizó como San Salvador. Allí tuvo lugar el primer encuentro del hombre blanco con los nativos del continente americano, que serían comúnmente conocidos como indios precisamente porque Colón insistía en que había llegado a las Indias.

Colón pasó tres meses explorando las islas de las tierras que había descubierto, y en una de ellas, bautizada como La Española, construyó un fuerte, Navidad, que constituyó el primer asentamiento de los europeos en el nuevo mundo. El 15 de marzo de 1493 Colón entró triunfalmente de vuelta en el puerto de Palos de la Frontera y poco después fue recibido por los Reyes Católicos en Barcelona. Allí se llevó a varios indios, loros y amuletos hechos de oro con los que pretendía mostrar las perspectivas de riqueza que podrían traer. Tras el regreso de Colón, la noticia de su descubrimiento se propagó con rapidez por buena parte de Europa. Sin embargo, las tierras que había descubierto Colón iban a suscitar gran polémica: muchos del entorno de los Reyes Católicos argumentaban que las islas no eran más que unas nuevas islas Canarias más al oeste. En cualquier caso, para Fernando e Isabel las muestras traídas por Colón fueron suficientes para convencerles sobre la importancia de este descubrimiento y conceder al marino las recompensas exigidas. Su sueño de alcanzar la gloria por sus descubrimientos y de fundar una dinastía comenzaba a hacerse realidad.

El 25 de septiembre de 1493 Cristóbal Colón emprendió el segundo viaje por lo que comenzaría a ser descrito como el nuevo mundo, esta vez con más de 1.200 hombres y 20 miembros de la caballería, lo cual muestra lo decididos que estaban los Reyes Católicos a asentarse y sacar provecho a sus nuevos territorios. El almirante pretendía comenzar

a desarrollar el primer asentamiento en la isla La Española, donde había fundado un fuerte en su primer viaje. Sin embargo a su llegada a la isla comprobó que los indios, probablemente en legítima defensa, habían destruido este fuerte y masacrado a los hombres que había dejado atrás. Comenzaba así la difícil relación entre el pueblo invasor que pretendía imponer sus costumbres en el continente descubierto y el pueblo autóctono que se negaba a someterse y mucho menos a ceder su territorio. Colón tenía muy claro lo que debería hacer con los indígenas: evangelizar a los miembros de la tribu Arawak, habitantes de La Española, pues la evangelización era uno de los objetivos primordiales de toda tierra conquistada para Castilla, y esclavizar a las tribus caníbales consideradas demasiado salvajes para convertirse al cristianismo, al igual que todos aquellos que rechazaran el evangelio.

El primer asentamiento gobernado por Colón fue un buen ejemplo de lo complicada que iba a ser la colonización europea del nuevo mundo. Sus problemas pueden resumirse en tres: en primer lugar, la dureza de la explotación de la tierra y la extracción de sus riquezas en un clima tan hostil para el hombre blanco como era el trópico; en segundo lugar, gobernar según los criterios de la corona y mantener una relación armónica entre los colonos; tercero, lograr que los indios se sometieran a la civilización occidental y se resignaran a proporcionar mano de obra para sus objetivos. Colón fue testigo de cómo algunos de sus hombres sucumbían ante el clima caribeño y, sobre todo, fracasó en su trabajo como gobernador del primer asentamiento de Castilla en el nuevo mundo. No fue capaz de motivar a sus hombres ante la dureza de la tarea colonizadora ni tampoco lograr la obediencia de muchos que consideraban las nuevas tierras como una oportunidad de buscar fortuna sin necesidad de someterse a autoridad alguna. Con respecto a su relación con los indios, la dureza con la que impuso la esclavización indignó a los miembros del clero que le acompañaron.

Las críticas por su misión en La Española junto con las dudas sobre si estas tierras de Asia serían realmente lucrativas dañaron el prestigio de Colón al regresar a Castilla en 1496. Pero los reyes siguieron confiando en él y un año después, el 30 de mayo de 1497, emprendió su tercer viaje, muy provechoso desde el punto de vista de su contribución a la exploración del nuevo mundo, pero desastroso en los demás aspectos. El almirante navegó más al sur de su ruta habitual, lo que le permitió descubrir la costa de la actual Venezuela y ver la desembocadura del río Orinoco. Impresionado ante la gran masa de tierra que parecía infinita, el 13 de

agosto anotaba en su diario una de las frases más importantes en la historia de la exploración: «Creo que éste es un gran continente que hasta ahora ha permanecido desconocido». Seguía pensando que las islas que había descubierto anteriormente pertenecían a Asia pero, tras navegar por la interminable costa de Venezuela, llegó a la conclusión de que al sur había un nuevo continente.

El entusiasmo de Colón ante la creencia de que había descubierto un nuevo continente se vio enturbiado por la decepción al comprobar la anarquía en la que había caído La Española. El principal problema al que se enfrentó el almirante en la colonia fue que sus hombres no creían tanto como él en las perspectivas de riqueza que ofrecía la isla, ni estaban dispuestos a trabajar al ritmo que él exigía. Había estallado una rebelión bajo el mando de uno de los colonos, Francisco Roldán, en parte debido a su insatisfacción con la forma en que Bartolomé Colón, a quien su hermano había puesto al mando en su ausencia, había gobernado la isla. Colón logró derrotar a los rebeldes, pero poco después estalló una nueva rebelión, esta vez liderada por Adrián de Mújica. Ante los constantes problemas que parecían causar el liderazgo del genovés en La Española, los reyes tomaron la medida drástica de enviar a Francisco de Bobadilla con el fin de abrir una investigación judicial y sustituir al almirante como gobernador si fuera necesario. Poco después de la llegada de Bobadilla a la isla caribeña, Colón fue arrestado y enviado de vuelta a España esposado, como si de un preso peligroso se tratara. Así, la gloriosa carrera del descubridor tocaba fondo. Pero por grande que fuese su desprestigio como gobernador, y a pesar del poder de sus enemigos en la corte que deseaban defenestrar al extranjero de una vez por todas, Colón volvió dispuesto a defender su gestión y, ante todo, a luchar por volver al nuevo mundo. Una vez más contó con el apoyo más importante, el de la reina Isabel, quien le autorizó a hacer un cuarto viaje, aunque le prohibió parar en La Española, donde un nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, había logrado restablecer el orden.

Al entrar en aguas del Caribe en junio de 1502, el almirante Colón tuvo que hacer frente al primer gran problema: un huracán. Ante la gravedad de la situación, pidió permiso al gobernador de La Española para refugiarse en el puerto de Santo Domingo pero, para su desesperación, Ovando se lo denegó. Aunque Colón logró refugiarse en un puerto natural de la isla, peor suerte corrieron los miembros de la flota que partió para Castilla en esas fechas: se hundieron 19 barcos y con ellos el mayor cargamento de oro que se había acumulado hasta enton-

ces. Entre los que perdieron la vida estaba su viejo enemigo, Francisco de Bobadilla.

Lo más provechoso del último viaje de Colón fue la exploración por el istmo de Centroamérica, de donde llegó a la provincia de Veragua, entre la actual Panamá y Costa Rica, especialmente rica en yacimientos de oro. Su objetivo era regresar a España con un gran cargamento de ese metal que finalmente convenciera a todos sus detractores sobre las posibilidades de riqueza que ofrecía el nuevo mundo, pero una vez más las inclemencias del clima tropical se lo impidieron. Fuertes tormentas alejaron al barco de tan prometedora tierra y la adversidad del clima fue su peor enemigo durante todo este viaje, en el que acabó perdiendo su flota y naufragando en las costas de Jamaica. También tuvo que hacer frente a un ataque de los indios en esta isla y sofocar un motín en sus propias filas. A pesar de todo, Colón logró explorar Centroamérica hasta el punto más septentrional y probar que desde la actual Honduras hasta Brasil había una gran masa de tierra.

Cristóbal Colón murió poco después de regresar a España de su último viaje, en 1506, rico y con su familia bien situada en la aristocracia castellana, pero con la triste sensación de no haber recibido el debido reconocimiento por sus descubrimientos. Sin embargo, con el tiempo su lugar en la historia iría haciéndose cada vez más grande. Con el establecimiento del 12 de octubre como fiesta nacional, España rendía homenaje al hombre que cambió el destino de este país y le permitió convertirse en un imperio. Esta festividad también se celebra en el resto del mundo de habla española, aunque para muchos la llegada de Colón no merezca ser celebrada sino todo lo contrario, y por esta razón la república bolivariana de Venezuela declaró esa fecha como el día de la resistencia indígena. Estados Unidos recuerda a Colón todos los años en el *Columbus day,* celebrado con especial entusiasmo por la comunidad italiana, orgullosa de que fuera un genovés el que descubriera América. Un país hispanoamericano recibió su nombre en honor a él: Colombia. Sin embargo, por razones que veremos más adelante, el continente no llevó el nombre del almirante genovés sino el de un aventurero florentino con mucho menos talento como navegante y descubridor, y que además llegó al nuevo mundo varios años más tarde: Amerigo Vespucci.

Mientras España comenzaba a sacar partido al éxito de haber descubierto América, Portugal no se quedaba a la zaga. El rey de Portugal no estuvo conforme con que el papa Alejandro VI concediera a Casti-

lla la soberanía sobre las tierras descubiertas, pues su reino había liderado la era de los descubrimientos. Para poner fin a la disputa entre los dos reinos, el 7 de junio de 1494 se firmó el Tratado de Tordesillas, por el que se establecía una línea de demarcación a medio camino entre La Española y las islas Azores: todos los territorios al oeste de esta línea serían españoles y los que se encontraban al este, portugueses. Así el mundo más allá de Europa se convertía en un duopolio bendecido por el Papa. Además de reclamar parte del nuevo mundo para Portugal, en 1498 un súbdito portugués logró hacer un descubrimiento casi tan importante como el de Colón, crucial para acercar a Oriente y Occidente: la ruta hacia la India bordeando África.

El 7 de julio de 1498 un navegante llamado Vasco de Gama inició uno de los viajes más fascinantes y trascendentales de la historia. De Gama había nacido en 1460 en Sines, ciudad de gran tradición marina, y heredó el proyecto de viajar a la India de su padre, un poderoso hombre que poco antes de morir se lo había propuesto al rey Manuel.

Vasco de Gama partió con una flota de cuatro barcos. El 7 de noviembre llegó a un lugar que bautizaría como bahía de Santa Elena, en la costa de Sudáfrica, tras haber batido el récord de permanecer 96 días en el mar sin haber visto tierra. En enero de 1499 logró bordear el peligroso cabo de Buena Esperanza con mejor fortuna que su antecesor, Bartolomé Díaz. Al comenzar el ascenso por la costa de África oriental, Vasco de Gama y su tripulación fueron descubriendo varias ciudades fundadas por mercaderes árabes y persas que habían llegado en busca de oro y marfil. La primera fue Sofala, y cerca de ella anclaron en un estuario bautizado con el nombre de Río de Buenas Señas, porque fue en esa zona donde lograron encontrar signos de civilización.

El 2 de marzo la flota llegó a Mozambique, y se sorprendió al descubrir que los habitantes eran mestizos y hablaban árabe. Un mes después, Vasco de Gama llegaba a la ciudad de Mombasa, donde fue recibido con hostilidad por sus habitantes. Por esta razón tuvo que partir a través de la costa hasta anclar, el 23 de abril, en Malindi, una apacible ciudad de altas y blancas casas. Allí, el llamado rajá que reinaba sobre el territorio les acogió en el puerto y Vasco de Gama respondió a su hospitalidad invitándole a subir a su barco y permitiéndole inspeccionar la flota portuguesa. En Malindi también se encontraron con que había algún indio ya cristianizado, un gran incentivo para el viejo objetivo de propagar la fe. Tras días de fiesta con los habitantes de la

ciudad, los portugueses partieron el 24 de abril con rumbo al mar arábigo. Después de tres semanas sin ver tierra, Vasco de Gama y su flota se convirtieron en los primeros europeos que avistaban la costa del subcontinente indio.

El 21 de mayo, tras un viaje de diez meses y dos semanas, Vasco de Gama cumplía su objetivo y sus barcos levaban anclas en la ciudad de Calcuta. Con el fin de sondear cómo serían recibidos en esta enorme ciudad desconocida, de Gama envió a uno de sus hombres, un judío llamado Juan Núñez, que hablaba hebreo y árabe. Núñez fue conducido a la casa de dos árabes de Orán, quienes le hablaron en castellano: «El diablo te lleve, qué te ha traído aquí».

Ante este inesperado saludo, Núñez contestó que había llegado con una flota portuguesa en busca de cristianos y especias. Tras dar a su huésped de cenar, uno de los árabes le acompañó de nuevo a su barco, y le despidió comentándole la suerte que habían tenido por haber dado con un país tan rico.

Vasco de Gama tardó en regresar a Lisboa 132 días y perdió a la mitad de su tripulación en un viaje muy azaroso. Pero a su regreso fue compensado por todos sus sufrimientos y nombrado almirante de los mares del Índico. La hazaña de Vasco de Gama contribuyó en gran medida a transformar a Portugal en una nación imperial, consciente de su poder en el mundo. A partir de entonces, el rey Manuel se hizo llamar por el grandioso título de «rey de Portugal y los Algarves, señor de Guinea y de la conquista, navegación y comercio de Etiopía, Arabia, Persia e India».

El 9 de marzo de 1500 el monarca portugués envió una nueva flota de 13 barcos a la India, capitaneada por Pedro Alvares Cabral quien viajaba no como explorador sino como conquistador. Le acompañaba Bartolomé Díaz, encargado de fundar un asentamiento comercial en Sofala. Esta expedición marcó la historia de la expansión europea por razones muy distintas a las que se esperaban. Díaz decidió llevar su flota por una ruta más al oeste de África de lo previsto. Las corrientes marinas y una fuerte tempestad la desviaron hasta el punto de llegar casualmente a una zona desconocida de la costa del continente americano, el 22 de abril de 1500. Cabral bautizó este territorio como Vera Cruz. Los portugueses fueron bien recibidos por los indios que habitaban la región y les ayudaron a explorar la zona, pero no encontraron nada de valor. Desalentada por tan magros resultados, la flota lusitana reemprendió el camino a la India. Díaz no dio importancia al descu-

brimiento por el que pasaría a la historia, y se limitó a enviar un barco a Lisboa notificando sobre la existencia de Vera Cruz.

En 1501 el rey de Portugal encargó a un comerciante florentino llamado Amerigo Vespucci la misión de recorrer el litoral de las tierras descubiertas por Cabral. Vespucci había emigrado a Sevilla en 1492, una de las mejores ciudades de la época para hacer fortuna, y dio con la gran oportunidad de su vida: viajar al nuevo mundo. Hombre de grandes ambiciones, decidió dedicarse a lograr lo que Colón había intentado pero no había conseguido: encontrar una ruta a la India por el oeste. En 1499 partió al nuevo mundo en un barco al mando del almirante Alonso de Ojeda. En este viaje desembarcaron en las islas de Carajero y Anida y, viendo nativos que habitaban en viviendas sobre el mar, a Vespucci le recordó a Venecia. Esto daría origen al nombre de Venezuela. Tal periplo al servicio del reino de Castilla le sirvió para ser seleccionado por Portugal para un nuevo viaje.

Entre 1501 y 1502 Vespucci recorrió el litoral del actual Brasil, hasta llegar al Río de la Plata, zona de influencia española. El florentino escribió que «nada de valor fue encontrado excepto una infinidad de árboles tintoreros». Sin embargo al regresar a Lisboa escribió a la poderosa familia de los Medici, para quienes había trabajado, una carta muy reveladora: «Llegamos a una nueva tierra que, por muchas razones que enumero a continuación, observamos que se trata de un nuevo continente».

Esta carta llegó a manos de Martin Waldseemüller, un cartógrafo suizo que publicó una nueva edición de la cosmografía de Ptolomeo en 1507, con un mapamundi que incluía los descubrimientos más recientes. El suizo decidió que la nueva tierra debería llamarse América en honor a su presunto descubridor, y así apareció en su publicación. No quiso quitarle mérito a Colón, a quien consideraba el descubridor de nuevas tierras en Asia pero no de un continente como Vespucci. Sin embargo, años después, cuando comenzó a imponerse la idea de que los descubrimientos de Colón y los de Vespucci eran parte del mismo continente, Waldseemüller quiso enmendar su error y, en un mapa publicado en 1513, intentó rebautizar el nuevo mundo como tierra desconocida, pero ya era demasiado tarde: el nombre de América se había propagado por los dos lados del Atlántico y aunque tanto españoles como portugueses seguirían hablando del nuevo mundo o de las Indias, el nombre con el que se iba a conocer el continente recientemente descubierto tanto en Occidente como en el resto del mundo iba a ser el

de América. Así Vespucci logró fama universal no por sus méritos como explorador sino gracias al poder de la publicidad.

Lo que pronto haría al nuevo mundo atractivo para el comercio europeo fueron los árboles tintoreros a los que se refería Vespucci, de los que se extrae el palo brasil y que daría nombre a este territorio. En 1503 zarparon de Lisboa seis naves al mando de Gonzalo Coelho, una de las cuales estaba capitaneada por Amerigo Vespucci, y los dos regresaron con los barcos cargados de la preciosa madera que cada vez tenía más demanda en el viejo continente.

En todo caso, hay que señalar que, inicialmente, Portugal no tenía el monopolio del palo brasil. Mientras que los primeros barcos portugueses llegaban a América, un marino francés llamado Paulmier de Gonneville llegó a la costa de Brasil, accidentalmente como lo había hecho Cabral, y se llevó un cargamento de árboles tintoreros a Francia. El éxito con el que Gonneville introdujo el palo brasil en su país animó a muchos mercaderes europeos a preparar expediciones a esa región, especialmente desde los puertos de Honfleur y Dieppe, hasta el punto de que Brasil comenzó a denominarse como la Francia ecuatorial.

A pesar de la demanda del palo brasil, Portugal prestó poca atención a sus posesiones en América, considerándolas mucho menos importantes que las de África y la India. Sin embargo el aumento de traficantes que llegaban a las costas brasileñas convenció al rey de Portugal de que para mantener su soberanía en estas tierras tendría que marcar su territorio más eficazmente e impulsar la colonización. En 1526 una escuadra de seis barcos de guerra fue enviada a América y, a su llegada, hundió tres barcos franceses. Cinco años después otra armada de cinco barcos fue enviada al frente de Martín Alfonso de Sousa, y se estableció en Pernambuco uno de los primeros asentamientos europeos. En 1532 todo el territorio luso en América fue dividido en quince capitanías hereditarias con el fin de promover su poblamiento y explotar sus recursos. Así comenzaba oficialmente la historia de la colonia más preciada de Portugal: Brasil.

El avance español por las tierras de América a lo largo del siglo XVI fue vertiginoso, sobre todo teniendo en cuenta que el número de españoles que se aventuraron a cruzar el Atlántico fue inicialmente muy bajo. En 1502 Nicolás de Ovando llegó a La Española con unos 2.500 colonos. El nuevo gobernador inició el cultivo de la caña de azúcar y puso en marcha la industria minera, que serían las dos principales fuentes de riqueza de la isla. El problema al que se iban a enfrentar los colonos espa-

ñoles era el de la escasez de mano de obra. La población indígena con la que contaban inicialmente comenzó a descender de forma alarmante. Se calcula que de 250.000 indios que podía haber en 1492 en La Española quedaban sólo 14.000 en 1517, y con el tiempo las tribus indígenas del Caribe estaban condenadas a desaparecer. Aparte de los malos tratos a los que fueron sometidos por los colonos, la causa principal de su extinción fueron las enfermedades traídas de Europa y contra las cuales los indios no tenían defensas. Ante este problema, los conquistadores optaron por importar esclavos africanos. En 1501 llegó el primer cargamento de esclavos negros a La Española, y con él comenzaba la historia de la raza negra en el continente americano.

En 1509 Diego Colón, hijo del descubridor de América, fue nombrado gobernador de La Española en sustitución de Ovando. No conforme con este nombramiento, Diego Colón exigió el título de virrey, tal y como se había concedido a su padre, y lo logró. Durante su mandato destacó por el impulso que dio a la exploración y emigración de españoles a otras islas del Caribe. Juan Ponce de León conquistó la isla de Puerto Rico y unos años después descubrió Florida; Diego Velázquez de Cuéllar fue puesto al frente de una expedición para conquistar y comenzar a poblar la que llegaría a ser la colonia más importante del Caribe: la isla de Cuba.

Mientras que la colonización de América comenzaba a expandirse, en la corte se tomaban medidas para supervisar y controlar en la medida de lo posible la misión de los que iban a conquistar y poblar tierras en nombre de la corona de España. En 1503 se creó la Casa de Contratación, con sede en Sevilla, que fomentaría y regularía el comercio y la navegación del nuevo mundo. Tras el fallecimiento de la reina Isabel, Fernando el Católico tomó eficaces medidas. Quiso promover el avance en las tierras por las que tanto interés había tomado su esposa. En 1511 creó el Consejo de Indias que iría mucho más lejos que la Casa de Contratación: su misión era planear y proponer al rey políticas relacionadas con el nuevo mundo y encargarse de todo lo que tuviera que ver con la administración de las Indias. Sus responsabilidades eran muy amplias: iban desde nombrar virreyes y los altos cargos del nuevo mundo hasta autorizar los flujos de la emigración. A su muerte en 1516, Fernando de Aragón, el rey que había engrandecido su reino tan notablemente, también había logrado echar los cimientos en el nuevo imperio de América.

En 1516 arribó a España un príncipe nacido en la ciudad flamenca de Gante y que no hablaba castellano. Venía con el fin de ocupar el trono

con el nombre de Carlos I. El sucesor de los Reyes Católicos era también heredero de la casa de Habsburgo. Reinaría sobre los Países Bajos y Austria. Años después sería coronado emperador del Sacro Imperio Romano. Con tantas herencias en el viejo continente no es extraño que el joven rey dedicara poca atención a las modestas y distantes posesiones en América. Sin embargo, mientras se afanaba por mantener el control de todos sus territorios en el norte de Europa, sus dominios en América crecieron de forma extraordinaria, con lo cual no sólo superó a las conquistas de todos sus antepasados sino que consolidó un imperio más amplio que cualquier otro conocido hasta entonces.

Tras comenzar a asentarse en las islas del Caribe, la corona española pronto amplió sus posesiones por tierra firme, donde iban a tener lugar las mayores y más famosas aventuras de los conquistadores españoles. Así, el conquistador Vasco Núñez de Balboa llegó en un barco en 1501 y se asentó en La Española con la intención de dedicarse a la agricultura, pero la granja que montó fracasó y acumuló numerosas deudas. En 1509, para librarse de sus acreedores, se embarcó como polizón en una expedición al mando de Francisco de Enciso, quien iba en apoyo de Alonso de Ojeda, nombrado gobernador de la nueva provincia de Nueva Andalucía en 1508. Balboa fue descubierto y perdonado porque el joven aventurero podía ser de utilidad. Muy pronto destacó por su carisma y se convirtió en uno de los líderes de la expedición.

Tras llegar a tierra firme, Balboa destacó en varias batallas contra los indígenas, y fundó el primer establecimiento permanente en tierras continentales americanas, Santa María. Fue nombrado alcalde y gobernador de Veragua. Pero, más que de gobernante, Núñez de Balboa tenía alma de conquistador, y por eso en 1513 emprendió una expedición por el istmo de Panamá en busca de oro, lugares donde fundar asentamientos y también esclavos que contribuyeran a su desarrollo. Llegó a una comarca donde supo de la existencia de otro mar al sur, con oro en abundancia. Tras esta revelación, Balboa regresó a Santa María para preparar una expedición. El 1 de septiembre de 1513 partió con 190 españoles y varios indígenas que hicieron de guías. El 25 de septiembre, Balboa se adelantó al resto de los expedicionarios con el fin de subir una montaña que le diera una perspectiva mejor del lugar. Allí contempló por primera vez las aguas de un mar desconocido hasta entonces para los europeos. Tres días después llegó con su expedición a la playa y se sumergió en el mar hasta las rodillas; tomó posesión en nombre de los soberanos de Castilla, bautizándolo con el nombre de

mar del Sur. Comenzaba así la conquista europea del océano Pacífico. En esa expedición, el conquistador descubrió también unas tierras especialmente ricas en oro, que bautizó como archipiélago de perlas, por razones obvias. En enero de 1514 Núñez de Balboa regresó a Santa María con un gran botín. Envío a un emisario a España para que hiciera entrega de una parte y notificara a la corte sobre el nuevo mar que a partir de entonces estaría bajo soberanía española.

La noticia del descubrimiento del llamado mar del Sur contribuyó a que el rey Carlos I decidiera enviar una expedición de unos 1.500 hombres y 17 naves, la más numerosa y completa que había partido a América. Iba al mando de Pedro Arias de Ávila, más conocido como Pedrarias, a quien había nombrado gobernador de la provincia de Castilla de Oro.

Balboa recibió con resignación la noticia de que tendría que someterse al mando del nuevo gobernador. No obstante, la corona tuvo a bien reconocer su destacado servicio nombrándole adelantado del mar del Sur y gobernador de Panamá y Coibú. Entre 1517 y 1518 preparó una nueva expedición que le hizo navegar 74 kilómetros por el Pacífico.

Como era habitual en la relación entre los conquistadores españoles, el poder sólo se lograba consolidar a base de eliminarse unos a otros. Pedrarias desconfió de Balboa desde un principio, y envió a un grupo de hombres al mando de un soldado llamado Francisco Pizarro con el fin de detenerlo bajo la acusación de traición y de tratar de crear un gobierno aparte en el mar del Sur. Tras ser apresado y sometido a juicio, Balboa fue sentenciado a la pena de muerte. «He servido al rey como leal sin pensar sino en acrecentar sus dominios», gritó en el patíbulo poco antes de ser decapitado. Así de injusta fue la muerte del europeo que descubrió el océano Pacífico.

Tras haberse librado de su gran rival, Pedrarias acompañado de Gaspar de Espinosa fundó Panamá el 15 de agosto de 1519. A pesar de la vileza con la que había acabado con la vida de Balboa, Pedrarias logró ser confirmado como gobernador. Sin embargo, la historia puso a cada uno en el sitio que se merecía, pues Vasco Núñez de Balboa iba a ser recordado como uno de los grandes descubridores, especialmente en Panamá, donde avenidas, monumentos e incluso la moneda oficial llevan su nombre.

El objetivo de encontrar una ruta occidental hacia Asia, siguió siendo la asignatura pendiente de la era de los descubrimientos. Su logro fue, curiosamente, tanto portugués como español. En 1518 un capitán

portugués, Hernando de Magallanes, propuso emprender un viaje con el fin de buscar un estrecho que le llevaría al mar del Sur y, en consecuencia, a las Molucas, un archipiélago en Indonesia especialmente rico en especias. Debido a una disputa que le había enemistado con el rey Manuel, Magallanes decidió ofrecer su proyecto al soberano español. Partió el 20 de septiembre de 1519, con cinco barcos y unos 250 hombres. Su contramaestre era un vasco llamado Juan Sebastián Elcano. Un tercio de los hombres no eran españoles, y 15 eran portugueses. El coste de la expedición ascendió a 8,78 millones de maravedís, de los cuales el rey aportó 6,4 millones, por lo que sí se puede considerar ésta una empresa real; al parecer, buena parte de la aportación real provenía del oro que se importaba desde las Indias.

En el largo viaje por el sur del Atlántico, Magallanes tuvo que hacer frente a un motín que logró superar con gran dificultad. Finalmente, tras bordear la costa sur del continente americano, se adentró en un estrecho que pronto llevaría su nombre. Después de atravesarlo con fuertes vientos y la mar revuelta, al cruzarlo el 28 de septiembre lloró de felicidad y bautizó aquel mar como el Pacífico, debido a lo tranquilas que estaban sus aguas.

Tras subir por la costa del actual Chile, Magallanes y su tripulación tomaron rumbo noroeste con el fin de navegar por el desconocido océano Pacífico. Fue un viaje infernal debido a que se echó a perder el agua potable, y la escasez de alimentos fue tal que les llevó a comerse las ratas de los barcos. Finalmente llegaron a las islas Marianas, al norte del Japón, en marzo de 1521, donde Colón había querido llegar tres décadas antes. Una vez recuperados en tierras asiáticas, se dirigieron a las islas Zubu, que hoy son las Filipinas. Allí, Magallanes entabló tan buena relación con el rey de Zubu que logró convertirle al cristianismo. Para complacerle, accedió a ayudarle en su lucha contra una tribu cercana; craso error, ya que su generosidad le costó la vida y murió allí en combate. Así pues, la llegada de los europeos no siempre trajo desgracias a los nativos, ni tampoco es cierto que los europeos sólo pensaran en su propio beneficio.

Juan Sebastian Elcano sustituyó a Magallanes y culminó el periplo con éxito, pero pagando un precio muy alto. Tan sólo un barco de los cinco que iniciaron el viaje logró llegar al puerto gaditano de Sanlúcar de Barrameda. Fue un 6 de septiembre de 1520, y sólo 18 hombres llegaban a bordo. El rey concedió al marino vasco un escudo de armas con un globo terráqueo bajo el cual se leía el lema *Primus circumdedis-*

ti me. Con esta hazaña, la teoría de que la tierra era una esfera quedaba fuera de toda duda, y al fin se había abierto una ruta hacia el lejano Oriente a través del Pacífico.

Poco después de la hazaña de Magallanes y Elcano que tantas puertas abrió a la expansión española y a otros pueblos europeos por el mundo, iban a tener lugar las conquistas más importantes del continente americano por españoles.

La conquista de México protagonizada por Hernán Cortés es una de las grandes gestas de la historia. Por sus victorias en el campo de batalla y la extensión de los territorios que adquirió para su rey, Cortés iba a convertirse en un conquistador muy destacado y bien conocido en Europa. Como fundador y gobernador de varias ciudades, sentó las bases del virreinato de Nueva España, el territorio más extenso y rico del imperio español. Protagonizó el encuentro de los europeos con una de las grandes civilizaciones indias: los aztecas; fue el máximo responsable de su sometimiento, pero también contribuyó al nacimiento de un mestizaje que iba a predominar en México, el país más poblado de América Latina. Hombre de gran ambición y extraordinarios logros, leal al rey y devoto creyente, se mostró también cruel, sanguinario y codicioso. Con sus virtudes y sus defectos, dejó un controvertido legado y se convirtió en uno de los grandes símbolos del imperio español en América. Octavio Paz dijo sobre él: «No es fácil amarlo, pero es imposible no admirarlo».

Hernán Cortés nació en la ciudad extremeña de Medellín en 1481 en el seno de una familia de hidalgos pobres. Comenzó sus estudios en Salamanca, pero la búsqueda de oportunidades y su deseo de aventura le llevaron a alistarse en una expedición hacia el nuevo mundo en 1502. Tras asentarse en La Española se dedicó a la administración colonial como escribano y pronto tuvo claro que quería convertirse en conquistador y explorador. En 1511 participó en la conquista de la isla de Cuba y fue recompensado con tierras e indios a su servicio. El gobernador Diego Velázquez le favoreció por sus dotes políticas y administrativas nombrándole secretario y tesorero, convirtiéndose en un prohombre de la nueva colonia. En 1518 Cortés fue puesto al frente de una flotilla para auxiliar a una expedición que había naufragado frente a las costas de México, y fue allí donde intuyó que estaba la oportunidad que le haría pasar a la historia.

El 1519 Hernán Cortés partió de Cuba con una expedición de 20 barcos, 580 hombres, 16 caballos y diez cañones con destino a Yucatán.

Llevó consigo a hombres que más tarde destacarían en la conquista de América como Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Diego de Alvarado. En el actual territorio de Tabasco tuvieron lugar los primeros enfrentamientos con tribus mayas. Los vencidos se declararon súbditos del rey de España y entre los obsequios que entregaron a Cortés estaba la mítica Malinche, conocida en español como Doña Marina, que iba a hacer de intérprete y prestaría servicios excepcionales a los españoles para la dominación del imperio azteca. La inteligente y bella india fue también la más famosa amante de Cortés y de esta relación nació Martín Cortés, destacado ejemplo del mestizaje. Cortés fundó la ciudad de Veracruz y, desafiando la autoridad del gobernador de Cuba, se proclamó capitán general de las nuevas tierras. También decidió destruir las naves con el fin de disuadir a los disidentes de su expedición de la tentación de regresar a Cuba. Su mensaje estaba muy claro: o luchaban por conquistar las nuevas tierras o morirían en el intento.

Cortés se propuso llegar a Tenochtitlán, una ciudad más grande que Sevilla, donde estaba la capital del imperio azteca. En su camino comprobó que los aztecas tenían enemigos en los territorios colindantes y formó alianzas con ellos que le permitieron aumentar su fuerza. Finalmente recibió emisarios del emperador azteca con el mensaje de que sería recibido amistosamente.

El 11 de noviembre de 1519 tuvo lugar el histórico encuentro de Cortés con el emperador Moctezuma sobre el que mucho se ha escrito. Moctezuma identificó a los españoles como descendientes del gran señor que había sido expulsado del país de los nahuas. Tras oír a Cortés explicarle quién era y a quién representaba, accedió a someter a su pueblo al rey de España. Nunca en la historia hubo una cesión tan voluntaria de un imperio, aunque probablemente Moctezuma fue intencionadamente malinterpretado por los españoles y su aparente sometimiento era simplemente una expresión de cortesía. Poco después Moctezuma pasó de ser súbdito del rey de España a ser su prisionero, pues Cortés decidió tomarle como rehén tras recibir noticias de que Veracruz había sido atacada por guerreros aztecas. Moctezuma acabó muriendo apedreado por sus súbditos, quienes consideraban que se había rendido al invasor.

A pesar de la facilidad con la que Cortés y sus hombres se instalaron en la capital del imperio azteca sus problemas no habían hecho más que empezar. El conquistador no sólo tuvo que luchar contra los indios sino también contra españoles, pues en enero de 1520 Veláz-

quez envió una expedición para someterle por haber desobedecido sus órdenes. Así tuvo lugar la primera guerra entre españoles en tierras americanas, en la cual Cortés derrotó a su antiguo gobernador. Tras librar la batalla contra sus compatriotas, Cortés regresó a Tenochtitlán para hacer frente a una rebelión encabezada por el príncipe Cuauhtémoc. En la noche del 30 de junio, que pasaría a la mitología popular mexicana como «la noche triste», el conquistador sufrió su peor derrota con la pérdida de 150 hombres. Los españoles se retiraron a los territorios colindantes, donde Cortés dedicó varios meses a la preparación de una nueva estrategia para tomar Tenochtitlán.

El 13 de agosto de 1521, Cortés, con una tropa de 20.000 guerreros provenientes en gran parte de tribus indias, logró tomar Tenochtitlán. El príncipe Cuauhtémoc fue apresado y murió en prisión unos años después. Todas estas batallas iban a inspirar una de las obras clásicas del imperio español en América: *La verdadera historia de la conquista de Nueva España*, escrita por Bernal Díaz del Castillo, uno de los hombres que acompañó a Cortés en esta aventura, y publicada cinco décadas después de que tuviera lugar. Bernal Díaz fracasó, como tantos otros españoles, en su intento de hacer fortuna en América pero su legado más importante fue esta crónica con la que dio a conocer a los españoles y al resto del mundo lo que fue la conquista de México en la que él participó.

Gracias a Hernán Cortés el emperador Carlos V se convirtió en soberano del mayor imperio del continente americano, y el conquistador fue recompensado con el título de gobernador y capitán general de la Nueva España. Pero, a pesar de los reconocimientos oficiales, Cortés tuvo que lidiar con poderosos enemigos tanto en la corte española como en su propio entorno, quienes le acusaron de desacato a la autoridad.

En 1528 Cortés viajó a España para responder a los cargos que pesaban en su contra. Llegó a Palos de la Frontera con un gran séquito y muchas muestras de la riqueza y originalidad de las tierras de Nueva España. Tras su reunión con el emperador, los cargos contra él quedaron invalidados, pues no olvidemos que tras la conquista de Tenochtitlán pudo haberse proclamado soberano independiente pero siempre mostró lealtad a la corona española. Carlos V premió a Cortés con el título de marqués del Valle de Oaxaca y vastas propiedades rurales en Nueva España con 23.000 vasallos sobre los que adquiría derechos feudales. Sin embargo nunca llegaría a recibir el título de virrey de Nueva España, que con buenos motivos creía merecer.

Cortés regresó a Nueva España en 1530. En la nueva fase haría importantes contribuciones como descubridor-conquistador. Antes de partir a España había iniciado la conquista de la actual Guatemala. Más tarde fundó las ciudades de Guadalajara, Chihuahua, Zamora, Mérida y Valladolid. Su último gran objetivo fue lanzarse a la exploración de los mares del Sur, y la exploración de la baja California fue su última contribución. En 1540 viajó a España con el fin de recabar apoyos para nuevas empresas pero, como era habitual, su mentalidad de conquistador chocó con la estrechez de miras de los miembros de la corte, y por ello los últimos años de su vida fueron muy frustrantes. Murió en 1547 cuando estaba a punto de regresar a sus tierras en Nueva España, donde se había convertido en una figura legendaria.

Mientras Hernán Cortés hacía contribuciones al imperio español tan grandes que se extendían desde la actual Guatemala hasta California, otro extremeño (y, de hecho, pariente suyo), llamado Francisco Pizarro, iba a emular su hazaña con la conquista del otro gran imperio indio en América, el de los incas.

Francisco Pizarro tuvo una infancia y juventud mucho más difícil que el resto de los grandes conquistadores: fue hijo ilegítimo, no recibió ningún tipo de educación, era analfabeto y sobrevivió sus primeros años cuidando cerdos. Con tan pocas expectativas de prosperar en su tierra nativa, las noticias de un nuevo mundo donde probar fortuna le atrajeron desde un principio. Llegó a América con la expedición de Nicolás de Ovando, en 1502.

Al igual que Cortés, Pizarro entendió que las grandes oportunidades para hacer fortuna estaban en tierra firme. Participó en la expedición de Alonso de Ojeda por la actual Colombia y América Central. No tuvo reparos en arrestar a Vasco Núñez de Balboa en 1519 por orden del gobernador de Castilla de Oro, Pedro Arias de Ávila, y éste le premió por haberle ayudado a librarse de su rival nombrándole alcalde de Panamá en 1519. Allí concibió un plan mucho más ambicioso con el que alcanzar la gloria y hacer fortuna: la conquista del imperio inca del Perú.

En 1524 Pizarro se asoció con Diego de Almagro y el sacerdote de Panamá, Hernando de Luque, para explorar la costa oeste de América. Lideró dos expediciones entre 1524 y 1428, que se saldaron con rotundos fracasos pero sirvieron para obtener referencias sobre la enorme extensión y riqueza del imperio inca del Perú. Mantener el liderazgo y la lealtad de los hombres que le habían acompañado durante tanto

tiempo y ante tales desventuras resultaba harto difícil. Según cuentan las crónicas de esta época con tintes legendarios, en un momento de desesperación y ante el temor de que sus hombres le abandonaran, al llegar a la isla del Gallo en 1526 Pizarro trazó una raya en el suelo y dijo: «Por este lado se va a Panamá, a ser pobres; por este otro, al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». Sólo 13 de sus hombres cruzaron la raya y éstos pasarían a la historia como «los trece de la fama», que le acompañaron hasta lograr conquistar el imperio inca.

En 1529 decidió viajar a España con el fin de pedir al rey Carlos I su apoyo para el ambicioso plan de adentrarse en este imperio. El viaje dio los resultados esperados, pues fue nombrado gobernador, capitán general y adelantado de las nuevas tierras que pudiera conquistar, y en 1531 partió con un contingente de 180 hombres y 37 caballos hacia Perú.

A pesar de que las fuerzas con las que Pizarro pretendía conquistar el imperio inca eran muy limitadas, contó con la ventaja de que los incas, al igual que los aztecas, no ofrecieron resistencia ante el invasor. Al entrar en el imperio inca, Pizarro fue recibido en la ciudad de Cajamarca por el emperador Atahualpa en 1532. Atahualpa no fue tan sumiso como el emperador azteca con Cortés, y cuando Pizarro le exigió que aceptara la soberanía del rey Carlos I y abrazara el cristianismo, se negó. El conquistador aprovechó esta negativa para hacerle su prisionero. Un año después, amparado por la llegada de refuerzos con Diego de Almagro, decidió ejecutarle alegando que estaba preparando una revuelta contra los españoles.

Como inspirado por Maquiavelo, Pizarro utilizó las divisiones entre la clase dirigente inca y se alió con la nobleza inca que llevaba tiempo enfrentada al emperador, lo que le permitió conquistar Cuzco, la capital del imperio sin apenas resistencia. Para culminar la operación con éxito, nombró a Manco Cápac, teóricamente afín, como nuevo emperador. Luego afianzó su poder nombrando a su hermano Juan regidor de la ciudad de Cuzco, y se casó con la hija del emperador inca, Huayna Cápac, de cuyo matrimonio sobrevivió una hija llamada Francisca Pizarro y conocida como la primera mestiza del Perú.

Una vez más, como ocurrió con Colón, Balboa o Cortés, Pizarro no sólo tuvo que defenderse de sus enemigos indios sino de los españoles. Almagro se enfrentó a Pizarro por la posesión de Cuzco hasta el punto de declararle la guerra y enfrentarse a él en la batalla de Salinas en 1538. Pizarro salió victorioso y una vez más aplicó tácticas maquiavélicas de

aplastar al enemigo a cualquier precio, por lo que ordenó la ejecución de Almagro. A partir de entonces, el conquistador se centró en la administración del gran imperio que había conquistado, fundó la ciudad de Lima, futura capital del Perú, y se hizo construir un gran palacio. Pero a pesar de que logró someter y gobernar a los súbditos incas, no lo consiguió con los españoles, pues los partidarios de Almagro, liderados por su hijo, se tomaron la venganza y el 26 de junio de 1541 irrumpieron en su palacio y le asesinaron. Como vamos viendo, morir en paz y sin angustias fue un privilegio del que no pudieron disfrutar ninguno de los grandes conquistadores españoles.

Francisca Pizarro Yupanqui, como heredera legítima del marquesado de la Conquista, concedido a su padre, y de la casa real inca, acumulaba tanto poder que en la corte española se temió que pudiera proclamarse reina del Perú. Para la tranquilidad de los que velaban por los intereses españoles en las Indias, Francisca regresó a la tierra de su padre y se casó con un tío suyo, Hernando Pizarro, con quien tuvo cinco hijos, y mandó construir un fabuloso palacio en la ciudad de Trujillo. Así, los Pizarro no sólo fueron uno de los ejemplos más destacados de una familia encumbrada por la conquista de América sino también de un influyente grupo social en la historia de España, el de los indianos, que tras hacer fortuna en América regresaban a su tierra de origen y la enriquecían con importantes obras.

Mientras los Pizarro consolidaban su poder en el imperio inca, las posesiones de la corona de España también se ampliaron hacia el sur. Los españoles se lanzaron a la conquista de la región bañada por el Río de la Plata por dos razones: primero, porque intuían que era muy rica, y segundo, para impedir que los portugueses avanzaran hacia ella. En 1534 un destacado militar llamado Pedro de Mendoza propuso al rey una expedición a esta región. Tras recibir el título de adelantado del Río de la Plata, Mendoza invirtió su patrimonio en montar una enorme expedición con unos 15 barcos y 3.000 hombres. Mendoza fundó un puerto llamado Nuestra Señora del Buen Aire, de donde tomaría su nombre la futura capital argentina.

Desde allí partieron dos expediciones. Juan de Ayolas se adentró en tierras de la actual Bolivia, y Juan de Salazar hacia Paraguay, donde fundó Asunción en 1537. Tras la muerte de Mendoza, Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue nombrado segundo adelantado del Río de la Plata. Cabeza de Vaca era uno de los conquistadores más veteranos. Participó en la expedición de Ponce de León y recorrió el norte de Nueva España hasta

descubrir el río Grande. Fue también el primer europeo en ver las cataratas de Iguazú. Tras asentarse en Asunción, Cabeza de Vaca intentó repoblar Buenos Aires que había sido destruida por los indios.

Como tan a menudo les ocurría a los gobernadores del nuevo mundo, Cabeza de Vaca tenía mejores virtudes para la exploración que para la administración, y sus proyectos acabaron por enfrentarle con los colonos españoles. Entre las medidas que indignaron a sus compatriotas fue la exigencia de que cumplieran la ley de Indias que obligaba a dar buen trato a los indígenas. En 1543 se rebelaron contra él, y su aventura en América acabó de forma ignominiosa cuando fue repatriado a España en grilletes.

Mucho mayor desafío fue la conquista del actual Chile. Su máximo responsable fue Pedro de Valdivia, un militar que sirvió al mando de Pizarro en la conquista del Perú y fue recompensado con la concesión del derecho a explotar las minas de plata en Potosí. No conforme con hacer fortuna, Valdivia quiso «dejar fama y memoria de mí». Por esta razón, en 1541 propuso a Pizarro la conquista de la región llamada *chilli* por los indios, a lo que éste accedió siempre y cuando buscara su propia financiación, como era costumbre hacer entre los conquistadores. Valdivia partió con una pequeña expedición de 110 hombres. Fundó la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura y, tras ser nombrado gobernador de Chile, dedicó algún tiempo a organizar el primer asentamiento de colonos en esta tierra. Pero, como buen conquistador, pronto se puso al mando de peligrosas expediciones hacia el sur donde tuvo que librar varias batallas contra los indios para abrirse paso. En una de ellas fue capturado por los indios mapuche y murió torturado por ellos.

Triste final tuvo también uno de los más legendarios conquistadores, Francisco de Orellana. Sirvió a las órdenes de Pizarro y fue premiado con el nombramiento de gobernador de la provincia de Culata en el actual Ecuador, en 1538, donde fundó la ciudad de Guayaquil. En 1541 participó en una expedición en busca del mítico El Dorado y dio con el gran río Amazonas, que fue bautizado así porque el cronista de Orellana, Fray Gaspar de Carvajal, escribió que en su viaje por el río fueron atacados por mujeres guerreras que le recordaron a las amazonas de la mitología griega. El descubridor del Amazonas perdió la vida unos años después en otra expedición por el río al ser atacado por unos indios.

Desde el descubrimiento de América, la exploración y conquista de tierras en el nuevo mundo ofreció a los españoles oportunidades para alcanzar fortuna y gloria con las que nunca habían soñado. Así, a me-

diados del siglo XVI, sesenta años después de la llegada de Colón a América, la corona de España había establecido su soberanía por territorios que se extendían desde la actual California hasta Argentina y sentaban las bases de lo que iba a ser el imperio más grande que jamás se había conocido hasta entonces.

Bien es cierto que, aunque los conquistadores lograron tomar posesión de una buena parte del inmenso continente americano, su control sobre esas tierras era muy limitado pues, a pesar de que fundaron asentamientos y comenzaron a colonizar, los recursos humanos con los que contaban eran muy escasos. La mayor parte de las tierras conquistadas se componía de junglas tropicales, montes, desiertos o montañas deshabitadas y también regiones pobladas por indios generalmente hostiles hacia los intrusos blancos. Transformar los asentamientos en ciudades, sembrar las tierras fértiles, explotar sus recursos y lograr una relación armónica con los indígenas iba a ser labor de varias generaciones. Especialmente ardua fue la tarea de los primeros colonos que llegaron con las expediciones de los grandes conquistadores.

¿De dónde venían los primeros pobladores de la América española? En un principio eran de Castilla, ya que el descubrimiento de América fue una iniciativa castellana, y especialmente de Andalucía o Extremadura, de donde eran originarios Cortés, Pizarro y Balboa. Solían ser de familias hidalgas o plebeyos con algo de fortuna, pues los más pobres no tenían medios para viajar a las Indias salvo como sirvientes de los hidalgos. Sin embargo, con el tiempo comenzaron a embarcarse gentes de las coronas de Aragón y Navarra, y también aumentaron los emigrantes de estratos sociales más bajos.

De los colonos que llegaron a La Española en los primeros barcos tan sólo quedaban 300 cuando llegó Nicolás de Ovando en 1502. Por lo tanto, los 2.500 colonos que le acompañaron iban a ser esenciales para permitir que la colonia comenzara a salir adelante. La mayoría iba sin familia y sin intención de quedarse. En 1517 Alonso Zuazo, enviado a las islas del Caribe por el cardenal Cisneros, escribía que el problema de la emigración española era que los hombres generalmente no estaban casados y por ello no llegaban a asentarse. Dos de cada tres no tenían esposa, según su informe. Por esta razón proponía que la emigración debería fomentarse de todo el mundo, siempre y cuando fueran cristianos.

La emigración a gran escala desde Europa que le hubiera gustado a Alonso Zuazo no tuvo lugar. Sin embargo, la participación europea en

la conquista española de América fue más importante de lo que se ha asumido. La noticia del descubrimiento de un nuevo mundo lleno de tierras vírgenes y enormes riquezas se extendió con rapidez por el viejo continente y atrajo a muchos europeos que deseaban huir de la pobreza. Entre los no españoles que partieron a tierras americanas iban a ser numerosos los genoveses (no en vano el descubridor de América era genovés). Según comentaba Ovando en una carta al rey en 1504, el comercio entre el Caribe y España estaba en manos de genoveses y extranjeros. Muchos genoveses se establecieron en el nuevo mundo para desarrollar su negocio desde allí. Por ejemplo, Jerónimo Grimaldi, miembro de una poderosa familia de financieros genoveses, vivió en La Española desde 1508 a 1515. Luego los genoveses ampliaron sus negocios por Puerto Rico, Cuba y tierra firme.

Gonzalo Fernández de Oviedo comentaba en su célebre *Historia General y Natural de las Indias*, publicado a mediados del siglo XVI, sobre la gente tan diversa y de tantas naciones que habían ido a América. Escribió además que en la ciudad de Santo Domingo se podían oír «lenguas de todas partes de la cristiandad, desde Italia a Alemania, Escocia e Inglaterra, con también franceses, húngaros, polacos, griegos, portugueses y otras naciones de Asia, África y Europa». De los que conquistaron México con Cortés, un 6% eran portugueses, genoveses, holandeses y griegos. En la expedición de Pedro de Mendoza había alrededor de cien alemanes y belgas.

Los europeos participaron en la conquista española de América no sólo con emigrantes sino también aportando capital. La necesidad de atraer capital privado para invertir en el nuevo mundo iba a contribuir a que hombres de negocios más allá de la península ibérica invirtieran en el imperio español. Carlos V incentivó a varios financieros alemanes a que invirtieran en el nuevo mundo. En 1528 llegó a un acuerdo con los Welser, una poderosa familia alemana de banqueros, con el fin de permitirles explorar, desarrollarse y asentarse en Venezuela. Los primeros colonos promovidos por los Welser llegaron en 1529 y durante 16 años la compañía se dedicó a desarrollar la zona y explotar el valle del Orinoco en busca de riquezas. Los Welser también abrieron una fábrica en La Española con otros socios alemanes.

Con respecto a las profesiones de los colonos, la conquista española de América ha sido identificada con codiciosos conquistadores, ávidos por buscar oro y metales preciosos. Pero eso fue tan sólo una parte.

A diferencia de las portuguesas, las colonias españolas requerían la colonización, y no simplemente el comercio, para producir riqueza. Por esta razón, la gran mayoría de emigrantes sólo pudo prosperar mediante el cultivo de la tierra. Junto a los españoles llegaron también los caballos, los perros, y comenzarían a surgir las granjas con vacas, cerdos, gallinas, gansos y otros animales que proliferaban en cualquier entorno rural del viejo continente. Cortés introdujo en sus tierras el cultivo del azúcar, la seda y la viña, y pronto las plantaciones de trigo y azúcar iban a proliferar por donde se asentaran los españoles. Las granjas y los métodos agrícolas introducidos por los españoles iban a permitir erradicar el hambre de muchos de los poblados autóctonos americanos.

Otra profesión que atrajo a muchos emigrantes fue la administración colonial, pues el imperio español iba a ser también un imperio burocrático que requería de un amplio aparato de servidores de la corona. Luego estaba el comercio y también la defensa. Pues una de las grandes paradojas de la conquista española es que se hizo sin que la corona aportara ejércitos. Aunque los líderes de expediciones eran a menudo militares profesionales, las tropas se reclutaban entre los colonos, que no cobraban sueldo alguno sino que aspiraban a asentarse y beneficiarse de las tierras conquistadas.

La conquista de América hizo que los españoles se plantearan una difícil cuestión desde el punto de vista moral: ¿Qué derecho tenían ellos a establecerse en una tierra ajena y a someter a sus habitantes a la soberanía de su rey? La justificación era principalmente religiosa: como cristianos, tanto portugueses como españoles consideraron que su deber era propagar la que consideraban verdadera fe y que tenían autoridad divina para ocupar tierras en nombre de la corona y convertir a sus habitantes a la fe cristiana para que luego pudieran contribuir al desarrollo de la civilización.

Con el fin de dar forma legal a esta justificación, en 1509 se redactó el famoso Requerimiento, un documento que a partir de entonces los conquistadores deberían leer a los indios en su primer encuentro. En él se explicaba que el Papa había cedido al rey de Castilla esas tierras y el rey les había dado la orden de ocuparlas en su nombre. Finalizaba con una advertencia: «si oponéis resistencia seréis vasallos rebeldes. Entraremos entonces a sangre y fuego y os irá muy mal, pero no por culpa nuestra. Ya quedáis avisados».

Cuenta el conquistador Martín Fernández de Enciso que, en cierta ocasión, unos de los caciques a quien fue traducido el documento sí

respondió, diciendo que «el Papa debía estar borracho pues daba lo que no era suyo», y que «el rey debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros».

La imagen de los conquistadores enfundados en sus armaduras, leyendo solemnemente este escrito ante atónitas tribus indígenas que no entendían una palabra, resulta muy cómica y desde nuestra perspectiva del siglo XXI es grotesco pensar que de esta forma se sintieran justificados ante Dios y la ley para ocupar, someter y esclavizar. Sin embargo, la corona española tuvo el mérito de intentar dar justificación divina y forma legal a la expansión y conquista de territorios, algo que no se había hecho antes ni se haría después por otros pueblos, pues en la larguísima historia de la conquista de unos pueblos por otros alrededor del mundo no se apelaba a más justificación que a la ley del más fuerte, y un pueblo conquistaba y sometía a otro por la simple razón de que tenía el deseo y la capacidad para hacerlo.

Mucho más polémica que la conquista de tierras americanas iba ser la relación con sus habitantes. Desde el punto de vista legal, la corona española fue muy respetuosa hacia los indios. La reina Isabel había ordenado que fueran tratados como súbditos de Castilla y convertidos al cristianismo. Con este fin se estableció el sistema de la encomienda. Ésta iba a ser una institución muy característica de la colonización española de América, mediante la cual se otorgaba a súbditos españoles una cantidad determinada de indios, a cambio de que trabajaran en sus granjas o minas. El encomendero tenía la obligación de pagarles, velar por su bienestar y también preocuparse de que fueran convertidos al cristianismo y, por último, recoger tributos de los indios que deberían entregarse a la corona.

Así la encomienda constituía un sistema feudal mediante el cual el indio debería haber llevado la poco envidiable vida de un campesino en Europa. Pero en la práctica fue mucho peor, pues los encomenderos por lo general no cumplieron sus obligaciones y se limitaron a esclavizar a los indios.

Varios miembros de la orden de los dominicos que llegaron a América para propagar la fe cristiana tuvieron la valentía de denunciar las pésimas condiciones de vida a las que fueron sometidos los indios, y muy especialmente Bartolomé de las Casas, uno de los personajes más destacados de la conquista española de América, aunque por razones muy distintas a los demás.

Bartolomé de las Casas llegó a América con la expedición de Ovan-

do con el mismo objetivo de enriquecerse mediante las encomiendas que sus contemporáneos. Sin embargo, en 1512 decidió hacerse sacerdote y se dedicó a promover la fe cristiana entre los indios. De las Casas fue, como encomendero y sacerdote, testigo privilegiado de la relación entre españoles e indios y quedó horrorizado e indignado por el trato inhumano y brutal que recibían los indígenas por parte de los colonos. En 1514 notificó al gobernador Velázquez el deseo de renunciar a su encomienda y dedicó el resto de su vida a defender los derechos de los indios.

En 1516, De las Casas logró ser nombrado por el cardenal Cisneros protector universal de los indios, prueba de la sensibilidad que existía en la corte hacia este problema. No conforme con el poder que le otorgaba este título para defender a los indígenas, viajó a España en 1517 con el fin de proponer la abolición del sistema de encomiendas. Su campaña a favor de los derechos de los indígenas, junto con la de otros dominicos como Francisco de Vitoria, comenzó a dar el resultado esperado en 1542, cuando se promulgaron las llamadas Leyes Nuevas de las Indias, con las cuales se pretendían proteger los derechos de los indios, mejorar sus condiciones de vida y sobre todo prohibir su esclavización.

El deseo de De las Casas de defender los derechos de los indios le llevó a sugerir a los colonos españoles la idea de sustituir mano de obra de indios por la de esclavos negros. La prohibición de la esclavitud india, junto con el descenso de población indígena, contribuyó al auge de la peor lacra de la expansión europea, la esclavitud negra. Así, paradójicamente, el defensor de los indios fue también promotor del comercio de esclavos negros.

El célebre fraile dominico llegó a ser obispo de Chiapas. A su regreso a España en 1550 sostuvo una famosa discusión con el humanista Juan Ginés de Sepúlveda. Mientras éste justificó el derecho a conquistar y someter a culturas inferiores como la de los indios, De las Casas defendía la igualdad de todos los seres humanos y argumentaba que la única justificación que podían tener los españoles para ir a América era la de evangelizar y sólo asentarse en esta tierra siempre que sus pobladores originales se lo permitieran.

De las Casas ha sido descrito con justicia como el padre de los derechos humanos; mostró una sensibilidad hacia el sufrimiento humano muy poco usual en su época, y fue también el primer gran crítico del proceso de colonización europea. Asimismo dejó varias obras muy influyentes sobre su visión de la conquista española de América, entre las

que cabe destacar la *Breve relación de la destrucción de las Indias,* obra de denuncia en la que describe el sometimiento de las tribus indígenas por los colonos, la brutalidad con la que los encomenderos trataban a los indios y los castigos inhumanos a los que eran sometidos. Este libro tuvo bastante impacto no sólo en España sino en el resto de Europa, donde fue utilizado en países rivales para describir a los españoles como déspotas sanguinarios. De las Casas acabó siendo denunciado por varios autores españoles por haber contribuido a propagar la leyenda negra sobre España.

Al margen de la polémica suscitada por los escritos de De las Casas, no hay razón para dudar de su veracidad. Sin embargo, a pesar de la inexcusable crueldad de muchos españoles en la conquista de América, a juzgar por la actitud de la corona, el hecho es que España colonizó de forma superior a como lo habrían hecho los pueblos de su época. La corona española legisló para proteger a los indígenas, no censuró ni criticó el mestizaje, que contribuyó a una mejor relación entre blancos, indios y también negros en el imperio español. Aunque sí es cierto que la llegada de los españoles provocó la desaparición de los indios del Caribe, principalmente por las enfermedades europeas, no fue así en el resto del imperio, donde las tribus siguieron creciendo y en algunos casos prosperando a pesar de que la llegada de los europeos amenazara su medio natural.

¿Cuáles fueron los beneficios que obtuvieron la corona española y los reinos de Castilla y Aragón de la conquista de América? Oro y plata en grandes cantidades, y un enorme enriquecimiento. A pesar de las dudas sobre si las tierras descubiertas por Colón serían rentables, lo cierto es que, conforme se fueron conquistando nuevos territorios, el oro con el que los conquistadores tanto habían soñado comenzó a llegar de América a Europa, y muy especialmente tras la conquista de los imperios aztecas e incas. En 1534 un oficial de la tesorería del emperador escribió desde Sevilla: «La calidad del oro que llega cada día de las Indias, especialmente del Perú, es increíble. Creo que si este torrente de oro dura diez años, la ciudad será la más rica del mundo».

Si primero fue el oro, pronto la plata comenzó a predominar en la economía del imperio español con el descubrimiento de los enormes yacimientos en Potosí y Zacatecas. Entre 1550 y 1800 México y Sudamérica produjeron más del 80% de la plata del mundo y un 70% del oro. El impacto que tuvo esta ingente producción en el poder del imperio español y en el enriquecimiento de sus gentes fue muy considerable.

Muchos de los que fueron a América, independientemente de su condición social, lograron su objetivo de hacer fortuna. «Dios me ha dado plata en gran cantidad, ahora soy un hombre rico y honorable, ¿para qué iba a volver a España a ser pobre?», escribía un colono desde Perú en 1590.

Sevilla y varias otras ciudades portuarias de Castilla y Aragón se transformaron gracias al comercio con América. «En los últimos sesenta años Sevilla ha adquirido grandes riquezas y se ha convertido en el gran centro para los mercaderes del mundo», escribía el teórico de la economía Tomás de Mercado en 1569. También otras ciudades de Europa iban a beneficiarse de la riqueza del nuevo mundo pues, a pesar de que España y Portugal tenían el monopolio del comercio con el nuevo mundo, lo cierto es que de la misma forma que muchos europeos invirtieron o emigraron a América también iban a comerciar. En 1699 el gobernador de La Plata comentaba que no toda la plata de su región iba a España: «parte va a Lisboa, y el resto va a Flandes y a Inglaterra».

Como resultado de la avidez que había en los principales puertos de Europa por comerciar con el nuevo mundo, el imperio español se convirtió en el centro de un enorme mercado internacional que inicialmente vinculaba a los principales puertos de Europa y de América, y con el tiempo se extendería también por África y Asia. Con el imperio español y portugués el mundo globalizado comenzaba a dar sus primeros pasos.

Si muchos españoles y también europeos iban a enriquecerse con la conquista de América la principal beneficiaria fue sin duda la corona española, pues tenía derecho a cobrarse un quinto de toda la riqueza producida.

«Estoy muy contento con la llegada tan oportuna del oro del Perú», escribía el emperador Carlos V en 1536. Tenía muy buenos motivos para mostrarse tan satisfecho, pues al comienzo de su reinado su renta anual era de 35.000 ducados pero entre 1538 y 1548 ascendió a la astronómica cifra de 165.000 ducados, principalmente gracias al nuevo mundo. Cuando las grandes minas de plata americanas empezaron a producir, estas cifras se iban a sobrepasar con creces.

Con tan ingentes beneficios, la actitud de la corona ante el nuevo mundo iba a cambiar radicalmente desde el reinado de Carlos I al de su hijo, Felipe II. Cuando éste ascendió al trono de España, en 1556, se propuso reforzar el imperio heredado de su padre, a quien mucho admiraba, para lo cual era fundamental conservar las fuentes de riqueza del nuevo mundo.

El rey prudente, como era apodado Felipe II, siguió muy de cerca el desarrollo del imperio en América y tomó importantes medidas para afianzarlo. En 1544 tuvo lugar la gran rebelión de los encomenderos, liderada por Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador de Perú. Pizarro decidió ponerse al frente de los muchos colonos españoles que se negaban a cumplir las Nuevas Leyes decretadas por la corona y, aunque fue derrotado y ejecutado por encabezar esta rebelión, la inestabilidad reinó sobre Perú hasta que Felipe II envió a Francisco de Toledo como nuevo virrey en 1559. Especialmente sonora fue la rebelión de Lope de Aguirre en 1561, un conquistador que lideró una expedición por el río Amazonas y que, decepcionado al no encontrar riqueza, instó a sus hombres a rebelarse contra la corona. Aguirre, conocido por el apodo de «el Loco», escribió una famosa carta al rey en la que le explicaba los motivos de su rebelión autoproclamándose rey del Perú; pero este exaltado conquistador rebelde pago su osadía con la muerte. A pesar de que Lope de Aguirre fue considerado por Simón Bolívar como el precursor de la independencia de la América española, lo cierto es que ninguna rebelión contra la metrópoli iba a prosperar en casi tres siglos. Durante el reinado de Felipe II los virreinatos se consolidaron como la forma de gobierno que iba a permitir a la corona mantener el control de tan extensos territorios.

Felipe II logró una considerable ampliación del territorio bajo su soberanía. En 1564 Pedro Menéndez de Avilés fue nombrado adelantado para colonizar la Florida, principalmente con el fin de evitar que la zona cayera bajo dominio protestante. Al llegar a la Florida el adelantado se encontró con colonos protestantes franceses y los combatió y eliminó, siendo ésta la primera ocasión en que los españoles tuvieron que luchar contra otro país de Europa por la posesión de un territorio en América. Menéndez de Avilés fundó allí la ciudad de San Agustín de la Florida, la ciudad más antigua de los actuales Estados Unidos, y que iba a ser también un puerto de gran importancia para el comercio con España.

Felipe II tuvo especial interés por el proyecto de ampliar sus posesiones hacia Asia. En 1564 nombró a Miguel López de Legazpi almirante y gobernador de todas las tierras que conquistase, con el fin de permitir a este vasco asentado en Nueva España hacer una expedición al sur de Asia. Legazpi lideró una expedición de cinco naves y 350 hombres desde la ciudad mexicana de Jalisco hasta el sur de Asia. Su objetivo era iniciar la colonización del archipiélago de las Bisayas, donde

había llegado Magallanes unas décadas atrás, y que sería conocido como Filipinas en honor a Felipe II.

La otra gran ampliación imperial bajo el reinado de Felipe II se logró por sus derechos dinásticos. En 1578, tras la muerte del rey Sebastián de Portugal sin herederos, Felipe II se convirtió en uno de los aspirantes al trono de Portugal y en 1580 fue proclamado rey. Con la fusión del reino de España con el de Portugal, todos los territorios ocupados por las dos coronas pasaron a formar parte del mismo imperio. Felipe II conseguía así reinar sobre el primer imperio global, que se extendía por los cinco continentes.

Debido a la histórica rivalidad entre Castilla y Portugal y a la reticencia con la que las élites portuguesas acogieron a Felipe II, se tomaron medidas para que esta unión no se viera como una absorción de Portugal por Castilla. Portugal mantendría plena autonomía y control sobre sus colonias. El rey también contempló trasladar la capital de su imperio a Lisboa, ya que tras la fusión de sus reinos ésta se había convertido en la ciudad más importante del Atlántico. Sin embargo, esta idea fue muy mal recibida en Castilla y no pudo llevarse a cabo.

El imperio portugués que heredó Felipe II había prosperado de forma distinta al español a lo largo del siglo XVI, pues a diferencia de éste sus posesiones no necesariamente requerían la colonización para extraer riqueza, y era un imperio más comercial que colonial. En Brasil, de las siete capitanías fundadas en 1532, sólo cuatro salieron adelante, principalmente debido a la falta de colonos. A mediados de siglo las capitanías más prósperas, Porto Seguro, Ilhéus, San Vicente y Pernambuco apenas contaban con 600 colonos, excluyendo los esclavos negros e indígenas, y en todo el litoral la población europea era de apenas 10.000 personas.

Las capitanías generales no dieron a la corona los beneficios esperados y, además, se temió que los que ostentaban el título hereditario de capitanes generales acabarían desafiando a Lisboa. Por esta razón, en 1548, la corona portuguesa alteró radicalmente la administración colonial con el fin de garantizar su poder, reivindicó sus derechos estatales y puso al frente de las capitanías a gobernadores generales, con amplios poderes para gobernar, producir y recaudar riqueza. En 1549 Tomé de Sousa llegó a Bahía con el fin de tomar posesión de su cargo como gobernador general de Brasil. Trajo la orden de fundar la ciudad-fortaleza de San Salvador y los 3.000 colonos que llegaron con él iban a ser sus primeros habitantes. San Salvador pronto se convirtió en un puerto de gran importancia para la industria azucarera y el tráfico de

esclavos, y no sólo fue la capital de Brasil durante los próximos dos siglos sino también una de las ciudades más grandes e importantes del nuevo mundo. Otro gobernador general que marcó profundamente la formación del Brasil fue Mem de Sá, quien expulsó a los franceses de la costa brasileña y fundó Río de Janeiro en 1567, justo en el lugar donde había estado el asentamiento francés.

El hecho de que la corona portuguesa hubiera reforzado su poder en las colonias, y muy especialmente en Brasil, benefició la causa de la monarquía hispánica y permitió que la noticia de que Felipe II era también soberano de los territorios lusos no provocara revueltas de colonos descontentos. Aunque ésta iba a ser una unión difícil de mantener y justificar en el futuro, en las primeras décadas los portugueses parecieron estar conformes con su pertenencia a un imperio global con Felipe II a la cabeza.

Felipe II supo mantener y ensanchar el imperio que había heredado hasta el punto de convertirse en el soberano del primer imperio global y en uno de los hombres más poderosos de la historia. Todo un ejemplo para los que quisieran seguir la senda expansionista. Sin embargo iba a hacer pagar a sus súbditos, tanto en la península ibérica como en América, un alto precio por su ambición. El problema principal de su reinado fue mantener su soberanía en los Países Bajos e imponer la fe católica frente al imparable auge del protestantismo en Europa, para lo cual estuvo en guerra durante prácticamente toda su vida como rey, y tuvo que mantener a sus ejércitos constantemente en el norte de Europa. El coste de este empeño fue tan alto que, a pesar de la enorme riqueza que, como hemos visto, recibía la corona española de América, Felipe II estuvo al borde de la bancarrota en varias ocasiones.

Con muy buen criterio, el historiador Salvador de Madariaga escribió que la decisión del emperador Carlos V de legar los Países Bajos a la corona de España y no a la corona imperial alemana fue la más desastrosa que ha influido en la historia de España. Para mantener la paz en estos territorios, Felipe II, al igual que su padre, tenía que financiar la guerra y estuvo siempre en manos de los banqueros, que generalmente provenían del norte de Europa o de Italia. Por esta razón la mayor parte del oro y la plata que llegaba a Sevilla desde América no se quedaba en el reino de Castilla sino que se destinaba a pagar a los acreedores al norte de la península ibérica.

Tomás de Mercado, a quien tanto le había impresionado toda la riqueza que llegaba a Sevilla desde el nuevo mundo, comentaba tam-

bién en 1569 que «todos los millones que llegan de nuestras Indias se lo llevan los extranjeros a sus ciudades». De no haber sido por los Países Bajos, Felipe II podía haber dedicado el oro y la plata de América a fines más constructivos que a financiar guerras, y el destino de España –y también de Iberoamérica– habría sido más próspero.

El descubrimiento de América y el inicio de su conquista tuvieron un impacto enorme sobre la España del siglo XVI y también iba a transformar la mentalidad de buena parte del continente europeo. No sólo convirtió al reino de Castilla y Aragón en la primera potencia mundial sino que contribuyó al surgimiento de una mentalidad imperialista y de un deseo de expansión en la corona española que iban a vivir sus momentos álgidos durante los reinados de Carlos I y Felipe II. El lema del escudo de armas de Carlos I, *Plus Ultra*, captaba muy bien el espíritu de ese momento.

Gracias a América el destino de muchos súbditos de la corona española y también de los países vecinos iba a ser muy distinto. La aparición de un continente desconocido y lleno de riquezas brindaba la posibilidad de hacer fortuna y tener una vida mejor a los que quisieran salir de la pobreza o de una vida sin grandes horizontes. La sociedad en general se vio rápidamente transformada por el nuevo mundo. La riqueza que llegaba de las Indias pronto se pudo percibir en las principales ciudades de Castilla y Aragón, y muy especialmente en Sevilla que en las primeras décadas del siglo XVI se convirtió en la capital extraoficial del nuevo imperio español.

En Sevilla se estableció inicialmente el aparato burocrático que controlaba el comercio y la administración del nuevo mundo. De esta ciudad partieron, y a ella también regresaron, algunos de los principales conquistadores (desde Ovando a Cortés), al igual que tantos administradores, colonos y aventureros. Sobre todo, a Sevilla llegaban los cargamentos de oro y plata y la riqueza pronto se iba a notar en su arquitectura. También llegaba el chocolate, el tabaco y muchos productos exóticos que iban a entusiasmar a los europeos y alterar sus dietas y sus hábitos. Se entiende la razón por la que tantos emigrantes de la península ibérica y de otros lugares de Europa con deseo de prosperar aspiraban a asentarse en Sevilla pues, como dijo el gran historiador Fernand Braudel, en Sevilla en el siglo XVI se podía escuchar latir el corazón del mundo.

América iba a tener también una enorme influencia en el mundo de la cultura, el pensamiento y la ciencia en Europa y, especialmente, en el

reino de España. El siglo de oro, la época más esplendorosa de la cultura en español, está estrechamente vinculado a la conquista de América no sólo porque permitió financiar joyas arquitectónicas de esa época como el monasterio de El Escorial sino porque también iba a ser un gran tema de reflexión que daría lugar a muy buena literatura.

El descubrimiento y la conquista del nuevo mundo propiciaron el auge del género de las crónicas. Entre los conquistadores con vocación literaria, los más ambiciosos quisieron hacer una historia de los acontecimientos tan singulares que vivieron. El primero fue Gonzalo Fernández de Oviedo cuya *Historia general y natural de las Indias* fue publicada en 1535. Luego, a comienzos del siglo XVI, Antonio de Herrera escribió una extensa historia de las Indias, más conocida como las *Décadas* y tuvo tanta influencia que llegó a ser considerado como el príncipe de los historiadores de las Indias.

La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, ocuparía un lugar muy singular en su género, hasta el punto de convertirse en uno de los clásicos. Iba a inspirar también a muchas historias de México, empezando por la de otro cronista mayor de Indias, Antonio de Solís, que publicó su *Historia de la conquista de México* en 1684. América también estuvo muy presente en populares memorias de soldados como las de Alonso de Contreras.

A pesar del desprecio que predominó entre los españoles hacia las grandes civilizaciones americanas, algunos autores prestaron atención a su estudio, especialmente Bernardino de Sahagún. Este fraile franciscano llegó a Nueva España en 1529 y tardó tres décadas en escribir su monumental *Historia general de las cosas de Nueva España,* en la cual da a conocer la cultura y las tradiciones de los pueblos de la región central de México. Su obra fue escrita en español, latín y náhuatl, y por el esfuerzo que se tomó en el estudio de las costumbres indias Sahagún ha sido considerado como uno de los primeros antropólogos.

Especialmente importante fue la contribución de la conquista de América a la literatura sobre el concepto de civilización, el derecho de los europeos a asentarse en otros continentes y los derechos del hombre. Estos temas están presentes en todas las crónicas al analizar la relación con las tribus indígenas. Gonzalo Fernández de Oviedo transmite en su obra una opinión muy mala sobre los indios, a quienes considera salvajes, primitivos e irracionales hasta el punto de que dudaba que pudieran ser convertidos al cristianismo, y por esta razón su testimonio sirvió para justificar entre los conquistadores la necesidad de someterles y esclavi-

zarles. Ginés de Sepúlveda compartía esta opinión. Frente a éste, la obra de Bartolomé de las Casas denuncia la conquista española por haber contribuido a la desaparición de los indios en el Caribe. Tanto de Las Casas como Francisco de Vitoria hacen en sus obras una contribución esencial a la defensa de los indios convirtiéndose en pioneros de los derechos humanos. Si bien es cierto que las tesis de autores como Fernández de Oviedo o Sepúlveda iban a tener mayor influencia sobre los conquistadores de América, De las Casas y Vitoria tuvieron mucha ascendencia sobre la corona española y, sobre todo, alcanzaron un gran impacto en Europa a juzgar por las ediciones que tendría la obra de Bartolomé de las Casas en los principales idiomas durante los próximos siglos. La idea de que no se podía discriminar a ningún ser humano por su raza, que iba a prosperar en Europa a partir del siglo XIII, comenzó a discutirse en España en el siglo XVI.

En 1492 Antonio de Nebrija entregó a Isabel la Católica un volumen dedicado de su célebre gramática castellana, y dijo una frase que haría historia: la lengua es el instrumento del imperio. Por muy pretenciosa que pareciera en su momento, con el tiempo iba a hacerse realidad. El auge de España como primera potencia no logró que el español se impusiera como idioma predilecto de la cultura en Europa, como iba a serlo el francés tres siglos más tarde. Sin embargo uno de los éxitos de la historia colonial española es que su idioma enraizó en América hasta el punto de desplazar a los idiomas precolombinos y convertirse en lengua franca, y éste iba a ser un factor clave para acercar a las gentes de ambos lados del Atlántico y para difundir la cultura de la metrópoli por su imperio.

El celo evangelizador de los españoles les hizo poner mucho empeño desde el principio de la colonización en difundir lo más posible su idioma entre las tribus indias. También los misioneros se esforzaron en aprender las lenguas vernáculas con el fin de poder explicar a los indios las enseñanzas de la Biblia. En 1536 Bernardino de Sahagún fundó el colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco con el objetivo de dar formación académica y religiosa a los jóvenes nahuas. Las órdenes religiosas fueron también responsables de fundar las primeras universidades de América. En 1551 se creó la universidad de San Marcos en Perú y en esa misma década se fundaron universidades en México y en Santo Domingo. En todas estas instituciones comenzaron a formarse en español las élites de indios y también los primeros mestizos, y contribuyeron a que hicieran suyas las costumbres y las creencias de los españo-

les. El mestizaje fue un factor crucial para lograr que la lengua y la cultura de los españoles se difundieran con éxito.

Uno de los ejemplos más destacados del auge de la cultura en español en el nuevo mundo durante el siglo XVI fue el historiador y escritor Garcilaso de la Vega, más conocido como el «Inca Garcilaso». Nació en Cuzco en 1539, hijo de un español que había participado en la conquista de América y de una princesa inca. Estudió en el colegio de incas nobles de Cuzco y con la herencia que recibió de su padre, a los veinte años se fue a España.

Inicialmente el Inca Garcilaso siguió la carrera militar como su padre, pero abandonó el ejército en 1590 para dedicarse a las letras. Influido por Cervantes y otros grandes autores de su tiempo, hizo notables aportaciones a la literatura del siglo de oro y, por el hecho de ser el primer escritor de renombre que venía del nuevo mundo, es considerado el padre de la literatura americana.

Su *Historia de la Florida,* publicada en 1604, es la crónica de la expedición y asentamiento de Hernando de Soto en esta península, y en ella, muy influido por la herencia cultural de su padre, justifica la necesidad de conquistar América y convertir a sus habitantes al cristianismo. Sin embargo en su obra cumbre, *Comentarios Reales,* que apareció en 1609, se muestra más benévolo hacia su mitad india; en ella recrea el imperio incaico como un pasado idílico, y logra también hacer una importante contribución para salvar la memoria de las costumbres y tradiciones de los incas. Con razón ha sido descrito como el primer mestizo biológico y espiritual de América, pues en sus escritos confluyen la admiración hacia la cultura española con el apego a su identidad india.

América transformó la era de los descubrimientos de forma vertiginosa, mostrando a los europeos que el mundo estaba repleto de tierras por las que expandirse y con enormes riquezas. Su descubrimiento tuvo un efecto inmediato en las relaciones internacionales, pues gracias a él España iba a superar a Portugal convirtiéndose en la primera potencia. Los dos reinos que se disputaban la supremacía se repartieron la soberanía del nuevo mundo, creando así un duopolio y, por ironías del destino, iban a acabar unificándose bajo el reinado de Felipe II y consolidando el primer imperio global.

A lo largo del siglo XVI, España y Portugal lograron poner la mayor parte del continente americano bajo su soberanía, fundar muchas de sus principales ciudades y consolidar un sistema de gobierno que iba a

durar más de tres siglos. También establecieron unas rutas comerciales que transformaron el comercio mundial y contribuyeron de forma muy especial a su enriquecimiento y al del conjunto de Europa. En esta enorme empresa participaron conquistadores, comerciantes, colonos y administradores, no sólo españoles y portugueses sino de otros estados europeos y también indios y esclavos negros.

La justificación principal que tuvieron españoles y portugueses para asentarse en tierras ajenas fue la de propagar el cristianismo, pero también promover el comercio y crear riqueza. Las tres palabras clave que les motivaron fueron: la cristiandad, el comercio y la civilización, pues consideraban que con ellos llegaba la civilización.

Así, los pioneros ibéricos que iniciaron la expansión de Europa por el mundo no sólo lograron consolidar enormes imperios sino que también tuvieron el privilegio de que la única autoridad que estaba por encima de sus soberanos, la del Papa, les reconociera la exclusividad del uso y disfrute de los territorios del nuevo mundo. España y Portugal no podían tener más a su favor para alcanzar la hegemonía. Sin embargo, mantenerla a largo plazo iba a ser harto difícil.

CAPÍTULO 2

Gran Bretaña, Holanda, Francia y el auge de sus imperios coloniales

Mientras España y Portugal forjaban sus imperios de ultramar, muchos europeos comenzaron a soñar con emular las gestas de los conquistadores y gozar de la riqueza y el poder que las nuevas tierras podían proporcionarles. Les impulsaba el tentador horizonte por donde se extendía el mundo; asimismo trataban de alejarse de la imparable furia y sangrientos sacrificios que en nombre de una u otra iglesia estaban resquebrajando a las naciones de Europa. El cisma religioso que nace en el siglo XVI agita una división y unas ambiciones que desde mucho tiempo atrás no se recordaban. El carácter de la época se define no por escaramuzas o enfrentamientos periódicos entre estados sino por un conflicto casi universal, surgido cuando a partir del Renacimiento la revolución cultural se convierte en otra revolución que se denomina Reforma y que desde el grito lanzado contra las malas costumbres de Roma por la voz acusadora de un hombre, Martín Lutero, desató un torbellino de guerras y, a la vez, un juego de poderes que enfrentaría y configuraría los futuros imperios.

El camino al nuevo mundo se había abierto, aunque la manera de entrar y situarse en sus dominios podía ser variable. Desde el norte de los Pirineos algunos lograron llegar a la península ibérica y participar en las expediciones de estas dos potencias. Por otro lado, los más acaudalados encontraron formas de invertir y comerciar con los principales puertos de los imperios ibéricos. Pero los más audaces optaron por lo que unos llamaron «piratería», mientras los otros lo veían como «hazañas legendarias» realizadas por «pintorescos corsarios» porque, según el sentir de los ingleses, esta actuación formaba parte de incursiones militares necesarias; algo obligado ante un imperialismo hegemónico como el que tenían enfrente. A partir de esto Inglaterra, dándose cuenta de lo pequeña que era, inició su despegue como potencia. Lo cierto es que el expolio de barcos y el ataque a puertos españoles y portugueses con el fin de capturar parte de su riqueza fue un azote constante y con

decisivas consecuencias. De esta manera se puso fin a la vieja amistad entre España e Inglaterra.

No es casual que los piratas más famosos de los siglos XVI y XVII fueran franceses, holandeses e ingleses. Éstos eran los tres países a los que más les inquietaba el gran reto planteado ante el enorme poder de España y Portugal; ellos eran también los rivales europeos con mayor capacidad para atacar sus intereses y considerar que el ataque era legítimo. España estaba emergiendo como una gran potencia. Tenía la importante base de los Países Bajos y también una buena posición en Italia. Todo esto le impulsaba a elevarse firmemente y mandar en Europa, pero Francia no lo iba a consentir. El Tratado de Tordesillas, que concedió la exclusividad de la explotación del nuevo mundo a España y Portugal, estaba destinado a causar conflictos con las otras potencias atlánticas. Si el orden internacional sancionado por el Papa les marginaba de los beneficios de la expansión colonial tendrían que luchar con todos los medios a su alcance para cambiar este orden. Así pensaban en Francia e Inglaterra, dos reinos con mucha tradición marina que nunca se perdonarían haber llegado tarde a descubrir lo que había al otro lado del Atlántico. Además de motivos políticos para desafiar el poder de las potencias ibéricas había también razones de índole religiosa. El auge del protestantismo en Europa iba a dar a dos de sus grandes naciones, Inglaterra y Holanda, motivos religiosos para desafiar al imperio español y al orden católico internacional; ingleses y holandeses creían en la necesidad de fundar nuevos imperios protestantes con los que contrarrestar el poder de los imperios católicos.

Francia e Inglaterra contaban con todos los requisitos necesarios para contribuir a la exploración del mundo y a propagar su influencia por él. Tenían buena flota, intrépidos marinos, mercaderes ávidos por abrir nuevos mercados así como soberanos dispuestos a dar su apoyo a proyectos de expansión y asentamiento que contribuyeran a engrandecer sus reinos. Por último, contaban también con más población que las potencias ibéricas para colonizar tierras lejanas y, en el caso de Inglaterra, muchos de sus habitantes iban a tener muchas razones para desear emigrar.

Si Inglaterra y Francia eran los rivales naturales de España y Portugal en el océano atlántico, Holanda iba a ser la gran sorpresa del siglo XVII en la carrera imperial de las potencias europeas, pues en poco más de dos décadas pasó de ser parte del imperio español a convertirse

en una potencia colonial de primer orden, y además llegaría a ser la nación más rica de Europa.

Gran Bretaña, Holanda y Francia tuvieron los mismos motivos que sus rivales ibéricos para construir imperios de ultramar: las tres potencias buscaban riqueza y prestigio en esta aventura y creían que su presencia en otros mundos contribuiría a propagar la civilización; también se comprometieron a promover la fe cristiana allá donde se establecieran. Sin embargo, en la forma de construir y administrar los imperios, en sus relaciones con los nativos, así como entre los colonos y su país de origen, habría notables diferencias con España y Portugal; también las hubo entre las tres potencias atlánticas.

Dichas potencias atlánticas acabaron rivalizando entre ellas. Donde antes había dos grandes imperios europeos iban a surgir cinco. Cada vez fueron más las naciones involucradas en conflictos imperiales, y las guerras que ocasionaron iban a enfrentar a europeos cada vez más lejos de su continente.

Los orígenes del imperio británico y francés están también relacionados con los descubrimientos de navegantes italianos. Poco tiempo después de que Cristóbal Colón llegara a América, destacados navegantes italianos iban a hacer importantes aportaciones al descubrimiento del nuevo mundo; tampoco ellos, como le ocurrió al genovés, pudieron servir a los estados de los que eran originarios sino a las potencias europeas que aspiraban a expandirse por el Atlántico, Inglaterra y Francia.

La vida de Giovanni Caboto recuerda mucho a la de Colón. Se dice que nació alrededor de 1450 y hay fuentes contradictorias sobre si lo hizo en Génova o Gaeta. Muy joven se trasladó a Venecia para dedicarse al comercio; allí se casó y tuvo tres hijos. En la década de los noventa se trasladó a Valencia. Fue allí donde Caboto, influido por la hazaña de su compatriota Colón, propuso hacer una ruta hacia Asia más corta que la que supuestamente había encontrado Colón, navegando hacia el oeste, sí, pero por el norte.

La propuesta no interesó ni en el reino de Castilla ni en el de Portugal, y por esta razón decidió emigrar a Inglaterra en 1495. Se asentó con su familia en Bristol, uno de los principales puertos y logró entrar en contacto con Enrique VII, quien aprobó su proyecto y le concedió cinco barcos para navegar bajo el estandarte inglés, con tantos marinos como pudiera costearse.

Caboto fracasó en su primer viaje y tuvo que regresar desde Islandia por problemas con la tripulación. Un año después, en mayo de 1497, partió con un pequeño barco llamado el *Matthew* y sólo 18 tripulantes. Llegó a un lugar que nunca se determinó en la costa de Terranova, pero Caboto concluyó que había arribado a la tierra del gran Khan. A su regreso el 9 de agosto, fue premiado con el título de almirante y con diez libras esterlinas; también recibió la autorización de hacer un nuevo viaje. Zarpó de nuevo en 1498 y ya nunca volvería. Aunque no se conoce la causa con certeza, quizás se perdió en Groenlandia. En cualquier caso, otros barcos iban a tener el mismo trágico final al cruzar el Atlántico en los próximos siglos.

Su hijo, Sebastiano Caboto, hizo una extraordinaria carrera como descubridor. En 1508 viajó a América con la misma misión que su padre y probablemente encontró la entrada a la bahía de Hudson, aunque tuvo que regresar. Después de este viaje, Caboto pasó a servir a la corona española, ya que ésta ofrecía más oportunidades que la inglesa, y llevó importantes empresas de exploración. Sin embargo al final de su carrera recibió una invitación del rey Eduardo VI para servir a Inglaterra, pues durante este reinado el interés por abrir nuevas rutas comerciales y, a ser posible, crear asentamientos, creció notablemente y sus servicios eran muy cotizados.

De regreso a Inglaterra, Caboto formó una compañía con dos socios, sir Hugh Willoughby y Richard Chancellor, con el fin de abrir una ruta comercial con Asia a través del Ártico, brillante idea pues esta zona estaba totalmente inexplorada. En 1553 tres barcos zarparon bajo el mando de Willoughby y Chancellor. Willoughby se adentró por aguas del Ártico con dos barcos, pero sus hombres quedaron atrapados por el invierno en Laponia y murieron allí. No serían los últimos ingleses en dejar la vida explorando tierras nevadas. Richard Chancellor tuvo mejor suerte. Logró llegar al pequeño pueblo marinero ruso de Arcángel y de allí continuó viaje por tierra hasta llegar a Moscú. El zar Iván el Terrible recibió bien a este valiente inglés y concedió a su compañía el derecho a comerciar con Rusia, un país sobre el que apenas se sabía nada en esa época en Inglaterra y en el resto de Europa occidental. A su regreso a Inglaterra, Chancellor convenció a Caboto para dar a la compañía un nuevo nombre, la Compañía Moscovia de Mercaderes Aventureros. Desgraciadamente, Chancellor murió al regresar de su segundo viaje a Moscú en 1555, pero su obra iba a perdurar: la Compañía Moscovia existió hasta el

estallido de la revolución rusa y aportó un mercado muy lucrativo para los comerciantes ingleses.

Mientras los Caboto hicieron carrera al servicio de Inglaterra, un notable florentino hacía lo mismo a las órdenes de Francia. Giovanni da Verrazzano se estableció en el puerto francés de Dieppe, donde adquirió una sólida reputación como navegante. En 1523 el rey Francisco I de Francia le propuso liderar una expedición por América del Norte con el fin de encontrar una ruta hacia el Pacífico.

En 1524 Verrazzano realizó el viaje propuesto por el rey y, aunque no logró su misión, se convirtió en el primer europeo en navegar por la costa oriental de Norteamérica, desde lo que es actualmente el estado de Maine hasta Carolina del Norte, y bautizó esta extensa zona como Francesca. En su segundo viaje a América, un año después, Verrazzano llegó accidentalmente a las costas de Brasil, y aprovechó su viaje para regresar a Francia con uno de los primeros cargamentos de palo brasil. Murió en su tercer viaje, al parar en una isla caribeña y ser atacado por los indios caribes, pero con él Francia comenzaba tímidamente su expansión por el mundo.

El rey Francisco I de Francia se interesó mucho por los descubrimientos europeos en América y decidió promover la navegación y colonización francesas, bien consciente de que no podía permitir que, además de España y Portugal, Inglaterra le tomara la delantera. La colonización del nuevo mundo era una fuente de riqueza además de un nuevo símbolo de prestigio que ninguno de los grandes estados europeos podía permitirse ignorar.

Francisco I insistió en su deseo de encontrar una ruta hacia Asia por el noroeste de América y le encomendó esta misión al marino Jacques Cartier. Cartier partió en 1534 con dos barcos. Tras llegar a Terranova, entró por el golfo que él bautizo como San Lorenzo. Al llegar a tierra, él y su tripulación fueron los primeros europeos en entrar en contacto con los nativos de esa zona, y allí oyeron a la tribu de los iroqueses decir el término *Kanata*, que quería decir poblado. Cartier comenzó a utilizar la palabra *Kanata* o Canadá en referencia a toda la zona, y gracias a él comenzó a difundirse hasta dar nombre al enorme país norteamericano, aunque él cometió el mismo error que Colón y creyó haber descubierto la costa oriental de Asia.

Cartier plantó una cruz en el lugar donde se asentó con sus hombres y tomó posesión del territorio en nombre del rey de Francia. En 1541 Francisco I le nombró capitán general de las nuevas tierras, y

le envió de nuevo allí con el objetivo de iniciar su colonización y también difundir la fe católica, como estaban haciendo España y Portugal en tantos lugares. Sin embargo, el frío, las enfermedades y los ataques de los nativos acabaron con prácticamente todos los franceses que se aventuraron a seguir a Cartier en su misión. Vencido por la adversidad, Cartier regresó a su país y las tierras que él había descubierto quedaron sin colonizar por sus compatriotas durante mucho tiempo.

Como hemos visto, colonizar tierras del nuevo mundo constituía todo un desafío. Sin embargo, había muchas formas mediante las cuales europeos de distintos países iban a beneficiarse de los imperios y las rutas comerciales establecidas por los portugueses y españoles. En Sevilla y otras ciudades de la península ibérica había una respetable colonia de comerciantes de diversos países europeos que prosperaban a través del comercio con el nuevo mundo. Algunos de los financieros más poderosos de la época lograron invertir en el imperio español a través de contactos con la corona. Aparte de estos cauces legítimos, el contrabando y la piratería ofrecían grandes oportunidades, y a lo largo del siglo XVI franceses, ingleses y holandeses iban a enriquecerse y contribuir al desarrollo de sus países mediante estas actividades.

La forma más rápida de alcanzar la riqueza en el siglo XVI era, indudablemente, la de interceptar uno de los barcos españoles que transportaban oro y otros tesoros de América a Europa. Inicialmente los corsarios franceses fueron los maestros en esta arriesgada técnica. Muchos se organizaban y equipaban en el puerto de Dieppe. Famoso fue el caso del pirata Jean Fleury, que interceptó la flota española en el cabo de San Vicente con los tesoros enviados por Hernán Cortés tras la conquista de México. El francés encontró en ese cargamento una serie de datos que sirvieron para atacar incesantemente los intereses españoles.

El inglés John Hawkins iba a superar con creces los beneficios obtenidos por los franceses. Hawkins no se centró en el oro y la plata para hacer fortuna sino en otro bien cada vez más lucrativo: los esclavos de África. En su primer viaje, en 1555, se dirigió al Caribe pero pasando primero por Sierra Leona, y en las costas africanas asaltó un barco portugués con 301 esclavos y los vendió en Santo Domingo. El negocio fue tan bueno que le convirtió en el hombre más rico de Plymouth, su ciudad natal, y le hizo también pionero del tristemente célebre triángulo de la trata de esclavos, entre Inglaterra, África y América. Unos años después hizo un segundo viaje, exitoso hasta el punto de que se comen-

tó que éste le permitió convertirse en el hombre más rico de Inglaterra. Hawkins fue el primer importador de patatas a Inglaterra y a Irlanda, donde pronto pasarían a ser un producto de primera necesidad.

Con el tiempo, la corona inglesa comenzó a utilizar la piratería como un medio legítimo de beneficiarse del imperio español y promover los intereses nacionales en el mundo. En 1565 Francis Drake, un reputado corsario pariente de Hawkins, recibió el encargo de la reina Isabel de hacer una expedición por el Pacífico y echar los cimientos de un nuevo imperio. Drake aceptó la oferta principalmente por las oportunidades que le ofrecía para enriquecerse. Aprovechó su periplo para hacer negocios en las Molucas y repetir la hazaña de Magallanes y Elcano de dar la vuelta al mundo. John Stow, un cronista inglés contemporáneo, escribió de él: «Era tan famoso en Europa y en América como Tamerlán en Asia y África».

Inglaterra no sólo perjudicó los intereses del imperio español con la piratería sino también ayudando a las fuerzas protestantes en las guerras de religión en Francia y en la revuelta holandesa contra el dominio español. La reina Isabel consideraba vital para su propia supervivencia y la de su reinado promover el auge de un orden protestante en Europa. Además ordenó la ejecución de la reina María Estuardo, la heredera católica al trono de Inglaterra. Éstas fueron las principales razones por las que Felipe II, respaldado por el papa Sixto V, decidió invadir Inglaterra.

En 1588 la mítica armada invencible partió de Lisboa con un total de 151 barcos con el fin de derrotar a los ingleses y derrotar a la reina Isabel. Sin embargo, un temporal dispersó la flota y llevó a varios barcos a naufragar en las costas de Irlanda. Más tarde, una serie de errores tácticos hizo que la invasión española fracasara. La interpretación legendaria que ha predominado de la derrota de la armada invencible es que con ella comienza el ascenso imparable de Gran Bretaña hacia la hegemonía mundial. No fue así, pero sí es cierto que esta inesperada victoria contra Felipe II contribuyó a aumentar la autoestima de Inglaterra y reforzar su determinación de propagar su influencia por el mundo.

Animado por estos acontecimientos, Francis Drake puso en marcha su aventura más atrevida cuando propuso a la reina la toma de Panamá con el objetivo de desmantelar el imperio español desde allí. Partió en 1595 acompañado de su pariente Hawkins, pero su flota fue derrotada por los españoles, primero en Puerto Rico y luego en Panamá. Los dos piratas murieron de disentería en ese viaje.

En 1604 Jaime I de Inglaterra y Felipe III pusieron fin a casi dos décadas de guerra entre sus países. Gran Bretaña se comprometió a acabar con la piratería y respetar los intereses imperiales españoles, y España renunció a restaurar el catolicismo en Inglaterra. Tras la paz con España, los ingleses se centraron en el proceso de fundar colonias por el método ortodoxo de tomar posesión de tierras y asentarse en ellas, aunque la piratería continuaría siendo durante mucho tiempo una forma rápida y eficaz de hacer fortuna a costa de los imperios ibéricos para filibusteros de Inglaterra y también de Holanda y de Francia.

Durante el reinado de Isabel I varios ingleses comenzaron a plantearse seriamente la necesidad de fundar colonias en el nuevo mundo. Un caso muy destacado fue el del explorador, escritor y aventurero sir Walter Raleigh. Raleigh tuvo experiencia como colono en Irlanda, pues esta isla celta constituyó la primera etapa de la expansión británica por el mundo. En 1584 planeó la creación de una colonia que pretendía bautizar como Virginia, en la costa oeste americana, pero el plan no prosperó. Sí logró ponerse al frente de una audaz expedición por la actual Guayana, en 1595. Raleigh navegó por el Orinoco, adentrándose en territorios del imperio español. A su regreso narró su aventura en un libro titulado *The Discovery of Guiana* (El descubrimiento de Guayana), en el que argumentaba haber localizado minas de oro que le llevarían al mítico El Dorado, pero nadie le apoyó en su plan de colonizar esta tierra tan cerca de los territorios españoles. Fue ennoblecido por la reina Isabel y también elegido miembro del parlamento, pero su agresividad hacia España le convirtió en enemigo del pacífico rey Jaime I. Fue acusado de conspirar contra la corona y encerrado en la torre de Londres. Tras ser liberado dirigió una nueva expedición a Guayana, pero la destrucción de algunos establecimientos españoles provocó protestas del embajador español en Londres y, a su regreso, fue detenido, condenado a muerte por traición al rey y, finalmente, decapitado.

Más éxito y trascendencia tuvieron las empresas del religioso y escritor Richard Hakluyt. En 1589 escribió una influyente obra, *The Principal Navigators, Voyages and Discoveries of the English Nation* (Los principales navegantes, viajes y descubrimientos de la nación inglesa) en la que exaltaba las intrépidas hazañas de los primeros navegantes ingleses y exhortaba a sus compatriotas a lanzarse a colonizar tierras del nuevo mundo por razones de conveniencia económica, de prestigio nacional y también de fe, pues argumentaba que los protes-

tantes debían fundar colonias para compensar el peso que el catolicismo había adquirido en el nuevo mundo.

Hakluyt fue socio fundador de una de las empresas más poderosas en la historia de la colonización, la East India Trading Company, fundada en 1600 y también la pionera en el comercio europeo con la India. Pero la iniciativa por la que iba a ser recordado fue la Virginia Company, una compañía que obtuvo licencia del rey Jacobo I en 1606 con el propósito de establecer asentamientos en Norteamérica. Su forma de operar era transportar a los colonos y ofrecerles tierras a cambio de siete años de trabajo.

En 1607 la Virginia Company envió sus primeros tres barcos con 105 hombres al mando de Christopher Newport con el fin de crear el primer asentamiento permanente de Inglaterra en América. Al llegar fundaron Jamestown, en la actual costa de Virginia, echando los cimientos de la colonia que iba a llevar este mismo nombre y que unas décadas después se convertiría en la colonia más poblada y más próspera de la América británica.

Por deseo de la compañía, el capitán John Smith fue el máximo responsable de la colonia. Los comienzos fueron sumamente duros. De hecho, un año después la mitad de los colonos habían muerto de enfermedades, frío o hambre. A pesar de que llegarían cientos de colonos en los próximos años, las perspectivas de progresar que encontraron los nuevos colonos fueron inicialmente muy pobres. Hasta que uno de ellos, llamado John Rolfe, decidió probar suerte con el tabaco.

Desde que los españoles trajeron el tabaco de América, el hábito de fumar comenzó a extenderse progresivamente por Europa. Se atribuye a sir Walter Raleigh el haberlo introducido en Inglaterra. A comienzos del siglo XVII esta droga comenzó a tener cada vez más adictos; incluso se comentaba ante sus incautos consumidores que era buena para la salud. Jacobo I no se dejó engañar y la describió como un hábito odioso, nocivo para el cerebro y peligroso para los pulmones. Un colono llamado John Rolfe tuvo la brillante idea de plantar unas semillas de tabaco de la isla caribeña de Trinidad, que había traído con él, en la nueva colonia inglesa de Jamestown, en Virginia. Su experimento tuvo tan buen resultado que el tabaco se convirtió en la exportación principal de la colonia a Inglaterra. Rolfe no sólo hizo fortuna con sus plantaciones de tabaco sino que puede considerarse el pionero en una industria que iba a tener importancia capital en el desarrollo de la costa

este de los Estados Unidos y también de muchos puntos del mundo colonial creado por los europeos.

John Rolfe iba a pasar a la historia por más motivos. En 1614 se casó con Pocahontas, la hija de un jefe de la tribu india de los Powhatan, convirtiéndose así en uno de los pocos ejemplos de mestizaje que se dio en la colonización inglesa de América. Rolfe viajó a Inglaterra con Pocahontas en 1614, donde la india causó gran sensación y fue recibida como una princesa. Desgraciadamente Pocahontas murió en este viaje, pero se convirtió en una figura legendaria.

Con los beneficios de la exportación del tabaco y la férrea disciplina impuesta por John Smith, la colonia comenzó a salir adelante y a expandirse por las tierras colindantes. Smith, que regresó a Inglaterra en 1614, fue el primero en describir la costa que va desde Maine a Massachusetts como Nueva Inglaterra, y en una obra titulada *A Description of New England* (Una descripción de Nueva Inglaterra) la describió como una tierra donde todo hombre puede ser dueño y señor de su propio trabajo y de su tierra, y que por medio del trabajo puede hacerse rico rápidamente.

La colonización iba a surgir también como una solución para aliviar las tensiones religiosas en Inglaterra, pues no olvidemos que el protestantismo no sólo provocó un agrio enfrentamiento contra católicos sino también entre distintas ramas de la iglesia protestante. Los puritanos fueron expulsados de la iglesia de Inglaterra a finales del reinado de Isabel I, y muchos de ellos decidieron abandonar Inglaterra y asentarse en Leyden, pero como el futuro en Holanda tampoco era prometedor decidieron probar suerte en América. Eran conscientes de las enormes dificultades de asentarse y empezar una nueva vida en la desconocida costa de América, pero les motivó sobre todo su fe religiosa, la idea de crear una comunidad que se rigiera por su religión.

Tras negociar un acuerdo con la Virginia Company de Londres, ésta puso a su disposición un barco llamado *Mayflower*. El 16 de septiembre de 1620, 102 miembros de la comunidad puritana y unos 25 tripulantes zarparon en este barco. Después de un viaje muy duro, el 21 de noviembre llegaron a la costa de la actual Massachusetts, lo que es actualmente Provincetown Harbor. Tras muchas disputas firmaron el *Mayflower Contract,* un histórico contrato mediante el cual establecían las reglas por las que iban a ser gobernados como comunidad, y acordaron elegir por mayoría una persona encargada de gobernarles. Los peregrinos, nombre por el que iban a ser conocidos, pasaron el

primer invierno en el barco. Padecieron varias enfermedades contagiosas, y tan sólo 53 sobrevivieron. Éstos iban a ser los que se asentaron en el pueblo bautizado como Plymouth. Un año después llegó un barco con más miembros de la comunidad puritana, y en los siguientes años vendrían más, aunque el pueblo no rebasó los 1.000 habitantes hasta fines del siglo XVII. La colonia formada por los llamados padres peregrinos que llegaron en el *Mayflower* fue uno de los primeros asentamientos europeos en América del Norte y sobre todo el más legendario. Los del *Mayflower* simbolizan el esfuerzo y el espíritu de sacrificio que implicaba la emigración, y también los valores sobre los que iban a construirse los Estados Unidos de América: el trabajo, la familia, el gobierno democrático y la fe y la libertad religiosa.

Menos difícil que la América continental y también más lucrativa fue la colonización del Caribe. Inglaterra ocupó las islas de Santa Lucía, Granada, Barbados y San Cristóbal y Nieves entre 1605 y 1628. En 1655 Inglaterra ocupó Jamaica que hasta entonces había sido española, y desde entonces esta isla se convirtió en su posesión más preciada en el Caribe. Los primeros colonos de estas islas paradisíacas establecieron plantaciones de azúcar principalmente, en las que trabajaban esclavos negros al igual que en las colonias españolas y portuguesas de la zona.

Mientras que la colonización en América comenzaba a prosperar, Inglaterra también se asentó en otra parte que iba a marcar el destino de su imperio profundamente: la India. Como hemos visto anteriormente, en la Inglaterra isabelina muchos buscadores de fortuna tenían interés por abrir rutas comerciales en Oriente que les permitieran enriquecerse como habían hecho los portugueses y los españoles. El 31 de diciembre de 1600 la reina Isabel I firmó un decreto real por el que se creaba la Compañía para el Comercio de la Indias Orientales. Los comerciantes de Londres que se aventuraron a poner capital para crear esta compañía no sólo obtuvieron pingües beneficios a largo plazo sino que también abrieron una página muy importante de la historia de su país pues gracias a ella dio comienzo la presencia británica en el subcontinente indio.

Un papel muy importante en la colonización europea del mundo durante el siglo XVII le iba a corresponder a Holanda. A finales del siglo XVI Holanda era un pequeño país con escasos recursos naturales y no más de dos millones de habitantes, y aún no había logrado independizarse del imperio español. Sin embargo iban a confluir varios facto-

res que la transformarían en la nación más próspera de Europa y en una potencia colonial.

En 1568 siete provincias de los Países Bajos se rebelaron contra Felipe II, iniciando una guerra por su independencia que iba a durar 80 años. La fe protestante que profesaban sus habitantes era una de las principales razones que les llevó a querer gobernarse al margen del imperio católico de los Habsburgo e iba a darles mucha fuerza moral para crear la república independiente de Holanda y ponerse en cabeza de las potencias europeas.

Esta guerra provocó el éxodo de muchos protestantes que vivían en territorio de Flandes bajo dominio Habsburgo, especialmente de los que vivían en el puerto de Amberes que emigraron a Ámsterdam. Recibir a tantos comerciantes que habían prosperado en Amberes contribuyó a hacer de Ámsterdam uno de los puertos más importantes del mundo.

Holanda fue uno de los primeros países donde la ética protestante del trabajo y la austeridad iban a dar sus resultados económicos. Los holandeses, que abrazaron el protestantismo tanto por razones religiosas como nacionales, iban a aplicar su ética con mucho rigor. La holandesa era, además, una sociedad muy igualitaria donde no existía el desprecio aristocrático hacia las actividades comerciales que predominaba en los países católicos. Para mejorar y ascender socialmente era preciso hacer dinero y una de las formas más rápidas de hacerlo era a través de las nuevas rutas comerciales con otros continentes.

Un marino y viajero holandés llamado Jan Huygen Van Linschoten puede considerarse el pionero en la expansión holandesa por el mundo. En 1580 el joven marino se fue a trabajar a Lisboa y allí se le atribuye haber obtenido información privilegiada, cartas náuticas holandesas que le permitieron romper el monopolio portugués. En 1583 dirigió la primera expedición holandesa al lejano Oriente y fundó el primer establecimiento portugués en la India. También pasaría a la historia como escritor. En 1596 publicó *Itinerario*, un manual sobre rutas marítimas por el mundo y con explicaciones sobre cómo comerciar, que además de hacer soñar a muchos aspirantes a marinos resultó sumamente útil.

Pero, ante todo, lo que más iba a contribuir al auge de Holanda como potencia colonial fueron sus iniciativas para montar empresas comerciales. En 1594 nueve mercaderes liderados por Renier Paun y Hendrik Hudde fundaron la Compañía de Largas Distancias, una em-

presa para comerciar con otros continentes que contó inicialmente con cuatro barcos y 249 hombres.

Los Estados Generales de la nueva nación holandesa decidieron que los barcos holandeses merecían mayor apoyo oficial y mejor organización. Así nació la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en 1602 y le fue concedido un monopolio de 21 años para llevar a cabo actividades coloniales en Asia. Se puede decir que ésta fue la primera multinacional de la historia: tenía poderes cuasi gubernamentales para asentarse donde quisiera y establecer colonias, y también para enviar tropas si lo consideraba necesario.

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales se estableció en Ceilán el mismo año en que inició sus operaciones. El almirante Peter Both fue nombrado gobernador de la compañía; era también conocido como el virrey y, a pesar de que su poder distaba mucho de equivaler al de un virrey español, este apodo da una idea de la alta consideración que tenía este cargo ante los holandeses en esa época. Muy notorio fue el cuarto gobernador de la compañía, Jan Pieterszoon Coen, que invadió Yacarta y en 1621 la rebautizó como Batavia y la convirtió en la nueva capital del imperio holandés en Asia.

Desde Batavia, Coen y los holandeses lograron desplazar a Portugal de su posición hegemónica en el comercio de las especias que controlaban en las Molucas y también se impusieron ante la Compañía Británica de las Indias Orientales. Batavia iba a ser el punto estratégico en el que iban a fundar factorías desde Persia y la India hasta China y Japón.

Además de la Compañía Holandesa otros intrépidos marinos al servicio de Holanda lograron hacer importantes contribuciones a su expansión por el mundo. En 1605 Willem Janszoon se embarcó hacia las Indias Orientales, zarpando desde la costa oeste de Nueva Guinea. El 26 de febrero de 1606 desembarcó en la orilla occidental de la actual Queensland, siendo éste el primer desembarco europeo en tierra firme australiana.

Consecuencias mucho más importantes iban a tener los viajes del navegante inglés Henry Hudson. Hudson empezó su carrera al servicio de su país, navegando en la Compañía Moscovia. Debido a su gran experiencia navegando por esos mares, en 1609 fue seleccionado por la Compañía Holandesa de las Indias para encontrar una ruta oriental hacia Asia. Hudson navegó por aguas del Báltico, donde unos años antes el marino holandés Willem Barentsz había perdido la vida en la misma misión. En vez de enfrentarse a las aguas heladas del Báltico, Hudson

dio la vuelta y decidió por su cuenta y riesgo buscar una ruta a Asia por el noroeste. Recaló en las costas de Cape Cod, donde ya habían llegado los ingleses, exploró las tierras más al sur, y navegó por el río que más tarde llevaría su nombre. Este periplo inesperado por las costa este de América sirvió para que esa zona fuera bautizada como Nueva Holanda.

Unos años después, en 1621, los Estados Generales de Holanda concedieron una licencia para la creación de la Compañía de las Indias Occidentales, con el monopolio para comerciar y establecer colonias en la costa este americana. En 1624 llegó un barco con 30 familias para crear la primera colonia en la actual Albany, que llevaría el nombre de Fort Orange. Peter Minuit, primer gobernador de esta colonia, decidió que había que expandirla, y tomó una decisión especialmente importante: comprar una isla llamada Manhattan a la tribu india que la habitaba. Mucho se ha especulado sobre el precio que pagó Minuit por la isla donde unos siglos más tarde se levantarían los rascacielos más famosos del mundo en la ciudad de Nueva York. Según las fuentes más fiables, los 60 guilders que entregó a los indios lenapes equivaldrían hoy a unos 1.000 dólares. Allí estableció un nuevo fuerte y bautizó al lugar como Nueva Ámsterdam. Inicialmente poblada por aproximadamente 270 personas, pronto creció hasta convertirse en una de las principales ciudades de Norteamérica, muy bien diseñada como muestran los mapas que, al contrario de los de otras ciudades americanas, sobrevivieron hasta nuestros días.

La Compañía Holandesa también se convirtió en una gran amenaza para los intereses españoles y portugueses en América. En 1628 el marino Piet Heyn atacó a una flota española y los tesoros que se llevó le permitieron a la Compañía dar a sus accionistas un dividendo del 70% en ese año. Dos años después, los holandeses ocuparon la base portuguesa de Pernambuco desde donde iban a usurparle a Portugal parte de su negocio en el comercio de azúcar y de esclavos. Por esa época, los holandeses ocuparon las islas caribeñas de Sint Maarten (San Martín), Aruba, Curaçao y Bonaire, consolidando su imperio americano.

Así, en poco más de 30 años la pequeña república mercantil con escasos recursos naturales y una población de no más de dos millones de habitantes fue capaz de crear un imperio y poner en jaque a las principales monarquías europeas.

Una de las principales claves del éxito holandés fue la escasa supervisión estatal sobre las compañías de comercio. El gobierno de las Pro-

vincias Unidas se limitó a conceder monopolios comerciales en régimen de exclusividad a las compañías de las Indias Orientales y de las Indias Occidentales, y éstas iban a convertirse en el motor de la expansión colonial hasta finales del siglo XVIII. El coste de mantenimiento para las arcas de la república era mínimo, pues cada una de ellas debía hacerse cargo de la administración de sus asentamientos e incluso de su propia defensa.

También fue clave la habilidad de los habitantes de Ámsterdam y de los principales puertos de Holanda para sacar partido a su imperio colonial. La comunidad empresarial holandesa tenía un talento especial para emprender proyectos arriesgados que acababan siendo muy lucrativos. Mientras que la república luchaba contra el imperio español, también libró una batalla contra el mar. Una sofisticada tecnología, respaldada por un gran capital invertido, permitió a los holandeses ganarle unos 200.000 acres de terreno al mar, entre 1590 y 1640. Un grupo de 123 inversionistas de Ámsterdam lanzó un proyecto de construir granjas y tierras de pasto en los terrenos ganados al mar a comienzos del siglo XVII, y al completarlo se habían creado 207 granjas que aportaron grandes riquezas a los inversores. Éste es el mejor ejemplo del espíritu luchador, emprendedor e inversionista que iba a permitir a los holandeses forjar un emporio mercantil en tan poco tiempo.

Los hombres de negocios que arriesgaron su dinero en las compañías holandesas hicieron de Ámsterdam un gran centro financiero que era, además, el lugar de almacenamiento, procesamiento, distribución y venta de productos a escala global. Ámsterdam se convirtió en el principal mercado de metales preciosos del continente. La república holandesa también logró controlar desde su capital la trata de esclavos en el tráfico triangular entre África, Europa y América, y convertirse en la principal abastecedora de mano de obra negra en las Indias Occidentales. Aprovechó los cargamentos de azúcar y tabaco que llegaban de América para pasar a ser, también, la principal distribuidora de alcohol y tabaco por el continente europeo. Prusia, Rusia, Escandinavia e incluso Turquía estaban entre sus principales compradores.

Holanda no sólo logró imponerse como la primera potencia colonial en Asia en el siglo XVII y hacerse un importante hueco en América sino que también iba a ser pionera en la colonización europea del continente africano, aunque éste, como tantos otros capítulos de la expansión europea, no fue el producto de un plan premeditado. La Compañía de las Indias Orientales holandesa fue capaz de superar todos los

obstáculos para establecerse en Asia, salvo uno: el del escorbuto. Esta enfermedad, producida por falta de fruta y hortalizas, hacía estragos entre los marinos holandeses y muchos de ellos morían en el larguísimo viaje a Asia. De ahí que se tomara la decisión de construir un fuerte en la costa del cabo de Buena Esperanza donde se plantarían frutas, verduras y todo lo necesario para que los barcos pararan allí a repostar de camino hacia el continente asiático y la tripulación pudiera recuperarse. Esta misión fue encomendada a Jan Van Riebeeck, un empleado de la compañía que había sido destituido de su puesto en Japón por comerciar por su cuenta. La compañía decidió darle una nueva oportunidad con una misión aparentemente mucho menos lucrativa que la que había tenido en Japón, pero que le iba a hacer pasar a la historia.

Jan Van Riebeeck llegó al cabo de Buena Esperanza con tres barcos, 82 hombres, ocho mujeres y su esposa. A pesar de tener que enfrentarse a un invierno muy duro viviendo en chozas que habían construido provisionalmente, los holandeses lograron levantar un fuerte como se esperaba de ellos, las fértiles tierras de la costa sudafricana dieron los frutos deseados y así los barcos holandeses lograron tener un lugar clave donde repostar. Van Riebeeck tuvo la brillante idea de probar suerte con el cultivo de viñedo pues el vino, que también prevenía el escorbuto, tendría mucha demanda entre los barcos. Tras ver todas las posibilidades que ofrecía la costa sudafricana, propuso a la Compañía de las Indias Orientales el envío de colonos libres y, aunque no había ningún interés oficial en colonizar esta tierra remota, en 1657 se autorizó el envío de nueve empleados de la compañía para que se dedicaran a la agricultura y el comercio. Con el aumento de la actividad del puerto del cabo fue necesario también emplear más mano de obra, y en ese mismo año llegaron esclavos de Batavia y de Madagascar.

Con la llegada de los nuevos colonos comenzó la primera expansión por el interior en busca de tierras, lo que iba a provocar los primeros choques con la tribu indígena de los khoikhoi. En 1659 los khoikhoi provocaron una revuelta contra los colonos blancos pero fueron derrotados y obligados a retirarse definitivamente de los territorios que habitaban. Comenzaba así la tormentosa relación entre blancos y negros en Sudáfrica.

En 1662 Van Riebeeck fue nombrado secretario del gobernador de la Compañía de las Indias y partió de Sudáfrica dejando una comunidad de 134 oficiales, 35 colonos, 15 mujeres, 22 niños y 180 esclavos.

Éste no era más que el comienzo pues, por aquel entonces, la política represiva del rey de Francia contra la población protestante provocó la salida de unos 300.000 hugonotes, muchos de los cuales se exiliaron temporalmente en Holanda. Pero no es de extrañar que tras los sufrimientos acumulados por la persecución religiosa en Europa ansiaran empezar una nueva vida en otro continente. La compañía decidió llegar a un acuerdo con esta comunidad religiosa y se ofreció a transportar a unas 50 familias a Sudáfrica y darles tierras a cambio de su lealtad a Holanda y a la compañía. Así, en 1688 llegaron a Sudáfrica los primeros bóeres, que significa granjero en holandés. Los bóeres, devotos protestantes convencidos de que habían sido elegidos por Dios para interpretar sus designios en la tierra, llegaron a África con la determinación de asentarse definitivamente allí y construir una comunidad basada en su fe. Van Riebeeck nunca volvió a Sudáfrica ni vivió para ser testigo del auge de la comunidad bóer en Sudáfrica, pero éstos le considerarían como el padre fundador de su nación.

La época en que Van Riebeeck estuvo en Sudáfrica coincidió con la del apogeo de Holanda como potencia. En 1648 el Tratado de Westfalia ponía fin a 80 años de guerra contra España y también a la guerra de los Treinta Años, que había enfrentado a varias potencias principalmente por cuestiones religiosas. Holanda y también Suiza fueron reconocidas como naciones independientes del imperio español y del Sacro Imperio Romano. Con este tratado daba comienzo un nuevo orden basado en el respeto al Estado soberano. Europa inventaba un término que iba a tener mucha influencia en las relaciones internacionales en los próximos siglos: el Estado-nación.

La joven nación holandesa iba a surgir como el mejor ejemplo de las virtudes del Estado-nación en el mundo y de la filosofía política que podría hacerlo prosperar. Pieter de la Court, uno de los pensadores políticos más influyentes de su época, escribió hacia 1630 que un gobierno responsable era aquel que da la mayor libertad a los individuos para que éstos busquen su propio bienestar y promuevan la prosperidad económica. Escribía también que la libertad implicaba que los individuos tuvieran plena capacidad para pensar libremente y sin presiones, y por ello denunciaba el dogmatismo religioso por impedirlo. El gran filósofo Baruch Spinoza iba a desarrollar estas ideas en Ámsterdam y La Haya a mediados del siglo XVII. Holanda se convertía en la patria de las ideas del republicanismo y el liberalismo que tanto iban a influir en el pensamiento político europeo de los próximos siglos.

Durante la edad dorada de Holanda, que abarca casi todo el siglo XVII, la nación no sólo gozó de una prosperidad y una estabilidad política envidiables sino que también iba a hacer extraordinarias aportaciones a Europa en el ámbito de la ciencia, la cultura y las artes. En pensamiento económico y finanzas Holanda fue un referente indispensable, y las técnicas mediante las cuales el país logró ganar terreno al mar constituían grandes avances para la ingeniería.

Gracias al ambiente de tolerancia y libertad de expresión, los holandeses iban a situarse en vanguardia del pensamiento político y las ciencias sociales. La obra *Mare Liberum* del jurista Hugo Grotius defiende la teoría de que el mar debe ser internacional y que todas las naciones tienen derecho a navegar por él para promover el comercio. Esta obra iba a constituir el pilar ideológico para justificar la incursión de Holanda, Inglaterra, Francia y otras naciones en zonas del mundo dominadas por los imperios ibéricos. Grotius también publicó *De iure belli ac pacis*, que aboga por la seguridad y reflexiona sobre la guerra justa, y su obra le convirtió en uno de los pioneros del derecho internacional.

Ante todo, el siglo XVII holandés fue el siglo de Rembrandt, cuya obra pictórica ofrece el mejor testimonio del esplendor de su nación en aquella época. Otro de los grandes artistas de entonces, Johannes Vermeer, es especialmente relevante para entender la importancia que adquirió el imperio para los holandeses. Sus cuadros muestran escenas de la vida cotidiana holandesa en las que siempre había alguna referencia al imperio y a las conexiones con mundos lejanos, y han sido utilizados como evidencia de que la globalización ya estaba muy avanzada en el siglo XVII.

Mientras que Holanda gozó de su época dorada, Inglaterra avanzaba en la construcción de su imperio hasta convertirse en su máximo rival y desbancarla de una posición hegemónica que había alcanzado en varios puntos del planeta.

Una política que iba a estar estrechamente asociada al imperio británico y a la mayoría de los imperios europeos en su etapa inicial era el mercantilismo, la idea de que los intereses comerciales y la riqueza de un país deben ser protegidos por el gobierno mediante aranceles y medidas que impidan a terceros países beneficiarse sin pagar por ello.

El auge de Holanda supuso una amenaza para los intereses británicos principalmente en América, pues los holandeses desembarcaban en los puertos del imperio británico y comerciaban con sus habitantes

como si de una colonia suya se tratara. A Ámsterdam llegaban cargamentos de tabaco procedentes de Virginia o azúcar de Barbados, y Holanda comerciaba con productos adquiridos en colonias británicas sin pagar ningún tributo al gobierno británico. La Ley de Navegación aprobada en Inglaterra en 1651 aspiraba a asegurarse que la riqueza del imperio británico beneficiara sólo a sus súbditos o a los que estuvieran dispuestos a pagar por ella. Varios barcos holandeses fueron incautados por la flota británica por estar en aguas territoriales británicas y desafiar sus leyes comerciales. Holanda reaccionó mandando una flota a defender sus barcos ya que no reconocía el principio de aguas territoriales, y así comenzó la primera guerra anglo-holandesa en 1652.

Tras dos años de guerra, Holanda tuvo que ceder ante la superioridad británica y comprometerse a respetar la Ley de Navegación. Sin embargo, los roces entre las dos naciones continuaron, especialmente en la colonia norteamericana de Nueva Ámsterdam. Esta colonia holandesa, que compartía frontera con las colonias británicas en la costa oriental norteamericana, hacía difícil establecer si los barcos holandeses estaban vulnerando las leyes británicas o no. El rey Carlos II de Inglaterra decidió acabar con este problema ordenando la invasión de Nueva Ámsterdam en 1664, provocando la segunda guerra contra Holanda. Nueva Ámsterdam sucumbió a la invasión dirigida por el duque de York y la ciudad fue debidamente rebautizada como Nueva York. Desde entonces los habitantes de la pequeña ciudad holandesa de América pasaron a ser súbditos británicos.

Todavía iba a haber dos guerras más entre Gran Bretaña y Holanda a lo largo de los cien años siguientes. Holanda, muy segura de sí misma como potencia imperial, no estaba dispuesta a ceder ante presiones de nadie, aunque Gran Bretaña, cada vez más poderosa, había dejado claro que iba a defender los intereses de su imperio a cualquier precio. Las leyes mercantilistas británicas defendidas por su marina iban a lograr que la próspera Holanda tuviera que renunciar a importantes parcelas de su imperio hasta convertirse en una potencia de segundo orden a finales del siglo XVIII.

El imperio británico en Norteamérica continuó creciendo a lo largo del siglo XVII por motivos religiosos, entre otros. El ambiente de enfrentamiento y persecución que se vivía en Inglaterra entre católicos y fieles de distintas sectas protestantes contribuyó a que muchos, al igual que los peregrinos del *Mayflower*, decidieran emigrar a América para poder practicar su fe.

En 1629 George Calvert, un influyente político católico, solicitó al rey Carlos I un decreto real para la fundación de una colonia católica en América que sirviera de refugio para todos los católicos perseguidos por la Europa protestante. Calvert murió poco después pero el rey le concedió a su hijo Cecilius, el segundo lord Baltimore, en 1631 la autorización deseada para fundar la colonia de Maryland, al norte de Virginia.

Los primeros colonos que acudieron a la llamada de lord Baltimore a establecerse en esta colonia fueron en su mayoría protestantes, aunque los católicos iban a ser los responsables de su gobierno. Maryland se convirtió en una de las pocas regiones del imperio británico donde los católicos ocupaban los puestos más influyentes. Sin embargo, el principio de una colonia de católicos gobernada por católicos que inspiró a su fundador no iba a prosperar. Muchos puritanos emigraron a Maryland desde el momento en que el anglicanismo se proclamó religión oficial en Virginia. Pero, lejos de estar agradecidos por ser acogidos en una tierra que les permitía practicar su fe, los puritanos se rebelaron contra los gobernantes de Maryland y prohibieron el catolicismo en sus tierras. La rebelión puritana duró hasta 1658, cuando la familia Calvert finalmente impuso el orden y logró que el principio de tolerancia religiosa se respetara.

Sin embargo la tranquilidad no iba a durar mucho para los católicos en América. Tras la revolución de 1688 que acabó con la dinastía Estuardo en Inglaterra, Guillermo de Orange ascendió al trono de Inglaterra, el protestantismo se estableció como la religión oficial de Inglaterra y el catolicismo fue perseguido. Desde entonces los católicos tuvieron que practicar su religión en secreto hasta el estallido de la revolución americana, cuando sus derechos fueron finalmente reconocidos.

A pesar de que muchos colonos llegaron a América con el deseo de dejar atrás la persecución y las represalias por motivos religiosos que habían padecido en Europa, las colonias de Norteamérica acabaron enfrentadas por la misma intolerancia religiosa que dividió a las potencias europeas. Una notable excepción fue Pensilvania, cuyo ejemplo iba a ser muy influyente en el futuro desarrollo de la Norteamérica postcolonial.

Pensilvania fue fundada en 1681 por William Penn, empresario constructor, filósofo y promotor de la tolerancia religiosa. Penn era miembro de la secta de los cuáqueros, que se negaba a aceptar cualquier jerarquía religiosa o política y, por lo tanto, contaba con enemi-

gos tanto entre la jerarquía anglicana como entre los católicos. Ante la persecución que sufrían en Inglaterra, muchos cuáqueros decidieron que su único futuro estaba en emigrar a América. Penn era el hijo de un notable almirante que había ayudado a Carlos II a recobrar el trono, y utilizó su buen nombre y conexiones con el rey para obtener una concesión de tierras al norte de Maryland donde fundar una colonia para los cuáqueros. El rey concedió a William Penn un total de 120.000 kilómetros cuadrados de territorio lo que le convirtió en el mayor terrateniente privado del mundo, y también propuso darle el nombre de *Pennsylvania*. A cambio de tan generosa concesión la corona exigía un quinto de los beneficios de la extracción de oro y plata en esta colonia, aunque para su decepción los yacimientos de metales preciosos en Pensilvania y la costa este americana iban a ser escasos.

Penn tuvo poder absoluto para desarrollar la colonia según sus objetivos y sus ideas. Su sólida formación en Oxford y muchos años de pensamiento filosófico sobre el concepto de buen gobierno iban a servirle para hacer de esta colonia un referente tanto en el nuevo como en el viejo mundo. Sus «Bases de gobierno», un escrito que establecía los principios sobre los que debería gobernarse la colonia, estaban muy influidos por las ideas del filósofo John Locke, que proponía un sistema de gobierno representativo elegido por propietarios libres y que evitara el despotismo de reyes y nobles que tanto había proliferado en Europa.

La tolerancia religiosa, uno de los pilares fundacionales de la colonia, contribuyó a que además de cuáqueros, miembros de otras ramas del protestantismo, católicos y también judíos decidieran emigrar a Pensilvania no sólo desde las islas británicas sino también desde Francia, Holanda, Alemania y los países escandinavos. Las generosas concesiones de tierra que ofrecían a los colonos lograron hacer que la emigración a esta colonia se hiciera muy popular en Europa. Veintitrés barcos llegaron un año después de su fundación y en el año 1700 tenía ya 180.000 habitantes. El fundador se propuso también evitar el enfrentamiento con los indios y les pagó generosas indemnizaciones por la ocupación de sus tierras.

William Penn tan sólo vivió en Pensilvania en dos breves periodos entre 1682 y 1700 pero dejó una huella imperecedera en Norteamérica. Fundó la capital de la colonia, Filadelfia, la ciudad del amor fraternal, y se involucró en su diseño y construcción. Frente a las rivalidades y enfrentamientos que existían entre las primeras colonias británicas en América, Penn promovió su unificación sobre principios democráti-

cos. En sus escritos proponía el establecimiento de una asamblea parlamentaria con representantes de todas las colonias; también lo planteaba, curiosamente, para Europa pues pensaba que un parlamento europeo evitaría tantas guerras entre estados europeos y sería una forma de avanzar hacia la creación de unos estados unidos de Europa.

A pesar de ser el propietario de esta gran colonia, William Penn murió endeudado, aunque su familia iba a ser propietaria de la colonia hasta el estallido de la revolución americana. Sus principios de tolerancia religiosa y buen gobierno no siempre fueron respetados. Sin embargo, Pensilvania iba a ser el principal ejemplo del *melting pot* entre europeos de distintas creencias que iba a caracterizar los futuros Estados Unidos de América.

Francia, que comenzó la colonización de América tímidamente y con escasa fortuna en el siglo XVI, logró convertirse en una de las cuatro grandes potencias colonizadoras del continente en el siglo XVII. Los franceses, que desde los tiempos de Jacques Cartier se habían dedicado a pescar en la costa norteamericana y a intercambiar pieles con indios, comenzaron a darse cuenta de que para sacar verdadero provecho al continente era necesario apostar más firmemente por crear asentamientos permanentes allí.

El navegante y explorador Samuel de Champlain fue uno de los principales responsables de la creación del nuevo imperio francés en Norteamérica. Champlain, tras haber navegado por la costa este, tomó parte en la fundación de Port Royal en 1605, que fue el primer asentamiento permanente europeo al norte de Florida. Poco después persuadió a Louis Hébert, que le había acompañado en el viaje a Port Royal para que se asentara con su familia en la costa de Canadá. En 1608 Champlain obtuvo el permiso del rey Enrique IV para fundar la villa de Quebec en las tierras donde se había asentado Louis Hébert. Desde entonces Quebec, que según la palabra india significa «donde se estrecha el río», se convirtió en el centro neurálgico de la colonización francesa e iba a convertirse en la capital de Nueva Francia. Tres años después Champlain estableció una base para comerciar con pieles en la isla de Montreal y ésta se convertiría en la segunda gran ciudad fundada por los franceses en el actual Canadá.

La corona francesa iba a tener un papel muy especial en la creación del imperio colonial; no sólo Enrique IV y Luis XIII sino quien mejor

supo interpretar sus designios, el cardenal Richelieu. El primer ministro del rey Luis XIII desde 1624 hasta su muerte en 1642 fue responsable de la transformación de la monarquía francesa en un gran Estado centralizado, y sus iniciativas tuvieron una importancia capital en el ascenso de Francia a la supremacía en la Europa continental.

La principal obsesión de «la eminencia roja», como era conocido Richelieu, fue contrarrestar el poder de los Habsburgo en Europa y por ello decidió que no sólo era necesario expandir el poder de Francia en el continente sino también promover la creación de un imperio de ultramar. Además de apoyar con entusiasmo las iniciativas de Samuel de Champlain, Richelieu creó en 1627 la Compañía de Nueva Francia con el objeto de promover el comercio y la colonización en América. La compañía fue creada con capital de una centena de inversores, por lo que también fue conocida como la Compañía de los Cien Inversores. El cardenal fue uno de los principales accionistas de esta compañía y por ello, entre otras poderosas razones de Estado, siempre la controló muy de cerca.

Richelieu también promovió la colonización francesa del Caribe. Con este fin, en 1635 apoyó la creación de la Compagnie des Îlles de l'Amérique (Compañía de las Islas de América), de la que fue también uno de los principales accionistas. Como resultado de esta iniciativa, Pierre Belain d'Esnambuc y otros audaces aventureros ocuparon las islas de Saint Christophe (San Cristóbal), Martinica, Guadalupe, Tortuga y María Galante en nombre de Francia.

Durante los primeros años del largo reinado de Luis XIV Francia alcanzó su apogeo y se consolidó como el Estado más poderoso de Europa, con la población más extensa, el ejército más poderoso y una eficaz administración central que iba a ser la admiración de Europa. Los éxitos de Francia a la hora de convertirse en el árbitro del poder en Europa y el esplendor de su corte y su cultura contribuyeron a hacer del francés a partir de entonces la lengua de la diplomacia que todo buen estadista y persona culta debería hablar. Francia tenía así todo lo necesario para expandir su poder por el mundo.

El «Rey Sol», que observaba el mundo desde el esplendor del palacio de Versalles, no era muy entusiasta de las aventuras coloniales. Para él la clave del poder de Francia estaba en el continente europeo, y dominar Europa implicaba dominar el mundo con o sin imperios coloniales. Sin embargo su primer ministro, Jean-Baptiste Colbert, al igual que hizo Richelieu en su tiempo, sí era partidario de la colonización

francesa del mundo y persuadió a Luis XIV sobre la necesidad de construir un imperio que estuviera a la altura de su reinado.

Bajo el cetro de Luis XIV Francia iba a consolidar su primer imperio colonial, iniciando su presencia en el continente africano. En 1659 marinos de Dieppe establecieron la primera base comercial en Senegal, llamada Saint Louis (San Luis) en honor al rey. Ésta se iba a convertir en la primera ciudad fundada por europeos en África occidental y desempeñó un papel importante en la economía francesa, pues desde allí los franceses pudieron explotar el comercio de caucho, marfil, oro, piedras preciosas y también de esclavos.

En el Caribe Luis XIV promovió la creación de la colonia de Saint Domingue (Santo Domingo) en 1659, en la mitad oeste de la isla de La Española, donde habían llegado bucaneros franceses unas décadas antes. El establecimiento de esta colonia fue también un gran acierto desde el punto de vista económico, pues logró convertirse en una de las principales productoras de azúcar en el Caribe en las décadas siguientes.

Por último, bajo el reinado del «Rey Sol», Francia iba a llegar a Asia. Tras la creación de la Compañía Francesa de las Indias Orientales en 1675 los franceses llegaron a Madagascar y de allí a la India, donde fundaron sus primeras bases comerciales.

De la misma forma que la corona se involucró muy directamente en la promoción de la colonización francesa, también iba a asegurarse de controlar este proceso y sobre todo de sacarle el máximo beneficio. Colbert no sólo era un firme partidario del mercantilismo sino también de lograr que el Estado tuviera un papel muy activo en la promoción de la riqueza nacional, incluida la que pudiera obtenerse de la colonización. «Las colonias deben servir al reino y no deben desarrollarse al margen de la industria francesa», dijo en una ocasión.

Con el fin de asegurar un control más directo de la corona sobre las colonias y tomar el relevo a las compañías coloniales, en 1663 se creó el Consejo Soberano de Nueva Francia. Las islas del Caribe también pasaron a dominio real por esos años. En 1665 se creó el puesto de intendente de la Nueva Francia para que la corona tuviera a una persona de confianza que administrara la colonia en nombre del rey, de la misma forma que la figura del virrey lo hacía en el imperio español.

El primer intendente de Nueva Francia fue Jean Talon que, durante su mandato de siete años, tomó importantes medidas para promover el desarrollo y la prosperidad de la Francia americana. Una iniciativa por la que sería especialmente recordado fue por las llamadas *filles du roi,*

unas 900 jóvenes solteras que fueron enviadas a Nueva Francia con el objeto de que se casaran con los colonos y procrearan, logrando así el aumento de la población que tanto necesitaba la colonia. Eran llamadas *filles du roi* precisamente porque el rey de Francia actuaba como un padre, pagándoles el viaje hasta América y dando una dote de 50 libras francesas a cada una para aportar a su matrimonio.

La dificultad para poblar las colonias llevó a Francia, al igual que habían hecho España y Portugal, a aceptar la posibilidad de que sus ciudadanos no fueran de raza blanca, e incluso promovió activamente el mestizaje. Según establecía el acta fundacional de la Compañía de Nueva Francia, todo descendiente de los colonos franceses que estuviera bautizado sería considerado un ciudadano francés. Más adelante, las autoridades francesas animaron a los colonos a que formaran familias con las nativas. Sin embargo el hecho de que las tribus indias en Norteamérica fueran mucho más salvajes e indómitas, y también menos numerosas, impidió que proliferara la población mestiza como ocurrió en la América española y portuguesa.

A pesar de las medidas para promover la natalidad y el mestizaje la población aumentó muy lentamente y Nueva Francia, que tenía unos 8.000 habitantes en 1660, no sobrepasaba los 17.000 al comenzar el siglo XIII, una cifra insignificante comparada con los cerca de 240.000 colonos blancos que tenían las colonias inglesas en Norteamérica. A pesar de que Francia estaba mucho más poblada que Inglaterra o que la península ibérica, promover la emigración a sus colonias iba a suponer un gran desafío. Los motivos económicos, religiosos o personales que hacían a tantos europeos desear comenzar una nueva vida en América no parecían ser tan acuciantes entre los franceses.

El imperio francés en América tenía varios inconvenientes frente al resto de los imperios europeos y por esta razón pocos franceses estuvieron dispuestos a asentarse permanentemente en él. En primer lugar la geografía y el clima de Nueva Francia eran mucho más adversos, muy apropiados para obtener ganancias de la caza y la pesca pero no especialmente para vivir de la agricultura. El sistema establecido para colonizar nuevas tierras tampoco dio los resultados esperados. Los denominados *seigneuries* eran un sistema semifeudal. La compañía concedía tierras a los llamados *seigneurs* a cambio de que éstos buscaran colonos y se encargaran de su traslado a América. Luego los colonos tendrían que pagar rentas al *seigneur* y trabajar para él un determinado periodo de tiempo cada año. El inconveniente que tenía este sistema

es que las elevadas rentas y los servicios que los colonos tenían que prestar al *seigneur* les impedían prosperar. Luego estaba el peso del Estado francés: el poder estaba en manos del intendente, directamente elegido por la corona con poderes absolutos para recaudar impuestos e incluso reclutar a los colonos para el ejército.

Uno de los principales incentivos para emigrar a América era precisamente liberarse del control opresivo que ejercían los estados. Los colonos que emigraban a las colonias inglesas se libraban de muchas de las obligaciones que tenían en Europa como súbditos de una corona, y no sólo tenían la sensación de progresar al convertirse en dueños de sus tierras sino que por primera vez en sus vida podían influir en su gobierno a través de las asambleas coloniales elegidas democráticamente. Pero esto no ocurría en las colonias francesas, donde sus habitantes eran sometidos prácticamente a la misma sociedad jerárquica y a las reglas del absolutismo que en la propia Francia.

Otra razón por la que la emigración a las colonias francesas en Norteamérica resultó poco atractiva fue la hostilidad de las tribus indias, que hicieron perecer a muchos de los pioneros de la colonización francesa. Como escribió el intendente de Nueva Francia Philippe de Rigaud de Vaudreuil a París en 1711, «las cinco naciones de los iroqueses deben temerse más que a toda Nueva Inglaterra». Los colonos franceses forjaron una alianza con la tribu de los hurón, lo cual les convirtió en enemigos de los antiguos rivales de éstos, los iroqueses. Éstos, por su parte, establecieron una buena relación con los holandeses, cuyo asentamiento lindaba con las tierras donde habitaban. Una ventaja que tuvieron tanto franceses como el resto de los europeos para defenderse de las tribus indias es que éstas estaban enfrentadas entre sí, y formar alianzas con ellas era una forma eficaz de neutralizar su poder.

Al igual que en Nueva España y el resto de la América española y portuguesa, en Nueva Francia había mucho interés en cristianizar a los indios. Una de las cláusulas del documento fundacional de la Compañía de la Nueva Francia decía que todo asentamiento debería contar con la presencia de un sacerdote y que los representantes de la Iglesia tendrían considerables poderes de gobierno junto con el intendente.

La orden de los jesuitas iba a estar al frente de esta misión de velar por la fe de los colonos y también propagar el cristianismo. Entre 1632 y 1650, 45 jesuitas llegaron a Nueva Francia con el fin de predicar el evangelio entre los indios. Lograron establecer una misión en la tribu de los hurones y también consiguieron, hasta cierto punto, ser acepta-

dos entre los iroqueses, pero convertir a los indios de Norteamérica constituyó un reto aún más difícil que al que tuvieron que enfrentarse los españoles y portugueses con los indios en sus imperios.

La presencia de jesuitas en América aportó más beneficios al imperio francés al margen del religioso. Los exploradores más destacados que dio Francia en esa época, Louis Jolliet y René-Robert de La Salle, se habían formado como jesuitas aunque tras su llegada a América se dedicaron al comercio de pieles. Louis Jolliet, en sus asiduos contactos con las tribus, oyó hablar a los indios de un gran río llamado Misisipi que llegaba hasta el mar. Muy influido por los grandes mitos de la exploración en la época, imaginó que este río desembocaría en el Pacífico y de allí podría descubrir una nueva ruta a la India. En 1673 el intendente de Nueva Francia le encargó la misión de buscar una ruta entre los grandes lagos y ese río del que había oído hablar. Jolliet descubrió el Misisipi pero, para su decepción, comprobó que el río descendía hacia el sur, no hacia el oeste, y que por lo tanto en vez de llevarle al Pacífico le conduciría hasta los dominios del imperio español en el golfo de México; por esta razón no prosiguió la navegación por el río.

René-Robert de La Salle iba a llegar mucho más lejos en sus exploraciones. Al igual que a Jolliet, la clave de sus descubrimientos se la proporcionaron los indios. En sus contactos con las tribus indias para intercambiar pieles, los mohawk le mencionaron la existencia de un caudaloso río llamado Ohio que desembocaba en el mar. Por esta razón decidió dejar atrás su vida en la colonia para lanzarse a la aventura de descubrir nuevas tierras para Francia.

La Salle emprendió una expedición en 1669 acompañado por 24 hombres que iban a descender en canoas algunos de los grandes ríos de América. Desde el río San Lorenzo llegaron hasta el río Niágara y de allí continuaron viaje hasta llegar al río Ohio, cerca de la actual Louisville en Kentucky, convirtiéndose en los primeros europeos en pisar esta tierra. Pero como ocurrió en muchas expediciones, sus hombres le abandonaron allí y La Salle tuvo que regresar a Canadá sin haber llegado hasta el mar como era su deseo.

Un año después, La Salle organizó una nueva expedición por el río Misisipi que Jolliet había abandonado. A pesar de que era consciente de que el río fluía hacia el sur, confiaba en encontrar eventualmente una ruta que le llevara hasta el Pacífico. Navegó por el río más largo de Norteamérica hasta llegar a su desembocadura en el Golfo de México aunque para su decepción no encontró ninguna ruta que le llevara ha-

cia los mares del sur y hasta el lejano Oriente. Sin embargo tenía motivos para estar satisfecho, pues su descubrimiento brindaba a los franceses la oportunidad de colonizar una enorme extensión de tierra en el corazón del continente.

La Salle organizó tres expediciones más en la siguiente década por las tierras bañadas por el Misisipi. En 1682 fundó un fuerte llamado Saint Louis en el actual Tennessee y tomó posesión de esas tierras de la desembocadura del río en nombre de Francia bautizándolas con el nombre de *La Louisiane,* en honor a Luis XIV. Su último gran proyecto fue organizar una expedición de 300 personas en 1684 con el fin de fundar un asentamiento francés en el golfo de México. Ésta acabó siendo la más problemática y La Salle perdió la vida en esta aventura.

Las rutas descubiertas por Jolliet y especialmente por La Salle en su descenso por el Misisipi cambiaron el destino del imperio francés radicalmente. Los territorios que se extendían desde Illinois a Ohio eran especialmente aptos para el comercio de pieles. Las fuentes de riqueza que ofrecían las tierras bañadas por el Misisipi eran inmensas y, además, Luisiana tenía un clima mucho más cálido y especialmente apropiado para la agricultura y el cultivo de los productos más lucrativos de la colonización, como el azúcar, el algodón, el lino y el tabaco.

Tras la desaparición de La Salle, otros grandes aventureros franceses comenzaron la colonización del territorio descubierto. Pierre Le Moyne d'Iberville, soldado y administrador colonial, fundó la colonia de Luisiana en 1699. En 1718 su hermano, Jean Baptiste Le Moyne d'Iberville, fundó la ciudad de Nueva Orleans. Otra gran contribución fue la de Antoine Laumet de la Mothe Cadillac, que fundó la ciudad de Detroit en 1701 al borde de los grandes lagos de América y en el actual estado de Michigan.

Con la fundación de estas ciudades y la toma de posesión del inmenso territorio que va desde Detroit a Nueva Orleans tras el fin del reinado de Luis XIV, Francia había logrado construir el tercer imperio europeo más extenso de América, después del español y el portugués. Una vez más, las hazañas de los grandes aventureros y buscadores de fortunas habían ido mucho más lejos que los sueños de grandeza de reyes y gobernantes, y la exploración había logrado aportar más territorios para una potencia europea que cualquier ejército.

Francia dejó una huella imborrable en la historia de América con la construcción de su imperio. Sin embargo, preservarlo iba a convertirse en un desafío cada vez más difícil a lo largo del siglo XVIII. En primer

lugar, porque eran territorios demasiado extensos para ser administrados y defendidos por tan poca población, pues la emigración francesa siguió progresando a un ritmo mucho más lento del que hubieran deseado los gobernantes de Francia. En segundo lugar, por la rivalidad con Gran Bretaña y otras grandes potencias.

El auge de Francia en Europa durante el reinado de Luis XIV preocupó a todas las grandes potencias de entonces, y muy especialmente a Gran Bretaña. Con el nacimiento de Luisiana, Francia surgió como el principal rival para el imperio británico en América. La colonización británica continuó creciendo a buen ritmo a lo largo del siglo XVIII. La última de las llamadas «trece colonias» del primer imperio británico en América fue fundada en 1733 y recibió el nombre de Georgia, en honor a Jorge II. La colonia iba a servir de frontera con el imperio español ya que lindaba con Florida al sur, pero también se extendía hasta el río Misisipi donde empezaban los dominios de Francia. Para Gran Bretaña y los habitantes de las trece colonias el imperio francés se convirtió en el gran obstáculo para los sueños de ampliación hacia las tierras del interior de Norteamérica.

El crecimiento de los imperios coloniales en el siglo XVIII contribuyó a aumentar el ambiente de rivalidad que se vivía en Europa entre las grandes potencias y a llevar a América y a otros continentes su enemistad y sus odios. Como consecuencia, las grandes guerras europeas se iban a librar también en América y el mundo colonial entró dentro de los territorios con los que las potencias ganadoras iban a ser compensadas.

La guerra de Sucesión española, una larga guerra que duró desde 1701 a 1713, enfrentó a Inglaterra, Prusia, Holanda y varios aliados contra Francia y España para evitar que un miembro de la dinastía Borbón ascendiera al trono español y con ello se unificaran los reinos de Francia y España. Varias potencias, especialmente Inglaterra, no estaban dispuestas a permitir que los Borbones, que desde Luis XIV se habían convertido en la dinastía más poderosa de Europa, unificaran su imperio con el de España. Con este fin no sólo lucharon los ejércitos en Europa sino también los colonos en Norteamérica y las Indias Occidentales. En las colonias británicas sus habitantes se enfrentaron a las colonias francesas y españolas temerosos de que una derrota de Inglaterra supusiera que sus tierras pasaran al poder de una potencia enemiga.

En el Tratado de Utrecht, que puso fin a esta contienda, un Borbón logró sentarse en el trono de España pero a cambio de grandes conce-

siones francesas y españolas que iban a afectar el equilibrio en el mundo colonial. Francia cedió a Inglaterra la posesión de Arcadia, Terranova, Bahía de Hudson y la isla de St. Kitts. El nuevo rey de España, Felipe V, mantuvo intacto el imperio español en América pero tuvo que ceder Menorca y Gibraltar a Inglaterra y también el denominado asiento, el derecho a comerciar con esclavos en las colonias españolas.

En el ambiente de rivalidad y resentimiento que vivían las potencias tras el fin de esta larga guerra, los derechos comerciales que los ingleses habían adquirido en el imperio español terminaron causando una nueva guerra. Desde 1742 a 1748, Gran Bretaña se enfrentó a España en la llamada guerra de la Oreja de Jenkins por mantener su derecho a comerciar esclavos, pero finalmente tuvo que renunciar a él a cambio de una compensación monetaria. Mientras tanto los conflictos entre colonos franceses y británicos en Norteamérica por cuestiones fronterizas eran cada vez mayores. En 1754 un desacuerdo sobre la frontera anglofrancesa donde actualmente está la ciudad de Pittsburg iba a dar comienzo a la que en Norteamérica se conocería como la guerra francesa e india.

Esta guerra colonial entre franceses y británicos contribuyó a elevar dramáticamente el clima de enfrentamiento que vivían las grandes potencias europeas por cuestiones dinásticas y territoriales y así dio comienzo la guerra de los Siete Años. Esta guerra que comenzó en 1756 fue un conflicto global hasta el punto de que algunos historiadores han insistido en calificarla como la primera guerra mundial. En ella se enfrentaron Gran Bretaña, Portugal y Prusia contra Francia, Austria, Rusia, España y Suecia. No sólo lucharon en Europa sino, como consecuencia de las rivalidades imperiales, también en sus posesiones en América, África y Asia. Los imperios coloniales eran codiciados por todos y, debido a la lejanía, constituían generalmente puntos vulnerables donde atacar al enemigo. Los europeos habían adquirido intereses en muy diversos puntos del planeta y, como consecuencia, iban a llevar sus conflictos hasta allí.

Debido al pulso que mantenían Francia y Gran Bretaña desde hacía décadas por consolidar sus imperios en Norteamérica, el enfrentamiento en esta parte del mundo iba a ser especialmente intenso. Francia era consciente de su inferioridad frente a su rival pues sus asentamientos americanos estaban mucho menos poblados y además no contaba con una marina tan poderosa como la británica, fundamental para poder defender territorios en ultramar. Por esta razón, las tropas

francesas se centraron en luchar en Europa con la expectativa de derrotar al enemigo en el viejo continente y estar así en posición de pedirle la retirada de sus colonias o exigirle compensaciones en ultramar.

Como Gran Bretaña, por el contrario, contaba con un ejército pequeño, su estrategia se basó en evitar involucrarse en grandes batallas en Europa. En este aspecto su alianza con Prusia fue fundamental pues el gran ejército prusiano se centró en encarar al enemigo en el continente, permitiendo a Gran Bretaña imponerse en América y otros ámbitos del mundo colonial. El político británico William Pitt sabía bien lo que decía al comentar que «América se ganó en Alemania». En 1759 las tropas británicas conquistaban Quebec y un año después Montreal, privando a Francia de las ciudades más importantes de su imperio americano.

Durante la guerra en América los indios de las llamadas siete naciones de Canadá se aliaron con los franceses mientras que la tribu de los iroqueses, asentados en la zona del actual estado de Nueva York, apoyó al bando británico. Muchas más tribus indias se aliaron con los franceses que con los ingleses debido a que los territorios de Francia eran considerados menos amenazantes que los ingleses, donde la presión de los colonos por adquirir más tierras obligaba a los indios a retroceder cada vez más de sus tierras ancestrales. El hecho de que tribus indias se involucraran en esta guerra europea que se libraba en su territorio muestra hasta qué punto los auténticos americanos se habían resignado a compartir Norteamérica con los colonizadores blancos, y daban por hecho que su futuro dependía en gran medida de los acuerdos a los que pudieran llegar con los europeos ganadores de esta contienda.

Gran Bretaña también decidió atacar a su rival en otros frentes del mundo colonial. En 1758 el general Robert Clive, gobernador de Madrás, atacó la colonia francesa de Chandernagar, en la actual Bengala y, a pesar de que el nabab de Bengala intervino a favor de Francia, los británicos se impusieron en esa parte de la India que aún no controlaban. Un año después le tocó el turno al África francesa: la marina real británica tomó las colonias francesas de Senegal y Gambia, de gran importancia para la economía francesa pues desde ellas controlaban el comercio de caucho y esclavos.

La marina británica también arremetió contra puntos clave del imperio español. En 1762 se dirigió a Filipinas y tomó Manila, y en 1763 conquistó la ciudad de La Habana.

La guerra de los Siete años costó la vida a cerca de un millón y medio de personas y trajo importantes cambios en el equilibrio de po-

der entre las grandes potencias. En el Tratado de Paz de París en 1753 las potencias enfrentadas se repartieron territorios en Europa y en el resto del mundo con el fin de llegar a una paz duradera. Francia, batida en su imperio y también en Europa, fue la gran perdedora y este tratado confirmaba su desaparición como gran potencia colonial. Tuvo que ceder la práctica totalidad de Nueva Francia a Gran Bretaña, salvo las islas de Miquelon y Saint Pierre, y renunciaba también a Luisiana que pasaba a manos de España. Francia decidió ceder tanto territorio a cambio de que le permitieran quedarse con las islas caribeñas de Martinica y Guadalupe, de gran importancia económica por su producción azucarera. También recuperó de Inglaterra su asentamiento indio de Chandernagar y las colonias centroafricanas. El imperio francés en ultramar iba a continuar, pero muy disminuido. El tratado de paz provocó una oleada de protestas en Francia: el pueblo francés nunca perdonaría a los Borbones esta derrota impropia de un país que había alcanzado las más altas cotas de civilización y que había sido tan admirado y envidiado por las demás potencias europeas.

Tras la derrota, Francia intentó recuperar su poder en el mundo con nuevos proyectos colonizadores. Al almirante Louis-Antoine de Bougainville se le encomendó la misión de colonizar las islas Malvinas, al sur del Atlántico, pero su cercanía al imperio español levantó suspicacias y finalmente recibió la orden de abandonar la zona. Poco después Bougainville iba a lograr hacer grandes aportaciones a la colonización. En 1766 obtuvo el permiso de Luis XV para dar la vuelta al mundo y, además de convertirse en el primer francés que logró esta hazaña, descubrió la isla de Tahití, con la que iba a dar comienzo la influencia francesa en esta zona. Sin embargo, pese al talento de Bougainville, Francia carecía de energía y de medios para levantar un nuevo imperio tras haber perdido gran parte del viejo.

Gran Bretaña, por el contrario, surgió de la guerra de los Siete Años muy fortalecida como potencia global. Además de todas las posesiones que le había arrebatado a Francia, también adquirió la península de Florida del imperio español a cambio de devolverle las ciudades de La Habana y Manila. El extenso imperio americano no fue la única recompensa de esta guerra para Gran Bretaña, que también logró imponer su hegemonía en la India donde ya no tenía rival.

La clave del éxito británico fue su flota naval. Desde hacía más de dos siglos los británicos eran conscientes de que una marina fuerte era la clave para garantizar la seguridad de sus islas y poder consolidar un

imperio en ultramar. Ante la posibilidad de una guerra contra Francia, lo primero que hizo el primer ministro William Pitt en 1755 fue persuadir al parlamento británico para que autorizara aumentar la flota y su número de marineros, llegando a tener 105 naves, casi el doble que los franceses. Pitt, que procedía de una familia que había hecho fortuna en la India, era muy consciente de que si Francia o cualquier otra potencia rival llegaran a tener una flota mayor que la británica los beneficios del imperio podían desaparecer.

Además de supremacía naval Gran Bretaña también tenía hegemonía financiera. Desde tiempos de Guillermo II, Gran Bretaña había implementado el método holandés de financiar el coste de las guerras vendiendo bonos a bajo interés a los inversores privados, permitiendo de esta forma distribuir el coste de la guerra entre la ciudadanía. Más de un tercio de los gastos de la guerra fueron financiados por préstamos. Así, mientras que el gobierno británico tenía la capacidad de pedir dinero, el gobierno francés debía resignarse a contemplar cómo sus tropas eran derrotadas por falta de medios cuando las arcas del Estado se vaciaban.

Como tantos europeos de origen humilde, James Cook se enroló en la marina mercante en 1755 siendo adolescente porque era el único medio que tenía para escapar de un destino de pobreza y mediocridad. Tras unos años navegando por el mar Báltico, se alistó en la marina real británica, que ofrecía horizontes profesionales más atractivos. Sirvió en la guerra de los Siete Años en la costa norteamericana y aprovechó su estancia allí para trazar un mapa del río San Lorenzo; debido a su precisión en esta tarea, le encargaron que elaborara también un mapa de la costa de Terranova. Sus extraordinarias dotes como marino y cartógrafo llamaron la atención de sus superiores. En 1768 la Royal Society solicitó la ayuda de la marina británica para organizar una expedición de carácter científico al sur del Pacífico, y James Cook fue elegido para llevar a cabo esta misión.

Al mando de su navío, el *Endeavour*, James Cook llegó a Tahití en 1769; desde allí navegó hacia Nueva Zelanda, donde trazó un mapa de su costa, y continuó su viaje por el sureste de Australia, convirtiéndose en el primer europeo en navegar por esas aguas. Cook tomó posesión de esta tierra en nombre del rey de Inglaterra, marcando así el comienzo de la presencia británica allí. También había recibido instrucciones secretas de buscar la mítica *Terra Australis*, un continente que desde hacía tiempo muchos se imaginaban que existía al sur de

Nueva Zelanda pero, en su periplo por el sur de Oceanía, el marino inglés negó su existencia.

Tres años después, Cook fue puesto al frente de una nueva expedición de carácter geográfico y científico con el fin de descartar la posibilidad de que hubiera un gran continente al sur del Pacífico. Con este objetivo, navegó tan al sur que se convirtió en uno de los primeros europeos en surcar las aguas del círculo antártico y llegó a la conclusión de que el gran continente de los mares del sur no existía pero que sí había un continente helado que más tarde sería conocido como la Antártida.

A la vuelta de su segundo viaje, Cook se convirtió en un personaje célebre en Inglaterra por los logros y los descubrimientos que había llevado a cabo, y fue promocionado al rango de capitán. Tras estos éxitos, en 1776 emprendió un último viaje al Pacífico, esta vez con el objetivo principal de encontrar una nueva ruta por el norte. No logró este propósito, pero descubrió la isla de Vancouver al noroeste de Canadá. También en este viaje se convirtió en el primer europeo en llegar al archipiélago de Hawái, un descubrimiento fatal para él pues, durante su estancia en la isla, sus hombres tuvieron un altercado con miembros de la población local y en la pelea Cook perdió la vida.

James Cook fue descrito por el escritor Samuel Boswell como el mejor navegante de Europa. Sin duda, por los descubrimientos que hizo en sus viajes y sus contribuciones a la cartografía y al conocimiento científico, merece ser recordado, junto con Colón, Vasco de Gama y Magallanes, como uno de los mejores navegantes de todos los tiempos que hicieron posible a Europa alcanzar la hegemonía.

Cook debe verse también como un producto de la Inglaterra de su tiempo que apostaba por alcanzar la primacía mundial mediante el dominio y el conocimiento de los mares. Debe tenerse en cuenta que los viajes de Cook tenían un objetivo tanto geopolítico como científico. Gran Bretaña era bien consciente de que la marina era la clave de su futuro, que permitía no sólo defender sus islas sino descubrir nuevos territorios, poblarlos con sus gentes y también adquirir conocimientos científicos y técnicos que la mantendrían en cabeza de las potencias europeas.

La expansión colonial y las victorias en los campos de batalla hicieron que los británicos comenzaran a ser conscientes del poder global que habían adquirido. El término «imperio británico» comenzó a utilizarse por entonces, especialmente tras la guerra de los Siete Años. Jorge III no fue el primer rey de Inglaterra en asociar la pretenciosa

palabra de imperio a su reinado: Enrique VIII, el díscolo rey que desafió el poder del Papa, la había utilizado para describir sus posesiones que se extendían hasta Irlanda. Tras la unión de los reinos de Inglaterra y Escocia en 1707, el término imperio británico comenzó a utilizarse para dar sentido a la unidad política de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda, y en la segunda mitad del siglo XVIII, a raíz del aumento de las posesiones de ultramar, las élites políticas del país comenzaron a hablar del imperio británico en referencia a su poder colonial.

A medida que se extendía el imperio, el gobierno y la corona británica también tomaron medidas para afianzar su poder en sus territorios y asegurarse un control eficaz sobre ellos. Los gobernadores coloniales eran la institución clave. Como el virrey español o el intendente francés, contaban con los más amplios poderes concedidos por su soberano para gobernar y administrar la posesión a la que eran destinados. El cargo de gobernador colonial se convirtió en un puesto muy codiciado al que solían aspirar almirantes, generales y también aristócratas con buenas conexiones, pues brindaba grandes oportunidades de hacer fortuna además de acumular poder.

Sin embargo, los gobernadores británicos no estaban rodeados del boato de los virreyes españoles ni tampoco contaban con tantos medios para ejercer su poder. Mientras que el gobierno colonial en la América española se costeaba con la producción de metales preciosos y también con un diezmo eclesiástico e incluso tributos a los indios, la América británica no contaba con ninguna de estas fuentes y dependía exclusivamente de la contribución de sus propios colonos. Con el fin de recaudar impuestos y también mantener la ley y el orden en los asentamientos americanos, algunos fueron divididos en condados, como en Inglaterra, y se introdujo la vieja figura inglesa del sheriff como máxima autoridad local, encargada de representar al gobernador. Sin embargo, ya que tenían que pagar impuestos para mantener a un gobernador y su séquito en su nueva tierra, los colonos exigían control sobre el gasto y también que su opinión se tuviera en cuenta. Las asambleas locales, en las que los colonos tenían sus representantes, iban a ser instituciones influyentes desde el inicio de la colonización de Norteamérica y, a medida que crecían las colonias, los choques entre la institución que representaba los intereses del pueblo colonial y la corona iban a ser cada vez más frecuentes.

La formación de imperios en ultramar y la colonización tuvieron un impacto enorme sobre holandeses, franceses y británicos, y alteró notablemente su forma de vivir y también el concepto que tenían de sí mismos. En primer lugar, elevó su autoestima y contribuyó a su afianzamiento como estados-nación, especialmente en el caso de Holanda, que se lanzó a la creación de un imperio a la vez que ganaba su independencia como Estado-nación. Los imperios de ultramar se veían como el camino hacia el poder y la riqueza tanto para los estados como para el conjunto de sus individuos. Los imperios alteraron la forma de vivir de la mayoría de los habitantes de estos países. No sólo cambiaron sus dietas y sus hábitos domésticos sino que también aumentaron los conocimientos sobre el mundo y, ante todo, ampliaron las oportunidades y los horizontes vitales de los individuos.

¿Cómo eran América, el lejano Oriente y las islas tropicales? ¿Cómo vivían los nativos de mundos desconocidos? ¿Cuál era el mejor lugar donde emigrar y dónde se encontraban las mayores riquezas? Éstas eran algunas de las preguntas que se hicieron holandeses, franceses y británicos en el siglo XVII y XVIII como se habían hecho anteriormente españoles y portugueses.

Ya hemos visto el impacto que tuvo el imperio holandés sobre el arte a través de las pinturas de Johannes Vermeer. En el caso británico, la literatura del siglo XVIII iba a reflejar muchas de las ideas y fantasías del pueblo sobre la exploración y la construcción de su imperio en ultramar.

El interés por los lugares exóticos y por la vida en el mundo colonial explica el gran éxito que tuvo la obra *Robinson Crusoe*, publicada en 1719 y considerada la primera novela de la literatura inglesa. Su autor fue un hombre de negocios arruinado de cincuenta y nueve años llamado Daniel Defoe que, después de una vida muy azarosa en la que escribió varios escritos políticos, decidió probar suerte con la ficción para poder pagar sus deudas. Defoe pensó en dar al público lector lo que más demandaba, historias sobre viajes a lugares exóticos, y se basó en la historia real de un marino escocés, Alexander Selkirk, que naufragó en la isla de Juan Fernández en el Pacífico, donde pasó cuatro años hasta que fue rescatado.

La historia de un náufrago en una isla desierta, que supera todo tipo de adversidades y logra adaptarse y dominar el medio en que el destino le ha puesto, no sólo fue un gran éxito en la Inglaterra de su época sino que ha fascinado a lectores de toda Europa hasta nuestros días.

Robinson Crusoe ha sido considerado como una representación del imperialismo británico, el espíritu anglosajón de lucha, el individualismo, la perseverancia, la fe en Dios y también la indiferencia frente al sufrimiento, y, por último, el sentimiento de superioridad frente a otras razas. El escritor irlandés James Joyce, que admiraba a Defoe, describió al personaje de Robinson Crusoe como el auténtico prototipo de colono británico.

Robinson Crusoe encarna las preocupaciones y los códigos de conducta que se iban a dar en colonos británicos y europeos en general. La obsesión con la que vivía Crusoe de ser atacado por enemigos desconocidos era característica de los pioneros de la colonización. Su actitud hacia los caníbales de la isla muestra los mismos pensamientos de superioridad que iban a llevar a ingleses y demás europeos a someter a pueblos considerados salvajes. Por otro lado, la relación con Viernes, el nativo al que salva de los caníbales y con el que vive, sugiere que es posible convivir con los buenos salvajes y que los europeos podían hacer mucho por ellos incorporándolos a su cultura y civilizándolos.

Se han hecho muchas otras interpretaciones de la novela de Defoe. Para el filósofo Jean-Jacques Rousseau, *Robinson Crusoe* representa las virtudes del ser humano que afloran cuando el hombre vive en contacto con la naturaleza y no se deja corromper por la sociedad. Otra razón por la que la novela resultó tan fascinante es porque da rienda suelta a la fantasía, tan común entre los europeos que emigraban a otros continentes, de poder crearse un mundo a su imagen y semejanza, sin interferencias de una sociedad opresora y utilizando del viejo mundo sólo las ideas y creencias que mereciera la pena preservar.

Si *Robinson Crusoe* exalta las virtudes del imperialismo y el espíritu de conquista y superación que solía caracterizar a los exploradores y colonizadores que lo hicieron posible, otra obra famosa de su tiempo, *Los viajes de Gulliver*, hace todo lo contrario.

El escritor y religioso angloirlandés Jonathan Swift publicó su obra maestra *Los viajes de Gulliver* en 1726, siete años después de la aparición de *Robinson Crusoe*, y tuvo un éxito inmediato hasta convertirse en un clásico de la literatura. La obra narra las cuatro aventuras de Lemuel Gulliver por mundos imaginarios muy diversos que el autor sitúa en distintos puntos del Pacífico. El primero es Liliput, un país habitado por seres minúsculos, donde Gulliver es tratado como un gi-

gante peligroso. Luego llega a otro país donde ocurre lo contrario: él es un ser minúsculo y, tras ser capturado por los gigantes que lo habitan, es exhibido como un mono de feria. En su último viaje es víctima de un motín y es abandonado en una isla habitada por extraños seres deformes. Tras regresar a Inglaterra después de tanto viaje, Gulliver acaba sus días enloquecido e incapaz de relacionarse con sus semejantes.

La fantástica novela hace una crítica satírica y mordaz a la época que le tocó vivir a su autor, y también a los resultados de la exploración del Pacífico. Si Robinson Crusoe exalta las virtudes del colonizador y los valores de la sociedad británica, Gulliver hace todo lo contrario; de hecho Swift describe a su propio pueblo, el británico, en esta novela como una raza perniciosa de gusanos pequeños y odiosos. En su obra parodia a los políticos, científicos, marinos y exploradores. Pero las ideas que subyacen tras esta obra satírica son muy profundas. En ella Swift hacía una advertencia sobre los peligros de creer que los europeos eran una civilización superior y que sus sistemas de gobierno y sus formas de vida eran las mejores para el progreso humano. Indicaba también que los dominadores de entonces podían llegar a ser dominados por otros pueblos, y que pueblos aparentemente salvajes tenían mucho que enseñar. El propio Gulliver era grande y pequeño, sabio o ignorante según el lugar donde se encontrara, y lo mismo ocurría con los países que visitaba y sus formas de gobierno que a veces le resultaban adelantados o atrasados, buenos o malos, según las circunstancias. En definitiva, Swift venía a advertir a través de los viajes de Gulliver que todo es relativo y que había que asomarse a otros mundos con mucha más cautela y sin el dogmatismo y los aires de superioridad que caracterizaban a sus contemporáneos.

La expansión colonial y el choque entre el viejo y el nuevo mundo planteó muchas cuestiones a los grandes pensadores de la época que iban a provocar un intenso debate. Gran Bretaña y Francia consolidaron sus primeros imperios en la era de la Ilustración, en pleno siglo XVIII que iba a pasar a la historia como el Siglo de las Luces, llamado así porque sus pensadores se propusieron sacar a la humanidad de las tinieblas mediante las luces de la razón.

Para los principales representantes del Siglo de las Luces, la expansión colonial suponía un gran reto intelectual. Por un lado brindaba la oportunidad de propagar por el mundo, y muy especialmente por América, sus ideas sobre la sociedad ideal y el concepto de buen gobierno. Sin embargo, también suponía dar respuesta a los métodos por

los que tenía lugar la colonización. ¿Cómo justificar la conquista de tierras ajenas y el sometimiento de sus habitantes? ¿Era lícita la esclavitud sin la cual la explotación de muchas colonias no habría sido viable? ¿Qué tipo de gobierno debería haber en las colonias, tan lejos de la metrópoli?

La conquista de tierras planteaba un problema a los grandes pensadores de la época. «Las conquistas extensivas serán la ruina de todo gobierno libre», escribió el filosofo escocés David Hume. La idea de imperio suscitaba en general mucho escepticismo entre los ilustrados por el coste humano que implicaba su construcción y el legado tan conflictivo que dejaban. «Los imperios son como las ramas de un árbol que absorben la energía del tronco», afirmaba el barón de Montesquieu en sus célebres *Cartas persas*. Sin embargo, había distintos tipos de conquista: la conquista romana, tan influyente en los pueblos de Europa, era fruto del instinto de expansión y también de la búsqueda de gloria, y llevaba a la creación de grandes imperios que con el tiempo decaerían. Por otro lado, el método de conquista griego, que llevaba al establecimiento de comunidades semiindependientes vinculadas por el comercio, era el único justificable y viable según los principales pensadores de la Ilustración.

Los pensadores ilustrados criticaron los métodos de España y Portugal, al considerarlos un producto de la conquista romana. La conquista de Norteamérica era distinta por distintas razones: en primer lugar, por el principio de *res nullius,* esto es, que los colonos estaban ocupando una tierra de nadie. El hecho de que en la costa este americana hubiera indios no suponía un obstáculo, pues éstos ocupaban una pequeña parte del territorio y además no lo cultivaban, que era el argumento supremo para justificar su posesión. Según el gran filósofo John Locke, el hecho de que los indios americanos no fueran capaces de desarrollar un sistema de propiedad que los europeos pudieran reconocer legitimaba a los conquistadores para adueñarse de las tierras. Para Locke la propiedad era la base del desarrollo de toda sociedad avanzada y por esta razón insistía en que la sociedad del nuevo mundo debería basarse en comunidades de propietarios libres e independientes.

La mejor forma de justificar la posesión de tierra era mediante su cultivo, y éste iba a ser el principal argumento que utilizarían franceses y británicos para defender que su sistema de colonización era superior al español. Dejándose llevar por la leyenda negra contra España, varios autores franceses e ingleses de la época argumentaban que mien-

tras que los españoles habían invadido a civilizaciones americanas y vivido parasitariamente de sus riquezas, los colonos en Norteamérica habían creado riqueza de la explotación de tierras vírgenes. Pero en tales afirmaciones no tenían en cuenta el factor geológico, ya que si sus colonos hubieran encontrado yacimientos de metales preciosos como los que hallaron los españoles el desarrollo económico de la América británica y francesa hubiera sido muy parecido al español.

Tanto John Locke y Edmund Burke como Jean-Jacques Rousseau y Robert-Jacques Turgot rechazaban el tradicional principio de conquista y ésta iba a ser una de las razones por las que tendían a considerar la formación de imperios en ultramar incompatible con los principios que deberían guiar el Siglo de las Luces. Ni el sometimiento por la fuerza ni la conversión al cristianismo de pueblos indígenas eran admisibles. Lo único que realmente podía justificar la presencia de los europeos en América y otros continentes era el establecimiento de un gobierno ilustrado que propagara sus ideas y diera ejemplo de las formas de gobierno más avanzadas. Así lo explicaba Nicolas de Concorcet, uno de los más destacados filósofos de la Ilustración en su libro *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano). Guillaume-Thomas Raynal, en su muy crítica *Histoire philosophique et politique des deux Indes* (Historia filosófica y política de las dos Indias), publicada en 1772, esgrimía argumentos similares pero llegaba a la conclusión de que no se podía esperar un gobierno ilustrado de los imperios europeos.

Voltaire, el gran defensor de la libertad de pensamiento y de la tolerancia religiosa, observaba con decepción cómo con la colonización el dogmatismo religioso de franceses e ingleses, al igual que el del resto de los europeos, se propagaba por América. Por otro lado, sin embargo, le entusiasmó el espíritu tolerante que inspiró la fundación de Pensilvania, y por esta razón escribió que el de Pensilvania era «el único gobierno del mundo responsable ante su gente y respetuoso de los derechos de las minorías».

A pesar de que la construcción de imperios coloniales iba a provocar muchas críticas entre los representantes de la Ilustración, lo que éstos no podían negar eran los beneficios económicos que estaban proporcionando a sus estados. Desde finales del siglo XVII los mercados eran cada vez más amplios y los intercambios comerciales entre las metrópolis y las colonias aumentaban a un ritmo de vértigo, y fue en-

tonces cuando se impuso la idea de que la creación de imperios con fines comerciales era una idea ilustrada.

Según explicó el barón de Montesquieu, el célebre teórico de la división de poderes del Estado, mientras que los españoles habían considerado a América como un objeto de conquista, los franceses y los colonizadores más modernos la consideraban como objeto de comercio. Benjamin Constant escribió que «La guerra es anterior al comercio; pues la guerra y el comercio no son sino dos medios diferentes para alcanzar el mismo fin: el de poseer lo que se desea [...] La guerra es la impulsión, el comercio es el cálculo». Denis Diderot iba más lejos aún y argumentaba que «el comercio era el alma del mundo moral».

Adam Smith, el padre de la economía moderna, iba a explicar en detalle los beneficios económicos de la colonización en su obra maestra *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776. Según escribió el economista escocés, en clara alusión a Norteamérica, la colonia de un país civilizado que toma posesión de territorios deshabitados o escasamente poblados alcanza la riqueza y la grandeza antes que cualquier otra sociedad. Sostenía también que los colonos llevaban consigo no sólo conocimientos de agricultura y técnicas muy superiores a las que podrían desarrollar los salvajes en varios siglos, sino también nociones de gobierno y leyes, y que acababan estableciendo donde se asentaban algo similar a lo que habían conocido en su nación de origen.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que los pensadores de la Ilustración ponderaron los beneficios civilizadores del comercio y las ventajas de los imperios comerciales no podían hacer lo mismo con la esclavitud, que constituía una parte esencial sin la cual la economía de las plantaciones coloniales no hubiera crecido a un ritmo tan rápido.

Jean-Jacques Rousseau denunció la esclavitud en su obra *El contrato social* y en varios escritos posteriores. A pesar de que solía criticar las ideas de Rousseau, Voltaire coincidía con él en esta repulsa, y su famosa obra satírica *Cándido* contenía una cómica condena de la trata de esclavos.

En 1781 Concorcet publicó su ensayo *Réflexions sur l'esclavage des nègres* (Reflexiones sobre la esclavitud de los negros), en el que denunciaba la esclavitud e instaba a toda persona civilizada a luchar por su abolición. Diderot también argumentaba que otro mal causado por la esclavitud era la pérdida de población mundial, pues la exportación de esclavos negros no sólo despoblaba África sino que tampoco contribuía al aumento de la población en América ya que, según él, éstos no

solían reproducirse en cautiverio. La crítica a los males de la esclavitud que se hizo desde la Ilustración fue fundamental para lograr su abolición y con ella cambiar la naturaleza de los imperios coloniales.

Otro gran tema sobre el que los ideólogos de la Ilustración iban a reflexionar era la naturaleza de la relación entre los habitantes de las colonias y la nación a la que pertenecían. Donde había civilizaciones avanzadas, la relación debería limitarse a un programa de intercambio armonioso. Donde había tribus salvajes, la misión debería ser la de llevarles los beneficios del Siglo de las Luces a través de la instrucción; y donde los colonos establecían sus propias comunidades, como era el caso de la costa este norteamericana, lo mejor que podía hacer la metrópoli era optar por la mínima interferencia y dar a los colonos la máxima libertad para vivir según sus principios y crear nuevas sociedades según sus necesidades. «En aquellos lugares donde el gobierno está en manos de los colonos, la industria, el comercio y las artes han surgido de manera muy similar a Europa [...] En el resto, las sociedades coloniales sólo han sido réplicas crudas, ineficaces y tiránicas de la cultura de las madres patrias», escribió el conde de Mirabeau. Para él, los esclavos no eran pueblos productores ya que la gente siempre trabaja más en la búsqueda de su propio beneficio.

¿Cuál era el imperio y dónde estaban las colonias que mejor reflejaban los principios de la Ilustración? Ningún imperio europeo merecía su beneplácito pues en todos estaba involucrada la conquista, la esclavitud y la opresión de unos hombres por otros. Sin embargo, el mundo imperial que más se acercaba a los principios del Siglo de las Luces eran las trece colonias británicas de Norteamérica. Allí es donde más se aproximaban al ideal de una comunidad de emigrantes propietarios de sus tierras que trabajaban para crear prosperidad y se gobernaban a sí mismos según sus principios democráticos.

Hacia mediados del siglo XVIII, los británicos, franceses y holandeses habían consolidado grandes imperios que llevaron muy lejos la influencia de Europa. En muchas regiones del planeta donde no habían llegado los españoles y portugueses, los británicos, franceses y holandeses dejaron su huella y, a menudo, ésta iba a ser indeleble. Como hemos visto, la naturaleza de estos tres imperios iba a variar según la región del mundo y también dependiendo de factores nacionales. Mientras que el holandés fue un imperio mercantil donde la Compañía de las Indias Orientales y otras empresas navieras llevaron la voz cantante, en Francia el Estado iba a seguir muy de cerca los pasos de sus

exploradores. Con respecto a Gran Bretaña, su imperio en la India iba a ser mercantil como el holandés, mientras que en América iba a ser un imperio de colonos, en el que los británicos que se asentaron en la costa este iban a marcar las pautas de los asentamientos.

Una consecuencia muy importante que tuvo la colonización de estas tres potencias fue la consolidación de un nuevo mundo atlántico que hizo que la cultura occidental se propagara por todo el continente americano. El mundo atlántico comenzó a desarrollarse con la llegada de españoles y portugueses a América, y con la colonización de Norteamérica por británicos, franceses y holandeses se extendió considerablemente. Las rutas de barcos que inicialmente incluían puertos en América Central y América del Sur, puertos en África central y en la península ibérica se iban a multiplicar en los siglos XVII y XVIII para incluir rutas entre Norteamérica, Gran Bretaña, Francia, Holanda y algún otro puerto más del norte de Europa.

A lo largo de este proceso surgió una comunidad atlántica de personas de distintas nacionalidades pero que compartían la misma civilización a ambos lados del Atlántico, y que se beneficiaban del intercambio de productos, servicios, capitales, personas e ideas entre Europa y América, salvo los africanos, evidentemente, que lejos de beneficiarse eran víctimas de esta comunidad. Los miembros de esa comunidad eran leales a las naciones a las que pertenecían y también a su civilización. Sin embargo, la armonía entre los dos lados del Atlántico iba a verse alterada desde el momento en que los del lado izquierdo comenzaron a preguntarse si eran europeos o americanos y si era legítimo que fueran gobernados desde Europa en vez de gobernarse a sí mismos.

CAPÍTULO 3

Dinamarca, Suecia y Rusia, los otros grandes colonizadores

La colonización de otros continentes y la conquista europea de tierras lejanas no fue una misión exclusiva de las potencias bañadas por el océano Atlántico. El poder que iban a alcanzar España y Portugal primero, y luego Holanda, Francia y Gran Bretaña gracias a sus imperios coloniales, y la presencia de estas potencias en buena parte del mundo han hecho que la expansión europea y el fenómeno de la colonización se identifiquen casi exclusivamente con ellas. Sin embargo, no fueron los únicos países en lanzarse a colonizar tierras más allá de los confines del continente europeo. El dominio que Europa alcanzó en el planeta se debe también a la formidable expansión protagonizada por los pueblos más septentrionales del continente: Noruega, Dinamarca, Suecia y Rusia.

Los reinos de Noruega, Dinamarca y Suecia abrieron fronteras en tierras del norte, aparentemente inhóspitas por el frío glacial y las nieves perennes. Pero no conformes con expandir solamente su influencia por el norte, se lanzaron también a la aventura colonial por América e incluso por tierras tropicales en otros continentes. Un lugar muy importante en la expansión europea por el mundo le iba a corresponder a Rusia. Este país logró conquistar tierras al este de Moscú hasta llegar al océano Pacífico y convertirse en un gigantesco imperio terrestre que llegó a ocupar un sexto de la tierra. Los rusos, que se consideraban en el borde e incluso a veces al margen del mundo europeo, iban a ser los responsables de crear un imperio europeo en Asia controlado desde Moscú.

Los imperios formados por los escandinavos tuvieron una trayectoria muy distinta a los de las potencias atlánticas. Con respecto al imperio ruso, éste iba a ser especialmente diferente a los del resto de Europa, pero tanto los escandinavos como los rusos desempeñaron un destacado papel ensanchando las fronteras culturales e incluso físicas de Europa, e hicieron una importante contribución a la hegemonía europea, como veremos a continuación.

Los habitantes de Escandinavia no tenían el refinamiento ni la cultura de los pueblos del Mediterráneo, pero poseían más espíritu de lucha y mayor capacidad de aguante frente a la adversidad. Tener que sobrevivir en tierras cubiertas de nieve gran parte del año y ante un frío extremo contribuyó a agudizar el instinto de supervivencia de los escandinavos y a fomentar un espíritu expansionista y conquistador. Si el mar era visto como una fuente de riqueza y una salida frente a las estrecheces de la tierra para los pueblos del sur, mucho más iba a serlo para los del norte. Desde tiempos del imperio romano los que eran llamados bárbaros del norte iban a dar constantes muestras de su espíritu de conquista.

Los vikingos fueron uno de los ejemplos más destacados de pueblo conquistador que ha dado Europa. No sólo protagonizaron conquistas por el norte del continente europeo sino que incluso llegaron al Mediterráneo. Su espíritu conquistador les llevó a descubrir tierras del norte siglos antes de la era de los descubrimientos, e incluso restos arqueológicos han probado que los vikingos llegaron a América, aunque ellos nunca fueron conscientes de haber descubierto un nuevo continente. Con estos antecedentes no es sorprendente que sus descendientes en Noruega, Dinamarca y Suecia, los tres reinos de Escandinavia, fueran a dejar su impronta en la expansión europea.

Los primeros flujos migratorios escandinavos iban a llevarles a Escocia, Irlanda, las islas Feroe y también una isla mucho más al norte conocida como Islandia, que a pesar de sus gélidos inviernos tenía pesca en abundancia. Al noroeste de esta pequeña isla, los escandinavos descubrieron otra, esta vez enorme, llamada Groenlandia en el siglo XI. Según las sagas islandesas, la isla fue descubierta por el mítico vikingo Eric el Rojo, que le dio el nombre de «tierra verde» con el fin de atraer colonizadores aunque, para decepción de los que llegaron allí, la mayor parte de su territorio estaba permanentemente cubierto de hielo.

Este pequeño imperio nórdico fue obra del reino de Noruega. De ahí vinieron mayoritariamente sus pobladores y las posesiones eran oficialmente suyas. Sin embargo, la hegemonía noruega del mundo escandinavo finalizó en el siglo XVI, cuando Dinamarca se impuso como el Estado dominante.

Suecia, Noruega y Dinamarca llevaban dos siglos unidos bajo un mismo monarca, pero la insatisfacción de Suecia ante la dominación danesa llevó al fin de esta unión en el siglo XVI. Dinamarca, por otro lado, no iba a permitir a Noruega independizarse. En 1536 el Consejo

danés declaró a Noruega provincia de Dinamarca, y las posesiones de Noruega pasaron a estar directamente controladas desde Copenhague.

Desde el largo y próspero reinado de Cristián IV (1588-1648), Dinamarca, también conocida como Dinamarca-Noruega por la unión de los dos reinos, lucho por consolidarse como un Estado protestante fuerte e influyente en Europa. No logró la hegemonía en el Báltico por la oposición de Suecia, y los principados alemanes impidieron su expansión al sur de su territorio. Sin embargo, iba a crecer allende los mares.

Dinamarca adquirió unas cuantas colonias entre el siglo XVII y XVIII que dieron a su imperio nórdico un cariz mucho más diverso y sobre todo iban a ampliar los horizontes de una población muy acostumbrada a salir a buscar fortuna por los mares.

Como el resto de los imperios atlánticos, el danés fue el resultado del esfuerzo de marinos y aventureros que lograron persuadir a la corona sobre los beneficios de colonizar nuevos mundos. La Compañía Danesa de las Indias Orientales obtuvo la concesión oficial para comerciar en nombre del reino danés durante el reinado de Cristián IV. Levantó su primer fuerte en Tranquebar, al sur de la India, en 1620, y más adelante estableció varios pequeños enclaves en el subcontinente indio. En la ruta hacia Asia, los daneses también construyeron fuertes en la costa de África central, en la actual Ghana. Además de servir de lugar de reposo en el viaje hacia Asia, el enclave africano permitió a los daneses acceder al lucrativo comercio de esclavos.

El tercer pilar del nuevo imperio danés iba a ser el Caribe. También se creó una Compañía Danesa de las Indias Occidentales, responsable de explotar las colonias de Dinamarca en el Caribe. En 1672 los daneses tomaron la isla caribeña de Saint Thomas, a la que siguió St. John en 1683 y más tarde otras pequeñas islas que formarían las Antillas Danesas.

Las Antillas Danesas crearon riqueza, al igual que el resto de las colonias europeas caribeñas, principalmente mediante la exportación de azúcar y algodón que exigían grandes plantaciones trabajadas por esclavos africanos. A finales del siglo XVIII la corona danesa adquirió la exclusiva de esta compañía y a partir de entonces las islas caribeñas se convirtieron en colonias del reino de Dinamarca, contribuyendo a su riqueza y ofreciendo también a los súbditos más aventureros la oportunidad de hacer fortuna allí.

Dinamarca también iba a perseverar en la colonización de las tierras del norte que originalmente formaron el imperio del reino com-

partido de Dinamarca-Noruega. En Islandia, la pequeña población escandinava comenzó a prosperar desde el siglo XVI, fiel a la religión luterana que impuso el rey Cristián III sobre todos sus súbditos. Sin embargo, las duras condiciones de vida en la isla impidieron que la población creciera con rapidez. En el siglo XVIII una epidemia de viruela afectó a un tercio de sus habitantes.

Más difícil aún iba a ser la colonización de Groenlandia. La valiente iniciativa de un misionero luterano llamado Hans Egede hizo posible que después de varios siglos de intentos fallidos una población escandinava echara raíces allí. Egede recibió autorización de Federico IV de Dinamarca para crear una colonia en 1721. El misionero fundó el asentamiento con el nombre de Gothab, que significa buena esperanza, y que con el tiempo se convertiría en la principal ciudad y la capital de Groenlandia. Para poblar este asentamiento, Federico IV envió tres barcos con presidiarios, prostitutas y gentes de mal vivir, ya que poblar una tierra tan inhóspita se consideraba un castigo y era muy difícil reclutar a ciudadanos comunes. El misionero tomó contacto con las tribus autóctonas de esquimales con el fin de evangelizarlos, echando así los cimientos del luteranismo en tierras cercanas al Ártico. A pesar de las enormes dificultades para sobrevivir allí, el asentamiento iba a lograr transformarse en una pequeña ciudad donde una pequeña población principalmente compuesta de esquimales y escandinavos ha convivido hasta la actualidad.

Mientras que Dinamarca creó un imperio en ultramar, su rival escandinavo, Suecia, experimentó un extraordinario auge. En tiempos medievales ya se consolidó como el Estado más fuerte de Escandinavia, extendiéndose por la actual Finlandia. En el siglo XVI los nexos comerciales con Ámsterdam contribuyeron al desarrollo económico del país hasta convertirle en el mayor exportador de hierro y cobre de Europa. Durante el reinado del rey Gustavo Adolfo el Grande, esta riqueza fue utilizada para construir un poderoso ejército mediante el cual el país se transformó en un imperio e inició una época dorada. Durante la guerra de los Treinta Años, Suecia surgió como el Estado protestante más poderoso y llegó a conquistar buena parte del Sacro Imperio Romano. Al firmar la paz de Westfalia que puso fin a esta guerra en 1648, Suecia obtuvo amplios territorios en la actual Alemania, que la iba a convertir en el tercer país más grande de Europa, después de Rusia y España.

Suecia iba a seguir extendiéndose a costa de sus vecinos escandinavos y bálticos, y también de Polonia y Rusia. Pero también iba a su-

cumbir a la tentación de ampliar su influencia por América y África. Los navegantes y mercaderes suecos, tras obtener pingües beneficios de los territorios conquistados a sus vecinos, se marcaron el objetivo de aumentar sus riquezas mediante la colonización de otros continentes, como hacían los estados más prósperos de Europa.

En 1638 los primeros suecos llegaron a América y fundaron el fuerte Cristina, en el actual estado de Delaware. El fuerte se amplió con rapidez en los años siguientes tras la emigración de varios cientos de suecos y finlandeses, convirtiéndose en el asentamiento conocido como Nueva Suecia. Poco después llegaron a África. En 1650 se fundó el primer fuerte sueco en la costa centroafricana, en la actual Ghana, y le seguirían otros tres fuertes que serían conocidos como la Costa Dorada Sueca.

Sin embargo, el pequeño imperio colonial sueco iba a sucumbir pronto ante sus enemigos europeos que aprovecharon para desafiar su hegemonía en otros continentes ya que no podían hacerlo en Europa. Mientras Suecia luchaba contra Polonia y Lituania en la segunda guerra del Norte, Holanda aprovechó para invadir Nueva Suecia en América en 1655, y convertirla en parte de Nueva Holanda. Dinamarca, especialmente entregada a la colonización en ultramar, decidió en 1663 arrebatar la Costa Dorada a la corona sueca y convertir estos territorios en la Costa Dorada Danesa.

A pesar de este ataque danés a sus posesiones de ultramar, el poder de Suecia continuó creciendo en Europa en las décadas siguientes. Durante el reinado de Carlos XI de Suecia se tomó la revancha contra Dinamarca, arrebatándole parte de su territorio en la guerra de Scania. Su alianza con Luis XIV de Francia contribuyó a consolidar su poder en Europa, pero los muchos enemigos que se había creado cada vez que había ampliado sus posesiones iban a esperar pacientemente su oportunidad para vengarse.

En 1700 el zar Pedro I de Rusia se puso al frente de una coalición de países con el fin de desafiar la supremacía sueca del norte de Europa. Rusia, Dinamarca, Prusia, Polonia-Lituania y Sajonia iniciaron una larga guerra contra Suecia que duró 21 años, que sería conocida como la Gran Guerra del Norte.

En esta guerra Suecia fue derrotada y, con la excepción de Finlandia y Pomerania en la actual Alemania, perdió todo el territorio que había ganado en sus años de expansión. La lección a aprender tras esta dramática derrota era muy clara: para que un imperio durara era esencial que

sus enemigos no tuvieran posibilidad de coaligarse contra él. Sin embargo, Suecia sobrevivió mejor a la pérdida de su imperio de lo que era habitual en Europa. La monarquía absoluta de Carlos XII finalizó con su exilio en 1718, cediendo considerables poderes al parlamento lo que dio lugar a la llamada «era de la libertad» en Suecia. Y así, Suecia se centró en su desarrollo interno que, con el tiempo, haría del país escandinavo uno de los mejores ejemplos de prosperidad y democracia en el mundo.

Entre los miembros de la alianza contra Suecia que se repartieron las tierras de su imperio el principal beneficiario fue Rusia, que con esta guerra ganó territorio en el Báltico y también acceso al mar. Tras la Gran Guerra del Norte, Rusia emergía como una nueva potencia en Europa, un nuevo actor en el concierto europeo que desde el este iba a tener mucho poder para influir sobre el centro del continente. Pero además, a la vez que se convertía en una nación poderosa, había construido un imperio que le iba a dar mucho poder en el mundo.

El auge de Rusia como Estado-nación fue complicado, principalmente por el lugar en que se encontraba geográficamente, en ese enorme territorio donde Europa se confunde con Asia y los dos continentes se separan tan sólo por la franja de los montes Urales. Los primeros siglos del pueblo ruso fueron una constante lucha contra los ataques provenientes de pueblos asiáticos y también del Báltico y de Escandinavia.

Rus, situado en la actual ciudad de Kiev, fue el primer Estado eslavo que surgió durante el Medievo. Su supervivencia estuvo siempre amenazada por los mongoles, que llegaron a dominar gran parte de Asia y finalmente lograron invadir y someter a este primer pueblo ruso en el siglo XIII.

Tras la caída de Rus, el centro del pueblo ruso se trasladó a Moscú, una pequeña población en el norte, que por estar rodeada de caudalosos ríos y frondosos bosques estaba mucho más protegida de los posibles ataques de mongoles y tártaros. Allí surgió el gran principado de Moscú, también llamado Moscovia, que gracias a la determinación de los primeros príncipes que lo gobernaron se convirtió en el primer Estado ruso. Durante el reinado de Iván III el principado de Moscú logró triplicar su territorio, expulsando definitivamente a los mongoles al sur y al este y logrando también expandirse hacia el norte y el oeste, hasta la actual Lituania.

En Moscú se estableció también el centro de la iglesia ortodoxa rusa, que ejercía mucha influencia sobre su pueblo y que también forjó una

estrecha alianza con la dinastía reinante que iba a continuar a lo largo de los siglos. La caída de Constantinopla en 1453 y la muerte del último emperador ortodoxo hicieron que Moscú se convirtiera en la sede principal de la iglesia ortodoxa. A partir de entonces Moscú fue conocida como «la tercera Roma», y esto contribuyó también a que el soberano ruso se hiciera llamar por el título de «zar», que deriva de «césar» o emperador. Su escudo de armas, el águila de dos cabezas al estilo bizantino, representaba el vínculo con el mundo de Bizancio y su deseo de dar continuidad a este imperio, y comenzó a ser conocido como el símbolo de una dinastía y un pueblo con vocación de poder y cada vez más aspiraciones geopolíticas. El emperador del Sacro Imperio Romano, Maximiliano I, reconoció a Iván III, hasta entonces conocido como gran príncipe de Rusia, como emperador, lo que iba a marcar profundamente el destino de sus sucesores. El primero en ser coronado formalmente como zar de todas las Rusias fue el hijo de Iván III, que ascendió al trono en 1547 como Iván IV y que pasaría a la historia como Iván el Terrible por su brutalidad y su espíritu despiadado. Para que el título no fuera simbólico, un zar necesitaba gobernar sobre un imperio y, a lo largo de su reinado, Iván IV se entregó a la tarea de construirlo.

El nuevo zar entendió la historia del pueblo ruso en términos muy simplistas: los rusos habían estado constantemente sometidos a invasiones externas hasta que se hicieron fuertes en Moscú y comenzaron a expandirse por los territorios controlados por sus enemigos. La clave de su fortaleza estaba en su expansión y en la conquista de cada vez más territorios que aumentaran el poder y la riqueza de Moscovia. La continuidad de los zares en el trono iba a estar también estrechamente ligada a la conquista, pues su poder absoluto dependía en gran medida de su riqueza, y para que ésta continuara aumentando era necesario seguir acumulando tierras fértiles, sometiendo a pueblos limítrofes tanto en Europa como en Asia y beneficiándose de todo aquello de valor que el inexplorado continente asiático pudiera proporcionar.

El poder de los zares dependía de la cooperación con los llamados boyardos, los nobles y el grupo de hombres ricos y poderosos que poseían las tierras, y de cuya obediencia al zar dependía la estabilidad rusa. Iván IV tomó eficaces medidas para fortalecer su ejército, creó una caballería de 1.000 hombres en la que los boyardos iban a estar al frente pero, a cambio, se les exigía vivir en las tierras conquistadas y estar disponibles en cualquier momento para ser enviados a misiones militares o civiles.

Otra importante medida que iba a permitir a Iván IV seguir conquistando territorios fue llegar a un acuerdo con los cosacos. Los cosacos, término que en turco significa «hombres libres», eran pueblos de cazadores nómadas que proliferaban por las zonas del río Don y el Dniéper. La mayoría pertenecía a la iglesia ortodoxa pero, por lo demás, se negaban a someterse a autoridad alguna y, fieles a su tradición de hombres libres, eran reacios a cumplir la voluntad de un Estado o soberano. Eran grandes jinetes y guerreros muy temidos que acabarían siendo el terror de muchos pueblos euroasiáticos pues, además de la caza, vivían también del pillaje y se convertirían en uno de los principales símbolos del expansionismo ruso. Ya lo dijo Napoleón al invadir Rusia: «Los cosacos son las mejores tropas ligeras. Si las tuviera en mi ejército, daría la vuelta al mundo con ellos».

Iván IV fue el primer zar en entender que los cosacos podían convertirse en un instrumento muy útil para expandirse por Asia. Por esta razón, llegó a un acuerdo con los cosacos del Don mediante el cual ellos le servirían como tropas fronterizas a cambio de que les pagaran en dinero o en especie y les permitieran quedarse con bienes de los pueblos conquistados. Este acuerdo hizo posible que Iván el Terrible se embarcara en las conquistas más ambiciosas de su reinado.

En 1552 Iván IV, ayudado por los cosacos, logró conquistar Kazán y expulsar a los mongoles. Esta victoria marcó un punto de inflexión en el equilibrio de poder euroasiático. Desde Kazán los mongoles habían dominado a muchos otros pueblos que, tras su caída, iban a reconocer la soberanía del zar ruso. Con la conquista de Kazán Rusia se anexionaba por primera vez un Estado no eslavo. Para controlarlo, Iván expulsó a buena parte de su población, que era de religión musulmana, y envió a mercaderes y artesanos rusos para establecerse en esta ciudad. Para conmemorar la llegada de los rusos a Kazán, no sólo mandó construir una gran catedral ortodoxa en el centro de esta ciudad sino también otra en Moscú, la más famosa de las catedrales ortodoxas, la catedral de San Basilio, edificada al lado del Kremlin, en la Plaza Roja, que se convertiría en uno de los iconos más representativos de Rusia.

Tras Kazán, la próxima gran conquista de Iván IV fue la de Astracán, con la que el imperio ruso llegaba hasta el mar Caspio. Tras conquistar los kanatos de Kazán y Astracán Rusia controlaba toda la región del Volga. Este enorme territorio brindó muchas posibilidades de aumentar su riqueza a los boyardos rusos. Entre ellos, una familia que

se iba a beneficiar especialmente fueron los Stróganov. El zar concedió a Anikéi Stróganov grandes extensiones de tierra en los Urales, consolidando el poder de esta familia, cuyos miembros a partir de entonces y a lo largo de muchas generaciones iban a destacar no sólo como terratenientes sino también como grandes industriales y creadores de riqueza. Stróganov promovió la emigración a gran escala de rusos a sus enormes territorios e incentivó también la fundación de asentamientos que, con el tiempo, se convertirían en prósperos pueblos dedicados a la caza, la pesca, la extracción de sal y la minería, y que llevarían la civilización a las baldías tierras euroasiáticas.

Stróganov potenció el comercio con los pueblos de Siberia y contribuyó también a iniciar la exploración de la gran región de Siberia, que llegaría a tener un papel tan importante en la historia del imperio ruso.

Hacia 1577 los Stróganov contrataron a un líder cosaco llamado Yermak Timoféyevich para que protegiera sus tierras de los ataques de Kuchum, el Kan de Siberia, y el cosaco dirigió la primera conquista rusa de Siberia, lo que le convirtió en uno de los grandes mitos de la historia rusa y también en un destacado ejemplo de los grandes aventureros que protagonizaron la expansión europea por el mundo.

Gracias a los Stróganov, Yermak tuvo una meteórica carrera, pasando de ser un simple pirata del Volga a conquistador de Siberia. Las crónicas no dejan claro si fue Yermak quien tomó la iniciativa de lanzarse a la conquista de Siberia o si fueron los Stróganov quienes le incentivaron a hacerlo para acabar definitivamente con la amenaza del Kan Kuchum. En cualquier caso, Yermak reclutó a 540 cosacos y los Stróganov contribuyeron con unos 300 hombres además de armas a su expedición. En 1582 se puso al frente de este pequeño ejército para dirigirse hacia territorios totalmente desconocidos hasta entonces para los rusos y en busca del enemigo. Su expedición sirvió también para iniciar la exploración rusa por Siberia y navegar por los grandes ríos que llevaban hasta el corazón de esta enorme región asiática.

Yermak desplazó a su ejército en barcas por los ríos Tura y Tobol, derrotando a varios pueblos tártaros que se encontró por el camino y finalmente capturando la ciudad de Qasliq la capital del kanato siberiano. Sobre las ruinas de esta ciudad el cosaco fundó Tobolsk en 1585, que iba a ser la histórica capital de Siberia. Poco después dió finalmente con Kuchum, pero el astuto Kan atacó a las tropas rusas durante la noche y en esa emboscada Yermak perdió la vida. No logró su objetivo final pero pasó a la historia como el pionero de la exploración y con-

quista de Siberia, y sus aventuras iban a inspirar muchas crónicas y canciones de cosacos y rusos.

Poco después de la muerte de Yermak los cosacos tuvieron que retirarse de Siberia ante el asedio de los tártaros, pero sería por poco tiempo. Gracias a que Yermak había explorado los principales ríos siberianos, las vías de acceso a esta región estaban ya abiertas para los rusos. Iván el Terrible se interesó mucho por las conquistas realizadas por el cosaco y apoyó expediciones con las que los rusos ocuparon definitivamente Siberia. Kuchum fue finalmente derrotado en 1598, poniendo fin al dominio musulmán de esa región.

Con las conquistas llevadas a cabo por Eurasia hasta Siberia, muchos pueblos tártaros, y también practicantes de la religión musulmana, pasaron a ser súbditos del zar de Rusia, y el imperio ruso –que comenzó simplemente como una unión de pueblos eslavos– se convirtió en un imperio multiétnico y multiconfesional.

Sin embargo, además de estos grandes triunfos en la expansión de la frontera rusa hacia Oriente, en el reinado de Iván IV también hubo humillantes derrotas y sobre todo mucha violencia y conflictos internos, provocados en gran parte por la paranoia y el autoritarismo del zar. Las tensiones políticas suscitadas por los boyardos y las intrigas que rodeaban a la corte llevaron a Iván a retirarse de Moscú y declarar la llamada *Opríchnina*, palabra que significaba «aparte» o «excepción» en ruso antiguo. El reino fue dividido en dos: la zona en la que él ejercería su poder personal ilimitado, y el resto donde la los boyardos, a través de su Duma o asamblea de notables, gobernarían. Los *Opríchniki,* miembros de la guardia personal del zar encargada de velar por sus intereses, iban a imponer la voluntad del soberano por los métodos más crueles y despiadados. El episodio más notorio de la *Opríchnina*, que haría honor al epíteto del zar, fue la masacre de Nóvgorod en 1570. Los rumores de que los boyardos estaban conspirando para ceder la ciudad al rey de Polonia provocaron un brutal ataque de los *Opríchniki* que mataron a unas 3.000 personas y destruyeron gran parte de la ciudad. Aunque la *Opríchnina* terminó oficialmente en 1571 tras sus desastrosas consecuencias, este ejemplo sobre cómo imponer el poder personal por la fuerza y la opresión iba a inspirar a varios mandatarios rusos a lo largo de los próximos siglos.

Otro objetivo que se marcó el zar fue fortalecer la posición rusa en su frontera occidental y consolidar el control de la región de Livonia, en las actuales Letonia y Estonia. El zar ordenó la invasión de la región

en 1558, aspirando así a tener acceso al mar Báltico. Esto le llevó a la guerra contra Polonia, que a lo largo de los próximos siglos iba a estar constantemente amenazada por su poderoso vecino eslavo. Sin embargo, Suecia impidió que Rusia lograra su objetivo. Tras una larga y costosa guerra se firmó la paz en 1582, renunciando Rusia a esta región y perdiendo así el acceso al Báltico. Aunque no iba a ser una pérdida definitiva, esta derrota supuso un golpe muy duro para el zar en el ocaso de su vida.

Iván el Terrible marcó el destino de Rusia profundamente, pues su reinado constituyó una apuesta por hacer de su reino una potencia imperial que controlara Eurasia. Sin embargo, era un imperio basado excesivamente en su autoridad y carente de instituciones y de un sistema de gobierno estable que garantizaran su continuidad. Tras su muerte, Rusia atravesaría un largo periodo de inestabilidad y de luchas internas por el poder.

En 1613 un noble llamado Miguel Romanov, que logró imponerse en la pugna por el poder, fue coronado como nuevo zar de todas las Rusias. El zar Miguel I logró poner fin definitivamente a los tiempos de inestabilidad política y conflictividad, y ser el primero de una dinastía que reinaría durante más de trescientos años y que consolidaría a Rusia como un gran imperio con mucha influencia en el ámbito internacional.

A lo largo del siglo XVII los rusos avanzaron hacia el este con rapidez en la exploración y colonización de tierras asiáticas y, ante todo, hicieron de Siberia una parte esencial de Rusia, logrando que los europeos comenzaran a tener noticias de esta tierra tan desconocida hasta entonces.

De nuevo, los cosacos tuvieron un papel muy destacado en esta extraordinaria aventura. Uno de los más famosos fue Demid Pyanda. Cuentan las crónicas siberianas que en 1620 Pyanda se adentró en Siberia con un grupo de hombres con el fin de cazar para luego comerciar con pieles de los animales de esa región. Fue el primer ruso en descender el río Tunguska y en llegar al Lena, uno de los grandes ríos del mundo, y también en tomar contacto con los yakuts y los buriats, pueblos que habitaban en Siberia Oriental. Las exploraciones de cosacos fueron seguidas por expediciones de tropas rusas con la misión de construir fuertes para asegurar que los territorios continuaran bajo soberanía del zar. En 1627 fundaron un fuerte en Krasnoyarsk y en 1623 otro en Yakutsk, en el río Lena. Una década después las tropas

llegaban por primera vez al gran lago Baikal. Finalmente, en 1648, una expedición llegó a la bahía de Ojostk, con lo que las posesiones de Rusia se extendían hasta el océano Pacífico.

El factor principal que permitió a Rusia llevar a cabo esta extraordinaria expansión no fue la ambición de los zares sino la avidez de rusos anónimos por buscar fortuna en Siberia. Como ocurría con los imperios atlánticos, fueron los buscadores de fortuna y los aventureros los que iban a echar los cimientos del imperio ruso. La principal fuente de riqueza que se descubrió inicialmente en Siberia fueron las pieles de sus animales. El comercio de pieles de todo tipo de especies que abundaban en Siberia, y de algunas que resultaban exóticas en Europa, iba a convertirse en el mejor negocio para los rusos del siglo XVIII. Rusia experimentó una fiebre por las pieles similar a la fiebre del oro en los Estados Unidos del siglo XIX, y muchos se aventuraron a la estepa siberiana en su busca con la misma avidez con la que tantos colonos se fueron a California en busca de oro dos siglos más tarde. Regresar de Siberia con algunas de las pieles más cotizadas en el mercado europeo podía resolver la vida económicamente a un comerciante durante mucho tiempo.

Para los zares las pieles de Siberia constituyeron una fuente de riqueza casi tan importante como el oro y la plata de América para los reyes españoles. Al igual que los soberanos españoles, los zares cobraron un porcentaje de las ganancias obtenidas por el comercio de pieles, y también impusieron a los nativos siberianos, como nuevos súbditos rusos, pagar sus impuestos en pieles.

El proceso de imponer la soberanía rusa y obligar a los nativos de las tierras conquistadas en el siglo XVII a pagar impuestos fue, en general, más fácil para los rusos que para los imperios atlánticos, por varias razones. En primer lugar, porque Siberia y el Cáucaso estaban escasamente pobladas por pueblos muy atrasados que no tenían medios eficaces para resistirse ante la llegada de los rusos. De hecho, muchos de ellos dieron la bienvenida a los rusos al considerar que les ofrecerían protección frente a otros enemigos. En segundo lugar, el impuesto exigido tampoco suponía una carga tan onerosa, pues las pieles era un bien que tenían en abundancia, y por último, inicialmente los nativos no fueron empleados como mano de obra de su nuevo soberano. No obstante, sí hubo, como es natural, resistencia por parte de algunos pueblos a convertirse en súbditos rusos, y la resistencia fue mayor a medida que se avanzaba hacia el este. Los *buriats* y los *koriaks* lucharon por su independencia hasta ser sometidos por la fuerza.

Otra gran ventaja que tuvieron los rusos en su proceso de expansión colonial hacia el este es que, al contrario que las potencias del Atlántico, ellos no tuvieron rivales. Mientras que varias potencias europeas se enfrentaron y rivalizaron constantemente por la posesión de tierras en América y otros continentes, ninguna tuvo el menor interés por el norte de Asia, dejando a Rusia cómodamente sola en este enorme territorio.

Más conflictivo iba a ser el avance por el sur de Siberia, en la zona que limita con la actual Mongolia y sobre todo con Manchuria, donde los rusos se iban a topar con un enemigo mucho más difícil de batir como eran los chinos. La resistencia china a partir del siglo XVII iba a definir la frontera suroriental del imperio ruso.

El territorio de Rusia aumentó de 2,1 millones de millas en 1600 a alrededor de 5,9 millones un siglo más tarde, con lo que se convertía en uno de los imperios más grandes de la historia. Tomar posesión de todos estos territorios mediante la construcción de fuertes no resultó tan difícil, pero el verdadero desafío iba a ser colonizar, administrar y extraer las riquezas de todo este territorio.

A pesar de que la región del Volga y Siberia fueron una especie de El Dorado para los rusos, inicialmente pocos de los que se adentraban en estos territorios en busca de fortuna pretendían establecerse definitivamente en tierras que resultaban tan inhóspitas. Las fértiles tierras del sur de Siberia atrajeron a muchos campesinos rusos pero, en general, la escasez de población para colonizar un territorio tan extenso fue un problema para el gobierno de Moscú y explica también su lento desarrollo. Según un censo de 1740, la población masculina de Siberia ascendía tan sólo a unos 400.000 hombres.

Un proceso de expansión y crecimiento tan rápido como el que experimentó Rusia inevitablemente tenía que provocar tensiones internas y rebeliones. Los cosacos, que fueron tan útiles en la formación de este imperio, también iban a ser los protagonistas de una de las mayores rebeliones. Fueron asimilando la cultura rusa y convirtiéndose en una élite generosamente compensada por sus servicios en defensa del Estado, pero la insatisfacción de algunos con el pago recibido y también la reticencia a abandonar su estilo de vida tradicional provocó una revuelta en 1667 en el sur de Rusia, bajo Stenka Razin. La revuelta fue principalmente respaldada por los cosacos más pobres y, a pesar de que fracasó y Razin fue ejecutado en la Plaza Roja de Moscú, sería recordada en la historia cultural rusa como un levantamiento de campesinos que, como

tantas veces iba a ocurrir en los próximos siglos, protestaban por las injusticias del sistema autocrático ruso y la pobreza.

Rusia consiguió una extraordinaria expansión hacia el este, pero hasta el reinado del zar Pedro I no logró consolidarse como un imperio europeo y ser tratado como tal por las otras grandes potencias. Al ser el Estado más oriental de Europa, Rusia era también el que estaba más expuesto a la influencia asiática, hasta el punto de que sus enemigos europeos iban a considerarla más influida por los bárbaros pueblos asiáticos que por la civilización europea. Aunque éstos no fueran más que prejuicios, no cabe duda de que a medida que se avanzaba hacia oriente la influencia europea disminuía, como sigue ocurriendo. ¿Tenía la misma conciencia de estar propagando la civilización europea un cosaco del Don en Siberia que un conquistador español o un colono inglés en América? Evidentemente no. El zar Pedro I percibió más que ninguno de sus antecesores la ambigüedad de los rusos a la hora de considerarse europeos y decidió acabar con ella definitivamente. Con este fin, iba a prestar especial atención a consolidar la fortaleza del Estado ruso en la frontera occidental y a gobernarlo según los cánones más europeos.

El objetivo principal de Pedro I tras ascender al trono en 1695 fue lograr tener acceso al mar Negro y al mar Báltico, lo que le iba a obligar a luchar contra Suecia y el imperio otomano. En 1796 logró su primer objetivo al arrebatar el puerto de Azov a los turcos. Para lograr el segundo fue necesaria una larga guerra, la Gran Guerra del Norte, que, como hemos visto, supuso una dura derrota para Suecia y le permitió a Rusia ganar una buena parte de territorios de las actuales repúblicas bálticas y de Finlandia. Tras estos importantes logros se impuso también el término «imperio ruso». Pero además de ampliar las fronteras de su imperio, la gran obsesión de este zar fue que su país fuera reconocido como un gran estado europeo.

El europeísmo del zar Pedro I se puede atribuir a que tuvo más contacto con Europa occidental que ninguno de sus antecesores. En 1697 organizó una gira por Europa con una extensa delegación, que sería conocida como la «Gran Embajada», con el fin de buscar aliados frente a los turcos. Su misión no tuvo éxito desde el punto de vista diplomático, pero sí le sirvió al zar para familiarizarse con los estados más modernos de Europa, las formas de gobierno y la cultura de los europeos occidentales. A su regreso a Rusia decidió imponer nuevas costumbres mediante las cuales aspiraba a que los rusos sustituyeran sus antiguos hábitos por

unos nuevos que les hicieran ser buenos europeos. En su corte impuso también el modo de vestir europeo. Una medida especialmente impopular para los boyardos fue obligarles a afeitarse la barba, llegando incluso a gravar un impuesto sobre la barba a los que se negaran a rasurársela. Su objetivo de hacer que Rusia se pareciera más a Europa no se limitó a los hábitos sociales. También intentó mejorar la educación, creando una escuela de matemáticas, otra de navegación y una academia de ciencias. Pero el principal símbolo de su empeño por hacer de Rusia un Estado europeo fue la ciudad que fundó.

En 1703 durante la Gran Guerra del Norte, Pedro I se puso al frente de un pequeño grupo de soldados que iban a explorar una zona yerma y pantanosa donde el largo río Neva desembocaba en el mar Báltico, que Rusia había logrado conquistar. El objetivo era construir un fuerte para defender esa zona contra Suecia, pero algo mucho más importante iba a surgir de esta expedición para la historia de Rusia. El zar quedó fascinado por la aparentemente inhóspita zona pantanosa con la que su país lograría definitivamente tener una salida al mar Báltico. Al acercarse a la costa bajó de su caballo y marcando una cruz sobre el suelo dijo: «Aquí habrá una ciudad».

No era una ciudad cualquiera la que pretendía construir el zar sino una de las más grandes y esplendorosas de Europa, con los más suntuosos edificios, parques y avenidas, y que sirviera para hacer de Rusia un referente en la arquitectura y la cultura europeas. Llevar a cabo un proyecto de estas dimensiones en una zona pantanosa tan poco apta para la construcción era sumamente difícil y costoso, pero nadie se atrevió a contrariar la voluntad del autócrata, y por eso su sueño se iba a hacer realidad, aunque eso sí, a base de mucho esfuerzo.

La construcción de la ciudad, que sería bautizada como San Petersburgo, comenzó con la edificación de la fortaleza de Pedro y Pablo y culminaría con la de famosos monumentos arquitectónicos como el palacio de invierno o la avenida Nevski. La piedra de sus calles fue importada de Finlandia, y el mármol de sus palacios de Italia y Oriente Medio, la pizarra de Alemania, y los azulejos de los Países Bajos. Después de las pirámides de Egipto nunca se había hecho tanto esfuerzo para transportar tales cantidades de piedra. La ciudad fue construida por un cuarto de millón de siervos y soldados, y también por prisioneros suecos. Su diseño era el resultado del trabajo de los más destacados arquitectos, ingenieros y artesanos de Europa que Pedro el grande reclutó en diversos países, desde Italia a Escocia.

El resultado fue simplemente una obra de arte, una de las ciudades más bellas del mundo, y con ella Rusia rindió un homenaje a la arquitectura occidental. Éste iba a ser el más importante legado del zar Pedro I que con el deseo de construir esta ciudad hacía honor a su epíteto de «el Grande». Allí se trasladó la capital del imperio ruso y pronto se consolidaría como la ciudad más importante de Rusia, dejando atrás a Moscú que resultaba mucho más medieval y aislada de las corrientes culturales de Europa.

Además de construir una gran metrópoli para el Estado ruso, para Pedro el Grande San Petersburgo era también un proyecto cultural con el que, como escribió el historiador Orlando Figes, «reconstruir al hombre ruso y convertirlo en un hombre europeo». Ser ciudadano de San Petersburgo implicaba dejar atrás las costumbres medievales y atrasadas del pasado ruso de Moscú y entrar, como ruso europeo, en el moderno mundo occidental del progreso y la ilustración.

La nobleza iba a desempeñar un papel muy importante en la europeización de Rusia. Pedro el Grande ordenó a las grandes familias nobiliarias construirse palacios en San Petersburgo y contribuir a su vida social y cultural como hacían los nobles en las principales capitales europeas. Muy pronto toda familia poderosa iba a tener un palacio en San Petersburgo y comenzarían a competir por adquirir las mejores colecciones de arte europeo y organizar las fiestas más fastuosas, como hasta entonces lo habían hecho por conseguir más tierras. Los nobles rusos empezaron también a viajar más por Europa y a adoptar las maneras de las principales cortes como suyas, especialmente la francesa, que les influyó hasta el punto de que el francés se impuso como lengua a hablar en los círculos más refinados.

El despliegue de elegancia y alta cultura fue posible gracias a la acumulación de fortunas que las principales familias rusas habían hecho por sus servicios al zar en los últimos dos siglos. Familias como los Stróganov, los Sheremetev, los Demidov o Yusupov habían sido recompensados por su apoyo a los zares con grandes extensiones de tierra en Ucrania o en el sur de Rusia. La más influyente de todas en tiempos de Pedro el Grande era la de los Sheremetev, que tenía más de 800.000 hectáreas de tierras y probablemente cerca de un millón de siervos, lo que la convertía en la familia terrateniente más poderosa del mundo. En términos monetarios, con un ingreso anual de alrededor de 630.000 rublos, era considerablemente más rica que las principales familias aristocráticas inglesas, como las de los duques de Bedford o de Devonshire.

La cultura aristocrática y esta civilización basada en la ostentación eran posibles gracias al trabajo de los campesinos en las tierras, cuyas condiciones de vida no eran mucho mejores a las de los esclavos negros en América. Desde el siglo XVII los campesinos fueron oficialmente convertidos en siervos y declarados, junto con las tierras que labraban, propiedad inalienable de los terratenientes. Este sistema de servidumbre que tanto beneficiaba a los terratenientes iba a continuar hasta su abolición en 1861. Como bien explica una de las obras cumbre de la literatura rusa, *Almas Muertas* de Gogol, el valor de las tierras se calculaba según el número de «almas» que trabajaban en ellas.

El sistema feudal mediante el cual los nobles tenían grandes extensiones de tierras con siervos trabajando en ellas desempeñó un papel esencial en la expansión de Rusia y en convertir al país en un gran imperio agrícola, y ésta es la razón por la que sobrevivió durante tanto tiempo, a pesar de la injusticia que implicaba el que una exigua minoría viviera del trabajo de millones y pudiera disponer de sus vidas como quisiera.

A lo largo del siglo XVIII la expansión territorial rusa iba a continuar, a pesar de que ninguno de los sucesores inmediatos a Pedro el Grande tuvo tanto talento como él. Poco antes de morir, el zar Pedro encomendó a un reputado marino danés llamado Vitus Bering la misión de explorar la zona más oriental de Siberia con el fin de conocer sus límites.

Bering hizo su primera expedición en 1728 y navegó desde la península de Kamchatka, pero no pudo completar su misión por el mal tiempo. Unos años después, en 1741, Bering fue puesto al mando de una expedición más ambiciosa con 600 hombres, que incluía también a destacados científicos alemanes, con el objeto de dibujar un mapa con los límites de Siberia y otro de Norteamérica. La expedición descubrió la costa del actual estado de Alaska. Bering murió en ese viaje sin llegar a saber que era el primer explorador del que se tiene noticia en cruzar de Asia a América por el estrecho que, en honor a él, iba a ser conocido como estrecho de Bering. Gracias a este descubrimiento Rusia adquirió una gran posesión en el continente americano.

Especialmente notables para la consolidación de Rusia como una gran potencia fueron las conquistas territoriales logradas durante el reinado de Catalina la Grande. La esposa del zar Pedro III accedió al trono inesperadamente tras el asesinato de su marido en 1762 y lo que inicialmente iba a ser una breve regencia se convirtió en un largo e influyente reinado.

Bajo el cetro de Catalina II, Rusia ganó más de medio millón de kilómetros de territorio a expensas del imperio otomano y de Polonia, llegando a adquirir Crimea, la actual Bielorrusia y Ucrania y buena parte de Polonia. Puso mucho énfasis en la ampliación hacia el Cáucaso, y durante su reinado se hicieron planes para una campaña contra el imperio otomano que culminara con la expulsión de los turcos de Constantinopla. La zarina tenía tanta fe en este plan que incluso bautizó a su nieto con el nombre de Constantino, en anticipación a ese momento en el que Rusia recuperara la capital del imperio bizantino pero, para su decepción, esto no ocurrió.

La imagen de Catalina la Grande en la historia no es muy benévola. Muchos escritores, tanto rusos como extranjeros, se han deleitado en describir su faceta más frívola de mujer promiscua y han denunciado el hecho de que varios de sus amantes fueran premiados con los más altos cargos de la corte y compensados con tierras y otras prebendas al perder los favores de la soberana. Sin embargo, al margen de lo mucho que pudiera utilizar su poder autocrático para satisfacer sus placeres, la zarina merece también ser recordada por el esfuerzo que hizo por dotar a su vasto imperio de un sistema administrativo más eficaz y también por hacer que la autocracia evolucionara hacia un Estado de Derecho que permitiera cierta representación popular.

En estas intenciones se pudo apreciar su admiración por las ideas de la Ilustración con cuyos máximos representantes estuvo en contacto. Creó una Comisión Legal, una especie de senado compuesto por 650 representantes de los distintos estratos sociales, desde la nobleza a los campesinos, y también de las distintas nacionalidades del imperio. También estableció por primera vez un sistema de educación nacional. Con todo ello, como escribió a Voltaire, con quien mantuvo correspondencia durante 15 años, Rusia progresaba «poco a poco». Sin embargo, la esencia autocrática del sistema ruso apenas varió, especialmente después de estallar la Revolución francesa, cuando la emperatriz comenzó a temer que las ideas de la Ilustración podían amenazar su poder.

Lo que sí mejoró fue la administración territorial del imperio. La zarina dividió Rusia en 50 provincias y 360 distritos, con un gobernador en cada provincia directamente nombrado por ella, lo que permitió mantener al imperio unido y suprimir con rapidez cualquier desafío al gobierno de San Petersburgo. Durante su reinado tuvo que hacer frente a la rebelión del cosaco Yemelián Pugachov, que estalló en 1774 y se convirtió en una de las mayores revueltas en la historia de la Rusia

zarista. La zarina no se conformó con ejecutar a Pugachov sino que también decidió que las reformas políticas y administrativas deberían servir para satisfacer las necesidades que habían hecho a muchos rusos secundar la revuelta, y también para asegurar que su gobierno tuviera capacidad para mantener el control en cualquier lugar de su imperio.

La mejor muestra de la importancia geopolítica de Rusia a comienzos del siglo XIX es que Napoleón decidió invadirla en 1812, al considerar que su sueño de dominar Europa no se haría realidad sin ocuparla. La invasión francesa, a pesar del sufrimiento y destrucción que provocó, ayudó al Estado ruso en dos aspectos. En primer lugar, porque la guerra contra Francia contribuyó a unir a los rusos más que nunca, como también les pasó a los españoles, y dio mayor cohesión a la idea de nación rusa por encima de divisiones sociales o étnicas. En segundo lugar, porque consolidó su poder en Europa oriental. Tras expulsar a Napoleón, el zar exigió a sus aliados una generosa recompensa, y se anexionó Finlandia y parte de Polonia.

El imperio ruso llegó a su máxima extensión durante el reinado de Nicolás I, que reinó desde 1825 a 1855. El más autoritario de todos los zares, decidido a mantener la autocracia rusa a cualquier precio, se empecinó también en consolidar el poder ruso en Asia central y en el Cáucaso, con lo cual no sólo iba a tener que enfrentarse con el imperio otomano, que era un viejo enemigo, sino también ganarse la rivalidad de Gran Bretaña, que temía que la expansión rusa interfiriera con sus intereses imperiales, especialmente al norte de la India.

La enorme extensión que ocupan actualmente Kazajistán y Tayikistán iba a ser conquistada durante el reinado de Nicolás I y, debido a que era el territorio más cercano a la zona de influencia británica, el zar puso especial énfasis en consolidar su poder allí. Además de asegurarse la presencia de militares y funcionarios defendiendo los intereses rusos en esta zona más meridional del imperio, también se impuso la escolarización en ruso con el fin de promover la cultura rusa entre la población local. Todas estas medidas iban a ser respaldadas por un aumento de la emigración rusa hacia esta zona. Unos 400.000 rusos se establecieron en la actual Kazajistán a lo largo del siglo XIX, y también hubo bastante emigración de otros pueblos eslavos y germanos. La población local fue mucho más hostil a la llegada de los rusos que en la mayoría de los territorios del imperio y por esta razón pronto hubo que hacer frente a rebeliones que a finales del siglo XX se convertirían en movimientos independentistas.

Colonizar Siberia iba a constituir un reto especialmente difícil para los zares. Se fomentó la agricultura en el sur de Siberia, pero generalmente no resultó atractiva salvo para campesinos fugitivos o aquellos cuyas condiciones de vida eran tan malas que no temían a las dificultades de sobrevivir en un medio tan hostil y solitario como podía ser Siberia.

Además del comercio de pieles, otra importante fuente de riqueza que comenzó a explotarse desde el siglo XVIII fue la minería. El Estado promovió varias explotaciones mineras y también este negocio atrajo a los empresarios rusos más audaces, pero su problema fue la falta de mano de obra por lo que se decidió recurrir a prisioneros.

La idea de utilizar Siberia como una colonia penal surgió en el siglo XVII. El hecho de que Siberia se asociara a condenas y a trabajos forzados evidentemente no ayudó a promover la emigración. No sólo se enviaba a convictos a trabajar en las minas sino que Siberia también se convirtió en el lugar donde exiliar a los prisioneros políticos, que en el siglo XIX iban a ser cada vez más numerosos.

Desde el reinado de Nicolás I el número de exiliados políticos en Siberia aumentó vertiginosamente. Con motivo de la coronación del zar Nicolás un grupo de opositores al régimen zarista organizó una revuelta en diciembre de 1825 con el objeto de poner fin a la autocracia y abolir la servidumbre. La revuelta de los llamados «decembristas» fue sofocada con éxito y la mayoría de sus integrantes, entre los cuales había nobles, militares e intelectuales, fueron condenados al exilio en Siberia.

Al ser exiliados indefinidamente, los convictos no tenían más opción que rehacer sus vidas en Siberia y, por tanto, la presencia de los decembristas en esta región iba a enriquecer notablemente la vida en ciudades como Irkutsk u Omsk. Las casas de los convictos más acaudalados, como el príncipe Volkonski, se convirtieron en grandes centros sociales. Varios intelectuales decidieron fundar escuelas donde poder enseñar a la población local y transmitir sus ideas. Los que se dedicaron a la agricultura lograron introducir el cultivo del tabaco, el centeno o la cebada. También mantuvieron una relación muy estrecha con los siberianos, quienes generalmente recibían mejor a los exiliados políticos que a los militares o funcionarios encargados de representar al gobierno central. Uno de los más famosos decembristas, el escritor Fiódor Dostoyevski, que fue exiliado a la ciudad de Omsk, contrajo matrimonio con una mujer de esta ciudad.

El número de presos políticos en Siberia siguió aumentando a lo largo de la era zarista y también después, ya que la Unión Soviética iba a continuar con la tradición de enviar a sus presos políticos a esta región. Para todo disidente o aspirante a revolucionario, desde Dostoyevski hasta Trotski o Solzhenitsyn, ser enviado a Siberia se convirtió en una parte esencial de su formación ideológica y de su trayectoria vital. Gracias al exilio muchas de las ideas políticas que se discutían en Europa iban a llegar al corazón de Asia y a las zonas más remotas.

El zar Nicolás I aspiró a ampliar sus territorios a costa del imperio otomano hasta llegar al Mediterráneo. Esta ambición iba a causar la guerra de Crimea, en la que Rusia fue derrotada frente una coalición británica, francesa y otomana. Esta derrota supuso un duro revés para el gobierno zarista, y en cierta medida constituyó una advertencia sobre las graves consecuencias que podía tener el expansionismo. A pesar de ello el hijo de Nicolás I, el zar Alejandro II, continuó presionando por aumentar su poder en Asia central y logró conquistar las ciudades Estado de Samarcanda y Taskent en la actual Uzbekistán. El territorio del actual Turkmenistán también fue conquistado bajo su reinado.

Sin embargo, la extensión total del imperio ruso disminuyó durante el reinado de Alejandro II, pues el zar accedió a vender Alaska a Estados Unidos en 1867 por siete millones de dólares. A pesar del gran descubrimiento que supuso el saber que Siberia estaba a muy pocos kilómetros del continente americano a través de Alaska, Rusia no fue capaz de sacar partido de ello. En 1799 se creó la compañía ruso-americana con el fin de obtener rendimiento económico de Alaska y explorar toda la zona. Sin embargo, la colonia americana no llegó a ser rentable y por esta razón el zar cedió ante el deseo estadounidense de comprar Alaska, lo que iban a lamentar sus sucesores en el Kremlin durante el siglo XX.

Alejandro II tuvo el talante más liberal y reformista de toda su dinastía, y puede considerarse el único zar que intentó poner fin al sistema autocrático ruso con el fin de dar más derechos y libertades a su pueblo y hacer que Rusia avanzara de forma más acorde con las ideas de la Europa de su tiempo. En 1864 tomó la decisión, esperada por todos los críticos del sistema ruso, de abolir la servidumbre, y por este motivo pasaría a la historia con el título de «el libertador». También introdujo los llamados *zemstvos,* un sistema de gobierno local en el cual todos los ciudadanos, divididos en cinco estamentos sociales desde la nobleza hasta los campesinos, podían elegir a su representante en

cada distrito para que velara por sus intereses. Aunque el sistema quedaba lejos de la idea de democracia que se tenía en Europa occidental, al menos el pueblo comenzaba a tener un medio de representación. Sin embargo, Alejandro II pagó un precio muy alto por querer reformar el sistema autocrático, pues murió asesinado por un anarquista. Este dramático final contribuyó a que su hijo Alejandro III y su nieto Nicolás II se negaran a contemplar más reformas aperturistas, con desastrosas consecuencias para su dinastía y su país.

A pesar de los problemas políticos y económicos que tuvo Rusia desde tiempos de Alejandro II hasta el estallido de la revolución bolchevique en 1917, el imperio logró afianzarse. La emancipación de los siervos contribuyó a aumentar la emigración de campesinos a Siberia y también al sur del Cáucaso, y a pesar de las dificultades que tuvieron los campesinos pobres para sobrevivir en zonas remotas, su presencia allí reforzó considerablemente la identidad rusa.

Rusia se benefició quizás más que ningún otro imperio de dos grandes inventos del siglo XIX, el tren y el telégrafo, que mejoraron la comunicación en su vasto imperio y permitieron un control más eficaz desde San Petersburgo. La construcción del transiberiano, que comenzó en 1891 y terminó en 1905, fue sin duda una de las obras más ambiciosas en la historia del ferrocarril. Gracias a este tren que conecta Moscú con Vladivostok, Europa y Asia, tan alejadas la una de la otra a lo largo de la historia, quedaban unidas por un medio de comunicación. Como consecuencia, los intercambios comerciales y de población entre la Rusia europea y la asiática aumentaron dramáticamente, y también fluyeron con más rapidez las corrientes ideológicas desde el corazón de Europa hasta los lugares más remotos de Siberia.

El imperio ruso iba a sobrevivir a la crisis y el declive final del régimen zarista que lo creó. De hecho, es sorprendente que el descontento de la población rusa con el sistema político zarista y los problemas económicos no provocaran más movimientos secesionistas, y que la mayoría de las distintas nacionalidades que componían este imperio no aprovecharan ninguno de los momentos de crisis y debilidad de los zares para luchar por su independencia. Finlandia fue el único pueblo del imperio que aprovechó la decadencia de los zares para rebelarse hasta lograr su independencia en 1917. Kazajistán y los pueblos del Cáucaso, con fuertes entidades culturales propias, llevaron a cabo tímidos intentos de rebelión pero no lograrían su independencia hasta mucho tiempo después, tras la caída del imperio soviético.

¿Cuál fue, pues, la contribución de Rusia al auge de Europa en el mundo? El hecho de que Rusia fuera considerada por sus rivales europeos, y especialmente por los pueblos de Europa oriental a los que conquistó, como una potencia más asiática que europea ha contribuido a que no siempre se la incluya entre los países que protagonizaron el auge europeo en el ámbito global. La autocracia, la servidumbre, el escaso progreso económico e industrial y la sumisión de un pueblo carente de derechos y libertades fueron las señas de identidad de la Rusia zarista y contribuyeron a que los viajeros europeos, los diplomáticos y, sobre todo, pueblos como los polacos o los finlandeses, sometidos a su yugo, insistieran en que los rusos, por su forma de gobernar, sus hábitos y sus pautas de progreso, eran un pueblo asiático.

Sin embargo, los eslavos, como grupo étnico al que pertenecen los rusos, son indudablemente europeos y Rusia, como heredera de la cultura bizantina, era claramente europea. Desde sus orígenes, los rusos se vieron a sí mismos como europeos en la frontera con Asia y, precisamente por estar expuestos a las invasiones y saqueos de los mongoles y tártaros, pondrían especial empeño en reafirmar su identidad europea. Después de la campaña de europeización llevada a cabo por Pedro el Grande, Rusia logró ser reconocida como una potencia europea.

Al igual que los imperios atlánticos, Rusia también consideraba que en la construcción de su imperio había implícita una misión civilizadora. En su avance hacia oriente, los rusos lograron que en las enormes extensiones pobladas por pueblos atrasados y tribus nómadas se crearan asentamientos en los que los pobladores se dedicaban a la agricultura, el comercio, y también practicaban la religión ortodoxa. Su avance hizo que la influencia religiosa y cultural del islam en Asia desapareciera en algunas zonas y retrocediera considerablemente en otras. Gracias a este imperio, desde San Petersburgo hasta Vladivostok y de Nóvgorod a Samarcanda se impuso el mismo concepto de civilización aunque, por supuesto, no todos simpatizaran con él de la misma forma, y las ideas y las tecnologías más avanzadas de Europa llegaron a todos estos lugares en mayor o menor grado.

En su auge como imperio, la principal contribución de Rusia a Europa fue poner fin a la hegemonía de los mongoles sobre el Cáucaso y parte de Europa oriental. Si no hubiera surgido Moscovia como un Estado poderoso y expansionista los mongoles habrían continuado dominando esta zona y la influencia asiática sobre Europa oriental habría sido mucho mayor. Sin Rusia, que los europeos orientales han critica-

do como un país asiático, quizás habrían estado sometidos al yugo de pueblos auténticamente asiáticos.

Europa no tiene una frontera oriental claramente definida, aparte de los montes Urales. Eurasia estuvo dominada por pueblos asiáticos hasta que Rusia se impuso. La consecuencia de ello fue el surgimiento de Europa como concepto político además de geográfico, y sus fronteras iban a extenderse por Asia gracias a la expansión rusa.

Vladivostok, la ciudad portuaria más importante que tiene Rusia en la costa del Pacífico, fue fundada por el gobernador de Siberia Oriental, Nikolái Muraviov-Amurski en 1859. Esta ciudad, que es el destino final del transiberiano, iba a surgir a comienzos del siglo XX como un símbolo del poder y la cultura rusas en el extremo oriente. A pesar de estar en la frontera con China y frente a la costa coreana, ésta es una ciudad de apariencia claramente rusa, poblada mayoritariamente por rusos y ucranianos, y los asiáticos la ven como el inicio de un gran país europeo llamado Rusia. Quizás éste sea el signo más evidente de la contribución de los rusos a la expansión europea por el planeta.

CAPÍTULO 4

La era de las revoluciones: su impacto en Europa y en el mundo imperial

Reyes guillotinados, generales entronados, los derechos del hombre, el sufragio universal, la abolición de la esclavitud, el terror, la guerra, un nuevo imperio continental y nuevas naciones en América que reclamaban que el continente americano fuera sólo para los americanos. Éstos fueron los grandes titulares de lo que sucedió en la era de las revoluciones, cuyo acontecimiento principal fue la Revolución francesa.

Pocos conflictos han tenido un impacto tan grande sobre Europa y el conjunto de Occidente como la revolución que estalló en Francia en 1789. «Quien no haya vivido antes de 1789 no conoce el placer de vivir», dijo Charles-Maurice de Talleyrand que, a pesar de sacar mucho partido político a la época postrevolucionaria, sentía nostalgia por el mundo de privilegios y de esplendor aristocrático en el que nació. «La edad de la caballerosidad se ha ido, la de los sofistas, economistas y calculadores ha triunfado, y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre», escribió el escritor conservador Edmund Burke en su libro *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. Otros consideraban que la Revolución aportaba grandes oportunidades para crear un mundo mejor. Thomas Carlyle, que escribió una famosa historia sobre este acontecimiento, lo consideró «el gran poema de nuestro tiempo». «Para conquistar debemos atrevernos», afirmaba el revolucionario Danton. Napoleón Bonaparte, que desde 1799 se convirtió en la máxima representación de los valores de la Revolución, entendía por este término una sociedad más justa donde las carreras estuvieran abiertas al talento y personajes como él mismo pudieran llegar tan lejos como se propusieran sin que una élite cerrada mantuviera todo el poder y acumulara tantos privilegios hereditarios. Ya que los principios de la Revolución eran universales Napoleón se propuso crear un imperio para poder expandirlos por toda Europa. En parte logró su empeño pues, tras su caída, el continente no volvió a ser el mismo y con el avance de sus tropas cayeron regímenes, viejas costumbres y también imperios.

La sacudida que produjo la Revolución francesa sobre toda Europa llegó hasta América hasta hacer caer una parte del imperio francés y los imperios ibéricos. Pero su caída también se debió al acontecimiento con el que realmente empezó la era revolucionaria: la Revolución americana que estalló en 1776. Varios años antes de que los franceses desafiaran los principios del Antiguo Régimen europeo, los americanos que habitaban las trece colonias británicas decidieron hacerlo. Además de aspirar a independizarse de los británicos, los rebeldes americanos quisieron crear una nueva sociedad basada en principios como la igualdad y la representación democrática que luego revolucionarían Europa. ¿Cómo empezó este conflicto?

Los orígenes de la guerra de la Independencia americana pueden remontarse a problemas y enfrentamientos que surgieron tras la guerra de los Siete Años. Después de derrotar a Francia, la corona británica tomó medidas que iban a ser muy impopulares en las trece colonias. En primer lugar, delimitó los territorios habitados por los indios con el fin de evitar futuros conflictos y prohibió la adquisición de terrenos en ellos. Esta prohibición resultó inaceptable para los colonos, pues suponía poner coto a sus anhelos de posesión y acumulación de tierras, y por esta razón muchos se negaron a obedecerla y siguieron apropiándose de territorio indio. Entre ellos un terrateniente de Virginia, llamado George Washington, que iba a adquirir mucha notoriedad unos años después.

Pero ante todo el motivo principal que llevó al enfrentamiento entre colonos británicos y su rey iba a ser el aumento de impuestos. La guerra de los Siete Años duplicó la deuda nacional británica y, como consecuencia, los impuestos aumentaron dramáticamente sobre todo en las trece colonias, donde el gobierno decidió que como súbditos británicos los habitantes del imperio americano tenían la obligación de pagar una buena parte del coste de su administración y defensa.

En 1765 el parlamento británico aprobó el primer impuesto directo que se iba a aplicar a los habitantes de las trece colonias: la Ley del Timbre, que obligaba a los comerciantes a pagar derechos para que todo producto importado fuera despachado por la aduana. El impuesto causó tanta indignación que resultó imposible su establecimiento ya que muy pocos representantes de la administración británica se atrevieron a aplicarlo en las colonias por miedo a las represalias. Una consecuencia muy importante que tuvo la ira de los colonos fue iniciar un debate en profundidad sobre sus derechos y cómo defenderlos. La fra-

se «Si no estamos representados en el parlamento no tenemos por qué pagar impuestos» se convirtió en el eslogan principal bajo el cual las asambleas coloniales que surgieron en estos años iban a coordinar su defensa. Rebatirlo no era fácil en tiempos de la Ilustración cuando los derechos y las obligaciones de los ciudadanos eran objeto de debate por doquier. La corona había decidido que los habitantes de América asumieran sus obligaciones tributarias como el resto de sus súbditos pero, a diferencia de los habitantes de las islas británicas, no les había concedido ninguna representación en el parlamento con el fin de defender sus intereses.

Benjamin Franklin, científico, político, periodista, diplomático, y uno de los hombres más destacados que dieron las trece colonias, fue quien explicó ante el parlamento en Londres las razones por las que el impuesto debería ser derogado, pues de lo contrario, argumentó Franklin, la rebelión colonial era inevitable. Por esta vez Franklin logró su propósito y el impuesto desapareció, pero la corona no renunció a aumentar la presión fiscal sobre los colonos ni tampoco accedió a concederles el derecho de representación que pedían. En 1767 se establecieron nuevos impuestos sobre productos básicos como el papel y el té. Esta vez la ira colectiva de los habitantes de las colonias fue tan grande que muchos, además de negarse a pagar, optaron por desafiar a las autoridades directamente.

El 16 de diciembre de 1773 una representación de habitantes de Boston exigió que un cargamento de té propiedad de la Compañía Británica de las Indias fuera devuelto a Inglaterra, al considerar injusto tanto el monopolio que tenía la compañía en la importación de té a América como que las colonias americanas tuvieran que pagar un impuesto del que no obtenían beneficio alguno. Tras negarse las autoridades, un grupo de habitantes de Boston disfrazados de indios se subieron al barco donde se almacenaba el té y lo tiraron por la borda. Este incidente constituyó el inicio de la rebelión de las trece colonias contra la corona británica, y es uno de los grandes hitos en la historia de América.

La reacción del gobierno británico ante la rebelión bostoniana fue aprobar una serie de medidas con el fin de castigar a los colonos por su desafío, entre las cuales estaba la decisión de cerrar el puerto de Boston hasta que la Compañía de las Indias fuera compensada por las pérdidas que sufrió cuando su cargamento de té fue tirado al mar. Los colonos americanos, por su parte, exigieron la retirada de estas medidas en

un congreso en el que se reunieron representantes de las trece colonias. Tras fracasar en este objetivo, se organizó un segundo congreso en mayo de 1775 en el que se optó por la lucha armada.

No era la primera vez en la historia de los imperios coloniales europeos en que los colonos se rebelaban contra su gobierno. De hecho, la corona española tuvo que hacer frente a varias rebeliones en su imperio americano que siempre fracasaron, principalmente debido a la inferioridad de los insurrectos desde el punto de vista militar. Sin embargo, varios factores contribuyeron a que la rebelión en el imperio británico americano triunfara, y con ella se alteró el rumbo de la historia de Occidente.

En enero de 1776 el periodista y pensador radical Thomas Paine publicó un panfleto político titulado *Sentido Común*, en el que explicaba en un lenguaje directo y fácil para todo tipo de lector las razones por las que América debería romper con la corona británica y exhortaba a luchar por la independencia. El panfleto se convirtió en un gran éxito de ventas, lo que demostraba cuán popular era la causa de la independencia. No todos los colonos estaban de acuerdo en la necesidad de romper lazos con la corona británica. De hecho, los intentos de propagar la rebelión hasta Canadá fracasaron, pero desde comienzos de 1776 estaba claro que el objetivo de las trece colonias era la independencia. Así lo ratificó la mayoría de sus representantes en el congreso, proclamándose la independencia en la histórica fecha del 4 de julio de 1776.

El segundo congreso que reunió a los representantes de las trece colonias eligió a George Washington como comandante en jefe de las tropas americanas en junio de 1775, cuando comenzaron las hostilidades contra Gran Bretaña. Washington, militar y terrateniente de una próspera familia de Virginia, había luchado en la guerra de los Siete Años y su experiencia al frente del regimiento de Virginia, que fue el primer ejército regular americano, iba a ser sumamente útil a la hora de organizar unas tropas de colonos con escasa experiencia bélica para luchar contra las poderosas milicias británicas. Pero además del liderazgo de Washington y la determinación de sus tropas por obtener su independencia, el factor clave que permitió a las trece colonias derrotar a los británicos fue la ayuda de otras potencias europeas.

Para Francia la guerra de la Independencia americana fue la gran ocasión para vengarse contra Gran Bretaña por la derrota en la guerra de los Siete Años y debilitar su poder mundial. El 6 de febrero de 1778,

Francia firmó un tratado por el cual reconoció la independencia de los Estados Unidos de América, se comprometió a aportar ayuda militar y promover el comercio con la nueva nación y, poco después, declaró la guerra a Gran Bretaña. Francia no iba a ser la única potencia europea en aprovechar la guerra de la Independencia americana para debilitar al imperio británico y obtener beneficios a cambio. España, en un principio, fue reticente a apoyar a los rebeldes americanos por miedo a que los mismos anhelos de independencia se propagaran por su imperio americano. Sin embargo, tras la entrada de Francia en guerra, también decidió unirse a la contienda contra Gran Bretaña. Por último, Holanda, que había perdido su colonia americana por la invasión británica, también decidió contribuir a la independencia de las trece colonias. Así, las tropas de George Washington contaron con el apoyo de tres grandes potencias europeas que hicieron posible derrotar a Gran Bretaña y que los Estados Unidos de América nacieran como nación.

En 1783 se firmaba el Tratado de París mediante el cual Gran Bretaña reconocía la independencia de los Estados Unidos de América, una nueva nación que abarcaba un territorio que se extendía desde el actual Canadá hasta Florida al sur, y hasta el río Misisipi al este. Gran Bretaña perdía así la mayor parte de su imperio, y además tuvo que ceder territorio en la frontera con Florida al imperio español y devolver la isla de Menorca a la corona española. Francia ganó Tobago y recuperó Senegal. Pero, ante todo, lo más trascendental de este tratado era el nacimiento de los Estados Unidos de América.

Con Estados Unidos nacía la primera república independiente en el continente americano. Suponía mucho más que un nuevo país fundado por colonos europeos en América pues se creó desafiando muchas de las ideas y las costumbres por las que se regía Europa.

Si bien la guerra que llevó al nacimiento de los Estados Unidos iba a ser conocida en Gran Bretaña y en el resto del continente europeo como la guerra de la Independencia americana, al otro lado del Atlántico fue bautizada como la Revolución americana. Sus líderes consideraron que no estaban luchando simplemente por su independencia pues su objetivo era, además de independizarse, fundar una nación muy distinta a las demás que fuera gobernada por los principios más avanzados de la civilización: una nueva sociedad que superara los defectos de la antigua y en la cual los ciudadanos fueran libres para hacer realidad sus sueños, donde la convivencia fuera armónica y en la que las fuentes de opresión y los abusos del poder lograran ser erradicados.

¿De dónde salieron las ideas que inspiraron la Revolución americana? Principalmente de los intereses y los principios de los colonos americanos que les llevaron a enfrentarse contra la corona británica. Pero a un nivel más teórico, los líderes de esta revolución –que iban a convertirse en los padres fundadores de los Estados Unidos de América– buscaron inspiración en las ideas de la Ilustración que estaban socavando las bases del poder en Europa.

La Ilustración americana que nació en los círculos políticos e intelectuales de las trece colonias estaba especialmente influida por el pensamiento inglés y escocés, en concreto el de John Locke, Francis Bacon y David Hume. De allí salieron ideas como el respeto a la libertad individual y a la propiedad como pilares de la sociedad americana, y los ideales de republicanismo y liberalismo que iban a inspirar su sistema político.

Thomas Jefferson, el autor principal de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y su tercer presidente, confesó que su primordial fuente de formación política habían sido los pensadores empíricos británicos, especialmente John Locke a quien consideraba uno de «los tres hombres más grandes que jamás vivieron». Aunque no de manera consciente, a Jefferson también le influyó el expansionismo europeo. Su célebre afirmación de querer hacer de Estados Unidos «un imperio de libertad» da la impresión de ser una adaptación del ideal imperialista de las potencias europeas a los sueños de los luchadores de la independencia estadounidense que aspiraban a expandir las fronteras de su joven país, y creían firmemente que allá donde llegaran ellos florecería la libertad.

«Algún día, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos de América, habrá unos Estados Unidos de Europa», dijo el primer presidente de los Estados Unidos, George Washington. Su decisión de renunciar a su mando y volver a su casa una vez ganada la guerra, en vez de aprovecharse de su cargo como comandante en jefe del ejército norteamericano para hacerse con el poder, sorprendió a los observadores europeos y muestra lo mucho que había calado el espíritu de la Ilustración en el general virginiano, al entender que el ejército siempre debería estar al servicio del gobierno de una nación y que los poderes en una democracia deberían esta estrictamente delimitados.

Benjamin Franklin, que fue portavoz de las trece colonias en Londres y el primer embajador de Estados Unidos en Francia, definió el espíritu americano como «la unión entre virtudes prácticas como el

ahorro y el espíritu trabajador y emprendedor con ideas democráticas de igualdad, autogobierno, espíritu de comunidad y especialmente la oposición a todo tipo de opresión política o religiosa».

Con respecto a la religión, la dura crítica que hacían los pensadores de la Ilustración al poder de la Iglesia, y muy especialmente el mordaz anticlericalismo de Voltaire, tardó más en penetrar en las mentes de la muy religiosa y puritana Norteamérica. Sin embargo, sí contribuyó a convencer a los padres fundadores de los Estados Unidos de que la separación entre Iglesia y Estado y la libertad de culto eran fundamentales para el progreso de su país. Como dijo James Madison, cuarto presidente de los Estados Unidos y autor de la Constitución americana, «la conciencia es la más sagrada de las propiedades».

La Revolución americana dejó textos claramente imbuidos por el espíritu del Siglo de las Luces que iban a convertirse en referentes para Europa, América y Occidente en general.

«Todos los hombres son creados por igual, están dotados por el creador con ciertos derechos inalienables, entre éstos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», proclama la Declaración de Independencia. Esta frase llegaría a ser considerada una de las más bellas jamás escritas en la lengua inglesa y también como una de las más trascendentales en la historia americana. El mérito de escribirla no le correspondió exclusivamente a Thomas Jefferson, pues él mismo confesó que la Declaración no contenía ninguna idea original sino sentimientos que unían a todos los que participaron en su redacción.

El otro documento de gran influencia producto también de la Revolución americana fue la Constitución, aprobada el 17 de septiembre de 1787. El texto establecía las reglas de la democracia americana, especificaba los poderes de los estados que componían la nueva nación y el sistema federal de gobierno, y tenía la virtud de hacerlo en siete artículos que pueden ser entendidos por cualquier ciudadano. Un texto tan simple y alejado de la jerga jurídica ha servido para gobernar a Estados Unidos hasta nuestros días y también ha sido un referente para muchas constituciones redactadas a partir de entonces.

Las consecuencias políticas, económicas y psicológicas de la pérdida de las trece colonias fueron muy grandes para Gran Bretaña. Tras firmar el tratado que reconocía la independencia estadounidense, el gobierno de lord Shelbourne cayó y el rey Jorge III estuvo a punto de abdicar. Los británicos iban a tardar mucho en asimilar la pérdida del primer imperio, como llamaban a las trece colonias. Durante mucho

tiempo continuaron tratando a los Estados Unidos como una colonia y a sus habitantes con rencor. «Estoy dispuesto a amar a toda la humanidad menos a un americano», sentenció el escritor Samuel Johnson. Comentarios como éste eran comunes en la Inglaterra de entonces.

Para compensar la pérdida de la exclusividad del mercado norteamericano, el gobierno británico tomó represalias contra los estadounidenses prohibiendo a sus barcos comerciar con sus colonias en las Indias Occidentales, lo cual hizo mucho daño a la emergente economía americana. La hostilidad en las relaciones continuó por mucho tiempo hasta llegar al punto más dramático, cuando Estados Unidos declaró la guerra a Gran Bretaña en 1812 y los dos países se enfrentaron de nuevo en Norteamérica durante dos años.

Por otro lado, a excepción de esta guerra angloamericana, desde comienzos del siglo XIX la relación entre los dos países comenzó a ser cada vez más estrecha; la cultura común y la herencia histórica iban a compensar los choques en el ámbito político. El intercambio comercial era cada vez mayor y la mitad de las exportaciones estadounidenses iban a Gran Bretaña desde finales del siglo XVIII.

No todo fueron lamentaciones por haber perdido la colonia americana. Algunos intelectuales británicos opinaban que su pérdida era una bendición para los intereses del país. Así pensaba Adam Smith, que explicaba en un ensayo publicado en 1888 que las colonias americanas habían sido una fuente de gastos y de problemas para el gobierno británico no compensados por sus magros beneficios. A raíz de la experiencia americana, Smith concluyó que los imperios coloniales que implicaran traslados de población y sometimiento eran indeseables; sólo los imperios mercantiles merecían la pena, según el gran economista escocés.

Mientras Europa comenzaba a convivir con Estados Unidos, en el orden internacional estalló una revolución que no sólo alteró profundamente los pilares sobre los que se asentaban sus sociedades sino que además modificó considerablemente su papel en el mundo, la Revolución francesa.

Mucho se ha escrito sobre las causas de la Revolución francesa y sobre el detonante que provocó esta ruptura tan drástica con el sistema del Antiguo Régimen. La misma sociedad en la que nació la Ilustración estaba regida por una monarquía absoluta y un régimen feudal en el que la nobleza y el clero acumulaban un enorme poder. ¿Durante cuánto tiempo continuaría? A lo largo del reinado de Luis XVI cada

vez fue más evidente que el sistema no podía sobrevivir, por razones tanto económicas como sociales. Desde la guerra de los Treinta Años el Estado francés acumuló una deuda que sumió al país en una crisis constante a los largo de las siguientes tres décadas. Mientras que la nobleza y el clero estaban exentos de pagar impuestos, la presión fiscal sobre el resto de la población no hacía más que aumentar y así las condiciones de los más pobres, especialmente los campesinos, se hicieron insoportables.

Con la toma de la Bastilla por las masas parisinas el 14 de julio de 1789 estalló una revolución que iba a conmocionar el mundo; con este acontecimiento muchas de las ideas y creencias sobre las que se asentaban las monarquías y los regímenes políticos de Europa comenzaron a tambalearse. Hasta ese momento, nunca en la historia de la humanidad las masas del pueblo habían cargado con tanta fuerza contra el poder, y jamás llegaron tan lejos como consecuencia de su rebelión. Las noticias de este acontecimiento iban a atemorizar a los ricos y poderosos y alentar a los pobres y oprimidos por toda Europa. Las revoluciones estallan cuando hay una mayoría de la población tan empobrecida que no tiene nada que perder por echarse a la calle y luchar contra los representantes del poder. Lo ocurrido en Francia en 1798 iba a repetirse en el resto de Europa numerosas veces en los dos siglos posteriores, siempre que se dieran las mismas condiciones de pobreza y de desesperación entre la población y de indiferencia e incompetencia entre los gobernantes.

El segundo gran episodio de esta revolución fue la abolición por la nueva Asamblea Nacional francesa del sistema feudal que había mantenido a la nobleza y al clero en la cúspide de la pirámide social; poco después, el 26 de agosto de 1789, la Asamblea aprobó la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Éste fue un documento verdaderamente revolucionario. Inspirado en muchas de las ideas de la Ilustración, especialmente en *El contrato social* de Rousseau y en la teoría de la separación de poderes de Montesquieu, definía los principios sobre los que debería basarse la relación entre seres humanos y entre el gobierno y los ciudadanos en una sociedad democrática. Su autor fue el marqués de Lafayette, miembro díscolo de la antigua nobleza con gran experiencia en la guerra revolucionaria, pues cruzó el Atlántico en 1777 para unirse al ejército americano en su lucha por la independencia, y que tras 1789 se iba a convertir en uno de los grandes personajes de la Revolución.

«Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos», dice el primer artículo de la Declaración. «El objetivo de toda asociación política es preservar estos derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión», dice el segundo.

El documento recoge términos como «soberanía popular», «libertad de expresión», «libertad de culto» y «Estado de Derecho». Aunque no llegó a aplicarse íntegramente ni en la Francia revolucionaria ni en ninguna otra revolución en las próximas décadas, sí logró ser un texto de referencia para todo movimiento que aspirara a acabar con el Antiguo Régimen y avanzar hacia un sistema más democrático. Gracias a él, Francia pasó de ser un país regido por el derecho divino de los reyes a gobernarse por la soberanía popular y, al menos teóricamente, por el sufragio universal, tal y como decía la Constitución de 1793.

La esencia de estos derechos del hombre y del ciudadano queda recogida en el eslogan «libertad, igualdad y fraternidad», una de las consignas más populares que surgieron en esta revolución, y que décadas más tarde se convertiría en el lema de la república francesa.

El tercer episodio de esta revolución fue el régimen del Terror. El 24 de junio de 1793 la Convención aprobó una nueva constitución por la cual Francia se convertía en una república y el gobierno sería elegido por sufragio universal. Estos cambios tan notables tuvieron lugar en un ambiente de creciente enfrentamiento entre los jacobinos, republicanos radicales, y los girondinos, liberales monárquicos. Los jacobinos lograron imponerse a base de una ola de matanzas y violencia, que según algunos historiadores podía haberse cobrado unas 40.000 víctimas. «El terror es sólo justicia, rápida, severa e inflexible», dijo Maximilien Robespierre, el máximo responsable de esta sangrienta etapa. La guillotina, el artefacto más eficaz que se ha inventado para cortar cabezas, se convirtió en el símbolo más inolvidable de este periodo.

El 21 de enero de 1793, Luis XVI era guillotinado en la plaza de la Revolución en París ante miles de ciudadanos que contemplaban cómo con su antiguo rey desaparecía para siempre el Antiguo Régimen. Su esposa, María Antonieta, le seguiría en este trágico destino poco después, al igual que muchos otros franceses, sobre todo miembros de la aristocracia y del clero pero también personas de muy distinta condición acusadas de ser contrarrevolucionarias o simplemente víctimas de las pugnas políticas de entonces. El propio Robespierre murió en la guillotina que él tanto había promovido contra sus enemigos.

El régimen del Terror conmovió a toda Europa. El hecho de que la Revolución degenerara en tal espiral de matanzas, violencia y persecución política supuso una gran decepción para muchos de los que habían depositado sus esperanzas en este trascendental acontecimiento. Los más conservadores interpretarían lo ocurrido en Francia como la prueba de que la revolución inevitablemente trae el caos, la muerte y un sistema político más injusto que el que se pretende sustituir.

El cuarto episodio de la Revolución francesa fueron las guerras revolucionarias. Como consecuencia de la Revolución muchos representantes del Antiguo Régimen se exiliaron y presionaron a varios gobiernos de Europa para que intervinieran contra los revolucionarios franceses. Varios monarcas, especialmente el emperador austriaco, contemplaron la posibilidad de invadir Francia con el fin de evitar que la Revolución se propagara por sus países. Pero Francia decidió adelantarse y en abril de 1794 declaró la guerra a Austria. Así daba comienzo una larga época de guerra en Europa que iba a marcar profundamente el destino de los países involucrados.

La consecuencia más importante de esta guerra fue el auge de uno de los líderes más legendarios en la historia del mundo: Napoleón Bonaparte. Napoleón es a la vez un producto de los tiempos de guerra y de la Revolución. Alcanzó el poder gracias a la gloria militar y esta misma gloria le iba a llevar muy lejos, pues no olvidemos que Napoleón fue ante todo un genio militar, a pesar de sus errores con la invasión de Rusia y de España. A la Revolución francesa le faltó un gran líder y este vacío de poder lo supo rellenar Napoleón.

El general Bonaparte adquirió gran prestigio militar en la guerra que permitió a Francia derrotar a Austria en 1797. Después, en 1798, le fue encomendada una complicada misión que él mismo propuso para debilitar a Gran Bretaña: ocupar Egipto y de allí avanzar hasta Persia con el fin de interceptar la ruta de los británicos hacia la India. Crear un imperio egipcio también compensaría a Francia por la pérdida de Canadá.

La campaña de Egipto tuvo una enorme influencia sobre la carrera de Napoleón. El muy ambicioso general, que tanto admiraba a Alejandro Magno, soñó con crear un nuevo imperio para Francia que desde Egipto se extendiera hacia el lejano Oriente. «Europa es una topera, todas las grandes reputaciones vienen de Oriente», dijo en una ocasión.

Tras derrotar a los mamelucos, la milicia turcoegipcia que dominaba el país, Napoleón se dedicó a llevar la civilización occidental a esta parte del mundo y también los principios de la Revolución. Fue

acompañado por juristas, administradores, científicos y artistas que le iban a ayudar a fundar el Egipto moderno y dejar la huella de Francia en este país.

Napoleón propagó por el pueblo egipcio el mensaje de que había venido a liberarles de la tiranía de los mamelucos y a permitirles que vivieran según los derechos del hombre que Francia había proclamado. Fiel al espíritu laico de la revolución, la misión de Napoleón no hizo el menor intento por cristianizar a la población local, como solían hacer Francia y el resto de las potencias europeas en sus aventuras coloniales, sino que respetó escrupulosamente las creencias y la cultura islámica de los egipcios.

El general pronto emprendió un plan de invasión de Siria que le permitiría hacerse fuerte en Oriente Medio y de allí lo mismo podía haber marchado sobre la India que sobre Constantinopla, acabando así con el imperio otomano. Sin embargo el plan fue demasiado ambicioso. La flota británica en el Mediterráneo, dirigida por el almirante Nelson, aisló a Napoleón en Egipto y las tropas turcas consiguieron parar el avance francés. Napoleón decidió entonces que su destino estaba en Europa y regresó a París en 1799; dos años después El Cairo fue conquistado por las tropas británicas. Si Napoleón hubiera logrado sus objetivos en el imperio egipcio el destino de este país y de Oriente Próximo podía haber sido muy distinto. En cualquier caso, su aventura egipcia dejó una profunda huella tanto en este país como en Europa. Con el Instituto de Egipto fundado por Napoleón comienza la pasión europea por el antiguo Egipto y por la arqueología de las antiguas civilizaciones de aquella región. A partir de esa época los conocimientos de Occidente sobre las primeras civilizaciones iban a ser cada vez mayores.

De regreso a París, Napoleón protagonizó un meteórico ascenso que le permitió consolidar un régimen a la medida de su ambición y también un imperio. No conforme con alcanzar la jefatura de Estado vitalicia, decidió que el Papa le coronara emperador de Francia en 1804. Luego, en los países que fue conquistando, puso a varios de sus hermanos en lugar de las familias reales destronadas. José Bonaparte fue nombrado rey de España, Luis Bonaparte rey de Holanda, Jerónimo rey de Westfalia, y algunos de sus generales fueron coronados en reinos como Nápoles o Suecia.

El hecho de que un soldado corso que hablaba francés con acento extranjero lograra sentarse en el trono que había ocupado Luis XIV y

transformar a su familia en una dinastía reinante muestra lo lejos que había llegado la Revolución en pocos años. Para muchos Napoleón era la encarnación de los principios de igualdad y meritocracia que sustituían el derecho divino a reinar, aunque para otros el hecho de que se autoproclamara emperador suponía una traición a la república establecida en 1793 y al espíritu de la Revolución. Por otro lado, todos los agraviados por la Revolución veían a Napoleón como el diablo, un usurpador que amenazaba lo que consideraban más sagrado y todo su sistema de vida. El hecho de que en su formidable expansión desde España hasta Rusia acumulara tantos enemigos hizo posible la gran coalición multinacional que más adelante acabaría derrotándole.

Napoleón dirigió su *Grande Armée* con extraordinaria habilidad hasta controlar prácticamente toda Europa salvo Gran Bretaña en poco más de diez años. Aspiró a unificar todo el continente bajo la égida de Francia y un mismo sistema de gobierno basado en las ideas de la Revolución y su idea del liberalismo. Sin embargo, en su rápida expansión iba a cometer graves errores de cálculo. La guerrilla en España contra la ocupación francesa y el invierno ruso se convirtieron en enemigos invencibles. Tampoco calculó el impacto de una gran coalición de ejércitos enemigos contra Francia. El 31 de marzo de 1814, las tropas del zar y del rey de Prusia entraron en París poniendo fin al imperio de Napoleón. No obstante, los partidarios del emperador eran muchos y este apoyo iba a permitirle escaparse de la isla de Elba donde había sido exiliado e intentar la reconquista de su imperio. Pero esta vez la coalición de ejércitos europeos bajo el mando del general inglés Wellington le haría sucumbir definitivamente en la batalla de Waterloo en junio de 1815.

Tras derrotar a Napoleón, los Borbones recuperaron el trono de Francia al igual que el resto de las familias reales destronadas por los Bonaparte. Los gobernantes de las monarquías que recuperaron sus tronos pretendían que Europa regresara al orden político anterior a 1789, pero eso ya no era posible. Las ideas que provocaron la Revolución habían ido demasiado lejos y el Antiguo Régimen no podía restablecerse, como comprobarían Luis XVIII en Francia y Fernando VII en España.

Napoleón escribió en sus memorias desde la isla de Santa Elena que iba a ser recordado no por sus batallas sino por el código civil que él impuso y del que tanto se enorgullecía. Éste es uno de los ejemplos del nuevo sistema de gobierno basado en los principios de la Ilustración

que, para fortuna de la mayoría, se habían convertido en conquistas sociales y políticas irrenunciables.

Si bien la Revolución no logró tener consecuencias sobre el norte de África y Asia, como le hubiera gustado a Napoleón, sí tuvo mucho impacto sobre América. Además de la Revolución americana, la Revolución francesa también influyó profundamente en el destino de los imperios europeos, comenzando por el imperio francés.

En la colonia caribeña de Saint-Domingue, situada en la mitad occidental de la isla de La Española, fue donde primero triunfaron los ideales de la Revolución francesa.

Saint-Domingue era uno de los mejores ejemplos de lo lucrativas que podían ser las plantaciones coloniales. Era la colonia más rentable del imperio francés y, en vísperas de la Revolución, producía un 60% del café y un 40% del azúcar importados por Francia y Gran Bretaña. Estos prodigiosos beneficios eran posibles gracias al trabajo de más de un millón y medio de esclavos negros que constituían el 85% de la población en la colonia. El resto lo componían negros y mulatos que habían obtenido su libertad y una élite de terratenientes y administradores blancos que sumaban tan sólo el 3% de la población. Al ser una minoría tan pequeña, los blancos vivían en constante alerta ante la posibilidad de una revuelta racial. Como dijo el conde de Mirabeau en una visita que hizo a la colonia, «los blancos duermen al pie del Vesuvio».

Las noticias de la Revolución fueron recibidas con entusiasmo por la élite blanca de Saint-Domingue. Muchos la consideraron como la oportunidad con la que habían estado soñando para librarse de los impuestos a sus exportaciones y de las leyes mercantilistas francesas e incluso para proclamar la independencia. Pero no sólo ellos decidieron sacar partido a los radicales cambios en la metrópoli sino también la población de tez más oscura.

El estallido de la Revolución sorprendió a Vincent Ogé, un mulato educado y de familia acaudalada, en París y decidió que ésta era su oportunidad para reivindicar la igualdad para la gente libre de color. Al regresar a Saint-Domingue se puso al frente de una rebelión libertadora que finalizó con su captura y ejecución. Pero éste era sólo el comienzo de la lucha de los negros por sus derechos. El 21 de agosto de 1791, los esclavos negros se rebelaron y provocaron una guerra civil en la colonia. París decidió hacer concesiones y la Asamblea Legislativa concedió la igualdad de derechos para la población de color libre.

Sin embargo, la soberanía de la colonia continuó peligrando. Tras el estallido de la guerra entre Francia y Gran Bretaña en 1793 la élite blanca negoció con los británicos el cambio de soberanía. Para combatir la traición de los blancos lo único que podía hacer el gobierno francés era ofrecer la libertad a los esclavos negros a cambio de su ayuda.

En 1793 la Convención Nacional dirigida por Robespierre abolió la esclavitud y, por consiguiente, Francia se convirtió en el primer país europeo donde era ilegal tener esclavos. Aunque dio la impresión de ser una medida desesperada para mantener la soberanía sobre aquella posesión, no lo fue del todo. En 1788 se había creado en Francia la Sociedad de Amigos de los Negros, cuyo fin era abolir primero la trata de esclavos y más adelante la esclavitud. Entre sus miembros había destacados pensadores de la Ilustración como Nicolas de Condorcet y líderes de la Revolución como Lafayette. A partir de 1789 la causa antiesclavista aumentó su popularidad a pesar de que ésta pudiera afectar los intereses coloniales franceses. De hecho, jacobinos como Robespierre argumentaron que si la esclavitud era necesaria para mantener las colonias lo justo era abandonarlas.

Tras la abolición de la esclavitud, el líder de los esclavos François Toussaint-Louverture, un antiguo esclavo con grandes dotes militares y políticas, se puso a disposición de las tropas francesas para expulsar a las tropas británicas que colaboraban con los blancos en la invasión de Saint-Domingue. Una vez logrado este objetivo Toussaint-Louverture se autoproclamó nuevo gobernador y logró que una élite de negros y mulatos sustituyera a los blancos. No conforme con lo conseguido en 1801 promulgó una constitución que daba a la colonia amplia autonomía y él se convirtió en gobernador vitalicio.

El auge de Toussaint-Louverture y su colonia de esclavos libres suponían una amenaza para la estabilidad de las colonias francesas y para todo el Caribe. También en el sur esclavista de los Estados Unidos se temieron las consecuencias que pudiera tener el ejemplo de Saint-Domingue. Por esta razón se intensificaron las presiones sobre Napoleón para que interviniera, independientemente de que el emperador también estuviera ansioso por recuperar la pujanza que tenía la industria azucarera antes de la Revolución. Así, en 1802 las tropas francesas tomaron la colonia, depusieron a Toussaint-Louverture y le deportaron a Francia donde murió poco después.

Los representantes franceses en Saint-Domingue tenían la orden de restablecer la esclavitud para poder explotar las plantaciones al modo

tradicional. Sin embargo, como advirtió Toussiant-Louverture antes de partir, este objetivo no iba a ser posible pues la causa de la libertad había llegado ya demasiado lejos entre la población de la colonia, y los antiguos esclavos estaban dispuestos a morir antes que someterse a las cadenas de nuevo. Jean-Jacques Dessalines el lugarteniente de Toussaint-Louverture, ocupó su lugar al frente de la revolución de Saint-Domingue y lideró al ejército de negros y mulatos contra las tropas francesas hasta su derrota definitiva.

Tras expulsar a Francia, en 1804 Dessalines proclamó la independencia de Saint-Domingue que fue rebautizada como Haití, según un nombre de la tribu autóctona de los arawak. Curiosamente, un año después, el mismo en que Napoleón era coronado emperador, Dessalines se autoproclamó emperador de Haití. El pretencioso imperio haitiano fue breve pues Dessalines fue asesinado en 1806. Después se instauraría una república independiente con una pequeña élite que aspiraba a gobernar según los principios de la Revolución pero con un pueblo atrasado incapaz de seguirla. A pesar de su difícil trayectoria como Estado-nación, Haití seguiría siendo un punto de referencia en la descolonización de América y muy especialmente para negros y mulatos en su lucha por la igualdad de derechos.

Haití, la independencia de Estados Unidos y también la Revolución francesa contribuyeron a que los franceses se replantearan su papel en el mundo y la necesidad de tener colonias.

Charles-Maurice de Talleyrand, el hábil político que por entonces comenzó su larga trayectoria como ministro de Asuntos Exteriores francés, publicó un libro en 1797 titulado *Ensayo sobre las ventajas de retirarse de las colonias*. En él hacía un alegato contra todo tipo de colonización que supusiera trasladar población y fomentar asentamientos. Según Talleyrand, a las trece colonias habían llegado «individuos sin industria, sin líderes y sin moral» y el desenlace final de la rebelión era inevitable. Por otro lado admiraba la experiencia británica en la India, donde la riqueza del territorio se estaba explotando a través del comercio y empleando a la población local que era «pagada pero no esclavizada». Éste era el tipo de colonización del futuro, pues creaba una relación entre el colonizador y el colonizado basado en la cooperación y finalmente resultaba mucho más productiva.

Pierre-Victor Malouet tenía una opinión similar a la de Talleyrand. Reflexionando también sobre las consecuencias de la Revolución americana afirmaba que a largo plazo las colonias pobladas por miembros

de la misma cultura sólo podían mantenerse a base de un estado perpetuo de guerra y represión.

Todas estas opiniones contrarias al imperialismo colonial tal y como se había concebido hasta antes de 1789, y también el impacto de la independencia de Haití, contribuyeron a que Napoleón dejara de interesarse por el imperio francés en América. Las colonias americanas le parecían una fuente de problemas y sus beneficios insignificantes en comparación con los réditos políticos y económicos que le podía dar su imperio europeo. Por esta razón decidió vender Luisiana a los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de que el imperio francés en América disminuyó durante su mandato, Francia indirectamente iba a adquirir el imperio más grande de América gracias a la ocupación de España.

Napoleón aprovechó la disputa dinástica entre Carlos IV de España y su hijo Fernando frente a la creciente influencia francesa para convocarles a los dos en Bayona en 1808 e ingeniárselas para que abdicaran y el trono de España fuera ocupado por su hermano José. De esta forma los Bonaparte no sólo sustituían a los Borbones en el trono de España sino también como soberanos del imperio español. Al menos así lo entendieron muchos de los habitantes de la América española. La debilidad del gobierno de España, la inestabilidad política y el temor a ser gobernados por Francia (y también por las ideas de la Revolución francesa), todo ello contribuyó a que estallara una ola independentista y se extendiera por casi todo el imperio español.

¿Cuál era la situación del imperio español al entrar en el siglo XIX? ¿Hasta qué punto habían avanzado los movimientos independentistas?

El imperio español gozaba de buena salud después de un siglo XVIII que había sido próspero en general, especialmente en la segunda mitad. Tuvo una extraordinaria capacidad de supervivencia: ni el declive de España como gran potencia; ni los ataques de ingleses, franceses y holandeses y su deseo de arrebatar a los españoles alguna de sus posesiones; ni tampoco los constantes problemas económicos de la corona española, ni siquiera las intrigas ni las luchas por el poder que enfrentaban a la corte de Madrid, ni las corruptelas de sus administradores, lograron desmembrarlo.

El siglo XVIII trajo grandes cambios en la administración del imperio en América. Las llamadas reformas borbónicas que tuvieron lugar en España desde el reinado de Felipe V también iban a afectar al otro lado del Atlántico.

El enorme virreinato del Perú que abarcaba una extensión desde la actual Venezuela hasta Argentina fue dividido. En 1717 se creó el virreinato de Nueva Granada y muchos años después, en 1767, el del Río de la Plata. Por debajo de los virreinatos estaban las capitanías generales de Venezuela, Guatemala, Cuba, Chile y Puerto Rico. De esta forma, el poder que se centraba tradicionalmente en Lima y México, las capitales de los dos grandes virreinatos que originalmente componían el imperio americano, se dispersó por distintas ciudades de la América española.

En 1717 la Casa de Contratación y también el Consejo de Indias, las dos instituciones clave para el gobierno y la administración del imperio americano, se trasladaron a Cádiz y así el intercambio comercial con las Américas se centró en este viejo puerto. Con todos estos cambios el reino de España logró tener un control más directo sobre el imperio y también imponer una administración más eficaz, pues no olvidemos que la monarquía hispánica consideraba a las Indias como uno más de sus reinos, no como una colonia, y por lo tanto se intentó gobernar y administrar América de una manera muy similar a como se hacía en España.

El imperio en América también logró salir incólume de numerosas pugnas con otras potencias por cuestiones de poder. En 1668 el Tratado de Lisboa sancionó la separación del imperio portugués y el español, unidos desde tiempos de Felipe II. Como consecuencia de la independencia portuguesa, los conflictos fronterizos con el imperio español en América iban a ser numerosos y en varias ocasiones fueron dirimidos mediante la guerra.

Un punto especialmente conflictivo fue la frontera entre el virreinato del Río de la Plata y Brasil. En 1688 los portugueses fundaron la colonia de Sacramento en el actual Uruguay. Según España, esta ciudad estaba en su territorio y además iba a convertirse en una poderosa base de contrabando, razón por la cual las tropas españolas la ocuparon en 1680 y la rebautizaron como fuerte del Rosario, aunque poco después fue devuelta a Portugal. La ciudad iba a cambiar más veces de soberanía hasta que finalmente las dos potencias decidieron poner fin a casi tres siglos de disputas territoriales con la firma del Tratado de San Ildefonso en 1777. Sacramento pasó definitivamente a manos españolas a cambio de cesión territorial a Brasil.

Pero el enemigo más peligroso fue Gran Bretaña, pues además del interés comercial y estratégico que tenían los británicos en varios pun-

tos del imperio español su marina era muy superior a la española. La guerra de la Oreja de Jenkins que estalló en 1739 pudo haber supuesto una pérdida muy grande para el imperio español. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: en la batalla de Cartagena de Indias, en 1741, las tropas españolas bajo el eficaz mando de Blas de Lezo lograron repeler la invasión británica y Gran Bretaña sufrió una humillante derrota.

Esta victoria fue muy importante para España pues con ella demostró tener más capacidad para defender su imperio de lo que sus rivales europeos pensaban. Su estatus como potencia imperial se vio revalidado a raíz de esta guerra. Durante el resto del siglo XVIII España siguió gobernando sobre el imperio más grande del mundo (sólo el imperio terrestre ruso podía rivalizar con el español en extensión).

Además de lograr crear el clima propicio para que la paz y la prosperidad reinaran sobre su imperio, España también siguió haciendo contribuciones a la exploración del mundo y a su conocimiento científico. Bajo el reinado de Carlos III, que era un gran aficionado a la ciencia y a la tecnología, tuvieron lugar importantes expediciones por el imperio español. La más ambiciosa la protagonizó el marino de origen napolitano Alejandro Malaespina. En 1781 se puso al frente de una tripulación de marinos y científicos para dar la vuelta al mundo y también intentar encontrar otro de los mitos marinos de la época, un paso al noroeste que uniera el Atlántico con el Pacífico. Las contribuciones al conocimiento del planeta, y especialmente de la geografía americana, que logró Malaespina en esa época fueron muy notables.

A pesar de sus progresos España tuvo que hacer frente a numerosos problemas internos que amenazaban la unidad y la continuidad del imperio en América. El indigenismo y las reivindicaciones de los pueblos indios frente a la civilización invasora nunca dejaron de ser una fuente de preocupación para los gobernantes españoles, especialmente en el virreinato del Perú donde indios y mestizos eran mayoría. En 1780 un descendiente de Tupac Amaru que se hacía llamar rey del Perú se puso al frente de un levantamiento, principalmente secundado por incas, contra el dominio español. Más preocupantes que las revueltas indigenistas eran las reivindicaciones de las élites criollas.

Al igual que ocurría en el imperio francés y británico, el mercantilismo y la obsesión de las metrópolis por explotar el comercio de América para su propio beneficio creó mucho malestar entre los habitantes americanos; los criollos veían a los burócratas aduaneros y los reglamentos fiscales que llegaban desde España como una amenaza para sus

beneficios y un obstáculo para emprender proyectos más ambiciosos que el libre comercio les hubiera permitido.

Otra razón de descontento entre los criollos era el sentimiento de inferioridad frente a la corte española y la élite que les gobernaba desde España, y la sensación de no poder defender sus intereses ni mucho menos participar más activamente en el gobierno y la administración del imperio. Al igual que los habitantes del imperio británico y el francés, a finales del siglo XVIII cada vez eran más los que pensaban que sus intereses estarían mucho mejor defendidos si se pudieran gobernar por sí mismos.

El aumento del control político y la presión fiscal de España provocaron revueltas en distintos puntos del imperio español y, conforme avanzaba el siglo XVIII, cada vez iban a ser mayores y más difíciles de suprimir. En 1765 tuvo lugar una revuelta en Quito cuyo motivo principal fueron las tasas impuestas por la corona que afectaban a habitantes de esta ciudad de muy diversa condición.

Tras la Revolución americana y la Revolución francesa los líderes de los levantamientos contra el poder español no se iban a conformar con exigir más derechos o menos impuestos sino que aspirarían directamente al autogobierno. Éste fue el caso de la conspiración de Gual y España que estalló en Venezuela en 1797, considerada como el comienzo de la lucha por la independencia de la nación venezolana. Manuel Gual era un teniente de infantería y José María España un funcionario de justicia, y ambos dirigieron una sublevación que estalló en la Guaira y en Caracas y fue secundada por un amplio espectro de su población; sus objetivos eran la expulsión de las autoridades españolas, el establecimiento de un sistema de libre comercio y de producción y, por último, la unión política y administrativa de las ciudades de Caracas, Maracaibo, Cumaná y la Guayana.

Desde España los más sagaces observadores de la evolución del imperio español eran bien conscientes de las fisuras del sistema colonial y del aumento del sentimiento independentista al otro lado del Atlántico, alimentado cada vez más por el espíritu de los tiempos.

Muy trascendentales para el imperio español fueron las decisiones del conde de Aranda, que fue presidente del Consejo de Castilla de 1766 a 1773 y secretario de Estado al comienzo del reinado de Carlos IV. Este militar y estadista, muy influido por las ideas de la Ilustración, fue uno de los máximos responsables de la decisión de expulsar a la orden de los jesuitas de España y sus posesiones de ultramar. Desde su llegada a América como misioneros, los jesuitas habían adquirido mucho poder. Las

misiones jesuíticas guaraníes, fundadas inicialmente por los jesuitas entre los guaraníes y otros pueblos indios para propagar la fe entre ellos, acabaron convirtiéndose en verdaderos emporios agrícolas e industriales ya que, bajo la eficaz dirección de la orden, sus habitantes se dedicaron a la agricultura, la ganadería y la producción artesanal.

El enorme poder de los jesuitas se percibía como una amenaza por muchos gobiernos en el siglo XVIII y en el caso de España se temía que con el poder que éstos habían acumulado en América pudieran incluso declararse independientes en zonas donde centraban su poder como en el actual Paraguay.

La orden de expulsión de los jesuitas que se decretó en 1766 fue una de las decisiones que llevó a Voltaire a comentar que con media docena de hombres como Aranda, España quedaría regenerada.

El conde de Aranda merece ser especialmente recordado por haber sido capaz de predecir el futuro del imperio español y recomendar medidas drásticas para evitar un enfrentamiento con los criollos similar al de las trece colonias con Inglaterra. Como embajador en la capital francesa, representó a España en las negociaciones del Tratado de París que puso fin a la Revolución americana. Impresionado por el surgimiento de la nueva nación americana, temió que su influencia llegaría muy pronto al imperio español y por este motivo escribió un célebre informe al rey Carlos III:

> Vuestra Majestad debe deshacerse de todas sus posesiones en el continente de las Américas, reservándose solamente las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional, y alguna otra en la meridional, que pueda servir de escala o de depósito para el comercio español. A fin de realizar este gran pensamiento de una manera conveniente para España, deben colocarse tres infantes en América, uno como rey de México, otro del Perú, y el tercero de Costa-Firme, y V. M. tomará el título de emperador.

Si el consejo de este estadista hubiera tenido éxito España se habría evitado más de una década de enfrentamiento y guerras con los movimientos independentistas, su prestigio como madre patria de una comunidad de naciones hispanoparlantes se habría reforzado y los Borbones podrían haber sido pioneros en la creación de un nuevo estilo de imperio. Pero había dos grandes obstáculos para llevarlo a cabo. En primer lugar, el rey hubiera tenido que enviar a tres de sus hijos a América con la arriesgada misión de crear nuevos reinos, y se hubiera quedado sin

sucesión para el trono de España en caso de fallecer el príncipe de Asturias. El segundo gran obstáculo era que renunciar a posesiones heredadas era contrario a los principios de cualquier rey; además, en la monarquía hispánica las Indias eran consideradas una parte esencial de su reino, no una colonia de la que se pudiera prescindir. Así, los Borbones prefirieron enfrentarse a un destino similar al de los Hanover británicos antes que seguir los sabios consejos del conde de Aranda.

Éste no fue el único en advertir a la corona sobre los problemas que se avecinaban en el imperio español después de las revoluciones en América y en Francia. Alejandro Malaespina presentó un informe en 1794, a su regreso de la vuelta al mundo, que incluía también un análisis sobre la situación política del imperio. Tras comprobar cómo la causa independentista era cada vez más popular, el marino recomendaba conceder una amplia autonomía especialmente a las posesiones de tierra firme americana y avanzar hacia la creación de una confederación de naciones unidas por vínculos económicos y comerciales. Lejos de seguir sus consejos, el gobierno los consideró inoportunos y peligrosos en tiempos revolucionarios.

Si la Revolución americana sirvió de modelo sobre cómo alcanzar la independencia y la Revolución francesa fue una fuente ideológica en la búsqueda de la sociedad ideal, la invasión napoleónica de España iba a ser el detonante que hizo estallar la lucha por la independencia en el imperio español.

Ya que los virreinatos eran posesiones de la corona española, desde el momento en que ésta quedaba vacante sus habitantes tenían derecho al autogobierno. Así lo interpretaron muchos criollos y también algunos españoles en 1808. Con este fin se formó la primera junta autónoma del imperio español en la ciudad de México, respaldada por el propio virrey de Nueva España, José de Iturriagaray. También se constituyó en el Río de la Plata la junta de Montevideo, y luego en otras ciudades como La Paz y Quito. Más que movimientos independentistas eran reacciones de protesta contra lo que estaba ocurriendo en España. De hecho, muchos de los sublevados lo hicieron en nombre del rey Fernando VII, pero de ellos surgió una voluntad de autogobierno irrenunciable.

El auge de una España más liberal que luchaba contra las tropas napoleónicas pero a la vez pretendía establecer un nuevo sistema de gobierno pudo haber sido la solución para mantener el imperio unido, y así se intentó. La Asamblea Constituyente, creada en Cádiz en 1810 y que culminó con la Constitución española de 1812, logró instaurar en

España un régimen liberal que prestó especial atención a las reivindicaciones que se hacían desde el otro lado del Atlántico. La Constitución decía que «la nación española es la reunión de españoles de ambos hemisferios», otorgaba a «los reinos y provincias españolas de América y Asia» los mismos derechos que la metrópoli. Se definía tanto a los blancos descendientes de europeos como a los mestizos e indígenas como ciudadanos con derecho a elegir diputados que les representaran en las nuevas Cortes españolas. Gracias al nuevo orden liberal surgido en España, los ciudadanos del imperio español iban a tener la oportunidad histórica e insólita en todo el mundo de habla española de votar en unas elecciones conjuntas para elegir a sus representantes.

La Constitución de Cádiz tuvo mucha influencia en América pero, a pesar de su espíritu liberal y la voluntad de otorgar a los americanos los mismos derechos que los peninsulares, no logró frenar el independentismo. El hecho de que sólo 28 de los 104 diputados elegidos en las primeras Cortes fueran americanos (aunque la América española tenía cinco millones más de habitantes que la metrópoli) fue una de las múltiples causas de protesta que llevó a las élites criollas a desconfiar y a perseverar en su deseo de avanzar hacia la independencia.

El 15 de mayo de 1811 las misiones guaraníes del Río de la Plata declaraban la independencia del territorio que más tarde formaría la república de Paraguay. Dos meses después la capitanía general de Venezuela declaró su independencia y lo mismo ocurrió con Cundinamarca y Cartagena. La ola independentista se expandía como la pólvora y en unos años iba a propagarse por toda tierra firme del imperio español en América.

¿Qué tipo de nación aspiraban a crear los líderes de los movimientos independentistas en el imperio español? ¿Cuáles eran sus referentes ideológicos y sus modelos?

Los líderes independentistas hispanoamericanos tenían todos en común el pertenecer a una élite muy bien conectada con España y Europa, que les permitió estar en contacto con las ideas de la Ilustración y el espíritu revolucionario que surgió en Europa a finales del siglo XVIII.

El que es considerado el precursor principal de la emancipación hispanoamericana, Francisco de Miranda, llegó a la España de Carlos III muy joven para cursar su carrera militar. Como miembro del ejército español fue enviado a luchar contra Inglaterra en la guerra de la Independencia americana, y vivió en Estados Unidos en el histórico momento en que surgió esta nueva nación. Unos años después tomó parte en la

Revolución francesa como general del ejército revolucionario. Probablemente nadie estaba más capacitado que él para llevar el espíritu de la era revolucionaria a Hispanoamérica. Tras servir a las dos grandes revoluciones, Miranda se centró en el gran proyecto de su vida: la independencia de la América española. Su aspiración fue la creación de un gran imperio independiente llamado Colombia –que abarcaría todos los territorios españoles de América– unido bajo un emperador hereditario que recibiría el título de Inca para contentar a los pueblos indígenas, y el gobierno emanaría de un parlamento bicameral elegido por representantes de todo este nuevo imperio americano.

En 1806 Miranda desembarcó en Venezuela con ayuda británica y protagonizó un fallido intento de proclamar su independencia e iniciar así su gran ambición. Cuatro años después conoció en Londres al otro líder independentista venezolano, Simón Bolívar, y éste le persuadió para que regresara a su tierra natal para luchar por la independencia. En 1812 Miranda se convirtió en el primer presidente de Venezuela con poderes dictatoriales. Sin embargo, la nueva república tenía aún que vencer al ejército español; en el proceso de lucha contra España el presidente fue traicionado por Simón Bolívar, entregado a las tropas españolas y murió encerrado en un calabozo en Cádiz. Así pasó de gran líder a mártir de la independencia venezolana.

La eliminación de Miranda permitió a Bolívar tomar las riendas del movimiento independentista hispanoamericano. Nacido en el seno de una familia patricia caraqueña, Bolívar se educó en Madrid y vivió brevemente en París, donde quedó muy imbuido por el ideario liberal y revolucionario de la época. Desde 1812 lideró una nueva revolución para consolidar la independencia venezolana por la que le fue concedido el título de libertador.

Bolívar tenía un sueño similar al de Miranda: unir a todos los territorios del imperio español en América en una gran confederación. Con este fin se puso al frente de la lucha por la liberación del virreinato de Nueva Granada, bajo dominio español. Tras lograrlo fue nombrado presidente de la Gran Colombia, que abarcaba la actual Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.

Poco después de esta gran hazaña tuvo lugar el encuentro de Bolívar con el otro gran protagonista de la lucha independentista hispanoamericana, José de San Martín. San Martín tuvo una formación similar a la de los otros próceres hispanoamericanos. Se educó en España donde comenzó una brillante carrera militar que culminó en la lucha

contra las tropas napoleónicas. Se inició en el movimiento independentista hispanoamericano a través de una logia masónica, pues la masonería acumuló mucho poder en la era de las revoluciones: al igual que fue muy activa en la promoción de la independencia de Estados Unidos lo iba a ser también en la emancipación de la América española, y sirvió de nexo entre los líderes independentistas.

Tras regresar a Buenos Aires en 1812, San Martín se puso al frente del movimiento que llevaría a la independencia del reinado del Río de la Plata que le haría ganarse el título de padre de la independencia de Chile y Argentina.

En 1822 los dos libertadores se reunieron en Guayaquil en presencia de Antonio de Sucre –otro prócer independentista– con el fin de planear la liberación del Perú, pero chocaron en sus objetivos sobre el futuro de Hispanoamérica. San Martín era partidario de poner a príncipes europeos al frente de las nuevas naciones, lo cual era incompatible con las ambiciones del líder venezolano. Bolívar acabaría imponiéndose y haciendo que sus ideas predominaran en la fase final de las guerras por la independencia ya que San Martín decidió retirarse a Buenos Aires y luego a Europa, donde murió poco después.

Con la batalla de Ayacucho en 1824, en la que las últimas tropas españolas fueron derrotadas, Simón Bolívar obtuvo su victoria más importante. A raíz de esta victoria se crearon dos nuevas repúblicas, la del Perú y (en honor al libertador) la de Bolivia, y Bolívar ocupó la presidencia de ambas. Impuso lo que él denominó un «sistema monocrático» con un presidente vitalicio y hereditario. Parecía perseguir así el sueño de unificar el antiguo imperio español a base de conquistas y, al estilo napoleónico, la ambición de concentrar todo el poder en su persona. Pero su aspiración fue víctima del caudillismo y del propio autoritarismo que él mismo impuso, pues en todos los territorios conquistados había también influyentes oligarquías y líderes dispuestos a defender sus intereses y a no ceder su parcela de poder. Así, la gran confederación hispanoamericana no fue posible y en su lugar iban a surgir 20 repúblicas. «América es ingobernable [...] el que sirve a la revolución ara en el mar», se lamentó Bolívar al final de su vida. Sin embargo, muchos recogerían su testigo y se convertirían en seguidores del espíritu caudillista de Bolívar intentando llevar a cabo, hasta nuestros días, lo que ellos entendían por revolución.

El virreinato de Nueva España siguió pautas ligeramente distintas al resto del imperio español. El movimiento independentista tardó más

en tomar altura, entre otras razones porque tomó un cariz de revolución social de los indios y los pobres contra la oligarquía criolla. Ante esta tesitura, los criollos mexicanos prefirieron ponerse del lado lealista español a pesar de sus deseos de avanzar hacia la independencia. La independencia mexicana iba a llegar por una senda más conservadora. La élite mexicana, muy influida por la Iglesia, se negó a aceptar la posibilidad de ser gobernados por una constitución liberal desde España. Con el fin de preservar su orden tradicional optaron por una independencia que reconociera a Fernando VII como rey. Al rechazar las Cortes españolas esta propuesta, decidieron proclamar a su más destacado líder, el militar criollo Agustín de Iturbide, emperador de México el 22 de mayo de 1822. El imperio mexicano fue muy breve pues en menos de un año Agustín I fue derrocado y en su lugar se proclamó la primera república mexicana.

La pérdida del imperio tuvo un efecto devastador sobre España. Al igual que le ocurrió a Gran Bretaña con Estados Unidos, España se negó durante muchos años a aceptar la pérdida de su imperio americano y a dar a las nuevas naciones el trato que les correspondía. La reconciliación con los antiguos súbditos llegó paulatinamente debido a la presión por restablecer el comercio entre ambos lados del Atlántico, que quedó interrumpido desde 1824, y también a la necesidad de mantener las colonias que aún le quedaban.

A pesar de que el intercambio comercial comenzó de nuevo a florecer unos años después de la batalla final por la independencia, los comerciantes españoles iban a padecer las consecuencias de tener que competir en el mercado libre para vender sus productos en Iberoamérica, especialmente debido a que Estados Unidos y también Gran Bretaña ofrecían mejores precios a sus compradores.

Quedaba, eso sí, la hispanidad y de hecho el término Hispanoamérica fue introducido por los líderes independentistas reconociendo así el legado de España en las nuevas naciones. Los vínculos culturales comenzaron a explotarse una vez cicatrizadas las heridas de las guerras sin dar resultados concretos, aunque el continuo flujo de emigrantes españoles a las antiguas colonias iba a impedir que los vínculos trasatlánticos entre España y su antiguo imperio se perdieran.

Con respecto al imperio portugués en América, su destino en la era de las revoluciones iba a ser el mismo que el español sólo que mediante un proceso menos violento y traumático.

La familia real portuguesa se trasladó a Brasil tras la invasión napo-

leónica de Portugal. Como consecuencia del establecimiento del rey Juan VI en Río de Janeiro esta ciudad se convirtió en la nueva capital del reino unido de Portugal, Brasil y Algarve, y Brasil se transformó en el centro del imperio luso. Cuando Juan VI regresó a Lisboa en 1821 la élite brasileña, al igual que muchos portugueses ya asentados en esa tierra, se negó a perder el estatus que Brasil había adquirido como centro del imperio portugués, y mucho menos a volver a ser una colonia dependiente de Portugal. Al partir, Juan VI había dejado como regente del reino de Brasil a su hijo Pedro, que vio en el enfrentamiento entre Brasil y Portugal su gran oportunidad para crearse un nuevo trono.

El príncipe portugués, al grito de «independencia o muerte», se puso al frente del movimiento nacionalista brasileño y, en gratitud, fue proclamado emperador del Brasil el 12 de octubre de 1822. Así, Brasil comenzó su trayectoria como nación independiente bajo el poder de la misma dinastía que había reinado sobre ellos como colonia. A pesar de las ventajas que aportó Pedro de Braganza a Brasil en sus primeros años, los choques con los criollos de espíritu republicano fueron inevitables. Pedro I abdicó en 1831 pero su hijo continuó al frente del imperio brasileño hasta que la popularidad de los Braganza sucumbió ante las turbulencias de la política brasileña, y se proclamó finalmente la república en 1889.

La era revolucionaria transformó profundamente Europa y ya no fue posible volver al Antiguo Régimen como muchos monarcas y estadistas deseaban. Las ideas del liberalismo, de la igualdad y la democracia continuaron abriéndose paso en las sociedades europeas. Otra corriente que cada vez adquiría más fuerza desde el estallido de las revoluciones era la del nacionalismo, el deseo de formar naciones entre pueblos que comparten una historia, una cultura y una lengua. El liberalismo y el nacionalismo iban a ser las dos grandes corrientes, términos que inspiraron nuevas revoluciones.

En 1830 una nueva revolución estalló en Francia contra el rey Carlos X, y ésta provocó una ola de revoluciones que cambió varios regímenes y trajo importantes modificaciones en el mapa de Europa. En Francia se estableció una monarquía constitucional bajo Luis Felipe de Orleans; se creó una nueva nación, Bélgica, regida también por una nueva monarquía constitucional, y Grecia obtuvo su independencia del imperio otomano.

Dos décadas más tarde volvió a estallar otra ola revolucionaria. La revolución de 1848 provocó el caos durante un año en casi toda Euro-

pa e incluso en algunos países de Sudamérica. En muchas ciudades desde Londres hasta Varsovia las masas se echaron a las calles para luchar contra su sistema de gobierno; los objetivos de las revueltas fueron muy diversos: independencia nacional, en algunos casos, y en todos se pedía democracia y también más derechos y mejora de las condiciones de la clase trabajadora. Ese mismo año dos revolucionarios, Karl Marx y Friedrich Engels, publicaban el *Manifiesto comunista*: «Un espectro recorre Europa, el del comunismo», decía la primera frase. Aunque el orden fue restaurado en casi toda Europa sin grandes concesiones a los insurgentes, esta revolución constituyó una advertencia para los gobiernos y las élites políticas sobre las consecuencias que tendría ignorar las reivindicaciones de la ciudadanía.

Entre las ideas más importantes que dejó la revolución cabe destacar dos que alterarían profundamente la forma de gobernar de los estados europeos y también su papel en el mundo. La primera era que el gobierno debía emanar de la voluntad de un pueblo. De ahí que los parlamentos representativos se expandieran por Europa, salvo en Rusia donde sobrevivió la autocracia del Antiguo Régimen con graves consecuencias a largo plazo.

Como consecuencia del principio de representación democrática y también de las lecciones aprendidas en las guerras de independencia americanas, la forma de gobernar los imperios cambió profundamente. Los habitantes de las colonias deberían ser tratados como ciudadanos más que como súbditos. Salvo en las colonias pobladas por pueblos considerados atrasados o salvajes, en el resto la población colonial debería tener una participación activa en el gobierno y la administración de su territorio. Todo imperio mantenido por la fuerza y a base de represión estaba condenado a desaparecer.

La segunda gran idea era la de la igualdad del hombre como pilar de los derechos humanos. Gracias a ella desaparecería la mayor lacra del imperialismo europeo: la esclavitud. Francia fue el primer país en abolirla. España también lo hizo en 1811, salvo en Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. Gran Bretaña fue el siguiente. Gracias a los esfuerzos del político y filántropo William Wilberforce, en 1807 el Parlamento prohibió el tráfico de esclavos y en 1833 finalmente se abolió la esclavitud en todo el imperio británico. El principio de que era inaceptable poseer esclavos se impuso en Europa en las tres primeras décadas del siglo XIX –salvo en Rusia, donde la servidumbre continuó hasta 1864–, y con Gran Bretaña a la cabeza se extendió por los imperios.

Sin embargo, la causa antiesclavista iba a tardar más en llegar a las nuevas naciones de América, especialmente a las regiones que dependían del trabajo de los esclavos negros. A pesar del entusiasmo con el que los padres fundadores de los Estados Unidos proclamaron la igualdad del hombre se entendió que este principio sólo era aplicable a los hombres blancos y no logró extenderse a la población negra hasta 1865, siendo necesaria una guerra civil contra los estados del sur esclavista para finalmente poder abolir la esclavitud. En el caso de Brasil ésta no se abolió hasta 1888. Una vez abolida la esclavitud comenzaría la lucha contra la discriminación racial: el legado de más de trescientos años de esclavitud iba a ser el más controvertido del imperialismo europeo.

Como consecuencia de las independencias americanas, la relación entre los dos lados del Atlántico se iba a enfriar notablemente, y no sólo entre las antiguas posesiones y su metrópoli. El ambiente de desconfianza, rencor y revanchismo que se impuso entre americanos y europeos desde la Revolución americana no se iba a superar hasta bien avanzado el siglo XIX.

En 1823 el presidente estadounidense James Monroe proclamó la famosa doctrina que llevaría su nombre bajo el lema de «América para los americanos». Advertía que Estados Unidos no se inmiscuiría en asuntos europeos ni en sus colonias, pero que consideraría cualquier intento europeo de colonizar América o de intervenir en asuntos americanos como una agresión contra Estados Unidos. Inspirada por la ola de revoluciones independentistas que recorrió Iberoamérica, pretendía evitar que ante la caída del imperio español otras potencias europeas aprovecharan el vacío de poder para ampliar su influencia por esos territorios.

La doctrina Monroe revela hasta qué punto había aumentado la autoestima de los estadounidenses desde la proclamación de su independencia. Muestra también un deseo de delimitar su zona de influencia como aspirante a gran potencia de la misma forma que lo habían hecho los europeos tradicionalmente. Pero también es sintomática de un nuevo espíritu que recorrió América desde comienzos del siglo XIX: el del americanismo, una identidad que implicaba sentirse hijos del continente americano y no de un imperio europeo, y plantar cara a cualquier potencia europea que estuviera dispuesta a entrar en las tierras que legítimamente consideraban suyas y por cuya independencia habían luchado.

A pesar de que Estados Unidos y el resto de las nuevas naciones americanas nacieron bajo un espíritu antiimperialista y de rechazo al expansionismo europeo, no renunciaron ni a ampliar sus fronteras ni tampoco al sueño de ser imperios. En el caso de Estados Unidos pronto iba a mostrarse que el imperio de libertad que proclamó Jefferson iba más allá del sentido metafórico de la expresión.

El deseo de expansión territorial que se percibía en las trece colonias aumentó notablemente tras la creación de los Estados Unidos. En unas décadas, los líderes estadounidenses fueron capaces de ensanchar las fronteras de su país de forma extraordinaria. Primero lo hicieron a costa de los imperios francés y español con la compra de Luisiana y Florida, y luego a costa de México por el menos ortodoxo método de conquista. Tras la guerra contra México, que estalló por la posesión de Texas en 1846, Estados Unidos no sólo se quedó con este territorio sino con los de propiedad mexicana al norte del Río Grande. Después de esta conquista al sur, comenzó la conquista del oeste que iba a ser crucial en el desarrollo del llamado espíritu de frontera que guió a varias generaciones de americanos. Tras finalizar la conquista del oeste, el país adquirió una enorme dimensión que para sí hubieran querido muchos imperios europeos.

Este espíritu expansionista también lo heredaron de los europeos otras naciones americanas. Brasil, que no en vano fue proclamado imperio en 1822, consolidó también una gigantesca extensión. Como consecuencia de su crecimiento, Portugal llegó a temer que Brasil le arrebatara sus colonias en África y en el Atlántico. No cayó en la tentación de construir un imperio de ultramar porque como dijo Pedro I, «Brasil es suficientemente grande y productivo para nosotros». Tuvo también un espíritu de frontera como Estados Unidos, sólo que en su caso la selva amazónica era mucho más difícil de penetrar que las praderas norteamericanas. Ese espíritu de frontera también lo tuvieron los argentinos en la Pampa y la Patagonia, Chile en la Araucanía y México en su avance por territorios indios al norte y al sur del enorme país. La conquista y expansión por el territorio americano que comenzaron los europeos en 1492 lo iban a completar sus descendientes americanos en el siglo XIX.

Mientras que en la Europa continental las corrientes liberales iban a tener que luchar con ahínco hasta derrotar definitivamente al Antiguo Régimen, la democracia en América hizo notables progresos. Fiel a los principios recogidos en su constitución, Estados Uni-

dos consolidó el modelo de democracia más avanzado de su tiempo, con un amplio sufragio que incluía a la mayoría de los adultos blancos, un equilibrio de poderes que evitaba muchos de los abusos que se daban en el viejo mundo y, sobre todo, una convivencia entre ciudadanos admirable.

En 1831 el político e historiador francés Alexis de Tocqueville viajó a Estados Unidos con el fin de hacer un informe encargado por su gobierno sobre el sistema de prisiones en este país. Pero éste fue sólo un pretexto que utilizó el aristócrata galo para pasar una temporada en la joven nación americana y analizar su política y su sociedad que tanto le fascinaron. El fruto de este viaje fue un libro publicado por Tocqueville en 1835 bajo el título de *La democracia en América* que, además de tener mucha difusión tanto en Europa como en América, iba a ser un libro muy influyente en el pensamiento occidental.

Alexis de Tocqueville explicó cómo funcionaba la democracia estadounidense y por qué este país estaba logrando consolidar un sistema democrático mucho más avanzado que ningún país europeo. Según el historiador francés las claves del éxito de la democracia estadounidense estaban en una sociedad con su igualitarismo, su espíritu comunitario y a la vez su individualismo. Además, Tocqueville tuvo el acierto de predecir el auge de Estados Unidos y también de Rusia. Lo que fascinó a los lectores europeos del libro de Tocqueville fue que era como un viaje al futuro, pues no sólo advertía a los europeos sobre la importancia creciente de los Estados Unidos sino también que el tipo de sociedad democrática que había emergido allí llegaría a la vieja Europa. «La misma democracia que reina sobre las sociedades americanas está avanzando rápido hacia el poder en Europa», afirmaba Tocqueville.

En cambio, la experiencia de Iberoamérica con la democracia y los valores de la era de las revoluciones iba a ser mucho más traumática. Las dictaduras, el caudillismo, los constantes cambios políticos y las guerras iban a proyectar una imagen exterior radicalmente distinta a la de Norteamérica y a contribuir a la difusión de tópicos sobre por qué la herencia europea dio peores resultados en el sur que en el norte. Sin embargo, ni la democracia en Estados Unidos era tan avanzada ni tampoco algunos países de Iberoamérica estaban tan lejos de ella como muchos observadores –incluido el propio Tocqueville– insistían. Las naciones iberoamericanas nacieron bajo el influjo de la Constitución liberal de Cádiz, y el liberalismo y la democracia iban a ser objetivos proclamados por las élites criollas que, al igual que ocurrió en muchos

países de Europa en el siglo XIX, sólo se iban a alcanzar parcialmente y a costa de muchas luchas políticas.

La era de las revoluciones se llevó por delante una buena porción de cuatro grandes imperios: el británico, el francés, el español y el portugués. Además de perder la soberanía sobre gran parte del continente americano, los europeos iban a enfrentarse a partir de esa época a un creciente sentido de identidad americana que implicaba el rechazo de cualquier pretensión hegemónica europea. Entre las nuevas naciones Estados Unidos, que nació con vocación de gran potencia, iba a destacar de forma muy especial en la defensa del espacio americano.

Esta era trajo también el fin del comercio de esclavos y, finalmente, la prohibición de la esclavitud en buena parte de los imperios europeos, por lo cual un instrumento que había sido esencial para la explotación de algunas colonias desaparecía. Por último, ideas sobre los derechos del ciudadano, la igualdad del hombre y la representación parlamentaria, todas ellas parecían estar en contradicción con el principio de conquista y sometimiento del colonizado al colonizador que había predominado en los imperios. Desde las capitales europeas muchos eran los intelectuales y políticos que argumentaban sobre la necesidad de que las potencias europeas adaptaran sus imperios a los nuevos tiempos y los convirtieran en imperios mercantiles con amplia independencia o, de lo contrario, desaparecerían por completo.

Sin embargo, la era de las revoluciones no precipitó el declive de Europa, a pesar de que acabó con muchas posesiones imperiales. Más bien al contrario, los cambios políticos y sociales experimentados en esta época contribuyeron a la larga a fortalecer las sociedades europeas aumentando su dinamismo, su espíritu emprendedor y su capacidad para resolver conflictos internos pacíficamente y dar soluciones a los problemas de sus ciudadanos. Aumentó la libertad, la movilidad social y la meritocracia, e hizo de la igualdad de derechos y oportunidades una aspiración digna de toda sociedad que se preciara. No en vano los países donde más avanzó la democracia parlamentaria en el siglo XIX acabaron siendo los más poderosos política y económicamente. Tras la era de las revoluciones la civilización occidental alcanzó cotas más altas de desarrollo, dinamismo y sofisticación, y aumentó la ventaja que tenía sobre el resto del mundo.

Mientras los europeos asimilaban el impacto de la Revolución francesa, comenzó otra revolución mucho más silenciosa y menos conflictiva pero no menos trascendental: la revolución industrial. La inven-

ción de la máquina de vapor propulsada por carbón así como otras innovaciones tecnológicas en la industria textil y en la explotación y aplicaciones del hierro que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, contribuyeron al surgimiento de un nuevo tipo de economía basada en la industria y la economía; la introducción del ferrocarril también revolucionó el transporte. El país donde comenzó la revolución industrial, Gran Bretaña, adquirió una ventaja enorme sobre el resto de los países, y éste iba a ser un factor determinante en su ascenso hacia la hegemonía mundial. La revolución industrial proporcionó más riqueza que el imperio en América e iba a dar un nuevo sentido a su imperio colonial como mercado al que se podían exportar los productos de las industrias británicas y de donde se podían importar materias primas cuya demanda era cada vez mayor entre la población de este país.

La revolución industrial se propagó con rapidez por Europa occidental y también llegó al otro lado del Atlántico, comenzando por Estados Unidos que iba a convertirse en una potencia industrial desde mediados del siglo XIX. La industrialización pronto se convirtió en sinónimo de prosperidad y riqueza y todo país que no fuera capaz de industrializarse estaba condenado al estancamiento y el atraso. La revolución industrial compensó las desavenencias que surgieron entre americanos y europeos como consecuencia de las otras revoluciones. América se convirtió en el principal mercado exterior al que los industriales europeos miraban para exportar sus negocios, y los emprendedores americanos miraban a Europa, principalmente a Gran Bretaña, como fuente de innovación tecnológica, financiación e ideas para industrializarse y crear riqueza.

Un legado de Europa especialmente significativo en el mundo durante la era de las revoluciones fue el auge de una comunidad atlántica. Ésta se comenzó a construir con la llegada de los primeros europeos a América en el siglo XIV, pero mientras duraron los imperios europeos en el Nuevo Mundo los habitantes del continente americano eran un apéndice de Europa dependientes de las metrópolis que les gobernaban. Sin embargo desde comienzos del siglo XIX, con la formación de naciones independientes en la mayor parte del continente americano, la relación iba a ser muy distinta. Surgió una comunidad de naciones herederas de la misma civilización occidental. A pesar del deseo de los primeros estadounidenses de crear una sociedad muy distinta a la de la vieja Europa, los principios filosóficos y políticos que les inspiraron

eran europeos y, pese al legado indígena en gran parte de Iberoamérica, el modelo de sociedad sobre el que sus élites construyeron las nuevas naciones era también europeo.

Tras las independencias, las élites americanas siguieron mirando a Europa como una fuente de aprendizaje y mejora en muchos aspectos, como una referencia que daba sentido a su identidad, y sus pautas de cambio en el ámbito político, económico, social y cultural continuaron estando marcadas por las de Europa. Por otro lado, los europeos siguieron tratando a las naciones americanas con aires de superioridad, aunque les suscitarían también mucha admiración. La democracia estadounidense surgió como el gran modelo especialmente útil para regenerar la vieja política europea. Brasil fue durante varias décadas un ejemplo de nueva potencia imperial que fascinó a la vez que preocupó a los portugueses. Pero, por encima de todo, Estados Unidos y la mayoría de las naciones americanas comenzaron a ser vistas por los europeos como tierras de grandes oportunidades donde se podían hacer realidad sueños que resultaban imposibles desde sus naciones. La economía y la emigración iban a fortalecer y aumentar la importancia de esa comunidad trasatlántica que surgió tras la era revolucionaria.

CAPÍTULO 5

El desembarco europeo en Asia, la conquista de la India y las incursiones en China

La conquista de Constantinopla por los otomanos en 1453 supuso una tragedia para los europeos por muchas razones, entre otras porque con ella bloquearon la ancestral ruta terrestre hacia Asia e hicieron más difícil aún la comunicación desde Europa con el gran continente asiático.

Cristóbal Colón tenía muy buenas razones para dedicar muchos años de su vida a la búsqueda de una ruta occidental hacia Asia, pues este continente era sinónimo de riqueza y quien encontrara una nueva vía hasta alguna de sus tierras tenía garantizada la fortuna y la fama. Si bien la riqueza del Oriente Próximo resultaba inaccesible por estar en manos de imperios hostiles al mundo cristiano, el lejano Oriente era, según el imaginario popular, el lugar del planeta donde se encontraban las mayores riquezas y los mejores premios por las conquistas. Desde Alejandro Magno a Gengis Kan el continente asiático resultaba un territorio más apropiado para formar grandes imperios que la muy fragmentada y complicada Europa o el pobre y desértico sur del Mediterráneo.

El descubrimiento de América y su posterior colonización contribuyeron a disminuir el interés de los europeos por el continente asiático. A pesar de ello, Asia siguió teniendo una atracción irresistible y los europeos que llegaron allí a partir del siglo XVI descubrieron que las riquezas y las posibilidades comerciales estaban a la altura del mito que se había creado en Europa de ese lejano mundo. Pero extraer beneficios a las tierras asiáticas, asentarse allí y establecer la hegemonía sobre sus pueblos iba a resultar mucho más difícil e incluso imposible en varios casos.

Con el desembarco de los europeos en Asia tuvo lugar un choque de civilizaciones que, a diferencia del resto del mundo, no siempre culminó con la imposición europea. En la India, en China y en Japón los europeos descubrieron civilizaciones milenarias de gran sofisticación. China y Japón contaban con ciencia, tecnología y formas de vida que en algunos aspectos resultaban más avanzadas que las de Europa. Ade-

más de ser conscientes de ser una gran civilización, estas dos naciones tenían los medios para defenderse frente a cualquier incursión. Sin embargo, la presencia de los europeos en Asia iba a influir en el desarrollo de sus pueblos de forma considerable.

El mérito de abrir Asia a las potencias europeas le correspondió a Portugal, pues no en vano lideró la era de los descubrimientos. Desde que Vasco de Gama llegara a la costa oriental de la India en 1499 y echara el ancla en la ciudad de Calicut, la exploración portuguesa por la costa del subcontinente indio y otros lugares de Asia iba a continuar hasta lograr fundar un asentamiento con el que dio comienzo la colonización europea de la India.

En 1505 el rey Manuel I de Portugal nombró a Francisco de Almeida virrey del nuevo *Estado da India*, la nueva empresa responsable de la colonización de la India y del comercio en todo el océano Índico. Su misión de asentarse en la India resultó sumamente difícil pues, además de a los ataques de otomanos y egipcios en el océano, tuvo que hacer frente también a la feroz resistencia de los pueblos indios. Dos años después el marino Alfonso de Alburquerque fue enviado con la misión de sustituir a Almeida. Alburquerque conquistó la ciudad de Goa y utilizó hábilmente las rivalidades entre los reinos limítrofes para imponer el dominio portugués. Comenzaba así la presencia lusa en la India que iba a durar más de cuatro siglos. Una vez finalizada la conquista, Alburquerque acuñó una nueva moneda y comenzó a promover el comercio en la región.

Poco después de consolidar el poder portugués sobre Goa, Alburquerque dirigió su flota a la ciudad de Malaca en 1511. Malaca, en la actual Malasia, era una de las principales encrucijadas del continente asiático y controlar esta ciudad implicaba tener acceso a los mercados de esta parte del mundo. Tras ocuparla, Alburquerque ordenó construir un fuerte que llevaría el nombre de *A Famosa* e hizo de Malaca el centro del imperio portugués en el continente asiático.

La clave para alcanzar la hegemonía en Asia era controlar la ruta de las especias y para ello era fundamental tener acceso al imperio chino. Por esta razón, en 1513 el virrey Alburquerque envió a Rafael Perestrello a China con el fin de abrir relaciones comerciales entre Portugal y el reino celestial, como era conocido. Perestello, que por paradojas de la historia era primo de la esposa de Cristóbal Colón, tuvo así el honor de convertirse en el primer europeo en llegar al sur de los costa china –su compatriota Jorge Alvares fue el primero en llegar al norte y al actual

Hong Kong– logrando así el antiguo propósito de su famoso pariente. Tras esta primera toma de contacto, en 1517 Fernao Pires de Andrade fue enviado con la misión de formalizar las relaciones entre los dos estados y dar paso al intercambio comercial. Tuvo que esperar hasta 1521 para que le concedieran una audiencia que le permitiera reunirse con el todopoderoso emperador chino en la ciudad prohibida de Pekín.

A pesar de tan larga espera esta misión diplomática tuvo resultados desastrosos. Justo cuando iba a ser recibido, llegó a la corte del emperador chino una carta del antiguo sultán de Malaca explicando cómo los portugueses le habían expulsado de su reino. La carta contribuyó a aumentar la antipatía que sentían los mandarines chinos por la delegación portuguesa y llevó a que todos ellos, incluido el propio Pires de Andrade, fueran encarcelados y ejecutados. Tras la brutal eliminación de esta delegación, el comercio con portugueses quedó terminantemente prohibido en China. Como iban a comprobar otros europeos en los próximos siglos, China era la civilización más inaccesible y la mayoría de los intentos de asomarse a ella iban a saldarse con humillantes desaires o expulsiones forzosas.

La prohibición no logró ahuyentar del todo a los portugueses pues éstos continuaron haciendo sus negocios en la región a través del contrabando. Además de comerciar en las islas de la costa China, los portugueses también entraron en contacto con comerciantes japoneses.

Para poder sacar partido tanto al mercado chino como al japonés era necesario tener una base bien conectada en la región, y la encontraron finalmente en Macao. Ésta era una península en la que el emperador chino había permitido la entrada de extranjeros para comerciar con sus súbditos. Pero los portugueses quisieron ir más lejos asentándose allí permanentemente y, tras mucha insistencia, en 1554 lograron que finalmente se les autorizara a crear un asentamiento aunque, eso sí, a cambio de pagar los debidos tributos y teniendo que rendir siempre la obligada pleitesía a la dinastía Ming. A partir de 1573 el gobierno chino exigió recibir una cantidad anual de las arcas lusas y también que la población china del asentamiento estuviese sometida a sus leyes, aunque la administración fuera portuguesa.

En Macao los portugueses comerciaban con productos europeos como lanas, tejidos de hilo de oro, algodón y opio de la India, especias de las Molucas e incluso marfil de África, y compraban a los chinos seda, objetos de porcelana, almizcle, oro y cobre. Desde allí también se establecieron relaciones comerciales con Japón, que era un mercado

especialmente hermético. Muy lucrativo para Macao iba a ser el comercio de la plata.

La plata era el metal más demandado en China, y su precio allí doblaba el que alcanzaba en Europa y en Japón. Los comerciantes de Macao iban a aprovechar los grandes cargamentos de plata que llegaban desde la América española a Europa, especialmente desde el descubrimiento de las minas de Potosí en 1545, para hacer negocio con los chinos. Unos 200.000 cruzados de plata salían anualmente de Lisboa hacia China. También importaban plata desde Japón y desde las Filipinas españolas, donde también llegaban cargamentos del cotizado metal desde América.

En poco más de una década desde su fundación como asentamiento portugués, Macao se convirtió en un gran centro comercial que atraía a portugueses, chinos y asiáticos de muy diversas procedencias. En 1563 la ciudad contaba con unos 1.000 habitantes portugueses, además de algunos cientos de malayos, chinos, e incluso algunos indios. Muchos de los portugueses habían llegado de Malaca con sus esposas malayas, otros se casaron con japonesas y las trajeron a vivir a Macao, por lo que la ciudad tuvo desde sus inicios una amplia población mestiza.

Las autoridades portuguesas promovieron el mestizaje como única forma de poblar sus asentamientos asiáticos. En el caso de Goa, se ofrecían tierras a los colonos portugueses que se casaran con indias; eso sí, toda unión con nativas asiáticas debía tener lugar bajo el rito católico, pues entre los objetivos del *Estado da India* estaba promover la cristiandad en Asia.

Con los primeros portugueses asentados en Macao llegaron también los misioneros de las órdenes de los franciscanos, agustinos, dominicos y, por supuesto, jesuitas, que iban a ser los que más lejos llevarían la cristiandad en China. En 1575 el Papa nombró a Macao sede episcopal con jurisdicción en China, Japón y Corea, y la ciudad se convirtió en la puerta a través de la cual la cristiandad comenzó a expandirse por estos tres países.

Macao fue la última conquista con la que Portugal consolidó su imperio asiático, un imperio que en pocas décadas había logrado extenderse desde la India hasta China, permitiendo a los portugueses explotar el mercado asiático sin prácticamente ninguna rivalidad, pues la única otra potencia europea con presencia en Asia era España.

Con la conquista de las islas Filipinas por Miguel López de Legazpi en 1564 el imperio español adquirió dimensión global. La hazaña de

Legazpi fue otro destacado ejemplo de la época de los conquistadores: se enfrentó a varias tribus del archipiélago filipino y a piratas chinos y japoneses hasta llegar finalmente a un enclave musulmán llamado Maynilad donde fundó Manila, que iba a convertirse en la nueva capital del imperio español en el lejano Oriente. Legazpi permaneció en los territorios conquistados por él, luchando contra todo tipo de adversidades hasta su muerte en 1572, sin llegar a saber que poco antes el rey había firmado una real cédula nombrándole gobernador vitalicio y capitán de Filipinas.

Tras asentarse en Filipinas, los conquistadores españoles comenzaron a soñar con un reto mucho más ambicioso: la conquista de China. Desde Manila, Legazpi escribió a Felipe II proponiendo la construcción de seis galeras para «correr la costa de China y contratar con la tierra firme». En los años siguientes, los administradores y misioneros españoles recabaron mucha información sobre la antigua civilización. Cartas de los misioneros describen a los chinos como «gente nada belicosa», y también hacen alusión a la posibilidad de fomentar el mestizaje con las chinas «normalmente de gran belleza y discreción». De la misma forma que las islas caribeñas habían servido de base para conquistar tierra firme del imperio americano, el archipiélago filipino debería ser la antesala de la última gran frontera del imperio español: China y el resto de los pueblos del gran continente asiático. Sin embargo, por aquella época el imperio de Felipe II tenía demasiados problemas como para embarcarse en una aventura de tales dimensiones, y China y la tierra firme asiática fueron la gran asignatura pendiente del imperio español.

La capitanía general de Filipinas se fundó en 1574, dependiente del virreinato de Nueva España, e incluía también a Palaos, Guam, las islas Marianas y las islas Carolinas, todas ellas conquistadas por los españoles en su desembarco asiático.

En un principio el régimen colonial de Filipinas fue muy parecido al que se aplicó en las colonias de asiento americanas. Los españoles adquirieron tierras mediante el sistema tradicional de encomiendas y las tribus locales trabajaban en las tierras pagando tributos a cambio de recibir protección y ser preparados para el bautismo. Aunque Felipe II había ordenado a Legazpi que efectuara la colonización de Filipinas «sin violencia ni injusticias», el sistema de encomiendas, al igual que ocurrió en América, se prestaba a todo tipo de abusos e incluso a la esclavización de los trabajadores filipinos.

Sin embargo el sistema de encomiendas iba a decaer a finales del siglo XVI, debido sobre todo a la valiente intervención de los primeros misioneros españoles en favor de los trabajadores filipinos. Desde su llegada a Filipinas, los agustinos no se limitaron a denunciar la esclavitud ante las autoridades locales que la permitían. Fray Juan de Alva fue mucho más lejos, y escribió una carta al virrey de Nueva España en 1570 en la que describía los efectos devastadores que tenía la esclavitud. Tres años más tarde, los agustinos hicieron llegar al propio Felipe II una carta recomendando su liberación y, finalmente, la real cédula del 7 de noviembre de 1574 prohibió expresamente la esclavitud en las islas. En 1581, a su llegada a Filipinas como primer obispo de esa diócesis, Fray Domingo Salazar entregó la real cédula al gobernador, que le obligaba a poner en libertad a todos los esclavos filipinos o de cualquier otra procedencia. La real cédula de Felipe II merece una mención especial, pues gracias a ella no sólo se abolió la esclavitud en Filipinas sino que situó a esta parte del imperio español casi tres siglos por delante de Europa en lo que a la situación de los esclavos se refería.

La otra razón por la que el sistema de encomiendas decayó en Filipinas con rapidez fue la creciente afluencia de chinos. Los comerciantes chinos llegaban a Manila con sedas, porcelana y otros artículos de lujo que los españoles podían comprar y exportar a Nueva España. El comercio con los chinos se convirtió así en un negocio mucho más lucrativo que el de la explotación de tierras. Además, muchos chinos llegaban dispuestos a trabajar como hortelanos, artesanos, vendedores ambulantes, o a emplearse en cualquier servicio demandado por los colonos españoles, y los impuestos que cobraban las autoridades españolas por todas sus actividades laborales se convirtieron en una de las fuentes principales de ingresos para la colonia.

Para conectar el archipiélago asiático con Nueva España, de la que era dependiente, en 1565 se inauguró el llamado galeón de Manila, que hacía dos veces al año la ruta por el Pacífico desde Acapulco a Manila, haciendo escala en Guam. Gracias a él el viejo sueño de Colón de abrir una ruta que permitiera a Castilla beneficiarse del comercio con Asia se hacía realidad. Entre los productos que solía transportar estaban las sedas de China y Japón, porcelanas y también mantones y juncos chinos. Además de productos típicos del lejano Oriente el galeón también transportaba ropas de algodón de la India e incluso alfombras persas y, por supuesto, la plata tan demandada en China procedente del Nuevo Mundo. Además de las rutas que conectaban

América con España, ésta fue la otra gran ruta comercial del imperio español y constituyó el nexo principal de Filipinas con el mundo exterior durante los próximos tres siglos.

Esta ruta comercial finalizó en 1814 debido a la guerra de Independencia mexicana. Romper el vínculo comercial con el Nuevo Mundo supuso un duro golpe para la economía filipina del que nunca se recuperaría. Con la dramática caída de beneficios por actividades comerciales, la colonia pasó a depender de la mucho menos lucrativa actividad agrícola que había sido relegada durante el siglo XVI.

Con Filipinas se abrieron las puertas de Asia para el imperio español. Sin embargo, a pesar de lo atractivo que era este mercado, la lejanía del archipiélago filipino y lo desconocido que resultaba hicieron que muy pocos españoles se aventuraran a viajar hasta allí. Al margen de los que fueron enviados a administrar la capitanía general filipina o a encargarse de su defensa pocos fueron los españoles que decidieron intentar hacer fortuna en esta tierra, y la mayoría de ellos llegaron en un principio desde Nueva España. Ésta es la razón principal por la que la lengua española no echó raíces en Filipinas como sí lo hizo en América, pues el mestizaje fue limitado. Las familias de españoles y filipinas y sus descendientes se concentraban en Manila. Más allá de la capital y los principales núcleos urbanos la influencia de la cultura de los colonizadores fue escasa aunque, eso sí, la norma del gobierno colonial de que todos los habitantes debían registrarse con un nombre y apellido comprensibles en castellano hizo que proliferaran los apellidos españoles.

Un alto porcentaje de los españoles que fueron a Filipinas en las primeras décadas de la colonia lo hicieron como misioneros. Hacia finales del siglo XVI había más de 300 miembros de las órdenes de los franciscanos, agustinos, dominios y jesuitas que hicieron que la fe cristiana se propagara con rapidez por el archipiélago. Además de levantar iglesias, las órdenes religiosas se encargaron también de promover la educación. En 1595 los jesuitas abrieron el colegio de San Ildefonso para educar a la élite de Manila. Especialmente importante iba a ser la fundación de la Universidad de Santo Tomás en 1611, la primera universidad del continente asiático. Estas instituciones contribuyeron a que la influencia española fuera muy perceptible en la élite filipina que iba a marcar el porvenir de este archipiélago. Personajes como el escritor José Rizal en el siglo XIX, que ha sido descrito como el Galdós de los trópicos, muestran hasta qué punto España era el referente cultural indispensable para la clase pudiente y la minoría ilustrada filipina.

La unión de las coronas de España y Portugal no implicó cambios importantes para sus imperios debido a la voluntad de Felipe II de respetar la autonomía de ambos. Lo que sí iba a desestabilizar su posición en el continente asiático fue la llegada de un nuevo rival europeo: Holanda.

Los Estados Generales de la nueva nación holandesa tuvieron claro desde su nacimiento que un imperio de ultramar que propagara sus intereses comerciales por el mundo era vital para su porvenir, y la base principal de este imperio iba a estar en Asia. Ellos no dominaban el orden internacional, como España y Portugal, pero tenían activos muy importantes para conseguir sus fines: el mejor sistema financiero de Europa, mucho espíritu emprendedor y además un ferviente deseo de tomarse la revancha frente a la monarquía hispánica.

Tras las primeras incursiones por tierras asiáticas de las compañías comerciales holandesas, los gobernantes holandeses decidieron que para crear un imperio en Asia necesitarían unificar sus fuerzas comerciales. Así nació la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en 1602, que además de contar con un fuerte apoyo económico y político tenía también poder militar con el que abrirse paso en Asia e imponerse tanto a pueblos autóctonos como a sus rivales europeos.

Penetrar en el mercado asiático implicaba desplazar a los portugueses y españoles que lo dominaban. Así lo hicieron los primeros barcos holandeses que llegaron al sureste asiático, atacando a todo barco ibérico que se cruzara en su camino y dañando especialmente a Portugal que, tras unos años de presencia holandesa, perdió gran parte de lo que había construido a lo largo de un siglo. Tras lograr imponerse por la fuerza, a partir de 1609 los barcos holandeses comenzaron a comerciar con cierta tranquilidad en toda la región que abarca desde las Molucas hasta Bantam y desde Borneo a Japón.

Una vez que hubo logrado irrumpir en el mercado asiático, el siguiente paso para Holanda fue crear una base desde donde poder administrar sus nuevos intereses en Asia. Malaca, ocupada hasta entonces por los portugueses, fue considerada una opción atractiva, pero en 1621 el gobernador de la Compañía de las Indias Orientales, Jan Pieterszoon Coen, invadió Yakarta y, tras rebautizar el lugar con el nombre cristiano de Batavia, se decidió que allí estaría la capital del imperio holandés en Asia.

En unos años Holanda logró desplazar a Portugal y marginar a España en el comercio asiático. Pero un rival aún más peligroso para

sus intereses iba a ser Inglaterra. Los primeros comerciantes ingleses llegaron a Asia al mismo tiempo que los holandeses y, como hemos visto anteriormente, por los mismos medios: a través de una Compañía de las Indias Orientales.

En los primeros viajes de la Compañía de las Indias Orientales inglesa, los barcos paraban en el mar Rojo y en la India y allí se aprovisionaban de algodón que luego intercambiaban por especias en Bantam y en las Molucas, pues las especias y la pimienta iban a ser la partida más importante de sus ventas. El choque de intereses entre ingleses y holandeses en Bantam y la lucha entre sus comerciantes por ganarse la confianza de la población local y establecer un monopolio llevó a los dos países al borde de la guerra en 1618.

Con el fin de evitar la confrontación bélica por sus intereses asiáticos, el rey Jacobo de Inglaterra y los Estados Generales de las Provincias Unidas llegaron a un acuerdo de cooperación. Las dos compañías acordaron construir conjuntamente una flota de diez barcos con los que atacar a portugueses y españoles, y ambas compañías se repartirían los beneficios en el comercio de las especias. Pero la cooperación no iba a durar mucho: por un lado, los ingleses pronto consideraron que el coste del acuerdo era superior a los beneficios, y esto unido a la matanza de varios ingleses a manos de holandeses en 1623 puso un dramático fin al periodo de cooperación. Los holandeses lograron su objetivo de dominar los mercados europeos de la pimienta y de las especias en general en el siglo XVII, pero no consiguieron reducir a sus rivales ingleses como hubieran deseado, pues no tenían suficiente potencia para hacerlo.

Tras hacerse fuertes en el sureste asiático desde su base de Bantam, los holandeses también lograron entrar en la India. En 1614 aprovecharon una invitación del emperador mogol, que estaba en guerra con los portugueses, para abrir una factoría en Surat, al oeste del subcontinente indio, y este anclaje en la India les permitió fortalecer también su posición en el mercado del algodón.

El tercer gran objetivo de los holandeses en Asia era conseguir tener una base en China como Portugal. Pero el principal obstáculo para lograrlo iba a ser precisamente la dureza con la que habían atacado a los portugueses. Las autoridades chinas prohibieron a los holandeses acercarse a sus costas, debido a la fama de piratas que se habían creado en sus luchas contra portugueses y cualquier pueblo asiático que se pusiera en su camino. En 1621 el gobernador Caen envió una flota para ocupar Macao pero los portugueses, ayudados por los chinos,

lograron rechazar esta invasión. Lo que sí consiguieron los holandeses fue tomar dos fortalezas originalmente construidas por los españoles en la isla de Formosa, y desde allí no sólo construyeron un floreciente negocio comerciando con azúcar sino que también lograron entrar en el mercado japonés de donde acabaron desplazando a los portugueses.

Holanda iba a utilizar su prosperidad económica y también la fortaleza estratégica que había adquirido a través de sus bases para continuar ganando territorio a Portugal. En 1637 los holandeses aprovecharon una revuelta interna en la colonia portuguesa de Ceilán para invadirla y apoderarse de ella. Poco después, atacaron la posesión portuguesa más preciada, Malaca. A pesar de que el rey Juan IV de Portugal logró negociar una tregua con las Provincias Unidas en 1641, a lo largo de la siguiente década los holandeses expulsaron definitivamente a los portugueses de estas colonias y el imperio asiático luso quedó reducido a Goa y Macao.

La rapidez con que Holanda consolidó un imperio y adquirió nuevos territorios a costa de Portugal muestra lo lejos que podía llegar una potencia europea en el mundo siempre y cuando su flota fuera superior a las demás y tuviera la capacidad económica de financiar el coste de las conquistas coloniales. Por otro lado, las colonias portuguesas iban a constituir un clásico ejemplo de la vulnerabilidad de toda expansión territorial que no fuera respaldada por una sólida fuerza militar. En pocos días unos cuantos barcos bien armados podían poner fin a la labor de décadas de colonización.

Holanda no sólo estaba interesada en crear un imperio mercantil en Asia sino que también intentó fundar asentamientos con colonos holandeses que se establecieran allí permanentemente. Sin embargo, éste sería otro fracaso de su aventura colonial. Se intentó promover la colonización holandesa en Surat, como lo hacían los portugueses en Goa, a través de generosas concesiones de tierras pero la falta de interés por parte de los holandeses en echar raíces en la India y lo poco productivas que resultaban las tierras impidió que el proyecto tuviera éxito. Otra iniciativa fue permitir a colonos establecerse en los asentamientos holandeses para comerciar independientemente, pero esto acabó causando un grave problema pues los comerciantes independientes solían convertirse en peligrosos competidores para la Compañía de las Indias Orientales e incluso hacían negocios con rivales de Holanda. El imperio holandés iba a ser otro ejemplo de lo difícil que era promover la colonización europea en Asia.

Un aspecto en el que el imperio holandés iba a ser muy distinto al de sus rivales europeos en Asia era su falta de interés evangelizador. Con los barcos holandeses llegaron ministros de la iglesia reformada holandesa pero su misión principal era la de velar por las almas de sus compatriotas y, como eran empleados de la Compañía de las Indias Orientales, carecían de la independencia que tenían los religiosos católicos en las colonias ibéricas para promover su fe. Lejos de contribuir a la expansión de la cristiandad en Asia, sus acciones tuvieron el efecto indeseado de fortalecer la fe islámica en el sureste asiático. Los múltiples ataques a barcos de mercaderes islámicos y a sus pueblos en la región de la actual Indonesia contribuyeron a hacer del islam un símbolo de resistencia frente a la llegada de los europeos cristianos, y los misioneros católicos acabarían siendo, a menudo, las víctimas de la indignación islámica.

La Compañía Inglesa de las Indias Orientales no contaba con tantos medios económicos como su rival holandesa, ni tampoco con un apoyo político tan firme como el de los Estados Generales, pues en esa época la corona inglesa estaba mucho más interesada en colonizar Norteamérica que la lejana Asia. A pesar de ello logró consolidar una posición en el continente asiático que iba a tener una importancia capital para el posterior desarrollo del imperio británico.

La primera expedición de la compañía a Asia zarpó con cuatro barcos en 1601, y tras dos años comerciando en Sumatra y Java regresó a Inglaterra con grandes cargamentos de pimienta que aportaron considerables beneficios. El segundo viaje fue aún más exitoso, trayendo además de pimienta, clavo y nuez moscada. Los problemas con Holanda que iban a surgir a partir de entonces por el choque de intereses en el sudeste asiático iban a ser compensados por el progreso que comenzó a hacer la compañía en la India.

En 1607, durante su tercer viaje a Asia, la flota de la compañía se dirigió al oeste de la India e hizo una parada en Surat. El capitán William Hawkins aprovechó su visita para pedir audiencia con el emperador mogol Jehangir y éste, que en un principio era partidario de dar facilidades al comercio con otros pueblos, autorizó a los ingleses a establecer una base en Surat con fines comerciales.

En la India oriental, la compañía comenzó a hacer negocios con la ciudad de Masulipatam en 1611. Después de más de dos décadas de buenas relaciones comerciales, en 1639 el representante de la compañía en la ciudad, Francis Day, negoció con el soberano de esas tierras la

cesión de unos terrenos en la costa. Tras lograrlo, Day dio orden de construir una factoría fortificada que sería bautizada con el nombre de Fort St. George. Así los ingleses consiguieron un anclaje permanente en el subcontinente indio. Más al norte, los mercaderes abrieron factorías en Balasore en 1633 y en Hughli, al borde del río Ganges, en 1650.

En 1668 el rey Carlos II se casó con la princesa portuguesa Catalina de Braganza y ésta trajo como dote al matrimonio la ciudad de Bombay, que llevaba varias décadas bajo dominio portugués. Tras caer en manos de la corona británica, la compañía ocupó Bombay, una ciudad insalubre y con mucha menos actividad comercial de la que tenían los ingleses en otros puntos de la India aunque, con el tiempo, se convertiría en una de las grandes ciudades del continente asiático.

Los empleados de la compañía continuaron su expansión por la India. Primero construyeron una factoría fortificada en Bengala y de allí se expandieron hacia Calcuta, donde construyeron Fort William en 1697. El comercio iba a crecer con rapidez en esta ciudad hasta convertirse en la posesión más importante de la compañía en la India.

Los barcos de la Compañía de las Indias Orientales comenzaron a crear bases comerciales en Surat, donde se construyó la primera factoría en 1612. En 1634 el emperador mogol recibió cordialmente a sus representantes, invitándoles a seguir comerciando con sus pueblos. A partir de entonces los intereses de la Compañía en la India se iban a intensificar. En 1639 se fundó una base comercial en Madrás y en 1668 en Bombay que, como vimos anteriormente, fue la dote de Catalina de Braganza. Unos años después, en 1690 se fundó la base de Calcuta.

La Compañía de las Indias contó siempre con el apoyo de la corona y muy especialmente con el de Carlos II, que le concedió amplios poderes durante su reinado, entre otros, adquirir territorios, acuñar moneda, construir fuertes, reclutar ejércitos y entrar en guerra si fuera necesario, y también ejercer jurisdicción civil y criminal sobre las zonas en las que se establecieran. Al frente de esta compañía, y como máximo responsable, estaba la figura del gobernador.

La importación de algodón, seda, tintes, especias y té –entre otros productos indios– a Inglaterra pronto comenzó a dar grandes beneficios, y hacia finales del siglo XVII la compañía repartía un dividendo del 25% a sus accionistas. Los comentarios sobre cómo se estaban enriqueciendo los accionistas de la Compañía de las Indias corrían por los círculos de la élite política y financiera de Londres, y también por los puertos donde desembarcaban los marinos que llegaban de la India

con tanto que contar sobre aquel lejano mundo. Desde entonces, muchos ingleses comenzaron a pensar que El Dorado estaba en la India y algunos lo llegarían a encontrar allí.

Como consecuencia del comercio con la India, en esa época surgió uno de los hábitos más característicos de la cultura británica: tomar té. El té era uno de los varios productos que la Compañía de las Indias Orientales comenzó a importar a Inglaterra hasta convertirse en el más popular. Se atribuye la introducción del hábito de tomar té en la corte inglesa a Catalina de Braganza, pues la nueva reina comenzó a beberlo en Inglaterra como lo hacía en Portugal, donde el té fue introducido por mercaderes que venían de Asia. Inicialmente el té lo tomaba sólo la aristocracia y la gente más sofisticada, y los médicos lo comenzaron a recomendar por sus efectos relajantes.

En 1660 el escritor Samuel Pepys anotó en sus famosos diarios: «Pedí una taza de té, una bebida china que nunca había bebido antes». Sin embargo, unas décadas después el té comenzó a extenderse tanto en Inglaterra que se convirtió en una bebida nacional compartida por todas las clases sociales. El té supuso también una gran ayuda para el comercio con las Indias Occidentales, pues desde que se instauró la costumbre de tomarlo con azúcar las plantaciones azucareras de las colonias caribeñas iban a multiplicar sus beneficios. Así, con cada taza de té los británicos saboreaban el beneficio de la colonización en dos partes del mundo, Asia y América.

A lo largo del siglo XVII la presencia europea en Asia aumentó notablemente. Después de la llegada de España y Portugal, Holanda e Inglaterra irrumpieron con tanta fuerza que lograron marginar a las potencias ibéricas, especialmente a Portugal. Mientras que Inglaterra comenzaba a consolidar posiciones en la India, Holanda controlaba el comercio indonesio desde Batavia y Malaca y también las rutas marinas orientales que llegaban hasta Japón. Sin embargo, el vínculo de las potencias ibéricas con Asia iba a ser fuerte y duradero. En el caso de España, su presencia en Filipinas fue una de las más largas en la historia de la colonización y más aún lo iba a ser la de Portugal en Goa y Macao. Además, a través de las actividades misioneras de las órdenes portuguesas y españolas, la influencia europea comenzó a entrar en el hermético imperio chino y también en el japonés.

Francia, evidentemente, tampoco renunció a tener una presencia en Asia. El ambicioso cardenal Richelieu era bien consciente de los progresos que estaban haciendo las compañías mercantiles de las poten-

cias rivales y por esta razón nació bajo sus auspicios la Compañía Francesa de las Indias Occidentales en 1642. Tras las primeras expediciones, que no fueron particularmente exitosas, en 1668 los franceses establecieron su primera factoría en Surat, al suroeste de la India, aunque los holandeses lograron expulsarles de allí. Más éxito iban a tener con la nueva factoría en Chandernagar, pues ésta fue creada en 1673 tras haber obtenido la autorización del nabab de Bengala. Poco después, mediante un acuerdo similar con el sultán de Bijapur, los representantes de la compañía francesa adquirieron unos terrenos en este reino al sureste del subcontinente indio. Allí fundaron la colonia de Pondicherry, que estaba destinada a ser una de las más duraderas del imperio francés. Gracias a estas dos factorías, Francia logró afianzar su presencia en Asia y obtener importantes beneficios.

Mientras todas estas potencias europeas llegaban a Asia en barco, otra potencia lo hacía por tierra desde el norte hasta consolidar un enorme imperio en este continente: Rusia. Ya hemos visto anteriormente cómo los rusos se expandieron más allá de los Urales a partir del siglo XVI; mediante la conquista de Siberia, una buena parte del continente asiático comenzó a ser gobernada desde Moscú, muchos pueblos pasaron a ser súbditos de un emperador cristiano y de tez blanca y la lengua rusa se extendió hasta la frontera con Mongolia y con China. En el caso ruso la colonización de tierras asiáticas fue total, pues no sólo las ocuparon con fines económicos sino que emigrantes rusos se asentaron en ellas permanentemente y con ellos la cultura rusa se afianzó en el corazón de Asia.

Rusia se adelantó a los pueblos asiáticos para poblar una enorme extensión de tierra escasamente poblada como era Siberia. En su expansión hacia el sur los rusos entraron en contacto con otro gran imperio asiático: el persa. Tras la conquista de Astracán en 1555 los rusos lograron tener acceso al mar Caspio y como consecuencia, también al imperio persa. Los rusos y los persas tenían un enemigo común, los otomanos, y esto en un principio facilitó el entendimiento entre el emperador ruso y el sah de Persia para promover el intercambio comercial. Así surgió una lucrativa ruta comercial en la cual se intercambiaban las pieles rusas por la seda y otros productos típicos de esta antigua civilización como las alfombras. Aunque siglos más tarde surgirían conflictos por problemas fronterizos, la relación entre Rusia y Persia fue un ejemplo poco común en la historia de la expansión europea de dos culturas que se tenían mutuo respeto y admiración y que, por lo

tanto, decidieron hacer negocios juntos tras haber establecido una buena relación en el ámbito diplomático.

Muy distinto iba a ser el encuentro de los rusos con el imperio chino. En 1628 los cosacos, bajo el mando del valiente y audaz Erofei Jabarov, llegaron a los valles bañados por el río Yeniséi y a la región de Tunguska, y de allí continuaron avanzando a lo largo de la década siguiente hasta alcanzar el río Amur y finalmente el océano Pacífico. El Amur se podía considerar la frontera natural del norte del imperio chino, pero los cosacos iban a aprovechar el periodo de inestabilidad que atravesaba China tras la caída de la dinastía Ming para rebasar esa frontera y asentarse en sus tierras, que eran más fértiles que las siberianas y también ricas en animales para la caza de pieles. Jabarov sometió a sus habitantes y, fiel a las órdenes de Moscú, les impuso un tributo como nuevos súbditos del imperio ruso que, evidentemente, creó mucho malestar.

Pero la presencia de los rusos en Amur no iba a durar mucho. Unos años después la nueva dinastía de los Manchú, que restableció el orden político en China, decidió también recuperar el territorio que «los demonios de Occidente» habían ocupado. En 1685 las tropas chinas tomaron la fortaleza principal que habían construido los rusos obligándoles a negociar un tratado según sus propios términos. Para permanecer en esos territorios Rusia habría tenido que enviar tropas desde Moscú y entrar en guerra contra China, con pocas posibilidades de éxito dada la poca simpatía que tenían los habitantes de Amur por los rusos. Por esta razón no tuvieron más remedio que ceder ante las exigencias chinas. En 1695 las dos naciones firmaron el Tratado de Nerchinsk, mediante el cual los rusos se retirarían de Amur y a cambio recibirían la autorización para comerciar con China a través de una ruta que entraba en el país por el río Selenga. El tratado también estipulaba que los líderes de las misiones comerciales rusas tendrían que rendir pleitesía al emperador chino y postrarse ante él según el ancestral protocolo del reino celestial. De esta forma los chinos lograron parar los pies a otra potencia europea, mostrando una vez más que su civilización no se sometía ante ninguna otra.

Las potencias europeas tenían muy buenos motivos para ampliar sus asentamientos en Asia. Mientras que en gran parte de América, en África y en Oceanía los europeos sólo alcanzaban la prosperidad tras un largo proceso de colonización y de creación de nuevos mercados, en Asia la riqueza resultaba mucho más accesible para los recién llegados.

Además de tener las rutas comerciales más antiguas y una gran abundancia de productos cada vez más demandados desde Occidente, allí se encontraban las primeras economías del mundo.

La India era la mayor economía mundial a comienzos del siglo XVIII. Según algunos historiadores una cuarta parte del producto interior bruto mundial procedía de la India del imperio mogol. La segunda economía mundial era la China del imperio Manchú. La India y China eran también gigantes demográficos, cada una con más de 100 millones de habitantes en esa época.

La riqueza de la India y de China era el fruto de muchos siglos de desarrollo de las civilizaciones que habían surgido al borde del Ganges y del río Amarillo, y de las más sofisticadas culturas y formas de vida que habían alcanzado sus habitantes. Sus ciudades y sus costumbres habían fascinado a los europeos, sus palacios y sus tesoros les habían deslumbrado, y sus sistemas de gobierno y sus ejércitos habían impuesto mucho respeto. Los europeos que llegaron a estas civilizaciones desde tiempos medievales eran bien conscientes de que se encontraban ante grandes civilizaciones, en algunos aspectos superiores a la suyas. Los «estados asiáticos tienen y han tenido siempre sus propios reyes, sus propios gobiernos, sus propias leyes y sus propios sistemas jurídicos», escribió el jurista holandés Hugo Grotius en su famoso ensayo *Mare Liberum,* publicado en 1608. Ésta es la razón por la que los europeos, en un principio, se aproximaron a la civilización india y china con mucha cautela y los métodos utilizados para colonizar las tierras donde habitaban iban a ser muy distintos a los demás.

De toda Asia la India fue el lugar predilecto de los europeos para promover sus intereses. Además de ingleses, franceses, portugueses y holandeses también suecos y daneses habían fundado factorías allí y, en el caso de los dos primeros, iban a hacer de algunos de sus asentamientos importantes núcleos urbanos y grandes puertos. Chandernagar, bajo dominio francés, creció hasta convertirse en el puerto más importante de Bengala y Pondicherry surgió como una próspera ciudad construida al estilo francés. Con respecto a las bases de la Compañía Inglesa de las Indias, Bombay y Calcuta comenzaban a experimentar el desarrollo que eventualmente haría de ellas grandes megalópolis. Sin embargo, ni Francia ni Gran Bretaña –que eran las principales potencias europeas en el subcontinente indio– tenían más de 15.000 personas cada una en todas sus posesiones. Aunque la presencia europea era muy marginal y sus fines estrictamente comerciales, el declive del impe-

rio mogol iba a dejar un vacío de poder que brindó a estas potencias grandes oportunidades para afianzar su presencia allí.

El imperio mogol había sido fundado por Babur en el siglo XVI. Durante dos siglos la línea de emperadores musulmanes que le sucedieron hicieron crecer sus posesiones desde el actual Afganistán hasta el sur del subcontinente indio. Pero a mediados del siglo XVIII entró en decadencia, en parte debido a divisiones dinásticas. El sah de Persia aprovechó para invadir el norte de este imperio, mientras que en el centro de la India la confederación Maratha de reinos hindús se rebeló hasta desintegrar al mogol y dejar su poder muy reducido. Las tropas marathas avanzaron hacia Bengala amenazando las ciudades de Bombay y Madrás, y para los europeos resultaba muy difícil mantenerse al margen si querían mantener sus posiciones. Holanda optó por abandonar la India, Portugal se limitó a defender su pequeño enclave de Goa, pero Francia y Gran Bretaña decidieron no sólo quedarse en sus posesiones sino aprovechar el caos que se había apoderado de la India para aumentar su poder.

El gobernador de los territorios franceses en la India, Joseph François Dupleix, hombre emprendedor y de grandes ambiciones, decidió que el caos que se había apoderado de la India desde su llegada a Chandernagar en 1720 era la gran oportunidad para que su país sustituyera a los mogoles como potencia hegemónica. Con este fin negoció acuerdos con varios príncipes locales para ampliar los territorios franceses. El estallido de la guerra de sucesión austriaca en Europa, que enfrentó a franceses contra británicos, brindó a Dupleix la excusa para intentar librarse del otro obstáculo para alcanzar su objetivo: Gran Bretaña.

Las tropas francesas tomaron Madrás y también Fort St. David, en 1746. Tras la firma del Tratado de Aix La Chapelle, Francia se vio obligada a devolver estos territorios a Gran Bretaña, pero Dupleix se negó, decisión que le llevó a enfrentarse con los británicos en varias ocasiones a lo largo de los años siguientes hasta que finalmente el gobierno francés, incomodado por los problemas causados por el ambicioso y díscolo Dupleix, decidió destituirle y hacerle abandonar la India en 1754.

Con el estallido de la guerra de los Siete Años, la rivalidad anglofrancesa iba a llevar al enfrentamiento en la India una vez más. El nuevo soberano de Bengala, Suraj Dowlah, aprovechó las noticias de la guerra en Europa para intentar expulsar tanto a británicos como a franceses y romper el acuerdo que su antepasado había firmado con la

Compañía de las Indias británica. Comenzó su ofensiva con la ocupación de Calcuta en 1756, y los franceses se aliaron con el soberano bengalí pensando que ésta era la oportunidad de oro para expulsar a los británicos de la India. Sin embargo, esta vez el resultado iba a ser muy distinto. A pesar de que la Compañía británica de las Indias tenía muy pocas tropas con las que defenderse, su gobernador, Robert Clive, combinó sus escasos efectivos con algunas tropas indias y, mediante una extraordinaria habilidad estratégica, logró recuperar Calcuta, luego expulsó a los franceses de Chandernagar y, finalmente, derrotó a las tropas de Dowlah en Plassey.

Plassey pasó a la historia como la batalla que determinó qué potencia iba a dominar la India. A pesar de que Francia fue autorizada a mantener su presencia en Pondicherry en el tratado de paz que puso fin a la guerra de los Siete Años, a partir de entonces Gran Bretaña impuso su hegemonía en el subcontinente indio sin que ninguna otra potencia europea osara disputársela. Justo cuando el imperio británico comenzaba a entrar en crisis en América, empezaba a echar los cimientos de uno nuevo en Asia.

Tras la victoria de Plassey, la fortuna de Robert Clive no había hecho más que comenzar. La compañía le nombró gobernador de Bengala en 1764. El hecho de que donde estuvieran los británicos reinara la paz y la prosperidad mientras que el caos se había apoderado del resto de la India, llevó al emperador mogol a ofrecer a Clive un acuerdo para que los británicos se hicieran cargo de la explotación y administración de lo que quedaba de su imperio, que abarcaba casi todo el norte de la India. Así, sin pretenderlo, la compañía británica acabó controlando un enorme territorio.

Warren Hastings sustituyó a Clive como gobernador de Bengala en 1774. Durante su mandato, y ante su insistencia, el parlamento británico aprobó un decreto por el cual el gobierno de Londres sustituía a la Compañía de las Indias en la administración de la India. A partir de entonces todo el territorio estaría bajo el mando de un gobernador general con sede en Calcuta. Se dijo que el imperio indio se construyó en un momento de descuido, y así fue. El gobierno, demasiado ocupado en varias guerras, consideró que la India no era asunto de Estado sino de una compañía privada y que, por lo tanto, le correspondía a ella administrar y defender sus intereses allí. Sin embargo, la actitud ante la India iba a ser muy distinta después de que esta compañía consiguiera ampliar sus territorios hasta el punto de sentirse desbordada. Como

declaró Clive ante el Parlamento, «los directores de la compañía de Indias han adquirido un imperio más extenso que cualquier reino europeo y han logrado unos ingresos de cuatro millones de libras». El gobierno no podía permanecer impasible ante estos logros: era preciso que los británicos que estaban en la India dejaran de ser mercaderes y se convirtieran en constructores de un nuevo imperio.

El control de la India proporcionó a Gran Bretaña una gran ventaja sobre el resto de las potencias europeas. Desde mediados del siglo XVIII el comercio de especias entró en decadencia por dos razones: por el auge de la demanda de dulces en Europa y también porque las especias cayeron en desuso como conservantes. Holanda, cuyo imperio asiático estaba basado en el comercio de las especias, se vio seriamente afectada por este cambio en el mercado. También lo iban a sentir Portugal y España. Sin embargo, la India era un mercado cada vez más atractivo. Sus principales exportaciones eran el algodón y la seda, y sus importaciones eran la plata, los paños finos, la lana, el cuero, el cobre y el estaño.

Desde que la India se convirtió oficialmente en colonia, el interés de muchos especuladores y buscadores de fortuna británicos se centró en este exótico y remoto lugar. Muchos de los oficiales de la Compañía de las Indias y también los representantes de la corona se enriquecieron con rapidez, algunos mediante el comercio y otros por métodos poco ortodoxos que iban a provocar numerosos escándalos. Así surgió el término *Nabobs* que se refería a los que hacían fortuna en la India y que deriva del indio *nawab*. Esta nueva aristocracia iba a tener mucha influencia tanto en Gran Bretaña como en la India.

Durante el mandato de Warren Hastings en la India hubo numerosos escándalos financieros y, de hecho, el propio Hastings fue acusado de corrupción tras su cese y regresó a Inglaterra en 1785. Aunque fue absuelto, el gobierno decidió que a partir de entonces el cargo de gobernador general de la India no lo ocuparían empleados anónimos de la Compañía de las Indias sino grandes personajes, a menudo de la vieja aristocracia, quienes teóricamente no aceptarían el nombramiento por razones económicas y además tendrían la suficiente categoría para saber tratar con los maharajás, príncipes y gobernantes de los reinos indios. El marqués de Cornwallis fue el primero de una larga lista de grandes aristócratas, militares y políticos que culminarían su carrera con el privilegio de gobernar la India.

¿Pero cómo gobernar ese enorme y lejano territorio? El político y filósofo Edmund Burke lo tenía muy claro. La India «debería ser go-

bernada por aquellas leyes que deben encontrarse en Europa, África y Asia y que se encuentran en toda la humanidad, aquellos principios de equidad y humanidad implantados en nuestro corazón». Pero pretender gobernar a los habitantes del subcontinente indio según los principios de la democracia británica, la filosofía de la Ilustración y las ideas que imperaban en Occidente podía traer serios problemas.

La India era un fascinante y enigmático mundo dentro del universo oriental. Se componía de múltiples reinos, poblados por pueblos muy diversos, que hablaban más de trescientos dialectos, y practicaban diversas religiones además del hinduismo y el islam. Su sistema de castas hacía que sus sociedades estuvieran profundamente fraccionadas, y sus ideas y creencias resultaban a menudo ininteligibles para la mentalidad europea. Por esta razón, toda imposición de la política y del mundo occidental estaba destinada a fracasar y crear más problemas de los que se pretendían resolver. En su lugar, los británicos utilizaron inicialmente un método de colonización mucho más sutil basado en la cohabitación y la mínima interferencia con los pueblos indios.

La presencia británica en la India se legitimaba por un acuerdo con el emperador mogol y los soberanos de diversos reinos. Según este acuerdo, el gobernador general británico tenía la obligación de respetar su soberanía y no inmiscuirse en la forma de gobernar de los indios. Su misión era mantener el orden y asegurarse de que se respetaran las leyes que permitían el funcionamiento del comercio y la economía. Así comenzó la llamada *Pax Británica* en la India, cuyo fin era permitir a indios y británicos vivir en paz y prosperar. Sin embargo, las implicaciones prácticas de este acuerdo iban a ser muy complejas, pues exigían que dos mundos tan distintos como eran el británico y el indio se respetaran mutuamente. Mantener la ley y el orden sin inmiscuirse en el gobierno de los pueblos indios era sumamente difícil, como iban a comprobar los sucesores de Warren Hastings.

A diferencia de la India, donde la presencia europea iba a aumentar gradualmente desde el siglo XVI, en China la única potencia que logró una base permanente desde esta época fue Portugal. A finales del siglo XVIII, Gran Bretaña decidió intentar estrechar relaciones con la gran civilización oriental pero su empeño resultó muy frustrante desde el principio. Los chinos estaban encantados de vender té a los empleados de la Compañía de las Indias Orientales que estaban autorizados a comerciar, pero no permitían a los que consideraban bárbaros occidentales ir más allá de Cantón.

En septiembre de 1792, el rey Jorge III envió una embajada comercial a China con el fin de lograr abrir definitivamente sus puertas para los intereses británicos. Estaba formada por 700 personas e incluía a diplomáticos, militares, comerciantes, científicos, un relojero, un jardinero y cinco músicos alemanes. Los tres barcos que los transportaban iban repletos de los más deslumbrantes ejemplos del progreso occidental, telescopios, relojes, barómetros, armas e incluso un globo aerostático, todos ellos con el fin de lograr convencer al emperador Qianlong de que su pueblo debería comerciar con Occidente. Al frente de esta embajada estaba lord Macartney, un avezado diplomático a quien el gobierno había prometido honores y una generosa compensación económica si lograba abrir una embajada permanente en China.

A pesar del esfuerzo con el que los británicos prepararon esta importante misión, su resultado fue un estrepitoso fracaso. Además de ser recibido por los funcionarios chinos con escasa cordialidad, lord Macartney recibió un edicto del emperador en el que indicaba que «no necesitamos ni uno solo de los artefactos que fabrica vuestro país». Tampoco ayudó la negativa de lord Macartney a hacer el *koutou* y postrarse ante el emperador al menos que un funcionario chino hiciera lo mismo ante una foto del rey Jorge III. Sin embargo, mostrarse más sumiso no habría cambiado el resultado en absoluto, pues después de la misión británica llegó una de Holanda, y los holandeses se mostraron dispuestos a arrastrarse por el suelo frente al emperador las veces que exigiera su protocolo aunque, a pesar de ello, regresaron a su país con las manos vacías igual que los británicos. China seguía convencida de ser el centro del mundo civilizado y de que el resto de los países estaban obligados a rendirle pleitesía. Ni el emperador ni miembro alguno de su corte opinaban que el comercio con Occidente podría traerles beneficios.

Según su clase dirigente, la clave del esplendor de la civilización china estaba en su desarrollo interior y en repeler cualquier tipo de contaminación del mundo exterior. Con este fin se había construido la gran muralla china y en las costas se mantenían alejados a los bárbaros occidentales igual que a los del norte. En el siglo XVIII China comenzó a padecer las consecuencias de este aislamiento con su estancamiento económico y científico. Voltaire, que tanto admiraba la cultura y la sociedad chinas a las que dedicó muchas horas de estudio, se preguntaba por qué en la China de su tiempo el conocimiento científico no sobrepasaba «el de Europa en el siglo X, XI y XII». Un siglo más

tarde el precio que iba a pagar por cerrarse a Occidente iba a ser mucho más alto.

Para Gran Bretaña el déficit comercial que mantenía con China suponía un gran problema pues a cambio de todo el té que compraban sus comerciantes ellos no lograban que sus productos penetraran en el mercado chino. La misma sensación de frustración tenían los mercaderes de otras potencias europeas, pues todos eran confinados en Macao o en un puerto en Guanghzou, según el sistema diseñado por los chinos para controlar la presencia extranjera. Pero el comercio del opio cambió radicalmente el panorama.

El opio comenzó a ser exportado a China por los españoles junto con otros productos de su imperio como el tabaco y el maíz. La Compañía de las Indias británica empezó a exportar opio desde la India, y los contrabandistas chinos lo vendieron por todo su país desafiando sus leyes. La adictiva droga llegó a convertirse en un producto tan demandado por los chinos como el té por los británicos. En 1838 el emperador Daoguang ordenó tomar medidas drásticas y hacer efectiva la prohibición que se había decretado desde hacía tiempo. En Cantón se obligó a los comerciantes ingleses a entregar todas sus mercancías y, al negarse, fueron encerrados. Además las tropas chinas abordaron barcos británicos en aguas internacionales y destruyeron su cargamento de opio. El emperador no temió represalias ya que según dijo, «si dejan de consumir nuestro té unos días tendrán problemas de estreñimiento y dificultades que pondrán en peligro sus vidas». Pero en esta ocasión los británicos no dudaron en utilizar su marina para dar una lección a los chinos.

La flota británica llegó a las costas de China en 1840 y en una extraordinaria demostración de superioridad militar tomaron Cantón. Tras numerosas derrotas e importantes pérdidas los chinos se vieron obligados a firmar el Tratado de Nankín en 1842, mediante el cual se cedía la isla de Hong Kong a Gran Bretaña y se abrían al comercio sin restricciones los puertos de Guangzhou y Shanghái. Los chinos también se vieron obligados a considerar a los británicos como iguales. Los británicos no fueron los únicos en beneficiarse de esta victoria: dos años después, franceses y estadounidenses aprovecharon la cura de humildad aplicada a China para firmar tratados que también les permitieron comerciar con los puertos chinos.

No todos en Gran Bretaña estaban convencidos de la justificación de esta guerra. El reputado político del partido liberal y futuro primer

ministro William E. Gladstone puso en duda su moralidad, pero desde las filas conservadoras se consideraba una guerra necesaria para compensar el déficit comercial y también lograr que los chinos dejaran de tratar al resto del mundo como sus vasallos. Los chinos, en cambio, pensaban que la guerra era una excusa que Gran Bretaña había utilizado para interferir en su soberanía nacional y una injerencia en sus decisiones. El rencor que los chinos guardaban a los británicos no tardó en provocar un nuevo conflicto.

En 1856 los oficiales chinos detuvieron a la tripulación de un barco en Guangzhou bajo la acusación de contrabando y piratería. Los británicos exigieron su liberación argumentando que el barco había sido registrado en Hong Kong y además llevaba la bandera británica. Tras éste siguieron varios incidentes que desde el lado británico fueron considerados una violación del Tratado de Nankín. Por entonces las elecciones británicas en 1857 renovaron la mayoría de lord Palmerston. El primer ministro que había sido responsable de enviar la flota que dio comienzo a la primera guerra del Opio no dudó en hacerlo de nuevo con el fin de defender los intereses de su país una vez más por la fuerza.

Mientras tanto, un nuevo incidente llevó a los chinos a enfrentarse con Francia. Un misionero francés, el padre Auguste Chapdelaine, fue ejecutado por los chinos en la provincia de Guantxi. A consecuencia de ello, el gobierno francés decidió unirse a la flota británica en la misión de castigo contra China. Rusia y Estados Unidos también ofrecieron apoyo y, de hecho, un buque estadounidense intervino en una de las batallas de esta guerra que sería conocida como la segunda guerra del Opio. Los motivos que la provocaron fueron muy similares a la anterior sólo que en esta ocasión China tuvo que hacer frente a una coalición occidental decidida a hacer valer sus intereses frente al imperio Qing.

Como era de esperar, las tropas francobritánicas se impusieron a China. Un año después del inicio de las hostilidades, el emperador chino se vio obligado a firmar los tratados de Tientsin frente a las cuatro partes interesadas: Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos. Según este tratado, China abriría 11 puertos más al comercio con Occidente y además las cuatro potencias iban a tener derecho a abrir una embajada en Pekín, que era hasta entonces una ciudad cerrada.

Rusia, que por aquella época estaba intentando fortalecer sus intereses en el océano Pacífico, aprovechó la coyuntura para obligar a China a firmar el Tratado de Aigun. Este tratado alteraba la frontera rusochina fijada en 1869 esta vez a favor de Rusia, y le daba acceso a la

orilla sur del río Amur. Conseguida esta vieja reivindicación territorial, los rusos pudieron fundar la ciudad de Vladivostok en 1860. Esta ciudad iba a tener una importancia capital para los intereses rusos en el océano Pacífico y marcó un hito en la expansión occidental por el mundo. Con la construcción de Vladisvostok la expansión terrestre europea llegaba a su punto álgido y cuatro décadas después el ferrocarril del Transiberiano que unía Moscú con Vladivostok hacía realidad el viejo sueño europeo de contar con una ruta rápida y segura hasta el lejano Oriente por tierra.

Pero China no se resignó a aceptar los términos de unos tratados que resultaban tan humillantes para sus intereses. Se enviaron nuevas fuerzas a los puertos para impedir la llegada de los occidentales por lo que la guerra volvió a comenzar, pero en esta ocasión la derrota china iba a ser más contundente aún. Las tropas francobritánicas avanzaron hasta la propia ciudad prohibida, obligando al emperador Xianfeng a huir. Su hermano, el príncipe Gong, representó a la dinastía Qing en la Convención de Pekín en 1860, con la que se firmó la paz en términos más perjudiciales aún que el año anterior. Según esta convención, además de ratificar las cesiones hechas a las potencias occidentales en los anteriores tratados, China tendría que pagar una compensación económica a Gran Bretaña y Francia, ceder la península de Kowloon próxima a la isla de Hong Kong en perpetuidad a Gran Bretaña, aceptar la libertad religiosa y también legalizar el comercio de opio.

«Sin duda en 1860 la gran civilización que había sido China fue totalmente derrotada y humillada por Occidente», escribió el historiador chino Inmanuel C.Y. Hsu. El periodo de declive por el que atravesó China desde mediados del siglo XIX se debió principalmente a su aislamiento de las corrientes de progreso. Cuando el emperador Quianlong despreció los avances tecnológicos que le quería mostrar lord Macartney durante su visita a China y se negó a comerciar con una civilización que consideraba inferior estaba condenando a su país al atraso. Unas décadas después los chinos comprobaron la vulnerabilidad de su civilización –que hasta entonces habían considerado la más avanzada– frente a dos grandes potencias industriales como eran Francia y Gran Bretaña que tenían, además, los ejércitos más modernos del mundo. Pero China se negaba a claudicar ante la creciente influencia de Occidente, y el choque de las dos civilizaciones iba a continuar.

Mientras Gran Bretaña se abría paso ante la civilización china, su presencia ante la otra gran civilización asiática atravesó uno de los

momentos más críticos. En 1857 estalló una rebelión en la India que puso seriamente en peligro la continuidad de los británicos en esas tierras. La causa principal de la rebelión fue el descontento de los cipayos, los indios que servían en el ejército británico.

Hacia mediados del siglo XIX el ejército británico en la India tenía unos 200.000 soldados indios y tan sólo 40.000 británicos. El orden y la defensa de la India dependían por lo tanto de la lealtad de los indios a la raza colonizadora. A pesar del esfuerzo que hicieron los británicos por adaptar la disciplina militar a las costumbres de los indios, muchos de éstos iban a acumular razones para rebelarse. Los soldados que procedían de las castas más altas se negaban a cohabitar con sus compatriotas que fueran del estrato social más bajo. Del mismo modo, tanto hindús como musulmanes se indignaron al enterarse de que para fabricar los cartuchos de sus rifles se utilizaba grasa de cerdo o de vaca, sus animales sagrados, y también se sentían discriminados ante los soldados británicos que eran ascendidos con mayor facilidad que ellos.

La rebelión no se limitó al ejército sino que en varios reinos los soberanos, apoyados por sus pueblos, aprovecharon esta oportunidad para intentar librarse del dominio británico. El acuerdo con los británicos sobre sus responsabilidades de gobierno no siempre fue respetado estrictamente por éstos. Los británicos se habían comprometido a no interferir en las costumbres de los indios pero, sin embargo, decidieron prohibir costumbres que consideraban salvajes como el tradicional *sutee*, la quema de una viuda viva tras la muerte de su esposo, o el matrimonio infantil.

Por supuesto hubo también causas económicas pues, para cuadrar las cuentas de la Compañía de las Indias y sufragar el coste del ejército, se gravaron impuestos a los indios que causaron mucho malestar y además interfirieron con los sistemas impositivos de los reinos indios. En definitiva, fue una rebelión entre reinos e indios de diversos estratos sociales tan extendida que varios historiadores de la India se han referido a ella como la primera guerra de Independencia india.

Tras mucha violencia y atrocidades por parte de ambos bandos, los británicos lograron retomar el control. Una de las primeras medidas que tomaron para imponer el orden fue exiliar al último emperador mogol, Bahadur Shah Zafar, que había albergado esperanzas de recuperar el poder de su dinastía en caso de lograr expulsar a los británicos.

Ante todo, el gobierno británico decidió introducir cambios que permitieran continuar con su presencia en la India sin más sobresaltos.

En 1858 se disolvió oficialmente la Compañía de las Indias y sus poderes fueron transferidos a la corona británica. En nombre de la corona gobernaría un virrey, que la representaría ante los 562 estados principescos que había en la India, a los que el gobierno británico se comprometió a respetar su independencia. Los estados principescos representaban un 40% del territorio indio y un 25% de su población, por lo que una buena parte del subcontinente indio quedó al margen del control británico salvo en asuntos exteriores y de defensa. En el resto, los gobernadores representarían al virrey y una nueva institución, la llamada India Office, se haría cargo de su administración. En este nuevo sistema de administración la corona también renunció a inmiscuirse en cuestiones morales o religiosas y, en general, en todo aquello que los indios pudieran interpretar como intentos de occidentalización.

Tras la rebelión de 1857 nació el denominado *raj* británico que iba a hacer que la India llegara a considerarse como la perla del imperio británico. El *raj* iba más allá de la India y Pakistán actual, pues incluía también Birmania, Ceilán e incluso Singapur, que se convirtió en una colonia a mediados del siglo XIX. Era así un formidable imperio gobernado desde Calcuta.

Las décadas siguientes constituyeron una época dorada para los británicos en la India durante las cuales tuvieron lugar grandes cambios que harían a la civilización india comenzar con su industrialización y avanzar hacia la modernidad.

En la década de 1860 los británicos comenzaron la construcción de la red de ferrocarril india en la que progresaron muy rápidamente, hasta el punto de que a comienzos del siglo XX la India llegó a tener la cuarta red de ferrocarril más extensa del mundo. También construyeron carreteras, puentes e introdujeron el telégrafo. Entre los beneficios que trajeron los nuevos medios de comunicación cabe destacar uno de los mejores sistemas de correo de Asia y el aumento de la movilidad entre la población india, tan profundamente dividida por la geografía además de por los factores religiosos y culturales.

En los núcleos urbanos surgió una nueva clase media india, que iba a tener un papel cada vez más importante. Bajo inspiración británica se fundaron las universidades de Bombay, Calcuta y Madrás, en las que se formaron las nuevas élites urbanas y a través de las cuales tuvieron noticia de las corrientes políticas y filosóficas occidentales, desde el utilitarismo al socialismo. Entre los más adinerados de la élite india, y muy especialmente entre las familias aristocráticas o principescas, se

estableció la tradición de enviar a sus hijos a educarse en internados en Inglaterra y después a las universidades de Oxford y Cambridge. Tras completar su educación solían regresar a la India y dedicarse a sus obligaciones dinásticas en el caso de los príncipes, mientras que los que procedían de la burguesía se dedicaban a profesiones liberales o iniciaban una carrera administrativa en la India Office. En aquella época, el ascenso social y el progreso económico implicaban para cualquier indio el paso por alguna institución creada por británicos y, ante todo, el conocimiento de la lengua inglesa. El inglés se convirtió en la lengua de comunicación en la administración, los grandes negocios y también en la política pues, además de ser la lengua del país colonizador, se impuso como lengua común hablada en las altas esferas desde el norte al sur del inmenso territorio.

En 1877, ante la sugerencia del primer ministro Disraeli, tan fascinado por las culturas de Oriente, la reina Victoria se convirtió en emperatriz de la India. A juzgar por el entusiasmo con el que maharajás y príncipes indios participaron en las ceremonias reales en las décadas siguientes, el grado de satisfacción con esta nueva emperatriz europea que nunca visitó su imperio asiático era muy alto.

Sin embargo la época dorada del *raj* británico tuvo sus sombras, especialmente para los súbditos indios. A pesar de que según el discurso oficial todos los súbditos del imperio eran iguales, unos eran más iguales que otros, como escribió George Orwell, y las diferencias entre los británicos y los indios eran muy notables. Conseguir un ascenso en la India Office, en el ejército o en cualquier sector de la administración era más fácil para los británicos, que siempre ocupaban los puestos más altos. La India Office suponía una atractiva carrera administrativa más para los británicos que para los indios, por no mencionar el servicio de ferrocarril, donde a comienzos del siglo XX tan sólo un 10% de los puestos de dirección estaban cubiertos por indios.

Más polémica aún iba a ser la discriminación racial. La existencia de clubs sólo para blancos donde alternaban los británicos iba a ser motivo de mucha indignación entre la élite india. Otro agravio comparativo fue que esta discriminación se aplicaba también en la justicia. En 1883 el virrey lord Ripon propuso cambiar la ley con el fin de que los jueces indios pudieran dictar sentencia en casos contra británicos y, aunque la oposición de la comunidad británica impidió que se llevara a cabo, al menos se llegó a un compromiso para que hubiera más jueces indios.

La India se convirtió en el destino más deseado para militares, funcionarios y también políticos británicos. Ser gobernador era un cargo muy cotizado y, por supuesto, llegar a virrey de la India era todo un sueño para los políticos más ambiciosos, pues con él se alcanzaba un grado de poder y acceso a riquezas y lujos incluso mayor que el de algunos soberanos europeos. Además de proporcionar mejores salarios, la India era un mundo fascinante que además estaba repleto de diversiones, desde las cacerías de tigre sobre el lomo de un elefante a torneos de polo y esplendorosos veranos en la ciudad de Shimla. Como escribió James S. Mill, autor de una monumental historia de la India británica en el siglo XIX, «la India fue un vasto sistema de desfogue al aire libre para las clases altas británicas». Y, por supuesto, entre tantos privilegios y prebendas que rodearon a los británicos era difícil recordar el mandato de la reina Victoria de que en la India todos sus súbditos eran iguales. Como dijo un miembro de la India Office, «todo británico en la India es consciente de pertenecer a una raza que Dios ha destinado para gobernar y someter».

A pesar de que Francia perdió casi todo su poder en Asia en el siglo XVIII, un siglo después recobró una posición muy influyente mediante la creación de la Indochina francesa.

La presencia francesa en el actual Vietnam se remonta al siglo XVII y no fue el fruto de comerciantes ni conquistadores sino de misioneros. La primera misión jesuita se estableció en Hanoi en 1615 y en ella el francés Alexandre de Rhodes desempeñó una labor que tendría mucha trascendencia. Contribuyó también a la creación de la Sociedad de París de Misiones Extranjeras, una organización misionera especialmente activa en el sureste asiático. La intervención de Francia no iba a comenzar con fines de conquista sino únicamente con objeto de defender a los misioneros cristianos.

En 1857 dos misioneros españoles fueron ejecutados por el emperador vietnamita Du Tuc. A raíz de este incidente, se envió al general francés Charles Rigault de Genouilly a dirigir una misión punitiva francoespañola que culminó con la toma de Saigón.

A pesar de que el objetivo de la misión de Rigault de Genouilly fue exclusivamente la de garantizar la protección de los misioneros y no colonizar, a partir de 1862 la política francesa cambió radicalmente. Napoleón III, muy interesado en propagar la influencia francesa por el mundo decidió aprovechar la presencia gala en Saigón para crear un nuevo imperio asiático. Y de ahí que los franceses presionaran al em-

perador vietnamita para que les concediera acceso a los puertos en Annan, Tonkin y cediera Cochinchina.

Como tantas veces les ocurría a las potencias europeas en el mundo, la presencia francesa iba a aumentar gracias a las rivalidades entre reinos del sureste asiático. El rey Norodon de Camboya llevaba tiempo luchando por impedir que sus poderosos vecinos, Vietnam y Siam, se repartieran su pequeño territorio y aprovechó la incursión de Francia en la región para invitar al emperador francés a establecer un protectorado sobre su reino. Su decisión fue muy controvertida en su país, aunque muchos camboyanos la apoyaron argumentando que era mejor vivir bajo control de una potencia europea que ver su reino aniquilado por sus vecinos. Francia exigió controlar las finanzas del reino de Camboya por lo que su protectorado fue más allá de lo estrictamente formal.

La siguiente aspiración territorial francesa iba a ser más conflictiva pues la región de Tonkin, en el norte del actual Vietnam, estaba bajo influencia china y la gran potencia asiática advirtió que no permitiría la presencia francesa en este territorio. Así estalló la guerra francochina en 1885. Francia logró imponerse a China pero con bastante dificultad y, de hecho, las derrotas que sufrieron los franceses en esta guerra provocaron la caída del primer ministro Jules Ferry. En la Asamblea francesa el alto coste de la guerra llevó a que se propusiera la retirada de Tonkin y, de haber prosperado esta propuesta, la historia del Vietnam hubiera sido muy distinta.

La que comenzó como una tímida incursión en Asia acabó provocando una cruenta guerra colonial pero, gracias a ella, Francia consolidó su imperio asiático. En 1887 nació la Indochina francesa que incluía Vietnam y Camboya y, a pesar del mal sabor que dejó la guerra con China, la expansión por la región no cesó. El deseo de anexionarse los territorios de Laos llevó a una nueva guerra con la otra potencia dominante en la región, el reino de Siam, en 1893. Siam pretendió parar el avance francés sobre Laos con la ayuda de Gran Bretaña que, debido a su presencia en Birmania, compartía frontera tanto con Siam como con Laos. Pero los británicos no estaban dispuestos a enfrentarse a Francia por causa del reino asiático y recomendaron al rey de Siam que reconociera a Laos como nuevo protectorado francés, aunque al menos le prometieron que exigirían el respeto a la independencia de su reino. Así, tras ganar esta guerra desigual contra Siam, Francia consolidó todo el territorio que iba a conocerse como la Indochina francesa,

convirtiéndose así en la segunda potencia de Europa occidental con mayor poder en Asia.

Hacia finales del siglo XIX Europa había consolidado una presencia en Asia muy notable. A través de colonias, protectorados, bases comerciales o misiones religiosas, los europeos lograron infiltrarse en el enigmático y lejano mundo asiático. La civilización que más se resistió a la llegada de Occidente fue Japón, aunque finalmente acabó siendo la más occidentalizada.

Japón fue durante varios siglos la potencia asiática más cerrada a la influencia oriental. A pesar de que los jesuitas lograron iniciar su labor misionera en el siglo XVI, un siglo más tarde fueron expulsados y aquellos a los que habían convertido al cristianismo fueron perseguidos. Los mercaderes europeos que intentaron abrir relaciones comerciales con Japón lo tuvieron más difícil aún que con China, pues los shogunes que gobernaban el país en nombre del emperador desconfiaban de ellos y les consideraban la antesala de una conquista armada. Sólo los holandeses lograron, con mucha dificultad, mantener relaciones comerciales con un puerto en Nagasaki.

La apertura de Japón al comercio occidental llegó finalmente en el siglo XIX y no fue gracias a Europa sino a Estados Unidos. En 1853 el comodoro Matthew Perry, al frente de varias fragatas, arribó a un puerto japonés amenazando con utilizar la fuerza de su flota a menos que Japón accediera a sus demandas de abrirse al comercio y a las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Un año después se firmó la Convención de Kanagawa, mediante la cual los japoneses concedían todo lo que el osado Perry había pedido. Tras este alarde de lo que los críticos han descrito como «diplomacia a punta de pistola», Gran Bretaña, Francia y Rusia aprovecharon para firmar acuerdos similares.

La reacción de los japoneses ante la irrupción de Occidente en su país fue muy distinta a la de China. Tras la restauración del emperador Meiji en 1868, que puso fin al poder feudal de los shogunes, la élite japonesa llegó a la conclusión de que lejos de rechazar la cultura occidental que les estaba invadiendo lo mejor era adoptarla y hacerla suya. Sólo así podrían estar a la altura de naciones como Estados Unidos o Rusia que tenían superioridad tecnológica para imponerse por la fuerza.

Tras una campaña de occidentalización, industrialización y rearme, Japón surgió como una potencia con grandes deseos de expansión, hasta el punto de convertirse en el más poderoso rival de las potencias occidentales en Asia. El primer gran paso en la construcción de su nue-

vo imperio fue entrar en guerra contra China por la posesión de Corea en 1894. Tras imponerse a China y neutralizarla, Rusia se convertiría en el siguiente obstáculo para su expansión. Japón decidió ser uno de los grandes actores en la era del imperialismo en la que las potencias occidentales eran las protagonistas, y optó por no poner límites a su expansión por Asia y el Pacífico. Su decisión iba a tener un gran impacto sobre Occidente, como se expone en el capítulo 9.

El colofón de cuatro siglos de expansión europea por Asia lo marcó la guerra de los *Boxers*. China nunca se resignó a aceptar los términos de los tratados firmados con los europeos a mediados del siglo XIX y, por esta razón, la hostilidad hacia cualquier presencia europea era palpable por todo el país. La «Sociedad de Puños Justos y Armoniosos», un grupo nacionalista muy diestro en artes marciales, inició una revuelta contra la influencia occidental en 1900. Los *Boxers*, como eran conocidos los miembros de esta sociedad entre los británicos, protagonizaron varios ataques contra europeos y la emperatriz china aprovechó estos incidentes para declarar la guerra a las potencias extranjeras. La armada imperial y los *Boxers* llevaron a cabo un asedio sobre el barrio de embajadas extranjeras que iba a durar 55 días.

La rebelión china contra la presencia occidental llevó a la formación de la mayor coalición de fuerzas occidentales jamás vista hasta entonces en Asia. Gran Bretaña, Francia, Holanda, Rusia, Austria-Hungría, Italia, Estados Unidos y también Japón aunaron sus fuerzas para defender sus embajadas y sus ciudadanos en Pekín. Como consecuencia, una fuerza internacional de 20.000 soldados tomó la ciudad imperial y derrotó a los chinos una vez más. El Protocolo *Boxer,* que puso fin a esta rebelión en 1901, obligó a China a indemnizar a las ocho naciones perjudicadas con 67 millones de libras, que era más de lo que recaudaba el gobierno chino en impuestos al año.

La rebelión de los *Boxers* vino a demostrar una vez más el poder de Occidente en el mundo y que ni siquiera la antigua civilización china podía desafiarle al menos por medios militares. El hecho de que Japón estuviera incluido en esta coalición confirmaba que la única forma de estar a la altura de las potencias occidentales era seguir sus pautas de desarrollo cultural y económico.

Cuatro siglos después de los primeros intentos de asentamiento en Asia, este continente se había convertido en una parte esencial para los imperios europeos y sus redes comerciales e hizo que algunos de ellos pudieran calificarse como imperios globales. La combinación de anti-

guas civilizaciones densamente pobladas y tierras fértiles donde se concentraba una buena parte de la riqueza mundial era un sueño para todo navegante europeo en busca de fortuna. Asia era, en cierta medida, la solución buscada por los críticos de la colonización que exigían la creación de imperios mercantiles que liberaran a los europeos de la necesidad de exportar población y de los problemas de asentarse indefinidamente en un territorio lejano. Sin embargo en Asia, al igual que en el resto del mundo, los imperios mercantiles difícilmente se podían disociar de la colonización, pues la riqueza exigía crear asentamientos en esa parte del mundo. Los europeos tampoco iban a renunciar a los anhelos de expansión territorial en Asia cuando éstos se presentaran. Así, las grandes potencias europeas acabaron poseyendo colonias en Asia y haciendo de ellas una parte más o menos importante de sus imperios y su presencia allí tuvo gran impacto no sólo en la economía europea sino también en sus hábitos sociales, sus costumbres culinarias y en su alimentación.

En Asia tuvo lugar el choque de civilizaciones más intenso de la historia de la colonización. Europa se encontró allí con pueblos ante los que no se podía imponer, aunque a menudo tampoco deseara hacerlo pues su interés era principalmente comercial.

El encuentro entre Occidente y Oriente tuvo resultados muy dispares. En la India surgió una cohabitación pacífica aunque no exenta de conflictos frecuentes, y ésta iba a dejar una profunda huella en la cultura de los indios y también de los británicos. Este tipo de cohabitación se dio también en Filipinas con los españoles y en el sureste asiático con los holandeses. Muy distinta iba a ser la experiencia con China, como ya hemos comentado, donde hubo un rechazo hacia todo lo occidental que sólo fue posible superar mediante la fuerza. Aun así, la influencia de los europeos en China iba a ser muy marginal, salvo en las colonias de Macao y Hong Kong, y también creó un resentimiento que tendría sus consecuencias en los siglos XX y XXI. Por su lado, Japón no perdió ni poder ni soberanía como consecuencia del encuentro con Occidente sino que gracias a él y a la campaña de occidentalización que iba a imponerse desde entonces se convirtió en una potencia mundial a la cabeza de Asia durante mucho tiempo. Una antigua civilización del continente asiático cuya independencia no se vio afectada por el avance europeo fue Persia, y los europeos tampoco llegaron hasta los dominios de Mongolia o de Tailandia, así que puede afirmarse que una buena parte de Asia se mantuvo al margen de su avance.

«Somos lo que pensamos, todo lo que somos surge de nuestros pensamientos, con nuestros pensamientos hacemos el mundo», dijo Buda, el fundador de una de las grandes religiones orientales. Este pensamiento parece estar muy presente en la actitud de muchos pueblos asiáticos ante Occidente: no renunciaban ni a su identidad ni a su interpretación del mundo, aunque los occidentales modificaran su forma de pensar en algunos casos. Con el desembarco occidental en Oriente comenzó un diálogo de civilizaciones que en la actualidad es especialmente intenso.

CAPÍTULO 6

Las grandes olas migratorias de Europa por el mundo

Los europeos no sólo fueron los mayores constructores de imperios que ha conocido la historia sino también los que más emigraron. Mientras que navegantes, comerciantes y militares abrieron las fronteras de muchos territorios del mundo, fueron los emigrantes los que realmente marcaron su destino y dejaron una huella a menudo imperecedera en ellos. Sin la emigración masiva de sus poblaciones las potencias europeas nunca habrían alcanzado tanto poder, ni tampoco habría sido posible propagar su civilización por tantos lugares. A partir del siglo XVI la emigración europea fue aumentando progresivamente y la mayor parte se asentó en América, también en Oceanía y en menor medida en África y en Asia. Como consecuencia de ello, grandes territorios del mundo e incluso continentes pasaron a tener una mayoría de población blanca; la cultura de los pobladores blancos se implantó y, en algunos casos, suplantó la que ya había; su religión se expandió por el planeta, al igual que sus sistemas políticos y económicos y también sus leyes, y muchas ciudades fueron bautizadas con nombres que ya existían en Europa o que hacían referencia a símbolos de su cultura. Nueva España, Nueva Inglaterra, Nueva Francia, Nueva Holanda, Nueva Caledonia, todos estos territorios se convirtieron en réplicas de los países de sus colonizadores.

En los últimos cuatro siglos, las mayores olas migratorias de la historia fueron protagonizadas por los europeos. Los motivos que llevaron a tantos habitantes del continente europeo a dejar la tierra en que nacieron eran muy diversos: la pobreza, la persecución política o religiosa, o simplemente el ansia de enriquecerse y buscar una vida mejor, básicamente las mismas razones que empujaron a emigrantes de otras razas y pueblos. No todos lo hicieron voluntariamente pues los europeos también experimentaron la emigración forzosa y el destierro.

En la sociedad opulenta y llena de oportunidades en la que vivimos hoy gastar toda nuestra fortuna en un billete sin fecha de retorno que

nos traslade a otro país nos puede parecer una locura. Sin embargo, a lo largo de muchas generaciones los europeos, especialmente los de la costa atlántica, lo apostaron todo a la carta de la emigración. Veían que su futuro estaba en ultramar y por eso a menudo pagaban mucho más de lo que poseían para poder embarcarse hacia nuevos mundos, ya que en la mayoría de los casos los emigrantes eran tan pobres que ni siquiera tenían medios para costearse el viaje. La suerte de los emigrantes fue muy desigual, como veremos más adelante, pero la ventaja que tuvieron los europeos sobre el resto es que ellos emigraron a territorios que generalmente pertenecían a sus países de origen o habían sido ocupados por ellos anteriormente, y lo hacían en un momento en que el poder de Europa en el mundo era cada vez mayor.

El descubrimiento de América tardó algún tiempo en ser respaldado por emigrantes de su país descubridor. Tanto en el caso de España como en el de Portugal, las posesiones de ultramar eran vistas como lugares que podían aportar riqueza e influencia, pero no donde enviar a grandes contingentes de la población de estos dos reinos, entre otras cosas porque no estaban sobrados de ella. El Nuevo Mundo era lugar para conquistadores con espíritu de aventura y también para misioneros pero no para ciudadanos comunes. Ésta es la razón por la que Colón tuvo tanta dificultad para reclutar una tripulación que le acompañara en sus viajes. Sin embargo, a medida que llegaban las primeras muestras de la riqueza de las Indias y comenzaba a propagarse el mito de El Dorado, cada vez fueron más los que soñaron con comenzar una nueva vida al otro lado del Atlántico.

Otra razón por la que la emigración no iba a ser muy numerosa se debe a los criterios muy selectivos que estableció la monarquía hispánica para emigrar al Nuevo Mundo. En un principio sólo los ciudadanos del reino de Castilla podían viajar a las Indias y además debían ser cristianos viejos y buenos católicos. Otra barrera era el coste del viaje: los 20 ducados que solía costar el pasaje trasatlántico impedía viajar a los que pertenecían a los estratos sociales más bajos.

Con el fin de mantener un control sobre la emigración se creó la Casa de Contratación en Sevilla. Todo emigrante al Nuevo Mundo debía estar registrado en ella, y según indican sus archivos unas 56.000 personas emigraron a lo largo del siglo XVI. Sin embargo esta cifra probablemente no era más que una quinta parte de todos los que llegaron a América, pues muchos lograron cruzar el Atlántico sin someterse a este sistema de control. Según las estimaciones más recientes, en-

tre 1500 y 1650 unos 437.000 españoles llegaron al Nuevo Mundo, y entre 1500 y 1700 unos 100.000 portugueses. No sólo comenzaron a emigrar habitantes de muy diversos orígenes de la península ibérica sino también otros, procedentes de distintos lugares de Europa, lograron infiltrarse en los imperios ibéricos.

La península ibérica estaba mucho menos poblada que el resto de Europa occidental: España tenía ocho millones de habitantes hacia finales del siglo XVII y Portugal tan sólo uno. Si la presión demográfica solía ser un incentivo a lo largo de la historia para fomentar la expansión de los pueblos, no lo fue en el caso de estos dos reinos. No era fácil promover la emigración a gran escala ni desde España ni desde Portugal, ni tampoco desde otros países europeos de aquella época. El coste del viaje, sus riesgos y los peligros del Nuevo Mundo fueron los principales factores disuasorios. Por muy duro que resultara ganarse la vida en ciudades como Salamanca o Sevilla para los más pobres (a juzgar por las descripciones de obras como *El Buscón* de Francisco de Quevedo o *El Lazarillo de Tormes*) la mayoría prefería aguantar la pobreza en su patria que exponerse a los peligros de las Indias.

Las cifras indicadas arriba, aunque respetables, son muy modestas si tenemos en cuenta que el objetivo era poblar territorios de dimensiones gigantescas. Otro problema fue la escasez de matrimonios y emigrantes que iban a América con sus familias, pues generalmente los que se arriesgaban a emprender la aventura de las Indias lo hacían solos y con la esperanza de volver a su patria. Ésta es una de las razones por las que el mestizaje iba a prosperar en la mayoría de los asentamientos españoles, especialmente en el virreinato de Nueva España y en Perú. El ejemplo de Cortés y Pizarro, que dejaron descendencia mestiza, iba a ser seguido por muchos hombres: unos se casaron como buenos cristianos (como hizo Pizarro) y otros, inicialmente la mayoría, mantuvieron relaciones esporádicas con indias (como fue el caso de Cortés). En las ciudades de Nueva España y otros asentamientos del imperio español, donde al principio convivieron pobladores blancos con indios, creció gradualmente una población mestiza cuya identidad se debatía entre las costumbres de su tierra natal y la cultura occidental de los conquistadores.

Los habitantes de las islas Británicas tenían muchos más incentivos para emigrar que los de la península ibérica. Las condiciones de vida en Inglaterra a comienzos del siglo XVI explican muy bien las razones por las que colonizar América resultó cada vez más atractivo para el

sector más pobre de la población. Debido a la dureza del mundo rural y la escasez de trabajo, las ciudades estaban cada vez más pobladas y gran parte de sus habitantes se hacinaban en barriadas en condiciones insalubres. Ante la falta de perspectivas de una vida mejor en Inglaterra, la emigración a América se presentó como la mejor salida, por muy peligroso e incierto que fuera el viaje al Nuevo Mundo. Los 105 colonos que fundaron el asentamiento de Jamestown en 1607, tras ser trasladados allí por la Compañía de Virginia, tuvieron una importancia capital en la historia de la emigración a Norteamérica. Tan sólo 61 seguían vivos tres años después, pero su supervivencia iba a allanar el camino a los muchos colonos que les seguirían a partir de entonces.

Además de la pobreza, otro motivo para emigrar a América era la persecución religiosa. El mítico *Mayflower*, que trasladó a 102 miembros de la comunidad puritana en 1620, fue el primero de los muchos barcos en los que se embarcaron ciudadanos perseguidos o marginados por razones de fe. Tras la colonia de Plymouth, fundada por los llamados padres peregrinos, otras como Maryland y Pensilvania fueron creadas por motivos religiosos, haciendo de la fe una parte esencial de los que llegaban a América en busca de fortuna.

En la actualidad uno de los clubs más exclusivos de Estados Unidos es la *Mayflower Society*, al que sólo pertenecen los que prueben descender de los peregrinos del *Mayflower*. Sus miembros se muestran orgullosos de ser el nexo con el pasado más remoto del vínculo trasatlántico y suelen ser leales a los valores de los padres peregrinos que tanto iban a influir en la emigración europea a Norteamérica, y que darían a los Estados Unidos sus principales señas de identidad.

Además de estar muy escasamente poblados, la mortalidad en los primeros asentamientos ingleses en América era muy alta. Al margen de los temidos indios, la dureza del largo viaje y el clima norteamericano se cobraron muchas víctimas. De los 15.000 emigrantes que llegaron a Virginia entre 1607 y 1622 tan sólo 2.000 sobrevivieron. Por esta razón, la continuidad de estas colonias dependía inicialmente de un continuo flujo de inmigrantes.

Como ya hemos comentado, el principal obstáculo de la emigración a América era el coste del viaje, tan caro para los ingleses como para los españoles y portugueses. A comienzos del siglo XVII cruzar el Atlántico, en lo que se tardaba un mínimo de ocho semanas, costaba cinco libras esterlinas, más el gasto en las provisiones necesarias para llegar a América. Esto suponía que la mayoría tenía que vender todas

sus pertenencias para sufragar el viaje aunque, muy a menudo, ello no les bastaba por lo que necesitaban algún tipo de ayuda adicional para poder embarcarse.

Debido a la carestía del viaje, el método más extendido para llegar a América era el contrato de servidumbre, mediante el cual el emigrante pagaba el coste de su viaje con el trabajo de varios años en su destino. Hasta que comenzó la esclavitud negra, la mano de obra de los blancos para labrar tierras y realizar todo tipo de trabajo que se presentara era fundamental, y durante el siglo XVII hasta un 60% de los inmigrantes a las colonias británicas de Norteamérica y el Caribe llegó con algún tipo de contrato de servidumbre. Sus condiciones variaban, pero lo habitual era que el emigrante tuviera que comprometerse a trabajar por un periodo de cuatro o cinco años. Para la mayoría el contrato de servidumbre suponía resignarse a ser esclavos durante un periodo con la aspiración de convertirse finalmente en trabajadores libres.

El gran incentivo para emigrar era llegar a ser propietarios de tierras tan fértiles como las que tenía la costa este norteamericana. Desde 1618, Virginia puso en marcha el llamado *headright system* para atraer a emigrantes, por el cual se ofrecían 40 hectáreas a cada colonizador y otras 40 por cada persona que trajera consigo.

A pesar de lo atractivo que podía ser convertirse en terrateniente en la Inglaterra rural, el miedo a los peligros del Nuevo Mundo hizo que la emigración fuera escasa inicialmente. Se llegaron incluso a hacer folletos de promoción como el que llevaba por título *La Plantación de Nueva Inglaterra,* publicado en 1630. «Aquí se necesita todavía la buena compañía de honestos cristianos que traigan consigo caballos, vacas, ovejas para hacer uso de esta fructífera tierra», explicaba el folleto. Gracias a estas campañas de promoción, en la década de 1630 tuvo lugar la llamada «gran migración». La mayoría de los que emigraron a Nueva Inglaterra a partir de entonces lo hicieron con sus familias, y gracias a ello desde mediados del siglo XVII se llegó a una proporción de hombres y mujeres que garantizaba el mantenimiento de la población.

El mundo creado por los primeros colonos de la costa este norteamericana era muy similar al de Inglaterra, pues no en vano los primeros pobladores europeos fueron los ingleses. El ambiente predominantemente rural de grandes granjas y plantaciones era interrumpido por pequeños núcleos urbanos como Boston, Newport, Filadelfia o Charles Town. La arquitectura de estas ciudades recordaba mucho a la de

Inglaterra, salvo en la importante innovación de las calles trazadas en perfecto orden paralelo y perpendicular.

La posesión de tierra era el medio principal de enriquecimiento para los colonos pues, para su decepción, Norteamérica no tenía ricos yacimientos de oro y plata como las colonias españolas y, por lo tanto, cultivar la tierra fue inicialmente la única forma para alcanzar la riqueza, o al menos cierto bienestar. De hecho, mientras que los primeros pobladores de la América española eran conocidos como «conquistadores», los británicos eran meros «plantadores». El deseo de adquirir y acumular tierras que compartían todos los colonos de la costa este explica la enorme presión que iba a existir desde un principio por extenderse hacia el oeste. Norteamérica no era un lugar para el enriquecimiento rápido; la prosperidad sólo les llegaba a sus colonos después de mucho trabajo, una desgracia para los recién llegados que acabó siendo una bendición para sus descendientes que tenían muy bien aprendida la ética del trabajo y el ahorro.

Una opción más lucrativa que Norteamérica para los emigrantes ingleses fue el Caribe. En las colonias de las Indias Occidentales se cultivaba el producto que daba más beneficios del imperio británico: el azúcar. La demanda de azúcar creció hasta convertirse en un quinto del total de las importaciones británicas en el siglo XVIII; su precio y su demanda eran mucho mayores que los del tabaco, la exportación principal de las colonias norteamericanas. La producción de la pequeña colonia caribeña de San Cristóbal y Nieves exportada a Gran Bretaña era tres veces mayor que la de Nueva York, entre 1714 y 1773. Esto explica por qué el Caribe era mucho más atractivo para los primeros emigrantes, y un dato poco conocido es que la mayoría de los emigrantes ingleses en el siglo XVII, más de un 60%, se fueron a las Indias Occidentales. Sin embargo, la emigración al Caribe descendió dramáticamente en el siglo XVIII al sustituir los esclavos negros a la mano de obra blanca y por la alta mortalidad que causaba el clima tropical, que acabó por desincentivar a los emigrantes.

Al contrario del reino de Castilla, las autoridades inglesas no intentaron restringir la emigración a los miembros de su propio pueblo ni tampoco pusieron mucho empeño en controlar quién iba en los barcos. Por esta razón, el deseo de emigrar pronto se extendió a Escocia, Irlanda y hasta cierto punto a Gales, donde las condiciones de vida eran más duras incluso que en Inglaterra. En el siglo XVIII, la mayoría de los emigrantes a América de las islas británicas eran escoceses o ir-

landeses. Entre los irlandeses inicialmente predominaban los del norte, que eran de origen escocés, pero pronto fueron también los del sur. Dos quintas partes de los emigrantes británicos entre 1701 y 1780 eran irlandeses.

En Escocia las condiciones de vida eran más duras que en Inglaterra, especialmente en las tierras altas, cuyo reparto era muy desigual. Esto contribuyó a forjar en los escoceses un espíritu luchador y emprendedor que hacía de ellos muy buenos emigrantes. *Per mare et per terras* dice el lema del clan MacDonald, uno de los más numerosos, que parece estar inspirado en la diáspora de los escoceses por el mundo. Muchos escoceses emigraron a Irlanda del Norte en el siglo XVI y, cuando surgió la oportunidad de hacerlo a América, la emigración fue tan popular que los más críticos la consideraron como una epidemia.

En su famosa obra sobre la vida de Samuel Johnson, James Boswell describe una cómica conversación que tuvo con éste sobre la emigración escocesa:

> Boswell: «El señor Arthur Lee mencionó a algunos escoceses que han tomado posesión de una zona baldía de América, y se pregunta por qué la habrían escogido».
>
> Johnson: «Porque todo lo baldío es relativo. Los escoceses no sabían que era baldía».
>
> Boswell: «Vamos, vamos está halagando a los ingleses. Usted ha estado ahora en Escocia, señor, y diga si vio suficiente comida y bebida allí».
>
> Johnson: «Pues sí, señor, suficiente comida y bebida para dar a sus habitantes la suficiente fuerza para huir de su país».

Acostumbrados a la adversidad del mundo rural escocés, muchos encontraron mejores condiciones de vida en Norteamérica y algunos incluso llegarían a hacer fortuna. Ése fue el caso del famoso magnate Andrew Carnegie, que nació en Escocia en 1835 y llegó a Pittsburgh con tan sólo doce años. Unas décadas más tarde montó un emporio industrial que le convertiría en uno de los hombres más ricos de Estados Unidos.

Pero entre los pueblos celtas, el emigrante por excelencia es el irlandés. Ningún pueblo en Europa ha tenido más motivos para emigrar que éste. Además de pobreza y tierras baldías como las de Escocia, los irlandeses tenían poderosos motivos religiosos y políticos para huir de su tierra, pues eran un pueblo oprimido por los ingleses y, de hecho, al

ser colonizados por Inglaterra se consideraban la primera víctima de su ascenso imperial. En los siglos XVII y XVIII las leyes británicas prohibían a los católicos irlandeses poseer tierras y ocupar cargos políticos. Su condición de marginados en su propia patria era motivo suficiente para emigrar. Si los irlandeses siempre se lamentaron de que su tierra estaba demasiado cerca de Inglaterra, por otro lado tuvieron la suerte de ser el pueblo europeo más cercano a la costa oriental norteamericana. A partir del siglo XVIII cada vez fueron más los que se asentaron al otro lado del Atlántico. Raro era encontrar una familia que no tuviera alguno de sus miembros en América, y las redes familiares contribuían a que el flujo de emigrantes fuera constante y la presencia irlandesa aumentara progresivamente, especialmente en la ciudad de Boston. Por muy buenas razones, la presidenta Mary Harney dijo en 2001 una frase muy repetida desde entonces: que espiritualmente Irlanda está más cerca de Boston que de Berlín; así fue en los últimos tres siglos.

A partir del siglo XVIII no sólo llegaron muchos irlandeses y escoceses a Norteamérica, sino también de otros lugares de Europa. Las noticias sobre las oportunidades que había en la otra orilla del Atlántico se extendían con rapidez al otro lado del canal de la Mancha, y cada vez fueron más los europeos que decidieron que su futuro estaba en América. Las fronteras de las primeras colonias británicas en América estaban abiertas para todo emigrante europeo dispuesto a asentarse y trabajar allí, y por esta razón para los que no eran británicos no había más barrera para entrar en América que la del idioma.

La presencia holandesa en Norteamérica es tan antigua como la británica. Tras la fundación de Fort Orange por comerciantes holandeses en 1614, 30 familias viajaron a asentarse en la nueva colonia de Nueva Ámsterdam. En las décadas siguientes la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales ofreció a sus compatriotas tierra gratis en las orillas del río Hudson, con lo que la llegada de holandeses continuó aumentando. Entre las familias que llegaron por aquel entonces estaba la de los Van Buren, de la cual descendía el que sería presidente de los Estados Unidos, Martin Van Buren. También los Roosevelt, que además de hacer fortuna dos siglos después se convirtieron en una de las más destacadas familias políticas americanas, con dos grandes presidentes: Theodore y Franklin D. Roosevelt.

Hacia mediados del siglo XVII, Nueva Ámsterdam tenía ya 8.000 habitantes holandeses. En Delaware los suecos fundaron una pequeña colonia donde se asentaron unas 50 familias en torno a la misma épo-

ca, pero ésta fue anexionada por Holanda. Tras la conquista inglesa de Nueva Ámsterdam en 1664, que fue rebautizada como Nueva York, la población aceptó el cambio de soberanía sin grandes traumas. Así se produjo la primera inyección sustancial de población europea a las trece colonias británicas.

Con respecto a la contribución gala, Francia era la potencia más poblada de Europa cuando inició su colonización por Norteamérica pero, como hemos visto anteriormente, la emigración de franceses a sus colonias del otro lado del Atlántico fue muy escasa a pesar de los intentos de la corona por promoverla. En el caso francés, en los siglos XVI y XVII colonizar era tarea de aventureros y misioneros más que de familias deseosas de progresar. Ello explica que a comienzos del siglo XVIII la población de Nueva Francia no llegara a la décima parte de la de las trece colonias británicas. Sin embargo, la religión sí iba a llevar a algunos franceses a emigrar a América. A los hugonotes, en su búsqueda de un lugar donde practicar su fe protestante, no se les permitía la entrada en Nueva Francia por los mismos motivos por los que eran perseguidos en Francia y, por esta razón, se asentaron en la costa este británica, especialmente en la colonia de Pensilvania.

El contingente de población más grande de la Europa continental que llegó a Norteamérica fue el de Alemania. Los principados alemanes tenían problemas similares a los de Gran Bretaña que hacían atractiva la emigración para muchos de sus habitantes, pero no tenían colonias. Esta situación cambió a finales del siglo XVII. El abogado alemán Franz Daniel Pastorius llegó a Pensilvania en 1683 para comprar 15.000 acres de tierra en nombre de un grupo de compatriotas cuáqueros ávidos por huir de Europa. En estos terrenos se fundó Germantown, de la cual Pastorius fue burgomaestre hasta el final de su vida. Allí llegaron las primeras familias alemanas e hicieron de este asentamiento una próspera ciudad muy parecida a las de su país, especializada en la industria textil.

Tras la ascensión al trono de Inglaterra de los Hanover, la emigración de alemanes a las colonias americanas fue especialmente promovida desde la corona. Unos 14.000 alemanes llegaron a América a través de Inglaterra. A lo largo del siglo XVIII proliferaron en Alemania compañías especializadas en financiar viajes de los emigrantes a América. Según el parlamento británico en 1716 un tercio de la población de Pensilvania era alemana. Muchos también se asentaron en las tierras de Nueva York, fundando las ciudades de Mannheim, Oppenheim

y Hermiker. En Virginia se instalaron en Germanna, especializándose en fundir hierro, mientras que Maryland atrajo a muchos católicos alemanes.

Así, eran varios los lugares de la América británica donde se hablaba alemán. En ellos los alemanes dieron rienda suelta a su espíritu emprendedor, contribuyendo de forma sustancial al desarrollo de las trece colonias y más tarde de los Estados Unidos.

El ejemplo más destacado de los emigrantes alemanes fue John Jacob Astor, que llegó a Nueva York en 1784. El hábil y ambicioso empresario alemán se especializó en el comercio de pieles e invirtió también en otros negocios lucrativos de la época como la especulación inmobiliaria en Nueva York. Logró que sus empresas crecieran tanto que se convirtió en el primer multimillonario en la historia de Estados Unidos y a su muerte en 1848 era el hombre más rico del país. Le sucedió una influyente dinastía en el mundo de los negocios y de la política del mundo atlántico.

Se ha asumido que a medida que avanzaba la colonización de América y aumentaba la emigración de europeos, la cultura europea iba imponiéndose inexorablemente. Sin embargo, inicialmente no fue así debido a que la mayor parte de los que cruzaron el Atlántico en los tres primeros siglos desde el descubrimiento de América no venían de Europa sino de África.

Desde el siglo XVI la esclavitud negra se extendió con rapidez por América. Los esclavos negros comenzaron a utilizarse en las colonias de Cuba y La Española. Luego fueron empleados en grandes números en las plantaciones de Brasil, y de allí la costumbre se propagó por las colonias europeas del Caribe y finalmente por Norteamérica. El hecho de que la expansión de las plantaciones y, por lo tanto, de la economía de las colonias dependiera de la mano de obra negra hizo que su demanda creciera constantemente. El hombre blanco en América era cada vez más dependiente del hombre negro.

Un millón y medio de europeos habían emigrado a América hacia finales del siglo XVIII, pero unos seis millones de negros fueron trasladados desde África para servirles. Más de un 70% de los pasajeros de los barcos que cruzaron el Atlántico entre 1589 y 1820 eran negros. Se ha calculado que desde 1600 hasta finales del siglo XIX, cerca de 12 millones de negros fueron transportados a América. La razón por la que la cifra de negros es tan elevada se debe no sólo a la creciente demanda de su mano de obra sino a que la mortalidad era muy alta entre

ellos y su tasa de reproducción muy baja. Para mantener la población negra estable se necesitaba la constante llegada de barcos de África repletos de esclavos.

El hecho de que hubiera bastantes más negros que blancos en América desde el siglo XVII hasta el XVIII contribuyó a que llegara la cultura de los pueblos de África al Nuevo Mundo y no sólo la europea. Los negros se vieron obligados a vivir en un mundo dominado por los blancos y, con el tiempo, perdieron sus lenguas africanas, sustituyeron sus creencias religiosas por la cristiandad y se les impusieron nombres y apellidos de sus amos. A pesar de ello, en un principio la cultura africana era claramente visible en cualquier plantación o lugar donde se concentraran los negros. En la música, la gastronomía, y también en sus creencias y en su forma de hablar, se podía percibir el legado africano. A medida que muchos de ellos obtuvieron la libertad la cultura africana fue cada vez más visible en algunas colonias. En el caso de Brasil, la población negra iba tener mucha influencia en su cultura popular y en su folclore. En las costas de la actual Venezuela, Colombia, Surinam o Guayana, y muy especialmente en las islas caribeñas donde la población negra era mayoritaria, la cultura y las costumbres de África estaban muy presentes, como lo siguen estando en la actualidad.

Si se hubiera mantenido la misma distribución entre población negra y blanca de América, la civilización atlántica habría implicado elementos tanto africanos como europeos. Sin embargo, los cambios experimentados a lo largo del siglo XIX hicieron que la presencia de los negros y de su cultura fuera mucho más marginal. La importación de negros a América cesó tras la prohibición del comercio de esclavos y, por otro lado, en el siglo XIX tuvo lugar la mayor ola de emigración de blancos desde el otro lado del Atlántico, por lo que los negros pasaron de ser mayoría en muchos lugares a convertirse en una minoría étnica, especialmente en los Estados Unidos. Como consecuencia, la civilización atlántica se convirtió en una civilización occidental, que, como ha explicado el historiador Felipe Fernández-Armesto, es otro nombre para una civilización blanca de origen occidental.

En 1798 el reverendo inglés Thomas Malthus publicó el *Ensayo sobre el principio de la población,* que iba a convertirse en el libro más influyente que se ha escrito en Occidente sobre esa materia. En este ensayo Malthus analizaba las consecuencias que podía tener el aumento de la población sobre la sociedad y advertía que, al contrario de lo que se pensaba en esa época, el incremento poblacional constante po-

día tener efectos devastadores en Inglaterra o en cualquier país donde se produjera. El aumento de la población trae consigo la proliferación de la mano de obra y, como consecuencia, la reducción de los salarios, afirmaba el reverendo. Un impacto mucho más devastador del crecimiento demográfico era la escasez de alimentos, pues Malthus explicaba en su obra que llegaría un momento en que la producción agrícola y ganadera no sería suficientemente alta como para alimentar a toda la población.

La teoría apocalíptica de Thomas Malthus sobre las consecuencias del crecimiento demográfico tuvo un gran impacto en la Inglaterra de su tiempo. A consecuencia de ello en 1800 se encargó el primer censo de la población, que fijó la población de Gran Bretaña en torno a los diez millones de habitantes. Aunque las predicciones de Malthus no se han cumplido (al menos por ahora) sí lograron crear mucha preocupación en la sociedad de su época. Las fórmulas naturales que tradicionalmente impidieron el aumento de la población fueron las guerras, las epidemias y el hambre, según explicaba Malthus en su libro, y las alternativas menos dolorosas pasaban por el control de la natalidad, que en esa época sólo era posible mediante el celibato o el retraso en la edad de contraer matrimonio. Una tercera opción para prevenir el aumento indeseado de la población era a través de la emigración. Ésta es la razón por la que Gran Bretaña y algunos otros gobiernos europeos la fomentaron, especialmente los que tenían colonias donde enviar a su exceso de población. El hecho de que fuera el sector más pobre de la sociedad el que se lanzara a emigrar suponía un alivio para los gobiernos pues se reducían los problemas asociados a la pobreza y se ahuyentaba el fantasma de la pesadilla malthusiana.

Sin necesidad de leer a Malthus, un alto porcentaje de la población europea era consciente de los problemas del exceso de población que analizó el reverendo inglés. La escasez de trabajo y alimentos en el campo provocó la emigración a las ciudades, aunque en gran parte de éstas la situación no era mucho mejor. A pesar de que en la vieja Europa las perspectivas de futuro eran oscuras para muchos trabajadores, la ventaja que tuvieron los que nacieron a lo largo del siglo XIX sobre sus antepasados fue que las posibilidades de emigrar a otros continentes eran cada vez mayores.

El destino favorito para los emigrantes europeos fueron los Estados Unidos de América. El hecho de que varios países europeos tuvieran ya comunidades de emigrantes asentadas en este país contribuyó a que se

intensificara la emigración a lo largo del siglo XIX. Ser la primera nación independiente de América fue también un incentivo para muchos emigrantes que no pertenecían a ninguna potencia colonial. Ante todo Estados Unidos necesitaba emigrantes para poblar los territorios que iba adquiriendo, y las posibilidades de hacer fortuna allí eran mayores que en cualquier otro lugar del mundo.

La emigración británica continuó a lo largo del siglo XIX, especialmente de escoceses e irlandeses, aunque el hecho de que los emigrantes de Gran Bretaña tuvieran posibilidades de emigrar a tantos lugares de su enorme imperio hizo que se dispersaran por distintos puntos del planeta.

Para los irlandeses Estados Unidos fue el lugar predilecto de emigración, pues era el más accesible, tenían ya fuertes vínculos con el país y además –gran incentivo para ellos– era un país que había logrado independizarse de Gran Bretaña. A partir de 1842, la crisis de la patata en Irlanda provocó un éxodo masivo de la isla. Las hambrunas causadas por la epidemia de la patata, que era el alimento básico para la mayoría de sus habitantes, creó una crisis económica y social tan grande que Irlanda perdió casi una cuarta parte de su población. De los cerca de dos millones de irlandeses que abandonaron su país en la década de la crisis de la patata, la mayoría se fue a Estados Unidos.

Hacia 1850 los irlandeses componían la cuarta parte de la población en las ciudades de Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore. Ganarse la vida en Estados Unidos tampoco resultó fácil para ellos: los prejuicios de ingleses contra irlandeses, de protestantes contra católicos y de ricos contra pobres hicieron que la comunidad irlandesa fuera muy marginada inicialmente. A pesar de que Estados Unidos proclamó la igualdad como uno de los pilares de su sociedad no todos los emigrantes eran iguales. El legado de la lucha entre pueblos europeos iba a estar muy presente en el gran país americano. Sin embargo los irlandeses iban a progresar y superar gradualmente las barreras hasta llegar a lo más alto de la cúpula económica y política americana. Entre los emigrantes irlandeses que salieron de la isla en los años de la gran hambruna estaba Patrick Kennedy, que emigró del condado de Wexford y se estableció en Boston en 1849, donde se dedicó al oficio de tonelero. Desde tan humildes comienzos su hijo Patrick Kennedy llegó a ser un destacado político en el estado de Massachussets, pero éste no fue más que el comienzo del ascenso político de la familia Kennedy en Estados Unidos.

El otro gran contingente de emigrantes europeos fue el de Alemania. La crisis de los años cuarenta y la revolución de 1848 provocó la salida de muchos alemanes de sus principados. En torno a un millón se asentó en Estados Unidos a lo largo de la década siguiente. No sólo se establecieron en las ciudades ya fundadas por sus antecesores sino que se expandieron por todo el país. En Nueva York la comunidad alemana era muy numerosa. La influencia de exiliados revolucionarios se hizo notar con la fundación en 1867 del primer Partido Socialista americano. En los años siguientes la emigración alemana se intensificó y a mediados de los años ochenta otro millón más entró en Estados Unidos. Milwaukee y Cincinnati se convirtieron en los principales centros de cultura alemana en el país. Gracias al espíritu emprendedor e industrioso que caracteriza a los alemanes, varios de ellos siguieron la estela de John Jacob Astor, uniéndose a la élite empresarial del país.

Otro país muy presente en la emigración a América fue Suecia, de donde salieron más de un millón de emigrantes a lo largo del siglo XIX. Desde Noruega emigraron unas 750.000 personas entre 1820 y 1900, lo que equivalía a cuatro quintos de su población, y de Holanda partieron a tierras americanas unas 350.000 personas. En general, aparte de ingleses, escoceses y galeses, la emigración del norte de Europa y de países protestantes era la más bienvenida por la élite política y el gobierno de Estados Unidos. De hecho, los países donde abrieron agencias para promover la emigración fueron Gran Bretaña, Alemania, Suecia y Noruega. Los prejuicios contra católicos provocaron presiones, especialmente desde el Partido Republicano, para restringir la llegada de católicos irlandeses y alemanes, y preservar así la cultura con la que se identificaban la mayoría de los estadounidenses.

A pesar de que el imperio francés ofrecía muchas opciones atractivas para los franceses que quisieran emigrar, las oportunidades que había en Estados Unidos atrajeron a muchos de ellos, algunos de los cuales llegaron allí a través de Canadá. En total unos 700.000 franceses se asentaron en Estados Unidos en el siglo XIX.

A partir de 1870 comenzaron a proliferar emigrantes de países del este y del sur de Europa. En Italia, la explosión demográfica y el deterioro de las condiciones de vida tanto en los núcleos urbanos como rurales provocó una ola de emigración a finales de ese siglo, y Estados Unidos iba a recibir la mayor parte de ese contingente. En la última década del siglo XIX, más de 600.000 italianos entraron en este país. Los griegos también comenzaron a emigrar a Norteamérica por aquel

entonces, e incluso los portugueses. Austriacos, húngaros, polacos, checos, rusos y otras nacionalidades del este europeo se fueron a los Estados Unidos en busca de una vida mejor.

A pesar de que los rusos tuvieron muchas oportunidades de emigrar dentro de su enorme imperio terrestre, con ello no lograron escapar ni de la pobreza ni de la opresión política. Ésta es la razón por la que emigrar a Estados Unidos se hizo tan popular, hasta el punto de que según los datos de los controles fronterizos más de tres millones de rusos llegaron a este país entre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Entre la población rusa emigrante proliferaron los judíos, especialmente a partir de 1881 cuando aumentó la persecución contra esta comunidad. Dos millones de judíos emigraron a Estados Unidos entre 1881 y 1914, y la mayoría procedía de Rusia.

Si para un irlandés, un escocés o un español cruzar el Atlántico era una carísima y arriesgada aventura, mucho más lo iba a ser para un polaco o un ruso, tan alejados de los puertos que llevaban a América. Se tardaba cerca de dos meses en cruzar el Atlántico y bastante más en el caso de viajar a Sudamérica. Los barcos, hacinados de emigrantes y en condiciones higiénicas muy deficientes, ponían a prueba la salud y la capacidad de resistencia ante la adversidad de los pasajeros. En 1710 un barco con 2.810 pasajeros alemanes sufrió una epidemia de tifus y 446 perdieron la vida. La muerte y la enfermedad eran compañeras inseparables de las tripulaciones y pasajes transoceánicos y siempre llegaban a su lugar de destino menos de los que partían.

Por fortuna para los emigrantes, en las primeras décadas del siglo XIX las condiciones de viaje empezaron a mejorar. Las innovaciones tecnológicas de la revolución industrial pronto fueron aplicadas al transporte marítimo. Barcos de vapor con casco metálico y propulsados por hélices sustituyeron a los tradicionales veleros de madera; también aumentaron en tamaño y en confort y fueron especialmente diseñados por las compañías navieras para alojar a cientos de pasajeros en largas travesías por los mares. Como consecuencia de estos cambios dio comienzo la era de los grandes trasatlánticos. Desde mediados del siglo XIX comenzaron a proliferar grandes naves que lograron acortar el tiempo de los viajes considerablemente, hacerlos más confortables y saludables, y también reducir su coste.

Las grandes naves transoceánicas constituyeron una aportación fundamental al poder de Europa en el mundo, casi tan importante como las carabelas del siglo XV. Si éstas permitieron descubrir América

aquéllas hicieron posible la emigración en masa a ese continente y a otros puntos del planeta, sin la cual la civilización occidental no hubiera sido tan predominante.

La era de los grandes trasatlánticos permitió que la relación entre Europa y América en general se estrechara considerablemente, especialmente la de Estados Unidos y Gran Bretaña. Fue desde entonces cuando la relación entre los dos países comenzó a ser realmente especial. Los barcos, que partían cada vez con mayor frecuencia, contribuyeron a hacer que no sólo emigrantes sino cada vez más hombres de negocios cruzaran el Atlántico en búsqueda de oportunidades. Entre los muchos negocios que ofrecía Estados Unidos destacaba el del ferrocarril, que crecía tan rápido que en la década de 1840 tenía ya más kilómetros de vías de tren que en toda Europa, y en él invirtieron muchos empresarios británicos y también holandeses y alemanes. La relación entre la aristocracia británica y la élite empresarial estadounidense fue cada vez más intensa. Matrimonios entre miembros de sus familias, que un siglo antes hubieran escandalizado a los salones londinenses, fueron cada vez más frecuentes. Muy famoso fue el matrimonio de la rica heredera Consuelo Vanderbilt con el duque de Marlborough o el de Randolph Churchill con Jenny Jerome, hija de un especulador de bolsa neoyorquino, de cuya unión nació uno de los mayores símbolos de la relación angloamericana: Winston Churchill.

La literatura iba a reflejar muy bien cómo evolucionó la relación trasatlántica a lo largo del siglo de las grandes migraciones. Charles Dickens viajó en dos ocasiones a Estados Unidos, donde sus libros eran tan populares que se pirateaban por todo el país. Dejó constancia de sus impresiones, no siempre positivas, en su *Diario Americano* y también en la célebre novela *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit*. Pero el que mejor describió el mundo angloamericano del siglo XIX fue sin duda el escritor bostoniano Henry James. James, que vivió entre los dos países a lo largo de su vida y acabó nacionalizándose británico, recogió en su obra la relación entre británicos y estadounidenses en la que había tanto admiración mutua como rencillas y prejuicios históricos.

La extraordinaria expansión territorial que experimentó Estados Unidos a lo largo del siglo XIX no hubiera sido sostenible a largo plazo sin el respaldo de un aumento muy considerable de su población. Por esta razón las grandes oleadas de emigrantes europeos fueron fundamentales. Desde las grandes ciudades del este a los entornos rurales más remotos, europeos de muy diversas procedencias fueron asentándose en

el gran país que les acogió hasta convertirse en americanos. La emigración europea también hizo posible el espectacular despegue que experimentó la economía americana desde mediados del siglo XIX, y que la convertiría a comienzos del XX en la economía más grande del mundo.

El otro gran destino norteamericano para le emigración fue Canadá. A comienzos del siglo XIX, Canadá era –como lo sigue siendo hoy– una de las zonas menos pobladas del planeta, pero a la vez una de las más ricas en tierras fértiles y yacimientos mineros. Gran Bretaña promovió la emigración a su colonia más extensa con mucho éxito a lo largo del siglo XIX. Desde 1815 a 1850, en el periodo conocido como el de «la gran migración», 800.000 británicos entraron en Canadá. Su impacto cultural fue notable y los colonos de origen francés, que hasta entonces habían sido el contingente de población más numeroso, pasaron a ser minoría. La emigración de habitantes de Quebec a Estados Unidos que tuvo lugar por aquel entonces se debió en parte a que éstos comenzaron a sentirse marginados ante el predominio de población británica.

En 1851 se descubrió oro en la costa oeste, provocando la llegada de un gran aluvión de emigrantes tanto europeos como estadounidenses. Un año después, Gran Bretaña declaró oficialmente a Columbia Británica como su colonia, con el fin de asegurarse que esta región permaneciese bajo soberanía británica ante el creciente interés de Estados Unidos por anexionársela. Aunque la fiebre del oro duró poco, sirvió para que esta remota región comenzara a poblarse y se convirtiera en un destino atractivo para los colonos.

La gran migración contribuyó a unificar todo el enorme territorio bajo dominio británico, aunque eso sí, con un alto grado de independencia. En 1838 el gobernador de la Norteamérica británica, el conde de Durham, presentó un informe que iba a ser muy influyente en la historia del imperio británico. En él recomendaba que todos los territorios de Canadá deberían tener su representación en un gran parlamento autónomo, y que la mejor forma de garantizar la lealtad de los colonos hacia la madre patria era dándoles la máxima independencia. Gracias a Durham los canadienses nunca se enfrentaron a la corona británica como sus vecinos en las trece colonias. En 1869 nació el dominio de Canadá, fiel al espíritu autonomista del informe Durham.

La gran migración quedó lejos de las cifras necesarias para poblar un territorio tan extenso. En 1871 Canadá tenía alrededor de tres millones y medio de habitantes. Por este motivo en la década de 1870 su gobierno comenzó a promover la inmigración en Escandinavia, Ale-

mania y Europa central, anunciándose como «el último y el mejor oeste», y contribuyendo así a que muchos vieran a esta colonia como una mejor alternativa a los Estados Unidos. Tras esta campaña publicitaria, emigrantes de diversos países europeos iban a sumarse a los pobladores de origen británico y francés en Canadá.

Mientras que la emigración contribuyó a estrechar los lazos entre Norteamérica y Europa, otras partes del continente americano iban a experimentar un proceso similar. El sueño americano, tan asociado a los Estados Unidos, también iba a tener lugar en otros lugares del centro y el sur del continente americano. El desmembramiento de los imperios ibéricos en América no supuso el fin de la influencia de España y Portugal al otro lado del Atlántico. Los grandes movimientos migratorios de España y Portugal estaban aún por llegar tras las independencias iberoamericanas.

España no tenía un exceso de población que enviar a América como Gran Bretaña o Alemania, pero el incentivo económico para emigrar iba a ser cada vez mayor para muchos españoles a lo largo del siglo XIX. En una economía agrícola como era la española, muchos habitantes del país estaban expuestos a los problemas del campo. Salvo la aristocracia y la reducida burguesía, el resto de la población veía la emigración como la única opción para hacer dinero y ascender socialmente.

Tras la década de 1820 las únicas colonias donde emigrar que les quedaban a los españoles eran Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Cuba iba a ser la más importante y la que iba a atraer el mayor número de españoles en busca de fortuna. El más destacado de todos los emigrantes que probaron suerte en la isla caribeña fue el primer marqués de Comillas, Antonio López y López.

Antonio López nació en 1814 en el pueblo cántabro de Comillas en el seno de una familia pobre. Como tantos niños nacidos en familias humildes, comenzó a trabajar desde su niñez: emigró primero a Andalucía a los diez años y a Cuba a los catorce. Tras llegar a América, trabajó durante diez años como mozo de almacén y en todo tipo de labores que le permitieran ahorrar al máximo para emprender los grandes proyectos con los que soñaba. A los veinticuatro años hizo su primer negocio fletando un barco de harina desde el puerto de Santander a la Habana. Mientras que el flujo de productos, capitales y personas entre ambos lados del Atlántico era cada vez mayor, el joven empresario decidió que la clave para hacer fortuna estaba en el transporte maríti-

mo. Fundó la compañía A. López, consiguiendo contratos de transporte, principalmente entre España, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. La compañía creció a gran velocidad en las décadas siguientes, transportando todo lo que pudiera dar beneficios, incluidos esclavos negros. En 1881 la empresa fundada por López pasó a convertirse en una sociedad anónima llamada Compañía Trasatlántica.

Antonio López también utilizó su fortuna para promover diversos negocios con el mundo colonial español. Fundó el Banco de Crédito Colonial en 1876. También hizo incursiones en el negocio del tabaco en Cuba fundando la Compañía General de Tabacos de Filipinas que iba a expandirse hasta el punto de ser considerada la primera multinacional española.

Antonio López recibió el título de marqués de Comillas del rey Alfonso XII, en reconocimiento a su extraordinaria contribución al mundo de los negocios. En los últimos años de su vida construyó un espléndido palacio en Comillas, y también utilizó su fortuna para promover obras que ensalzaran el nombre de su pueblo natal, como la fundación de la Universidad de Comillas.

El marqués de Comillas fue el más destacado ejemplo de los llamados «indianos», que con su fortuna contribuían tanto al desarrollo del Nuevo Mundo como al de su tierra natal, con importantes obras sociales. Muchos son los pueblos en Cantabria, Asturias, Galicia y País Vasco donde se puede apreciar el legado de los indianos. Además de las grandes casas de estilo colonial que los más acaudalados solían construir al regresar a su patria, también hacían donaciones para importantes obras sociales. Su ejemplo iba a inspirar a muchos jóvenes trabajadores españoles en busca de una vida mejor. Los indianos fueron todo un fenómeno social además de un factor económico muy importante en el desarrollo de muchos pueblos de España, como bien refleja la literatura de los siglos XIX y XX desde Benito Pérez Galdós a Pío Baroja o Vicente Blasco Ibáñez.

En una de las calles del centro de Santander un cartel de inconfundible estilo decimonónico dice lo siguiente: «Compañía Trasatlántica, antes A. López. Viajes mensuales a la Habana, Veracruz, Montevideo y Buenos Aires». Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta mediados del siglo XX muchos fueron los habitantes de Santander y su provincia que se embarcaron a alguno de estos destinos con el sueño de hacer fortuna, pues la esperanza era el principal combustible de los emigrantes. En otros puertos del norte de España y también de Barce-

lona, Cádiz o las islas Canarias, los barcos repletos de trabajadores que iban a «hacer las Américas» fueron una imagen habitual.

La emigración española se intensificó en las últimas décadas del siglo XIX e iba a continuar en el siglo XX. Se ha calculado que entre 1882 y 1935 más de cuatro millones de españoles salieron de su país. Cuba fue el foco de atracción principal hasta que dejó de ser colonia en 1898. El segundo destino más atractivo fue Argentina, seguida de México, Chile, Uruguay y también Brasil.

Sólo un 15% de los emigrantes españoles optaban por destinos que no fueran americanos. Entre éstos las colonias de Filipinas y Guinea Ecuatorial eran los destinos favoritos y los menos aventureros optaban por los más cercanos Marruecos y Argelia.

Al contrario que los emigrantes del norte de Europa, muchos españoles no consideraban la emigración como algo permanente y esperaban regresar a su patria tan pronto como pudieran. De hecho el 57% de los que se fueron entre 1882 y 1935 regresaron a España. Hubo mucha emigración temporal, especialmente en las zonas rurales de Cuba o Brasil, a las que muchos campesinos españoles viajaban para trabajar sólo en los meses de las cosechas y regresaban después.

Con respecto a Portugal, su población mostró bastante espíritu emigrante en especial a su mayor colonia. Hasta comienzos del siglo XVIII pocos portugueses se sintieron atraídos por Brasil, pero el descubrimiento de oro en este siglo hizo que la emigración se intensificara con gran rapidez. Fue por entonces cuando el portugués se impuso como la lengua predominante en la extensa colonia a medida que cada vez más portugueses se establecían en Río de Janeiro, Sao Paolo, Salvador de Bahía y muchos pequeños asentamientos que fueron fundando por el litoral.

Pero la emigración en masa iba a llegar a mediados del siglo XIX, como en el resto de América. La reciente independencia de Brasil no supuso un obstáculo para que la joven nación se llenara cada vez más de portugueses: más bien al contrario, la ruptura política no afectaba los nexos económicos y culturales con Portugal. Además de la emigración a las principales ciudades, a finales de siglo también se iba a intensificar la emigración al campo pues tras la abolición de la esclavitud aumentó la demanda de mano de obra y muchos campesinos iban a iniciar su aventura americana trabajando en las plantaciones. Más de 300.000 portugueses emigraron a Brasil en las últimas décadas del siglo XIX.

Brasil también atrajo mucha emigración alemana. En 1820 varias familias de colonos alemanes y suizos fundaron Nova Friburgo. Tras la independencia, el emperador Pedro I fue muy partidario de atraer emigración alemana, especialmente para poblar la región de Río Grande del Sur, y a lo largo del siglo la población alemana aumentaría progresivamente, haciendo de Nova Friburgo y otras pequeñas colonias fundadas por ellos perfectas réplicas de pueblos alemanes al borde del Amazonas.

Sin embargo, a finales de siglo el contingente más numeroso de europeos en Brasil iba a ser el de italianos. Después de Estados Unidos y Argentina, Brasil fue el destino favorito para la enorme ola de emigración italiana que tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX. El número total de italianos que entraron en Brasil entre 1876 y 1920 se sitúa en torno a 1.200.000. A pesar de que la integración en su país de adopción iba a ser rápida y la segunda generación de italianos iba a considerare brasileña, la impronta italiana en el gran país iba a ser notable. No en vano, alrededor de un tercio de la población blanca de Brasil en la actualidad desciende de italianos.

Además de portugueses, italianos, alemanes y españoles, Brasil iba a ser el destino elegido por emigrantes de muy diversas nacionalidades, especialmente Polonia, Austria, Ucrania y Rusia. Fruto de esta emigración, Sao Paulo y las principales ciudades del gran país se convirtieron en un mosaico de culturas europeas que cohabitaban con las culturas africanas y amerindias.

Un destino muy especial para la emigración europea fue Argentina. El país que surgió del viejo virreinato del Río de la Plata se convertiría en uno de los más extensos del continente americano. Desde la esplendorosa ciudad de Buenos Aires, los sucesores de San Martín iban a enfrentarse al enorme reto de conquistar, poblar y gobernar grandes extensiones de tierra. El espíritu de frontera tan característico de Estados Unidos se reprodujo en varios países americanos y muy especialmente en Argentina.

En la década de 1830 el presidente Juan Manuel de Rosas promovió la campaña de la Patagonia con el fin de ocupar tierras tanto en esa zona como en la Pampa y dedicarlas a la agricultura y la ganadería, y también expulsar a las tribus indígenas que las habitaban. Cuatro décadas más tarde tuvo lugar la llamada «conquista del desierto» con el objetivo de ocupar la Patagonia y evitar que Chile tomara la delantera;

en esta conquista las tropas argentinas también se dedicarían a expulsar y eliminar a sus pobladores indios.

Argentina se convirtió en uno de los países más atractivos para emigrar y, además, el gobierno argentino iba a promover la inmigración europea muy activamente. Según decía un artículo de la constitución de 1853: «el gobierno federal fomentará la emigración europea». Uno de los constituyentes, Juan Bautista Alberdi, escribió un influyente escrito bajo el título de *Gobernar es poblar,* y en él explicaba que «poblar es civilizar cuando se puebla con gente civilizada, es decir, pobladores de la Europa civilizada». En sus controvertidos escritos Alberdi no sólo argumentaba que Argentina debía estar abierta sólo para pobladores europeos sino que también discriminaba entre unos europeos más civilizados que otros, y por esta razón insistía en la necesidad de atraer emigrantes de países anglosajones y germanos. Aunque la emigración británica, irlandesa y alemana iba a ser numerosa, desde la década de 1870 en adelante a Argentina iban a llegar europeos de los cuatro puntos cardinales, tanto civilizados y cultos, en línea con los deseos de Alberdi, como bárbaros y analfabetos. Incluso también llegaron pobladores desde el imperio otomano.

El argentino fue quizás el más activo de todos los gobiernos americanos en la promoción de la emigración europea. Además de establecer agencias en las principales ciudades europeas y subsidiar el viaje a Argentina para los emigrantes más pobres, también hizo importantes campañas de colonización de las tierras más lejanas. Los resultados fueron extraordinarios: en 1869 la población de Argentina era de 1.800.000 habitantes, de la cual 160.000 eran europeos que habían llegado recientemente; en 1895 había ascendido a 3.954.911 habitantes. En las siguientes décadas, la población emigrante aumentó hasta el punto de que en 1930 había 6.330.000 emigrantes, de los cuales más de tres millones eran permanentes y el resto población flotante que permanecía en el país por un determinado periodo.

Después de los descendientes de españoles, la comunidad británica era la más antigua de las radicadas en el país hacia mediados del siglo XIX. La inversión inglesa en Argentina iba a ser muy importante, especialmente en sectores punteros de su economía como los ferrocarriles. Además de rica, la comunidad británica era muy respetada y, como consecuencia, muchas de sus costumbres arraigaron entre los argentinos, especialmente sus deportes y sus hábitos sociales. Los irlandeses también proliferaron desde la diáspora provocada por la gran

hambruna. Otra comunidad numerosa en Argentina fue la francesa, ya que Francia se convirtió en el segundo país europeo con más inversiones en este territorio. Sin embargo en las últimas tres décadas del siglo comenzaron a llegar grandes oleadas de emigrantes desde el sur, el centro y el este de Europa.

El contingente más importante fue, sin duda, el de los italianos. Cuando en 1869 se realizó el primer censo en Argentina los italianos constituían el 33% de la población extranjera. Éste era sólo el comienzo, pues en 1895 su número ascendía a casi medio millón de habitantes y representaban el 48% del total de la población extranjera. Aunque la mayoría eran emigrantes pobres del sur, los apellidos italianos comenzaron pronto a proliferar en el mundo de los negocios y en la política. Tanto en los barrios más humildes como en los círculos más exclusivos de Buenos Aires y las principales ciudades la influencia italiana iba a hacerse muy visible, dejando una profunda huella en la formación de la identidad argentina.

Los inmigrantes españoles fueron también muy numerosos: 1.400.000 se establecieron en Argentina entre 1880 y 1914. La gran mayoría procedía de Galicia, por lo que todos los españoles eran popularmente llamados «gallegos». Una contribución muy novedosa al mosaico de culturas europeas en este país fue la de Rusia. Primero llegaron los rusoalemanes del Volga para colonizar las tierras de la Pampa, pero pronto la presencia de rusos comenzó a aumentar vertiginosamente a finales del siglo XIX. También llegarían ucranianos, polacos, rumanos y representantes de otras nacionalidades centroeuropeas.

Entre los ciudadanos rusos también hubo un alto porcentaje de judíos, como ocurrió en el caso de los que emigraron a Estados Unidos. Muchos llegaron gracias al célebre barón Mauricio de Hirsch, empresario y filántropo judeoalemán, fundador de la colonia judía en Buenos Aires y de otros asentamientos judíos en la Argentina rural.

La expansión de inmigrantes europeos por Argentina iba a ser una de las grandes epopeyas de su expansión por el mundo. Entre las muchas historias que protagonizaron cabe destacar la del ingeniero rumano Julius Popper, brillante ingeniero que se fue a colonizar la Tierra de Fuego, donde había yacimientos de oro. Popper quiso fundar un nuevo asentamiento llamado Atlanta, patentó una cosechadora de oro que pudo haber sido un gran negocio, pero también iba a pasar a la posteridad como responsable de la matanza de una de las tribus indias que habitaban la remota región. Proliferan también historias de personajes

que hicieron las Américas en poco tiempo, como el italiano Antonio Devoto, fundador del Banco del Italia y del Río de la Plata, y del barrio en Buenos Aires que lleva su nombre.

Quizás lo que le dio a Argentina un carácter tan europeo no fue sólo el hecho de que su emigración procediera abrumadoramente del viejo continente sino también que ni la piel roja ni la negra o mulata iban a tener tanta presencia como en otros países del continente americano. La mayor parte de la población india de la Pampa, la Patagonia y del norte del país fue expulsada o exterminada ante la llegada de los blancos. Con respecto a la población negra, el virreinato del Río de la Plata tuvo una amplia población de esclavos negros, pero una buena parte se extinguió y lo que quedó de ella fue demasiado minoritaria en la Argentina como para hacerse visible. El gran escritor argentino Jorge Luis Borges explicaba muy bien la diferencia entre la identidad argentina y la del resto de América Latina al comentar que «los peruanos descienden de los incas, los mexicanos de los aztecas y los argentinos descienden de los barcos». La ciudad de Buenos Aires es la prueba más evidente de la influencia europea que predominó en la construcción de Argentina. La bella ciudad, que parece la capital de un imperio que nunca existió, como la definió André Malraux, recuerda a la vez a París, Madrid, Milán y otras ciudades del viejo continente, y es la reproducción más exacta del ambiente urbano europeo que se ha hecho en América.

A pesar de la extraordinaria representación de todas las culturas de Europa con que contaba Argentina desde finales del siglo XIX y que la mayoría de los recién llegados tuvieran su corazón al otro lado del Atlántico, los emigrantes lograron ser asimilados con gran rapidez por su país de adopción. Un plan de educación nacional obligatoria en castellano y las oportunidades que brindaba el enorme país para los emigrantes logró que en la segunda generación todos se convirtieran en argentinos leales a su nueva patria. Como afirmaba el senador Eduardo Casey, descendiente de irlandeses, «Europa no es nada al lado de nuestro país, el más rico y grande del mundo». Argentina era uno de los mejores lugares a los que emigrar para aquellos europeos que, frustrados en sus países de origen, buscaban nuevas oportunidades. Ello explica el orgullo que mostraban los argentinos de primera o segunda generación.

A pesar de que América fue el destino predilecto para la emigración europea, a medida que se expandieron los imperios cada vez hubo más

territorios en el mundo donde empezar una nueva vida. Entre los más lejanos y enigmáticos estaba Australia.

El 19 de enero de 1788 llegó a Botany Bay, bahía cercana al actual Sídney, una flota con 736 presidiarios, con los cuales iba a dar comienzo la colonización británica de Australia. Entre 1788 y 1853 unos 123.000 hombres y cerca de 25.000 mujeres fueron transportados a Australia a cumplir condena. Los delitos por los que uno podía ser condenado al destierro en Australia eran muy diversos: proliferaban delitos contra la propiedad, y también había muchos presos políticos. Una cuarta parte de los deportados a Australia eran irlandeses. Sin embargo, aunque fue una nación fundada por presidiarios, lo extraordinario es que pronto logró convertirse en una colonia donde se podía prosperar y vivir en paz y cuyos habitantes eran leales súbditos de la corona.

El gran artífice de esta transformación fue Lachlan Macquaire, gobernador de Australia entre 1809 y 1821. Macquaire decidió que Australia fuera una tierra de redención y no de castigo. Para lograrlo se propuso emplear a los presos en la construcción de Sídney, logró que bajo su mandato ésta se convirtiera en una ciudad colonial modelo y los elegantes edificios construidos por los presos hicieron que la arquitectura clásica occidental hiciera su entrada en Oceanía. Pero, ante todo, Macquaire fomentó enormemente que los presos se convirtieran en buenos ciudadanos, llegando a ofrecer parcelas de hasta 12 hectáreas de extensión a los que acabaran de cumplir su condena. Además de asentarse como granjeros o ganaderos, muchos expresidiarios que no podían regresar a Inglaterra abrieron negocios en Sídney. El ejemplo más destacado fue Samuel Terry, un ladrón de Manchester que tras cumplir su condena se dedicó al negocio hostelero y prestamista y logró consolidar una fortuna en la década de 1820. En ningún sitio del mundo se daba a los expresidiarios tantas oportunidades para reinsertarse a la sociedad. Como consecuencia, la deportación a Australia pasó de ser temida a convertirse en el destino ideal para muchos de los condenados a prisión, hasta el punto de que gran número de ellos hacían méritos para ser deportados a esas tierras.

A pesar de que en Australia había más ciudadanos libres que presos, desde 1823 atrajo muy poca emigración debido principalmente a la lejanía, pues para un emigrante británico Estados Unidos y Canadá eran alternativas más cercanas y baratas. No obstante, el descubrimiento de oro en Victoria al suroeste de Sídney en 1851 provocó un importante aumento. Por aquel entonces, Australia tenía unos 400.000

habitantes. Una década después había aumentado a 1.150.000. Y Victoria había pasado de albergar sólo a un 18% de los colonos a tener instalados en sus tierras a un 47%. Como se había demostrado desde que Colón llegó a América, ningún territorio estaba suficientemente lejos para los europeos ante la perspectiva de adquirir oro. Pero al margen de los pocos afortunados que lograron encontrar el precioso metal, el negocio principal para los colonos de este lugar fue la ganadería, especialmente el ganado bovino. Con respecto a los aborígenes, el impacto de la llegada de los colonos británicos iba a ser igual de nocivo que lo fue para los indios en América. Los británicos trajeron enfermedades contra las que los nativos no tenían defensas y su población descendió hasta convertirse en una minoría en su propia tierra. Además las extensiones ocupadas por los colonos para la ganadería y la agricultura redujeron su hábitat natural.

La colonización de Nueva Zelanda, la otra gran colonia de Oceanía, siguió pautas distintas. Su principal promotor fue Edward Gibbon Wakefield, un rico emprendedor británico que quiso poner en marcha un nuevo sistema de colonización. Wakefield, muy influido por las teorías malthusianas de su época, consideraba la colonización como la solución a los problemas de superpoblación y pobreza que padecían las principales ciudades británicas. Su plan era crear una compañía que ocupara tierras y se dedicara a su explotación y, mediante acuerdos con empresarios, artesanos y trabajadores de distintos oficios, fundar colonias. Con este fin nació la Compañía de Nueva Zelanda que en 1839 envió los primeros barcos para comenzar la colonización de sus islas.

Sin embargo, Edward Wakefield inspiraba poca confianza a los círculos gubernamentales y por ello la corona decidió ocupar formalmente Nueva Zelanda con el fin de evitar los problemas que su compañía pudiera crear, y también proteger los intereses británicos contra balleneros franceses y americanos que merodeaban por las costas. Con esta decisión la corona también pretendía prevenir enfrentamientos con el pueblo maorí, cuyo espíritu guerrero era bien conocido por todos los que se acercaban a estas islas.

En 1840 la corona británica firmó el Tratado de Waitangi con el pueblo maorí mediante el cual se establecía un gobernador en Nueva Zelanda, la tierra era reconocida como propiedad de los maoríes y éstos tendrían los mismos derechos que los ciudadanos británicos. A pesar de que este tratado parecía dejar bien clara la relación entre las

dos partes firmantes, la interpretación maorí del tratado fue distinta y ellos, que esperaban obtener protección del gobierno británico, protestarían ante la llegada creciente de colonos europeos que ocupaban sus tierras.

Tras neutralizar el poder de la Compañía de Nueva Zelanda mediante una indemnización, el gobernador supervisó la llegada de emigrantes británicos (que alcanzaron la cifra de 100.000 hacia 1860) entre los que había gran número de escoceses. La isla también atrajo emigrantes de Centroeuropa, especialmente del imperio austrohúngaro. Dos décadas después del inicio de la colonización, los blancos eran mayoría en Nueva Zelanda.

La colonización de Sudáfrica logró que esta parte del mundo se convirtiera en lugar de asentamiento permanente para europeos. A pesar de la lejanía, Sudáfrica era un lugar de gran valor estratégico, sus grandes extensiones despobladas ofrecían muchas oportunidades para el colono con espíritu emprendedor, y además desde allí las posibilidades de expansión hacia el norte, donde todo un continente estaba por descubrir, eran infinitas. Los 20.000 colonos bóeres que vivían en Sudáfrica eran bien conscientes del privilegio que suponía haber sido los primeros europeos en asentarse en esa tierra y en hacer de ella su patria. Por esta razón, la disputa con los colonizadores británicos iba a ser muy enconada.

Tras la cesión de la colonia de El Cabo por Holanda en 1815, el gobierno británico vio en este territorio otro destino predilecto para su población emigrante. En 1820 llegó el primer contingente británico a Sudáfrica. Cinco mil colonos se asentaron en El Cabo con la determinación de prosperar y hacer de esta tierra su hogar. La expansión hacia el interior iba a ser el resultado del enfrentamiento entre la comunidad bóer y la británica. Entre 1835 y 1943 tuvo lugar el llamado *Gran Trek*: unas 15.000 familias bóer emprendieron rumbo hacia el norte con el objetivo de fundar un nuevo asentamiento en el que pudieran ser dueños y señores de su destino.

La idea de viajar tan lejos para dedicarse al cultivo de la tierra y la ganadería no resultaba especialmente atractiva ni para británicos ni para otros emigrantes de Europa. Cosa distinta era dedicarse a buscar oro y así el descubrimiento de este metal y de diamantes en Sudáfrica cambió su destino para siempre. Desde el momento en que comenzaron a correr noticias de que los codiciados tesoros se podían encontrar al norte de la colonia de El Cabo, miles de emigrantes británicos, ade-

más de muchos de los que ya se habían asentado en Sudáfrica, se lanzaron a su búsqueda. La ciudad de Kimberley, donde se descubrieron los mayores yacimientos de diamantes y oro, aumentó su población vertiginosamente a lo largo de la década de 1870, y en 1873 contaba ya con 40.000 habitantes, convirtiéndose en la segunda ciudad más poblada de Sudáfrica. Los diamantes hicieron inmensamente ricos al empresario Cecil Rhodes y a sus socios de la compañía De Beers, y contribuyó a convertir a Sudáfrica en una de las colonias más prósperas del imperio británico.

Al margen de Sudáfrica, en general los europeos consideraban el continente africano como un territorio demasiado hostil al que emigrar. Desde los pioneros portugueses en Angola y Mozambique hasta todas las potencias que participaron en el reparto de África el hecho de colonizar no se interpretó necesariamente en el sentido de poblar. La excepción fue Argelia y hasta cierto punto Túnez y Marruecos. Con la colonización francesa de Argelia la relación entre el sur de Europa y el norte de África, prácticamente perdida desde tiempos de los romanos, volvió a recobrarse. Argelia se convirtió en un lugar muy atractivo para la colonización agrícola y a comienzos del siglo XX contaba con 150.000 colonos europeos, no sólo franceses sino también italianos y españoles, y la cifra continuaría aumentando a lo largo de todo el siglo. Túnez atrajo a un pequeño porcentaje de la masiva emigración italiana a finales del siglo XIX y algunos españoles optaron por la cercanía de Marruecos para asentarse allí.

Más impenetrable incluso que África para las masas de emigrantes europeos fue el continente asiático. Salvo los rusos, que colonizaron en grandes cantidades las estepas euroasiáticas y Siberia, ninguna otra potencia tuvo ni interés ni capacidad para asentar indefinidamente a sus súbditos en Asia.

La India británica nunca se vio como un destino al que enviar a su población emigrante. Más bien al contrario, a pesar de ser la perla del imperio, el *raj* británico se percibía como un mundo demasiado distinto y complicado como para que una familia británica echara raíces allí. Los británicos consideraban que su misión era gobernar, administrar y generar riqueza pero no poblar una tierra tan extensamente poblada por distintos pueblos indios. En 1861 la India contaba con una población británica de 126.000 personas, de las cuales unas 50.000 pertenecían al ejército. El resto trabajaban para la India Office o algún departamento de la administración británica, y un pequeño porcentaje eran

comerciantes y hombres de negocios, y para todos ellos su presencia allí estaba estrechamente ligada a la de su gobierno.

No obstante, como consecuencia de varios siglos de colonización, sí surgió una llamada comunidad angloindia compuesta por británicos que habían nacido en la India o que pasaron la mayor parte de sus vidas allí y, por lo tanto, sentían que su identidad no era exclusivamente británica. A esta comunidad perteneció el general George Roberts, primer conde de Robert, que nació en Cawnpore en 1832, hijo de un militar destinado en la India, y fue allí donde desarrolló la parte más importante de su destacada carrera militar. El miembro más famoso de la comunidad angloindia fue, sin duda, Rudyard Kipling, que nació en Bombay en 1865 y cuyo padre era el director de una escuela de arte en esa ciudad.

Para algunos militares, funcionarios o diplomáticos británicos Asia se convirtió en el lugar donde transcurrió la mayor parte de sus vidas debido a sus destinos profesionales. Los miembros de estas profesiones podían ser destinados, además de a la India, a Birmania, Ceilán, Singapur o Hong Kong, y muchos de ellos rotaban entre distintos destinos hasta convertirse en verdaderos expertos en el mundo asiático. Como dijo Benjamin Disraeli, tan admirador del mundo oriental, «Oriente es una carrera», y muchos hacían de Asia su destino profesional y vital.

Uno de los pioneros en hacer de Oriente una carrera fue Stamford Raffles, conocido como el padre fundador de Singapur, pues la máxima hazaña de su vida fue fundar esta ciudad en 1819. Tras llegar a Malasia como asistente del gobernador de Penang en 1805, Raffles consagraría el resto de su vida profesional a ampliar el dominio británico de esta región del mundo. También dedicó mucho tiempo al estudio de sus gentes y su cultura y publicó una influyente historia de Java.

Otras colonias europeas en Asia también fueron testigos de extraordinarias gestas de emigrantes en busca de fortuna. En el caso de Filipinas, la emigración española nunca fue numerosa, pero las actividades de los colonos españoles tuvieron gran influencia en la historia de esta nación. El emigrante vasco Antonio de Ayala llegó a Manila a comienzos del siglo XIX. Allí se asoció con el industrial alemán Andreas Zobel, que se había asentado en 1832. Fruto de esta asociación empresarial surgió uno de los conglomerados empresariales más poderosos de Filipinas hasta la actualidad, la Corporación Ayala. En otras colonias europeas como Macao también hubo extraordinarias historias de emigrantes que lograron prosperar, aunque éstos constituyeron una

pequeña minoría entre la población asiática pues Asia fue siempre un destino elegido únicamente por grupos muy selectos de emigrantes, preparados para dejar atrás su mundo occidental por mucho tiempo.

La emigración fue la mejor compañera de la expansión de los imperios europeos. Gracias a ella colonizar fue, en la mayor parte de los casos, sinónimo de poblar, y fueron esta población colonizadora y sus descendientes los que harían posible que la cultura occidental ocupara un lugar tan predominante en el mundo. Los imperios de ultramar dieron a las potencias europeas la oportunidad de propagar su influencia por el resto de los continentes, muy especialmente por América y Oceanía, escasamente poblados hasta la llegada de los europeos. A pesar de que Europa había puesto los cimientos de su cultura en buena parte del orbe entre el siglo XVI y el siglo XVIII, sus potencias carecían de suficiente población para poblar todos los territorios conquistados y consolidar su influencia en el mundo. Sin embargo esta situación cambió radicalmente en el siglo XIX. Durante este siglo la mayor parte de Europa experimentó una explosión demográfica y además las innovaciones tecnológicas que trajo la revolución industrial permitieron llevar cada vez más lejos a su población.

Las grandes olas de emigración europea que comenzaron en el siglo XIX y continuaron hasta bien avanzado el siglo XX dieron sentido a la expansión imperial y llevaron la influencia de Europa más allá del mundo colonial. El hecho de que la gran mayoría de los emigrantes se asentaran en América tuvo una importancia capital en el desarrollo de este continente, desde Canadá hasta Argentina. Sin la constante inyección de emigración europea la expansión territorial de Estados Unidos no habría sido tan exitosa ni tampoco su crecimiento, que haría de este país la economía más grande del mundo a partir de 1900. Los valores y las señas de identidad de Estados Unidos como superpotencia también deben mucho a la aportación de tantos europeos que acabaron sus vidas como ciudadanos estadounidenses. La emigración europea contribuyó también a afianzar la identidad de las naciones surgidas de los imperios ibéricos como naciones occidentales, muy especialmente en el caso de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. En definitiva, la emigración europea a América, de norte a sur, hizo posible el surgimiento de una nueva civilización atlántica y que la economía mundial dependiera cada vez más de las actividades entre ambos lados del océano Atlántico.

CAPÍTULO 7

El reparto de África

Desde el comienzo de la era de los descubrimientos, las costas del gran continente africano habían atraído a muchos navegantes europeos y varios fueron los reyes y gobernantes que decidieron fundar asentamientos en África. Portugal, España, Gran Bretaña, Holanda y Francia establecieron enclaves en esas tierras con el fin de aportar beneficios para sus imperios o simplemente servir de apoyo para los barcos en las rutas hacia otros continentes. Desde Isabel la Católica hasta Napoleón Bonaparte la idea de expandir su poder por África atrajo a muchos grandes líderes. Pero, hasta bien avanzado el siglo XIX, éste fue el continente más desconocido para los europeos. Al margen del norte de África, que había formado parte de las civilizaciones del Mediterráneo, y algunos asentamientos en las costas, se sabía muy poco sobre África: la mayor parte de este enorme continente estaba inexplorado y lo que podía haber en su interior constituía una gran incógnita.

Debido a sus dimensiones, la dureza de su clima extremo, los peligros de su fauna y la hostilidad que inspiraban sus habitantes, el interior de África parecía estar vedado para el hombre blanco. Sin embargo, la curiosidad de los europeos por conocer mundo, su avidez por adquirir riquezas y también por propagar su fe y su civilización les había llevado a explorar regiones aparentemente tan peligrosas e inhóspitas como las africanas en América, Asia y Oceanía. Por esta razón, en el siglo XIX la irrupción de los europeos en el único continente en el que aún no habían penetrado parecía ser tan sólo cuestión de tiempo, aunque en un principio nada hacía presagiar que acabaría siendo un objetivo prioritario de expansión imperial para las potencias europeas.

La carrera por ocupar África entre las potencias europeas debe mucho a un misionero escocés que se hizo famoso por sus exploraciones y se convirtió en una de las grandes figuras de la Inglaterra victoriana, el doctor Livingstone. David Livingstone nació en Escocia en 1818 en el seno de una familia humilde y profundamente religiosa que le incul-

có desde niño la vocación de misionero, aunque su interés por la ciencia le hizo también estudiar medicina. Tras completar su formación fue enviado por la Sociedad Misionera de Londres a Sudáfrica. El joven Livingstone llegó a África convencido de que la cristiandad y también el comercio podían sacar a los africanos del atraso y también erradicar males como el tráfico de esclavos, tan enraizado en el continente negro. Se instaló con su mujer y sus hijos en un pequeño pueblo en Sudáfrica pero, frustrado por la sedentaria vida de misionero, decidió lanzarse a la exploración de las tierras del norte. Fue el primer europeo en ver las que serían bautizadas como las cataratas Victoria y, ante todo, logró abrir el camino para llegar al corazón del África tropical.

De regreso a Inglaterra, en 1857, Livingstone publicó un libro sobre sus exploraciones con el que logró despertar el interés del gran público por el continente africano y, con el apoyo de la Real Sociedad Geográfica, consiguió financiación del gobierno para liderar una nueva expedición por África.

En 1866 Livingstone llegó a Zanzíbar con varios expertos que le acompañarían en la misión de descubrir la fuente del Nilo, que él consideraba la clave para poder llevar la cristiandad y la civilización a África. Tras muchas adversidades, llegó a un gran río, que inicialmente pensó que era el Nilo pero resultó ser otro gran río africano, el Congo. A pesar de sus dotes como explorador fue un pésimo líder de expediciones y los que le habían acompañado desde Inglaterra pronto le abandonaron, quedándose solo en la jungla africana.

Livingstone perdió contacto con la civilización durante seis años y en Inglaterra comenzó a correr el rumor de que estaba muerto. El interés que suscitaba el explorador escocés era tan grande que el periódico *New York Herald* contrató a un periodista llamado Henry Morton Stanley para que viajara a África a buscarle y relatara su aventura en el periódico. Milagrosamente le encontró en un pueblo al borde del lago Tanganica el 27 de octubre de 1871, saludándole con una frase que haría historia: *Dr Livingstone, I presume* («El doctor Livingstone, supongo»). No está claro si realmente pronunció estas palabras o por el contrario fueron producto del instinto fabulador de Stanley con el que quería entretener a sus lectores. En cualquier caso, evoca el espíritu de aventura y el interés por los misterios del África tropical que el misionero escocés logró despertar en todo Occidente.

Después de acompañar a Livingstone durante una temporada, Stanley no logró convencerle para que regresara con él a Inglaterra. El

explorador estaba decidido a no abandonar África hasta lograr cumplir su misión. Su empecinamiento le costó la vida. Tras mucho vagar por la selva africana acompañado por leales criados africanos y asistido ocasionalmente por tribus, David Livingstone falleció de malaria. Con su muerte la leyenda no había hecho más que empezar.

El ataúd con los restos de Livingstone y también sus baúles con las pocas pertenencias que había acumulado en vida llegaron a Inglaterra en abril de 1874, custodiados en todo momento por su fiel criado Jacob Wainwright. Al criado africano se le concedió el honor de llevar el féretro de Livingstone, junto a Stanley y otros dos familiares, en el camino hacia la abadía de Westminster, donde fue enterrado con todos los honores.

Desde que publicó su primer libro de viajes, Livingstone se convirtió en uno de los personajes más populares de Inglaterra. Unos le admiraban por haber descubierto el corazón de África para Occidente, otros por su fe cristiana, y para la gran mayoría encarnaba el espíritu emprendedor y aventurero de la era victoriana. Contribuyó más que nadie a fomentar el interés de su país por África, tanto entre científicos y misioneros como entre comerciantes y exploradores, y a revelar tanto la belleza de este continente como sus peligros y horrores. Tras su desaparición muchos decidieron dedicarse a completar su misión de «abrir África a la cristiandad», aunque ninguno lograría penetrar tanto en el alma de las tribus africanas y ganarse su afecto como lo había hecho él.

Henry Stanley había alcanzado la fama y la fortuna con su libro *Cómo encontré a Livingstone*. Tras la muerte del explorador, Stanley obtuvo financiación de los periódicos *New York Herald* y *Daily Telegraph* para emprender una expedición con el fin de abrir camino por el río Congo hasta su desembocadura en el mar a cambio de relatar su aventura en estos diarios donde tantos seguidores tenía el hombre que encontró a Livingstone.

Stanley comenzó su expedición en 1874 al mando de más de 300 personas, la mayoría porteadores africanos. Al contrario que Livingstone, Henry Stanley era un jefe estricto que no dudaba en aplicar los castigos más duros a los que desobedecieran sus órdenes y en eliminar a los que pusieran dificultades en su camino. En una ocasión tomó represalias contra una tribu que les negó asistencia y él mismo admitió haber matado a 35 hombres y herido a otros muchos. Su crónica escandalizó a muchos lectores, que enviaron protestas a la Real Sociedad Geográfica y al ministerio de Asuntos Exteriores británico alegando

que un comportamiento así desprestigiaba a su país en la misión africana. Sin embargo, Stanley no pareció avergonzarse de sus actos. Más bien al contrario, sería uno de los muchos que insistían en que los europeos no podrían traer la civilización a África sin imponerse por la fuerza y con castigos ejemplares, aunque a menudo éstos contradijeran los principios más básicos de la cristiandad.

La jungla, con sus peligros, y las enfermedades del trópico hicieron estragos en la expedición de Stanley: más de dos terceras partes de sus hombres murieron en el camino. Finalmente, tras 999 durísimos días, llegaron al pequeño poblado congoleño de Boma, pero Stanley no lograría la recompensa que esperaba por sus esfuerzos. Al regresar a Londres se dedicó a explicar los méritos de su expedición, a describir la riqueza que ocultaba África en su interior y a insistir en que, tal y como había querido Livingstone, Gran Bretaña debería asumir la responsabilidad de abrir el continente al comercio y la cristiandad. Sin embargo, para su decepción, el gobierno no le escuchó.

Originalmente Gran Bretaña no tenía más que un interés estratégico en el continente negro, y ésa era la razón por la que había ocupado la colonia de El Cabo. Pero las circunstancias iban a cambiar. En 1867 el descubrimiento de oro y diamantes en Kimberley convirtió a Sudáfrica en un destino muy atractivo para los emigrantes europeos. A partir de entonces, los barcos llevaron cada vez más colonos blancos a El Cabo, ávidos por hacer fortuna, y con su avance hacia el norte los choques con los bóeres y también con los nativos parecían inevitables. En 1875 el ministro de colonias, lord Carnavon, propuso la creación de una federación entre territorios británicos y bóeres, como se había hecho en Canadá entre provincias inglesas y francesas, pero los bóeres, que bajo ningún concepto querían perder su independencia, se negaron. Presionado por los colonos británicos que exigían que su gobierno protegiera sus derechos, el primer ministro Disraeli dio luz verde a la anexión de la república de Transvaal.

El avance británico iba a hacerse a costa de dos guerras, la primera contra los zulús. Los zulús, una de las tribus más guerreras de África que llevaban ya varias décadas peleando contra los bóeres por defender sus tierras, lanzaron su primer ataque contra las tropas británicas en 1879 causando tal masacre que provocó la caída del gobierno de Disraeli. Sin embargo, en posteriores batallas el ejército británico logró imponerse. La primera guerra contra un pueblo africano, provocada por la incursión europea en el continente, tuvo mucho eco entre las

potencias. Provocó gran conmoción en Francia porque en ella murió el heredero de la dinastía Bonaparte, que en el exilio se había unido al ejército británico. La batalla de Rorke's Drift, en la que un solo regimiento logró defenderse de miles de zulús y que sería inmortalizada en la película *Zulú*, protagonizada por Michael Caine en los años sesenta, se convirtió en un mito en la historia del imperio británico. Venía a mostrar que, con muy pocos hombres bien disciplinados y con tecnología moderna, Gran Bretaña podía gobernar y someter a los africanos por muy numerosos que fueran.

Tras ganar la guerra contra los zulús, el gobierno británico tuvo que hacer frente a la secesión de los bóeres. A pesar de la superioridad de las tropas británicas, no fue posible apaciguar la zona y, finalmente, el primer ministro Gladstone propuso firmar la paz a cambio del autogobierno para los bóeres.

Los intereses estratégicos y económicos también obligaron a Gran Bretaña a tener cada vez mayor presencia en Egipto. En 1869 se construyó el Canal de Suez tras un acuerdo entre el régimen egipcio y Francia, lo que causó mucha preocupación a la diplomacia británica ante la probabilidad de que Francia acabara controlando este antiguo país que con el nuevo canal tendría mucha importancia para los intereses del imperio británico. Pero pronto iba a surgir una oportunidad para aumentar el control de Londres. El régimen del sultán Ismail construyó el canal a base de contraer una enorme deuda con bancos europeos que no podía pagar y que además le causaba problemas locales por la subida de impuestos con los que estaba gravando a su población. En estas circunstancias, el sultán no tuvo otra opción que vender las acciones egipcias del Canal de Suez a Gran Bretaña, que pasó así a ser copropietaria con Francia del canal.

A partir de entonces, la intervención británica en Egipto iba a ser cada vez mayor: primero, para controlar la situación política de este país que era muy convulsa y, en segundo lugar, para evitar que la influencia francesa avanzara. Tras una revuelta nacionalista en 1882, Gran Bretaña y Francia tuvieron que enviar tropas a Egipto, llegando incluso a bombardear Alejandría y, desde ese momento, el país pasaría a ser un protectorado de Gran Bretaña.

El rey Leopoldo II de Bélgica seguía las noticias sobre las expediciones por África con más interés que ningún otro monarca europeo. Desde

que accedió al trono en 1865 se había propuesto aumentar el prestigio de su pequeño reino, rodeado de grandes potencias, y la adquisición de una colonia le pareció la mejor forma de lograrlo, pues estaba convencido de que las colonias aportaban prestigio y prosperidad. Ni su gobierno ni tampoco la sociedad belga en general parecían compartir su ambición colonialista, pues Bélgica se había convertido en un país rico gracias al desarrollo de su industria y sus súbditos no tenían claro que una colonia pudiera contribuir a su prosperidad sino, más bien al contrario, podría ser una fuente de gastos y preocupaciones.

Leopoldo II estaba convencido de que Bélgica necesitaba una colonia a pesar de la oposición de sus compatriotas y, para evitar problemas con su gobierno, estaba dispuesto a correr personalmente con los gastos. No en vano era uno de los hombres más ricos de Europa, pues había sabido multiplicar la enorme fortuna heredada de sus padres especulando con acciones del Canal de Suez.

En 1876 Leopoldo II dio el primer paso de su aventura colonial organizando el primer congreso geográfico sobre África central en Bruselas. El rey dio un discurso de bienvenida a los expertos de distintos países que se habían dado cita en la capital belga exaltando el deber filantrópico que tenía Europa de llevar la civilización al continente africano: «Abrir a la civilización la única parte del globo donde aún no ha logrado llegar, adentrarse en la oscuridad que cubre a poblaciones enteras, es, me atrevería a decir, una cruzada digna de este siglo de progreso».

En el congreso se discutieron fórmulas mediante las cuales los países deberían dividirse las misiones de exploración y optaron por crear un organismo internacional, la Asociación Internacional Africana, compuesto por varios comités nacionales. No estaba claro cómo la Asociación pretendía dividir las zonas de influencia entre las potencias en una época de tanta rivalidad, pero el congreso sirvió para promover la causa de la expansión por África entre las élites europeas. El famoso ingeniero Ferdinand de Lesseps, el constructor del Canal de Suez, la describió como la tarea humanitaria más importante de nuestro tiempo.

Con este congreso, Leopoldo II consiguió lo que deseaba: que su nombre se asociara a la expansión por África, y en Inglaterra pasaron a considerarle como la persona que llevaría a cabo la misión de Livingstone. A pesar de que el rey parecía hacerlo desinteresadamente y se cuidó mucho de mostrar la más mínima ambición imperial, estaba claro que al promover esta iniciativa aspiraba a lograr que Bélgica se llevara una parte de los beneficios de la colonización africana. Lo deja-

ría bien claro en una carta al Embajador belga en Londres: «No quiero perder la buena oportunidad de llevarnos un trozo de esta magnífica tarta africana».

Para hacer realidad estas aspiraciones, para las que contaba con dinero pero no con apoyo oficial, Leopoldo II necesitaba un hombre suficientemente audaz para abrirse camino por el corazón de África, tomar posesión de territorios en su nombre e iniciar su colonización. Lo encontró finalmente en 1877: su nombre era Henry Morton Stanley.

El rey recibió exultante la noticia de que el gobierno británico no estaba interesado en establecer un protectorado sobre las tierras exploradas por Stanley. Ésta era su oportunidad: si Gran Bretaña no quería asumir el privilegio de abrir el corazón de África a la civilización occidental, lo haría Bélgica. Tras largas negociaciones, Henry Stanley firmó un contrato en 1878 para servir al rey Leopoldo por un periodo de cinco años. En un principio su misión era abrir hospitales y estaciones científicas y construir unas carreteras que comunicaran a los pueblos del Congo. Con estos fines tan loables y beneficiosos para los congoleños, comenzó la colonización belga. Pero pronto fines más materiales iban a hacerse evidentes.

Mientras que el rey de Bélgica iniciaba su aventura colonial por el corazón de África, Francia, potencia que desde hacía tiempo tenía ya una presencia en África, iba a verse obligada por las circunstancias a ampliar sus posesiones por el continente negro mucho más rápido de lo que sus gobernantes hubieran querido. Desde la invasión de Argelia en 1830, la emigración de franceses a la nueva colonia se había intensificado, hasta el punto de convertirse en el territorio más importante del imperio francés. Una vez establecidos en Argelia, la tentación de expandirse por el norte de África iba a aumentar. En 1881 el gobierno francés aprovechó la incursión de tunecinos en territorio argelino para enviar tropas a Túnez y establecer un protectorado sobre el país vecino.

Mientras tanto, un joven aventurero y explorador llamado Pierre Savorgnan de Brazza iba a promover la expansión de Francia por África central con tanto éxito que acabaría por convertirse en uno de los grandes símbolos de la colonización francesa.

Brazza había nacido en Italia en el seno de una familia aristocrática italiana, pero se educó en Francia e hizo una extraordinaria carrera al servicio de la república francesa. Gracias a buenos contactos, que incluían a Ferdinand de Lesseps y políticos como Jules Ferry y a Léon Gambetta, logró recaudar 10.000 francos de la tesorería colonial para

su primera expedición por África, aunque la mayor parte del dinero lo puso su propia familia.

Tras iniciar su expedición por la costa del actual Gabón, Brazza entró en contacto con Makoto, rey de una tribu y soberano de esas tierras y del gran lago que era la clave para colonizar la región. Logró convencerle para firmar un acuerdo mediante el cual cedía su soberanía a Francia y permitía el establecimiento de un asentamiento francés a cambio de beneficios comerciales para su pueblo. Así comenzó la colonización francesa del Congo y Brazza; a partir de entonces, se convirtió en el peor enemigo de Stanley. La rivalidad entre los dos exploradores por tomar posesiones del Congo fue tan intensa que estuvo a punto de provocar un conflicto diplomático entre Francia y Bélgica.

Al regresar a París en 1882, Brazza intentó persuadir al gobierno francés sobre la necesidad de establecer su soberanía sobre las tierras del rey Makoto, alegando razones humanitarias, económicas y políticas. La causa del explorador iba a verse respaldada por la enorme popularidad que se ganó con su aventura africana. El apuesto aristócrata italiano vino a representar la causa romántica del colonialismo frente a la brutalidad de Stanley: la prensa francesa le describía como el apóstol de la libertad, pues mientras que él había logrado forjar alianzas con los nativos y convencerles de los beneficios de la civilización occidental, Stanley se había enfrentado a ellos y había provocado su enemistad.

Con tan sólo treinta y un años Brazza logró su objetivo. En 1883 regresó a Gabón para ocupar el cargo de gobernador colonial con la orden de establecer la primera colonia del Congo. Después, los intereses económicos y políticos llevarían a los franceses a extender sus dominios hacia otras regiones de África central. Pero la partida de Stanley no estaba del todo perdida. Leopoldo II decidió crear una nueva Asociación Internacional del Congo con el fin de fundar el Estado Libre del Congo, una iniciativa aparentemente filantrópica con la cual el rey Leopoldo promovería negocios para empresas europeas a fin de desarrollar esa zona, pero no haría negocios. También prometió conceder la independencia al nuevo Estado tan pronto como pudiera mantenerse por sí mismo. Sin embargo, el rey tendría aún que convencer a las potencias europeas sobre la legitimidad de sus pretensiones.

En mayo de 1884 el canciller alemán Otto von Bismark tomó una sorprendente decisión, que desconcertó tanto a sus colaboradores más estrechos como a sus homólogos europeos. Dio orden de izar la bandera alemana en Camerún, en Togo y en Agra Pequeña en el sureste de

África. Con la toma de estos territorios Alemania comenzaba a construir un imperio que iba a ser cinco veces el tamaño del Reich alemán. El desembarco germano en África no se esperaba pues el canciller que había unificado Alemania y la había convertido en una de las naciones más poderosas del mundo no era partidario de adquirir colonias, ya que hasta entonces la clave de su éxito había sido concentrar su poder en Europa. «Aquí está Rusia y aquí Francia, con Alemania en medio. Éste es mi mapa de África», comentó en una ocasión a un explorador alemán. Tenía tres buenas razones para estar en contra de los imperios coloniales: en primer lugar, dudaba de que fueran rentables económicamente; en segundo lugar, pensaba que su mantenimiento sólo se podía sufragar a base de impuestos que los alemanes no estarían dispuestos a pagar, y, en tercer lugar, la adquisición de territorios provocaría tensiones con rivales europeos.

Sin embargo sus planteamientos sobre las colonias en la década de 1870 parecían haberse quedado desfasados en los ochenta. La carrera por África se aceleraba, los principales rivales de Alemania ampliaban sus posesiones y los ciudadanos alemanes se preguntaban por qué su nación, que aspiraba a ser la más poderosa de Europa, se quedaba al margen del reparto del continente negro y renunciaba a los beneficios que éste pudiera darle. Alemania tenía que lanzarse a la conquista de África antes de que fuera demasiado tarde. Por esta razón, en 1884 Bismark empezó a construir su imperio colonial.

Bismark entró en la carrera por África en un momento en que aumentaban las disputas entre potencias coloniales por los territorios adquiridos. Con el fin de evitar que la incursión de Alemania provocara más tensiones, el astuto canciller convocó un congreso en Berlín para discutir la cuestión africana en 1885. El objetivo del congreso era promover la civilización de los nativos africanos abriendo el interior del continente al comercio. Se establecieron tres objetivos: libre comercio para el Congo, libre navegación del río Níger y acuerdos para la futura anexión de territorios en términos aceptables para todos.

Se ha argumentado que fue el congreso de Berlín el que dio lugar al reparto de África, pero fue más bien al contrario: el reparto de África ya había comenzado y este congreso sirvió para establecer una serie de reglas ente las potencias que habían decidido colonizar el continente africano. Sí es cierto que este congreso logró que los grandes estadistas de la época se comprometieran con la colonización de África y con los ideales de Livingstone de introducir el comercio, la cristiandad y la civilización.

Aunque pareciera mera retórica, había un compromiso formal y quedarían en muy mal lugar en caso de que la conquista europea se limitara a explotar los recursos y satisfacer aspiraciones nacionalistas.

En un principio el gran ganador del congreso de Berlín pareció ser Leopoldo II, pues en él su grandioso plan de crear el Estado Libre del Congo obtuvo la bendición de todas las potencias reunidas allí. En poco tiempo el territorio de 500.000 kilómetros cuadrados se extendería hasta llegar a los 2.300.000 kilómetros y el soberano belga reinaría sobre una colonia que era unas 75 veces más grande que Bélgica. Ya nadie podría decir que los límites de su reino eran pequeños. Con esta iniciativa, el rey de los belgas había conseguido convertirse en cabeza de la expansión por África y situar a su país entre las potencias colonizadoras. Sin embargo, abrir el corazón de África a la civilización iba a distar mucho de ser la obra humanitaria con fines filantrópicos que prometió Leopoldo II.

Al igual que el francés y el británico, el imperio alemán en África iba a extenderse gracias a aventureros que promovieron su expansión desde el continente negro. Karl Peters, un entusiasta promotor de la colonización alemana, fundó la Compañía Alemana para África oriental en 1885 e inició sus actividades en la zona. Debido a que su gobierno no estaba dispuesto a respaldarle, amenazó a Bismark con vender sus adquisiciones a Leopoldo II de Bélgica, ante lo cual el canciller no tuvo más remedio que dar cobertura oficial a la compañía. Tras su desembarco en África, Peters llegó a un acuerdo con el sultán de Zanzíbar, para alquilarle los dominios situados en la actual Tanzania, comenzando así la explotación de la región.

En 1890 la Compañía Comercial se enfrentó a una revuelta de la población y el gobierno alemán tuvo que intervenir y enviar tropas. Tras pacificar la zona en la que estaban en juego intereses alemanes, Bismark decidió someterla directamente a la soberanía alemana y convertirla en una nueva colonia de su nación. Karl Peters fue el principal beneficiario de la transformación de su pequeño imperio comercial en colonia. Después de ser recibido con honores en Alemania por haber abierto esta parte del mundo a la colonización de su país regresó a Dar es Salam, la nueva capital de la colonia, para ocupar el cargo de alto comisario imperial de África oriental.

En el ejercicio de este alto comisariado de la colonia alemana gozó de plenos poderes para desarrollar sus ideas sobre la colonización. Su problema, como les ocurrió a otros europeos, fue la relación con la

población; sus métodos brutales para imponer la ley y el orden y hacer trabajar a los locales provocaron una nueva revuelta. A consecuencia de ello, Peters fue destituido de su cargo y a su regreso a Alemania fue sometido a juicio tras la publicación de unos informes sobre sus métodos inhumanos de tratar a los africanos, tras el cual fue definitivamente inhabilitado e incluso perdió su pensión. A pesar del ignominioso fin de su carrera, Peters siguió siendo un ídolo para muchos alemanes y un símbolo de los valores que Alemania debería llevar a África.

Muchos fueron los europeos que con muy diversos fines decidieron contribuir al llamamiento de Livingstone de abrir África a la civilización, pero los más célebres y los que más iban a representar el espíritu expansionista de la época fueron británicos.

El prestigioso general Charles Gordon llegó a África en 1873 con el encargo del virrey Ismail Pachá de Egipto de ponerse al frente de las tropas egipcias en su avance hacia Sudán. Gordon fue nombrado gobernador general de Sudán en 1874 y en los años que estuvo en esta región no sólo logró suprimir las constantes rebeliones contra el dominio egipcio y la influencia británica sino que también se convirtió en un símbolo de la lucha contra la trata de esclavos. Tras su cese como gobernador en 1880, Sudán pronto cayó bajo la influencia del líder nacionalista Muhammad Al Mahdi. El gobierno británico no estaba dispuesto a involucrarse en esta zona convulsa y envió de nuevo a Gordon con la misión de preparar la evacuación de Jartum. Tras llegar a esta ciudad, el general, que temía un ataque de las tropas mahdistas, pidió refuerzos británicos pero éstos llegaron tarde. Gordon murió intentando parar la invasión y Mahdi ordenó que la cabeza del general fuera expuesta ante sus tropas como símbolo de victoria.

La noticia del trágico final de Gordon y la derrota de sus tropas causaron mucha indignación en Gran Bretaña. Hasta la propia reina Victoria expresó su decepción ante el primer ministro Gladstone por haber dejado morir a un héroe nacional que encarnaba los valores de la era victoriana. Esta crisis pareció demostrar que no era del todo cierto que los ciudadanos no estuvieran dispuestos a apoyar arriesgadas campañas en África. Más bien al contrario. Cuando se trataba de defender su civilización frente a los que consideraban bárbaros o evitar que otras potencias europeas ganaran terreno a costa suya, los británicos exigían a su gobierno mayor intervención. Aunque el primer ministro Gladstone no lo entendió a tiempo pues esta crisis precipitó la caída de su gobierno, sus sucesores comprendieron muy bien este mensaje.

Después de la derrota en Jartum, el gobierno británico iba a seguir con más interés los consejos de los buscadores de fortuna que desde África recomendaban establecer zonas de influencia. Así ocurrió con el experimentado hombre de negocios, sir George Taubman Goldie, que formó una compañía para explotar el río Níger, una zona que franceses y alemanes pugnaban por controlar. En 1886 logró una comisión del gobierno para formar la Compañía Real de Níger, comenzando así la presencia británica en la región de África occidental.

Más decidida aún iba a ser la apuesta británica por África oriental. Desde hacía tiempo, el puerto de Mombasa tenía mucho interés estratégico para Gran Bretaña por ser un punto clave en la ruta a la India. Desde mediados del siglo XIX muchos comerciantes y misioneros se sintieron atraídos por la ciudad y las bellas tierras cercanas al Kilimanjaro. Entre ellos iba a destacar un hombre de negocios escocés, William Mackinnon, que tras hacer fortuna en la India llegó a un acuerdo con el sultán de Zanzíbar para hacer negocios en su reino. Mientras Mackinnon comenzaba a crear riqueza en Mombasa, a la diplomacia británica le preocupaban los movimientos del alemán Karl Peters por la zona, y ello iba a llevar al gobierno a conceder una licencia en 1888 para crear la Compañía Imperial Británica de África oriental. Mackinnon fue puesto al frente de esta compañía, y con este nombramiento culminaba su extraordinaria carrera como hombre de negocios al servicio del imperio británico.

Sin embargo, para decepción del gobierno británico, la creación de compañías no siempre era la mejor forma de garantizar que los intereses británicos prosperaran en la zona. Con el fin de garantizar que el mercado abierto por Taubman Goldie continuara, en 1900 el gobierno compró sus derechos de la Compañía Real de Níger y estableció un protectorado sobre la zona, convirtiendo a Nigeria en la base británica de la zona occidental del continente. Con respecto a la Compañía Británica de África oriental, ésta envió en 1890 al aventurero Frederick Lugard a extender su influencia por Uganda, cosa que logró aunque a costa de muchos conflictos con las tribus locales y grandes pérdidas económicas lo que provocó que el primer ministro Gladstone, tan poco aficionado a las aventuras coloniales, estuviera a punto de retirarse de Uganda. Finalmente no lo hizo pues Lugard se empleó a fondo en convencerle de que debería resistir, pero optó por relegar a la compañía de su misión y crear un protectorado en África oriental. Unos años después, en 1905, se estableció la capital en Nairobi y el coronel

J. Hayes Sadler fue enviado como gobernador. A partir de entonces, la actual Kenia se convirtió en una de los destinos coloniales preferidos por los británicos.

El individuo que más impacto tuvo sobre la política británica en África y que reflejó más que ningún otro el espíritu expansionista de la época en que vivió fue Cecil Rhodes. Ningún buscador de fortuna europeo tuvo tanto éxito en sus aventuras por el mundo como este hombre de negocios, magnate de la industria minera y político imperialista. Desde niño tuvo sueños de grandeza y estuvo convencido de que su destino era hacer grandes cosas. Sus obras darían testimonio de esta vocación ya que, no en vano, se le conocía como «el Coloso».

Cecil John Rhodes nació en Inglaterra en 1853, hijo de padres de clase media, pero se le puede considerar sudafricano pues muy joven fue enviado por su familia a ayudar a su hermano en una granja que tenía en Natal y pasó casi toda su vida en el continente africano. En 1871 los hermanos Rhodes abandonaron la granja para dedicarse al comercio de diamantes en Kimberley, uno de los negocios más lucrativos del mundo colonial. Hábil negociador y trabajador infatigable hasta el punto de que nunca se casó porque decía no tener tiempo para esos menesteres, Rhodes consiguió financiación de la compañía británica Rothschild and Sons y dedicó los 17 años siguientes a comprar los pequeños negocios explotadores de minas de diamantes con los que aspiraba a hacer más dinero que ningún otro.

Mientras hacía su fortuna, Rhodes también buscó tiempo para su educación. Logró ser admitido en la Universidad de Oxford y, aunque sus negocios sólo le permitieron pasar pocos trimestres allí, su estancia en Oxford le ayudó a poner en orden sus sueños de grandeza. Fue en esa universidad donde se convirtió en un firme partidario de la causa del imperialismo británico, y allí decidió que él sería uno de sus principales promotores. Era una especie de rey Midas, que todo lo que tocaba lo convertía en oro, y los que siguieron sus ambiciosos planes en África casi siempre hicieron fortuna, aunque los que le observaban desde Inglaterra solían temer las consecuencias de sus grandiosos proyectos.

Rhodes se propuso alcanzar el monopolio de la explotación de diamantes en Sudáfrica y finalmente lo logró en 1888, mediante la creación de la Compañía Minera De Beers, al fusionar sus empresas con las de Barney Barnato, otro gran empresario de ese sector. Consolidó así una fortuna colosal que le convirtió en uno de los hombres más ricos

del mundo. Mientras llevaba a cabo esta gran hazaña en el mundo de los negocios, Rhodes también progresó en su otra gran pasión: la política. El magnate de los diamantes fue elegido diputado de la asamblea de Ciudad del Cabo en 1880, y pronto dejaría su impronta con sus planes de expansión que convulsionarían el panorama imperial en el sur del continente negro.

En 1883 Rhodes propuso a la asamblea de El Cabo un grandioso plan de anexión de territorios que llevarían a extender su poder hasta casi el centro de África. El magnate explicó que mediante esta expansión territorial la colonia de El Cabo se convertiría en el Estado más poderoso de África y le permitiría propagar la civilización por el interior del continente.

El principal obstáculo a los planes expansionistas de Rhodes era que la colonia no tenía medios para sufragar un plan tan ambicioso. Quien nunca se había parado ante problemas económicos, rápidamente concibió un plan: la creación de una nueva compañía que obtendría el apoyo del gobierno de Londres. Así iba a nacer la Compañía Británica para el Comercio de Sudáfrica. Otro escollo fue obtener el consentimiento de las tribus que habitaban la región pero, una vez más, se les coaccionó para que aceptaran el avance de los blancos.

En 1890 Cecil Rhodes fue nombrado primer ministro de la colonia de El Cabo, convirtiéndose en el hombre más poderoso del África colonial y, a partir de entonces, sus planes fueron imparables.

El 27 de junio de 1890 un grupo de 200 hombres blancos partió de Ciudad de El Cabo hasta Mashonaland, donde cada uno de ellos recibiría un terreno de 3.000 acres para empezar una nueva vida. Rhodes había encargado que se seleccionara cuidadosamente a los colonos de las nuevas tierras, entre los que había granjeros, ingenieros, mineros, cazadores y también algunos misioneros. Al contrario que el Gran *Trek* organizado por los bóeres 50 años antes, esta misión no incluía mujeres ni niños. Las familias llegarían más tarde, una vez que los pioneros se hubieran asentado en las tierras. La nueva colonia fue bautizada, en honor a su promotor, como Rodesia, y llegaría a ocupar lo que equivale hoy a los países de Zimbabue y Zambia.

Rhodes también se propuso incorporar definitivamente a los bóeres al imperio británico. Estuvo detrás de un arriesgado plan, la llamada incursión Jameson, mediante la cual se animó a los trabajadores británicos de Transvaal a sublevarse contra los bóeres y luego a enviar tropas bajo el mando del administrador colonial Leander Jameson con el fin

de tomar el control. La sublevación, que estalló en diciembre de 1895, fracasó un mes después y Rhodes, debido a su implicación en ella, tuvo que dimitir.

Las consecuencias de este fallido plan le perseguirían hasta el fin de sus días. Murió inesperadamente en 1902 durante la segunda guerra de los bóeres, a la temprana edad de cuarenta y nueve años. «Tantas cosas por hacer y tan poco conseguido», se lamentó Rhodes en los últimos días de su vida. La frase resulta irónica para quien, a pesar de una vida tan corta, tuvo tiempo de hacer una fortuna enorme hasta el punto de convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo, ser primer ministro y fundar un país que llevaría su nombre. Ningún europeo dejó una huella tan profunda en África. Sus grandes logros como creador de riqueza iban a verse enturbiados por el legado más controvertido de haber contribuido al enfrentamiento entre bóeres y británicos y a la segregación de los negros por los blancos, problemas que Sudáfrica no iba a superar hasta el final del siglo XX.

Italia disfrutaba de una época dorada en las últimas tres décadas del siglo XIX. Tras completar el proceso de unificación, el deseo de sus líderes era lograr que la nueva Italia unificada tuviera más poder en el mundo y por esta razón la expansión colonial resultó una fórmula muy atractiva. Al igual que Alemania, no estaban dispuestos a permitir que a África se la repartieran las viejas potencias coloniales y decidieron exigir su parte del botín. El imperio italiano en África no se expandió por iniciativas de exploradores y buscadores de fortuna sino por deseo de políticos que desde la antigua Roma soñaron con crear un nuevo imperio.

El gobierno italiano comenzó a pensar en anexionarse territorios en el continente africano tras la ocupación francesa de Túnez, donde residían muchos de sus conciudadanos. El lobby colonialista italiano exigía al gobierno que hiciera lo mismo que Francia en otros territorios. Tras llevar a cabo negociaciones secretas con Gran Bretaña, que controlaba Egipto, Italia adquirió sus primeras colonias: el puerto eritreo de Massawa en el mar Rojo, y la actual Somalia. Pero esto no fue suficiente para el gobierno italiano y puso sus miras sobre Etiopía. En un principio optó por la invasión pero las tropas etíopes, mejor preparadas de lo que pensaban en Roma, lo impidieron. Tras su nombramiento como primer ministro en 1887, Francesco Crispi, uno de los más entusiastas partidarios de la colonización italiana, decidió ampliar el poder de Italia a través de la negociación. En 1889 negoció el Tratado

de Wanbane con el emperador etíope Meseliki II, mediante el cual Italia cedía a Abisinia territorio en su puerto del mar Rojo a cambio de que el emperador accediera a convertir a su país en protectorado italiano. Al menos eso es lo que se leía en la versión italiana de este tratado, pero la versión en el idioma etíope no parecía decir lo mismo y, desde luego, el emperador y su séquito nunca pensaron que con este tratado habían pasado a ser parte del nuevo imperio italiano.

No era la primera vez que un soberano africano malinterpretaba el significado de los términos «anexión» o «protectorado» ni que un europeo evitara explicar sus verdaderas implicaciones. Como consecuencia, las relaciones entre las dos partes se deterioraron con rapidez. Crispi tomó medidas drásticas en 1895 y envió tropas italianas al país, provocando el estallido de la primera guerra ítalo-etíope.

Esta contienda iba a mostrar que no era lo mismo la colonización en el África subsahariana, habitada por pueblos muy atrasados, que el antiguo reino etíope de Abisinia. Las tropas etíopes no sólo eran mucho más numerosas que las italianas sino que además hacía tiempo que habían adquirido armas modernas y lograron imponerse sobre el enemigo que tuvo que retirarse a sus posesiones en Eritrea.

La derrota italiana en la guerra contra Abisinia tuvo un efecto demoledor sobre el reino de Italia. Francesco Crispi dimitió, poniendo así un ignominioso fin a su carrera como político y artífice del imperio italiano en el cuerno de África, que quedaba considerablemente mermado. Por otro lado, el emperador Meseliki II tenía motivos para estar eufórico: con esta victoria Etiopía se daba a conocer al mundo como el país africano que había derrotado a una potencia europea y que evitaba así someterse a la colonización.

Pero esta guerra también iba a causar gran conmoción en Europa y en África. Contradecía las teorías tan en boga en esa época sobre la superioridad racial de los blancos, pues en esta ocasión los negros les habían derrotado. Muchos historiadores y políticos africanos han considerado que esta guerra marca el inicio del movimiento africano por su independencia. Esta interpretación es exagerada ya que el caso de Etiopía no es extrapolable a un continente tan diverso como el africano, y la causa independentista estaba muy débil a finales del siglo XIX; pero no cabe duda de que la derrota italiana constituyó un toque de atención para los europeos sobre los riesgos que tenía la colonización en África y en el mundo en general. Desde las capitales europeas resultaba muy fácil forjar imperios y repartirse territorios, pero como bien

sabían los exploradores, misioneros y comerciantes que se aventuraban por el continente africano, sus habitantes no se iban a someter con facilidad a la civilización de los conquistadores por muchas ventajas que teóricamente tuviera ésta.

Si la veteranía en África hubiera contado a la hora de repartirse sus territorios, Portugal debería haber sido la mayor potencia colonizadora. Sin embargo, la expansión por África la determinó el poder político y económico, y Portugal, como potencia en declive, andaba escasa de los dos. De ahí que, en vez de ampliar sus posesiones, los portugueses tuvieran que conformarse con consolidar su poder sobre las viejas colonias de Angola, Mozambique y Guinea.

Fiel a su tradición de grandes descubridores de tierras desconocidas, los portugueses iban a destacar también en la exploración del África tropical. El militar Alexandre de Serpa Pinto conoció África al ser destinado a la colonia de Mozambique, pero iba a pasar a la historia por sus gestas como explorador. A la vez que Livingstone, Pinto lideró importantes expediciones por África oriental y por el Congo. En 1877, junto con otros destacados exploradores como Hermenegildo Capelo y Robert Ivens, recorrió el interior de Sudáfrica. Fue el cuarto explorador en cruzar África del oeste al este y la Real Sociedad Geográfica británica le condecoró por ello.

Pinto culminó su carrera africana, en su doble vertiente de militar y explorador, con el nombramiento de gobernador de Mozambique. Desde su puesto al mando de la segunda colonia más importante del imperio portugués, fue un firme partidario del ambicioso plan de anexionarse los territorios que la separaban de Angola, y de hecho sus exploraciones se orientaron a abrir camino en este sentido.

Sin embargo, el deseo de unificar el imperio portugués africano chocaba con otra aspiración más ambiciosa aún de un imperio británico que fuera desde Ciudad del Cabo hasta el Cairo, y cuyo principal valedor era Cecil Rhodes. A pesar de que el gobierno británico no tenía mucho entusiasmo por el grandioso proyecto de Rhodes, tampoco estaba dispuesto a permitir que Portugal se expandiera a sus expensas y, así, el 11 de enero de 1890 Portugal recibió un ultimátum para retirarse de los territorios que corresponden hoy a Zimbabue y Zambia. Unos meses después, las dos potencias firmaban el Tratado de Londres, mediante el cual se fijaban los límites de las colonias portuguesas en África.

El ultimátum británico fue un claro ejemplo de una potencia imponiendo su voluntad sobre otra más débil. El revuelo interno que causó

en Portugal fue muy considerable, pues como consecuencia de ello el gobierno cayó y la monarquía, símbolo de la grandeza del imperio luso, entró en fase terminal.

España iba a ser el sexto país europeo en participar en el reparto de África, aunque la parte que le correspondió fue muy modesta. Tras la pérdida de casi todo su imperio en América, la antigua nación imperial iba a verse sometida a constantes problemas internos. A pesar de que el reparto de África tuvo lugar en tiempos de la Restauración, cuando el país recuperó cierta estabilidad, el gobierno parecía tener ya suficiente con mantener lo que quedaba de su imperio como para involucrarse en aventuras africanas. Además, África era para las grandes potencias o las potencias emergentes, y España, al igual que Portugal, ya no era ni una cosa ni otra.

A pesar de ello, España, que tenía ya una presencia en África desde el siglo XV por su ocupación de Ceuta y más tarde de Melilla, no podía permitirse el quedarse al margen de la gran carrera europea hacia África. Tenía un pequeño enclave en la costa de África central desde el siglo XVIII. Además de la isla de Bioko, que fue un presidio español desde 1861, España ocupó las tierras continentales cercanas a esta isla, creando así la pequeña colonia de Guinea española, que fue oficialmente reconocida por las demás potencias en 1885.

España también iba a afanarse por adquirir territorio al sur de Marruecos, en lo que iba a conocerse como el Sahara español. El gobierno español reclamó la región durante la conferencia de Berlín. A partir de entonces, se establecieron factorías en la zona y, tras varios acuerdos con Francia, los españoles consolidarían allí su colonia más extensa en África.

La pugna por territorio africano se hizo especialmente intensa en los últimos años del siglo XIX. Por entonces Gran Bretaña decidió lanzarse a la reconquista del Sudán por razones estratégicas y de seguridad, pues el régimen fundamentalista islámico de Mahdi constituía una amenaza para Egipto, pero también pesaron los motivos de venganza ya que la cruel muerte de Gordon había supuesto una humillación para los británicos, que perduraría por muchos años.

En 1896 el veterano militar sir Herbert Kitchner fue puesto al frente de tropas angloegípcias con el fin de expulsar a Mahdi del Sudán. La misión culminó con la famosa batalla de Omdurmán, toda una exhibición de destreza de un ejército moderno. Las tropas de Kitchner sufrieron tan sólo 47 bajas frente a los 9.700 muertos de las tropas de

Mahdi. Las crónicas de esta guerra iban a leerse muchas décadas después, pues fueron escritas por un joven llamado Winston Churchill que logró ser destinado a esa batalla como militar y corresponsal de prensa.

Tras la histórica victoria frente a tropas africanas con la que el imperio se vio reforzado, el gobierno británico tuvo que hacer frente a un conflicto con Francia que estuvo a punto de llevarles a la guerra.

A medida que aumentaron las posesiones británicas y francesas en distintos puntos del continente africano, el lobby de colonialistas en ambos países iba a presionar por la necesidad de unificar sus imperios en África y, hasta cierto punto, sus gobiernos se dejaron llevar por esta idea. Mientras que algunos británicos soñaban con que la *Union Jack* ondeara desde Ciudad del Cabo hasta el Cairo, en Francia aspiraban a extender la tricolor desde las costas de Senegal hasta el mar Rojo. Pero, inevitablemente, llegaría el momento en que los dos países se encontrarían frente a frente y entonces un solo imperio podría extenderse a expensas del otro. Ese momento llegó en 1898 y en el punto de intersección de los dos proyectos imperiales: la ciudad de Fachoda, en Sudán.

Francia puso en marcha una expedición desde Brazzaville bajo el mando del coronel Marchand con el fin de ocupar Fachoda e impedir así que Gran Bretaña se anexionara todo Sudán. Tras varios meses de avance, las tropas francesas entraron en Fachoda el 10 de julio de 1898. El gobierno británico hizo que el victorioso general Kitchner se trasladara desde Omdurmán a Fachoda, con lo cual transmitía el mensaje de que tras enfrentarse al Mahdi estaba dispuesto a hacer lo mismo con Francia si pretendía anexionarse este territorio.

La firmeza del general Kitchner, respaldada por su gran prestigio militar, dio el resultado deseado para los británicos. A pesar de que su desafío causó gran indignación en Francia y que muchos exigían al gobierno que respondiera con la misma contundencia, éste opinaba que esa pobre ciudad en medio del desierto no merecía el sacrificio de vidas francesas. Así, el 3 de noviembre las tropas galas se retiraron de Fachoda, aceptando que esa ciudad y el río Nilo marcaran la frontera de su territorio. Gracias a la habilidad con la que el ministro de Asuntos Exteriores francés, Theophile Delcassé, manejó esta crisis, franceses y británicos dejaron de considerarse rivales a partir de ese momento y comenzaron a cooperar frente al nuevo enemigo común: Alemania.

Francia iba a ver compensada su cesión en Sudán con un notable avance sobre Marruecos. En 1904 Gran Bretaña, como signo de buena

voluntad frente al nuevo aliado, reconoció a Marruecos como zona de influencia francesa, pero este avance de Francia causó una enérgica protesta de Alemania. La crisis se resolvió con la Conferencia de Algeciras, y en la ciudad andaluza el gobierno español aprovechó hábilmente la oposición alemana a la expansión francesa para ampliar su dominio sobre el norte de Marruecos. Francia y España, con la aquiescencia de las demás potencias y la aprobación oficial del sultán de Marruecos, se repartieron este país, aunque ésta no sería la última vez que las potencias europeas reñirían por el control de esta zona.

En 1911 estalló una revuelta contra el sultán de Marruecos en Fez y el gobierno francés envió tropas con el fin de proteger sus intereses. Alemania, por su parte, envió un buque al puerto marroquí de Agadir, una provocación que transformó este conflicto colonial en una crisis internacional. Con esta medida el káiser Guillermo II pretendía poner fin definitivamente a la expansión francesa. Pero a pesar de que el prestigio nacional parecía estar cada vez más en juego en África, los gobiernos de Gran Bretaña y Francia coincidían en la opinión de que Marruecos no valía una guerra. La crisis se resolvió con una compensación territorial a Alemania en África central: Francia cedió territorio a la colonia alemana de Camerún a cambio del reconocimiento de su influencia sobre Marruecos. No obstante, las crisis provocadas por Alemania en Marruecos, al igual que el incidente de Fachoda en 1898, mostraron hasta qué punto África se había convertido en muy poco tiempo en el principal escenario de la expansión imperial y en un nuevo motivo de enfrentamiento entre potencias. Unos años después del comienzo del reparto de África los europeos no sólo comenzaron a llevar su civilización a este continente sino también sus rivalidades y sus tensiones diplomáticas.

La gran paradoja de lo que, muy acertadamente, se llamó «el reparto de África» es que en un principio ninguno de los países que participaron en él tenía oficialmente deseo de extenderse por el continente negro. El interés por el continente africano y la avidez por penetrar en su interior y sacarle beneficios lo iban a despertar exploradores como David Livingstone o Pierre Brazza.

Los europeos comenzaron a descubrir el continente africano a través de la literatura, los libros que los primeros exploradores publicaron sobre sus experiencias allí. Desde mucho antes de la era de los descubrimientos los libros de viajes siempre habían fascinado a los pueblos de Europa, y uno de los incentivos de los que se lanzaban a conocer tierras extrañas era poder contar sus aventuras al regresar. Desde mediados

del siglo XIX África iba a convertirse en una fuente de inspiración inagotable para fabuladores de toda índole.

El primer gran cronista de África en la era moderna fue David Livingstone. En 1857 publicó su primer libro, *Viajes y exploraciones en el África Sur,* con mucho éxito pues satisfacía la curiosidad de los lectores por saber sobre esas tierras lejanas, describiendo la belleza de sus paisajes, la forma en que vivían los africanos y los peligros que implicaba la exploración por junglas a las que el hombre blanco no había llegado antes. El famoso misionero y explorador no pudo beneficiarse del éxito de sus siguientes obras, sus diarios de viajes y su correspondencia, que fueron publicados tras su muerte. Quien sí supo beneficiarse de la fascinación que los lectores sentían por Livingstone fue Henry Stanley. Su crónica sobre su viaje a África en busca del famoso explorador, *Viaje en busca del doctor Livingstone al centro de África*, fue un best seller internacional, y este éxito le animó a publicar *Viaje al África tenebrosa* unos años después.

El naturalista británico Frank Oates fue otro gran explorador que murió en la jungla africana y dejó un importante legado a la literatura viajera: *Matabeleland and the Victoria Falls. Letters and Journals of Frank Oates* [Matabelelandia y las cataratas Victoria. Cartas y cuadernos de Frank Oates], publicados en 1885. Sus crónicas describen la fauna y flora de las tierras que rodean las cataratas Victoria. También tiene interesantes observaciones sobre cómo la vida en África degradaba a los blancos. Al entrar en Transvaal escribió: «Me temo que los ingleses que viven aquí son mala gente. Le pregunté a uno que me timó si tenía conciencia. Respondió que allí nadie la tenía».

La tierra que exploraron Livingstone y Oates iba a inspirar muy buena literatura después de su desaparición. En 1885 Henry Rider Haggard publicó *Las minas del rey Salomón*, la primera novela de aventuras basada en África. Haggard llegó al continente en 1875 como secretario del gobernador de la colonia de Natal y su novela recoge muchas de sus experiencias. Esta famosa obra trata sobre el viaje de unos ingleses en busca de las míticas minas en el corazón de África. Tiene todo lo que podía esperar el lector de entonces de una novela de aventuras: la búsqueda de un tesoro en la jungla africana, tribus hostiles y rivalidad de personajes por el triunfo. Por ello su publicación constituyó un enorme éxito hasta el punto de que con ella dio comienzo un nuevo género literario, la ficción basada en tierras exóticas y desconocidas que iba a inspirar a muchos autores de la época desde

Rudyard Kipling hasta Thomas Hardy en la literatura inglesa y a muchos otros autores en otras lenguas europeas.

Las primeras guerras y conflictos entre europeos y africanos rápidamente se convirtieron en un tema a explotar por los escritores del momento. Poco después de la guerra anglo-zulú, Edward Dunford se daba a conocer con su *History of the Zulu war* [Historia de la guerra de los zulús]. La famosa batalla de Omdurmán fue tratada por Winston Churchill con éxito en su libro *The River War* [La guerra del río]. Su experiencia en la guerra de los bóeres quedó reflejada en *London to Ladysmith via Pretoria* [De Londres a Ladysmith vía Pretoria] y en *Ian Hamilton's march* [La marcha de Ian Hamilton], con los cuales consolidó su reputación como escritor, y unos años después volvería a escribir sobre el continente africano en un interesante libro de viajes, *My African Journey* [Mi viaje a África].

Todos los países involucrados en el continente negro tuvieron su literatura basada en las experiencias que vivieron allí, especialmente los libros de viajes. El famoso marino y escritor francés, Pierre Lotti, fascinado por Turquía y el mundo oriental, también dedicó a Marruecos un libro de viajes, *Au Maroc* [En Marruecos], publicado en 1890, poco después de un viaje que hizo por el país. En el mundo de habla alemana circuló con éxito *Tombuctú, viajes a través del Sahara, Marruecos y Sudán,* una crónica del geólogo Oskar Lenz que, con el español Cristóbal Benítez, hizo la primera expedición del Sahara a Senegal y fueron de los primeros europeos en visitar la ciudad de Tombuctú. En Portugal, Alexandre Serpa Pinto narró sus hazañas en el libro *Cómo crucé África.*

La prensa también contribuyó notablemente a hacer de los viajes por África un nuevo género literario y despertar el interés por el enigmático continente entre los lectores europeos. Los directores de los grandes periódicos descubrieron que publicar crónicas sobre expediciones y noticias sobre los exploradores era una forma muy eficaz de aumentar su tirada. El ejemplo del *New York Herald* que contrató a Henry Stanley para buscar a Livingstone y contarlo en el periódico iba a ser seguido por otros muchos diarios, que entendieron que el continente desconocido era una fuente inagotable de crónicas. África fascinó a todo tipo de lectores, desde la aristocracia y los poderosos que leían periódicos cotidianamente en los clubs o en sus mansiones hasta los más humildes que hojeaban la prensa en un bar tras agotadoras jornadas de trabajo. Unos buscaban en las crónicas sobre África ideas

para hacerse ricos y oportunidades de hacer fortuna; otros un lugar donde emigrar en busca de mejor vida; algunos se interesaban por adquirir conocimientos sobre formas de vida desconocidas, pero la gran mayoría buscaba simplemente entretenimiento con el que poder olvidar un rato la monotonía de sus vidas.

¿Qué idea de África aportaba la literatura europea del siglo XIX? Las crónicas de viaje y los comentarios de prensa describían un continente muy diverso con climas difíciles de soportar para el hombre blanco, habitado por pueblos muy atrasados, a veces hostiles y todos ellos con costumbres y creencias incompatibles con las del llamado mundo civilizado. Todos los que escribían sobre África entonces lo hacían desde la firme creencia de que la civilización europea era superior y tenía mucho que aportar a los africanos, y no se planteaban la pregunta de si realmente tenían derecho a alterar su modo de vida y transformar su hábitat. Sin embargo, las visiones sobre las tribus negras africanas son muy diversas. Livingstone transmitía la idea del buen salvaje, de que los negros africanos eran gente afable y sumisa, y que a través de la educación podían convertirse en cristianos y adaptarse a formas superiores de vida. Así lo hacía también Rider Haggard en su famosa novela, que atribuía importantes virtudes como la valentía, la lealtad y la heroicidad a algunos hombres negros y a quien le gustaban tanto las negras que se atrevió a describir la historia de amor de un inglés que quería casarse con una joven de una tribu africana, desafiando así el código de conducta de las potencias colonizadoras de que las relaciones entre razas no eran lícitas. Pero estas visiones positivas pertenecían a la minoría. La mayoría de los cronistas, como Stanley, insistían en utilizar los epítetos de «bárbaros», «salvajes» e «ignorantes» para describir a los africanos y justificar la violencia como único medio para imponerse y hacerse respetar por ellos.

En general todos los que escribieron sobre África en esta época parecían creer firmemente en la misión civilizadora que tenía Europa en ese continente y que las tres palabras que empiezan con la letra «c», cristiandad, comercio y civilización, eran las consignas para penetrar en su interior. Eran claramente el producto de la época del imperialismo. Pero muy pronto los observadores más sensibles iban a escandalizarse por los métodos que utilizaban los blancos para introducir las tres palabras clave, lo que les llevaría a rebelarse contra la cultura a la que pertenecían dando lugar al nacimiento de una literatura crítica hacia el fenómeno de la colonización.

Si todas las potencias coloniales coincidían en que su objetivo era abrir el continente africano a la cristiandad, el comercio y la civilización, sus métodos para conseguirlo iban a variar y los resultados también serían muy dispares.

La religión cristiana estaba presente en África desde hacía siglos, y muy especialmente en el norte donde vivían comunidades de cristianos, pero como consecuencia de la colonización europea iba a propagarse con rapidez. El islam, tan firmemente afianzado en el norte, se había extendido hacia el sur pero no logró atraerse a muchos fieles en el África subsahariana. Sin embargo el cristianismo sí, y uno de los legados más imperecederos del desembarco europeo en África fue que desde Sudáfrica hasta el Congo y desde Angola hasta Kenia iban a surgir países con mayoría cristiana.

La vida de misionero era arriesgada y sacrificada, y los que se dedicaban a ella no buscaban fortuna material en África pero sí les atraía otro tipo de fortuna, la de ver que su fe pudiera ser aceptada por personas totalmente ajenas al evangelio y que sustituyeran sus creencias y supersticiones por la forma de vida de los cristianos. Una de las razones por las que los misioneros tuvieron éxito entre las tribus africanas fue porque ofrecían soluciones a sus problemas existenciales, entre ellos la esclavitud. La trata de esclavos era un negocio lucrativo en el mundo islámico y los mercaderes árabes organizaban expediciones por el África subsahariana en busca de esclavos, convirtiéndose así en el terror de muchas de las tribus que habitaban esta zona. Como dijimos antes, los europeos llegaron a África prometiendo abolir la esclavitud, y ésta fue la razón por la que Pierre Savorgnan de Brazza fue recibido como un libertador y por la que el general Gordon, que emprendió una cruzada contra la esclavitud, se hizo muy popular entre la población de Jartum. Mientras que los árabes promovían la esclavitud, los europeos querían abolirla a finales del siglo XIX y esto tuvo un impacto positivo sobre la religión cristiana en África.

Las misiones católicas o protestantes establecidas por toda África con la colonización europea trabajaban en muy diversos poblados africanos y, a la vez que predicaban el evangelio, también llevaban maestros y médicos y trabajaban para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. Ésta es la razón por la cual lograron ganarse la confianza de muchos africanos que se convirtieron al cristianismo, a pesar de que la moral cristiana no siempre fuera compatible con sus costumbres.

Con respecto al comercio, los primeros asentamientos que establecieron los portugueses en el siglo XV estaban motivados por razones comerciales y ésta iba a ser también la razón de ser de los protectorados y colonias, pues los buscadores de fortuna persuadieron a sus gobiernos de que en el continente africano había grandes riquezas que explotar. También por razones comerciales, muchos reyes y mandatarios africanos aceptaron que los europeos se establecieran en sus tierras, pues les prometieron crear riqueza (aunque ésta no siempre llegaría a sus manos y en bastantes casos fueron simplemente estafados).

África, al igual que América o Asia, era una fuente inagotable de riqueza para los buscadores de fortuna, y los productos que se podían exportar desde sus tierras eran innumerables: desde especias hasta madera, productos alimenticios y animales exóticos, y todo tipo de materias primas, minerales y metales preciosos. Debido a que África estaba más atrasada que América o Asia, sus posibilidades comerciales eran más inciertas. En cualquier caso, los europeos penetraron en el interior del continente con la misma pasión con la que habían buscado el mítico El Dorado en América.

Las tierras de Sudáfrica eran especialmente buenas para la ganadería y la agricultura, pero el descubrimiento de yacimientos de oro y diamantes en esta zona la convirtieron en el destino predilecto de los buscadores de fortuna europeos, y su riqueza se multiplicaría de una forma espectacular. En el Congo y en otras zonas de África central pronto se establecieron explotaciones de caucho, madera o minerales. En el norte de África, los yacimientos minerales constituían también grandes fuentes de riqueza, y con la llegada de los europeos las explotaciones agrícolas y el comercio de las especias iban a aflorar. Como consecuencia de la apertura del continente africano al comercio mundial, muchos de sus puertos (Ciudad de El Cabo, Mombasa, Dar Es Salam, Dakar, Casablanca, Tánger, Trípoli o Alejandría) iban a transformarse en grandes ciudades con una intensa actividad comercial.

Por otro lado, abrir África al comercio mundial no siempre implicó beneficios para sus habitantes, como ingenuamente había pretendido Livingstone. Para desarrollar el enorme continente e incorporarlo al capitalismo se necesitaba mano de obra y ésta iban a proporcionarla los africanos, casi siempre en condiciones degradantes. A pesar de que la esclavitud estaba terminantemente prohibida en las potencias europeas y sus territorios de ultramar, muchos fueron los europeos que obligaron a los africanos a trabajar por míseros jornales o incluso a

cambio de nada. La avidez del hombre blanco por adquirir riquezas en África y el hecho de no estar controlados por autoridad política o legal alguna iban a llevarles a someter a las tribus africanas a todo tipo de abusos. El caso más escandaloso fue el del Estado Libre del Congo, al que irónicamente el rey Leopoldo había dado el lema de «trabajo y progreso». En la última década del siglo XIX se disparó la demanda de caucho, que era el principal producto del Estado Libre, y con el fin de aumentar su producción los trabajadores africanos iban a ser sometidos a condiciones de trabajo aún más inhumanas. El trato vejatorio que recibían los congoleños comenzó a llamar la atención de los observadores más críticos y, a comienzos del siglo XX, el informe del diplomático británico Roger Casement (veáse el capítulo 9) causaría un gran revuelo en Europa y convertiría al Estado Libre en el caso más vergonzoso de la colonización en África. Pero hubo muchos más, por lo que no es extraño que para los africanos el comercio no fuera sinónimo de progreso.

Si el comercio no iba a ser inicialmente beneficioso para los nativos del continente africano, mucho menos iba a serlo para la fauna y flora. La exportación de marfil, que llevaba siglos practicándose en África, se intensificó tras la llegada de los europeos y, como consecuencia, la población de elefantes, rinocerontes e hipopótamos iba a verse diezmada. Lo mismo ocurriría con animales exóticos cuyas pieles eran codiciadas en Occidente. La caza como deporte o pasatiempo de los colonos blancos iba a sustituir a la caza por necesidad practicada por los africanos desde el principio de los tiempos, y con ella la relación armónica entre la fauna y los habitantes de África se vio dramáticamente alterada.

Ocupar África en nombre de la civilización, como pretendieron los europeos, implicaba abrir el continente a la emigración, colonizar en el sentido estricto de la palabra. Aunque África no resultó tan atractiva a la emigración como América, la colonización sí contribuyó a que muchas comunidades blancas surgieran en el continente negro. Argelia se convirtió en un destino interesante no sólo para franceses sino también para italianos y españoles, y a comienzos del siglo XX eran más de 150.000 los que se habían establecido allí, y se dedicaban principalmente a la agricultura. Pero, sin duda, el destino que más emigrantes atraía era Sudáfrica, y muy especialmente tras el descubrimiento de diamantes en Kimberley. En menos de una década desde el anuncio de este descubrimiento, más de 50.000 colonos se habían instalado en sus tierras. Rodesia, el país fundado por Cecil Rhodes, pronto se convertiría

en el segundo territorio con mayor población europea. Las colonias alemanas, y muy especialmente África occidental, también atrajeron a muchos inmigrantes. La actual Kenia fue un gran descubrimiento para occidentales en busca de lugares idílicos donde vivir de la agricultura, la ganadería o la caza.

Si los blancos estaban convencidos de pertenecer a una civilización superior sus fórmulas para imponerla en África iban a variar según el país colonizador y también la región. Mientras que en el norte tuvieron que convivir con el mundo árabe y las costumbres islámicas, en el África subsahariana, menos poblada y mucho menos desarrollada, la imposición de la civilización occidental fue mucho mayor. Claro que la convivencia no significaba que europeos y africanos se mezclaran más de lo imprescindible. En las colonias francesas se intentó promover la idea republicana de que los nuevos súbditos deberían ser ciudadanos franceses como los de Francia, y se ofreció la nacionalidad a todo africano que pudiera hablar francés y adoptara las costumbres francesas. Sin embargo la ciudadanía francesa no iba a darles acceso a los mismos privilegios: la segregación de la población autóctona respecto de la población europea fue la norma en todo el continente. En toda el África negra las tribus vivieron alejadas de los asentamientos europeos o fueron obligadas a retroceder ante el avance de los colonos. Sin embargo, el trabajo les obligaría a entrar en contacto más estrecho con la civilización de los colonizadores en las minas, granjas, servicio doméstico o dondequiera que los blancos les quisieran emplear. La situación de inferioridad a la que eran sometidos provocó no pocas tensiones y revueltas que siempre culminaron con el aumento de las medidas represivas por parte de los blancos. Se ha calculado que en el Estado Libre del Congo nueve millones de habitantes perdieron la vida como consecuencia de las condiciones de vida impuestas por los colonizadores.

Otro caso notorio de represión fue el de la colonia alemana en el África occidental. En 1904 estalló una rebelión de las tribus de los herero y de los nama contra los colonos alemanes, causando numerosas muertes entre éstos. La reacción de Guillermo II de Alemania fue tan virulenta que las medidas de castigo que aplicó serían descritas como «la primera guerra del Káiser». El general Lothar von Trotha fue nombrado comandante en jefe de la colonia, con la orden de aplicar un severo castigo que las tribus nunca habrían de olvidar. Las tropas de Von Trotha acorralaron a los herero en una zona desértica donde muchos morirían de hambre y sed, y los que se rindieron fueron internados en campos de

concentración. Un censo hecho unos años después de esta guerra, en 1911, reveló que menos de la mitad de la tribu nama había sobrevivido y tan sólo una cuarta parte de los herero seguían con vida. De esta forma Alemania puso en práctica en África la estrategia de genocidio con la que tristemente iba a verse asociada en el siglo XX.

Si bien la llegada de los europeos supuso para los africanos marginación y muerte en varias regiones, también iba a introducir medios que eventualmente mejorarían sus vidas. Con la colonización llegaron los hospitales y los avances de la ciencia que permitirían a los africanos defenderse contra enfermedades como la malaria y otras muchas que hacían que la mortalidad fuera tan alta. También las escuelas y la instrucción, aunque inicialmente pocos africanos tendrían acceso a ellas, pues los europeos debatieron durante mucho tiempo si deberían incorporar a los africanos a su sistema educativo o, por el contrario, mantenerles al margen. No se podía hablar de misión civilizadora si no se ofrecía educación, aunque impartir ésta tendría el precio de que los africanos exigirían el derecho a gobernarse por sí mismos en algún momento.

Uno de los aspectos en los que la colonización europea marcaría el porvenir de África para siempre fue el proceso de urbanización. En Sudáfrica las tres principales ciudades (Ciudad de El Cabo, Johannesburgo y Pretoria) fueron fundadas por europeos y diseñadas a imagen y semejanza de las urbes occidentales. Nairobi era un área pantanosa que comenzó a ser desarrollada por los colonos británicos en 1899 hasta convertirla en la capital del África británica oriental, y con el tiempo surgiría como la ciudad más importante del este africano. En África central, Brazzaville, bautizada así en honor a Brazza, se convertiría en una ciudad clave para permitir la expansión francesa por el interior del continente y rivalizaría con Leopoldville, la capital del Estado Libre del Congo, cuyo nombre no iba a sobrevivir al proceso de descolonización por la impopularidad que se ganó el rey belga entre los congoleños. Otras muchas ciudades ancestrales africanas como El Cairo, Trípoli, Rabat o Casablanca iban a crecer y ver su estructura modificada por inversores y constructores europeos.

Otros signos del paso de los europeos que dejarían una huella indeleble en el continente africano fueron las comunicaciones, pues las ideas europeas de desarrollo económico y urbanización no podían llevarse a cabo sin un sistema de transportes. Con los barcos de vapor los europeos establecieron un sistema rápido de transporte por los gran-

des ríos. Se empezaron a construir muchas carreteras uniendo ciudades y puertos entre sabanas y junglas, y lo más impactante fue el avance del gran símbolo de la revolución industrial: el tren.

La primera línea de tren fue construida en Egipto en 1854 pero la construcción ferroviaria realmente se aceleró con la colonización europea. Sudáfrica fue la colonia más adelantada en transporte ferroviario. A finales del siglo XIX los trenes no sólo comunicaban las principales ciudades de Sudáfrica sino también de Rodesia. El sueño imperialista de que hubiera colonias británicas desde El Cairo hasta El Cabo iba acompañado de un grandioso proyecto de unirlas todas por vías de ferrocarril que atravesarían el continente de norte a sur. No fue posible llevarlo a cabo por la sencilla razón de que el África oriental alemana obstruía el paso, y de todas formas hubiera implicado una inversión extraordinaria para superar obstáculos naturales tan ingentes. Sin embargo el tren iba a llegar a Jartum en 1897 tras la conquista de Kitchner, y después de una obra faraónica se logró construir una línea de ferrocarril desde Mombasa hasta el lago Victoria en 1901. Francia, con proyectos igualmente ambiciosos de expansión, también emprendió extraordinarias obras de construcción de vías férreas, como la línea desde Dakar hasta Níger, aunque una orografía mucho más adversa no permitió completar el proyecto hasta 1924.

Tres décadas después de que Livingstone hiciera su llamamiento a abrir África, la práctica totalidad del continente africano estaba controlado por potencias europeas. Tan sólo Abisinia y Liberia iban a mantener su independencia; el resto eran colonias o protectorados bajo control de las capitales europeas. Nunca en la historia de la humanidad se habían conquistado territorios tan extensos en tan poco tiempo. De las grandes potencias que se repartieron este continente, Gran Bretaña y Francia fueron las principales beneficiarias; Alemania había conseguido un imperio considerable, e Italia, a pesar de las dificultades, también llegaría a llevarse una parte del pastel. Frente a ellos, las viejas potencias en declive: Portugal había logrado mantener sus territorios y España recibió las migajas de este reparto, pero al menos suficientes tierras para mantener viva la ilusión de ser una potencia colonial. Y, por último, Leopoldo II consiguió para su país el estatus de potencia colonial que de ninguna otra manera le hubiera correspondido a un pequeño país como Bélgica.

Con la colonización de África los europeos estaban convencidos de estar contribuyendo a una gran causa moral que era la expansión de su

civilización. Tras finalizar el reparto de África las potencias que participaron en él se sentían satisfechas por haberse involucrado en un proceso que iba a fortalecer su posición en el mundo y también beneficiarlas económicamente. Sin embargo, unas décadas después, iba a cuestionarse si el optimismo y la satisfacción de los europeos a comienzos del siglo XX estaban justificados y si entrar en África mereció la pena o, por el contrario, fue el factor que más debilitó a la causa colonial.

CAPÍTULO 8

Europa en la era dorada del imperialismo

Europa, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, vivió en la llamada era del imperialismo, en la cual formar grandes imperios, ya fuera dentro de las fronteras del viejo continente o en el resto del mundo, se convirtió en la principal obsesión de las grandes potencias. Ya no bastaba con tener intereses económicos en diversos enclaves coloniales con hombres de negocios y comerciantes buscando oportunidades por otros continentes, la colonización iba a surgir como una necesidad vital de las potencias, bien por razones económicas, estratégicas o simplemente como símbolo de prestigio.

En las últimas décadas del siglo XIX, Europa vivía la era dorada del imperialismo. El poder del viejo continente, desde el punto de vista político, económico, militar y también cultural, alcanzó su punto álgido. Hasta en los lugares más recónditos del mundo iba a llegar algún europeo seguro de su civilización y orgulloso de su cultura, buscando fortuna o sirviendo con lealtad a su país en alguna misión. ¿Cómo y por qué alcanzó Europa tanto poder? ¿Hasta qué punto fue, la colonización y la expansión por el mundo, vital para los intereses europeos?

Si bien el imperialismo, la idea de crear imperios dentro o fuera de las fronteras de Europa, estuvo siempre presente en casi toda gran nación, y muy especialmente a partir de 1492, en el siglo XIX esta idea tendría cada vez más vigor, y muy especialmente desde 1870, cuando aparece un nuevo imperio en la lucha por la supremacía mundial: el imperio alemán. También surgió el denominado «nuevo imperialismo», identificado con la adquisición de colonias como símbolo de prestigio nacional.

En 1815 Napoleón Bonaparte era definitivamente derrotado en la batalla de Waterloo, y el imperio francés, que había aspirado a unificar toda Europa bajo los principios de la Revolución francesa, sucumbía. Las potencias victoriosas se reunieron en el congreso de Viena con el fin de fijar de nuevo las fronteras del continente y, ante todo, asegurarse una paz duradera. El resultado de este congreso fue el llamado concier-

to de Europa, un sistema de equilibrio de poder entre las potencias que permitió al viejo continente vivir en paz durante casi un siglo. Fue una calma relativa, por supuesto, ya que durante todo ese tiempo estallaron varias revoluciones y también guerras entre algunas potencias, pero no hubo un estado de guerra general, como el causado por Napoleón en Europa. La paz permitió a los países centrarse en su desarrollo interno y también en promover sus intereses más allá del continente.

Además de los factores políticos, hubo sobre todo poderosas razones económicas por las que la presencia de Europa en el mundo iba a acrecentarse a lo largo del siglo XIX, y especialmente en las últimas tres décadas. Desde el comienzo de la revolución industrial, la riqueza de las naciones europeas, con Gran Bretaña a la cabeza, aumentó de manera espectacular. Desde 1870 hasta 1913 Europa occidental llegó a representar el 33% del PIB mundial. Conforme crecía su riqueza en este proceso de industrialización, también se modernizó el mundo de las finanzas, brindando grandes posibilidades de expansión.

Cada vez eran más los europeos que emigraban a otros continentes o que emprendían negocios en ellos, y los gobiernos estaban crecientemente involucrados en la adquisición de nuevos territorios por medios pacíficos o bélicos. Los banqueros con mejor olfato para los negocios entendieron que la banca tendría que buscar medios para prestar dinero y apostar por empresas que estaban más allá de sus fronteras, pues eran bien conscientes de que sin dinero el imperialismo, tanto en su vertiente política como militar o económica, no podía existir. Así comenzó a desarrollarse un nuevo mundo de los negocios internacionales. En él surgieron redes comerciales y se establecieron también reglas y condiciones dictadas por banqueros y empresarios de Europa, y también de los Estados Unidos, que iban a lograr unificar a todo el planeta hacia finales del siglo XIX bajo un sistema comercial.

El mejor ejemplo de la extraordinaria capacidad que adquirió la banca europea para enriquecerse con negocios por todo el mundo es el de la familia Rothschild. A mediados del siglo XVIII un prestamista judío llamado Mayer Rothshchild decidió ampliar su negocio bancario en Fráncfort y colocó a cada uno de sus cuatro hijos en una ciudad europea, Viena, Londres, París y Nápoles. A comienzos del siglo XIX, la red de negocios establecida por los hermanos Rothschild en varios países europeos les convertiría en una de las familias más ricas del mundo, y la banca que llevaba su nombre surgió como el modelo de banca internacional por excelencia. Nadie ha descrito el poder de Roth-

schild con mayor sutileza que lord Byron en su poema «Don Juan», en el que se refería al banquero como: «el verdadero dueño de Europa… que controla el equilibrio de poder en el mundo y cuyos préstamos pueden crear naciones o hacer caer tronos».

Entre los grandes negocios financiados con dinero de la banca Rothschild cabe destacar la aseguradora francesa Alliance Assurance y el grupo Río Tinto, fundado en 1873 por empresarios ingleses tras la compra de yacimientos mineros en Huelva, y que iba a convertirse en uno de los principales emporios en el negocio minero. El dinero de los Rotshchild también hizo posible la construcción del Canal de Suez y las aventuras más ambiciosas del magnate británico Cecil Rhodes, desde la creación de la compañía De Beers hasta la fundación de Rodesia.

Las empresas europeas, respaldadas por un sistema financiero cada vez más sólido, podían permitirse invertir no sólo dentro del ámbito de los imperios coloniales sino también en países emergentes. El mejor ejemplo es Argentina, donde las inversiones europeas aumentaron diez veces entre 1870 y 1900, contribuyendo a hacer de éste uno de los países más prometedores del mundo. Como consecuencia, no es sorprendente que Gran Bretaña, el país más activo en la inversión internacional, fuera cada vez más próspera. El 30 de diciembre de 1899, el diario *The Times* comentaba con orgullo que «el comercio nunca ha estado mejor, los salarios nunca han sido tan buenos, ni ha habido nunca tan pocos trabajadores sin empleo».

Pero además de riqueza y medios financieros para expandirla, los europeos a lo largo del siglo XIX tuvieron cada vez más tecnología para propagar su influencia. La revolución industrial trajo también una revolución en el transporte cuyos principales representantes iban a ser el barco de vapor y el ferrocarril. Hasta la aparición del tren, la clave para crear imperios globales había sido el transporte marítimo, con el ferrocarril surgían posibilidades de expandirse por tierra y controlar territorios remotos a los que no se podía llegar por mar. Para Rusia, se convirtió en el instrumento esencial para controlar su gran imperio terrestre y sería también una forma muy importante de lograr que la influencia europea penetrara en el corazón de Asia. Tras construir el ferrocarril transcaspio, de 1880 a 1881, Rusia se embarcó en una obra más difícil aún, la del célebre transiberiano, de 1891 a 1904. Tras establecer una amplia red de trenes por Europa, las grandes potencias quisieron hacer lo mismo en sus imperios, la red de ferrocarriles en la India sería uno de los legados más importantes de los británicos en este país.

La tecnología europea hizo posible grandes obras de ingeniería, entre las cuales la más importante fue, sin duda, la construcción del Canal de Suez. La idea de crear un canal que permitiera a los barcos pasar del Mediterráneo al mar Rojo, y después seguir rumbo a Asia, era ya muy antigua. En 1854 el soberano egipcio Ismail Pachá le encomendó la obra al ingeniero francés Ferdinand de Lesseps. El canal fue oficialmente inaugurado con una ópera del gran compositor Giuseppe Verdi, en 1869. Paradójicamente, el canal supuso la ruina para su principal promotor, Ismail Pachá, que tuvo que renunciar a su propiedad al no poder pagar el crédito que había pedido para su construcción; pero para los europeos significó un avance extraordinario. Como escribió el escritor Joseph Conrad, «penetrar el istmo de Suez, fue como romper un dique, mediante el cual Oriente fue inundado por nuevos barcos, hombres nuevos y métodos nuevos de comercio». Para Gran Bretaña, Suez suponía acortar considerablemente la ruta a la India y, por esta razón, Egipto se convirtió en un punto clave para controlar su imperio.

Lesseps, que se alzó como uno de los grandes representantes del poder de Francia en el mundo, quiso repetir la hazaña de unir los mares a través de un canal en Panamá, mediante el cual sería posible pasar del océano Atlántico al Pacífico. Inició la obra en 1879, a los setenta y cinco años, pero por diversos problemas económicos y políticos, no logró acabarla.

Otra gran innovación tecnológica que iba a facilitar la expansión y el control de los imperios globales, fue indudablemente el telégrafo. La primera línea trasatlántica se estableció en 1866. Tres décadas después todos los continentes estaban ya conectados por lo que ha sido descrito como el Internet de la era victoriana. Sin duda, este invento constituyó un paso de gigante hacia las comunicaciones globales. Poder informar al instante sobre lo que ocurría en cualquier parte de la Tierra revolucionó la profesión periodística y la de la diplomacia.

Los factores políticos también influyeron en la expansión europea. Tras una era de tanta turbulencia como la que siguió a la Revolución francesa, en 1815 Europa finalmente recobraba la paz. Esta paz iba a ser alterada en numerosas ocasiones por revoluciones y guerras entre estados pero no hubo un conflicto que involucrara a gran parte del continente europeo hasta 1914. A lo largo de ese siglo se impuso el concierto de Europa, en el cual sus estados se comprometían a respetar el equilibrio de poder y a actuar colectivamente contra cualquier Estado que pretendiera alterarlo. Como ya hemos señalado, la relativa paz que vivió Europa desde 1815 permitió a potencias como Gran Bretaña

y Francia centrarse más que nunca en aumentar su poder más allá del viejo continente.

A lo largo del siglo XIX Europa experimentó importantísimos cambios políticos y avances sociales, las ideas de la Ilustración parecían arraigar en las sociedades europeas más avanzadas. Entre ellas la idea de que nadie debería ser dueño de otra persona. La esclavitud, tan estrechamente vinculada al mundo colonial, desaparecería finalmente en ese siglo, al menos de manera oficial. En América Latina, las revoluciones independentistas, que pusieron fin al imperio español y portugués, incluían también la abolición de la esclavitud. En 1807 Gran Bretaña prohibió el comercio de esclavos y en 1833 la esclavitud en todo el imperio británico. Quince años después Francia hacía lo mismo. Los europeos, que tanto habían contribuido a su propagación, se convertían, a partir de entonces, en sus más firmes perseguidores. Esto daría mucha fuerza moral a los colonizadores europeos frente a otras civilizaciones donde la esclavitud formaba parte esencial.

Los países europeos iban a compartir cada vez más una serie de principios ideológicos sobre los que deseaban ser gobernados. El Antiguo Régimen dio paso al auge de gobiernos regidos por una constitución y controlados por un parlamento que representaba a los electores; también el liberalismo como ideología iba a crecer con más fuerza. En la mayoría de los países europeos, especialmente en la parte occidental, se iba a imponer la democracia liberal como forma de gobierno más justa y con mayores posibilidades de dar estabilidad a la sociedad. Esta forma de gobierno no era patrimonio exclusivo de los europeos, los Estados Unidos emergerían como el modelo más perfecto de democracia parlamentaria, y surgirían en países originalmente colonizados por europeos, como los de América, o que seguían siendo parte de los imperios europeos, como Canadá o Australia. Nació así el concepto de Occidente como grupo de países que comparten una forma de gobierno además de una herencia cultural. El convencimiento de que ésta era la manera más justa de gobernar animaría a los europeos a establecerla en sus imperios y promoverla por el mundo con creciente convicción.

Por otro lado, el liberalismo y la democracia parlamentaria no eran esenciales para ampliar imperios. De hecho Rusia, una autocracia bajo el dominio de los zares en la cual el liberalismo brillaba por su ausencia, siguió expandiéndose sin necesidad de apelar al liberalismo para justificar su dominio sobre otros pueblos. Pero Rusia, precisamente por su influencia europea, iba a ser sometida cada vez más a la presión

de corrientes de pensamiento europeístas que propugnaban reformas democráticas para poder mantener el imperio.

Gran Bretaña gozó de las mejores condiciones políticas, económicas y también culturales para consolidar el imperio más grande del mundo y erigirse como la primera potencia. Tras la batalla de Waterloo, en la cual Wellington derrotó definitivamente a Napoleón, Francia, el principal rival de los británicos, quedaba neutralizada. A partir de entonces, esta nación pudo aplicar la política que sería conocida como el «aislamiento espléndido», cuyo fin era mantenerse al margen de los asuntos europeos, centrarse en desarrollar su imperio y promover sus intereses por todo el planeta.

La política de aislamiento espléndido implicaba también defender los intereses británicos en cualquier parte del mundo a toda costa y, sobre todo, no permitir que potencia alguna se expandiera por zonas de su interés. El máximo artífice de esta hábil estrategia fue lord Palmerston, el estadista británico más influyente en el siglo XIX, quien es sobre todo recordado por una cita que ha inspirado a la política exterior de muchos países: «No tenemos aliados eternos ni enemigos perpetuos. Nuestros intereses son eternos y perpetuos». A lo largo de su carrera política, que comienza en 1809 y termina con su muerte en 1856, Palmerston, que fue ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro en varias ocasiones, siempre aplicó esta máxima con mucho éxito.

Un buen ejemplo de esta política fue la guerra de Crimea. Ante el declive del imperio otomano, el gobierno británico, con Palmerston a la cabeza, decidió impedir que Rusia aumentara su influencia en zonas que consideraba de su interés y lideró una coalición de países que defenderían los territorios hasta derrotarla en esta guerra.

Un conflicto diplomático por el que Palmerston sería también recordado fue el de don Pacífico. David Pacífico, cónsul portugués judío en Atenas, tuvo un incidente en 1850, en el cual su casa en esa ciudad fue atacada y destruida por manifestantes antisemitas. El gobierno griego se negó a compensarle, y Pacífico, que por haber nacido en Gibraltar era súbdito británico, pidió ayuda a este gobierno. Palmerston reaccionó enviando un escuadrón de la marina para bloquear el puerto de Atenas. Tan drástica medida dio el resultado esperado, pues el gobierno griego accedió a indemnizar a Pacífico. El estadista británico, en su intervención parlamentaria más brillante, justificó esta medida con un discurso que sería conocido como *Civis Romanus Sum*. De la misma forma que todo ciudadano de Roma fue protegido en cualquier parte

del mundo, lo mismo debería ocurrir con un súbdito británico. A partir de entonces Gran Bretaña lanzó el mensaje inequívoco de que donde estuviera un ciudadano británico sus intereses serían defendidos a cualquier precio.

Tras la muerte de lord Palmerston, los principios bajo los cuales había defendido a Gran Bretaña como primera potencia y administrado su imperio iban a ser seguidos por sus sucesores al frente de la diplomacia o del gobierno, aunque con distintas interpretaciones. Mientras que unos, generalmente liberales, consideraban que el interés británico era mantener el statu quo, otros, principalmente conservadores, defendían la necesidad de ampliar sus posesiones.

El político liberal William Ewart Gladstone, que se convirtió en primer ministro en 1866, y que llegó a serlo cuatro veces en total, era bien conocido por sus virtudes de pragmatismo y moderación. Desde que llegó al poder, su política estuvo siempre centrada en mantener el imperio tal y como estaba, y en resolver conflictos, entre ellos el de Irlanda, que se negaba a seguir bajo el yugo británico, y a cuyos líderes nacionalistas intentó pacificar por todos los medios. No tenía aspiraciones territoriales e incluso era partidario de retirarse de algunos territorios. Sin embargo, su política no logró prosperar en la mayoría de los casos. Ello se debe, en primer lugar, a que la presión de los hombres de negocios y los colonos en el imperio por expandir la influencia británica iba a ser demasiado fuerte, y en segundo lugar porque las necesidades estratégicas iban a llevar a que los límites del imperio siguieran expandiéndose, pues de lo contrario las otras potencias lo harían en su lugar.

Desde el parlamento cada vez iban a ser más los que creían en el imperio, entre ellos el que sucedió a Gladstone en el poder en dos ocasiones, su principal rival, Benjamin Disraeli. Uno de los personajes más fascinantes de la era victoriana, que tuvo una extraordinaria carrera política, pues a pesar de proceder de una familia judía, gran handicap en esa época, logró ascender en el partido conservador hasta convertirse en primer ministro. Tras formar gobierno en 1874, Disraeli protagonizaría un giro histórico en la política exterior al apoyar la política de expansión del imperio en Oriente Medio y Asia. Fue el principal responsable de la compra de acciones del Canal de Suez, que iba a permitir a los británicos controlarlo, y de la política de incursión en Egipto. También promovió la idea de avanzar posiciones en estas regiones con el fin de evitar la expansión de Rusia, llegó a un acuerdo con Turquía para ocupar Chipre y contener desde allí a los rusos. Su obsesión

con la colonización zarista le llevaría también a ocupar Afganistán para evitar que lo hicieran ellos.

Sobre todo, Disraeli quiso hacer del imperio británico y del imperialismo una causa popular. Una de sus iniciativas fue otorgar a la reina Victoria el título de emperatriz de la India, en una grandiosa ceremonia que tuvo lugar en 1877. Esta idea fue considerada una extravagancia innecesaria para muchos británicos educados bajo la austera moral victoriana, pero el primer ministro conservador la justificaría como una medida apropiada para quien reinaba sobre el mayor imperio del mundo, y con la cual se elevaba el rango de la reina para igualarla con rivales como el del zar de Rusia, el emperador alemán o el de Austria. Disraeli, por quien la soberana sentía un gran afecto, logró su propósito, a partir de entonces la monarquía británica iba a ser una monarquía imperial, y visitar la India y las principales posesiones del imperio se convirtió en una obligación para los herederos de la reina-emperatriz Victoria.

El imperialismo parecía ser una causa popular, como Disraeli pudo apreciar, pero también tenía muchos riesgos, pues las dificultades en la guerra de Sudáfrica y también en Afganistán fueron las principales causas de la derrota de su partido en 1880. Pero con tantos intereses políticos y económicos ya en juego por todo el mundo, los gobiernos británicos tuvieron que prestar cada vez más atención a los asuntos imperiales.

Si bien las conquistas de territorio podían tener un alto coste electoral, también lo tenían las retiradas, como pudo comprobar Gladstone. El primer ministro liberal, que merecía haber pasado a la historia con el título de «el pacificador», no estaba dispuesto a continuar con la política expansionista de su rival al volver al poder en 1880. Pero su decisión de retirarse de Sudán en 1885, abandonando a su suerte al célebre general Gordon, fue considerada por la mayoría de los electores como un insulto al honor británico, y al igual que le ocurrió a su rival conservador anteriormente, perdió las elecciones por el impacto de una derrota colonial.

El primer ministro conservador lord Salisbury, que iba a ser el político más influyente en los últimos 15 años de la era victoriana, se definió a sí mismo como un imperialista poco entusiasta. Sin embargo, en las tres veces que estuvo al frente del gobierno entre 1885 y 1902, Gran Bretaña consolidó un nuevo imperio colonial en África. Como comentó Salisbury al embajador francés en relación a su política afri-

cana: *«l'appetit vient en mangeant»*. Para todo gobierno británico, desde mediados del siglo XIX hasta 1918, atender los intereses del imperio implicaba expandirlo, y así siguió hasta que llegó a ocupar una cuarta parte de la Tierra.

La organización y administración de un imperio tan extenso y diverso como era el británico iba a ocupar un lugar central en la política. En 1885 el popular político liberal Joseph Chamberlain aceptó entrar en un gobierno conservador y solicitó ocupar una cartera que hasta entonces había sido muy poco codiciada: la de ministro de Colonias. Chamberlain, inicialmente interesado en las reformas sociales, se convirtió en un ferviente imperialista y se dio cuenta del potencial que tenía este ministerio, que tras su paso por él iba a ocupar un lugar central en la política británica.

Chamberlain concebía el imperio británico como un gran proyecto del que se beneficiarían tanto los británicos como el resto de los súbditos. «Creo que la raza británica es la más grande de las razas gobernantes que el mundo ha conocido jamás. No basta con ocupar grandes espacios del mundo al menos que se quiera hacer lo mejor de ellos. La obligación del terrateniente es desarrollar sus tierras», sentenció en una ocasión.

Su objetivo fue fortalecer el sistema de defensa del imperio y, a la vez, imponer un sistema de aduanas externas que favoreciera el comercio entre todas las colonias y contribuyera así a crear riqueza. También, consciente del deseo de gobernarse a sí mismos que tenían muchos súbditos, se propuso transformarlo en una federación de naciones anglosajonas.

El imperio británico adquirió una sólida estructura administrativa, mediante la cual un pequeño ejército y un limitado cuerpo de funcionarios gobernaban y mantenían la ley y el orden sobre unos 450 millones de personas. Asimismo, proporcionó extraordinarias oportunidades de viajar y conocer mundo para varias generaciones de británicos. Para los oficiales formados en la Academia de Sandhurst, desde Gordon hasta Churchill, servir en algún regimiento colonial era su mayor ambición. Muchos licenciados de Oxford y Cambridge, que aspiraban a hacer carrera en la administración, ingresaban en la India Office con el propósito de ser destinados a Calcuta, Bombay o alguna de las ciudades del subcontinente indio. El imperio estaba repleto de puestos atractivos en otros continentes que ofrecían a los funcionarios británicos más dinero, mayor confort y una vida mucho más interesante. El máxi-

mo responsable de cada colonia era el gobernador general, puesto con el que soñaban los más ambiciosos servidores del imperio. Especialmente relevante era el cargo de virrey de la India, creado en 1858 en sustitución del título de gobernador general, que recibió este nombre con el fin de dar el rango de representante de la corona a quien tenía que tratar con los soberanos de los estados indios.

Existía una clara diferencia entre las colonias donde se había asentado la masa de la emigración británica, Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, y el resto con mayoría de población autóctona. En las primeras, el deseo de autogobernarse e incluso ser independientes era cada vez mayor, y por esta razón, desde mediados del siglo XIX, comenzando por Canadá, iban a obtener el estatus de *dominion*, que implicaba la cesión a sus habitantes del derecho a gobernarse a sí mismos, aunque seguían siendo súbditos del imperio británico y dependían de las decisiones de Londres en cuestiones de defensa y asuntos exteriores. Si bien su creación sirvió para lograr que la población de estas nuevas naciones sintieran que comenzaban a tener capacidad de decisión en los asuntos más importantes, el vínculo excesivamente fuerte con la patria madre siguió creando tensiones. Ésta es la razón por la que Joseph Chamberlain propuso organizar congresos imperiales. En el primero, que tuvo lugar en 1887, surgió la idea de la llamada Commonwealth. Con este nuevo término Chamberlain aspiraba a avanzar hacia una nueva federación imperial, que fortaleciera los vínculos entre distintos miembros. Sin embargo nunca se logró como lo pretendía el ministro de colonias, pues, para muchos de los asistentes a las conferencias imperiales, Commonwealth era una fórmula mediante la cual iban a obtener cada vez más independencia. Aunque, al margen de las distintas interpretaciones del término, sí logró construir una idea de comunidad de valores, que iba a hacer el proceso de independencia menos traumático para Gran Bretaña y el imperio, salvo en el caso de Irlanda.

En 1901 *The Economist*, un periódico inglés que tenía cada vez más lectores, publicaba el siguiente comentario: «como nación no somos demasiado queridos a lo largo del mundo; pero no se puede negar que nuestras fuentes de fuerza política son apreciadas».

La prueba de ello era que el sistema de gobierno británico no sólo se había propagado por el mundo a través de su imperio, sino que era imitado por muchas potencias, y su concepto de democracia y de equilibrio de poderes, y la capacidad del pueblo británico para crear instituciones

sólidas y duraderas, eran universalmente admirados. Éste era sin duda uno de los motivos de orgullo de la clase dirigente y de los que gobernaban el imperio británico y, de hecho, uno de los principales argumentos que utilizaban sus representantes para justificarlo era que el sistema de gobierno que estaban propagando por las colonias y los valores en los que se basaba, eran mejores o al menos más justos que cualquier otro. Tanto británicos como miembros de otras razas obtendrían ventajas de este sistema, aunque muchos de los que tenían piel oscura consideraban que no parecía favorecerles sino más bien al contrario.

No cabe duda de que el autogobierno iba a ser una forma muy beneficiosa de promover el desarrollo de la democracia en varias colonias. Este concepto implicaba la creación de instituciones encargadas de la administración, la elección de un gobierno por los habitantes de las colonias y también una asamblea donde los representantes elegidos deberían debatir y legislar según las necesidades de los pueblos.

Los habitantes de los *dominions* se tomaron el principio de democracia tan en serio que llegaron incluso a ir por delante de la propia Inglaterra. Australia fue la primera colonia en adoptar el sufragio universal masculino, en 1857, en Inglaterra no se obtuvo hasta 1867. También se adelantó a su tiempo, junto con Nueva Zelanda, al conceder el voto a las mujeres en 1901. En estas jóvenes naciones, donde casi todos habían llegado de la misma forma, regía un sólido principio de igualdad y por eso el concepto de un voto por cada ciudadano, inherente a la democracia, iba a adoptarse con mucha más naturalidad que en Europa, donde seguía rigiendo una estructura jerárquica de la sociedad.

En esta época Canadá, Australia y Nueva Zelanda crearon sólidas instituciones democráticas, también Sudáfrica, aunque sólo entre blancos, ya que la controvertida segregación de los negros no iba a permitir su desarrollo. El mito de que la democracia funciona mejor en países de habla inglesa o poblados originalmente por anglosajones, iba a propagarse a partir del siglo XIX, en gran parte debido a que todas estas colonias fundadas por británicos iban a convertirse en sólidas democracias.

Sin embargo, había distintos tipos de colonias en el imperio británico. Por un lado estaban las de población blanca, consideradas suficientemente maduras para autogobernarse, y por otro las pobladas por otras razas que se consideraban no aptas para regirse por sí mismas, y que serían gobernadas desde Londres y mediante sus representantes coloniales. Éste era el caso de todas las colonias africanas, salvo Sudá-

frica, y el resto de las pequeñas posesiones o enclaves en Asia o América. El caso de la India fue especial, pues en ella se estableció una sólida administración, supervisada por el ejército y con el virrey a la cabeza, pero en la que a la vez se respetaba la soberanía de los maharajás quienes reinaban en sus estados como siempre lo habían hecho.

Además de hegemonía política y económica, Gran Bretaña, en el siglo XIX, atravesó una época especialmente brillante desde el punto de vista cultural, y todo ello le daría mucha proyección internacional. La era victoriana, que comenzó en 1837 con la coronación de la reina Victoria, transformó a la sociedad británica hasta el punto de convertirla en un foco de atracción universal en diversas manifestaciones culturales. En esa época Londres surgió no sólo como la capital de un imperio, sino como una de las principales ciudades del mundo. La admiración por la educación inglesa hizo que los grandes internados y las universidades de Oxford y Cambridge se convirtieran en modelos de referencia para Europa y el resto del mundo. En estas instituciones se educaba tanto a la élite británica como a las que habitaban el imperio desde la India hasta Canadá. De Inglaterra también se admiraban sus instituciones parlamentarias, sus deportes y su moda, pues el *gentleman* inglés surgió como el árbitro de la elegancia en el mundo entero. El magnate imperialista Cecil Rhodes, caracterizado por sus declaraciones chauvinistas, tenía argumentos de peso cuando declaró que «nacer inglés es haber obtenido el primer premio en la lotería de la vida».

La monarquía británica se irguió como la institución que mejor representaba la grandeza del país y del imperio. La reina celebró sus 50 y 60 años de reinado en 1887 y 1897 con toda la pompa y la ceremonia, en presencia de los principales representantes del imperio, que incluía a los maharajás indios y los primeros ministros coloniales. Poco después de su muerte, en 1901, *The Economist* escribía que «la reina Victoria era la única persona a quien, en los 30 últimos años de su vida, sus millones de súbditos, tanto conquistadores como conquistados, habrían elegido por plebiscito para ocupar el trono». Quizás el comentario era exagerado, pero sí es cierto que fue la soberana más popular de su tiempo y que hizo una gran contribución al convertir la monarquía constitucional en una fórmula mediante la cual las coronas de Europa y de todo el mundo lograrían sobrevivir en tiempos modernos.

Francia, a pesar de su derrota en 1815 o quizás debido a ella, iba a mostrar considerable avidez por expandir sus dominios por el mundo

a lo largo del siglo XIX, y especialmente en las últimas tres décadas. Tras el inicio de la colonización de Argelia, en 1830, seguirían conquistas mucho más audaces.

En 1848, Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón, fue elegido presidente de la república francesa y cuatro años después se autoproclamó emperador con el título de Napoleón III. Como buen Bonaparte, Napoleón III estaba convencido de que Francia representaba el modelo más perfecto de civilización y que debería ampliarla lo más posible, y ya que no era posible hacerlo dentro de las fronteras de Europa como hizo su tío, se propuso hacerlo en ultramar.

Luis Napoleón promovió el imperialismo económico en todos los frentes, y fomentó la adquisición de posesiones por todo el mundo, mediante la cual un modesto imperio colonial iba a triplicar sus territorios. Durante sus años en el poder tuvo lugar la colonización de Indochina, de la Polinesia y también de Madagascar, y su apuesta más decidida por la creación de un nuevo imperio fue la conquista de México. En 1861 el presidente mexicano Benito Juárez suspendió el pago de la deuda que el país había contraído con Francia, y Napoleón III utilizó este agravio a los intereses galos para invadir el país, con la aquiescencia de España y Gran Bretaña. Poco después, con su apoyo el archiduque Maximiliano de Habsburgo, era proclamado emperador de México. La aventura francesa en América Latina, como comenzaban a llamar los franceses a Hispanoamérica, tuvo un dramático final tres años después, cuando una sublevación culminó con el fusilamiento del emperador Habsburgo. Tras el ignominioso fin de este sueño imperial en América, el segundo imperio francés se enfrentó a su derrota final en 1870, en la guerra contra Prusia por la posesión de Alsacia Lorena.

Tras la caída del segundo imperio y la salida de Napoleón III al exilio, nació la tercera república francesa, con muchas menos ínfulas expansionistas. Aunque, paradójicamente, fue bajo este nuevo régimen cuando más iba a acrecentarse el poder francés en el mundo.

Entre 1871 y 1900, Francia añadió 3,5 millones de millas cuadradas a su imperio. Además de poseer grandes extensiones de tierra, tenía bases navales por todo el mundo, desde Saigón a Dakar. Logró hacer que su imperio fuera una parte esencial de su economía. Las colonias se convirtieron en un mercado esencial de especias y también de materias primas para las industrias. En Argelia, la tierra cultivada por agricultores se triplicó desde 1830 hasta finales del siglo XIX, y un proceso similar de expansión agrícola tendría lugar en Túnez y Marrue-

cos. Los créditos que daba la banca parisina a los colonos franceses en el norte de África contribuyeron a modernizar las técnicas agrícolas y mejorar su eficacia, y hacer así que, desde comienzos del siglo XX, esta zona de África surgiera como uno de los mayores proveedores de productos agrícolas. También las exportaciones crecieron vertiginosamente. En Indochina los colonos franceses lograron que la colonia se convirtiera en una fuerte productora de arroz y de caucho.

Además de la riqueza creada en su imperio colonial, Francia también obtenía beneficios de los negocios de sus empresas, que cada vez se expandían más allá de sus potencias. Durante las últimas décadas del siglo XIX, la banca y las instituciones financieras francesas se expandieron con rapidez, y después de Londres, París se convirtió en el segundo centro financiero de Europa con mayor volumen de negocios internacionales. Los industriales franceses tuvieron gran visión de futuro al apostar, a finales de siglo, por la industria del automóvil. A primeros del siglo XX, los Schneider, Peugeot, Michelin y Renault se pusieron en cabeza del mercado automovilístico. Hasta la irrupción del empresario americano, Henry Ford, Francia fue la mayor productora del mundo.

Durante la época de Napoleón III se estableció una administración colonial que aumentaría sus responsabilidades a medida que crecía el imperio durante la tercera república. En 1858 se creó el ministerio de Argelia, la colonia predilecta, y también el ministerio de Colonias. Argelia iba a recibir un tratamiento muy especial. Tras su viaje oficial a esta colonia africana en 1860, Napoleón III declaró que era tan emperador de los franceses como de los árabes de Argelia, y con el fin de hacer que éstos se sintieran más cómodos bajo su soberanía, propuso la creación de un reino argelino, gobernado por ellos mismos pero bajo su mando. La idea no gustó nada a los colonos franceses, y por esta razón finalmente se desechó.

Fue en este periodo cuando se reconoce el derecho de todo ciudadano de las colonias a obtener la nacionalidad francesa, siempre y cuando hablara francés y se comprometiera a renunciar a costumbres no reconocidas por la ley del imperio, como la poligamia. También se concedió el derecho a comerciar con terceros países, en clara contradicción con la idea predominante en la época colonial de que las colonias sólo podían exportar sus bienes a otros territorios del imperio al que pertenecían.

La colonización en la segunda república estaba muy influida por la ideología del filósofo Henri de Saint-Simon, que propugnaba la indus-

trialización sobre bases más sociales y una mayor fraternidad mediante la cual los más productivos ayudaran al resto. En este sentido, el pensamiento saintsimoniano justificaba la colonización con el fin de ayudar a pueblos más atrasados. Inspirados por Saint-Simon y también por la simpatía hacia el pueblo árabe, algunos personajes promovieron importantes proyectos en Argelia y el norte de África, como el empresario Prosper Enfantin, promotor de la idea de construir un canal en Suez.

La colonias y la administración colonial iban a ser el legado más duradero de estos años y, a pesar de su impopularidad durante la tercera república, su ideología colonial tendría muchos seguidores, aunque generalmente eran de izquierdas los que creían en el imperio colonial y consideraban que en los territorios de ultramar se podían promover los valores más nobles.

En los primeros años de la nueva república la colonización no era una causa popular, especialmente para los más conservadores, para quienes la prioridad era regenerar el país, recuperarse de la derrota frente a Alemania y prepararse para una futura revancha. Para ellos lo importante era el crecimiento económico y la modernización del ejército, y por esta razón consideraban la adquisición de colonias como una distracción que sólo serviría para dispersar al gobierno y los recursos económicos. Como dijo el duque de Broglie en el Senado en 1884, «las colonias debilitan a las naciones que las fundan, lejos de fortalecerlas les absorben sus fuerzas».

Frente a esta facción anticolonialista, diputados liberales y de izquierda argumentaban lo contrario. Según ellos, era inútil intentar ponerse a la altura de Alemania, cuya industria y población eran considerablemente mayores. La mejor opción era fortalecer a Francia mediante la construcción de un gran imperio colonial que diera al país una nueva categoría como gran potencia. Así pensaba el influyente diputado de izquierda Léon Gambetta y otros de su partido.

El político republicano Jules Ferry fue el más firme partidario de la expansión colonial. Tras llegar a primer ministro por primera vez en 1880, inició una nueva política colonizadora con la conquista de Túnez que iba a llevar a Francia a adquirir un enorme imperio en África.

En 1885 Jules Ferry explicaba ante la Asamblea Nacional sus razones para promover la colonización: «debe decirse abiertamente que las razas superiores tienen un derecho frente a las razas inferiores. Hay

un derecho para las razas superiores porque hay también un deber para ellas. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores».

El partido colonial, un grupo de notables creado a comienzos de la década de 1870 para promover la colonización argumentaba también que Francia, como el país de los derechos del hombre, tenía la oportunidad de promoverlos por el mundo a través de sus colonias. Según ellos, la presencia francesa en otros continentes serviría para emancipar a pueblos oprimidos, combatir el primitivismo y permitirles vivir bajo el lema de «libertad, igualdad y fraternidad», como hacían los franceses.

La cultura francesa gozaba de mucho prestigio en Europa desde el siglo XVII y se convirtió en la lengua de la diplomacia en el XVIII. Gracias a la expansión colonial francesa en el siglo XIX, se iba a transformar en una lengua global. La enseñanza en este idioma se instauró en todas las colonias, la administración estimulaba su aprendizaje a los súbditos y el hecho de que su conocimiento fuera imprescindible para adquirir la nacionalidad francesa iba a ser un incentivo muy importante. A comienzos del siglo XIX el francés lo hablaban en Quebec y en alguna otra pequeña colonia. Un siglo después era la lengua europea más extendida en África, por los cinco continentes había comunidades francófonas como consecuencia de la colonización.

Francia, al igual que Gran Bretaña, tuvo una época especialmente esplendorosa desde el punto de vista cultural en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos de siglo XX. No en vano, esa época iba a ser conocida como la *Belle Époque*. El máximo símbolo de aquellos años de grandeza y refinamiento de Francia era París. La ciudad que inspiró las obras de autores como Victor Hugo o Émile Zola, fue transformada durante la época de Napoleón III. El famoso constructor, el barón Hausmann, diseñó nuevos barrios con lujosos edificios y grandes avenidas, cuyo estilo iba a ser imitado por muchas ciudades del mundo. En 1889, con motivo de la celebración de la exposición universal en Francia, se inauguró la Torre Eiffel, llamada así en honor a su diseñador el ingeniero Gustave Eiffel, una impresionante estructura de hierro con la que el país quería mostrar al mundo su poderío industrial y científico. Francia en esa época lograba ser, además de un imperio, un símbolo de las más altas manifestaciones de la civilización.

La culminación del proceso de unificación alemana y la proclamación del Primer Reich en 1871 por el nuevo emperador Guillermo I, iba a marcar un punto de inflexión en la era del imperialismo. La llega-

da de la nueva nación alemana al concierto de Europa fue como la irrupción de un gigante cuya mera presencia, debido a su tamaño, constituía una amenaza para los demás.

Alemania era inmensa en muchos aspectos. En 1871 tenía una población de 40 millones de habitantes y llegaría a los 68 en 1914, convirtiéndose en el país más poblado de Europa, después de Rusia. Además de muy numerosos, sus ciudadanos tenían también un alto nivel de educación, un aspecto esencial para explicar la rapidez con la que creció la economía del país y su influencia en el mundo. Su poder económico se basaba principalmente en que era un gigante industrial. Su producción de hierro se multiplicó 12 veces desde 1870 hasta 1914, hasta el punto de superar a Gran Bretaña, Francia y Rusia juntas. La de carbón se quintuplicó en 30 años, su fabricación de manufacturas se multiplicó por cuatro y sus exportaciones se triplicaron. Krupp, la célebre compañía familiar especializada en la producción de hierro y armamento, surgió a comienzos del siglo XX como la empresa más grande de Europa. Otras grandes firmas alemanas, como Siemens o AEG, nacen en esta época. Con estas extraordinarias cifras de crecimiento, en 1914 Alemania logró convertirse en la primera potencia industrial europea.

El canciller alemán Otto von Bismark, conocido como el canciller de hierro, era un hombre tan poderoso como la nación que gobernó en sus primeros 20 años de existencia. A pesar de haber unificado Alemania a base de sangre y hierro, como dijo en un famoso discurso, no parecía querer utilizar los mismos métodos para ampliar el poder del país. De hecho, para la tranquilidad de sus homólogos europeos, declaró que Alemania era una potencia saciada.

Muchos alemanes no pensaban como Bismark y opinaban que Alemania tenía la oportunidad histórica de emerger como primera potencia mundial, y por lo tanto no debería desaprovechar la ocasión de ampliar su poder e imponerlo sobre el resto de Europa y del mundo. El problema para los alemanes era que esta estrategia implicaba entrar en guerra, y expandirse por otros continentes tampoco era fácil pues buena parte de ellos ya habían sido repartidos entre las grandes potencias.

La presión del lobby colonial alemán y por parte de la opinión pública que exigía que Alemania tuviera mayor presencia en el mundo, hizo a Bismark alterar radicalmente su política, hasta entonces reacia a la adquisición de colonias. Por esta razón, en 1885 dio orden de fundar colonias en África y más tarde se adquirirían algunos pequeños encla-

ves en el Pacífico. Pero este imperio colonial, modesto para un país del poderío de Alemania, no colmó en absoluto las ansias de poder de los alemanes. Un constante lamento del káiser Guillermo II sería que Alemania había llegado tarde a la colonización, y que los territorios más deseables estaban ya ocupados.

El káiser, hombre mucho más ambicioso que Guillermo I y también mucho menos prudente, opinaba que Alemania «tenía grandes tareas que hacer fuera de los estrechos límites de la vieja Europa». Poco después de su llegada al trono, Alemania lanzó un ambicioso proyecto, la construcción de un ferrocarril desde Berlín hasta Bagdad, que entonces era parte del imperio otomano. Esta red ferroviaria permitiría a Turquía controlar mejor sus posesiones en Arabia y a Alemania abrir una nueva ruta que le permitiría tener un acceso más directo a sus colonias en África oriental. La construcción comenzó en 1903 ante la preocupación de Londres y San Petersburgo, que temían las consecuencias de que los intereses alemanes se propagaran por zonas de influencia suya. El proyecto, que implicaba innumerables dificultades técnicas, no llegó a finalizarse hasta 1940, pero sin duda fue un motivo más de fricción entre Alemania y sus potencias rivales.

El ferrocarril de Bagdad fue uno de varios proyectos con los que Alemania iba a expandir su poder y a la vez provocar a sus rivales europeos. En 1898 se lanzó un plan de construcción naval a marchas forzadas, mediante el cual la marina alemana, que era la sexta del mundo, iba a transformarse en pocos años en la segunda del mundo. Su responsable, el almirante Tirpitz, había argumentado que «las conquistas de ultramar eran tan irresistibles como la ley natural». Paralelamente, el discurso oficial se volvía cada vez más desafiante. El ministro de Asuntos Exteriores, von Bulow, declaraba en 1899, «no podemos permitir a ninguna potencia extranjera decirnos que el mundo está ya repartido».

El expansionismo y el deseo de supremacía mundial que se palpaba en las altas esferas del poder, no sólo era el producto del poder económico e industrial de la Alemania del fin de siglo. Las corrientes de pensamiento alemanas parecían alentarlas desde hace tiempo.

En 1832 se publicaba la obra póstuma del militar y teórico de la guerra, Karl von Clausewitz, bajo el título *De la guerra*. En ella reflexionaba sobre el arte de la guerra y su relación con la política, y su tesis general queda resumida en el célebre aforismo: «la guerra no es simplemente un acto político sino también un instrumento político,

una continuación de los actos por otros medios». Clausewitz quizás no pretendía que su obra se utilizara para promover la guerra en relaciones internacionales, pero su interpretación general fue la de un alegato a favor de ésta, sin planteamientos éticos sobre si está bien imponerse a base de fuerza ni una crítica moral a su precio desde el punto de vista de pérdida de vidas humanas.

De la guerra tuvo muchísimo éxito en Alemania y también en el ámbito internacional a lo largo de más de un siglo. Es curioso que, tanto Lenin como Mao Tse Tung admiraron la obra de Clausewitz, que inspiró sus tácticas sobre cómo alcanzar objetivos políticos a través de la guerra. El militarismo prusiano, tan influyente en el auge de Alemania como la nación más poderosa de Europa, iba a estar en deuda con las teorías del escritor germano.

El pensamiento alemán en el siglo XIX daría grandes figuras que mucho iban a influir en las corrientes intelectuales del país y de Europa en general. Especialmente relevante fue el filósofo Friedrich Nietzsche para explicar el tipo de mentalidad que imperaba en Alemania tras el proceso de unificación, y también para reforzar la justificación del imperialismo. En su obra *Así habló Zaratustra*, Nietzsche explica que hay dos tipos de hombres, los señores y los esclavos, con distintas actitudes morales. Los señores, con alta fe en sí mismos, aprecian todo lo superior, y todo lo que lleve a la fuerza y la dominación. Los esclavos, por el contrario, valoran las aptitudes de los débiles y los oprimidos, como son la mansedumbre y la obediencia. El filósofo defiende la necesidad de sustituir valores tradicionales, inculcados generalmente por el cristianismo, por otros nuevos que permitan el surgimiento de un hombre ideal, que él denomina como el superhombre.

No cabe duda de que muchos de los señores que buscaban la supremacía y reivindicaban su derecho a gobernar sobre pueblos débiles, se sentirían identificados con la teoría del superhombre. Sin embargo, no sería justo resumir el pensamiento alemán, en la época de su ascenso al poder mundial, en teorías sobre la guerra o el superhombre. El siglo XIX es también el de Goethe, Hegel y Schopenhauer, y el de Beethoven y Wagner.

Rusia, desde el fin de las guerras napoleónicas, iba a surgir como una potencia de mucho peso en el ámbito internacional. Después de cuatro siglos de expansión en el siglo XIX, el enorme imperio ruso era también un gigante demográfico que, en 1890, alcanzaría los 116 millones de habitantes. Tenía el ejército más numeroso, a finales de siglo

sobrepasaba el millón de soldados, y además contaba con cinco millones de personas en la reserva. Siempre y cuando la extensión del territorio y la población fueran factores determinantes en el juego del imperialismo, Rusia tendría mucho que decir.

Gracias a su contribución decisiva a la derrota contra Napoleón, su posición ante el resto de las potencias iba a verse fortalecida, no en vano el zar Alejandro I fue descrito en 1815 como el salvador de Europa. El zar aprovechó su posición de fuerza en el congreso de Viena para consolidar el poder ruso sobre Polonia, pero a pesar de reinar sobre un sexto de la Tierra, sus sucesores no se consideraban saciados y protagonizarían varios intentos por aumentar el poder de Rusia frente a los vecinos de sus enormes fronteras.

Rusia puso especial énfasis en imponerse sobre un imperio en decadencia como era el otomano. En 1853 estalló un conflicto entre Francia y Rusia sobre quién de los dos debería ser el guardián de los lugares sagrados en Jerusalén, que era parte del imperio turco. El zar Nicolás I decidió respaldar su reivindicación con la movilización de sus tropas sobre territorio otomano. Ésta fue la causa de la guerra de Crimea, en la que, como hemos visto anteriormente, Rusia obtuvo, ante Gran Bretaña y Francia, una de las peores derrotas de su historia.

A pesar de la humillación que supuso la guerra de Crimea, Rusia volvió a entrar en conflicto contra el imperio otomano en 1875. En esta ocasión el pretexto fue defender a los cristianos que lo habitaban, los llamados hermanos serbios y búlgaros, y los resultados fueron mucho mejores, pues de esa guerra surgió la nación de Bulgaria.

El imperio ruso se benefició más que ningún otro de dos grandes inventos del siglo XIX, el tren y el telégrafo, que mejoraron la comunicación en su vasto imperio y permitió un control más eficaz desde Moscú. La construcción del transiberiano, que comenzó en 1891 y terminó en 1904, fue sin duda una de las obras más ambiciosas en la historia del ferrocarril. Gracias a este tren que conecta Moscú con Vladivostok, Europa y Asia, tan alejadas la una de la otra a lo largo de la historia, quedaban unidas por un medio de comunicación. Como consecuencia, los intercambios comerciales y de población entre la Rusia europea y la asiática aumentaron.

Sin embargo éstos fueron los únicos dos avances de la revolución industrial que realmente llegaron a Rusia, pues por lo demás la industrialización de la Rusia zarista fue prácticamente inexistente, y el país pobre y agrícola se quedó cada vez más atrasado frente a las grandes potencias.

Rusia tampoco fue capaz de incorporar las ideas que hicieron evolucionar a Europa en el siglo xix. Aunque la élite rusa, con el zar a la cabeza, se consideraba parte esencial del mundo europeo, y los rusos hicieron grandes aportaciones a la cultura occidental en el siglo xix. Desde la música de Chaikovski a la literatura de Tolstói, Turguénev o Dostoyevski, la cultura rusa iba a tener mucho impacto sobre los europeos. Pero el pensamiento ruso estaba dividido en dos facciones, los occidentalistas, entre los cuales solía haber intelectuales como Dostoyevski, que defendían la necesidad de abrir al país a las ideas de Europa, y los eslavófilos que reivindicaban la autenticidad de lo ruso sin imitaciones foráneas. Mientras que los occidentalistas dominaban el mundo de la cultura, su poder en el ámbito político fue escaso. A pesar de que algunos zares como Alejandro II tuvieron un talante más liberal, en general todos ellos mantuvieron férreamente el principio de la autocracia, con graves consecuencias para el país.

Mientras que en el resto de Europa el imperialismo era justificado como sinónimo de prosperidad económica y formas más eficaces y justas de gobierno, no ocurría lo mismo en Rusia, cuyas señas de identidad eran el estancamiento y la autocracia.

Otro imperio de gran influencia en el concierto de Europa era el austriaco, de hecho el orden internacional creado en el congreso de Viena fue principalmente una creación suya. El príncipe Metternich, el político más influyente después de Napoleón en la primera mitad del siglo xix, propuso un sistema de equilibrio de poder entre naciones europeas, por encima de cualquier otro principio como podía ser el nacionalismo o el liberalismo, las dos grandes ideas del siglo. Logró que todas se comprometieran a mantenerlo e impedir que una nación se impusiera sobre las demás. Metternich iba a crear escuela en la historia de la diplomacia. El célebre secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, hizo su tesis doctoral sobre el príncipe austriaco y tuvo ocasión de aplicar sus principios durante la Guerra Fría.

Para Metternich, el equilibrio de poder era fundamental para evitar que el imperio de la dinastía Habsburgo, que él representaba, se viera constantemente alterado por el crecimiento de otras potencias en el limitado espacio de Europa central y oriental. Por esta razón, Austria iba a padecer las consecuencias de la unificación de Alemania e Italia, en la que súbditos de su imperio pasarían a pertenecer a estas naciones. Mientras perdía terreno ante estas potencias, Austria se benefició del declive del imperio otomano, ampliándose hasta las fronteras de la

actual Grecia. Pero no se expandió todo lo que podía haberlo hecho, pues su imperio, un mosaico de naciones y culturas, era muy difícil de gobernar, que con mucha habilidad los Habsburgo lograron mantener unido durante siglos hasta su caída final en 1918.

Austria fue el único de los grandes imperios europeos que no tuvo aspiraciones territoriales fuera del viejo continente. Para los demás, la colonización era considerada inherente al estatus de gran potencia. El caso de Italia lo prueba. Pasó de ser una mera expresión geográfica a convertirse en nación en 1870, tras un proceso de unificación bajo el liderazgo del reino de Piamonte. El glorioso *risorgimento* italiano, en el que están involucrados desde el revolucionario romántico Garibaldi hasta el gran compositor Giuseppe Verdi, le dio al país una enorme vitalidad, y también orgullo. Por esta razón, los padres de la nueva patria no se conformaron con que Italia fuera una nación, aspiraban a que se convirtiera también en una gran potencia, y ello les impulsó a involucrarse en el reparto de África.

Mientras que potencias emergentes se afanaban por adquirir posesiones de ultramar, los imperios en declive como Holanda, Portugal y España se esforzaban por mantener lo que quedaba de su glorioso pasado.

El caso de España iba a ser el más trágico. El país que inicia la era de dominio europeo del mundo iba a ser paradójicamente una de las principales víctimas de la era del imperialismo. Todo imperio exige estabilidad política y prosperidad económica, y España iba a carecer de las dos en el siglo XIX. Ningún país vivió con tanta intensidad la lucha entre las fuerzas del liberalismo y del conservadurismo y con consecuencias tan catastróficas. Frente a tanta inestabilidad política, sus gobiernos se aferraban a las últimas colonias que le quedaban tras el proceso de independencia en Hispanoamérica, muy especialmente a Cuba, la perla del imperio.

En 1831 un joven naturalista llamado Charles Darwin partió desde Inglaterra en un barco llamado *Beagle* con destino a Sudamérica, donde pretendía hacer investigaciones científicas en el campo de la geología y la naturaleza. El viaje duró un total de cinco años, en los cuales Darwin se empleó en el estudio de todo tipo de especies y el medio en el que habitaban. En 1559, unos años después de su regreso a Inglaterra, publicó *El origen de las especies,* un revolucionario libro basado en sus investigaciones. En él explicaba que el ser humano había aparecido tras un largo proceso de evolución, al igual que to-

das las demás especies de la Tierra. Su evolución dependía también de la capacidad de adaptación al medio en que vivía o la lucha por la supervivencia a la que estaba sometido todo ser vivo. Darwin explicaba también que en esta lucha los más débiles o los que no se adaptan al medio degeneraban o se extinguían, mientras que los más aptos para la supervivencia llegaban a imponerse sobre los demás y a dominar la naturaleza.

Esta hipótesis tuvo un impacto enorme en la época que le tocó vivir al autor y fue uno de los científicos más revolucionarios de todos los tiempos. Su teoría constituía un desafío a la explicación que la Biblia había dado sobre los orígenes del hombre y, por lo tanto, fue declarado persona *non grata* en los círculos cristianos. También iba a tener mucha influencia en el pensamiento social y político en la era del imperialismo, aunque él no simpatizara con las interpretaciones que se hicieron de su teoría científica en esos ámbitos.

De *El origen de las especies* derivó el movimiento biosocial conocido como la eugenesia, una práctica científica mediante la cual se pretendía mejorar la composición genética de la población. Ya que según el científico inglés había un elemento genético que hacía algunas especies florecer mientras que otras decaían, la eugenesia proponía favorecer la reproducción de los sanos y fuertes en la sociedad e impedir que los enfermos o los que tuvieran cualquier tipo de tara mental se reprodujeran. La aplicación de esta práctica implicaba la división de la sociedad entre seres aptos y no aptos para vivir en ella, y la esterilización e incluso eliminación de los que estuvieran en el segundo grupo. Este movimiento tuvo muchos seguidores tanto en Europa como en los Estados Unidos desde finales del siglo XIX hasta comienzos del XX, y su aplicación suscitaría bastante controversia.

El filósofo y biólogo británico Herbert Spencer iba a ser recordado por utilizar un término con el que resumía la tesis de Darwin: «la supervivencia del más fuerte». De la teoría de las especies iban a surgir también varias corrientes ideológicas en el siglo XIX que defendían la necesidad de aplicar la ley biológica de la supervivencia del más fuerte para entender la sociedad, la economía, la política y las relaciones internacionales, y que más tarde serían definidas como socialdarwinismo. Para los socialdarwinistas, la explicación por la que unos triunfaban más que otros en sociedad o lograban hacerse ricos era por su capacidad de adaptarse al medio y dominarlo, en definitiva, eran los más fuertes porque se habían esforzado más para serlo o habían sabi-

do aplicar mejor las técnicas para lograr sus objetivos, y por consiguiente se merecían el éxito. Según esta corriente legislar a favor de los más débiles en la sociedad, o distribuir la riqueza de la minoría con más dinero, no era conveniente para los intereses de un país, pues lo único que lograría es interferir en la ley natural.

Con respecto a las relaciones internacionales, el socialdarwinismo explicaba que el mundo se dividía entre naciones poderosas y débiles, de la misma forma que ocurría en la sociedad. La teoría del más fuerte describía perfectamente por qué algunas naciones acumulaban poder y riqueza hasta convertirse en grandes potencias, mientras otras, incapaces de adaptarse al medio, entraban en decadencia y eran sometidas a las más poderosas, o incluso divididas o desaparecían por completo. Esta teoría era muy apropiada para explicar y justificar el imperialismo, las potencias europeas estaban expandiéndose y creando grandes imperios porque tenían la capacidad económica, militar, política y cultural para hacerlo, y era natural que los europeos gobernaran sobre el resto del mundo. Dentro de la lucha por la supremacía en Europa, el socialdarwinismo argumentaba también la rivalidad entre potencias europeas, y cómo las más poderosas, como Alemania, Gran Bretaña y Francia, lograban imponerse sobre otras más débiles, decadentes o menos aptas para sobrevivir en el mundo del siglo XIX.

La teoría darwinista de la ley del más fuerte y de la inexorable decadencia para toda especie que no tenga un fuerte instinto de supervivencia o capacidad de adaptación a los cambios, fue la explicación para muchos europeos sobre por qué ellos, los miembros de la raza blanca, habían logrado un grado más alto de civilización y también se habían impuesto sobre los demás. Esta teoría racista venía a justificar el hecho de que los europeos controlaran directa o indirectamente naciones pobladas por otras razas y que incluso algunas razas fueran marginadas al ser consideradas incapaces de vivir en civilización.

Otro ensayo que iba a fomentar el pensamiento racista en aquella época fue el del escritor y diplomático francés Joseph Arthur de Gobineau. En 1853 publicó el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. En él analiza la historia a través de las tres razas humanas, la blanca, la amarilla y la negra, y llega a la conclusión de que la historia sólo surge del contacto con la raza blanca. Asimismo explica que, dentro de la raza blanca, los arios han alcanzado el grado más alto de desarrollo. La obra advierte también que el mestizaje lleva inexorablemente al declive de las civilizaciones.

La teoría de Gobineau fue recibida, en algunos ámbitos intelectuales de la Europa de su tiempo, como una importante aportación a las ciencias sociales y al comportamiento de las razas humanas. Decir que la raza blanca era superior a las demás no era polémico como lo sería un siglo después. Para muchos resultaba una conclusión obvia al ver las diferencias abismales entre el nivel de vida de las sociedades creadas por los blancos y el resto. Resulta sorprendente que en una época en que el principio de que todos los hombres eran iguales tenía cada vez mayor aceptación, no parecía ser aplicado a otras razas. De hecho, ni siquiera desde el pensamiento más revolucionario como el de Karl Marx o Friedrich Engels se creía en la igualdad entre razas, y se veía como un hecho natural y también deseable que Europa gobernara sobre pueblos más atrasados.

La era del imperialismo es también la época en que la antropología experimenta un auge y se centra en el estudio de las sociedades primitivas de otras razas, con las que los europeos estaban cada vez más en contacto debido a la colonización. Tanto científicos como exploradores y comerciantes en general iban a aprovechar la curiosidad que suscitaban los pueblos primitivos en Europa para organizar exposiciones etnológicas, también descritas como zoos humanos.

En las últimas tres décadas del siglo XIX, cuando el colonialismo llegó a su apogeo, se organizaron zoos humanos en diversas ciudades europeas. Carl Hagenbeck, un empresario circense, se hizo conocido como organizador de estos espectáculos. En 1876 hizo traer a Hamburgo a miembros de la tribu africana de los nuba para exhibirlos en su estado natural, junto con animales salvajes. La exposición continuó por París y Londres. Este tipo de exhibiciones circenses eran comunes en las exposiciones universales. Un caso muy controvertido fue el de Saartjie Baartman, una mujer de una tribu sudafricana que, debido a sus grandes posaderas, fue expuesta en Londres bajo el título jocoso de la Venus Hottentot. Tras su muerte, su esqueleto fue exhibido en el Museo del Hombre de París, hasta que un siglo después el líder sudafricano Nelson Mandela exigió su repatriación para darle digna sepultura.

El interés por el viaje y el conocimiento de mundos lejanos que se experimentó a lo largo del siglo XIX iba a contribuir al desarrollo de varias ramas del conocimiento. En 1799 un explorador alemán llamado Alexander von Humboldt, hombre de saberes enciclopédicos sobre ciencias naturales, botánica y geología, se embarcó en el primero de varios viajes por América del Sur. Cinco años después se estableció en

París y más tarde regresaría a Alemania, donde se dedicó a poner en orden el material de sus expediciones y publicar sus conclusiones en varios volúmenes, que revelaban importantes hallazgos científicos en los campos de la climatología, la oceanografía, la ornitología y, sobre todo, la geografía. Tras una vida dedicada a la ciencia sería justamente considerado como el padre de la geografía universal.

En el campo de la exploración los avances de la era del imperialismo iban a ser muy notables, en gran parte debido a los avances científicos y técnicos que trajo el siglo XIX y que iban a permitir a los exploradores llegar a las zonas más remotas del planeta. Con las expediciones por África que Livingstone y sus seguidores llevaron a cabo, los europeos lograron penetrar en el interior del último continente que se les había resistido.

¿Qué quedaba aún por explorar? ¿Dónde podía haber secretos que el mundo seguía escondiendo? ¿Qué otros desafíos ofrecía la naturaleza en el planeta Tierra? Éstas eran preguntas que se hacían muchos europeos en esta época de expansión con el fin de buscar nuevos retos, hacer algo que nadie hubiera hecho antes o quizás llegar a un lugar desde el cual se pudiera ofrecer alguna nueva aportación a la humanidad.

A mediados del siglo XIX, un escritor francés llamado Julio Verne alcanzó la fama con sus novelas de viajes y de ciencia ficción. En *La vuelta al mundo en ochenta días* cultiva la pasión que tenían sus contemporáneos por viajar a lugares exóticos y recorrer cada vez mayor distancia en menos tiempo. En *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el escritor imagina las posibilidades que brindaría un invento como el submarino para descubrir los secretos del fondo del mar. En *Viaje al centro de la tierra*, especula con lo que podría haber bajo tierra y si sería posible llegar al centro del planeta.

Con su gran capacidad fabuladora y desbordante imaginación, Verne supo sacar partido a la cultura viajera y expedicionaria, y la búsqueda de la innovación científica que caracterizó su época. Esta cultura dio lugar a la era de las expediciones polares, mediante la cual los europeos se propusieron conquistar la última meta que les quedaba: llegar al polo norte y al polo sur.

Desde finales del siglo XIX hasta la segunda década del XX, científicos, marinos y exploradores se propusieron conquistar el polo ártico y el antártico. En Gran Bretaña la Royal Geographical Society se tomó el objetivo muy en serio y en 1901 organizó una expedición a la Antártida liderada por el capitán Robert Scott, un marino que se convertiría

en leyenda. Con el fin de reclutar la tripulación para la expedición, se insertó en el *Times* el siguiente anuncio: «Se buscan hombres para viaje peligroso. Sueldo bajo. Mucho frío. No se asegura retorno con vida. Honor y reconocimiento en caso de éxito».

A pesar de la dureza y los riesgos que implicaba esta expedición, más de 5.000 hombres respondieron al anuncio, lo cual dice mucho del espíritu de sacrificio y de aventura de aquella época, pues un siglo después un anuncio de estas características se habría considerado una broma.

El capitán Scott y su tripulación batieron un récord en este viaje, llegando más lejos en el polo antártico de lo que nunca se había logrado. Tras alcanzar la fama, se propuso conquistar el polo norte, pero se le adelantó otro gran explorador, Roald Amundsen. Ningún país estaba mejor situado que Noruega para conseguirlo y el explorador noruego lo logró finalmente en 1911. Scott llegó poco después, pero él y sus acompañantes murieron congelados a su regreso. Años después, el diario de Scott fue encontrado en la Antártida junto con su cuerpo congelado, y conmovió al mundo con el relato de su infernal viaje en constante lucha contra la adversidad. Otro gran explorador, el irlandés Ernest Shackleton, que acompañó a Scott en su primer viaje, llegó también a la Antártida en 1914. Estos tres hombres protagonizaron la última gran exploración que quedaba por hacer en la Tierra.

Una era de expansión para el conjunto de los europeos como fue el siglo XIX y la conquista y colonización de tantos territorios iba a constituir un gran tema que iba a inspirar mucha literatura. En un principio la expansión europea iba a generar mucho escepticismo y provocar muchas críticas desde los círculos literarios y personajes de la cultura.

En Francia la conquista de Argelia tendría entre sus críticos al célebre historiador y político liberal Alexis de Tocqueville. Se le puede clasificar como partidario del principio de colonización pero no de sus métodos. Tocqueville estaba a favor de colonizar Argelia por el impacto positivo que podría tener sobre la autoestima francesa y el fortalecimiento de la nación en general. Sin embargo, en 1841, tras su primer viaje a Argelia, se expresaba en los siguientes términos: «Regresé de África con la patética noción de que nuestra forma de hacer la guerra es mucho más bárbara que la de los árabes. Hoy en día ellos representan la civilización, nosotros no».

Al pensador francés le atormentaba que, tras mucho haber criticado los métodos sanguinarios con los que los turcos controlaban su

imperio en África, los franceses estaban aplicándolos en Argelia. Unos años después, en 1847, pronunció un discurso en contra de la invasión de Kabilia, la tierra de los bereberes, a quienes proponía que se les respetara su independencia, aunque estuvieran en zona de influencia francesa. Era más partidario del principio de gobernar a otros pueblos de forma indirecta que de tratar de asimilarlos. Por este motivo no era tampoco defensor de conceder la nacionalidad francesa a los árabes, pues no creía posible su integración y, por lo tanto, separar a la comunidad francesa de la árabe evitaría muchos conflictos.

La guerra, un fenómeno que los gobiernos interpretaban como un deber para todo buen ciudadano, era vista desde una perspectiva muy distinta desde el mundo de las letras. Con su efecto desgarrador iba a aparecer constantemente en muchas grandes novelas del siglo XIX, desde *Los miserables* de Victor Hugo hasta *Guerra y Paz* de León Tolstói. El gran escritor ruso se dio a conocer con los *Bosquejos de Sebastopol*, obra escrita cuando sirvió como oficial del ejército en la guerra de Crimea en 1854. En este libro quiso transmitir el sentimiento patriótico con el que los soldados llegaban al frente, pero también alertar al público y a las autoridades sobre las pésimas condiciones en las que los soldados se veían obligados a luchar.

Por la descripción tan viva que da sobre la guerra, Tolstói fue descrito como el primer corresponsal de guerra. «Mi héroe en cada historia es la verdad», dijo en relación con este libro. Ese compromiso le hizo llevar al público ruso las atrocidades de la guerra y le sirvió también para descubrir su vocación, pues como comentó irónicamente: «fracasé en llegar a general del ejército pero logré ser uno en la literatura».

La guerra también iba a inspirar una literatura heroica destinada a exaltar la valentía de los soldados y llenar de orgullo y emoción a los lectores de una nación. Éste es el caso del poema «La carga de la brigada ligera», que Alfred Tennyson, el poeta más famoso de la era victoriana, dedicó a la guerra de Crimea en 1854. «Por el valle de la muerte cabalgan los seiscientos…», dice una de sus más conocidas estrofas. Pero a Tennyson, como a Tolstói, también le horrorizó el sufrimiento de la guerra, y así lo describe en el poema.

El imperio británico en la era victoriana iba a inspirar una literatura dedicada a exaltar sus virtudes y a describir en un tono muy positivo las experiencias que los británicos tuvieron en su formación, y ante todo a justificar su presencia en el mundo por su impacto civilizador. El

máximo representante de esta corriente literaria fue sin duda Rudyard Kipling.

Este escritor tuvo una vida imperial, un claro producto del imperio británico, del que tan orgulloso se sentía. Kipling nació en Bombay en 1865, en el seno de una familia que se había asentado en la India por motivos profesionales. Creció en la época dorada de la presencia británica en la India y conoció muy de cerca a esa élite de soldados, administradores y aristócratas que gobernaban sobre el subcontinente indio.

Muy joven comenzó a trabajar como periodista en la India colonial y a escribir relatos con los que alcanzó la fama que nunca le abandonaría. Cultivó con éxito diversos géneros, desde la poesía hasta los cuentos, y la mayoría de sus obras tienen como trasfondo al imperio británico y a los hombres que le servían. George Orwell le describió como el profeta del imperio británico, y una de las virtudes de su obra es narrar cómo se vivía bajo ese imperio y también exaltar el orgullo de pertenecer a él y la responsabilidad de gobernarlo, pues como proclamó en una ocasión «por inescrutables designios de la providencia, la responsabilidad de gobernar la India ha sido depositada sobre los hombros de la raza británica».

En la literatura imperial de Kipling caben destacar obras como *Kim*, una fascinante novela de espionaje. Kim es un huérfano irlandés en la India, reclutado por los británicos para servir en el servicio secreto y enviado al Himalaya a capturar los documentos de un espía ruso. En esta trepidante novela de aventuras el escritor incluye bellísimas descripciones de los ambientes de la India colonial y sus diversos habitantes. También hace una apología de la forma británica de gobernar sobre otras razas, frente a la más agresiva Rusia.

Kipling describe los delirios de grandeza y los sueños de gloria que tenían algunos de los miembros del servicio colonial, como por ejemplo en uno de sus mejores relatos, *El hombre que pudo reinar*, donde cuenta la extraordinaria historia de un inglés que es proclamado rey de una remota tribu en el norte de la India. El escritor también evoca recuerdos de ciudades imperiales como el famoso poema «Mandalay», dedicado a la capital de Birmania que fue también colonia británica.

Pero sin duda el poema más representativo de la literatura imperial fue el que llevó por título «El peso del hombre blanco».

«Asuman la carga del hombre blanco, envíen lo mejor de su progenie, vinculen a sus hijos al exilio.»

No lo inspiró ninguna hazaña británica sino la ocupación estadounidense de Filipinas en 1998. Con él, Kipling pretendía animar a los estadounidenses a asumir responsabilidades imperiales como miembros de la raza blanca. Este poema suscitó mucha polémica desde el momento de su publicación. Fue alabado por unos por describir la esencia de la expansión imperial y las obligaciones que tenía el hombre blanco frente a las demás razas; para otros constituía un alarde de superioridad que merecía ser censurado y que sólo lograría soliviantar aún más los ánimos de los pueblos colonizados.

Además de conocer la India mejor que ningún otro británico de su tiempo, fue un viajero infatigable durante la mayor parte de su vida. Viajó mucho por Sudáfrica donde cultivó la amistad de algunos de los personajes más influyentes como Cecil Rhodes o Leander Jameson. Como era de esperar, durante la guerra de los bóeres fue un ferviente partidario de la causa británica y escribió poemas describiendo las gestas de los soldados en defensa de su glorioso imperio.

Kipling alcanzó la cumbre de su carrera en 1907 al convertirse en el primer escritor en lengua inglesa en recibir el premio Nobel de literatura. Hasta su muerte, en 1936, fue el máximo símbolo de la literatura imperial, y el mejor testigo de la época dorada del imperio británico.

En Europa, a partir de 1815, las circunstancias políticas y económicas fueron sumamente propicias para permitir, tanto a las grandes potencias como a las potencias emergentes, expandir su poder por el mundo como nunca lo habían hecho antes. Como hemos visto, la revolución industrial aportó a varios países europeos una gran ventaja económica, y ésta, junto con la modernización del sistema financiero y también las innovaciones tecnológicas, iba a permitir a buscadores de fortuna y empresas europeas invertir y emprender proyectos cada vez más lejos de sus países de origen.

Hubo también una mentalidad expansionista y un deseo de poder por parte de varios gobiernos europeos que llevarían a adquirir cada vez más territorios en otros continentes. La rivalidad entre potencias sería también un factor muy influyente en el avance del proceso de colonización, y muy especialmente en las tres últimas décadas del siglo. Gran Bretaña, por ejemplo, estableció protectorados o colonias sobre muchos territorios de África por evitar que lo hicieran Francia y Alemania. Estos dos últimos colonizaron también por miedo a que otras potencias ocuparan un lugar en el mundo que podía ser suyo. Los avances de Rusia sobre posesiones ajenas fueron promovidos con el fin

de evitar que sus rivales, Francia o Gran Bretaña, aumentaran su poder. El juego del imperialismo implicaba no sólo expandirse sino impedir que las potencias enemigas acumularan más poder.

La cultura europea en el siglo XIX y el mundo de las ideas también iban a desempeñar un papel muy importante en el proceso de expansión. Las teorías científicas que explicaban la superioridad de unas especies sobre otras iban a contribuir a promover un sentimiento de superioridad entre los europeos, y a justificar su dominio sobre otros pueblos del mundo. En una época en que muchos se sentían cada vez más orgullosos de su cultura y seguros de su civilización, tenían bastantes razones para argumentar su presencia en otros mundos y defender que su modo de gobernar y los principios que promovían eran superiores al resto, y que beneficiarían a todos los que fueran gobernados por ellos.

La era dorada del imperialismo llevaría a la creación de un orden internacional en el que las primeras potencias europeas ostentaban la supremacía mundial por medios económicos y militares, sus principios políticos eran los que predominaban, y su cultura era la más admirada. Su poder a comienzos del siglo XX estaba tan afianzado que nada parecía alterarlo y resultaba impensable que Europa pudiera dejar de ser el centro del mundo. Prueba de la confianza que tenían las principales naciones europeas en sí mismas era cómo la atención de sus gobernantes estaba centrada en rivalidades con sus vecinos europeos, pues eran éstos los únicos con verdadera capacidad para arrebatarles poder. Así la era de supremacía europea del mundo llegaba a su punto álgido.

Segunda parte

EL DECLIVE
(1898-2011)

De ser el centro del mundo, Europa ha pasado a ser la periferia… Antes se temía a Europa, ahora se le tiene compasión.

Richard Coudenhove-Kalergi

Mientras escribo, seres humanos altamente civilizados me sobrevuelan, intentando matarme.

George Orwell

Sólo se aguanta una civilización si muchos aportan su colaboración al esfuerzo. Si todos prefieren gozar el fruto, la civilización se hunde.

José Ortega y Gasset

CAPÍTULO 9

La crisis del imperialismo y su impacto en Europa y en el mundo

Mientras Europa vivía en el cenit de su poder y las principales potencias disfrutaban de los beneficios de la era del imperialismo, en 1898 el escritor inglés H. G. Wells publicó una novela de ciencia ficción que suscitó mucho interés entre los lectores de varios países: *La guerra de los mundos*. En sus páginas describía la invasión de su país por los marcianos y la terrible guerra provocada por el ataque sorpresa de seres que llegaban de un mundo desconocido. La Inglaterra victoriana en la que vivía Wells estaba tan segura de sí misma, que sólo a través de la ciencia ficción se podían imaginar sus habitantes una posible conquista. El equilibrio de poder que imperaba en Europa hacía muy poco probable que cualquier nación se atreviera a invadir a otra. Con respecto a las amenazas desde más allá del continente europeo, era casi tan absurdo pensar que otra potencia pudiera invadir un país europeo como aceptar la posibilidad de una ofensiva marciana.

Sin embargo, *La guerra de los mundos* removió la conciencia de muchos europeos. En parte por la conciencia *fin de siècle,* un temor irracional que se apoderó de muchas personas y les hacía pensar que en la última noche de 1899 llegaría el apocalipsis y acabaría con la civilización. Otra razón para explicar estos sentimientos tan negativos era que, tras ese poder hegemónico que habían acumulado varias potencias europeas, subyacían fuerzas que podían hacer temblar sus cimientos e incluso derribarlas.

¿Cuándo empezó la crisis del imperialismo? Hacia 1913 las tensiones entre las grandes potencias imperiales europeas, como veremos más adelante, eran de tal magnitud que un conflicto armado parecía bastante probable. Sin embargo, los primeros atisbos de la crisis comenzaron a vislumbrarse mucho antes, desde finales del siglo XIX varios acontecimientos mostraron que el imperialismo europeo no gozaba de tan buena salud como parecía, y el poder de Europa no era inexpugnable.

El 15 de febrero de 1898 se produjo una gran explosión en el puerto de La Habana, el acorazado estadounidense *Maine* saltó por los aires, y sus más de 300 tripulantes perdieron la vida. Mucho se ha especulado sobre las verdaderas causas de esta misteriosa explosión del acorazado, que los Estados Unidos habían enviado con el fin de proteger a la población norteamericana ante las revueltas que vivía Cuba bajo dominio español. Suceso que tuvo consecuencias dramáticas para el imperio español y contribuyó a traer cambios muy importantes en las relaciones internacionales.

La perla del imperio, como era conocida Cuba por los españoles, siempre había ocupado un lugar muy especial entre sus posesiones de ultramar, y debido a su importancia económica y también a los fuertes vínculos familiares que muchos españoles mantenían con Cuba, la isla no era considerada una colonia sino una provincia, y así era reconocida en la Constitución de entonces. Pese a los esfuerzos por mantener la isla bajo soberanía española, el movimiento independentista liderado por José Martí parecía imparable a finales de siglo XIX, causa que tenía cada vez más simpatizantes en Cuba.

Los Estados Unidos apoyaron el movimiento independentista cubano, como era de esperar del país donde nació la doctrina Monroe de «América para los americanos», Pero también lo hizo por motivos geoestratégicos y económicos, pues Cuba era un mercado muy atractivo para los intereses empresariales estadounidenses, y esperaba poder explotarlo a fondo tras su independencia. La voladura del *Maine* sería el detonante de la guerra con España por Cuba y las últimas posesiones del imperio español. El presidente estadounidense, McKinley, envió un ultimátum a España para que abandonase la isla y su homólogo español, Antonio Cánovas del Castillo, respondió que su país estaba dispuesto a sacrificar hasta la última peseta y la última gota de sangre española por impedir que le arrebataran una parte de su territorio. El choque entre el orgullo español y el poderío estadounidense iba a ser brutal.

España era capaz de mantener la soberanía sobre las últimas posesiones de su imperio, pero desde luego no tenía los medios para derrotar a un país de la pujanza económica e industrial como los Estados Unidos, que también había construido una poderosa flota. Así, a finales de 1898, España fue derrotada y los dos países firmaron la paz en París. Según el tratado de paz, ésta cedía sus últimas posesiones en América y Asia a los Estados Unidos. Cuba obtuvo su independencia en 1902, aunque cediendo a los Estados Unidos la bahía de Guantána-

mo, y Puerto Rico y Filipinas se convirtieron en territorios estadounidenses.

Esta guerra iba a marcar las relaciones internacionales más de lo que en un principio se podía prever. 1898 supuso el fin del imperio español. A pesar de que España había perdido el estatus de gran imperio desde hacía ya bastante tiempo, ver que su poder se limitaba al de unos cuantos territorios en África constituyó un duro golpe para los españoles, y se sumieron en un periodo crítico de reflexión sobre su lugar en el mundo. Pero ante todo, con esta guerra, los Estados Unidos, que habían derrotado a una potencia europea y habían logrado expulsarla de tres grandes posesiones, emergían como una nueva fuerza con voluntad de influir en relaciones internacionales y, muy especialmente, en Europa. A partir de entonces ya no sólo contaban las naciones europeas en el concierto internacional.

A pesar de que el antiimperialismo fue uno de los pilares sobre los que se fundaron los Estados Unidos, el país formado por población mayoritariamente de origen europeo, iba a seguir pautas de crecimiento y expansión territorial muy similares a las de las potencias europeas. Los dirigentes estadounidenses, al promover la expansión hacia el oeste y hacia el sur, estaban convencidos de que con ello contribuían a propagar una civilización superior, de la misma forma que les ocurría a los europeos en su expansión imperial, y creían también que cuanto más territorio pudieran controlar, sería mejor para su país y para el conjunto de la civilización. Por esta razón, a finales del siglo XIX, muchos políticos y empresarios en los círculos de Washington argumentaban que el crecimiento territorial de los Estados Unidos no debería tener límites.

Con el resultado de la guerra de 1898, los Estados Unidos se convertían oficialmente en una nueva potencia colonial, y su ambición geoestratégica les llevó a ejercer cada vez más influencia en asuntos americanos. En 1903, el presidente Theodore Roosevelt, lograba otro importante avance territorial y económico para su país, al firmar con Colombia un contrato de 99 años de alquiler del istmo de Panamá. No sólo iba a construir el famoso canal que facilitaba el paso entre dos océanos, sino que también iba a promover la fundación del nuevo país que llevaría el nombre del canal.

Otro dato menos perceptible entonces, pero que tendría mucha trascendencia fue que en 1900 los Estados Unidos se convirtieron oficialmente en la economía más grande del mundo. Los europeos eran

conscientes desde hacía tiempo de la extraordinaria capacidad de los Estados Unidos para crear riqueza, pero sabían también que el centro del poder económico, además de político y militar, estaba en Europa. Sin embargo, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX iban a ser testigos de cómo la primera economía del mundo tenía cada vez más poder e influencia.

Los Estados Unidos no fue la única potencia emergente capaz de desafiar y vencer a una europea. Unos años después de la derrota de España, Japón se atrevió a retar a Rusia, cuyo imperio parecía estar sólidamente consolidado. Los orígenes de este conflicto fueron las ambiciones de expansión territorial que ambos países tenían sobre Manchuria y Corea. Rusia no estaba dispuesta a negociar con Japón el control de esta región al considerar a este país una potencia menor que tendría que someterse a la ley del más fuerte. Así, Japón optó por usar la fuerza, con mucho éxito. El 8 de febrero de 1904 declaró la guerra y poco después atacó el puerto de Port Arthur (hoy Luchunkou, China), ocupado por Rusia, cuya flota del Pacífico fue totalmente aniquilada. Fue derrotada con tanta rapidez que no tuvo más opción que negociar la paz.

El 4 de septiembre de 1905 los dos países firmaban el Tratado de Portsmouth en los Estados Unidos, mediante el cual acordaban evacuar Manchuria y respetar su pertenencia a China, y Japón recibía la península de Laodong, donde estaba Port Arthur.

El triunfo de Japón en la primera gran guerra del siglo XX sorprendió a Rusia y al mundo. Tras la coronación del emperador Meiji en 1868, Japón decidió convertirse en una potencia industrial con influencia mundial. Para ello, el emperador se propuso seguir el modelo de desarrollo occidental y parecerse lo más posible a las potencias europeas. El proceso de industrialización y modernización del país fue tan exitoso que se impuso a uno de los mayores ejércitos del mundo como era el ruso, y se convirtió en el primer país asiático en derrotar a una potencia europea.

A pesar de que Rusia no perdió tanto en la guerra contra Japón como España ante los Estados Unidos, el impacto fue tan traumático para los rusos como para los españoles, y mucho peor para el futuro de su dinastía reinante. La derrota contribuyó a aumentar el descontento de los rusos con el sistema zarista, y fue una de las causas de la Revolución de 1905, en la que la autocracia de Nicolás II era desafiada por primera vez.

El hecho de que España y Rusia perdieran ante potencias emergentes no necesariamente se interpretaba por los europeos como un signo del comienzo del declive de Europa. Al fin y al cabo, España era una potencia decadente desde hacía tiempo y Rusia era considerada una nación política y económicamente atrasada. Sin embargo, el poder de las primeras potencias también comenzaba a desafiarse con cierto éxito.

Al entrar en el siglo XX, el imperio británico tuvo que hacer frente a una de las mayores rebeliones internas, la guerra de los bóeres. El conflicto que comenzó cuando los británicos adquirieron la colonia de El Cabo, nunca llegó a resolverse, como hemos visto anteriormente, y causó una guerra en 1880. Pero la segunda, que estalló en 1899, sería especialmente cruenta.

Los bóeres, que llevaban varios siglos en Sudáfrica, pretendían defender su independencia y su identidad como pueblo a pesar de ser minoría entre la población blanca dominada por británicos, incluso en las dos repúblicas en las que habían concentrado su poder. Éstas, presididas por Paul Kruger, llevaban tiempo armándose para defenderse ante cualquier roce con las autoridades británicas, y a finales de siglo XIX un nuevo enfrentamiento parecía inevitable. El ministro de Colonias, Joseph Chamberlain, exigió igualdad de trato para los británicos residentes en estas repúblicas, pero Kruger consideró que la medida implicaba la sumisión de su pueblo ante el imperio británico, y por esta razón en 1899, en un ambiente especialmente tenso, envió un ultimátum para que se retiraran de Transvaal o de lo contrario las dos repúblicas declararían la guerra.

Londres recibió el ultimátum con indignación y la prensa del país lo comentó como una osadía intolerable de las pequeñas repúblicas. El primer ministro, Lord Salisbury, temía que las consecuencias del órdago enviado por los bóeres fuese la creación de una república independiente, lo cual establecería un precedente muy peligroso para la estabilidad del imperio británico. El gobierno y la opinión pública parecían estar de acuerdo en que ésta era la ocasión de oro para dar una lección a ese díscolo pueblo sin embargo no iba a ser tan fácil como inicialmente se creía.

Los bóeres no eran el ejército desorganizado y mal equipado de granjeros al que los británicos esperaban enfrentarse. Además de armamento moderno, tenían la ventaja de conocer mucho mejor el territorio, lo que les permitió tender muchas emboscadas al ejército británico. Así, tras varias derrotas, el gobierno británico se vio obligado a

mandar refuerzos. Unos 180.000 soldados llegaron a Sudáfrica a comienzos de 1900, el mayor ejército enviado al exterior hasta aquella fecha.

La superioridad numérica permitió a los británicos imponerse y tomar Pretoria y las principales ciudades de las dos repúblicas bóeres, pero a partir de entonces el enemigo se centró en la táctica de guerrillas, con tanto éxito que el ejército británico no fue capaz de ganar la guerra, pues a pesar de dominar en todas las ciudades, no controlaba el campo. Para derrotar a la guerrilla, el general Kichner, uno de los militares más prestigiosos de su época, optó por tomar medidas drásticas que iban a ser muy controvertidas. Como la táctica de tierra quemada, que consistía en quemar granjas, envenenar pozos y destruir todo lo que pudiera ser utilizado por el enemigo en el campo. Los guerrilleros contaban también con el valioso apoyo de su propia gente y, con el fin de evitar que los bóeres se ayudaran, los británicos decidieron tomar la única medida que podía permitir mantener a la población bajo control continuo: la introducción de campos de concentración.

Uno de los símbolos más siniestros de la guerra y el terror totalitario en el siglo XX, habían sido utilizados con anterioridad como medio de controlar al enemigo. España, por ejemplo, se valió de ellos en la guerra de Cuba contra los insurgentes independentistas. Pero Gran Bretaña fue la primera en utilizarlos contra un pueblo entero. Grandes sectores de la población bóer fueron internados en campos de concentración y, junto a la dificultad que implicaba alojar a tantas familias en barracones, los mayores problemas ocasionados iban a ser los de alimentación y de higiene. Además del hambre, otras causas de muerte fueron las enfermedades contagiosas causadas por la falta de higiene.

Las noticias sobre las condiciones infrahumanas de los campos de concentración causaron un gran revuelo en Gran Bretaña, y a pesar de que la simpatía hacia un líder tan reaccionario como el bóer Paul Kruger era muy escasa, contribuyeron a aumentar la impopularidad de la guerra. Ante las constantes denuncias de los liberales, el gobierno no tuvo más remedio que encargar una comisión investigadora sobre campos de concentración dirigida por la activista liberal y sufragista Millicent Fawcett, que iba a corroborar lo que la oposición y algunos medios de comunicación venían denunciando. Además, la mortalidad ascendía al 30% de los reclusos.

Los británicos lograron imponerse y firmar la paz en mayo de 1902, pero para ello tuvieron que pagar un precio muy alto. La guerra había

durado tres años dejando un balance final de unos 75.000 muertos británicos, bóeres y negros. Unos 20.000 habían perdido la vida en campos de concentración. Los bóeres fueron compensados con una indemnización para reconstruir sus vidas y con la promesa de un nuevo estatuto de autonomía para sus repúblicas dentro del imperio británico. Unas condiciones muy generosas para un bando derrotado que venían a confirmar la aceptación del gobierno británico de que la continuidad del imperio sólo iba a ser posible a base de un alto grado de autonomía a los muy diversos pueblos que lo componían. El nacionalismo, un movimiento que había convulsionado Europa en el siglo XIX, irrumpió con fuerza en el mundo colonial desde la guerra de los bóeres, y a partir de entonces Gran Bretaña y el resto de los imperios europeos iban a tener que aprender a convivir con él y vigilarlo muy de cerca para poder sobrevivir.

Gran Bretaña también pagó un alto precio desde el punto de vista de la solidez del imperio. Para sus rivales europeos, esta guerra revelaba que no era tan fuerte como aparentaba exteriormente. Para los grupos independentistas, desde Irlanda hasta la India, la guerra de los bóeres fue un gran aliciente, pues venía a confirmar su creencia de que un levantamiento contra la soberanía británica podía llegar muy lejos si estaba bien organizado. También iba a llamar poderosamente la atención a los súbditos de otros imperios, pues si los bóeres habían mostrado la vulnerabilidad de la mayor potencia del mundo, los demás podrían ser desafiados con mayor facilidad.

Otro poderoso enemigo contra el que los gobernantes de los imperios iban a tener que defenderse desde comienzos del siglo XX era el de las corrientes de opinión antiimperialistas. En 1904 se publicó un informe que tuvo muchísimo impacto sobre este movimiento, el informe Casement. Su autor fue un aventurero muy polémico llamado Roger Casement.

Nacido en Irlanda del Norte en 1864, como tantos de sus compatriotas, aspiró a ganarse la vida en el mundo colonial. Ingresó en el servició exterior británico, y tras desempeñar la función de cónsul en Mozambique y Angola, fue destinado al Estado Libre del Congo, que iba a marcar su carrera profundamente. Muy sensible ante el sufrimiento humano, a Casement le desagradó sobremanera los abusos a los que eran sometidos los nativos por los colonos europeos en el Congo. A comienzos del siglo XX, conoció a E. D. Morel, un periodista que llevaba tiempo denunciando en la prensa británica la violación de de-

rechos humanos en esta colonia. Juntos formaron la Congo Reform Association, con el fin de promover el cambio. A raíz de las denuncias hechas por esta asociación, Roger Casement fue encargado, por el gobierno británico, de hacer una investigación sobre este asunto.

En 1904 el cónsul presentó, ante el parlamento británico, un informe que llevaría su nombre y por el que iba a pasar a la historia. Casement relataba, pormenorizadamente, la explotación a la que era sometida la población congoleña. Explicaba cómo los colonos, en su afán de lucro y de dominio, daban rienda suelta a sus instintos más salvajes y, además de esclavizar a la población negra, la sometía a todo tipo de humillaciones. Como consecuencia, muchos negros africanos perdieron la vida, otros fueron mutilados y quedaron traumatizados por violaciones, palizas y maltratos; la población congoleña había descendido de forma considerable desde que Bélgica inició la colonización del territorio centroafricano.

El informe iba a lograr tener un impacto internacional muy grande. El primer ministro británico lo envió a su homólogo belga y al resto de los jefes de gobierno de los demás países que habían firmado el acuerdo de Berlín en 1885, que dio lugar al reparto de África. La reacción inicial del gobierno belga fue denunciar el informe como una maniobra para desprestigiar a su país, pero debido a la gravedad de su contenido y a las críticas de la oposición socialista en el parlamento belga, no tuvo más opción que encargar una comisión independiente de investigación.

La comisión belga coincidió con el informe Casement en casi todo su contenido y el gobierno tuvo que depurar responsabilidades, pero las consecuencias del escándalo iban a ir mucho más lejos. El Estado Libre del Congo había sido creado, por el rey Leopoldo II de Bélgica, como una empresa privada con su propio capital, con el objetivo de abrir África a la civilización y contribuir así al progreso de la humanidad. En su lugar se había convertido en un símbolo de la barbarie humana, y la presión por parte de las potencias europeas y de los Estados Unidos para que desapareciera fue muy grande. En 1908, una mayoría del parlamento belga se declaró a favor de poner fin a la dependencia del Estado Libre del Congo del rey Leopoldo y convertirlo oficialmente en una colonia belga. Desde entonces, el gobierno belga se haría cargo directamente de él. La Congo Reform Association, al ver que su objetivo se había cumplido, se disolvió.

Roger Casement no sólo tuvo la satisfacción de ver que con su informe se hacía justicia en el Congo, sino que también fue debidamente

promocionado. En 1906 fue enviado a Brasil, donde desempeñó labores consulares en varias ciudades hasta ser nombrado cónsul general en Río de Janeiro. Una vez más, utilizó su destino diplomático para promover los derechos humanos. Investigó las actividades de la Peruvian Amazon Company y publicó un informe igual de demoledor que el anterior con información detallada sobre cómo las actividades de los exportadores de caucho en Perú habían tenido consecuencias devastadoras para los indios putumayos. Los informes de Casement describían tremendas atrocidades perpetradas contra los putumayos que contribuyeron a que su población descendiera de una forma similar a cómo había ocurrido en el Congo. De nuevo el diplomático logró provocar un gran escándalo y, aunque no llegó tan lejos como en el caso del Congo, sí consiguió que los responsables de la Peruvian Amazon Company tuvieran que hacer frente a las acusaciones de genocidio en un tribunal de Londres.

En 1911, Roger Casement fue distinguido con el título de caballero del imperio británico por sus actividades humanitarias. Pero hacía tiempo que había dejado de creer en el imperio británico, y los horrores que había presenciado en África y América le volvieron muy crítico del fenómeno de la colonización. Por esta razón, en 1913 decidió abandonar el servicio diplomático británico y dedicar el resto de su vida a luchar contra el imperio al que había servido lealmente hasta entonces.

Casement se entregó a la causa del nacionalismo irlandés, y puso sus dotes diplomáticas a disposición del movimiento independentista de su tierra natal. Sus actividades a favor de un levantamiento irlandés durante la Primera Guerra Mundial, provocaron su detención en 1916. Fue acusado de alta traición y murió ahorcado por el mismo país al que había servido durante la mayor parte de su vida. Roger Casement no llegó a ver la Irlanda independiente por la que luchó, pero sí fue testigo del surgimiento de un movimiento antiimperialista al que él contribuyó de forma muy notable.

A comienzos del siglo xx, el antiimperialismo o la crítica hacia el fenómeno de la colonización se propagó con rapidez por toda Europa. A lo largo del siglo xix, la opinión pública de las principales potencias estaba a favor de las colonias, y pensaba que la actividad de sus países en otros mundos contribuía a la civilización, pero esta actitud iba a cambiar sustancialmente conforme avanzaba el siglo xx.

Varios fueron los factores que llevaron al desencanto con el imperialismo. Guerras como la de los bóeres ayudaron a que los británicos y

el resto de las potencias coloniales europeas comenzaran a darse cuenta del coste económico, político y militar que podía llegar a tener su presencia tan lejos. Informes como el de Casement, al igual que artículos de prensa y libros denunciando la explotación de los pueblos colonizados por los blancos, y los crímenes de lesa humanidad que tuvieron lugar en el mundo colonial hicieron que muchos ciudadanos dejaran de apoyar la presencia de sus países en otros continentes.

El mundo de la cultura y del pensamiento, que había tenido muchos partidarios del imperialismo, se volvió especialmente crítico desde comienzos de siglo. Figuras muy destacadas de la literatura contribuyeron a propagar el antiimperialismo, muy especialmente el gran escritor Joseph Conrad.

Joseph Conrad nació en el imperio ruso en 1857, en el seno de una familia polaca; muy joven huyó del mundo en el que nació hasta llegar a Marsella, donde se enroló en la marina mercante. Sirvió durante 17 años en la británica, navegando por los principales mares y convirtiéndose en un testigo de excepción de lo que ocurría en el mundo colonial, desde Hong Kong a Singapur y desde el corazón de África hasta la Amazonía. Tras una vida tan llena de aventura, abandonó la marina para asentarse en Inglaterra y dedicarse a la literatura. Sus novelas, que tuvieron gran éxito internacional, le consolidaron como uno de los mejores cronistas del mundo colonial de su época. Novelas como *Lord Jim* o *Nostromo* evocan la fascinación por buscar fortuna en los mares del sur, pero la que iba a impactar de forma muy especial y contribuir a la difusión del antiimperialismo fue *El corazón de las tinieblas*, publicada en 1902.

La trama de esta obra se atribuye a las anécdotas que Roger Casement le contó cuando se conocieron en África. La famosa novela narra la historia de Charles Marlow, un marino inglés contratado por una compañía belga como capitán de un barco que va a transportar marfil por un río en el corazón de África: el viaje se transforma en un descenso a los infiernos. Allí conoce a Kurtz, un hombre de negocios anglofrancés aparentemente muy virtuoso, que parece representar los valores más loables del imperialismo, pero que, conforme se ahonda en su personalidad, surge como un ejemplo de la corrupción, la explotación y la inmoralidad con la que son identificados los europeos que buscaron hacer fortuna en el Congo. Marlow intenta sacar a Kurtz, enfermo terminal de malaria, de la jungla en un dramático viaje que muestra lo lejos que queda la civilización de ese mundo de tinieblas que es el corazón de África.

Desde el otro lado del Atlántico, el famoso y muy influyente escritor Mark Twain también dedicó un libro a denunciar los males del imperialismo, centrándose por razones obvias, en el caso del Estado Libre del Congo. En 1905 publicó *Soliloquio del rey Leopoldo*, en el cual, con el humor que le caracteriza, describe al rey de los belgas defendiéndose de las críticas a su aventura colonial y, con gran cinismo, justificando sus acciones.

Otros influyentes escritores, como Arthur Conan Doyle o Anatole France, también iban a contribuir al antiimperialismo desde sus escritos y colaboraciones en prensa. Desde el mundo académico también comenzó a proliferar la literatura crítica con el fenómeno de la colonización. Especialmente influyente fue el economista inglés John A. Hobson, quien viajó a Sudáfrica durante la guerra de los bóeres, y su estancia allí le sirvió para ver el funcionamiento del sistema colonial y contribuir a sus teorías antiimperialistas. Además de escribir contra la guerra de los bóeres y criticar el jingoísmo, en 1902 publicó una obra especialmente influyente: *Imperialismo*. En esta obra Hobson vinculaba el fenómeno del imperialismo al capitalismo. Según él, el primero era la consecuencia de la constante búsqueda de mercados y expansión económica implícita en el sistema capitalista. Las grandes potencias necesitaban colonias para crear nuevos mercados, y el hecho de que todo el sistema estuviera basado en la búsqueda de beneficios a toda costa lo hacía profundamente inmoral.

La tesis de John A. Hobson iba a tener mucho impacto sobre todas las corrientes ideológicas críticas con el capitalismo. Sin duda alguna una de las principales razones por la que el antiimperialismo tuvo cada vez más fuerza en el mundo se debe a la creciente influencia de las principales corrientes ideológicas de izquierda, el socialismo y el comunismo.

Los padres del socialismo y del comunismo, Karl Marx y Friedrich Engels, dedicaron sus vidas a analizar los males del sistema capitalista y a explicar por qué, según las leyes históricas explicadas en su obra *El capital,* el capitalismo estaba destinado a fracasar y ser sustituido por el comunismo. Sin embargo su análisis se centraba en el capitalismo como un fenómeno nacional en los países que conocían y en cómo la lucha de clases afectaba a la clase obrera, pero no en el impacto del colonialismo sobre los pueblos colonizados. De hecho, Marx y Engels, como tantos otros intelectuales de su época, tenían una opinión positiva de la colonización, al considerar que la propagación de la influencia

europea por otros mundos contribuiría a ayudar a muchos pueblos a superar el atraso y la opresión. Sin embargo sus seguidores en el siglo xx iban a tener una opinión muy distinta sobre el fenómeno de los imperios europeos en el mundo.

Vladimir Ilich Lenin, el más destacado seguidor de Marx y uno de los hombres más influyentes del siglo xx, fue un revolucionario profesional que dedicó su vida a preparar la primera revolución comunista. Además de un importante teórico del marxismo, con el fin de llevarlo a la práctica en los tiempos que le tocó vivir. Interpretó el capitalismo en el siglo xx como un fenómeno global que las principales potencias estaban propagando mediante el imperialismo. Para él, revolucionario ruso, el capitalismo y el imperialismo eran dos fenómenos estrechamente unidos.

En 1916 Lenin publicó una influyente obra: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En ella explicaba cómo las grandes potencias necesitaban adquirir colonias para invertir los beneficios que sus empresas acumulaban en los mercados locales y crear así nuevos mercados. Mediante este proceso, los principales imperios se habían convertido en agentes propagadores del capitalismo por la Tierra, y reproducían en las colonias el mismo sistema de explotación. La población autóctona era explotada por la oligarquía dueña de las empresas y los medios de producción, de la misma forma que la clase obrera era exprimida en Europa, sólo que en el caso de las colonias los trabajadores tenían incluso menos derechos y las diferencias culturales y raciales daban lugar a mayores abusos.

A medida que la crisis en los imperios europeos y en el mundo colonial se hacía más aguda a lo largo del siglo xx, la tesis de Lenin iba a tener cada vez más adeptos, no sólo entre los comunistas ortodoxos sino entre los movimientos independentistas y los que buscaban alternativas al orden colonial.

Otra corriente ideológica de izquierda que iba a convertirse en un azote al imperialismo desde su nacimiento fue el anarquismo. A diferencia de Marx y Engels, los fundadores del anarquismo como Bakunin, Kropotkin o Proudhon iban a ser muy críticos con el imperialismo que contribuía a promover por el mundo el orden social contra el que luchaban. Según el revolucionario anarquista Bakunin, «todo pueblo, al igual que todo individuo, tiene derecho a ser él mismo», un principio que llevaría a muchas revueltas contra los imperios. Para Proudhon, que declaró que la propiedad era un robo, el colonialismo era un sistema

mediante el cual los europeos estaban llevando a otros continentes las mismas leyes de propiedad que corrompían la sociedad occidental. Kropoktin defendía que el imperialismo era la máxima expresión de la competitividad entre individuos y estados que hacía imposible la deseada colectividad y el surgimiento de una sociedad ideal en la que los seres humanos cooperaran entre sí.

Los anarquistas, en su afán por derrocar el orden establecido, iban a asestar muy duros golpes al imperialismo. Su estrategia de atentar contra jefes de Estado y los máximos símbolos del poder tuvo un éxito considerable, pues acabó con la vida de muy importantes líderes tanto en Europa como en los Estados Unidos, desde el zar Alejandro II y el presidente español Cánovas del Castillo, a los presidentes Abraham Lincoln y McKinley. Sus magnicidios contribuyeron de manera muy especial a cambiar el rumbo de la historia europea.

A comienzos del siglo xx los líderes de las potencias europeas eran conscientes de los muchos factores que amenazaban su poder, desde potencias emergentes en otros continentes a revueltas independentistas en sus posesiones, y por supuesto las ideologías que reivindicaban un sistema alternativo de gobierno. Pero su mayor temor seguían siendo sus rivales imperiales. Después de varios siglos ampliando su poder por el mundo y a menudo enfrentándose a pueblos de otras razas y culturas, los europeos se seguían temiendo a sí mismos más que a nada, a pesar de pertenecer a la misma raza, la misma cultura occidental y tener la misma idea de civilización. Para cualquier potencia europea su mayor amenaza estaba en las otras potencias con las que a menudo compartía una frontera. El peor enemigo no habitaba en tierras lejanas sino en las ciudades del continente europeo.

Esta rivalidad iba a aumentar vertiginosamente a lo largo de la era del imperialismo, llegando a sus cotas más altas a comienzos del siglo xx. Durante este tiempo el ambiente de tensión, desconfianza y envidia entre líderes europeos alcanzó grados patológicos.

Gran Bretaña, que tenía el mayor imperio del mundo y era también la mayor potencia industrial, pretendía mantener el equilibrio internacional a cualquier precio y evitar que otras potencias europeas ganaran poder e influencia en el mundo a costa suya. Francia, que también había consolidado un enorme imperio colonial, quería mantener el equilibrio de poder pero estaba siempre interesada en buscar fórmulas para crecer a costa de Gran Bretaña. Alemania era una nueva potencia imperial, con una industria y un ejército cada vez más poderoso y con un

pequeño imperio que no colmaba sus ansias de poder mundial. Reivindicaba un nuevo orden internacional que le diera mayor protagonismo y decidió disputar la primacía de Gran Bretaña y Francia tanto en el continente como en el resto del mundo. Rusia, por su parte, durante mucho tiempo había considerado a Gran Bretaña su peor enemigo, pero tras el auge del imperio alemán comenzaba a temer las consecuencias de las ambiciones germanas sobre sus fronteras. Esta situación iba a llevar a los líderes de estas potencias a crear una serie de alianzas guiadas principalmente por el viejo principio de que el amigo de mi enemigo es mi amigo.

La primera piedra en este complejo sistema de alianzas la iba a poner Alemania. El canciller alemán Bismarck quería reforzar la posición en Europa mediante una alianza defensiva con el vecino con el que tenía mejor relación: Austria-Hungría. Esta potencia, por su parte, estaba interesada en una alianza con Alemania que la protegiera de Rusia, su gran rival en los Balcanes. Así los dos países firmaron una alianza defensiva en 1979. Tres años después un nuevo país se sumó a esta alianza, Italia. Tras perder el pulso contra Francia por la posesión de Túnez, Italia decidió que nunca más se dejaría vencer por este país y buscó el apoyo de Alemania y Austria-Hungría. Nacía así la Triple Alianza, para regocijo del hábil estadista Bismarck.

Este hecho llevó a los dos países que se consideraban más amenazados por ella a buscar un entendimiento. La república francesa y la autocracia rusa nada tenían en común desde el punto de vista político, y de hecho el himno de *La Marsellesa* estuvo prohibido en Rusia por considerarse subversivo; pero las dos potencias tenían mucho que ganar con una alianza desde el punto de vista diplomático. Por este motivo en 1894 el zar de Rusia y el presidente de Francia firmaban la denominada Alianza Dual, mediante la cual las dos potencias se comprometían a apoyarse en caso de ser atacadas por uno de los miembros de la Triple Alianza.

La potencia más perjudicada por este sistema de alianzas era Gran Bretaña, que se quedó peligrosamente aislada. Por esta razón en 1902 el gobierno británico decidió firmar un tratado con una potencia asiática con la que compartía rivalidad con Rusia: Japón. Pero pronto Gran Bretaña iba a necesitar buscar aliados en Europa frente a la potencia más amenazadora: Alemania. En 1904 firmó con Francia el llamado *Entente Cordiale*, que ponía oficialmente fin a varios siglos de enemistad. El motivo que llevó a estas dos naciones a acabar con sus

diferencias y a comprometerse a ayudarse en caso de ser agredidas por un tercer Estado fue la preocupación por Alemania que compartían.

El deseo de defenderse frente al país germano iba a llevar también a Gran Bretaña a unirse con otro rival histórico: Rusia. En 1907, firmaron un tratado de amistad y cooperación con el que nacía el *Triple Entente*, mediante el cual Gran Bretaña, Francia y Rusia estaban comprometidos a defenderse frente a la agresión de un tercero.

Las alianzas tradicionalmente habían sido una forma de garantizar el statu quo en Europa y en el mundo. Las alianzas entre potencias servían de aviso a terceras sobre las consecuencias de la agresión. La gran cuestión entre las potencias a comienzos del siglo XX era si iban a servir para mantener la paz en un contexto internacional cada vez más convulso en el que los roces por cuestiones imperiales crecían exponencialmente.

Como hemos visto anteriormente, los enfrentamientos por cuestiones coloniales y muy especialmente por el reparto de África siempre acababan resolviéndose de forma pacífica, pues todos los países parecían estar de acuerdo en que el territorio en el mundo colonial, por muy importante que fuera, no valía una guerra. Donde más graves eran los conflictos territoriales era en suelo europeo.

En 1912 Grecia, Bulgaria, Montenegro y Serbia crearon la Liga Balcánica y declararon la guerra al imperio otomano con el fin de hacerle retirarse definitivamente de sus tierras ancestrales. La Liga Balcánica se impuso al ejército turco con rapidez y en mayo de 1913 se firmó un tratado de paz mediante el cual el imperio otomano renunciaba a prácticamente todo su territorio al oeste de Constantinopla. Sin embargo, la falta de consenso entre estos países sobre cómo repartirse el territorio ganado provocó un nuevo conflicto. Bulgaria declaró la guerra a sus aliados balcánicos, pero finalmente Serbia y Grecia resultaron las ganadoras.

¿Cuál fue la actitud de las grandes potencias ante esta grave situación en el corazón de Europa? Rusia consideró este conflicto como una oportunidad para derrotar de una vez por todas al imperio otomano y dio todo su apoyo a Serbia, la hermana nación eslava, que desde entonces se iba a sentir muy respaldada para hacer reivindicaciones nacionalistas frente al imperio austrohúngaro. Gran Bretaña y Francia simpatizaban con Grecia. Alemania, por otro lado, vio con preocupación cómo su antiguo aliado, el imperio otomano, era derrotado y compensó a Bulgaria, perdedora en la segunda guerra, convirtiéndola

en su nuevo aliado. De esta forma las tensiones imperiales de las grandes potencias se concentraban peligrosamente en Europa oriental.

Otro factor que agudizó la crisis del imperialismo europeo fue la rivalidad entre las dinastías reinantes. Desde finales del siglo XIX se dio la feliz coincidencia de que la mayoría de los que ocupaban tronos europeos eran parientes. El káiser Guillermo II y el rey Jorge V eran nietos de la reina Victoria, y el zar Nicolás II estaba casado con una nieta de ésta. El rey Alfonso XIII también se casó con otra nieta de la reina británica. Victoria fue literalmente la abuela de Europa. Durante mucho tiempo Guillermo II, Jorge V y Nicolás II, los tres primos como a menudo se llamaban en su correspondencia, mantuvieron una estrecha relación. El hecho de que rivalidades entre imperios y naciones europeas pudieran resolverse como una disputa familiar debería haber sido otra garantía de paz en Europa. Sin embargo la realidad fue muy distinta.

Pocos hombres en la historia disfrutaron de tanto poder y riqueza en su vida como el káiser Guillermo II de Alemania. Tras acceder al trono poseía, además de su fastuosa residencia oficial en Potsdam, unos 30 castillos y mansiones y se desplazaba de uno a otro constantemente en su propio tren. Tenía además un yate real, el *Hohenzollern*, con una tripulación de 300 personas, y las mejores fincas donde en temporadas de caza se decía que llegó a matar 1.000 animales en una semana. Pero nada de esto parecía compensar la amargura que le producía el reinar sobre un imperio que era menos poderoso que el que iba a heredar su primo el rey Jorge V de Inglaterra.

El káiser Guillermo II dedicó su reinado al objetivo de convertir a su país en la primera potencia mundial, y especialmente a superar a Gran Bretaña. Debido a su afán por acumular poder e imponerse a otras potencias, la prensa de varios países solía referirse a él con epítetos como el bravucón del continente, o el megalómano coronado. Tras decidir que el futuro estaba en el mar se propuso construir una marina más poderosa que la británica, desencadenando una carrera armamentística que llevó a los líderes de Gran Bretaña y al propio Jorge V a la conclusión de que sólo la guerra le pararía los pies. La mejor descripción del káiser fue la que escribió Winston Churchill: «un turista imprudente que arrojó su cigarrillo en el portal de entrada del polvorín en que se había convertido Europa».

El 12 de abril de 1912, el *Titanic*, el mayor trasatlántico del mundo partía por primera vez de Southampton rumbo a Nueva York. Construido con la tecnología más sofisticada de la época, contenía todo tipo

de lujos y comodidades que convertirían el viaje a través del Atlántico en un verdadero placer, especialmente para los que viajaban en primera clase.

El viaje con el que se estrenaba el gran barco iba a ser todo un acontecimiento. Varios destacados representantes de la élite angloamericana, entre los que figuraban los millonarios John Jacob Astor IV y Benjamin Guggenheim, no tuvieron reparos en pagar lo que hoy equivaldría a 60.000 euros por un pasaje en primera clase, con tal de estar presentes en este histórico viaje. Los camarotes de segunda y tercera clase los ocupaban emigrantes de todo tipo, principalmente ingleses e irlandeses que también eran conscientes de que con este viaje iban a hacer historia.

El barco británico, construido en Belfast con capital estadounidense, era todo un símbolo del poder británico y del buen momento que atravesaban las relaciones anglonorteamericanas. Su construcción era tan sólida que se atribuye al ingeniero naval que lo diseñó la frase de que ni siquiera Dios podía hundirlo. Sin embargo, como si de un castigo divino se tratase, el barco chocó con un iceberg en la cuarta noche del viaje, y en pocas horas el indestructible barco en el que tantos medios se habían invertido se hundía en el fondo del Atlántico y el 68% de su tripulación perdió la vida.

El hundimiento del *Titanic* conmocionó al mundo. La prensa occidental dedicó muchas páginas a reflexionar sobre las implicaciones de esta catástrofe. Era como un aviso de que un mundo tan poderoso y aparentemente indestructible, como era el de Occidente, podía venirse abajo en el momento menos esperado, y que una pequeña fisura como la que hizo el iceberg sobre el casco del *Titanic*, podía precipitar el fin de una civilización que tanto había costado construir. En los años venideros el *Titanic* iba a ser recordado como una metáfora sobre las tragedias que iban a asolar a Europa.

El 28 de junio de 1914 un nacionalista serbobosnio llamado Gavrilo Princip asesinó al heredero al trono austrohúngaro, el archiduque Francisco-José de Austria, y a su esposa en Sarajevo. Con este atentado, Princip pretendía contribuir a la causa nacional de su tierra frente al imperio austrohúngaro. El terrorista nunca pudo imaginar hasta qué punto su atentado iba a asestar un golpe de gracia no sólo al imperio austrohúngaro sino al imperialismo europeo en general.

El sistema de alianzas era considerado como un medio eficaz para resolver crisis internacionales como la que provocó el atentado en Sa-

rajevo a través de la diplomacia. Sin embargo, en 1914 ocurrió lo contrario. El 29 de julio Austria-Hungría invadió Serbia en represalia por el atentado contra el archiduque. Alemania, en solidaridad con su aliado, ordenó la movilización del ejército. Francia, temiendo una nueva invasión alemana, comenzó también a movilizarse. El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia. Gran Bretaña exigió a Alemania que garantizara la neutralidad de Bélgica y al no lograrlo declaró la guerra el 4 de agosto.

Después de casi un siglo de paz, las principales potencias europeas volvían a enfrentarse en un guerra y en esta ocasión no sólo se iba a librar en territorio europeo. Como consecuencia de la alianza de Gran Bretaña con Japón, este país se vio obligado a entrar y llevar el escenario bélico a Asia. Pero desde el momento en que las potencias estaban en guerra también lo estaban sus imperios, y buena parte del mundo iba a sufrir los efectos de la Primera Guerra Mundial.

Una de las razones principales por las que la era del imperialismo culminó con el estallido de la Primera Guerra Mundial se debe a que ninguna de las potencias temían la guerra y confiaban en sacarle muchos beneficios. Habían crecido en una cultura bélica en la que, tal y como había explicado Clausewitz en su famosa teoría, la guerra era vista como la continuación de la política pero por otros medios; era considerada como un fenómeno natural mediante el cual los países podían resolver sus diferencias una vez que no era posible hacerlo por medios pacíficos.

Ésta es la razón por la que el ambiente en las principales capitales de Europa a comienzos de agosto de 1914 era de optimismo e incluso euforia. Jóvenes de diversas procedencias y estratos sociales obedecían la orden de alistarse para ir al frente, generalmente con entusiasmo, pues habían sido educados bajo el principio de que servir a su país en una guerra era un deber y también un honor. Los estrategas militares, especialmente en Alemania, hacían pronósticos optimistas sobre las posibilidades de ganar en poco tiempo. Predominaba un sentimiento general de que ésta sería una guerra corta, muchos soldados iban al frente como si se tratara de una entretenida aventura con la que interrumpir la monotonía de sus vidas, esperando estar de vuelta en sus casas antes de las navidades.

Pero la Primera Guerra Mundial fue muy distinta a como se imaginaban los políticos y militares al frente de los países involucrados. La tecnología moderna aumentó la capacidad destructiva de los ejércitos hasta

límites insospechados. Por primera vez se utilizaron los bombardeos aéreos que harían de la guerra un fenómeno mucho más devastador, ampliaron los escenarios de batalla a las ciudades, y las víctimas a civiles además de militares. Asimismo se introdujo la guerra química. Los alemanes, en violación de la Convención de Ginebra, comenzaron a utilizar el gas venenoso contra el enemigo y éste, en represalia, también recurriría a él. Este gas, con sus devastadores efectos, iba a ser el recuerdo más terrible de este conflicto; los que lograron sobrevivir nunca olvidarían el impacto de este invento tan mortífero. La batalla del Somme, una de las operaciones militares más sangrientas de la historia, que duró desde julio a noviembre de 1916, le costó la vida a más de un millón de combatientes de ambos lados. Esta batalla constituyó el primer aviso sobre lo sumamente destructiva que podía ser la guerra en el siglo XX.

La Primera Guerra Mundial fue inicialmente conocida como la gran guerra, por razones obvias. Podía haberse llamado también la guerra de los imperios. En ella se enfrentaron por primera vez todos los grandes imperios de la época, unos lucharon por aumentar la extensión de sus imperios y su poder, otros por preservarlos o impedir que potencias rivales crecieran a costa suya. Hasta entonces las potencias imperiales europeas habían luchado en guerras sin necesariamente involucrar a todos sus súbditos. Sin embargo, en ésta todos iban a verse involucrados y no se permitió a ningún territorio ni súbdito considerarse ajeno a la contienda europea.

De los, aproximadamente, 70 millones de soldados movilizados en la guerra, 60 eran europeos. Los no europeos tuvieron un papel mucho mayor que el que nunca se les había exigido por las potencias europeas. El estallido de patriotismo que provocó la guerra se extendió con rapidez por los imperios y generalmente contribuyó a reforzar su unidad. A pesar de los muchos conflictos que existían en los imperios y los deseos de independencia que tenían muchos de sus pueblos, la guerra contribuyó a que decidieran posponer sus luchas internas y ofrecer apoyo al gobierno central hasta que la contienda estuviera superada.

En África la orden de movilización fue cumplida entre los colonos con disciplina a pesar de que muchos se sintieran al margen de las causas del conflicto. En colonias como Kenia, Rodesia o Sudáfrica, que limitaban con colonias alemanas, sus habitantes temían especialmente las consecuencias que podía tener una victoria alemana sobre sus intereses. Por esta razón muchos colonos lucharon contra los alemanes, literalmente, por defender sus tierras. En el África oriental alemana la

campaña liderada por el coronel Paul Emil von Lettow-Vorbeck con sus 7.000 hombres iba a ser especialmente agria. En el norte de África, árabes de Argelia, Marruecos y Túnez apoyaron a Francia con un total de 400.000 soldados.

Con respecto a la India, al contrario de lo inicialmente esperado por el gobierno británico, la guerra fue respaldada no sólo por los soberanos indios sino también por el Congreso indio, que por entonces reivindicaba la autonomía de la colonia, esperando que su solidaridad con los británicos fuera compensada con la concesión de mayor grado de independencia tras la guerra. El ejército indio llegó incluso a ser mayor al británico. Más de un millón de soldados indios sirvieron en distintos escenarios bélicos, desde el subcontinente indio hasta Oriente Medio y Europa. En Oceanía y en el Pacífico las tropas australianas y neozelandesas, apoyadas por los aliados japoneses, invadieron las colonias alemanas en esta parte del mundo. Esta guerra iba a mostrar hasta qué punto los acontecimientos en Europa tenían consecuencias en el resto del mundo, pues los efectos de la contienda se iban a notar en gran parte del planeta.

El 6 de abril de 1917 el congreso de los Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. El motivo principal fue el hundimiento de varios barcos de la marina mercante estadounidense por submarinos alemanes. También el presidente Woodrow Wilson esgrimió el argumento de que los Estados Unidos deberían luchar en esta guerra para hacer el mundo más seguro para la democracia, a pesar de que su país, donde los descendientes de alemanes eran muy numerosos, estaba muy dividido sobre las razones por las que Estados Unidos debía romper su tradicional aislamiento. Con su intervención no sólo logró dar el apoyo decisivo a los Aliados para ganar la guerra, sino que se convertía en la nueva gran potencia que iba a marcar el destino del siglo XX.

¿Por qué luchaban en esta terrible guerra? Además de por defender los intereses nacionales, los líderes de cada nación involucrada en esta guerra explicaban que los más sagrados valores estaban en juego en esta contienda. En la Cruz Victoria, la máxima condecoración que concedía el gobierno británico a sus soldados más valientes, se leía «la gran guerra por la civilización». Principio defendido también por Francia y Bélgica. Sin embargo, muchos de los testigos de las atrocidades del frente y de cómo las vidas de tantos jóvenes eran sacrificadas, se preguntaban por el sentido de una civilización capaz de provocar una guerra tan destructiva y causar tanto sufrimiento.

Gran parte de la literatura que inspiró esta guerra describe la decepción y la indignación de los que la vivieron, y condena la sociedad que la causó. El primer gran escritor en recoger los horrores de la guerra en una novela fue el español Vicente Blasco Ibáñez que publicó *Los cuatro jinetes del apocalipsis* en 1916. La novela describe cómo una familia unida hasta el estallido de la contienda termina luchando en bandos opuestos, y muestra lo desgarrador que fue este conflicto para el mundo europeo. El mejor poeta que dio la guerra, el joven soldado británico Wilfred Owen, que murió en el frente, rompió con la tradición poética europea de exaltar valores patrióticos y la valentía de los soldados y se centró en describir el horror de la vida en las trincheras y el trauma que supuso para su generación. Años después otras grandes novelas como *Adiós a las Armas* de Ernest Hemingway o *Sin novedad en el frente* del alemán Erich Maria Remarque, transmiten también estos sentimientos.

El socialismo, el sindicalismo y la izquierda en general llevaban años criticando la guerra como un producto del capitalismo y del imperialismo en la que la clase trabajadora sería enviada a luchar contra hermanos trabajadores para defender los intereses de sus patronos y del capitalismo en general. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, pocos jóvenes hicieron caso del llamamiento de varios políticos de la izquierda radical a boicotear la guerra, bien porque se dejaron llevar por el sentimiento patriótico que predominó en aquel momento o por miedo a acabar encarcelados como ocurrió a intelectuales como Bertrand Russell, que condenaron la guerra. Pero la oposición a la guerra y el número de desertores iba a aumentar progresivamente a lo largo del conflicto, especialmente entre los países peor preparados para la contienda, como Rusia.

De los muchos errores que cometió el zar Nicolás II a lo largo de su reinado, el más grave fue sin duda hacer a Rusia entrar en una guerra para la que no estaba ni económica ni tecnológicamente preparada. En 1917 la situación de los rusos era insostenible, con constantes derrotas en el frente y hambre en las ciudades, y tras un levantamiento popular en Petrogrado el zar se vio obligado a abdicar, poniendo un ignominioso final a la Rusia zarista. El gobierno provisional que sustituyó al zar, liderado por el socialdemócrata Alexandr Kérenski, insistió en la necesidad de que Rusia continuara en la guerra, con lo cual el descontento general de los rusos no cesó. Así se dio el ambiente propicio para que Lenin y los bolcheviques hicieran realidad su ambición de establecer el primer régimen comunista.

En octubre de 1917 tuvo lugar uno de los acontecimientos más trascendentales del siglo XX: la revolución rusa. La revolución estalló tras un golpe de Estado bien planificado por los bolcheviques en San Petersburgo. Lenin se ganó el apoyo de las masas en las principales ciudades con tres atractivos eslóganes: todo el poder para los soviets (los consejos de trabajadores), toda la tierra para los campesinos y fin de la guerra. Poco después de llegar al poder el comisario de Relaciones Exteriores, León Trotski, firmó la paz con Alemania en el Tratado de Brest-Litovsk. Bajo este tratado Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Ucrania, Lituania, Letonia y Estonia, y también cedía algunos territorios al imperio austrohúngaro y al otomano. Los términos de la paz eran humillantes y la renuncia territorial muy grande, pero era la única forma de impedir la invasión alemana y poder proseguir con lo más importante para los bolcheviques, la revolución. Además, Lenin y Trotski confiaban en que pronto el descontento en Alemania provocaría el estallido de una revolución como en Rusia, y entonces podrían recuperar los territorios perdidos. Con Brest-Litovsk, los revolucionarios rusos enviaban también un importante mensaje al resto de las potencias, el nuevo orden social que ellos proponían iba a dejar de preocuparse por las posesiones territoriales, causantes de tantas guerras y conflictos a lo largo de la historia, e iba a centrarse en el desarrollo interno de sociedades donde el afán por poseer y acumular no fuera lo prioritario.

La Primera Guerra Mundial finalizó con la derrota de Alemania y sus aliados en abril de 1918, aunque a juzgar por el balance final y las consecuencias que tuvo la guerra, salvo los Estados Unidos, ninguna otra potencia tenía motivos para considerar que realmente había ganado.

Poco después del armisticio, el káiser Guillermo II abdicó y se fue al exilio, y el emperador Carlos en Austria-Hungría siguió el mismo destino. Así, tres grandes dinastías europeas, los Hohenzollern, los Habsburgo y los Romanov, perdieron el trono como consecuencia de la guerra. Otro emperador que también iba a ser víctima de la derrota fue el sultán Mehmet VI del imperio otomano. Ésa fue la gran ironía de la Primera Guerra Mundial, varios de los imperios que se enfrentaron en ella con el fin de aumentar su poder o su extensión lo único que lograron fue provocar su desaparición.

La conferencia de paz de París de 1919, con la que se ponía fin a la contienda, se inspiró en los famosos 14 puntos de Wilson, una serie de recomendaciones con las que el presidente de los Estados Unidos dic-

taba los términos de la paz. Ésta fue una de las consecuencias más trascendentales de esta guerra, por primera vez en cinco siglos, desde el auge de Europa en el mundo, una potencia no Europea iba a dictar la paz de una guerra europea, y lo iba a hacer bajo sus propios términos. Ésta es la razón por la que los Estados Unidos podían considerarse la única potencia verdaderamente ganadora. Entre los puntos de Wilson con los que pretendía asegurarse una paz duradera destacaba la libertad de los mares, la prohibición de alianzas secretas, y un término especialmente amenazante para las potencias europeas: la autodeterminación. Wilson recomendaba un reajuste de las reivindicaciones coloniales teniendo en cuenta no sólo a las potencias sino también a los habitantes de las colonias.

Gran Bretaña y Francia, las principales potencias ganadoras, aumentaron su poder imperial a costa del desmantelamiento del imperio alemán y del otomano. Francia tenía interés especial en Siria, y Gran Bretaña en Palestina, por este motivo el primer ministro Lloyd George y el presidente Clemenceau se reunieron en Londres poco antes de la conferencia de paz, y acordaron amistosamente la forma en que se iban a repartir Oriente Medio y los despojos de los dos imperios derrotados. Así había funcionado el imperialismo desde hacía siglos.

Las colonias de Alemania en África oriental y occidental se convirtieron en protectorados británicos, y así el viejo sueño de Cecil Rhodes de un imperio desde El Cabo hasta El Cairo se hacía realidad. Los territorios del imperio otomano en Palestina y en la península arábiga se convirtieron en protectorados británicos y franceses. Sin embargo gobernar algunas de estas regiones iba a ser en extremo complicado y difícilmente compensaba desde el punto de vista político y económico. El coronel T. E. Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia, una de las figuras más míticas que produjo la guerra mundial, había liderado la lucha armada de los árabes contra el imperio otomano, prometiéndoles que Gran Bretaña les compensaría con la independencia. Pero no fue así, y desde entonces los árabes pedirían que el principio de autodeterminación se aplicara a sus pueblos, como solicitó el presidente Wilson. En el territorio más próximo de su imperio, Irlanda, la situación se volvió insostenible. Gran Bretaña se vio obligada a ceder ante las presiones de nacionalistas irlandeses y reconocer en 1921 el nuevo Estado irlandés independiente. Aun así, la conflictividad iba a proseguir en la isla celta, desde 1922 a 1923 una guerra civil enfrentó a los republicanos que aspiraban a la independencia absoluta

de la isla, frente a los que fundaron el Estado libre de Irlanda tutelado por Gran Bretaña.

Por último, una iniciativa importante de los Estados Unidos para garantizar la paz mundial fue la creación de la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra. La idea de esta organización internacional era promover un orden internacional en el que todas las naciones se rigieran por los mismos principios, y dejaran de estar a merced de la voluntad de las potencias más poderosas. Sin embargo, la Sociedad iba a quedar muy lejos de los objetivos de sus fundadores.

Además de los cambios geopolíticos producidos, las consecuencias más graves de la Primera Guerra Mundial fueron las muertes y el sufrimiento que provocó a tantos seres humanos. Casi diez millones de personas perdieron la vida en la guerra, el número de heridos ascendía a cerca de 20 millones, de los cuales muchos quedaron discapacitados de por vida, y los desaparecidos se contaban en varios millones.

Las víctimas del odio interétnico eran también muy elevadas y algunos países fueron acusados de haber promovido la limpieza étnica y el genocidio. En el imperio otomano, varios cientos de miles, e incluso más de un millón de armenios, según algunas estimaciones, perdieron la vida como consecuencia de la política turca de expulsar al pueblo armenio de sus fronteras. Judíos fueron perseguidos y aniquilados en Rusia al igual que miembros de varias nacionalidades en el imperio austrohúngaro.

Por si esto fuera poco, la violencia no cesó en Europa tras el armisticio. En diversos puntos del continente europeo continuaron los conflictos. El más sangriento fue en Rusia. La revolución provocó una terrible guerra civil de cerca de cinco años, entre los rojos y los llamados blancos, partidarios del Antiguo Régimen. El caos que reinó en el país durante este conflicto no ha permitido establecer claramente el número de muertes, pero se calcula que fueron más de tres millones las vidas que se perdieron en los frentes de la guerra, en fusilamientos o en las hambrunas que padeció el país, más un elevado número de desaparecidos. Además, unos siete millones de niños huérfanos deambulaban por las calles tras el conflicto. En el imperio otomano estalló la guerra entre Grecia y Turquía en 1919. La aspiración del gobierno griego de aprovechar la disolución del imperio otomano para recuperar territorios que históricamente habían sido suyos provocó un conflicto que los turcos llamarían como la guerra de Independencia turca, y que finalmente ganaron en 1922. El balance final fue más de 100.000 muertos,

un traumático intercambio de población entre los dos países, y la acusación a ambos países de genocidio.

En la noche en que Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania en agosto de 1914, el ministro de Asuntos Exteriores sir Edward Grey, abrumado por las circunstancias, se asomó a la ventana de su despacho y pronunció una frase que pasó a la historia: «Se están apagando las luces de toda Europa y no vamos a verlas brillar en nuestra vida». Tras acabar la guerra, la mayoría de los europeos estarían de acuerdo con esta frase. La gran guerra marcó el ocaso de una época dorada para muchas naciones europeas, y también el principio del fin de la era de dominio europeo del mundo.

Hasta 1914 la gran mayoría de los europeos se identificaba con la civilización que representaba el conjunto de naciones europeas, se sentía también orgullosa de sus naciones y creía en los valores que Europa representaba en el mundo. Pero a partir de entonces muchos iban a comenzar a dudar sobre las virtudes de una civilización capaz de provocar guerras tan destructivas y dar la impresión de estar en conflicto permanente. En 1918 el retorno de los soldados a sus hogares para reanudar sus vidas como civiles iba a ser un proceso muy traumático, especialmente para los que regresaban a naciones derrotadas. A la crisis económica provocada por la guerra se sumaba una crisis política causada por la población que generalmente había dejado de creer en sus líderes y en el sistema político que había gobernado, y cuestionaba también los valores de la sociedad a la que pertenecía. Se daba así el ambiente ideal para promover sistemas políticos alternativos.

La revolución rusa conmocionó a Occidente en 1917 y en los años siguientes Rusia iba a atraer la atención del mundo más que nunca en su historia. Mientras el resto de Europa intentaba infructuosamente reanudar la vida como era antes de 1914, Rusia experimentaba la implantación de una nueva sociedad y la implantación de la utopía comunista.

Los teóricos del marxismo consideraban a Rusia como el inicio de una revolución mundial que llevaría inexorablemente al capitalismo a ser sustituido por el comunismo. Lenin, y especialmente Trotski, concebían la revolución como un fenómeno internacional y confiaban en que la misma insatisfacción con el sistema capitalista que había provocado el estallido en Rusia iba a darse en varios países europeos.

Una ola revolucionaria se extendió por Europa tras el fin de la Primera Guerra Mundial. La llamada revolución alemana comenzó con

un motín de la marina en el verano de 1918. Tras la abdicación de Guillermo II, estallaba la revuelta de los espartaquistas, el grupo revolucionario liderado por la mítica luchadora Rosa Luxemburgo. Pero el canciller socialdemócrata Ebert estaba determinado a no permitir que su país siguiera el mismo camino que Rusia y logró derrotarlos con el apoyo del ejército.

En Hungría la revolución triunfó inicialmente. En marzo de 1918 se proclamó la República Soviética Húngara, liderada por el revolucionario Béla Kun, pero sucumbió en 1919 en una breve guerra contra Rumanía. En Italia tuvo lugar el bienio rojo, desde 1919 a 1920, una serie de revueltas populares promovidas por los consejos de fábrica en el norte y apoyados por el partido comunista italiano. En España, un país que había sido neutral en la Primera Guerra Mundial, la crisis de la postguerra produjo una situación similar a la italiana, y el país se enfrentaría a una serie de revueltas obreras y campesinas, promovidas principalmente por sindicatos obreros como la CNT y la UGT.

Aunque la revolución no llegó a triunfar en ninguno de estos países, éste era sólo el comienzo del comunismo como movimiento político de dimensión universal. En 1919 la Internacional Comunista fue creada en Moscú, con el fin de luchar por todos los medios por la creación de una república soviética internacional. A su congreso fundacional asistieron 52 delegados de 34 países, y en él el nuevo *Comintern* se comprometió a apoyar política, económica o militarmente a todo partido comunista que quisiera hacer la revolución en cualquier parte del mundo.

La fascinación con la revolución rusa iba a contribuir notablemente a la propagación del socialismo por el mundo en las próximas décadas. Además de los miembros de partidos comunistas y socialistas invitados a los congresos de la Internacional Socialista, a Rusia viajaron militantes de muy diversas organizaciones políticas y sindicales, y también muchos intelectuales, periodistas y viajeros curiosos por ver cómo se llevaba a cabo la utopía comunista. «He visto el futuro y funciona», dijo el periodista norteamericano Lincoln Steffens, a su regreso de la Unión Soviética en 1921. Sidney y Beatrice Webb, los miembros fundadores de la Fabian Society británica, tan influyente en el laborismo británico, quedaron igualmente impresionados por el nuevo régimen ruso hasta el punto de describir el comunismo soviético como el inicio de una nueva civilización en la que los males producidos por el capitalismo iban a ser finalmente erradicados.

Rusia convirtió en realidad el sueño de una sociedad igualitaria en la que sus ciudadanos no se diferenciaban ni por su clase social, ni por su dinero ni sus posesiones, pues el Estado hizo pública la banca, abolió la propiedad privada y todo signo de distinción debido al origen social. Por ello se ganó la simpatía de muchos de los viajeros que la visitaron en los primeros años de la revolución a pesar de los brutales métodos por los que el comunismo era implantado. Ninguna revolución puede triunfar sin terror, según dijo Lenin, y por ello el terror iba a estar indisolublemente asociado al comunismo. Todo contrarrevolucionario, o incluso toda persona que simplemente intentara llevar su vida al margen de la revolución sería perseguida y castigada.

Otra característica de la nueva sociedad comunista era la ausencia de libertad, tal y como se concebía el término en Occidente. Lenin hizo un influyente alegato contra ésta en su famoso escrito *¿Qué hacer?* En él se formulaba la célebre pregunta ¿libertad para qué? Según Lenin, la libertad había sido la excusa para permitir todo tipo de injusticias que se daban en el sistema capitalista, era una aspiración burguesa que no tenía lugar en la dictadura del proletariado. En el sistema comunista, el destino de los ciudadanos no era el resultado de sus anhelos e iniciativas sino de las decisiones del Estado.

El comunismo nació como un sistema antiimperialista que criticaba las consecuencias del expansionismo europeo. Sin embargo, iba a tener tanto deseo expansionista como cualquier otra creencia política o religiosa. Gracias al comunismo Rusia adquirió extraordinarios medios para la expansión. Desde 1917 los nuevos inquilinos del Kremlin tuvieron una capacidad de influencia sobre los territorios rusos y sobre buena parte del mundo, que les hizo adquirir un poder con el que nunca pudieron soñar los zares.

Además del comunismo, otro movimiento iba a tener gran atractivo para las masas de muchos países europeos a partir de los años veinte. El fascismo. Éste surgió como una tendencia que quiso capitalizar el descontento general que vivía la sociedad europea tras la Primera Guerra Mundial, y ofrecer una alternativa al comunismo y a las ideologías de izquierda. En 1919 un excombatiente que también había militado en el partido socialista italiano, llamado Benito Mussolini creó los Fasci Italiani di Combattimento, un grupo armado para luchar contra los grupos de izquierda y denunciar el descalabro social que en su opinión estaba causando la izquierda. Ante el éxito de esta organización, un año después Mussolini creó el Partido Nacio-

nal Fascista. Los rasgos principales de su ideología eran, en primer lugar, un férreo nacionalismo; el partido se definía también como anticomunista y antiliberal y proponía la lucha armada si fuera necesario, tanto contra el movimiento obrero responsable del caos, como contra la democracia liberal culpable de la decadencia que vivía la sociedad europea. En política económica proponía un capitalismo de Estado y en política exterior se definía como imperialista, y proponía crear un nuevo imperio romano que hiciera de Italia la nueva potencia dominante en el Mediterráneo.

El 28 de octubre de 1922 Mussolini y sus célebres camisas negras protagonizaron la marcha sobre Roma, una entrada triunfal y sin oposición en la capital italiana, que permitió a Mussolini tomar el poder sin necesidad de someterse a elecciones. Así nació el primer gobierno fascista. En los próximos años Italia fue avanzando hacia un régimen de partido único, el fascista y un único líder, el *duce* Mussolini. En este nuevo sistema el Estado también controlaba los medios de comunicación y toda oposición política era perseguida y eliminada.

El fascismo surgió como un modelo muy atractivo para muchos europeos en los años de crisis. En los próximos años, réplicas de este modelo y seguidores de los métodos de hacer política de Benito Mussolini iban a aparecer en varios países europeos.

En Alemania, en 1919, un joven austriaco llamado Adolf Hitler ingresó en una modesto Partido de Trabajadores Alemanes, que a pesar del nombre era antimarxista, profundamente nacionalista y también antisemita. El joven Hitler no tenía un currículum brillante que le augurara un buen porvenir en la política, tras llevar una vida de artista bohemio y sin éxito se había alistado en el ejército alemán al estallar la guerra y llegó al grado de cabo. Sin embargo era un buen orador, con aptitudes muy especiales para atraer al público en sus discursos, provocar indignación e ilusionar con sus propuestas para una nueva Alemania. En 1920 el partido fue rebautizado como Partido Nacional Socialista, y sería vulgarmente conocido como el partido Nazi. Poco después Hitler se hizo con el liderazgo y sus histriónicos discursos con soflamas contra el Tratado de Versalles, los culpables de la derrota alemana, los comunistas y los judíos atrajeron a un público muy diverso, desde humildes obreros hasta miembros de la clase media, militares y empresarios. En 1923 Hitler decidió dar un golpe de Estado en Múnich que diera lugar a una marcha sobre Berlín como la que había protagonizado su admirado Mussolini en Roma. Sin embargo el golpe

fracasó y Hitler fue condenado a cinco años de cárcel. Pero éste era sólo el principio de su carrera política.

Otro país donde el fascismo iba a suscitar mucha simpatía fue en España. La monarquía constitucional de Alfonso XIII se enfrentaba a una grave crisis con un movimiento obrero cada vez más agresivo y un sistema parlamentario que se mostraba incapaz de resolver los problemas de la ciudadanía. Entre los críticos, muchos pedían «un cirujano de hierro» capaz de poner orden en el país. El final de la democracia parlamentaria en España no iba a ser provocado por problemas internos sino por una derrota en las colonias. En 1921 las tropas españolas en Marruecos sufrieron una humillante derrota en una revuelta. De nuevo arreciaron las críticas contra un sistema político que era incapaz de mantener los últimos territorios de ultramar. En estas circunstancias tuvo lugar el golpe de Estado, del general Primo de Rivera, en 1923.

La dictadura de Miguel Primo de Rivera no aspiraba a sustituir la democracia definitivamente sino a gobernar durante un breve periodo hasta restablecer el orden y asegurarse de que el país estuviera en condiciones para regirse por una monarquía constitucional. Su ideología era la de un militar conservador, sin embargo admiraba a Benito Mussolini y muchas de las políticas de sus gobiernos como la economía dirigida, el corporativismo y la censura. Portugal iba a caminar también por la misma senda. En 1926 un golpe de Estado ponía fin a 16 años de inestabilidad política bajo la frágil democracia de la Primera República en Portugal. Una poderosa facción del ejército portugués estableció un nuevo régimen autoritario que recibió el nombre de *Ditadura Nacional*.

Mientras tanto, en el mundo de la cultura y del pensamiento también predominaba el pesimismo sobre el porvenir de Europa y Occidente en general, y no cabe duda que mucha de la literatura publicada desde el fin de la Primera Guerra Mundial iba a contribuir al malestar general de la sociedad europea y a buscar soluciones políticas a derecha e izquierda contra un sistema que no parecía ofrecer soluciones a los problemas existenciales de la humanidad.

En 1918 el filósofo e historiador alemán Oswald Spengler publicaba una obra de gran influencia internacional, *La decadencia de Occidente*. En este voluminoso trabajo, el autor analizaba ocho grandes culturas que habían marcado la historia de la humanidad. La cultura occidental, que comienza su ascenso desde el año 1000, había dominado el mundo en los últimos cinco siglos, pero con el siglo XX comenzaba su fase de declive. Según Spengler la decadencia de Occidente iba a conti-

nuar a lo largo de los dos próximos siglos. Eventualmente, de las cenizas de la cultura occidental surgiría otra nueva, como había ocurrido con las otras grandes civilizaciones a lo largo de la historia.

El pesimismo spengleriano sobre la inexorable decadencia de Occidente iba a verse reflejado en muchos autores de la época. El novelista Thomas Mann describía a una civilización en fase terminal en su obra maestra, *La montaña mágica,* publicada en 1924. La novela describe la estancia de un estudiante en un sanatorio suizo, y los personajes que conoce allí representan los enfrentamientos ideológicos y el descontento general que padece la civilización europea. El poeta T. S. Eliot también muestra el malestar de la cultura en su famoso poema «Tierra Baldía». En todas las ramas de las ciencias sociales y las humanidades se podía percibir una gran preocupación por el porvenir de Europa. Del triunfalismo y el optimismo que había predominado hasta comienzos del siglo XX ya no quedaba nada.

El declive de Europa y las tensiones a las que estaba sometida la sociedad europea también iban a estar estrechamente vinculadas a la situación económica. El 28 de octubre de 1929 cayó la bolsa de Nueva York, arrastrando a las principales bolsas del mundo. La histórica caída puso abruptamente fin a más de una década de rápido crecimiento económico, y Occidente entró en la gran depresión, una aguda crisis económica que iba a durar más de una década.

La crisis que estalló en 1929 mostró por primera vez hasta qué punto el centro de la economía mundial se estaba desplazando de Europa hacia los Estados Unidos. Según un dicho popular muy extendido en el siglo XIX, cuando París estornudaba Europa se resfriaba, pero en el siglo XX iba a ser Nueva York la que tenía el poder para hacer resfriarse a toda Europa. La gran depresión tuvo un impacto demoledor sobre el viejo continente y contribuyó a socavar la poca fe que tenían cada vez más europeos en sus sistemas políticos. Muchos interpretaron la crisis del 29 como la prueba definitiva de que el capitalismo no funcionaba y de que una sociedad no podía estar permanentemente sometida a los vaivenes del mercado. El hecho de que Rusia no se viera afectada por la gran depresión contribuyó a aumentar la popularidad del comunismo en el mundo. Mientras los gobiernos de casi todo Occidente luchaban contra el desempleo y la pobreza causados por la gran depresión, la Unión Soviética bajo el férreo control de Jósif Stalin, se estaba transformando a marchas forzadas en una potencia industrial. La otra ideología que saldría reforzada de la depresión fue el fascismo, pues para

muchos europeos era la única ideología que ofrecía soluciones claras para combatir la crisis, el declive y la inestabilidad, y también para parar el irresistible ascenso del comunismo.

En Alemania la gran depresión contribuyó a que el auge del Partido Nacional Socialista fuera imparable. Adolf Hitler pasó de ser un político popular entre el sector más extremista del electorado al líder de un movimiento de masas con posibilidades de llegar al gobierno. Las diatribas de Hitler contra políticos liberales o marxistas culpables del declive alemán y contra banqueros y judíos a los que hacía responsables de la crisis llegaron a convencer a tantos alemanes como para darle la victoria electoral. En 1933 fue proclamado canciller, y con la llegada del partido Nazi al poder la república de Weimar era sustituida por el nuevo Tercer Reich. Una de las grandes paradojas de la historia es cómo uno de los pueblos más avanzados y cultos del planeta, que dio a la civilización figuras como Beethoven, Goethe o Schopenhauer, fue capaz de dar el poder a un personaje como Hitler. Las consecuencias de esta decisión iban a ser catastróficas tanto para Alemania como para el resto de Europa.

El Tercer Reich era, al igual que la Italia fascista, un proyecto totalitario en el que el *führer* Hitler y el partido Nazi ostentaban todo el poder y suprimían, por métodos tanto legales como violentos, toda oposición. La empresa privada continuaría aunque tutelada por el Estado, la libertad de expresión desapareció bajo el control absoluto de los medios de comunicación por el partido Nazi, y la cultura iba a ser purgada de todo lo que fuera contra el espíritu del Nacional Socialismo. El evento más significativo de la nueva política cultural de este régimen fue la quema de libros considerados antialemanes por los miembros de la SA, los célebres camisas pardas. Heinrich Heine había escrito en el siglo XIX: «un pueblo que quema libros finalizará quemando a la propia humanidad»; éste iba a ser el triste destino del pueblo alemán bajo el nazismo.

Además del fuerte nacionalismo inherente en cualquier régimen fascista, el racismo era otra de las señas de identidad del Tercer Reich. Hitler y los ideólogos del partido Nazi desarrollaron la teoría de que los alemanes, como máximos exponentes de la raza aria, eran una raza superior, y por lo tanto el deber de la Alemania nazi era proteger esta pureza y purgar al país de elementos que pudieran alterarla. Con las leyes de Núremberg de 1935, Hitler inició una política radical de persecución y eliminación de los judíos en Alemania que iba a conmocionar al mundo.

El racismo estaba también estrechamente vinculado al término *lebensraun,* el espacio vital. Según Hitler los alemanes deberían adquirir más territorios para su población creciente, y ello suponía no sólo recuperar las fronteras alemanas anteriores a 1914 sino conquistar tierras en Europa oriental y someter a pueblos inferiores a la hegemonía aria.

Para Europa y el resto del mundo muy pronto estuvo claro que las consecuencias del Tercer Reich alemán, que según Hitler duraría 1.000 años, iban a ser una agresiva política exterior en busca del espacio vital para los alemanes y un poder territorial a la altura de las ambiciones imperiales del *führer.*

Los delirios de grandeza y la ambición expansionista del fascismo pronto iban a causar tensiones internacionales como no se habían vivido desde comienzos del siglo XX. Benito Mussolini no se conformó con mantener el imperio colonial italiano sino que quiso ampliarlo hasta crear algo que pudiera recordar a sus contemporáneos al esplendor del imperio romano. Además de las obvias razones de prestigio y poder relacionadas con el imperio, el *duce* argumentaba también, al igual que el *führer*, la necesidad de buscar más espacio vital para la creciente población italiana. Con este fin persiguió una agresiva política expansionista en el Mediterráneo y también en África.

En 1936 surgió un conflicto fronterizo entre la Somalia italiana y Abisinia que provocó la guerra entre los dos países. Mussolini decidió aprovechar este conflicto para ampliar el poder de Italia sobre uno de los pocos territorios africanos que habían logrado mantener su independencia frente a la colonización europea. Para la Italia fascista ganar esta guerra era muy importante pues cuatro décadas antes el país había fracasado en el intento de colonizar Abisinia. En poco más de un mes, las tropas italianas entraron triunfalmente en Addis Abeba, y el emperador etíope Haile Selassie partió hacia el exilio. Mientras tanto, en Roma, el rey Víctor Manuel III saludaba desde un balcón del palacio del Quirinal a una gran muchedumbre como nuevo emperador de Etiopía. A su lado Mussolini se dirigió a las masas diciendo que en 30 siglos de historia ése era uno de los momentos más gloriosos; «al fin Italia tiene su imperio», sentenció.

La guerra en Abisinia también iba a mostrar la inutilidad de la Sociedad de Naciones para prevenir y resolver conflictos. La reacción de esta organización ante el estallido del conflicto fue condenar a Italia como nación agresora e imponer sanciones que no tuvieron el más mínimo efecto sobre el país. Lejos de ser una institución capaz de man-

tener la paz mundial, como habían deseado sus fundadores, la liga acabó siendo poco más que un foro de debates, donde representantes de algunas naciones discutían sus diferencias, pero sin poder efectivo en las relaciones internacionales.

La imagen de poder, organización y éxito que emanaban Italia y Alemania contribuyeron a la atracción del fascismo en Europa y a su expansión. En 1932 Antonio de Oliveira Salazar era nombrado primer ministro de Portugal. Poco después creaba el Estado Novo, un régimen nacionalista de partido único con amplios poderes otorgados a su líder. El salazarismo iba a ser la dictadura autoritaria, inspirada en el fascismo, de más larga duración en Europa. El próximo país en seguir ese camino sería España.

El 18 de julio de 1936 un golpe de Estado del general Franco puso fin a la convulsa Segunda República española y dio lugar a una larga y cruenta guerra civil. Franco recibió apoyo de Alemania y de Italia, mientras que el principal aliado internacional del gobierno de la República fue la Unión Soviética, y muchos jóvenes se ofrecieron voluntarios a luchar por sus ideales en España al considerar que en esta guerra estaba en juego la ideología que iba a predominar en Europa. Con la victoria de los nacionales, el fascismo obtenía un éxito más. El general Franco no era un fascista sino un militar de ideología conservadora, sin embargo la identificación de su régimen con el orden nazi-fascista iba a ser total en su primera década de existencia.

En la segunda mitad de la década de los treinta, Hitler movilizó sus tropas para crear ese Tercer Reich que iba a durar 1.000 años. En 1936 ocupó la zona desmilitarizada del Rin. En 1938 aprovechó el auge del nazismo en Austria para ocupar el que era su país de origen. Después le llegó el turno a Checoslovaquia.

¿Qué hacer ante la expansión nazi? Ésta es la pregunta que dividió a buena parte de la opinión pública europea en los años treinta. En Gran Bretaña, en Francia y en lo que quedaba de la Europa democrática predominó el llamado *appeasement,* o apaciguamiento. La actitud del gobierno británico fue la de serenar a la fiera pensando que la expansión hitleriana pararía una vez que hubiera ocupado territorios de habla alemana. Con este fin se reunieron lo líderes de Gran Bretaña, Francia e Italia con Hitler en Múnich en 1938, en la cual se permitió a Hitler anexionarse la parte de Checoslovaquia habitada por población de origen alemán. «Hemos obtenido paz con honor», declaró el primer ministro Chamberlain tras la cumbre. Sin embargo unos meses des-

pués, el 1 de septiembre de 1939, las tropas nazis invadían Polonia. Quedó claro que la agresión alemana sólo se podía parar con las armas. Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, Francia se unió a los británicos, e Italia se unió a Alemania, una vez más, en poco más de dos décadas, las grandes potencias europeas iban a estar en guerra.

La Segunda Guerra Mundial pudo haber sido una guerra breve. Alemania invadió los Países Bajos y Francia con rapidez. Unos meses después del estallido el único país con capacidad para defender la democracia liberal en Europa era Gran Bretaña.

En mayo de 1940 Winston Churchill era nombrado primer ministro. Churchill tuvo el gran mérito de haber advertido desde comienzos de los años treinta que la guerra contra la Alemania nazi era inevitable y que había que parar los pies a Hitler cuanto antes, a pesar de que esta actitud le convirtió en un político muy impopular. En 1940 parecía demasiado tarde para pretender imponerse a Alemania dada su superioridad militar. Para un estadista que había dedicado su vida a la defensa de los intereses de Gran Bretaña y su imperio, lo más sensato en esta situación parecía ser firmar un armisticio con Alemania y reconocer su poder en la Europa continental, pero al menos evitar la destrucción de su país y mantener el imperio. Sin embargo no lo hizo, pues para Churchill la victoria de Hitler significaba el fin de la civilización. «Si Hitler vence, entonces el mundo entero, incluido Estados Unidos, incluido todo lo que hemos conocido y amado, se hundirá en los abismos de una nueva edad oscura», advirtió en el parlamento británico. Por esta razón, la única opción era luchar hasta el final, aunque en un principio el primer ministro no tenía más que ofrecer frente a la superioridad nazi que «sangre, penas, sudor y lágrimas», como dijo en un histórico discurso.

Sin embargo, en 1941 Hitler tomó una serie de decisiones que iban a alargar la guerra y eventualmente le llevarían a la derrota. Tras la batalla de Inglaterra, en la que los británicos fueron duramente castigados con bombardeos alemanes, Hitler decidió que Gran Bretaña estaba ya suficientemente debilitada y decidió abrir otro frente. El 22 de junio de 1941 las tropas nazis comenzaron la invasión de la Unión Soviética, con el objetivo de someter a Rusia al dominio germano y poner también fin al comunismo. A pesar del éxito inicial de sus tropas, Hitler debería haber sabido que nadie había logrado invadir Rusia. A partir de entonces, el imperio alemán, que había experimentado un ascenso meteórico, comenzó a padecer los clásicos problemas que son

consecuencia de una excesiva expansión territorial y la proliferación de enemigos en distintos frentes.

El enfrentamiento entre potencias europeas y el hecho de que varias de ellas fueran derrotadas por Alemania, ofrecía la oportunidad de oro para ocupar sus posesiones más allá del viejo continente. Japón llevaba décadas intentando emular el modelo occidental de crecimiento económico y expansión, y decidió aprovechar la guerra para ocupar varias de las posesiones europeas en Asia y convertirse así en la potencia hegemónica del Pacífico. Su primer paso fue invadir la Indochina francesa. Pero el obstáculo principal para crear el gran imperio japonés en el Pacífico eran los Estados Unidos. Por este motivo el 8 de diciembre de 1941 Japón atacó la base hawaiana de Pearl Harbour. Como consecuencia de esta agresión contra su territorio, los Estados Unidos entraron en la guerra; Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda también declararon la guerra a Japón, y Alemania por su parte, para respaldar a su aliado japonés, la declaró a los Estados Unidos. Así, la guerra, que fue en su origen un conflicto territorial europeo, escaló hasta convertirse en un conflicto global. Los europeos, que habían aspirado a llevar la civilización por todo el mundo, acababan propagando la guerra una vez más.

La entrada de los Estados Unidos en el conflicto fue el factor clave que daría la victoria a los Aliados, al igual que en la Primera Guerra Mundial. El comentario que hizo Churchill al enterarse fue suficientemente elocuente: «así que, después de todo, hemos ganado».

Churchill era consciente de que sin el apoyo de la gran potencia americana no era posible ganar. Tras entrar en guerra, Estados Unidos iba a dar a Gran Bretaña y a la Francia libre el apoyo militar y económico que necesitaban para derrotar al eje nazi-fascista pero eso sí, haciéndoles pagar un precio. El mundo de la postguerra sería diseñado según los principios e intereses de los Estados Unidos.

Unos meses antes del ataque a Pearl Harbour, Churchill se reunió por primera vez con el presidente Roosevelt y juntos acordaron la llamada Carta del Atlántico, una serie de directrices sobre las que se organizarían las relaciones internacionales tras la guerra. Esta declaración exigía el fin de expansiones territoriales, el principio de autodeterminación para todos los pueblos, la prohibición de alterar fronteras sin la autorización de sus habitantes, la reducción de las tarifas arancelarias y la libertad de los mares. En definitiva, un nuevo orden internacional en el cual los imperios europeos ya no podrían existir, y en el que capi-

tales como Londres o París tendrían que renunciar al privilegio de gobernar a tantos pueblos y tener derechos exclusivos de explotación económica de territorios de ultramar.

La victoria de los Aliados sobre el eje exigió un enorme esfuerzo de coordinación y sacrificio de muchas vidas. El mundo atlántico que había surgido con la colonización europea de América nunca estuvo tan unido como desde 1942 a 1945, cuando británicos, estadounidenses, canadienses, franceses y otros súbditos de Europa occidental aunaron sus esfuerzos para derrotar al eje nazi-fascista. Las tropas aliadas comenzaron la reconquista de Europa en el sur de Italia. El 6 de junio de 1944 tenía lugar el célebre Día D, el desembarco en Normandía, con el que se abría un frente occidental en la Europa de Hitler. Mientras tanto la Unión Soviética presionaba para expulsar a los nazis de Rusia y avanzar hacia Europa central. En abril de 1945 los aliados, cada uno por un lado, iban estrechando cada vez más el cerco sobre la Alemania nazi hasta tomar Berlín. Hitler se suicidó en su búnker el 30 de abril, dos días antes Mussolini fue fusilado por partisanos italianos. Con su muerte y la derrota de sus países, finalizaba la era de hegemonía nazi-fascista en Europa. Quedaba aún la derrota de Japón para poner fin a la guerra mundial, y con este objetivo los Estados Unidos lanzaron la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, dando comienzo a la era nuclear.

La Segunda Guerra Mundial costó la vida a unos 60 millones de seres humanos. Sólo en la Unión Soviética murieron más de 20 millones. En Alemania las muertes superaron los siete millones y en Polonia los seis millones. Especialmente dramático fue el hecho de que el número de víctimas civiles superara con creces el de militares. La guerra en Europa y en el mundo ya no se hacía sólo en los campos de batalla, los ancianos, las mujeres y los niños se habían convertido en objetivos del enemigo al igual que los soldados.

Otra causa de muerte en este conflicto fue el genocidio. Más de seis millones de judíos perecieron como consecuencia de la llamada solución final, el Holocausto mediante el que los nazis aspiraron a acabar con la presencia de judíos en Alemania y en cualquier país conquistado por ellos. Los crímenes contra la humanidad llevados a cabo en los campos de concentración nazis conmocionaron al mundo, además de judíos, miembros de distintas etnias y muy diversas nacionalidades perdieron la vida en los diabólicos campos de exterminio alemanes que se convirtieron en el máximo símbolo de terror del régimen de Hitler. El legado de tantas muertes y del odio generado en esta guerra dejó

una huella imborrable en la humanidad. Sobre todo traumatizó a alemanes y europeos en general. ¿Cómo fue posible que el continente donde se alcanzaron las más altas cotas de civilización y desarrollo degenerara hasta convertirse en escenario de tanta barbarie? Ésta es la pregunta que se ha hecho la humanidad y especialmente los europeos desde entonces sin encontrar una respuesta satisfactoria.

Además de las pérdidas de vidas, otro resultado de la guerra fue la destrucción física de buena parte de las ciudades de Europa. Berlín, Dresde y las principales ciudades alemanes quedaron en ruinas. Desde Londres hasta Varsovia, Stalingrado y Leningrado, el impacto de las bombas tardaría en borrarse y el esfuerzo de reconstrucción sería enorme.

Con respecto al impacto económico, el resultado de la guerra mundial puede resumirse en la parcial destrucción de la economía europea. Las economías, tanto de los vencedores como de los vencidos, quedaron exhaustas como consecuencia del esfuerzo que supone una guerra de casi seis años. Alemania e Italia iban a ser los más afectados, obviamente, y los Aliados iban a exigir gran parte de la producción industrial alemana para cobrarse. Pero sus economías necesitaban mucho más que compensaciones alemanas para recuperarse. Bastaba con comparar cualquier ciudad de Gran Bretaña y Francia antes y después de la guerra para comprobar hasta qué punto los países se habían empobrecido.

En 1944, bajo los auspicios de los Estados Unidos, tuvo lugar la conferencia internacional de Bretton Woods en la cual 44 naciones aliadas acordaron las reglas del sistema financiero internacional que surgiría tras la guerra. A partir de 1945, Gran Bretaña fue testigo de la rapidez con la que la libra esterlina era sustituida por el dólar estadounidense como principal moneda de reserva en el mundo. Los Estados Unidos también habían exigido la liberalización de los mercados y la apertura de los bloques económicos establecidos por los imperios coloniales, así los privilegios de la libra esterlina y de las otras monedas de las potencias europeas en sus colonias finalizaban. Poco después de acabar la guerra, el célebre economista John Maynard Keynes fue enviado por el gobierno británico a Washington para negociar un préstamo de los Estados Unidos con el que reflotar la economía británica. Este viaje simbolizaba el traspaso definitivo de la soberanía económica mundial de Gran Bretaña a los Estados Unidos.

De la misma forma que los aliados no pudieron ganar la guerra sin la ayuda de los Estados Unidos, tampoco pudieron recuperar sus economías. En 1947 el secretario de Estado, George Marshall, anunció el

lanzamiento de un plan de reconstrucción económica europeo. Con este proyecto los Estados Unidos iban a invertir unos 13 billones de dólares en los países afectados por la guerra para reflotar sus economías. Así comenzó la recuperación económica de Europa y con ella el afianzamiento de los Estados Unidos como superpotencia económica sin rival en el mundo.

El declive de Europa como consecuencia de la guerra era especialmente evidente desde el punto de vista geopolítico. Además de perder la hegemonía mundial, quedó dividida y profundamente enfrentada entre dos nuevos bloques ideológicos, el del capitalismo y el comunismo.

La Unión Soviética, que había ocupado gran parte de Europa oriental y la mitad de Alemania, se negó a retirarse de las zonas conquistadas. Stalin aprovechó la presencia de las tropas soviéticas en todos estos países para establecer regímenes comunistas y comenzar así a hacer realidad la aspiración bolchevique de propagar la revolución por el mundo. «Cada uno impone su propio sistema tan lejos como pueda llegar su ejército», sentenció el dictador comunista. La guerra mundial que dio lugar a la desaparición de los imperios coloniales europeos también constituyó el inicio de uno nuevo, el de la Unión Soviética, más extenso y poderoso que el de la Rusia zarista y con gran avidez por seguir creciendo.

En la conferencia de Yalta, que tuvo lugar en febrero de 1945, donde Roosevelt, Stalin y Churchill se dieron cita para discutir el futuro de Europa tras la guerra, el primer ministro británico comprobó con preocupación el enorme poder que había adquirido Stalin, y que el precio que iban a pagar los Aliados por ganar la guerra iba a ser ceder la mitad de Europa al comunismo. Una de las grandes paradojas de la Segunda Guerra Mundial fue que el conflicto que estalló para defender la independencia de Polonia contra Alemania, acabaría permitiendo la ocupación soviética de este país.

Del enfrentamiento ideológico entre comunismo, fascismo y democracia que tuvo lugar en la Europa de entreguerras; en el mundo de la postguerra surgió uno nuevo a nivel mundial entre el comunismo y la democracia, y Europa iba a ser su escenario principal. En este conflicto las democracias liberales europeas ya no podían defenderse por sí solas de la amenaza comunista. Para compensar el enorme poder de la nueva superpotencia euroasiática que era la Unión Soviética, los europeos necesitaban la ayuda de la otra gran superpotencia que surgió tras la guerra, los Estados Unidos. Así iba a dar comienzo la gue-

rra fría, una nueva guerra por la supremacía mundial entre las dos superpotencias, en la cual viejas potencias como Francia y Gran Bretaña tuvieron un papel secundario como aliados de los Estados Unidos.

En 1945 nacía la Organización de las Naciones Unidas con el fin de mantener la paz y la seguridad mundial. En su órgano principal, el Consejo de Seguridad, a cinco potencias se les concedió el estatus de miembro permanente: los Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China. Atrás quedaban los tiempos en que las relaciones internacionales eran un asunto exclusivo de las potencias europeas y la paz mundial dependía de las decisiones tomadas en unas cuantas capitales del viejo continente. Después de cinco siglos de hegemonía mundial, a Europa le llegaba la hora de compartir el poder con otras naciones en el mundo.

El consuelo, tanto para Gran Bretaña como para Francia y otras potencias europeas en el nuevo orden mundial de la postguerra, era que, aunque Europa estaba en declive, Occidente no lo estaba. La economía más grande del planeta era los Estados Unidos, que además de poder económico y militar ejercía un enorme poder cultural sobre el mundo. La supremacía mundial iba a estar cada vez más en sus manos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, un país heredero de la misma civilización que los europeos; aunque los principios defendidos por los Estados Unidos en el mundo iban a ser generalmente compartidos por los europeos, los intereses estadounidenses no siempre iban a beneficiar a éstos. El mundo concebido desde América iba a buscar principalmente su propio beneficio.

El fin de la Segunda Guerra Mundial, la destrucción física, el Holocausto, la ruina económica y la pérdida de poder mundial, todo ello tuvo un impacto demoledor sobre la conciencia colectiva europea, tanto para los ganadores como para los perdedores. Europa en 1945 estaba en el peor momento de su historia y como consecuencia, la autoestima de los europeos estaba bajo mínimos. «En el plazo de cinco años hemos adquirido un formidable complejo de inferioridad», escribió el filósofo Jean-Paul Sartre.

Para aquellos con suficiente edad para haber vivido la evolución de Europa en las primeras cuatro décadas del siglo XX, resultaba muy difíciles de asimilar cambios tan dramáticos. Los que nacieron a finales del siglo XIX o comienzos del XX y fueron educados en tiempos de esplendor europeo, no podían imaginarse que iban a pasar su juventud y su madurez en un ambiente tan adverso y tan distinto a lo que sus fa-

milias y sus gobernantes les habían prometido en sus primeros años. Para los británicos, franceses, alemanes o austriacos a mediados de siglo la sensación de declive y de crisis era muy similar en los años iniciales de la postguerra, a pesar de que los dos primeros países habían ganado dos guerras mundiales, mientras que los otros dos las habían perdido, pues la gran perjudicada había sido Europa.

Europa dominaba el mundo a comienzos del siglo XX. Cuatro décadas más tarde, como consecuencia de dos guerras mundiales, perdió la hegemonía mundial y comenzó también a desmantelar sus imperios. Lejos de conseguir más poder, las naciones imperiales que se enfrentaron en estas dos guerras acabaron precipitando su declive y el del conjunto de los europeos. Nada más absurdo en el siglo XX que la guerra entre naciones europeas, pues ésta acabó siendo una guerra civil europea de la que los que se beneficiaron de verdad fueron las potencias de otros continentes.

Muchos países europeos fueron invadidos en el siglo XX, no por marcianos como imaginó H. G. Wells en su novela *La guerra del los mundos,* sino por sus propios vecinos como consecuencias de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. El imperialismo europeo acabó siendo víctima de sus propios excesos y las consecuencias fueron devastadoras. Lo que había sido el centro del mundo durante varios siglos pasó a ser la cuestión europea, muy influyente en relaciones internacionales evidentemente, pero incapaz de hacer al resto de las naciones depender de ella como antes.

En la postguerra la mitad occidental de la Europa dividida parecía estar traumatizada y con un gran complejo de culpa por lo que había ocurrido, mientras que la mitad oriental quedó secuestrada por el totalitarismo. Otro aspecto preocupante sobre el estado de los europeos es cómo se cerraron las naciones en sí mismas reduciendo al mínimo los intercambios de productos, ideas y personas que habían sido tan importantes para el continente. En Europa, a comienzos del siglo XX, era posible viajar de Lisboa a Varsovia o de Dublín a Atenas sin mostrar un solo documento de identidad. Pero la Europa sin fronteras se acabó en 1914, a partir de entonces los controles fronterizos se volvieron muy estrictos, y la desconfianza entre naciones iba a hacer cada vez más difícil para los europeos viajar por su continente. La sociedad abierta europea se había cerrado, abrirla de nuevo iba a exigir mucho tiempo y esfuerzo.

CAPÍTULO 10

La emigración y el exilio como forma de vida en Europa

Durante una buena parte del siglo xx, la emigración continuó siendo una necesidad para la mayoría de los pueblos de Europa. Desde Rusia hasta Portugal, y desde Noruega hasta Grecia, para muchos europeos pasar parte o el resto de sus vidas en otros continentes constituyó una forma de vida, un destino del que difícilmente podían escapar. La ola de emigración que comenzó en las últimas décadas del siglo xix, llegó a su punto álgido entre 1910 y 1920.

La presencia de los europeos en el mundo fue cada vez mayor en las primeras décadas del siglo xx, y su influencia se iba a notar de manera considerable. Pero lo que dio un dramatismo especial a la salida de sus países de origen fue que no lo hacían sólo por motivos económicos, sino religiosos y políticos.

En 1886 se inauguró, cerca del puerto de Nueva York, la Estatua de la Libertad, un generoso regalo del pueblo francés a los Estados Unidos como prueba de su admiración al pueblo norteamericano y la sintonía entre las dos naciones en esa época. A partir de entonces, la famosa estatua fue lo primero que veían los emigrantes desde sus barcos al entrar en el puerto de Nueva York; cumplió con creces las expectativas de sus constructores al convertirse en un icono universal de la libertad y el símbolo de lo que los emigrantes de Europa y de todo el mundo esperaban del nuevo continente, libertad para hacer realidad sus sueños, para expresarse libremente y no ser perseguidos por motivos políticos, étnicos ni religiosos.

Los Estados Unidos, que en 1900 se convirtió en la economía más grande del mundo, necesitaba mano de obra para mantener el ritmo vertiginoso al que estaba creciendo y nueva población para ocupar sus abundantes tierras. El gobierno y su sociedad siguieron mostrando una clara predilección por la emigración europea. Mientras que las fronteras estadounidenses estaban abiertas para los europeos, permanecerían parcialmente cerradas para los que venían de otras partes del

mundo. Los asiáticos tuvieron mucha dificultad para poder entrar, especialmente los chinos. En 1881, el congreso estadounidense aprobó el Acta de Exclusión China, mediante el cual se limitaba la inmigración de ese país a una pequeña cuota anual. La ley iba a continuar en vigor durante las primeras décadas del siglo xx.

Para ciudadanos de muchos países de Europa, los Estados Unidos serían una verdadera tierra prometida. A la isla de Ellis, la aduana principal del país situada en Nueva York, llegaban unas 5.000 personas diariamente en la época de máximo flujo, y la gran mayoría procedía de Europa. La emigración italiana llegó a su punto álgido en la década de 1910 a 1920, cuando más de dos millones entraron en el país americano. De Suecia y Noruega emigraron en torno al millón y medio de habitantes. También se disparó desde Europa del Este, especialmente de Polonia, y de Irlanda seguía siendo muy numerosa.

Ante tanta afluencia europea, el gobierno estadounidense finalmente se volvió selectivo. En 1917 se prohibió la entrada a emigrantes analfabetos. Muy perjudicial para los emigrantes del sur y del este de Europa fue la ley de 1924, que fijaba una cuota máxima de personas por país. El objeto de esta ley fue claramente restringir la emigración de estos países. Después de todo, los Estados Unidos fueron un país fundado por anglosajones protestantes, y la excesiva afluencia de italianos, polacos y otros pueblos católicos u ortodoxos comenzó a considerarse como una amenaza para su cultura.

A pesar de las restricciones impuestas a partir de los años veinte, Estados Unidos continuó siendo el país favorito para emigrar. Las opciones seguían siendo muy amplias especialmente en América, donde todos sus países estaban abiertos a la emigración europea.

Los denominados países de inmigración, grandes estados fundados por europeos y muy necesitados de nueva población, iban a recibir emigrantes del viejo continente en grandes cantidades hasta la década de 1950. Canadá fue un destino muy atractivo para los británicos, especialmente los escoceses. Australia y Nueva Zelanda eran las alternativas a América más atractivas, principalmente para británicos y cada vez más irlandeses. Brasil no sólo recibía emigración portuguesa, sino de muy diversos lugares de Europa, y, finalmente, Argentina era un destino especialmente atractivo. En todos ellos la llegada de europeos en el siglo xx tendría mucho impacto económico y cultural al ser todos países que hasta entonces estaban muy poco poblados.

El caso de Argentina merece ser destacado, pues a comienzos del siglo XX era una de las economías que más crecía en el mundo, con unas perspectivas casi tan buenas como las de los Estados Unidos. La política de promoción de emigración europea que había llevado a cabo el gobierno argentino en el siglo XIX iba a dar muy buenos resultados, la afluencia de personas de muy diversa procedencia no cesó hasta mediados del siglo siguiente. Un dato muy significativo es que en Buenos Aires, en 1920, la mitad de la población había nacido en el exterior. La mayoría de los emigrantes en esa época fueron italianos y españoles (entre 1901 y 1910 entraron casi medio millón). Pero la fama de Argentina como país de oportunidades se había extendido por toda Europa. Así lo muestra el caso de Aristóteles Sócrates Onásis, un joven griego que quiso emigrar de su país en los años veinte y eligió Argentina. En Buenos Aires logró hacer su primer millón de dólares y echar los cimientos de la que iba a ser, unas décadas después, en una de las mayores fortunas del mundo.

La red de contactos establecida por los emigrantes europeos dispersados por el mundo iba a convertirse en un nexo entre Europa y el mundo muy potente. Las relaciones ya establecidos por comunidades emigrantes con sus países de origen hacían que la llegada a sus países de destino fuera cada vez más fácil. En los Estados Unidos, los negocios controlados por irlandeses se nutrían a menudo de trabajadores de su país de origen. Así era el caso de los servicios inmobiliarios y de hostelería de Sean O'Donovan en Boston, cuyos empleados venían a menudo directamente del condado de Wexford, de donde era originaria su familia; algunos echaban raíces en su país de adopción mientras que otros regresaban eventualmente a Irlanda.

También era frecuente que los irlandeses americanos se casaran entre miembros de su propia comunidad. El caso más notorio fue el de la familia de los Fitzgerald y los Kennedy, cuyo miembro más destacado fue John F. Kennedy, el primer presidente católico de los Estados Unidos. Su padre, el multimillonario Joseph P. Kennedy, se quejaba con frecuencia de que a menudo la prensa y muchos compatriotas estadounidenses se refirieran a él y a su familia como irlandeses. «Qué habrá que hacer para ser americano», exclamaba este oriundo de Boston, que representaba ya la tercera generación de irlandeses nacidos en suelo americano.

Similares pautas de comportamiento se daban entre la muy extensa comunidad italoamericana en los Estados Unidos. Una ciudad como

Nueva York, donde la población italiana era muy numerosa, permitía a muchos emigrantes italianos asentarse y prosperar con rapidez. El caso de Fiorello La Guardia, italiano de segunda generación, que desde los años treinta iba a convertirse en uno de los alcaldes más populares de la historia de esta ciudad, es uno de los mejores ejemplos del éxito de la integración de los italianos en la gran potencia americana.

En el caso de Iberoamérica, las redes de inmigrantes tejidas por españoles y portugueses contribuyeron también a que los vínculos de España y Portugal con los países de sus antiguos imperios americanos fueran cada vez más fuertes a lo largo del siglo XX, a pesar de las desavenencias políticas que mantenían algunos. El ejemplo del empresario y mecenas cántabro Eulalio Ferrer es muy indicativo en este aspecto. Ferrer, que había nacido en Santander en 1921, emigró a México en 1940 como muchos de los exiliados de la guerra civil española. Unos años después fundó la empresa de publicidad Ferrer, que con el tiempo se transformaría en una de las más significativas de México. Tras hacer fortuna, Ferrer se convirtió en un importante mecenas de empresas culturales a ambos lados del Atlántico, y obtuvo muchos reconocimientos en su país natal por sus actividades. Al igual que el cántabro, en los años cuarenta y cincuenta salieron muchos españoles que iban a ser la última generación que intentó hacer las Américas, y como les ocurrió a sus antepasados, unos iban a tener más suerte que otros en esta aventura. Pero su presencia allí contribuyó a que en España las naciones de su antiguo imperio americano continuaran considerándose como una parte esencial de su identidad y de vital importancia para su proyección internacional.

Los europeos iban a hacer notar su presencia por el mundo por más motivos al margen de la emigración. En el siglo XX destacarían una vez más por sus logros en el campo de la exploración y el conocimiento de la geografía mundial. A comienzos de siglo el danés Roald Amundsen y el inglés Robert Scott rebasaban las fronteras más desconocidas del mundo con la conquista del polo norte y el polo sur. Varias décadas después, en 1953, cuando ya Europa había experimentado un dramático declive, el alpinista neozelandés Edmund Hillary, al frente de una expedición británica, logro alcanzar la cima del Everest, con la ayuda del serpa nepalés Tenzing Norgay.

En arqueología los europeos también harían grandes aportaciones a comienzos del siglo XX. En 1914 el arqueólogo inglés Howard Carter fue financiado por lord Carnavon, un aristócrata aficionado a la ar-

queología para hacer excavaciones en el valle de los reyes de Egipto. Tras varios años dedicados a esta tarea, Carter y su equipo encontraron la tumba de Tutankamón, la mejor conservada de las tumbas egipcias. Su descubrimiento causó gran impresión y contribuyó notablemente a promover el interés por el antiguo Egipto.

La arqueología fue también lo que llevó al mítico Lawrence de Arabia a Oriente Próximo, donde le sorprendió la Primera Guerra Mundial. Hubo una versión alemana de Lawrence de Arabia, el etnólogo y arqueólogo Leo Viktor Frobenius, quien asumió la arriesgada misión durante la guerra de promover una sublevación de los pueblos de Palestina, Siria y el mar Rojo contra sus potencias coloniales enemigas de Alemania, con el fin de abrir un nuevo frente en esta parte del mundo.

Ante todo Frobenius sería recordado por su contribución a la etnología y la arqueología en sus numerosas estancias y expediciones por África. Tras su primera incursión en el Congo en 1904, propuso la tesis de la Atlantis Africana, según la cual existió en la Antigüedad una civilización en el sur de África. Sus investigaciones serían reconocidas por los africanos por haber devuelto al continente «su dignidad e identidad», frente a la visión más degradante de los pueblos africanos que había predominado con la colonización.

Mientras las grandes oleadas de emigración a otros continentes habían tenido lugar por razones económicas y los emigrantes eran casi siempre pobres, cada vez hubo más europeos ilustres o miembros de la aristocracia que decidían irse a vivir a países lejanos.

Éstos solían ir atraídos por las grandes oportunidades que ofrecían algunos países y también por la experiencia vital que suponía vivir en ellos.

El famoso escritor español Vicente Blasco Ibáñez, con el irreprimible espíritu aventurero que le caracterizaba, decidió también hacer las Américas no sólo como escritor sino también como colono agricultor. Tras haber triunfado en los salones de Buenos Aires como conferenciante, en 1912 se lanzó al interior del país, con el fin de fundar una colonia dedicada al cultivo de arroz. Así nació Nueva Valencia, en la provincia de Corrientes, y en ella emplearía a varios emigrantes valencianos que conocían bien el oficio arrocero tan característico de su tierra. La suerte no le acompañó en esta empresa, y el banco argentino que financiaba la ambiciosa operación quebró poco después de iniciarla; en 1914 el escritor abandonó Nueva Valencia y regresó a Europa prácticamente arruinado. Sin embargo, la aventura argentina dio sus

frutos a largo plazo pues la colonia fundada por él sobrevivió y progresó hasta convertirse en el granero arrocero de Argentina; este enorme país inspiraría también algunas de sus obras.

En 1914 la baronesa danesa Karen Blixen, más conocida por su nombre literario Isak Dinesen, emigró a Kenia con su marido el barón Hans Blixen. Su objetivo en la colonia africana fue fundar una plantación de café mientras que su marido se dedicaría a la caza. La experiencia no fue del todo fructífera desde el punto de vista económico, pues la plantación quebró tras la crisis de 1929 y Karen Blixen tuvo que regresar a su país en 1931. Sin embargo sí lo fue como experiencia vital, así lo muestra una de sus mejores obras, *Memorias de África*. «Yo tenía una granja en África al pie de las colinas de Ngong…», comienza su cautivadora narración. Isak Dinesen iba a describir con un estilo único la sensación de libertad de los europeos en África, los placeres del ritmo de vida africano y el gozo que proporcionaba el contacto con su naturaleza.

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, cada vez fueron más los europeos célebres que decidieron pasar temporadas lejos de Occidente. Esta especie de exilio voluntario se puede atribuir al legado de la guerra y al ambiente de la postguerra, cuando cada vez más personas, asqueadas de la política y las miserias del viejo continente, buscaban ambientes más estimulantes.

El escritor francés André Gide emprendió, en 1926, un largo viaje por África ecuatorial, del que no volvería en un año. El fruto de su experiencia fue *Viaje al Congo*, un conmovedor relato de lo que encontró en el corazón del África negra. Al igual que otros escritores europeos que habían conocido esa parte del mundo, Gide hizo una feroz crítica del colonialismo en esta obra, denunciando la explotación y los abusos cometidos por las empresas francesas.

Muy impactante por la trascendencia que tuvo su obra fue la estancia del autor británico George Orwell en Birmania. Orwell, que había nacido en la India, siempre sintió gran atracción por esta parte del mundo; por esta razón en 1922 ingresó en la policía imperial de la India y fue destinado a Birmania, donde vivió cinco años. Su difícil experiencia como policía inspiró la novela *Matar un elefante*, publicada en 1936. En ella describe lo ingrato que fue pertenecer a las fuerzas del orden y tener que reprimir a un pueblo que detestaba a las autoridades coloniales. Esta obra representó una de las más duras críticas que se escribieron en Occidente contra el fenómeno del imperialismo y el co-

lonialismo. «Cuando el hombre blanco se vuelve un tirano, es su propia libertad la que destruye», sentenció el famoso autor.

Viajar y pasar estancias fuera de Europa fue una afición cada vez más extendida entre los europeos desde comienzos del siglo XX. Para la clase acomodada, especialmente en los países más ricos, conocer otros países era desde hacía tiempo una parte esencial de la educación y una de las experiencias vitales más enriquecedoras. En la Inglaterra de los siglo XVIII y XIX era costumbre entre todo buen *gentleman* hacer el llamado *grand tour* en su juventud, que le permitiera conocer las ciudades más emblemáticas y los grandes monumentos de la cultura europea. En el siglo XX el *grand tour* se extendió más allá del continente europeo; muchos viajaban a Egipto, Marruecos, e incluso algunos a la India, al lejano Oriente, o al África subsahariana. Tras haber colonizado buena parte del planeta, cada vez más europeos sentían curiosidad por conocerlo. La mayoría no tenía nada que ver con los viajeros aventureros de los primeros siglos de la colonización, pues solían llevar una hoja de ruta bien trazada, se alojaban en los mejores hoteles y tenían también contactos influyentes que les asistieran en caso de necesidad, y además se beneficiarían de cada vez mejores transportes y medios de comunicación. Con el fin de asistir a los aficionados al viaje por el mundo, nacieron las empresas que los organizaban. Comenzaban así a sentarse las bases de lo que en la segunda mitad del siglo XX iba a ser una potente industria, el turismo, que comenzó a desarrollarse en Europa y los Estados Unidos y se extendería paulatinamente por todo el planeta.

Varios siglos después de las guerras religiosas, la caza de brujas y la Inquisición, la religión volvió a ser motivo de emigración en el siglo XX. El antisemitismo siempre estuvo presente en Europa, pero desde finales del siglo XIX se intensificaría en varios países. Desde los pogromos en Rusia al caso Dreyfus en Francia, varios fueron los conflictos que contribuyeron a que los judíos decidieran que, a pesar de haber estado dispersados por Europa desde tiempo inmemorial, su porvenir en el viejo continente era muy incierto. Por esta razón, entre los grandes contingentes de emigrantes europeos a América desde la década de 1880, hubo cada vez más judíos.

Pero el destino de los judíos en Europa y en el mundo iba a cambiar radicalmente a raíz de la publicación, por Theodor Herzl, de un influyente ensayo en 1897, *El Estado judío*.

Nacido en Hungría en 1860 en el seno de una familia judía de clase media, tras sus estudios en la Universidad de Viena, Herzl se había

asentado en esta ciudad donde se ganaba la vida como periodista y crítico literario. No era religioso, ni tampoco exigía a su esposa e hijos seguir las costumbres judías, por su apariencia y su estilo de vida no se diferenciaba de la de cualquier miembro de la burguesía vienesa. Sin embargo, el creciente antisemitismo que se vivía en Austria y en varios países de Europa iba a despertar su conciencia como miembro del pueblo judío.

Herzl estuvo en París en 1885, cuando Dreyfus, un oficial judío del ejército francés, fue injustamente condenado por espionaje. El brote antisemita que despertó este caso en París le convenció de que los judíos nunca serían plenamente aceptados en Europa y sólo mediante la creación de un Estado propio podían estar seguros. En su libro, *El Estado judío*, proponía el retorno a la tierra de donde procedían, Palestina.

El sionismo que propugnaba el retorno a Sión, la tierra de Israel, siempre había estado presente en el pueblo judío. «El año que viene en Jerusalén», se decían unos a otros al dar la bienvenida a un año nuevo. También durante el siglo XIX hubo varias iniciativas para proponer el asentamiento de judíos en Palestina. En 1836, un rabino asquenazí de Prusia, Zvi Hirsch Kalischer, contactó con la familia Rothschild y con los Montefiore, una familia de financieros judíos afincados en Londres, y les pidió ayuda económica para crear un Estado judío. Gracias a este tipo de apoyos fueron aumentando el número de judíos en Palestina. Pero sería gracias a Herzl que el sionismo se convirtió en un movimiento político influyente en Europa.

En 1897 se celebró en Basilea el primer congreso sionista presidido por Theodor Herzl. Desde entonces, y gracias a su frenética actividad, el movimiento tuvo cada vez más partidarios, no sólo entre los miembros del pueblo judío y los que simpatizaban con ellos, sino incluso entre los que siempre habían sido antisemitas.

Ya que Palestina pertenecía al imperio otomano, Herzl decidió requerir la ayuda de alguien con suficiente autoridad para pedirle al sultán Abdul-Hamid en Constantinopla su cooperación en la creación del Estado judío. Por esta razón, acudió al káiser Guillermo II de Alemania, a quien le gustó la idea ya que le pareció una forma muy eficaz de librarse de «los parásitos de mi imperio», como había descrito a los judíos alemanes. Así, en 1898, en un viaje que hizo a Jerusalén, haciendo escala en Constantinopla, el káiser propuso al sultán turco el proyecto. Sin embargo, como era de esperar Abdul-Hamid se negó tajantemente a negociar la cesión de una parte de su imperio, por pequeña que fuera.

«Los judíos pueden gastarse sus millones, quizás cuando se divida mi imperio puedan quedarse con Palestina por nada. Pero sólo nuestro cadáver será dividido», fue la airada respuesta del sultán otomano.

Mientras Herzl intentaba seducir a los poderosos, judíos anónimos desde Europa comenzaron a echar los cimientos de su futuro Estado emigrando a Palestina. Desde los pogromos rusos muchos judíos decidieron irse a la tierra prometida. En 1883 unos 25.000 judíos llegaron a la tierra de sus orígenes. En la ciudad de Jerusalén, a comienzos del siglo xx, vivían 28.000 de un total de 45.300 habitantes. Los judíos se expandieron por la árida tierra de Palestina con rapidez en esos años. Ante el aumento de manifestaciones antisemitas en Rusia, salieron varios barcos de Odesa con rumbo a tierra santa. Entre éstos, un grupo de judíos de ideología laica y socialista fundaron la ciudad de Tel Aviv en 1909. Un joven llamado David Ben-Gurión, que tanto iba a influir en el futuro del pueblo judío, estaba entre ellos.

Frustrado ante la dificultad de fundar un Estado en Palestina, Herzl comenzó a buscar alternativas. Gracias a la influencia del todo poderoso lord Rothschild, en 1903 el gobierno británico ofreció la posibilidad de crear un Estado judío en Uganda. Herzl aceptó, pensando que en el corazón de África sería más fácil hacer realidad su sueño que en la tierra de donde procedían los judíos, pero poco después falleció inesperadamente, y el proyecto de Uganda nunca llegó a prosperar.

Unos años después de su muerte, Chaim Weizmann iba a dar pasos muy importantes hacia la creación de un Estado judío. Oriundo de Rusia, huyó muy joven de la persecución contra su pueblo, primero a Alemania y finalmente a Inglaterra. Allí combinó su profesión de químico con la de sionista. En Londres consiguió importantes apoyos para la creación del Estado judío en Palestina, incluido el de Arthur Balfour, que como ministro de Asuntos Exteriores se comprometió oficialmente con esta causa en 1918. Weizmann habló de su sueño al inglés que tenía más ascendencia sobre los árabes: Lawrence de Arabia, quien, en un principio, lo apoyó al considerar que éstos ganarían mucho con una patria judía. «Considero a los judíos como importadores de medios de vida occidental, tan importante para los países de Oriente Próximo», afirmó.

T. E. Lawrence accedió a atravesar el desierto árabe que tan bien conocía con Weizmann en junio de 1918, para presentarle a uno de los árabes más poderosos, el príncipe Faisal y futuro rey de Irak. Faisal aceptó en principio la pretensión de los judíos de crear una patria,

siempre y cuando estuviera dentro de un gran reino de Siria, sobre el que él aspiraba reinar. De esta forma, Weizmann consiguió el apoyo de la que era entonces la primera potencia mundial y lo que era más difícil, de uno de los principales representantes del pueblo árabe.

No perdió tiempo en comenzar a construir los pilares sobre los que se iba a asentar el futuro Estado judío. Como buen hombre de ciencia, aspiraba a que el conocimiento científico de Occidente tuviera presencia en Palestina. Había bromeado que «un Estado judío sin una universidad es como Mónaco sin casino». El 18 de julio de 1918, bajo la presencia de representantes de las tres grandes religiones y otros notables de la ciudad, Weizmann puso la primera piedra del edificio donde estaría la Universidad Hebrea.

Palestina, que a partir de 1920 estuvo bajo protectorado británico, experimentó un progresivo aumento de población. Desde la declaración Balfour, en 1917, a 1925 unos 90.000 judíos llegaron a Palestina. Entre 1924 y 1925 se sumaron otros 82.000 huyendo del caos en Rusia y también de países como Polonia y Hungría. Con el ascenso de los nazis al poder en 1933, la emigración judía se intensificó.

Muchos judíos, conscientes de que Hitler iba a ser algo más que un brote antisemita pasajero, decidieron salir de Europa antes de que fuera demasiado tarde. En 1933, 37.000 llegaron a Palestina. El rápido aumento de emigración alteraría el equilibrio demográfico en la zona a su favor. En 1936 había ya 100.000 judíos en Jerusalén en comparación con los 60.000 cristianos y musulmanes. A partir de entonces comenzaron las revueltas árabes contra la creciente dominación de los judíos en la tierra que consideraban exclusivamente suya. Ante la inestabilidad en Palestina, el gobierno británico se retractó del plan original de crear un Estado judío. En 1939 anunció su deseo de avanzar hacia el Estado palestino gobernado por árabes y judíos, y estableció un tope máximo en la emigración judía.

Para el pueblo judío el anuncio del gobierno británico no pudo haber sido más inoportuno. Ante el avance de las tropas nazis por Europa, a los judíos de los países conquistados sólo les quedaban dos opciones para evitar acabar en un campo de concentración: esconderse o huir. Ante esta situación, el movimiento sionista se dedicó a promover la emigración ilegal a Palestina.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, las noticias del Holocausto en el que unos seis millones de judíos perdieron la vida, conmovió al mundo. La creación de un Estado judío iba a tener más apoyo

que nunca. David Ben-Gurión, que se había convertido en el indiscutible líder de la comunidad judía en Palestina, aumentó la presión sobre los británicos para que se creara el Estado cuanto antes y se levantaran las restricciones a la emigración judía. Frente a Ben-Gurión, una facción radical llamada Irkus, dirigida por Menájem Beguín promovía la lucha armada.

Beguín, que al igual que la mayoría de los líderes sionistas era de origen ruso, padeció quizás más que ningún otro los horrores de la persecución judía durante la guerra. Tras huir de Polonia, fue arrestado por los soviéticos y enviado a un campo de trabajo. Tras muchas desventuras llegó a Palestina en 1942, con la determinación de no esperar a que los británicos crearan un Estado judío sino luchar por él. Beguín fue uno de los responsables del famoso atentado contra el cuartel general británico en el hotel King David de Jerusalén en 1946, que costó la vida a 92 personas. El terrible atentado, en cierta medida, logró su fin, pues unos meses después el gobierno británico anunció su deseo de salir de Palestina y ceder el control de la zona a las Naciones Unidas.

Tras la decisión británica de poner fin a su mandato, el Estado judío finalmente se haría realidad. El 14 de marzo de 1948, David Ben-Gurión proclamó la fundación del Estado de Israel. Él mismo sería nombrado primer ministro, y Chaim Weizmann presidente. Poco después de su fundación, el parlamento israelí aprobó la llamada Ley del Retorno, que otorgaba el derecho a todo judío de cualquier parte del mundo a emigrar y convertirse en ciudadano israelí. En los tres primeros años de existencia, duplicó su población gracias a la inmigración. La mayoría de ellos eran supervivientes del Holocausto. Sólo de Polonia y de Rumanía emigraron más de 200.000 mil judíos. Entre 1948 y 1958 la población israelí aumentó de 800.000 a dos millones.

La creación del Estado de Israel sería el último capítulo de la expansión europea por el mundo. Los judíos que llegaron a esta tierra nunca se consideraron como los colonizadores de las potencias europeas que se asentaron en tantos lugares extraños, ni tampoco emigrantes en el sentido estricto de la palabra, sino miembros de un pueblo que se agrupaba en su tierra de origen. Sin embargo, el concepto de sociedad que tenían los fundadores de este Estado era el de Europa, de donde procedía la gran mayoría, como también sus ideas políticas y económicas. Con Israel nació un Estado occidental en el corazón de Oriente Próximo y en medio del mundo árabe.

Mientras que la persecución religiosa provocó el éxodo de los judíos europeos, otro fenómeno que predominó en la Europa de esa época, la persecución política, obligó a muchos personajes notables a exiliarse de su tierra.

La emigración rusa había aumentado progresivamente desde el siglo XIX, pero fue la revolución rusa y la creación de la Unión Soviética lo que provocó una oleada de exiliados como pocas veces se ha visto en la historia. Un régimen que dejó claro desde el principio que todo el que no apoyara la revolución sin condiciones era un enemigo del pueblo, obligaría a muchos ciudadanos a exiliarse para poder ganarse la vida o simplemente salvar sus vidas.

Aleksandr Kérenski, que se hizo cargo del gobierno ruso tras la abdicación del zar Nicolás, en febrero de 1917, fue un ejemplo muy destacado de la atribulada vida que les esperaba a los rusos en el exilio. Tras el golpe de Estado de los bolcheviques en octubre de 1917, Kérenski, que hubiera sido fusilado de haber caído en manos de los revolucionarios, logró esconderse, y poco después salió de Rusia con rumbo a París donde comenzó su vida como exiliado. Vivió en la capital de Francia hasta que, en 1940, la invasión nazi le obligó a buscar un nuevo exilio. Él y su esposa emigraron a los Estados Unidos, y allí viviría el resto de su larga vida.

Muchos rusos iban a seguir un camino similar, desde nobles que huían con sus joyas y las últimas pertenencias que pudieran llevarse con ellos, hasta campesinos que se conformaban con salir vivos. En torno a dos millones de personas salieron de Rusia durante la revolución y la guerra civil que duró hasta 1921. Aquellos que fueron víctima de la persecución política se consideraban exiliados, otros simples emigrantes en busca de un lugar donde ganarse la vida, y la mayoría tenía tantos motivos políticos como económicos para dejar el país. Aunque la presencia de rusos en ciudades como París o Londres aumentó considerablemente a partir de 1917, el destino final para un alto porcentaje iba a ser América u otros lugares más allá del viejo continente, que ofrecieran verdaderas oportunidades donde empezar una nueva vida.

Por razones obvias, los Estados Unidos fueron el destino predilecto para la mayoría, pero también Argentina y Canadá. En todos estos países, la comunidad rusa, que ya era numerosa antes de la revolución, se organizó con el fin de mantener el legado cultural de su país vivo entre sus familiares y descendientes. En 1933 un grupo de aristócratas exiliados creó la Asociación de Nobles Rusos, y una vez al año organi-

zaba un baile que se haría muy popular por recrear el esplendor de la nobleza rusa ante la sociedad neoyorquina. Las comunidades rusas se politizaron bastante desde 1917, con frecuencia convirtiéndose en bastiones de oposición exterior al régimen comunista en su país de origen. El propio Kérenski, tras su muerte en 1970 no pudo ser enterrado en ninguna de las iglesias rusas de Nueva York, debido a que sus miembros se negaban a dar sepultura a quien consideraban uno de los máximos culpables del triunfo de la revolución; por esta razón su cadáver tuvo que ser trasladado a Londres.

Si bien el exilio ruso se nutrió principalmente de los que se opusieron a la llegada de los bolcheviques, pronto la revolución comenzó a devorar a algunos de sus propios hijos. Tras la llegada de Stalin al poder, los rivales que tuvieron la suerte de no ser víctimas de sus primeras purgas huyeron del entorno de Moscú para salvar sus vidas. El caso más famoso fue el de León Trotski, que se exilió en 1929. La primera parada del dirigente soviético fue Kazajistán, luego Turquía, y finalmente México, donde se asentó en 1937. Sin embargo, ni siquiera en este país pudo estar a salvo de la persecución soviética, y en 1940 fue asesinado por un agente de Stalin.

El exilio contribuyó notablemente a propagar por el mundo, y muy especialmente por América, la causa anticomunista y una visión muy crítica de lo que ocurría en la Unión Soviética. Un papel destacado en este ámbito iba a corresponderles a los disidentes exiliados. En 1974 llegó a los Estados Unidos el más famoso de todos, el escritor Aleksandr Solzhenitsyn, donde iba a vivir con su familia hasta la caída del régimen comunista en su país. Ese mismo año también se exilió su amigo, el célebre músico Mstislav Rostropóvich. El otro gran disidente de esa época, Andréi Sájarov, fue enviado a un más doloroso exilio interior en la ciudad de Gorki. Desde su exilio en América, los exiliados no tenían oportunidad de influir entre la población soviética pero sí hacerlo a nivel mundial, convirtiéndose así en enemigos del régimen mucho más poderosos. Éste fue especialmente el caso de Solzhenitsyn, que recibió en los Estados Unidos todos los medios necesarios para difundir su literatura y sus opiniones sobre la dictadura de su país.

En los países satélites que estableció Rusia en Europa central y oriental, muchos también iban a verse obligados a exiliarse por razones políticas y con el fin de poder ganarse la vida. Como el escritor checo Josef Škvorecký, uno de los portavoces del grupo de escritores disidentes al cual pertenecía también el famoso dramaturgo y político

Václav Havel. Tras la invasión soviética de Checoslovaquia, Škvorecký y su esposa huyeron a Canadá, se establecieron en Ontario y allí iba a vivir el resto de su vida.

Otro caso famoso del exilio en Europa del Este fue el financiero, filántropo y activista político George Soros. Nació en Budapest en 1930, en el seno de una familia judía que padeció la persecución nazi. Poco después de la invasión soviética en 1947, emigró a Inglaterra, consciente de que sólo fuera de su país y lejos del comunismo podría hacer una carrera a la altura de sus ambiciones. Tras estudiar en la Universidad de Londres, Soros se trasladó a Nueva York en 1956. Allí tuvo lugar su meteórica carrera financiera que le permitiría hacer una fortuna colosal. Unas décadas más tarde, desde los Estados Unidos dedicó su fortuna a la promoción de la sociedad abierta en Europa del Este.

Además de Rusia y el bloque comunista, otros países iban a padecer el exilio de una buena parte de su población en las próximas décadas. Con el auge del fascismo y de varios regímenes autoritarios, los exiliados proliferarían a partir de los años veinte. Tras el inicio de la dictadura de Benito Mussolini en Italia, en 1922 muchos políticos de la oposición tuvieron que salir del país. A medida que avanzaba el control del régimen fascista sobre la sociedad italiana, cada vez fueron más los italianos que optaron por marcharse. En Portugal, la dictadura de Salazar provocó el éxodo de algunas de las figuras más señeras de la cultura y la política. En un principio muchos de ellos optaron por vivir en España o algún país europeo, pero a la par que se complicaba la situación política en Europa occidental, Brasil se convirtió en el destino predilecto. Allí se exilió el antiguo presidente de la república portuguesa, Bernardino Machado, y otros políticos notables de la antigua república, que contribuirían a hacer de la colonia predilecta de su primer imperio uno de los principales centros de oposición a Salazar.

Un lugar muy especial en la historia del exilio europeo durante el siglo XX, lo iba a ocupar España. La guerra civil española, uno de los conflictos más desgarradores de la Europa contemporánea, y la dictadura de Franco con la que finalizó, provocaron una de las mayores oleadas de exiliados.

El éxodo de españoles comenzó nada más estallar la guerra civil en julio de 1936 e iba a afectar hasta a los más jóvenes. Desde el bando republicano se llegó a acuerdos con varios países afines para enviar niños y evitarles así padecer las calamidades que sufrían sus familias durante la guerra. La mayoría, unos 20.000, fueron evacuados a Fran-

cia, y cerca de 3.000 a la Unión Soviética. A estos últimos les tocó la desgracia de vivir en Rusia durante la Segunda Guerra Mundial, y muy pocos regresaron a su país.

Los exiliados del bando republicano fueron progresivamente aumentando a medida que perdían la guerra. La gran mayoría se fue inicialmente a Francia, donde había 440.000 españoles según datos de 1939. De este número muchos regresarían a España en los años cuarenta, pero unos 220.000 se convertirían en exiliados permanentes. Entre estos, la gran mayoría emigró a América, especialmente a México y Argentina.

México fue el país más importante para el exilio español. El apoyo incondicional que ofreció el gobierno mexicano al bando republicano desde 1936 iba a continuar tras el fin de la guerra, por esta razón el gobierno de la república en el exilio se instaló inicialmente en México DF. Este país iba a tener la mayor población de españoles exiliados por la guerra, sólo entre 1939 y 1942 entraron 25.000. Esta presencia tan numerosa contribuyó a que el gobierno mexicano fuera el más crítico de toda América hacia la España de Franco, hasta el punto de que nunca reconoció oficialmente al régimen franquista.

La guerra civil, que puso un trágico final a la era de plata de la cultura española, provocó la salida de sus más destacados intelectuales y representantes. Mientras que algunos, como Gregorio Marañón o Salvador de Madariaga, se exiliaron en París y en Oxford respectivamente, otros se fueron a Hispanoamérica y principalmente a Argentina. El filósofo Ortega y Gasset pasó parte de la guerra en Buenos Aires. Su obra contaba con muchos admiradores en Argentina y allí tuvo a su disposición los periódicos y las editoriales para continuar escribiendo. Sin embargo, al filósofo le angustió estar tan lejos de su país, por esta razón en 1942 se asentó en Lisboa y poco después regreso a España. Asimismo, los escritores Ramón Pérez de Ayala y Ramón Gómez de la Serna vivieron en Argentina hasta finales de los años cuarenta. El historiador Claudio Sánchez Albornoz se estableció en el mismo país hasta los años sesenta, mientras que el poeta Rafael Alberti y el escritor Francisco Ayala permanecerían hasta el fin del régimen de Franco.

Es natural que tantos personajes de la cultura eligieran Argentina para exiliarse, pues entre los países de habla española éste era el más desarrollado, el más culto y el que les ofrecía más oportunidades. Este hecho contribuyó de forma muy especial a enriquecerla. Una buena parte de la obra de estos autores fue hecha y publicada en Argentina,

también sus universidades se beneficiaron de las enseñanzas de académicos como Sánchez Albornoz.

México también contó con una destacada colonia de intelectuales y personajes españoles de la cultura, entre ellos el cineasta Luis Buñuel que dirigió grandes películas en este país, cuya vida cultural y universitaria también se enriquecería. Otros países de Hispanoamérica que acogieron a un buen número de exiliados españoles fueron Chile, Venezuela y también la República Dominicana.

«Qué sufrimiento intolerable es vivir fuera de la patria», dejó escrito el filósofo Séneca, que había nacido en Córdoba, al ser exiliado en la isla de Córcega. Sin embargo, en el caso de muchos españoles que se exiliaron en América tras la guerra civil, su vida allí distó mucho de ser intolerable e iba a compensarles las penurias que traían de España. Una buena parte de la comunidad española en Hispanoamérica prosperó al otro lado del Atlántico, al fin y al cabo la guerra les permitió encontrar lo que tanto deseaban, un país donde hubiera paz y crecimiento. También la afinidad cultural les permitió echar raíces en sus países de adopción con facilidad, muchos se casaron y dejaron descendencia allí. Una de las más célebres víctimas de la guerra civil, el poeta García Lorca, dijo en una ocasión que el español que no ha estado en América no sabe qué es España. Muchos exiliados tuvieron la sensación de profundizar en el conocimiento de su país tras el encuentro con el nuevo mundo que había surgido del imperio español. Su presencia allí contribuiría a estrechar lazos entre los pueblos de habla española cuya relación había sido generalmente distante desde hacía más de un siglo.

La otra gran oleada de exiliados de Europa la iba a provocar la Alemania nazi. Desde el momento en que Adolf Hitler llegó a la cancillería y el partido Nazi se hizo con el poder, no sólo el porvenir de los judíos en Alemania estaba en peligro, sino el de todo aquel ciudadano que osara mostrar su oposición al nuevo régimen alemán, pues como todo sistema totalitario, el Tercer Reich dejó muy claro que quien no estuviera a su favor se convertía en enemigo.

Con el ascenso al poder de Hitler y el establecimiento del Tercer Reich comenzaba para muchos alemanes un largo exilio. Entre los primeros que decidieron abandonar su patria estaba uno de los alemanes más prestigiosos, y el que ha sido descrito como el mayor científico del siglo XX: Albert Einstein.

El físico se encontraba de gira por universidades en los Estados Unidos cuando recibió la noticia, en abril de 1933, de que el nuevo

gobierno nacional socialista había aprobado una ley que prohibía a judíos ocupar cualquier puesto oficial, incluidas las cátedras universitarias. Su nombre apareció también en la prensa en una lista de los enemigos del régimen. A partir de entonces, el gran científico comprendió que su vida en Alemania se había acabado. Al regresar a Europa se instaló provisionalmente en Inglaterra con objeto de emigrar a los Estados Unidos. Desde el momento en que la Universidad de Princeton le ofreció un puesto, cruzó el Atlántico y se instaló en Nueva Jersey, donde iba a vivir el resto de su vida. Incluso después de la desaparición del nazismo, Einstein, poseído por la hostilidad que sentía hacia su país de origen, se negó a restablecer relaciones con cualquier institución alemana. En el mundo de la ciencia y la cultura muchos iban a seguir su ejemplo, ante las convulsiones del viejo mundo sólo el nuevo mundo ofrecía paz y seguridad para vivir y trabajar.

No sólo los judíos optaban por el exilio sino también muchos intelectuales. En abril de 1933 tuvo lugar la famosa quema de libros con la que el régimen pretendía liberarse de ideas antialemanas. Desde *El Capital* de Marx y Engels, hasta obras de autores contemporáneos, como Thomas y Heinrich Mann, Stefan Zweig y Sigmund Freud, todas fueron lanzadas a la hoguera. Poco después la gran mayoría de los autores de libros quemados huyó del país.

Thomas Mann se fue primero a Suiza y luego, en 1939, emigró con su familia a los Estados Unidos. Tras el fin de la guerra regresó a Europa pero no se asentó en Alemania sino en Suiza. Su hermano Heinrich no esperó a que sus libros fueran quemados para exiliarse y, tras deambular por varios países europeos, emigró a los Estados Unidos y se asentó en California, donde permaneció hasta el fin de sus días.

Un caso muy dramático fue el del famoso novelista austriaco Stefan Zweig. Vivía en Austria cuando su país fue anexionado por Alemania, huyó inicialmente a Inglaterra, pero al igual que tantos exiliados del nazismo pronto abandonó el convulso viejo continente para asentarse en América. El austriaco llegó a los Estados Unidos en 1940, pero este país a punto de entrar en guerra le recordaba demasiado al mundo europeo del que intentaba huir. Le atraía Sudamérica, donde ya había vivido, y por esta razón emigró a Brasil en 1941.

Stefan Zweig quedó fascinado por Brasil: «si el paraíso existe en algún lado del planeta, no podrá estar muy lejos de aquí», escribió poco después de asentarse en la ciudad de Petrópolis. El gran país sudamericano inspiró una de sus últimas obras: *Brasil, país de futuro*. En

este libro el autor, tan apesadumbrado por el derrumbe de la vieja Europa, describe la emoción de vivir en el nuevo mundo en el que todo estaba por hacer y donde se abrían grandes horizontes para la civilización occidental. Sin embargo, a pesar de la felicidad que mostraba por vivir en Brasil, nunca superó la tristeza que le producía el haber presenciado la destrucción de la cultura en la que nació y el declive de Europa en la guerra. Por esta razón, él y su esposa se suicidaron en 1942.

El exilio europeo aumentó a lo largo de los años treinta y cuarenta a medida que la Alemania nazi expandía sus fronteras. Con la invasión de Francia, cayó el último gran bastión de la libertad en la Europa continental: París. Tras su ocupación muchos destacados franceses, desde De Gaulle a Raymond Aron, se trasladaron a Londres. Por otro lado, los extranjeros que se habían instalado en París en los últimos años huyendo del totalitarismo, optaron en su mayoría por exiliarse al otro lado del Atlántico.

De la Francia ocupada huyeron muchos grandes personajes de la época a América. La célebre teórica política judía Hannah Arendt logró escaparse de un campo de concentración y llegó a los Estados Unidos en 1941, en compañía de su marido, el poeta marxista Heinrich Blucher; el diplomático y político antifascista italiano Carlo Sforza que se había exiliado en París desde los años veinte, decidió emigrar a los Estados Unidos en 1940, y así lo haría también el político y escritor europeísta Richard Coudenhove-Kalergi. La lista de figuras destacadas de la cultura, la ciencia y la política exiliadas a causa de la expansión nazi iba a ser muy extensa, e incluiría nombres como Alfred Adler, Erich Fromm, Bertolt Brecht o Kurt Weill.

El hecho de que tantos europeos ilustres coincidieran en varias grandes ciudades de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, contribuyó a que el porvenir de Europa se discutiera cada vez más en este país. En 1943 el fundador de la organización Pan-Europa, Richard Coudenhove-Kalergi, cuyo fin era promover la unificación de Europa, decidió aprovechar su exilio en Nueva York para organizar allí el V Congreso y el primero que iba a celebrarse en el nuevo mundo. En él se dieron cita políticos, académicos y escritores exiliados entre los que cabe destacar a Thomas Mann, Carlos Sforza, el político griego Sófocles Venizelos y el heredero al trono austrohúngaro Otto de Habsburgo. También asistieron varios congresistas y senadores estadounidenses. Lo que todos los asistentes europeos tenían en común era que se encontraban lejos de sus países por causa de la guerra, y por es-

ta razón tuvieron que reconocer que Richard Coudenhove-Kalergi tenía razón en los motivos que le llevaron a fundar Pan-Europa en 1922: que la rivalidad y la guerra entre naciones europeas era la causa principal del declive del viejo continente, y para evitarlo era necesario que las naciones de Europa se unificaran.

Las universidades norteamericanas, a partir de la Segunda Guerra Mundial, se convirtieron también en importantes foros de reflexión sobre el pasado y el futuro del viejo continente, muy especialmente debido a la presencia de tantos europeos en sus facultades. El hecho de que tantos centros de los Estados Unidos abrieran sus puertas a personajes de la cultura, la ciencia y la política europea fue un gran incentivo que llevó a muchos a decidir exiliarse en este país, y en algunos casos quedarse allí para siempre.

Además de Einstein, que como ya hemos indicado fue contratado por la Universidad de Princeton, la mayoría de los grandes escritores, políticos e intelectuales que se exiliaron en los Estados Unidos colaboraron con mayor o menor asiduidad con sus universidades. Thomas Mann trabajó en Princeton durante una época; Hannah Arendt enseñó en varias de las grandes universidades, desde Berkeley a Yale; Aleksandr Kérenski en Stanford, y Richard Coudenhove-Kalergi fue docente en la Universidad de Nueva York.

Varios exiliados españoles decidieron asentarse en los Estados Unidos por las mismas razones. Américo Castro hizo carrera académica en Princeton, y Ramón J. Sender trabajó en la Universidad de San Diego. El español que más se benefició de su exilio fue el biólogo Severo Ochoa, que culminó su carrera científica con el premio Nobel de Medicina.

Incluso algunos británicos que no tenían necesidad de salir de su país por razones políticas, decidieron continuar su carrera en los Estados Unidos, pues las universidades de este país eran una alternativa mucho más atractiva a la austera Inglaterra bajo las bombas nazis. El famoso filósofo y matemático Bertrand Russell salió de su país en 1940, y pasó casi toda la guerra dando conferencias y enseñando en diversos centros de Nueva York.

Las grandes universidades norteamericanas y sus centros de investigación mantuvieron una estrecha relación con Europa desde sus inicios. Muchas de ellas, especialmente las más prestigiosas como Harvard, Yale o Princeton, tuvieron como referencia desde su fundación a universidades como Oxford y Cambridge. Sin embargo, a lo largo del

siglo XX iban a tomar la delantera a los grandes centros europeos. Las principales universidades norteamericanas contaban con mucho más dinero, y eran además más meritocráticas, sus facultades estaban abiertas al talento por encima de prejuicios políticos, religiosos o raciales. Los estadounidenses supieron aprovechar muy bien la oportunidad que suponía el que tantas figuras señeras del saber y de la vida pública europea eligieran su país para exiliarse a partir de los años treinta. Muchos de éstos iban a recibir generosos emolumentos y contaron además con todos los medios necesarios para difundir sus conocimientos. Varios de los exiliados se encontraron tan a gusto desempeñando sus profesiones en los Estados Unidos, que se quedaron allí el resto de sus vidas.

La consecuencia más importante que tuvo la hábil atracción estadounidense del exilio europeo fue que, a partir de los años cuarenta, los Estados Unidos desplazaron a las grandes potencias europeas como el principal centro de ciencia, cultura y saber en Occidente. Las grandes universidades estadounidenses desbancaron a la mayoría de las europeas de los primeros puestos en los rankings internacionales. Los mayores descubrimientos científicos se iban a hacer en sus centros de investigación, y la mayoría de los galardonados con el premio Nobel serían investigadores estadounidenses, aunque eso sí, muy a menudo eran europeos que habían obtenido la nacionalidad de los Estados Unidos.

El denominado *brain drain*, que tuvo lugar en muchos países europeos en los años treinta por razones políticas, iba a continuar a partir de 1945. A pesar de que en la mayor parte de Europa occidental desaparecieron las persecuciones políticas, el viejo continente no tenía capacidad económica para competir con los Estados Unidos en la carrera por la ciencia y el conocimiento.

Mientras que Europa cerraba puertas a muchos académicos e investigadores, los Estados Unidos se las abría, pues les proporcionaba lo que echaban en falta en sus universidades de origen: medios económicos e incentivos laborales para prosperar. Por esta razón, se convertiría en el destino más codiciado para los más ambiciosos.

La superioridad en el campo científico y técnico fue una condición indispensable para alcanzar la supremacía mundial. Europa lo fue a lo largo de los siglos en los que sus potencias dominaron el mundo, pero finalmente la perdió frente a los Estados Unidos en el siglo XX. El consuelo que le quedó al viejo continente fue que, de la misma forma que

la mano de obra europea contribuyó en buena medida al despegue de este país como potencia económica, los cerebros exportados le iban a permitir alcanzar la cúspide del conocimiento científico y técnico.

Las grandes corrientes de emigración europea por el mundo continuaron con mucha fuerza hasta mediados del siglo XX. Fueron de alguna manera el epílogo de la proyección de Europa más allá de sus fronteras, pues su presencia en otros continentes venía a reforzar su legado y a contribuir a perpetrar la cultura occidental.

Sin embargo, si bien la emigración en el siglo XIX era un signo de la enorme pujanza que tenía Europa en el ámbito global, no puede interpretarse igual a partir de la Primera Guerra Mundial. El fenómeno de la emigración se daba en los países más pobres como Irlanda o Polonia, pero también en los ricos como Gran Bretaña o Alemania. El hecho de que tantos ciudadanos de países europeos desearan emigrar a otro continente era un signo evidente de que las economías comenzaban a estancarse, y que sus sociedades no ofrecían tantas opciones para prosperar. Las grandes oportunidades se encontraban en las jóvenes sociedades del nuevo mundo donde todo estaba por hacer, Argentina, Brasil, Canadá, Australia y muy especialmente en el destino favorito de los europeos, los Estados Unidos. Mucho antes de que los hechos lo confirmaran, los emigrantes anónimos parecían intuir que el siglo XX iba a ser un siglo americano y que el poder de Occidente iba a desplazarse cada vez más hacia Norteamérica.

La emigración por causas religiosas o políticas que tuvo lugar en el siglo XX iba a debilitar Europa y se convertiría en un signo evidente de su declive. La persecución de los judíos, que fue el detonante del movimiento sionista, iba a privar a varios países europeos de la contribución de un pueblo especialmente dotado para las finanzas, y que también destacó en la ciencia y en el ámbito cultural. Además de este vacío que dejó el éxodo judío, el impacto del Holocausto pondría en entredicho los logros de la cultura europea. El hecho de que en el continente donde habían nacido los derechos humanos tuviera lugar un genocidio de tal magnitud era el signo más evidente del deterioro que habían sufrido algunas de sus sociedades.

Con respecto a la emigración por causas políticas, los países donde hubo exiliados acabarían siendo los más perjudicados, pues este exilio les privó de algunas de las personalidades más notables de su época. Logros de una Europa donde nació la democracia y donde florecieron movimientos como la Ilustración, quedaban ensombrecidos.

CAPÍTULO 11

El desmantelamiento de los imperios

En poco más de 20 años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los imperios de las potencias europeas fueron desmantelados. A partir de 1947 los europeos abandonaron territorios que habían ocupado durante varias décadas e incluso siglos, y en los que habían invertido grandes cantidades de recursos económicos, militares y humanos. Además, en la mayoría de los casos lo hicieron pacíficamente, mediante amistosos traspasos de soberanía y quedando en buenos términos con los gobiernos nacionales que iban a sucederles. Incluso en algunas ocasiones la descolonización de ciertos territorios supuso un gran alivio para las potencias que los habían ocupado.

Resulta difícil entender la rapidez con que tuvo lugar la descolonización y la tranquilidad con la que las potencias europeas la asumieron, teniendo en cuenta que hasta 1945 los imperios habían sido muy importantes para sus economías, formaban parte fundamental de sus identidades y eran un motivo de orgullo. Otra razón por la que, a comienzos de la década de los cuarenta, no se podía prever el fin de los imperios europeos se debe a que, salvo algunas excepciones como en la India, en la mayoría de las colonias el deseo independentista no estaba suficientemente extendido. Además, las dos mayores potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, estaban en el bando ganador de la Segunda Guerra Mundial, y como siempre había pasado en las guerras, se podía esperar que los ganadores aumentaran sus posesiones a expensas de los perdedores, pero no que renunciaran voluntariamente a sus territorios.

La clave para entender el proceso de descolonización está en el orden mundial que surgió tras la postguerra mundial, y muy especialmente la mentalidad y los intereses geopolíticos de los Estados Unidos, que junto con la Unión Soviética se iban a disputar la supremacía mundial.

La descolonización debe mucho a un principio introducido por los Estados Unidos en relaciones internacionales, el de la autodetermina-

ción. Tras su intervención en la Primera Guerra Mundial, que permitió a Gran Bretaña y a Francia ganar la guerra, el gobierno norteamericano decidió que la paz y el futuro orden mundial deberían estar basados en sus principios y no en las ambiciones territoriales europeas, que tantas guerras habían causado.

La autodeterminación que exigió los Estados Unidos se aplicaría para reconfigurar el mapa de Europa tras la Primera Guerra Mundial, y aunque a muchos pueblos les permitió formar naciones, este principio no siempre tuvo un final feliz. Sin embargo, su aplicación a los imperios coloniales no iba a ser tan inmediata.

La primera víctima del imperio británico causada por la autodeterminación de los pueblos fue Irlanda, cuya población llevaba siglos rebelándose contra la dominación británica. Esta isla celta iba a ser también un buen ejemplo de los problemas ocasionados por la autodeterminación, ya que mientras en el sur se proclamó una república independiente en 1921, los habitantes de los cuatro condados del norte prefirieron seguir bajo soberanía británica, y así la isla fue dividida.

Otro lugar donde el gobierno británico cedió ante la presión independentista en los años veinte fue Egipto. Tres años de revueltas forzaron a Londres a conceder un estatus de práctica independencia a este protectorado en 1924. El resto del imperio iba a ser gobernado como antes de la guerra, aunque en el caso de la India, como veremos más adelante, mantener el orden ante la creciente presión independentista sería cada vez más difícil.

En el resto de los imperios coloniales, los europeos continuaron gobernando sin grandes desafíos salvo en el caso de Marruecos. En 1922 el líder anticolonialista Abd el-Krim protagonizó una insurrección contra la presencia española en el Rif, logrando expulsar a las tropas españolas y proclamar la república del Rif. Esta humillante derrota causó una grave crisis política en España y fue una de las causas principales del golpe de Estado del general Primo de Rivera en 1923, que puso fin a la monarquía constitucional del rey Alfonso XIII. Hasta 1926 no fue posible recuperar el control del protectorado, cuando una expedición francoespañola finalmente derrotó a Abd el-Krim y la efímera república del Rif desapareció.

La situación en el mundo colonial cambió notablemente a partir de 1929.

La caída de la bolsa neoyorquina, que trajo la crisis a todo Occidente, también afectaría a las posesiones europeas severamente. El precio

de materias primas y de muchas exportaciones de las colonias cayó de manera dramática, sumiendo en la pobreza a amplios sectores de su población. Como consecuencia, muchos de los que habían apoyado, o al menos tolerado, la colonización europea, debido a que su *modus vivendi* dependía de ella, se volvieron en contra.

No es casual que la Commonwealth británica fuera oficialmente creada en 1931. El fin de esta organización era dar salida al deseo independentista en las denominadas posesiones blancas, donde los descendientes de británicos eran mayoría, con un estatus especial. Los primeros miembros fueron Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Como miembros de esta organización eran plenamente independientes, pero seguían siendo súbditos de la corona británica y obtendrían un trato especial en sus relaciones económicas. Sin embargo, la Commonwealth, que parecía la fórmula ideal para acceder a la independencia por la vía rápida y amistosa, fue concebida originalmente para los llamados *dominions* blancos a los que se les atribuía un grado de desarrollo político superior. Para el resto de las colonias, el gobierno británico no contemplaba conceder la autodeterminación, ni siquiera a la India, donde la situación comenzaba a ser insostenible en los años treinta.

La lucha por la independencia en la India ocuparía un lugar muy especial dentro del mundo colonial. Fue un movimiento urbano y burgués, aunque también lo secundaran otras clases sociales y el mundo rural; fue también predominantemente democrático y sus miembros más destacados lucharon contra la dominación colonial exigiendo para ellos los mismos derechos que tenían los ciudadanos británicos.

Delhi, Calcuta, Bombay y otras grandes ciudades del país contaban, a finales del siglo XIX, con una amplia burguesía, y muchos de sus miembros se habían educado en instituciones fundadas por británicos y también en Inglaterra. Conocían bien la cultura y las ideas de Occidente, tanto el liberalismo como las, cada vez más influyentes, corrientes marxistas. Con una burguesía formada bajo estos principios occidentales, y ávida por abrirse paso en la sociedad india, el poder británico no iba a tardar en ser desafiado.

En 1885 un grupo de indios y británicos fundaron el Congreso Nacional Indio, con el fin de discutir reformas en el gobierno de la India y hacer propuestas al virrey. El Congreso indio comenzó a atraer a muchos miembros de la burguesía india con inquietudes políticas. A comienzos del siglo XX se convirtió en un partido de masas que atraía a ciudadanos de muy diversa condición, y adquirió una estructura similar

a la de los grandes partidos políticos europeos de esa época. La reivindicación original de autonomía pronto se quedó corta, y la mayoría de sus miembros comenzó a inclinarse por pedir la independencia del país.

En 1924 el Congreso indio atravesó un momento de gran importancia en su historia, cuando un abogado pacifista llamado Mohandas Gandhi fue elegido presidente.

Gandhi no sólo iba a ser uno de los principales líderes de la independencia india y el personaje más importante del siglo XX en la India; además de ser una figura clave en el proceso de descolonización mundial, fue también una de las grandes figuras del pacifismo y referencia indispensable en el mundo de la espiritualidad. Por eso era llamado en su país «Mahatma» Gandhi, que significa alma grande.

Nació en 1865, en el seno de una familia de clase media. Estudió derecho en la Universidad de Londres y, tras graduarse, se trasladó a Sudáfrica para ejercer su profesión. Este joven abogado indio, que se había formado en Inglaterra y se ganaba la vida en Sudáfrica, fue un claro producto de las virtudes del imperio británico, y por lo tanto no tenía motivos para ser crítico ante él. Sin embargo su experiencia en Sudáfrica, donde la comunidad india era segregada al igual que la negra, transformó su modo de pensar. En una ocasión fue echado de un tren por negarse a pasar del vagón de primera clase, para el que había comprado billete, al de tercera, donde debían ir los que no eran de raza blanca. Tras esta traumática experiencia, Gandhi se convirtió en enemigo del imperio británico y de la colonización europea en general.

En 1915 regresó a la India con el fin de dedicar el resto de su vida a luchar por la independencia. Ya nunca más vistió con trajes occidentales y pronto su frágil figura, su túnica blanca y sus sandalias con las que iba humildemente vestido, se iban a convertir en uno de los principales símbolos de la lucha anticolonial. Como pacifista se negaba a utilizar la violencia para conseguir sus fines y logró que la desobediencia civil por medios pacíficos se convirtiera en el método por el que el Congreso indio iba a luchar por la independencia.

En 1929 el futuro primer ministro indio, Jawaharlal Nehru, llegó a la presidencia del Congreso indio. Desde entonces, la independencia se convirtió oficialmente en el objetivo de sus miembros, su estrategia de desobediencia civil, secundada por millones de seguidores en el subcontinente indio, hizo que la India colonial comenzara a ser ingobernable en los años treinta. Sin embargo, para las autoridades británicas abandonar la perla de su imperio seguía siendo algo inconcebible.

Con revueltas o sin ellas, los imperios ocupaban un lugar muy importante para las potencias europeas en los años treinta. Constituían una aportación esencial a sus economías, especialmente en el caso británico, holandés y portugués, y a su poder desde el punto de vista geopolítico. El mundo colonial no daba la impresión de estar en declive en los años treinta, más bien al contrario, seguía expandiéndose, como mostraron la invasión japonesa de Manchuria en 1931 y la italiana de Abisinia en 1936.

Los imperios coloniales habían sido harto útiles en tiempos de guerra, e iban a serlo una vez más durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a sus colonias, Gran Bretaña y Francia eran un enemigo mucho más formidable al controlar entre los dos cerca de un tercio del planeta. Al igual que en la anterior guerra, Gran Bretaña fue asistida por tropas canadienses, australianas, neozelandesas y sudafricanas, además de sus regimientos coloniales dispersados por el mundo. La India contribuyó con un enorme ejército de dos millones y medio de soldados entre profesionales y reclutas. La guerra contribuyó también a que se expandiera un sentimiento de solidaridad y unidad por todo el imperio británico.

En el caso francés, las colonias del norte de África serían especialmente ventajosas para la resistencia contra los nazis. El hecho de que el general De Gaulle estableciera su gobierno en el exilio en Argelia el año 1943, y desde allí comenzara a planear la liberación de Francia, contribuyó al significado especial que tenía esta colonia para los franceses.

A pesar de la utilidad de los imperios coloniales, desde 1942 daban la impresión de estar condenados a desaparecer después de la guerra. El 14 de agosto de 1941 tuvo lugar la primera cita entre Winston Churchill y el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, en un barco en la costa oriental de Canadá. El primer ministro británico tenía sus esperanzas puesta en convencer a los Estados Unidos de la necesidad de entrar en guerra del lado británico. Por otro lado, Roosevelt, que deseaba mantener a su país fuera del conflicto, simplemente pretendía contribuir a la causa aliada desde la no beligerancia.

En esta cita histórica los dos mandatarios acordaron una serie de principios sobre los que debería estar basado el orden mundial tras el fin de la guerra, y que iba a ser conocida como la Carta Atlántica. Entre los puntos principales de este documento cabe destacar el compromiso de los dos países signatarios de no buscar ganancias territoriales en el conflicto; también acordaron que los ajustes territoriales se ha-

rían teniendo en cuenta los intereses de sus habitantes y, ante todo, el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos.

El documento refleja mucho más la visión estadounidense que la británica de las relaciones internacionales. Roosevelt, muy crítico hacia el colonialismo europeo, aprovechó la oportunidad para exigir la independencia de las colonias mediante la cual los imperios serían liquidados, Churchill, ávido por mostrar la sintonía de su país con los Estados Unidos, no quiso contrariar al presidente y aceptó sus términos.

El hecho de que el primer ministro británico se comprometiera a aceptar la autodeterminación de los pueblos iba a ser muy comentado. Poco después de este evento, al ser preguntado en una conferencia de prensa sobre las consecuencias de lo acordado para las colonias, Churchill restó importancia a lo ocurrido comentando que la autodeterminación se refería sólo a Europa. Después de todo, como dijo en una ocasión, él no se había convertido en primer ministro para presidir sobre la disolución del imperio británico. Pero la Carta Atlántica tendría mucha trascendencia, especialmente desde el momento en que los Estados Unidos entraron en la guerra, pues iban a exigir que la paz se dictara según sus propios términos.

Tras el fin de la guerra más destructiva de la historia, la victoria para Gran Bretaña y Francia sería distinta a todas las demás, su situación era tan crítica que no sólo no iban a obtener ganancia territorial alguna, sino que pronto llegarían a la conclusión de que no podían mantener sus imperios coloniales. Tampoco iban a ser capaces de imponer su visión internacional ni defender sus intereses. En la Organización de las Naciones Unidas, encargada de velar por el nuevo orden internacional, Gran Bretaña y Francia ocuparon dos de los cinco puestos permanentes del Consejo de Seguridad. Los otros tres les correspondían a los Estados Unidos, la Unión Soviética y China, que se encargarían de que en el nuevo orden mundial no hubiera lugar para los imperios europeos.

No en vano, Churchill tituló el último volumen de sus memorias de guerra como *Triunfo y tragedia*.

La descolonización empezó en Asia por dos razones: era el continente con el más avanzado movimiento independentista, y además allí las potencias coloniales habían sido derrotadas ante Japón durante la guerra. Una vez que sus habitantes fueron testigos de cómo los europeos eran derrotados, no estaban dispuestos a someterse de nuevo a su gobierno.

En septiembre de 1945, el líder comunista vietnamita Ho Chi Minh proclamó la independencia de su tierra. Así, tras recuperar Indochina del invasor japonés, el gobierno francés tuvo que emplear parte de los préstamos obtenidos de los Estados Unidos para enviar tropas a Vietnam y enredarse en una complicada guerra. A Holanda le aguardaba el mismo tortuoso e incierto destino tras retomar el control de su imperio asiático. El 17 de noviembre de 1945, el líder nacionalista Achmed Sukarno declaró la independencia de Indonesia, ante la admiración del resto de los habitantes de las colonias holandesas. Los Países Bajos, que aún tenían 140.000 tropas en el sudeste asiático, no dudaron en emplearlas con el fin de mantener su soberanía en esta parte del mundo.

Gran Bretaña iba a ser mucho más pragmática ante la India que Francia y Holanda con sus colonias asiáticas, y no dudó en negociar su salida antes que tener que emplear la violencia para quedarse. Lord Curzon sentenció en una ocasión que: «siempre que Gran Bretaña gobierne sobre la India, será la mayor potencia del mundo, pero en el momento que la pierda descenderá a la tercera categoría». Churchill también opinaba así. Sin embargo, su sucesor en el gobierno, el laborista Clement Attlee, no dudó en poner en marcha la salida de la perla del imperio antes de que fuera demasiado tarde; con este fin nombró a lord Mountbatten último virrey de la India. A este prestigioso marino, emparentado con la familia real, le correspondió la difícil misión de poner fin a tres siglos de presencia británica en el subcontinente indio.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el Congreso indio había ofrecido al gobierno británico interrumpir la lucha por la independencia y colaborar en el esfuerzo bélico a cambio de la independencia tras la guerra. Pero Londres declinó el ofrecimiento y, desde entonces, mantener a raya al movimiento independentista sólo fue posible a base de mucha represión policial. Por otro lado, mientras que los seguidores de Gandhi luchaban por medios pacíficos, otras facciones independentistas apoyaban la lucha armada. Así, en 1945 la India se había convertido en un polvorín.

La llegada del último virrey de la India permitió reconducir la situación y negociar una salida digna para los británicos. Aunque el proceso de descolonización iba a complicarse debido al deseo de la comunidad musulmana, dirigida por *Muhammad* Ali Jinnah, de fundar un nuevo estado musulmán dentro del *raj* británico. Tras la proclamación oficial de la independencia de la India, en agosto de 1947, se creó el Estado islámico de Pakistán. Al gobierno británico le correspondió la difícil

misión de trazar la frontera que iba a dividir a muchos pueblos. Tras la partición del subcontinente indio tuvo lugar la mayor migración de la historia, que involucró a unas 14 millones de personas. Musulmanes de toda la India emigraron a Pakistán, mientras que hindúes y sijes, que hasta entonces habían vivido en el nuevo Pakistán, se trasladaron a la India. Lo más grave fue la ola de violencia entre las comunidades religiosas que desató este proceso, y que iba a cobrarse más de medio millón de muertes.

El pacifismo de Mahatma Gandhi, asesinado en 1948, brilló por su ausencia en las relaciones entre las dos naciones nacidas tras el fin de la India colonial. Los conflictos entre la India y Pakistán provocarían más pérdidas humanas, desde 1947, que las luchas contra tres siglos de presencia británica en el protectorado.

El mismo año que los británicos pusieron fin a la colonización de la India, también se retiraron de Palestina, aunque en esta ocasión con gran sensación de alivio. Gran Bretaña fue inicialmente la potencia que más simpatizó con la idea de crear un Estado judío, como declaró el ministro de Asuntos Exteriores, lord Balfour, en 1917. Por otro lado, Lawrence de Arabia había contribuido a despertar en los árabes el sueño de crear su propia nación. Comprometerse a la vez con judíos y árabes frente a la aspiración de una nación en Palestina, generaría muchos problemas a los británicos en esa región y en el conjunto de Oriente Próximo.

En 1920 Gran Bretaña recibió el mandato de la Sociedad de Naciones de administrar Palestina y Transjordania. Su presencia en esta zona, que pronto iba a convertirse en una de las más convulsas del mundo, sólo puede explicarse por su sentido de responsabilidad como gran potencia, pues no aportó ningún beneficio evidente a los británicos y sí muchos quebraderos de cabeza.

La situación en Palestina comenzó a ser muy tensa ante la creciente llegada de emigrantes judíos en los años treinta. En 1936 estalló una revuelta árabe que logró hacer que el gobierno británico se retractara de su promesa de crear un Estado judío. La postura británica de limitar la emigración judía para evitar conflictos con los árabes fue especialmente impopular tras darse a conocer el Holocausto. Ante la gravedad de los acontecimientos, Gran Bretaña anunció su deseo de finalizar su mandato en Palestina, y encomendar a Naciones Unidas la difícil misión de dividir la zona entre judíos y árabes, tal y como recomendaban la mayoría de las naciones representadas en esta organización. Tras la

partición del territorio, el 14 de mayo de 1948 nacía el Estado de Israel. Inmediatamente después, los miembros de la Liga Árabe, Siria, Transjordania, Irak, Egipto y Líbano, declararon la guerra al nuevo Estado. Tras una breve contienda ganada con facilidad por Israel, comenzaba uno de los grandes conflictos de la era contemporánea.

El gobierno británico, hábilmente, cedió la responsabilidad de crear el Estado de Israel a Naciones Unidas. Sin embargo, para el mundo árabe, tanto las potencias coloniales, como los Estados Unidos y Occidente en general, iban a ser considerados los responsables de crear este Estado en una tierra que consideraban suya. Tampoco iba a gozar de muchas simpatías en el tercer mundo en general; independientemente de la solidaridad que la causa judía inspiraba en la postguerra, la creación de este Estado fue también vista como una nueva operación de expansión de Europa y Occidente.

En el proceso de descolonización, los europeos no siempre se retiraron voluntariamente de sus colonias, también iban a ser expulsados por la fuerza. Así fue el caso de Indonesia, donde los holandeses, tras cuatro años de lucha infructuosa contra las tropas independentistas de Sukarno, tuvieron que optar por la retirada. En 1949 la propia reina Juliana traspasaba la soberanía a su hasta entonces enemigo, el general Sukarno.

Más larga aún iba a ser la agonía de Francia en Indochina. Las insurgentes tropas comunistas de Ho Chi Minh iban a contar, a partir de 1949, con la poderosa ayuda de la República Popular China. Desde su ascenso al poder absoluto en 1949, Mao Tse Tung se convirtió en uno de los más temidos enemigos para Europa occidental y el resto de Occidente.

El nacimiento de la China comunista mostraba también que el comunismo no sólo triunfaría en naciones industriales como había predicho Marx, sino en las agrarias, lo que resultaba muy alentador para muchas colonias en su lucha por la independencia. Mao, que se propuso recuperar el poder de China frente a Europa, no sólo fue un ardiente defensor de la descolonización sino que también iba a ofrecer su ayuda a todo movimiento campesino que se levantara contra la colonización o los intereses burgueses. Su primera oportunidad para hacerlo fue frente a la vecina Indochina.

Las tropas de Ho Chi Minh en la jungla vietnamita, apoyadas por China, se convirtieron en un enemigo imbatible para Francia. Además en esta guerra, cada vez más impopular en Francia, Ho Chi Minh con-

taba con la simpatía de buena parte de la izquierda que le veían como un luchador por una causa justa. Finalmente, el gobierno francés negoció su retirada de Indochina en 1954. Muy influido por el resultado de la guerra de Corea, en la cual el norte fue ocupado por los comunistas y el sur quedó en manos de un régimen afín a Occidente, Vietnam se dividió entre el norte, controlado por Ho Chi Minh, y el sur, bajo el mando del primer ministro Ngo Dinh Diem y apoyado por los Estados Unidos. Después de nueve años de guerra, los franceses se quitaron un gran peso de encima al salir de Indochina. El conflicto no tardó en reanudarse, y esta vez sería el gobierno de los Estados Unidos el responsable de luchar contra el comunismo en esta región, una guerra que incluso esta superpotencia no logró ganar.

La descolonización transformó con rapidez el orden mundial en el que Europa había sido hegemónica hasta 1945. En los años cincuenta, varias de las nuevas naciones recientemente descolonizadas comenzaban a organizarse entre ellas y a defender sus intereses en el ámbito internacional. Un ejemplo fue el congreso de Bandung, celebrado en Indonesia, en 1955, donde se dieron cita 26 naciones descolonizadas. Además de Sukarno, que hizo de anfitrión, Nehru acudió en nombre de la India y China, muy interesada en liderar este grupo de naciones, fue representada por Zhou-Enlai. Todos coincidieron en considerar la colonización como «un mal» que debería acabar cuanto antes. El congreso sirvió también para denunciar las alianzas occidentales e instar a todos los países del mundo postcolonial a mantenerse fuera de ellas. Nehru actuó como portavoz de los no alineados, denunciando a la Alianza Atlántica como «los protectores más poderosos del colonialismo» y advirtiendo que formar parte de esta organización constituiría una humillación intolerable para un país asiático o africano. Entre los asistentes, uno que tomó buena nota de todo lo dicho fue el representante de Egipto, Gamal Abdel Nasser.

Egipto, un antiguo protectorado que había obtenido su independencia mucho antes del comienzo del proceso de descolonización, sería el país que más humillaría a Gran Bretaña y Francia en los años de la descolonización y que mejor representó el triunfo de las ideas del mundo colonial sobre las de Europa.

El Canal de Suez, todo un símbolo de la expansión colonial, siguió en manos de franceses y británicos tras la independencia de Egipto, pero Nasser no tardó en expulsarlos al llegar al poder. En 1954, los Estados Unidos le negaron un crédito debido a sus relaciones tan estre-

chas con la Unión Soviética, y en represalia el presidente egipcio decidió nacionalizar el canal.

Para el gobierno británico esta medida fue una ofensa intolerable contra sus intereses y también contra el derecho internacional, pues poco antes había llegado a un acuerdo con Egipto para abandonar Suez en 1968. El primer ministro, Anthony Eden, consideraba a Nasser como un nuevo Hitler con quien no se debería negociar. Así pensaba también su homólogo francés Guy Mollet, que estaba muy molesto también por los rumores de que Nasser apoyaba al movimiento independentista en Argelia.

Eden y Mollet crearon una alianza contra Egipto, y tras intentar en vano que los Estados Unidos se unieran, invitaron a un tercer aliado que también tenía mucho que temer de Nasser, Israel. Los tres gobiernos acordaron que Israel invadiría Sinaí y luego las tropas británicas y francesas intervendrían, ocupando el canal y exigiendo, tanto a Egipto como a Israel, mantenerse a distancia del enclave.

La operación militar, lanzada en julio de 1956, fue un éxito desde el punto de vista militar pero un fracaso desde el diplomático y político. Lejos de considerar la acción como una represalia justa contra un dictador que había provocado esta crisis, la invasión fue generalmente condenada por la comunidad internacional como una agresión intolerable. La que en Europa se conoció como la crisis de Suez fue descrita en el mundo árabe como «la agresión tripartita».

Nasser jugó sus cartas como víctima de una invasión y de la agresión colonial con mucha habilidad. Decidió pedir ayuda a los Estados Unidos, y la diplomacia estadounidense, interesada en jugar la baza anticolonial a fondo para ganarse el respeto de Oriente Medio, se puso del lado egipcio y exigió a sus dos aliados europeos y a Israel un alto el fuego. La Unión Soviética, que criticó duramente a los invasores y acusó al presidente israelí Ben-Gurión de apoyar el colonialismo europeo, amenazó con lanzar misiles contra los tres en defensa de Egipto. Ante toda esta presión y la amenaza de que el conflicto se extendiera, Londres y París decidieron poner fin a las hostilidades y retirarse, según había exigido Naciones Unidas.

Tras el fin de la crisis, Anthony Eden presentó su dimisión en enero de 1957, poniendo un ignominioso final a una brillante carrera política. Guy Mollet también dimitió unos meses después, entre otras razones por el fracaso en la toma del canal. Ben-Gurión, que se negó a retirarse del Sinaí hasta 1957, continuó en su puesto, pero esta guerra contri-

buyó a aumentar la tensión con el mundo árabe. Nasser fue el gran ganador, pues logró su propósito original de quedarse con el Canal de Suez y se mostró orgulloso ante el mundo colonial por haber echado un pulso a los franceses y británicos, y haberles ganado.

Tanto para Gran Bretaña como para Francia, la crisis de Suez constituyó una gran humillación, y mostró que ya no eran grandes potencias imperiales. Eden y Mollet actuaron como lo hubiera hecho cualquiera de sus antecesores ante una crisis similar que pusiera en peligro los intereses de sus respectivos países en el mundo. La consigna de la política internacional de toda potencia colonial, y muy especialmente la británica y la francesa, había sido la de utilizar sus fuerzas armadas para responder ante cualquier agresión a sus ciudadanos o sus intereses en el mundo. Sin embargo, en 1956, en plena era de la descolonización, esta política ya no se podía aplicar, en primer lugar porque en el nuevo orden internacional los intereses de las antiguas colonias contaban tanto como los de las grandes potencias, y en segundo lugar porque los imperios europeos ya no mandaban en el mundo, por encima de Francia y Gran Bretaña estaban los Estados Unidos y la Unión Soviética, y así lo dejaron claro en esta crisis.

Una tercera razón fue que acciones como la de Suez ya no contaban con el respaldo de sus ciudadanos. A diferencia de otras ocasiones en las que la propia ciudadanía, animada por la prensa, había exigido a su gobierno que defendiera el orgullo nacional a cualquier precio, en 1956 ocurrió lo contrario. La opinión pública británica fue muy crítica ante la decisión de su gobierno de involucrar al país en una guerra que se consideraba injusta. En Francia, la opinión también se mostró muy dividida. En la postguerra la mayoría de los europeos, que conocían muy bien el precio de la guerra, dejó de creer en la eficacia del uso de las armas.

El triunfo de Nasser alentó a otros pueblos árabes a perseverar en sus reivindicaciones frente a las potencias coloniales. El sultán de Marruecos Mohamed V, cuyo país obtuvo la independencia en 1956, tenía aspiraciones territoriales sobre varias posesiones de España. En 1957 aprovechó unos disturbios contra la presencia española en la colonia de Ifni, alentados por él mismo, para enviar las tropas marroquíes. El asedio de Ifni iba a durar varios meses. En febrero de 1958, España y Francia coordinaron sus ejércitos en una exitosa ofensiva, mediante la cual España logró recuperar la colonia, al menos por unos años más.

Francia tenía buenos motivos para asistir a España en la campaña contra Marruecos, incluso un año después de la fallida alianza con Gran Bretaña en la invasión de Egipto, ya que cuanto más lejos llegaran las aspiraciones arabistas más difícil iba a ser permanecer en su colonia predilecta: Argelia.

Esta colonia ocupaba un lugar muy especial en el imperio francés, el hecho de que tantos franceses hubieran emigrado a su costa norteafricana desde el siglo XIX contribuyó a que se convirtiera en una especie de Francia fuera de Francia. Desde los años cuarenta, representantes de la mayoría musulmana comenzaron a exigir la independencia, pero los franceses de ambos lados del Mediterráneo ignoraron estas reivindicaciones, pues Argelia, argumentaban ellos, debería ser siempre un territorio francés.

En 1954, el Frente de Liberación Nacional argelino comenzó la lucha armada por la autodeterminación, la guerrilla y los constantes atentados obligaron al ejército francés a tomar cada vez medidas más drásticas para intentar apaciguar a la población. Especialmente cruenta fue la batalla de Argel en 1956, a partir de entonces lo que fue inicialmente el desafío de un grupo terrorista se transformó en una nueva guerra colonial. Cada vez más argelinos exigían la independencia, apoyados por el mundo árabe y generalmente por la opinión pública internacional crítica hacia las potencias coloniales.

El conflicto argelino fue una de las causas principales de la caída de la cuarta república francesa. El retorno al poder del general De Gaulle fue visto como la gran esperanza para la causa europea en Argelia. «Viva Argelia francesa», gritó el general en una visita al territorio en 1958. Sin embargo, como confesó en sus memorias, desde un principio era pesimista sobre las posibilidades de que Francia continuara allí.

En 1960 el primer ministro Harold Macmillan, que sustituyó a Anthony Eden en el gobierno británico, pronunció un influyente discurso ante el parlamento sudafricano: «Un viento de cambio sopla por este continente, tanto si nos gusta como si no, el auge de la conciencia nacional es un hecho», sentenció ante la nación sudafricana. Ningún gobernante europeo podía permitirse ignorar este viento de cambio y por ello el propio De Gaulle decidió que la independencia de Argelia era inevitable. El que hasta entonces había sido un fiel defensor del imperio francés, entendió que la descolonización de África, comenzando por Argelia, era imparable, y que su gobierno pagaría un precio muy alto por intentar nadar a contracorriente.

Tras llegar a un acuerdo con el Frente de Liberación Nacional, la independencia argelina fue sometida a referéndum, en el que una abrumadora mayoría votó a favor en julio de 1962. Francia entregó el poder a uno de los principales líderes del FLN, Ahmed Ben Bella, un nacionalista argelino cuya primera lengua era el francés.

Mientras que el máximo símbolo del colonialismo francés pasaba a la historia, el resto de su enorme imperio en ese continente también había desaparecido. Francia, al igual que el resto de las potencias coloniales, fue inicialmente muy reticente a descolonizar el África subsahariana, al considerar que sus habitantes no estaban maduros para crear naciones independientes. Sin embargo, a finales de la década de los cincuenta tendrían que ceder ante la creciente presión independentista en estas regiones.

En agosto de 1958, durante su viaje por el África subsahariana, De Gaulle había prometido en Brazzaville que las colonias francesas tendrían la oportunidad de elegir entre la independencia o seguir perteneciendo a Francia. Dado que la inmensa mayoría de los territorios eran partidarios de gobernarse por sí mismos, el gobierno francés puso en marcha un rápido proceso de descolonización. En 1960, el año más importante para la descolonización africana, desde Mauritania a Chad y desde Mali hasta Madagascar nacieron naciones independientes.

Ese mismo año, muy influido por Francia, Bélgica puso definitivamente fin a su presencia en África. Durante muchos años, los belgas se negaron a contemplar la retirada de su única colonia, pero la actitud de su gobierno cambiaría desde finales de los años cincuenta. La presión del Movimiento Nacional Congolés, liderado por el carismático Patrice Lumumba, para que los belgas se retiraran era cada vez mayor. Unas revueltas en Leopoldville, en 1959, con cientos de muertes, hicieron al gobierno decidir independizar la colonia cuanto antes, con el fin de evitar verse envuelto en una guerra colonial.

El 30 de junio de 1960 tuvo lugar la ceremonia de independencia. El contraste entre cómo veían su historia los colonizadores y los colonizados no pudo ser mayor. El rey Balduino tuvo la mala idea de rendir homenaje a su abuelo, el rey Leopoldo, que tan mal recuerdo había dejado en la colonia. Lumumba respondió en su discurso con una feroz crítica hacia el colonialismo y los males que había traído a su pueblo.

A pesar de los intentos por asegurarse una transición pacífica, unos días después de la entrega del poder, las revueltas y el caos se apoderaron de todo el país. La tensión fue tan grande que la mayoría de

los 80.000 belgas que permanecieron en el Congo tras la independencia tuvieron que ser evacuados con la ayuda de la Organización de las Naciones Unidas. El propio Lumumba fue asesinado poco después. En su lugar, el coronel Joseph Mobutu tomó el poder, estableciendo el clásico gobierno de partido único que iba a predominar en África.

En 1970 el país fue rebautizado como Zaire y las principales ciudades cambiarían a un nombre africano. El nacionalismo y la hostilidad a todo símbolo de colonización provocaron la salida de empresas y extranjeros, y como consecuencia el empobrecimiento dramático de su economía. Además el país seguía arrastrando un problema crónico de caos administrativo y corrupción, cuando los belgas abandonaron el Congo en 1960 había tan sólo 30 graduados universitarios para cubrir más de 1.000 puestos de responsabilidad; suplir este vacío iba a ser harto difícil.

Mientras tanto, el imperio británico en África también iba a desaparecer. Ghana obtuvo su independencia en 1957 y Nigeria, y el resto de las posesiones del África occidental, tres años después. Más compleja sería la descolonización del África oriental británica, especialmente Kenia, que en las últimas décadas se había convertido en el asentamiento predilecto para colonos blancos.

Ante las crecientes revueltas contra el dominio británico, la colonia estableció un parlamento en el que todas las comunidades raciales iban a estar representadas, negros, árabes, indios y blancos, aunque estos últimos mantendrían la mayoría de escaños. Este sistema de democracia con cuotas raciales no hizo más que aumentar la indignación de la mayoría negra y contribuyó al estallido de las revueltas Mau Mau, un grupo anticolonial formado por la tribu de los kikuyu. Las autoridades británicas respondieron ante el terror de los Mau Mau con la declaración del Estado de excepción en 1952. Sólo a base de impopulares medidas represivas, incluida la introducción de campos de concentración para controlar a la población insurgente, fue posible mantener el orden colonial. Pero a pesar de la insistencia de la población blanca, Londres no estaba dispuesto a pagar un precio tan alto por mantener su presencia en esta parte de África. Así, en 1960 se iniciaron negociaciones para crear la nación independiente de Kenia. La colonia fue representada por Jomo Kenyatta, el padre fundador del país y uno de los grandes líderes de la era postcolonial.

Desde finales de los años cincuenta hasta comienzos de los setenta, las ceremonias de traspaso de poderes a las nuevas naciones indepen-

dientes se convirtieron en una rutina para las autoridades británicas, desde el sureste asiático hasta el Caribe. En muchas de ellas los representantes británicos cedían el poder con tristeza, otras con resignación, pero a menudo con gran sensación de alivio.

Desde el sur de Europa la descolonización iba a aplicarse a ritmos muy distintos. La república italiana, ávida por fortalecer su presencia en Europa tras el fascismo, se deshizo de sus posesiones africanas con rapidez. En el caso de España, y muy especialmente de Portugal, dejar de ser potencias coloniales iba a llevarles más tiempo.

El general Franco, a pesar de lo importante que fue África en su carrera militar, se enfrentó a la cuestión de la descolonización con bastante sentido práctico a partir de los años sesenta. No estaba dispuesto a involucrarse en guerras o conflictos o indisponerse con los Estados Unidos a causa de las colonias africanas. Tras conceder la independencia a Guinea Ecuatorial en 1968 y a Ifni un año después, el régimen de Franco, en los últimos meses de vida, se enfrentó a la Marcha Verde de Hassan II, que el astuto rey de Marruecos ordenó en un momento en el que el general estaba moribundo, con el fin de arrebatar a España esta posesión. El gobierno español, más preocupado por su situación interna, hábilmente puso en marcha negociaciones con Marruecos y Mauritania, y abandonó la colonia en 1976. No obstante distó mucho de ser un final feliz, pues el Frente Polisario reivindicó la autodeterminación del Sahara occidental frente a la ocupación de los otros dos países africanos, convirtiéndose en uno de los muchos problemas que legó la descolonización.

Portugal, bajo la dictadura de Salazar, se negó a dejarse llevar por la corriente descolonizadora por muchas razones. Para una economía relativamente pobre como la portuguesa, el imperio colonial era una alternativa muy atractiva a Europa, donde sus exportaciones no eran competitivas. Eran también un símbolo de prestigio y poder con el que compensar la marginación que la antigua gran potencia padecía en la Europa de entonces. En una ocasión, cuando se le preguntó a Salazar sobre sus planes para independizar Angola y Mozambique, respondió que era un problema de siglos que tendría lugar «dentro de unos quinientos años».

Sin embargo, mantener un imperio tan extenso con escasos medios y en pleno proceso de descolonización iba a acarrear múltiples proble-

mas. En 1961 el gobierno indio dio orden de ocupar por la fuerza la colonia portuguesa de Goa, sin que Portugal pudiera hacer nada para evitarlo. Tras ser humillado en la India, decidió fortalecer su posición en las llamadas provincias africanas, especialmente en Angola y Mozambique.

Angola tenía medio millón de habitantes europeos dentro de una población total de unos cinco millones. Además de ser rica en minerales y diamantes, en esta tierra se encontró petróleo en los años sesenta, contribuyendo a la determinación del régimen salazarista de no ceder ante la presión descolonizadora. Sin embargo, el movimiento nacionalista y anticolonial fue cada vez más fuerte y contaba también con bastante apoyo internacional. Lo mismo ocurría en Mozambique, donde la población europea era mucho más vulnerable al ser sólo unos 60.000 mil habitantes. Para mantener la paz en estos territorios fue necesario el envío de cada vez más tropas, hasta el punto de que, desde finales de los años sesenta, uno de cada cuatro hombres en edad militar era reclutado para servir en alguna posesión africana. Aunque África siempre había sido un destino codiciado para los militares portugueses, especialmente Angola, dejó de serlo en esta época ante la peligrosidad que suponía enfrentarse a la cada vez más fuerte guerrilla independentista. Además, las condiciones de vida eran precarias a pesar de que el gobierno gastaba la mitad de su presupuesto de defensa en África.

El descontento del ejército en las colonias africanas fue uno de los motivos que provocó el golpe militar que derrocó al dirigente Caetano y puso fin a la dictadura. Además de la democratización, uno de los principales objetivos del gobierno provisional del general Spinola fue la rápida descolonización. Poco más de un año después de la Revolución de los claveles en 1974, todas las grandes colonias habían obtenido la independencia. Pero el proceso distó mucho de ser pacífico. Tras la retirada de tropas, cerca de un millón de portugueses abandonaron Angola y Mozambique. En Angola la salida de Portugal provocó una guerra civil entre facciones rivales, y en el caso de Mozambique y Guinea la guerrilla iba a hacer que reinara el caos en los primeros años de vida como naciones independientes.

El nacionalismo se propagó con rapidez por los pueblos africanos a mediados del siglo XX, dando impulso a los movimientos independentistas. Éstos buscaban su identidad en factores como la lengua, la cultura, la religión o la raza. Además de los árabes y los pueblos de raza negra, los blancos africanos también intentaron definirse como nación,

y el nacionalismo blanco iba a convertirse en otra fuente más de conflictos, especialmente para el imperio británico.

Los bóeres, los primeros pobladores europeos de África, llevaban dos siglos cultivando el nacionalismo afrikáner que les permitía definirse como nación frente a los elementos extraños y hostiles que les rodeaban en su patria sudafricana. Según los ideólogos de este movimiento nacionalista, las claves de su identidad eran la raza blanca, la lengua afrikáner, su religión protestante y sus costumbres conservadoras, según ellos, dignas de un pueblo elegido. Todos estos signos les distinguían no sólo de los negros y otras razas y etnias que habitaban Sudáfrica, sino también de los británicos.

El nacionalismo afrikáner condujo al gobierno sudafricano a establecer el controvertido apartheid, un sistema de segregación racial frente a negros e indios, mediante el cual la minoría blanca pretendía mantener el poder y los privilegios indefinidamente. Un sistema político que no tardó en causar graves enfrentamientos, ante los cuales el gobierno sudafricano reaccionó con más represión. En 1960 tuvo lugar una protesta en la que perdieron la vida 63 manifestantes. Muchos líderes del movimiento anti apartheid fueron encarcelados, entre ellos un joven negro sudafricano llamado Nelson Mandela.

Este sistema racista iba a enfrentar a Sudáfrica al resto de las naciones de su entorno y también a las naciones que, como ella, pertenecían a la Commonwealth británica. Con el fin de continuar con este sistema de segregación el gobierno sudafricano decidió salirse de la Commonwealth. En 1961 su estatus de dominio de la corona británica fue abolido y Sudáfrica se proclamó una república totalmente independiente de su antiguo soberano. Al fin y al cabo, argumentarían los bóeres, ellos habían sido la primera víctima en África del colonialismo británico y, por lo tanto, podían aprovechar la descolonización para romper vínculos con esa potencia colonial.

Donde más problemas iba a acarrear al gobierno británico el nacionalismo blanco fue en Rodesia. En la colonia fundada por Cecil Rhodes, la minoría blanca, de menos de un 10%, también estableció un sistema de segregación racial. En 1965 el líder del partido nacionalista blanco Frente de Rodesia, Ian Smith, pidió la independencia, pero desde Londres se le exigió a cambio una democracia que diera a los negros los mismos derechos. Los blancos se negaban a aceptar un sistema político que les hiciera perder todo el poder y sus señas de identidad. Así, Ian Smith declaró unilateralmente la independencia de Rodesia

en 1966. Desde la declaración de autodeterminación de los Estados Unidos, no se había dado un caso igual en el imperio británico, y el propio Smith apelaría al precedente creado por Norteamérica para justificarse, aunque las circunstancias fueran muy distintas.

La aspiración de los ciudadanos blancos de Rodesia de mantener su cultura y sus tradiciones contaba con la simpatía del gobierno y la opinión pública británica, pero lo que no estaba dispuesto a hacer el gobierno de Harold Wilson era ir en contra del espíritu de la descolonización, para satisfacer a una minoría blanca. Por esta razón, su reacción ante la rebeldía de Rodesia fue aplicar sanciones económicas.

Para la nueva nación su principal obstáculo para salir adelante no fueron las sanciones británicas sino la hostilidad de sus vecinos y del ámbito internacional general. La Organización de las Naciones Unidas condenó la independencia declarada por una minoría racista, y Sudáfrica fue el único país de su entorno que la reconoció como nación. Pero lo más desestabilizador para el gobierno de Ian Smith fue la guerra civil que enfrentó a la minoría blanca con la Unión africana de Zimbabue, liderada por Robert Mugabe y otro grupo de negros revolucionarios. Estos movimientos, respaldados por los países de su entorno, llevaron a Ian Smith a la conclusión, a finales de los años setenta, de la inviabilidad de su régimen. Negoció con Mugabe la refundación de la nación de Zimbabue-Rodesia, que se creó en 1980. En las primeras elecciones, en las que tanto blancos como negros tenían el mismo derecho a voto, Mugabe fue elegido por una abrumadora mayoría.

La pretensión de Ian Smith de que la descolonización también beneficiara a los blancos sudafricanos, y que éstos pudieran mantener tanto poder como habían tenido durante la colonización, fue una provocación en los años sesenta y acabó convirtiéndose en un sueño imposible que sucumbiría ante la fuerza de sus oponentes. No había sitio para el nacionalismo blanco en el África negra.

Tras la caída de la Rodesia blanca comenzó a estrecharse el cerco sobre el apartheid sudafricano. En la década de los ochenta las presiones sobre el gobierno sudafricano para que pusiera fin a su sistema racista fueron en aumento, especialmente desde los Estados Unidos y Europa occidental. Sudáfrica, que era un país rico y desarrollado rodeado de naciones subdesarrolladas, había justificado el apartheid argumentando que la clave de su éxito era que el poder político y económico estaba en manos de los blancos. Sin embargo, en los años ochenta desde la perspectiva de la opinión pública europea y occiden-

tal, la justificación de un régimen racista que ignoraba los derechos humanos era inaceptable.

De esta forma las sanciones de la Organización de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional, junto con las presiones desde occidente, llevaron al gobierno sudafricano a abolir el apartheid. En 1991 se celebraron las primeras elecciones democráticas para toda la población, con la victoria del mítico preso Nelson Mandela como presidente de una nueva Sudáfrica multirracial.

La descolonización de África fue el último gran episodio del ocaso del poder imperial de Europa en el mundo. De los grandes imperios globales creados por las potencias europeas quedaban tan sólo pequeños enclaves dispersos. En ellos sus habitantes, acogiéndose al derecho de autodeterminación, optaron por los privilegios que les ofrecía pertenecer a la vieja Europa ante la alternativa de una independencia incierta o la posibilidad de ser anexionadas por la nación más cercana.

Algunas de estas reliquias de imperios coloniales iban a provocar conflictos. En 1982 el gobierno argentino ordenó la invasión de las islas Malvinas, sobre las que llevaban tiempo reivindicando su soberanía alegando su cercanía a Argentina. La primera ministra Margaret Thatcher, inesperadamente, reaccionó con el envío de la marina británica, que en una breve guerra logró expulsar a las tropas argentinas y recuperar la soberanía de las islas. Ésta fue una victoria importante para los británicos, con la que compensaban la humillación de la crisis de Suez; sin embargo, la Argentina democrática que sucedió a la dictadura que sucumbió en esta guerra, iba a continuar la reivindicación de las islas.

España, que mantenía un contencioso con Gran Bretaña por la posesión del peñón de Gibraltar, tuvo que hacer frente a reivindicaciones territoriales de Marruecos sobre los antiguos enclaves de Ceuta y Melilla, que le pertenecían desde hacía más de cuatro siglos.

Donde no hubo ninguna posibilidad de prolongar la presencia europea fue en China, ni siquiera alegando el principio de autodeterminación. Hong Kong fue uno de los mayores éxitos del imperio británico. La colonia, que sólo pudo establecerse tras derrotar a China en la guerra del Opio, tuvo una importancia capital para los intereses comerciales británicos. Desde mediados del siglo XX la ciudad creció a ritmo de vértigo hasta convertirse en uno de los grandes centros industriales, manufactureros y financieros de Asia. Junto con Singapur, la mayor contribución que hizo Gran Bretaña al desarrollo del capitalismo asiático fue Hong Kong.

Pero lo que diferenciaba a Hong Kong del resto de las colonias europeas era su condición de ciudad arrendada, a través de un contrato que el gobierno británico había firmado con el chino y que vencía en 1997. Para el régimen de Mao Tse Tung, Hong Kong era un símbolo de humillación ante la colonización europea, y por esta razón la diplomacia china exigiría su retorno sin mayor dilación al final del siglo xx. De nada sirvió en esta ocasión apelar al principio de autodeterminación de sus habitantes, que deseaban seguir viviendo bajo soberanía británica, pues el gobierno chino no iba a tolerarlo.

Como estaba previsto, el traspaso de soberanía tuvo lugar en 1999, en una emotiva ceremonia. Allí estuvo el príncipe Carlos de Inglaterra, el primer ministro Tony Blair y el presidente de la República Popular China, Jiang Zemin, entre otros dignatarios; con ella Gran Bretaña ponía definitivamente fin a siglos de poder en Asia, y China daba otro gran paso en su ascenso como gran potencia.

El traspaso de poder de Hong Kong fue sumamente complejo, pues implicaba ceder la soberanía de un territorio capitalista a una potencia comunista. Ésta es una de las razones por las que tantos ciudadanos de la colonia deseaban emigrar. La única gran concesión que logró obtener el gobierno británico de los chinos fue que la ciudad gozara de un estatus de autonomía que permitiera seguir rigiéndose por la economía de mercado otros 50 años. A pesar de ello, uno de los mayores éxodos provocados por la descolonización fue el de Hong Kong. Cerca de un millón de personas emigraron entre 1984 y 1997 ante la perspectiva del cambio de soberanía, y otros muchos después de 1999.

Macao, la otra gran colonia en China, iba a tener un destino final muy parecido, a pesar de que los portugueses nunca firmaron ningún contrato de arrendamiento con China y por lo tanto teóricamente podían haber seguido allí de manera indefinida. Sin embargo, tras la Revolución de los claveles en Portugal, el nuevo gobierno, decidido a liquidar su imperio, inició negociaciones con China y se acordó que en 1999, con el fin del siglo xx, acabarían también los más de cuatro siglos de soberanía portuguesa sobre Macao. Al igual que con la antigua colonia británica, se estableció el estatus de «un país, dos sistemas», como fue bautizado, que permitió a sus ciudadanos seguir haciendo negocios y viviendo de la misma forma. Así, tras 1999 el fin de la soberanía portuguesa no iba a provocar cambios muy drásticos en la forma de vida de Macao.

El mundo postcolonial se conocería como el tercer mundo precisamente por no pertenecer ni a un primer mundo, que era el de las nacio-

nes occidentales, ni tampoco al segundo mundo de naciones afines a la Unión Soviética. Sin embargo, para frustración de los Estados Unidos y las potencias coloniales aliadas, el tercer mundo no siempre permaneció neutral en el enfrentamiento bipolar, convirtiéndose en otro escenario del la Guerra Fría.

El hecho de que el comunismo estuviera tan estrechamente vinculado a la crítica de la colonización, contribuyó a que muchos de los líderes surgidos en el mundo postcolonial, vieran a la Unión Soviética y a China como sus aliados naturales. La rápida industrialización y modernización de la URSS la iba a convertir también en un modelo ideal de desarrollo para muchas excolonias pobres y atrasadas.

La descolonización iba a constituir una gran oportunidad para que estos dos países propagaran el comunismo y establecieran regímenes satélites. Vietnam fue el caso más evidente, donde Ho Chi Minh, apoyado por China, desafiaría con éxito primero a Francia y luego a los Estados Unidos. La Unión Soviética iba a asistir a muchos partidos comunistas africanos o grupos revolucionarios en su lucha contra las potencias coloniales o gobiernos que surgieron tras la independencia. Muy importante sería su apoyo en la guerra civil que tuvo lugar en Angola y Mozambique, y gracias a su ayuda tanto el Congo como Benin llegaron a ser estados marxistas. También el movimiento anti apartheid y el de la organización ANP de Nelson Mandela, recibieron colaboración soviética, que serviría de excusa al régimen sudafricano para continuar con su política racista.

La lucha anticomunista iba a servir de justificación para que tanto los Estados Unidos como las potencias europeas apoyaran a dictaduras como la del propio Mobutu y a una larga lista de sátrapas africanos: la teoría del mal menor, de que éstos eran la única alternativa a un régimen comunista a la órdenes de la Unión Soviética, ayudó a muchos de los grandes dictadores de la era postcolonial a mantenerse en el poder.

Al margen de las naciones del tercer mundo atraídas por el modelo comunista, el resto no necesariamente se decantó por la democracia. El dramático aumento de naciones que experimentó el mundo a partir de 1947 no fue acompañado de la propagación de democracias y regímenes estables, como hubieran deseado los que desde Occidente promovían este proceso.

¿Cuál era el mejor sistema de gobierno? Los líderes del mundo postcolonial iban a responder a esta pregunta de forma muy diversa, a menudo sin saber distinguir entre su propio interés y el de su pueblo.

En el caso de la India, el partido del Congreso indio, con una larga experiencia como partido democrático, tuvo claro que el futuro de su país era el de una gran democracia. Tras su independencia, con su extensa población se convertiría en la mayor democracia del mundo. Para líderes como Jawaharlal Nehru o Mahatma Gandhi, educados en Inglaterra, y para las clases medias indias de donde salían, la democracia era el único sistema de gobierno legítimo y aceptable. También ocurrió inicialmente en Pakistán, aunque pronto iba a degenerar en una versión muy corrompida del término democracia. En el caso de Indonesia, la democracia sólo duró unos años, ya que el presidente Sukarno la consideraba contraria a los intereses de su país, y en 1958 la sustituyó por un régimen autoritario.

En Oriente Próximo, Israel sería la única democracia digna de tal nombre. En los países árabes iban a predominar las monarquías autoritarias o los regímenes de partido único regidos por hombres fuertes que llegaban al poder mediante golpes de Estado. El caso de Gamal Nasser sería un referente imitado en países como Libia, Túnez, Argelia, Siria e Irak.

En el África subsahariana, la democracia no sólo iba a brillar por su ausencia sino que, en la mayoría de los casos, los regímenes despóticos se sucederían unos a otros mediante golpes de Estado y guerras tribales, y los más brutales dictadores ostentarían el poder. El histriónico presidente de Uganda, Idi Amín, violó sistemáticamente todos los derechos humanos a lo largo de sus nueve años de poder en los años setenta; las muertes provocadas por su régimen se han calculado en cerca del medio millón.

El que más lejos llegó en sus extravagancias personales fue el mandatario de la República Centroafricana, Jean-Bedel Bokassa. Este militar, que había servido en el ejército francés, llegó al poder mediante un golpe militar en 1966 y duraría en él 13 años. No conforme con el poder acumulado como presidente vitalicio, en 1977 se hizo coronar como emperador, en una fastuosa ceremonia que costó más del presupuesto anual con que contaba el país. Si su anticomunismo y prooccidentalismo lograron que se ganara la confianza de la república francesa, la brutalidad de su régimen llevó a Francia a enviar tropas para derrocarle en 1979, en la que sería conocida como «la última expedición colonial francesa».

Otro destacado ejemplo de los excesos del poder en África fue Joseph Mobutu. El estado cleptocrático que estableció este dictador en Zaire

le permitió acumular una fabulosa fortuna. También iba a destacar, cómo no, en la violación de derechos humanos, apoyando el brutal genocidio de los *tutsis* por parte de los *hutu* en Ruanda, con alrededor de un millón de muertos.

En las primeras décadas de la etapa postcolonial, los horrores vividos en el corazón del continente negro superaron a los denunciados por Roger Casement a comienzos del siglo xx. Casi un siglo después de que Joseph Conrad describiera esta parte del mundo como la más alejada de la civilización, ésta seguía sin llegar.

La cultura y la identidad iban a ser otros asuntos conflictivos de la descolonización. Los líderes independentistas buscaban en la historia y costumbres de sus pueblos los rasgos que sirvieran para definir y vertebrar las nuevas naciones. Historiadores, arqueólogos y antropólogos contribuyeron a enaltecer el pasado y los logros civilizadores de algunas de ellas. Muchos políticos del mundo postcolonial exaltaron su cultura, su religión y también su raza como símbolos de orgullo. También lanzaron campañas de desoccidentalización, con el fin de neutralizar el legado de las antiguas potencias colonizadoras y eliminar sus símbolos de poder. En este ámbito, el más radical fue el dictador camboyano Pol Pot que llegó a prohibir la utilización de avances de medicina occidental en su cruzada contra Occidente y el capitalismo.

Sin embargo, la identidad postcolonial no siempre era suficientemente fuerte como para sustituir del todo el legado cultural y las costumbres de los europeos. En el caso de la India, Gandhi hizo un llamamiento a que los indios volvieran a sus costumbres autóctonas para encontrarse a sí mismos y rechazaran las de Occidente. Nehru no creía en ese idílico mundo rural sino en la industrialización y la modernización que, al igual que en Occidente, llevaría a la India a la prosperidad. Un rasgo cultural muy importante de la cultura británica, que los indios no pudieron rechazar por razones prácticas, fue la lengua inglesa. El idioma oficial en la que se comunicaban los parlamentarios era el inglés que junto con el hindi iban a figurar como las dos lenguas oficiales. Se podía hacer carrera política sin saber hindi, pero no sin saber inglés. En Pakistán y en Singapur el inglés sería también la lengua oficial, así como en todo el Caribe británico y en el África subsahariana. Desde Nigeria a Kenia y desde Sierra Leona a Sudáfrica, el inglés iba a sobrevivir y a convertirse en la lengua de comunicación para todos sus habitantes. Era especialmente útil en países donde cohabitaban miembros de varias tribus sin ninguna lengua común, como en Nigeria.

En las excolonias francesas el francés sería también lengua cooficial junto con el árabe u otras lenguas. Debido a que se utilizaba en la política, la diplomacia y los negocios, esta lengua se convertiría en un instrumento de ascenso social, cultivado por toda familia educada. El Congo Belga fue rebautizado como Zaire, junto con sus principales ciudades, con el fin de reafirmar su identidad autóctona y borrar todo legado colonial. Sin embargo, el francés, única lengua común de todos sus habitantes, seguiría figurando como la oficial.

Lo mismo ocurrió en las colonias africanas portuguesas, donde el idioma del viejo imperio sería oficial. Incluso en la pequeña colonia española de Guinea Ecuatorial, el español iba a quedar como principal lengua común. El célebre comentario que le hizo el cardenal Cisneros a Isabel la Católica de que le lengua era compañera del imperio, iba a ser cierto no sólo en el español, sino en el resto de los imperios europeos, y el idioma se convertiría en uno de los signos más imperecederos de su legado en el mundo.

En los ámbitos culturales y en las costumbres sociales, los pueblos descolonizados iban a defender y promover sus costumbres pero no siempre logrando desbancar las de los colonizadores. Sukarno, Nehru o Mobutu lucirían atuendos autóctonos, pero otros como Ferdinand Marcos, Jomo Kenyatta o Habib Bourguiba optarían casi siempre por el traje occidental. Donde no hubo apenas cambios fue en los ejércitos. Los uniformes, la estructura jerárquica y la disciplina castrense fueron prácticamente los mismos que los de las potencias coloniales que les habían dominado y en algunas ocasiones oprimido. El hecho de que las dictaduras militares proliferaran en tantos países contribuyó a que cada vez fueran más los líderes que lucían uniformes militares como máximo símbolo del poder. El militarismo exacerbado iba a ser uno de los símbolos de la era de la descolonización.

Los valores y los hábitos morales experimentaron cambios en muchos de los nuevos países independientes, pero el fin de la colonización no interrumpió la tarea de las misiones cristianas; en regiones como el Caribe o el África subsahariana la cristiandad había logrado ser la religión mayoritaria y, a través de ésta los hábitos morales de los colonizadores, muchos de los colonizados les seguirían. Sin embargo, un cambio importante que trajo la descolonización fue el auge del islamismo. En los países árabes y en países islámicos como Pakistán o Indonesia, el islam surgiría no sólo como un signo de identidad sino también como un medio con el que contrarrestar el legado colonial y la cultura

occidental predominante en el mundo. Además de experimentar un auge del integrismo en los países islámicos, también aumentó el proselitismo. En África subsahariana, desde los países árabes se hizo mucho esfuerzo por propagar la fe islámica. El hecho de que se intentara asociar esta religión a los pueblos africanos frente al cristianismo que había sido importada por los colonizadores, contribuyó a que muchos africanos optaran por el Corán en vez de la Biblia. El islam fue también atractivo para muchos pueblos que se rebelaban contra la modernidad y las pautas de desarrollo que imponía el mundo occidental.

Otro ámbito en el que iba a ser especialmente difícil liberarse de la herencia colonial fue en la economía. La autodeterminación no siempre puso fin a la dependencia económica entre las antiguas colonias y las metrópolis. Uno de los principales objetivos de la Commonwealth británica o la Comunidad Francesa de Naciones fue precisamente mantener los vínculos económicos entre los países de sus antiguos imperios, y en cierta medida lo lograrían. A pesar de que los países eran libres de comerciar con quien quisieran, el legado de la colonización era demasiado fuerte. Los principales clientes siguieron siendo las empresas europeas que habían desarrollado negocios en imperios coloniales.

La única forma de acabar definitivamente con la influencia económica de una antigua colonia era prohibiendo a sus miembros hacer negocios, nacionalizando o expulsando a empresas. Algunos líderes optaron por esta vía con éxito, como el propio Nasser en Egipto. Pero en otros casos, el precio que pagaba el país por tomar esta medida era el empobrecimiento. Así ocurrió en Zaire con la expulsión de empresas extranjeras. La expropiación de tierras a propietarios blancos fue también muy popular, comenzó a practicarse en países como Kenia y Uganda y Robert Mugabe la aplicaría, a gran escala, en Zimbabue. Fue aplaudida en los países de su entorno como una medida con la que se hacía justicia a las tribus de este país por la ocupación de tierras por los blancos un siglo antes. Aunque sería condenada por Gran Bretaña y los Estados Unidos y sancionada desde la Unión Europea y Norteamérica.

Si bien los vínculos económicos de las potencias europeas con los antiguos protectorados iban a continuar siendo fuertes en algunos casos, les surgieron competidores de muchos países y muy especialmente de los Estados Unidos. La descolonización brindó grandes oportunidades para las empresas estadounidenses en gran parte del mundo que hasta entonces había estado controladas por los imperios. A partir de los años cincuenta, la presencia de multinacionales norteamerica-

nas comenzó a notarse cada vez más, y la influencia occidental se propagaría a través de los productos estrella norteamericanos. El cine de Hollywood y muy especialmente la Coca-Cola llegarían a lugares muy remotos del antiguo mundo colonial. Los más críticos describieron este proceso como la Cocacolonización, que era una forma más sutil de continuar colonizando los antiguos imperios.

Por otro lado, el petróleo crearía una dependencia creciente de las naciones occidentales hacia las antiguas naciones colonizadas. Mientras que las potencias industriales habían sido autosuficientes en sus primeras fases de desarrollo, las tecnologías del siglo XX acabaron con esta independencia energética. Desde entonces, el petróleo fue imprescindible para el transporte, la economía y la sociedad de consumo. Este vínculo afectó a Europa occidental especialmente, pues muy pocos yacimientos petrolíferos fueron hallados en el viejo continente.

La era del oro negro proporcionó una gran fuente de riqueza a muchas naciones del tercer mundo, que hasta entonces contaban con pocos recursos con los que subsistir. El hecho de que un 80% de las reservas petrolíferas se encontraran en Oriente Medio iba a dar a los países de esta región un enorme poder económico y político, especialmente a Arabia Saudí, Irak, Kuwait y los Emiratos Árabes. Para países africanos como Nigeria y Angola, o Indonesia y Brunei en el sureste asiático, supondría una fuente de ingresos fundamental con la que compensar el subdesarrollo de sus economías. En 1960 Irán, Irak, Arabia Saudí, Catar y Venezuela fundaron la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP), con el fin de regular su precio y proteger sus intereses. La organización se amplió en los años siguientes hasta incluir a buena parte de los productores de petróleo.

El poder de la OPEP fue puesto a prueba en 1973, cuando los países árabes decidieron parar la exportación a Europa occidental y los Estados Unidos en represalia por su apoyo a Israel en la guerra de Yom Kipur. Esta medida provocó una drástica subida del precio del petróleo y sumió a Occidente en una gravísima crisis económica, de la que tardaría cerca de una década en recuperarse. La crisis mostró hasta qué punto el petróleo era el talón de Aquiles de Occidente y muy especialmente de Europa occidental. La dependencia energética fue uno de los problemas más inesperados que trajo el siglo XX a las potencias europeas, y alteró radicalmente la relación con las antiguas colonias con yacimientos. La estabilidad en los países petroleros, y la necesidad de tener en ellos regímenes aliados, se convertiría en una prioridad para

Occidente, que a menudo condicionaría su política exterior y le obligaría a establecer alianzas con regímenes inaceptables para su opinión pública.

Lo que la gran mayoría de los países del tercer mundo tenían en común, tanto los productores de petróleo como el resto, era subdesarrollo económico o estar en vías de desarrollo exceptuando algunos como Sudáfrica. Al estar todos en el hemisferio sur, tras su independencia surgiría una división económica del mundo entre el norte, generalmente desarrollado, y el sur pobre, aunque también hubiera excepciones como Australia, Nueva Zelanda o Argentina que, a pesar de estar en el sur, habían alcanzado un desarrollo similar al de algunos países del norte. Por otro lado, dentro de este grupo heterogéneo de países del sur, algunos se encontraban en situación de extrema pobreza con nulas perspectivas de desarrollo.

El hecho de que tantos países surgidos de la colonización fueran definidos como pobres iba a contribuir a aumentar la crítica contra las potencias europeas y el papel desempeñado en sus imperios. ¿No era la pobreza la prueba más evidente del fracaso de la colonización? ¿Dónde quedaron las ideas de promover el desarrollo y llevar la civilización que teóricamente habían motivado a los colonos europeos? Éstas eran las preguntas que se hacían tanto en el tercer mundo como en los países desarrollados donde la opinión pública se había vuelto cada vez más crítica hacia el legado de la colonización.

Las potencias europeas respondían a estas críticas argumentando que la descolonización se había hecho demasiado rápido y bajo la constante presión de las dos superpotencias. También alegaban que algunos de los nuevos países no tenían capacidad económica ni madurez política para sobrevivir como naciones independientes. El símil del niño al que se le habían adjudicado responsabilidades de un adulto que no sabía asumir fue constantemente utilizado, no sólo en Europa sino también por la población de origen europeo que continuó en el tercer mundo tras la descolonización o por las compañías occidentales establecidas allí. Pero también proliferó un sentimiento de culpabilidad que iba a determinar la relación entre Europa occidental y el tercer mundo.

Con el fin de combatir la pobreza y reducir las abismales diferencias entre el desarrollo económico del norte y del sur, los países desarrollados comenzaron a ofrecer ayuda al tercer mundo. Desde los años cincuenta, los programas de ayuda fueron aumentando progresivamente,

desde ayuda económica a ayuda humanitaria y armamentista en algunos casos. Las potencias europeas, los Estados Unidos y también la Unión Soviética socorrieron a los países con los que tenían más relación. En el caso europeo, el apoyo solía ir destinado a sus antiguas colonias, Norteamérica enviaba su ayuda a regímenes aliados que se definían como anticomunistas, y la Unión Soviética centraba sus programas en países satélites o aquellos donde había posibilidad de establecer un régimen comunista. De esta forma, la ayuda tenía fines muy diversos, desde los que la utilizaban para expiar el sentimiento de culpa por la colonización a los que lo hacían con fines geopolíticos e ideológicos. Para todos sus emisarios, esta práctica se convirtió en un aspecto muy importante de su política internacional, e iban a competir entre ellos a lo largo de las décadas siguientes por ver quién adquiría mayor influencia a través de ella.

Los resultados variaron mucho. Si bien la ayuda humanitaria fue fundamental en algunas catástrofes naturales, los resultados del apoyo económico iban a ser muy discutidos. La llamada cooperación para el desarrollo estaba destinada a promover el progreso en los países del tercer mundo según las pautas del desarrollo occidental, pero sus resultados, además de ser decepcionantes en lo económico, eran a menudo escandalosos en lo político. El problema principal iba a ser que los responsables de invertir el dinero procedente de la deuda occidental eran gobiernos ineficaces o corruptos. El dictador Mobutu fue uno de los casos más evidentes. El dinero que amasó en cuentas suizas durante sus años en el poder hubiera bastado para pagar la deuda externa del Zaire. Una buena parte de esta fabulosa fortuna venía de fondos destinados al desarrollo de su país. A la luz de los resultados, el economista anglohúngaro Peter Bauer sentenció que éste era un método excelente de transferir dinero de los pobres en los países ricos a los ricos en los países pobres.

Para los líderes del tercer mundo los modelos de desarrollo económico que tuvieron en mente fueron los de Occidente, tanto los partidarios del sistema capitalista como los del comunista. Ambos casos implicaban la emigración a los grandes núcleos urbanos y la explotación de sus recursos naturales. Como consecuencia, la relación entre habitantes y su entorno natural, ya alterado desde el inicio de la colonización, continuó deteriorándose. El mito de la industrialización como única vía de riqueza iba a atraer a cada vez más población a las ciudades, alejándoles de su medio de vida tradicional. Desde Calcuta hasta

Manila, y desde El Cairo a Lagos, muchas fueron las ciudades donde se iban a reproducir problemas que habían padecido las ciudades occidentales a comienzos de la era industrial, sólo que a mayor escala, y con menos control por parte de sus gobiernos. Hacinamiento en barriadas inmundas, chabolismo, explotación de los trabajadores sin derechos, epidemias, mortalidad infantil, caos circulatorio, mafias y corrupción, crimen y delincuencia, todos estos males iban a hacerse presentes con mayor o menor intensidad en las grandes urbes del tercer mundo.

Con respecto al mundo rural y las zonas salvajes, la independencia no iba a devolverles la tranquilidad añorada sino más bien al contrario. Las explotaciones ganaderas y agrícolas que introdujeron los europeos en algunas regiones de sus imperios alteraron sustancialmente la vida rural de sus habitantes. Tras el fin de la colonización europea muchos de los agraviados por este proceso quisieron recuperar sus tierras y su forma de vida, pero volver atrás no fue posible en la mayoría de los casos.

La llegada de los europeos supuso también una agresión para la fauna y flora de muchas regiones. La caza, que tradicionalmente había sido un medio de subsistencia, fue transformada por los colonos en un deporte y un divertimiento, especialmente en África y la India. El tigre de Bengala, el león y tantos otros animales exóticos, se convirtieron en codiciados tesoros, y la venta de pieles o marfil iban a ser un lucrativo negocio del cual muchos harían su medio de vida. Tras la descolonización, el hecho de que tanto la caza como las pieles y el marfil fueran muy cotizados en Occidente, contribuyó a que muchos países del tercer mundo explotaran su fauna con fines comerciales, llevando a algunas especies al borde de la extinción.

El imperialismo tuvo lugar en una época en que la idea de explotar la naturaleza, la fauna y la flora con fines económicos o para el beneficio propio, era aceptada por toda la civilización occidental. El tercer mundo heredó estos métodos y la mayoría de sus líderes los consideraron como el mejor medio para alcanzar la prosperidad. Así lo pensaba el líder socialista indonesio, Sutan Sjahrir, en su libro *Out of exile*, escrito unos años antes de llegar a primer ministro:

> Para mí Occidente significa una vida forzosa, dinámica y activa… estoy convencido de que sólo utilizando este dinamismo de Occidente puede Oriente ser liberado de la esclavitud y el sometimiento. Occidente está ense-

> ñando a Oriente a considerar la vida como una lucha, que significa una lucha contra la naturaleza, ésta es la esencia de la lucha, el intento del hombre por someter la naturaleza y gobernarla según su voluntad.

Otros líderes asiáticos, como Jawaharlal Nehru o Ferdinand Marcos en Filipinas, tenían una opinión similar. El problema era que los europeos habían creído en la explotación de la Tierra cuando los recursos de ésta parecían ilimitados, y los medios tecnológicos no eran tan avanzados. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX muchos países del tercer mundo se propusieron industrializarse y enriquecerse explotando sus recursos naturales cuando éstos eran cada vez más limitados. Si los daños al medio ambiente, ocasionados durante la colonización hasta comienzos del siglo XX, podían ser reparados, los que se iban a producir en la segunda mitad del siglo iban a ser a menudo irreparables. La senda que llevó al progreso económico a los países occidentales no necesariamente iba a dar los mismos resultados con los del tercer mundo.

La gran superviviente al ocaso de los imperios europeos fue Rusia. Había comenzado su expansión territorial casi al tiempo que España y Portugal, y continuó creciendo cuando ya habían caído todos los imperios europeos, en pleno siglo XX. El imperio ruso no se vio afectado por la autodeterminación, ni tampoco el resto de las potencias iban a exigir que el proceso de descolonización incluyera ninguno de sus territorios. Ello se debe a la ideología comunista y a la tozudez de Stalin en la postguerra, respaldada por un poderoso ejército y un gran arsenal nuclear, que no permitió ceder un solo kilómetro de su inmenso emporio. A pesar de que Lenin había hecho una feroz crítica al colonialismo como parte del imperialismo capitalista, nunca consideró que la propia Rusia era un producto de este fenómeno. Los pueblos que componían la Unión Soviética no eran víctimas del imperialismo sino que tenían la suerte de pertenecer al paraíso comunista que se estaba construyendo desde Moscú, argumentarían los líderes soviéticos.

Además de mantener su unidad sin fisuras tras la Segunda Guerra Mundial, el imperio soviético iba a crecer a base de establecer regímenes satélites en Europa central y oriental, y promover, como hemos visto, el establecimiento de dictaduras comunistas en el tercer mundo. También logró expandirse por el método tradicional de la invasión, su

última gran conquista iba a ser Afganistán, que fue ocupado por el ejército soviético en 1980.

Sin embargo, caería de la forma más inesperada. Nadie se hubiera atrevido a predecir que ese mismo imperio que invadió Afganistán en 1980 desaparecería 11 años después.

La Unión Soviética comenzó a resquebrajarse no por una rebelión en uno de sus territorios periféricos, ni tampoco por cuestiones de soberanía, sino por una insurrección de los países satélites europeos y ante todo por cuestiones ideológicas, pues estos países habían dejado de creer en el comunismo y no aguantaban más ni la opresión ni la pobreza que el sistema había engendrado.

La caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, produjo un efecto dominó que en dos meses iba a hacer desaparecer a todos los regímenes comunistas de Europa central y oriental. El descontento con el sistema comunista se extendió como la pólvora, llegando incluso a China. Las revoluciones contra el sistema soviético que tuvieron lugar desde Polonia hasta Rumanía durante ese año, no sólo pusieron en evidencia ante el mundo los enormes problemas que asolaban al bloque comunista, sino la debilidad del gobierno de Moscú. Desde el momento en que el gobierno renunció a utilizar el ejército contra los insurrectos, como había hecho en otras ocasiones, todos los pueblos del imperio fueron conscientes de la facilidad con la que podían liberarse del control moscovita. Ningún imperio ha sobrevivido por mucho tiempo a las muestras de su debilidad, y el soviético, donde la fuerza había sido tan importante para mantenerlo unido, iba a caer estrepitosamente ante su ausencia.

El secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov, fue un hábil estadista, bien consciente de los graves problemas del sistema soviético. Su famosa perestroika fue un intento de reformar y liberalizar el sistema para evitar su hundimiento. Pero como les ocurre a tantos políticos reformistas, acabó siendo arrollado por los propios cambios que él promovió.

Tras la caída del comunismo en Europa del Este, Gorbachov quiso perseverar en la reforma del comunismo y mantener la Unión Soviética unida, pero al final no logró ninguno de los dos objetivos. Su propuesta de crear un nuevo Estado confederal no tuvo éxito. En 1991 su rival y sucesor en el poder, Boris Yeltsin, firmó el Tratado de Belovesh, con los representantes de Ucrania y Bielorrusia, por el cual la Unión Soviética quedaba disuelta. Poco después, la mayoría de las repúblicas de la

URSS firmaron también este tratado para que no quedara duda sobre su validez.

En menos de un año buena parte del imperio creado por los zares y extendido por los soviéticos saltó por los aires. Primero las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia declararon la independencia en el verano de 1991. Tras el tratado varias repúblicas fueron creadas. En el sur de la Unión Soviética nacieron las naciones de Uzbekistán, Kirguistán, Kazajistán, Turkmenistán y Tayikistán; en la zona del Cáucaso, Armenia, Georgia y Azerbaiyán; en Europa oriental, Moldavia; y más al norte dos grandes naciones: Ucrania y Bielorrusia.

En torno a un tercio del territorio del imperio soviético, la mayor parte adquirido entre 1700 y 1945, se perdió en 1991. La ruptura con las repúblicas caucásicas fue relativamente fácil, pues estos pueblos, de mayoría musulmana y costumbres tan ajenas a las de los rusos ortodoxos, habían sido los más díscolos y difíciles de integrar al mundo ruso. Por otro lado, especialmente dolorosa para los rusos fue la independencia de Ucrania y Bielorrusia, que habían formado parte de la vieja Rusia y contribuido a la creación de la identidad del pueblo ruso. Por otro lado, la lejana Siberia, a pesar de la distancia física que la separaba de Moscú y las diferencias de sus habitantes con las de los rusos blancos, iba a permanecer leal, mostrando así el éxito que había tenido la colonización de este extenso territorio asiático.

La desaparición de la Unión Soviética no logró poner fin a los problemas de identidad y soberanía, que seguía siendo el país más grande del planeta. El pueblo caucásico de Chechenia aspiró a declararse independiente, y la negativa rusa causaría dos guerras y un serio problema de terrorismo. Las dificultades fronterizas con Georgia iba a ser otro de los ejemplos que el gigantesco imperio ruso dejaba tras su estrepitosa caída.

El impacto internacional de la caída de la Unión Soviética fue enorme, pues con ella no sólo desapareció una de las dos superpotencias que se habían disputado la supremacía mundial desde 1945, sino también el primer Estado comunista, y con él el comunismo. La gran utopía ideológica, que desde Occidente se había propagado por el mundo en el siglo XX, quedaba muy debilitada y seriamente desprestigiada.

A partir de 1991 la división geopolítica del planeta en tres mundos dejó de tener sentido. Rusia, que representaba al segundo mundo, comenzó a acercarse al primero al intentar establecer una democracia y un sistema de libre mercado, y el término «tercer mundo» en referencia a

todos aquellos países que estaban al margen de los dos primeros mundos quedaba también obsoleto, al menos desde el punto de vista geoestratégico. La caída de Rusia tuvo un impacto muy considerable en los países del tercer mundo. Los países comunistas que se habían inspirado en el modelo soviético entraban en una fase crítica. De todos ellos el que mejor iba a salir adelante fue China, que desde la muerte de Mao había empezado a reformar su sistema económico acercándolo al modelo capitalista. Países como Cuba o algunas repúblicas africanas, que habían dependido de la ayuda económica de la Unión Soviética, iban a tener grandes dificultades para sobrevivir. La gran paradoja fue que el comunismo, el movimiento antiimperialista por antonomasia, acabó dependiendo para su supervivencia de un gran imperio como fue el soviético.

La Unión Soviética experimentó uno de los auges más meteóricos en la historia de los imperios. Quince años después de la revolución rusa, la URSS logró transformar una nación decadente, como era la de los zares, en una de las principales potencias industriales. Y poco más de una década más tarde, en 1945, alcanzó el estatus de superpotencia, disputándose con los Estados Unidos la hegemonía mundial. Por otro lado, su caída iba a ser también más rápida que la de ningún imperio europeo, a excepción del nazi, pues la URSS se disolvió 11 años después de llegar a su máxima extensión en 1980.

Mucho se ha escrito sobre los logros del primer país comunista. Entre éstos cabe destacar que erradicó el analfabetismo donde más del 80% de la población no sabía leer ni escribir en la época zarista. Además logró que el derecho a la educación, a la vivienda y a la salud alcanzara a toda la población, aunque su calidad, especialmente la de los dos últimos, fuera a veces muy precaria. En promover la igualdad y erradicar las diferencias entre ricos y pobres los logros de la URSS llegaron donde ningún otro imperio podía haber llegado.

Por otro lado, su legado desde el punto de vista de promoción de libertades y respeto a los derechos humanos iba a ser desastroso. Ningún imperio restringió tanto las libertades individuales ni ejerció un control tan absoluto sobre las personas como la Unión Soviética. El terror acompañó al régimen a lo largo de toda su existencia, llegando a grados intolerables en la época de Stalin. Gracias a la famosa obra *Archipiélago Gulag*, del escritor disidente Aleksandr Solzhenitsin, el mundo pudo saber la realidad de los campos de trabajo donde tantos de sus internos encontraron la muerte. Más adelante, tras la caída de la URSS, se sabría que los trabajos forzados del gulag generaban en tor-

no al 10% de la producción soviética. Así, el régimen que se levantó contra todo tipo de esclavitud también se lucró con el trabajo esclavo.

Las cifras sobre las víctimas del terror y la represión en la Unión Soviética desde 1917 son muy variables. Según el *Libro negro del comunismo*, publicado por varios académicos en 1997, las muertes alcanzarían los 20 millones, otras fuentes indican cifras superiores.

Con la propagación del comunismo, los métodos de represión iban a replicarse con mayor o menor rigor, dejando pavorosas cifras de víctimas. El récord lo alcanzó la República Popular China, 65 millones de muertes, según el *Libro negro*. En Camboya, las muertes provocadas por el salvaje régimen de Pol Pot se calculan en torno a los dos millones, más de un 20% de la población. Vietnam se cobraría otro millón, y Corea del Norte unos dos millones. Con respecto a los regímenes marxistas en África, sus víctimas estarían en torno a 1.700.000 muertos, y en América Latina 150.000.

El comunismo, un movimiento redentor que aspiró a liberar a la humanidad de la opresión causada por los viejos regímenes, causó la muerte a más de 90 millones de personas en el siglo XX. El imperialismo comunista acabó siendo más letal que cualquier otro movimiento imperial con el que le podamos comparar, incluido el colonialismo europeo. ¿Cuántas víctimas se cobró el colonialismo europeo? No tenemos datos fiables que permitan dar una cifra aproximada sobre las víctimas de la expansión colonial europea desde el siglo XV, pero evidentemente, las víctimas de crímenes, ejecuciones, trabajos forzados y también de la esclavitud y el genocidio asociados al colonialismo, alcanzarían varios millones y afectaron a numerosos pueblos dispersados por la Tierra. Por otro lado, mientras que las víctimas del colonialismo europeo generalmente no eran de raza blanca ni de religión cristiana, el comunismo, fiel a su ideología igualitaria, aplicó el terror sin discriminación de raza ni de credo.

La caída de los imperios coloniales y de las grandes potencias que habían dominado el mundo en los últimos cuatro siglos fue más rápida y también más pacífica de lo que se podía pensar en 1945. No hay en la historia un ejemplo de renuncia a tanto poder como el que protagonizaron las potencias europeas desde la postguerra, aunque bien es cierto que obcecarse en mantener sus posesiones sin medios económicos y políticos para ello, habría tenido muy malas consecuencias.

La desaparición del imperialismo trajo un extraordinario aumento de naciones soberanas en el mundo, sólo África pasó de tener tan sólo

una nación independiente en los años treinta a cerca de 50 en los setenta. El Estado-nación, el gran invento europeo del siglo XVII, iba a ser especialmente útil a la hora de desmantelar imperios, aunque la fase de formación y consolidación de estados nacionales en el mundo postcolonial iba a ser a menudo convulsa. El periodo postcolonial provocó más conflictos, y a menudo más muertes, que el proceso de construcción de los imperios. Así fue el caso concreto de la India, de Indochina y de Oriente Próximo.

Con la descolonización surgió una tercera voz en la sociedad internacional, la del tercer mundo, caracterizada predominantemente por un fuerte sentimiento antieuropeo y antioccidental. Sin embargo, a pesar de su teórica independencia frente al enfrentamiento bipolar, varios países se convertirían en escenarios de la Guerra Fría, y tanto las dos superpotencias como Europa occidental iban a rivalizar por mantener su influencia en esta parte del mundo. La caída del último gran imperio europeo, el de la Unión Soviética, puso súbitamente fin a la división del mundo en tres bloques. A partir de entonces, ya no se hablaría de tercer mundo, sino de un mundo desarrollado, donde estaban las antiguas potencias europeas y otro en vías de desarrollo, el de las antiguas colonias. Para llegar al nivel del mundo desarrollado sólo había una vía, la del progreso económico al estilo occidental; así lo entendieron la gran mayoría de los antiguos países tercermundistas y varios de ellos se iban a emplear a fondo para ocupar el lugar de los más ricos e incluso superarlos. La sombra de la Europa colonial era muy alargada.

CAPÍTULO 12

El retorno de los europeos, la inmigración y la creación de la Europa cosmopolita

Los cambios demográficos que experimentaron las sociedades europeas a partir de los años cuarenta fueron unos de los aspectos que mejor reflejaron el impacto de la descolonización. El fin de los imperios coloniales implicó la repatriación de militares, funcionarios y representantes políticos, y el regreso a sus países de origen de muchos europeos, que se habían asentado en las colonias por decisión propia o a causa de la política nacional excluyente que impusieron muchos líderes del mundo postcolonial. El retorno a sus países de origen, que en algunos casos no conocían, iba a ser complicado y su inserción en la sociedad europea no estuvo exenta de dramas y experiencias traumáticas. Su presencia en el viejo continente sería un constante recordatorio para los ciudadanos de que Europa ya no dominaba el mundo y que los europeos se tenían que conformar con vivir y gobernar su propio continente.

Pero a partir de los años cincuenta no sólo entraron ciudadanos de origen europeo: el continente iba a experimentar, por primera vez en su historia, inmigración a gran escala de gentes que no eran de raza blanca ni de religión cristiana, y que a menudo nada tenían que ver con la civilización occidental. ¿Cómo fue posible que en países de donde habían salido millones de emigrantes en los últimos siglos se convirtieran en receptores de inmigrantes? La respuesta está tanto en los cambios económicos como políticos experimentados en la década de los cincuenta, y como consecuencia, en un nuevo concepto de sociedad que iban a adquirir los europeos paulatinamente a partir de la época de la postguerra mundial.

Con la proclamación de la India y Pakistán en agosto de 1948, los británicos comenzaron a hacer las maletas para salir de lo que había sido su destino predilecto. De los 300.000 soldados que servían en la India, algunos serían destinados a otras colonias durante unos años, pero para la gran mayoría su única opción sería regresar al Reino Unido. Lo mismo ocurrió con los funcionarios del servicio colonial indio y

los que desempeñaban puestos políticos en el gobierno colonial. Para todos ellos cambiar la esplendorosa vida de la India por el austero Reino Unido en la postguerra no iba a resultar nada fácil. Tanto para militares como para funcionarios y representantes políticos, trabajar en la India colonial no sólo implicaba un mejor sueldo, sino también disfrutar de unas condiciones de vida con las que la mayoría no habría podido soñar, que solían incluir, en el caso de los altos mandos o los principales representantes políticos, grandes mansiones coloniales y mucho personal a su servicio. Todos esos privilegios iban a desaparecer al ser repatriados, y además tendrían que someterse a las restricciones de la vida de la postguerra, como el resto de los ciudadanos.

Con respecto a los miembros de la comunidad angloindia, que vivían de sus negocios y tenían una estrecha relación con los nativos de la India, también iban a optar, en la mayoría de los casos, por regresar a sus orígenes europeos. Algunos mantendrían nexos con el subcontinente indio a través de las actividades laborales que dejaron allí, pero a un nivel mucho más marginal desde el momento en que dejó de ser un privilegio ser británico en la India. Sin embargo, a pesar de la tremenda pérdida que supuso dejar el país, iban a incorporarse a la vida cotidiana de Gran Bretaña con característica flema, y sin mostrar mucha acritud hacia el gobierno por haber abandonado la perla del imperio; pues precisamente los británicos que vivían en la India en víspera de la independencia eran especialmente conscientes de que su permanencia a largo plazo era inviable.

Un caso más traumático iba a ser la repatriación de los holandeses tras la independencia de Indonesia en 1954. Si se pierden las Indias estamos perdidos, dice un viejo proverbio holandés. Ésta fue la sensación con la que la mayoría regresaron a su patria, pues no sólo dejaban su colonia predilecta sino que lo hacían tras haber perdido una guerra en la que habían caído más de 3.000 víctimas. Unos 140.000 soldados regresaron a Holanda en 1954, muchos aliviados al poder salir vivos de una guerra colonial, pero en general lamentando la que consideraban una ignominiosa retirada. Más dura aún iba a ser la repatriación para los civiles holandeses, pues muchos de ellos habían nacido en el sudeste asiático y no conocían Holanda. Los que optaron por quedarse a vivir en Indonesia no lo harían por mucho tiempo; en 1957 Sukarno prohibió a las empresas de Holanda hacer negocios en su país, y como consecuencia varias decenas de miles de holandeses tuvieron que abandonar el país.

La llegada de los repatriados del mundo colonial a Ámsterdam iba a contribuir a tensar la situación política considerablemente; muchos acusaron al gobierno socialdemócrata de haberse dejado llevar por presiones de la Organización de las Naciones Unidas y la comunidad internacional, y no haber defendido su derecho a seguir en el sureste asiático. Como consecuencia, Holanda iba a tardar en superar la nostalgia y la sensación de pérdida que produjo la desaparición de su imperio colonial.

Con respecto a Francia, el retorno de sus ciudadanos de las colonias de Oriente Próximo, Indochina y Marruecos, tuvo lugar en un contexto de relativa tranquilidad; en el caso de Indochina, los militares profesionales lamentaron una retirada que consideraban humillante, pero fueron los únicos entre los habitantes franceses de la colonia asiática que seguían creyendo que era posible permanecer allí.

Sin embargo, la repatriación de los franceses y demás ciudadanos europeos que vivían en Argelia sería más conflictiva que en ninguna otra colonia europea. Los habitantes de origen occidental eran más de un millón. Incluían a personajes tan representativos de la Francia de entonces como el escritor Albert Camus, y familias que llevaban asentadas en esta tierra africana más de un siglo, que ostentaban el poder político por sus conexiones con la administración colonial y gozaban de gran influencia económica. Por todas estas razones, estaban convencidos de que era posible que Argelia fuera considerada no como una colonia más, pendiente de descolonizar, sino como una extensión de Francia al sur del Mediterráneo. Desde el punto de vista administrativo lo habían logrado, pues Argelia formaba parte de la administración francesa de manera similar a como el Ulster irlandés había sido incorporado al Reino Unido. Pero esta estrategia no iba a evitar que tanto la mayoría musulmana del territorio como la comunidad internacional exigieran su descolonización.

Tras la proclamación de la quinta república, el Comité de Defensa para la Argelia francesa, que defendía los intereses de la colonia europea, confiaba en que, con el general De Gaulle en el poder que siempre había apoyado su causa, el futuro en Argelia estaba garantizado. Por esta razón, al comprobar que el presidente francés claudicaba ante sus enemigos y decidir que había que conceder la independencia a los argelinos, la indignación de sus miembros no tuvo límites.

Una vez que perdieron el apoyo del gobierno de París, muchos argelinos europeos y miembros de las fuerzas armadas destinados en

Argelia, decidieron tomarse la justicia por su mano y se lanzaron a la rebelión. En enero de 1960 un grupo que iba a ser conocido como los «ultra patriotas» montaron barricadas en Argel y se enfrentaron a las fuerzas del orden. Desde entonces los disturbios serían constantes y los argelinos europeos se convirtieron en un adversario del gobierno francés, casi tan temido como los musulmanes del Frente de Liberación Nacional.

Las actividades de los partidarios de la Argelia francesa no iban a limitarse a sus actividades en esta tierra, sino que aprovecharon el apoyo con que contaban en el ejército para desafiar a París. En abril de 1961 tuvo lugar un intento de golpe de Estado. Cuatro generales, que afirmaban tener Argelia bajo su control, pretendieron expulsar a De Gaulle del poder y garantizar que la colonia continuara siendo francesa. Pero a pesar de que el golpe contó con mucho apoyo en el ejército, De Gaulle, que controlaba los medios de comunicación y tenía el respaldo de la gran mayoría de la opinión pública, logró que fracasara. No obstante, ésta iba a ser una muestra más de la enorme capacidad de desestabilizar el sistema que tenían los que se oponían a la independencia de Argelia.

Tras su independencia, los miembros de un nuevo grupo clandestino llamado *Organisation de L'armée Secrète*, que también habían estado detrás del fallido golpe de Estado, intensificarían su actividad terrorista, esta vez con el fin de castigar a todos los que consideraban culpables de haber traicionado la causa francesa. El ministro de Cultura, André Malraux, estuvo a punto de perder la vida en un atentado contra él, y De Gaulle, milagrosamente, sobrevivió a varios, incluido uno organizado por el enigmático terrorista apodado El Chacal. Después de Hitler, que sobrevivió a doce atentados, el presidente francés fue quizás el jefe de Estado del siglo XX que más fortuna tuvo a la hora de sobrevivir a magnicidios. Pero el terror de esta organización sí se iba a cobrar muchas víctimas, sólo en febrero de 1962 sus bombas y tiroteos mataron a 553 personas. Las fuerzas de seguridad y el servicio secreto francés lograron finalmente liquidarla, pero sin duda se convertiría en el recuerdo más amargo que dejó la independencia argelina en muchos franceses.

Tras la proclamación de la independencia de Argelia en 1962 comenzó el éxodo de la excolonia francesa para sus habitantes europeos. Dos millones de soldados estaban destinados en el país africano en aquella época, de los cuales 1,2 eran reclutas. Todos los militares pro-

fesionales y una buena parte de los reclutas iban a regresar a Francia en 1962. Pero indudablemente lo más dramático sería la salida del más de millón de miembros de la comunidad europea que habían hecho de esta tierra su único hogar desde hacía mucho tiempo. En represalia por tener que abandonarla, dedicaron sus últimos días en Argelia a quemar granjas, fábricas, colegios, tiendas y todo lo que consideraran sus obras; ésta era su forma de decir a los musulmanes que con su partida se acabaría la civilización que ellos habían fundado allí.

Los *pieds noirs,* como eran llamados los franceses de origen argelino, se asentaron principalmente en el sur de Francia. Retornar en los años sesenta cuando el país atravesaba tiempos de bonanza y la economía crecía a buen ritmo resultó mucho menos complicado para los argelinos franceses de lo que podía haber sido una década antes. Sin embargo, para muchos salir de Argelia supuso una pérdida desde el punto de vista económico y de calidad de vida que nunca recobrarían. Por esta razón, la primera generación de *pieds noirs* sería muy crítica con las autoridades francesas y con un gobierno y un presidente a los que considerarían traidores. Al verse como los principales responsables de haber creado una nueva Francia en el norte de África, nunca iban a perdonar que las autoridades francesas no les reconocieran esta labor.

Mientras que los franceses salían de Argelia, también lo hacían de otras muchas colonias. La liquidación de su imperio en el África subsahariana iba a implicar la inmediata repatriación de sus tropas y funcionarios coloniales. Más conflictiva que la retirada francesa del África subsahariana iba a ser la de los belgas de su única colonia.

Muchos de los belgas que vivían y tenían negocios en el Congo confiaban en poder continuar allí tras la independencia. Sin embargo, el caos y la violencia que se apoderó del país tras la retirada de la administración belga iban a obligar a unas 80.000 personas a huir y abandonar sus intereses en África. La población colonial, reticentemente repatriada a Bélgica, contribuyó a propagar la idea por su país de que el gobierno no debería haber concedido la independencia al Congo con tanta rapidez, y que sin la administración belga el caos y la barbarie se apoderarían del país. Los hechos iban a darles la razón. Unos años más tarde, en la década de los setenta, se unirían a ellos los empresarios y representantes de empresas expulsados por Mobutu, como consecuencia de su política de africanización y rechazo de toda influencia belga. Con su retorno a Bélgica, el país ponía definitivamente fin a un siglo de presencia y explotación de los recursos naturales del Congo.

La descolonización del África británica no iba a traer cambios demográficos tan grandes como se temía inicialmente. En las colonias donde había una extensa población de origen británico la independencia no les obligó a abandonar sus posesiones africanas con carácter inmediato. En Kenia muchos granjeros iban a continuar allí tras la independencia, a pesar de que las políticas de nacionalización de tierras iban a perjudicarles. Con respecto a Rodesia el medio millón de ciudadanos de origen británico que la habitaban no tuvieron que preocuparse de su porvenir en África hasta 1980, cuando desapareció el régimen liderado por Ian Smith que salvaguardaba sus intereses. Tras la llegada al poder de Robert Mugabe, comenzó la dispersión de la población blanca, aunque muchos no volvieron a sus orígenes europeos, sino que optaron por dedicarse a las mismas actividades agrícolas o ganaderas en Sudáfrica u otros países del entorno.

Con respecto a las más modestas posesiones de Italia y España en África, su desaparición no supuso más que la repatriación de un pequeño contingente de soldados y administradores destinados allí. El gran trauma para los españoles tuvo lugar en 1898 con la pérdida de las últimas grandes colonias en la guerra con los Estados Unidos, aunque tampoco provocó cambios demográficos sustanciales. La mayoría de los españoles que tenían negocios en Cuba continuaron allí tras su independencia, y lo mismo ocurrió con Filipinas. España ya había asumido la pérdida que realmente les importaba en el siglo XIX, y por ello el retorno de los pocos españoles involucrados en la colonización africana no tuvo un impacto perceptible en el aspecto demográfico.

Un caso muy distinto sería el portugués. Un amplio sector de su población estaba involucrado en su extenso imperio africano. Angola contaba con más de medio millón de habitantes europeos en los años sesenta. Sobre todo, muchos militares estaban destinados en las colonias, 60.000 en Mozambique y 30.000 en Guinea Bissau. Uno de cada cuatro portugueses en edad militar era reclutado para servir en África en aquella época y ésta fue una de las causas por las que el imperio colonial se volvió tan impopular, pues mantenerlo iba a ser considerado por la mayoría de los portugueses como un esfuerzo inútil, caro y muy peligroso. En 1973, cuando Portugal se enfrentaba a rebeliones en casi todas sus posesiones africanas, 11.000 personas perdieron la vida, lo que suponía un porcentaje más alto de su población nacional en comparación a las muertes del ejército estadounidense en la guerra de Vietnam ese mismo año.

Por todas estas razones la gran mayoría de los repatriados a Portugal tras la desaparición de su imperio iban a hacerlo con gran sensación de alivio. Sólo en Luanda, la capital de Angola, la ola de violencia que se desencadenó tras la concesión de su independencia, obligó a unos 750.000 portugueses a regresar a su país. Se instalaron en su país que acababa de recobrar la democracia con entusiasmo, y contribuyeron a hacer que Portugal, a partir de 1974, se centrara en Europa, que es donde estaba su futuro.

En el ejército, en la administración y en varios sectores de la sociedad civil la época colonial se recordaría con nostalgia a medida que los imperios se desmantelaban. Añoranza que seguiría a partir de los años cincuenta por la creciente presencia de personas de otras razas y de gentes que no compartían sus hábitos religiosos, sociales o culturales.

Hasta la segunda mitad del siglo XX era muy poco frecuente ver a gente que no fuera blanca en Europa. Salvo en grandes ciudades con aires más cosmopolitas como Londres, París, Ámsterdam o Viena, los europeos no estaban acostumbrados. Este panorama demográfico iba a cambiar con el comienzo de la emigración masiva del tercer mundo.

Europa en su conjunto distaba mucho de ser un buen destino para la inmigración tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de sus países, especialmente los más pobres, seguían teniendo un sector de su población obligado a emigrar. Con tantos países arruinados por la guerra, y ante el ambiente de tristeza que se vivía en sus ciudades desde 1945, no es extraño que muchos desearan emigrar al nuevo mundo como lo habían hecho las generaciones anteriores. Sin embargo, el panorama cambió radicalmente unos años después. Tras el estancamiento económico producido por la guerra, Europa occidental, con la ayuda económica del Plan Marshall en 1948, no sólo logró recobrarse sino que iniciaría una fase de crecimiento económico sin precedentes en su historia.

Las grandes potencias industriales europeas comenzaron a progresar a un ritmo desenfrenado. En Alemania occidental y en Italia la producción se triplicó entre 1949 y 1963, y en Francia y el Reino Unido sus industrias crecieron casi a la misma velocidad. Los Países Bajos, Escandinavia e incluso economías más pobres como eran las de España, Portugal, Irlanda y Grecia, en los años cincuenta prosperaron a muy buen ritmo. Desde la industria pesada a la textil, y desde la automovilística a la de la alimentación, cualquiera de los grandes sectores de la economía de Europa occidental mostraba balances muy positivos.

Un ritmo de producción y crecimiento tan extraordinario sólo se podía mantener a base de una amplia mano de obra. En un principio las grandes potencias europeas iniciaron su ciclo de crecimiento en 1948, empleando al sector de su población que hasta 1945 había estado en el ejército o en la industria bélica. Con el aumento de la demanda comenzaron a abrirse a la emigración de los países más pobres de su entorno. Irlandeses, portugueses, españoles, griegos y también italianos iban a tener una alternativa europea ante la emigración a América, y muchos emprendieron el camino hacia el norte.

Pero no bastaba para cubrir toda la mano de obra necesaria, pues uno de los beneficios que trajo esta época de bonanza económica, fue que Europa atravesó por uno de los pocos momentos de su historia en los que había más puestos de trabajo que demandantes de empleo. Por esta razón muchos países abrieron sus puertas a emigrantes de sus antiguas colonias.

Otra razón por la que la inmigración del tercer mundo elegía buscar trabajo en el norte de Europa se debe a los cambios en el mercado laboral que tuvieron lugar en esos años. En las grandes potencias industriales todos se beneficiarían de la prosperidad económica, desde los más ricos a la clase obrera. Los miembros de la clase trabajadora no sólo tenían muchas ofertas de empleo entre las que elegir sino que además los cada vez más poderosos sindicatos defendían sus condiciones de trabajo y velaban por sus intereses. Ante esta extraordinaria mejoría en su calidad de vida, los trabajadores se volvieron cada vez más selectivos y poco dispuestos a hacer los trabajos más ingratos o los que se consideraban más degradantes. Este vacío en el mercado laboral lo rellenarían los inmigrantes de otras partes del mundo, que venían huyendo de la pobreza extrema y por lo tanto estaban dispuestos a aceptar cualquier medio de vida.

El gobierno laborista de Clement Attlee decidió recurrir a los vínculos imperiales británicos para promover la necesaria inmigración. El primer ministro que inició el desmantelamiento del imperio británico fue también el que comenzó a promover una sociedad multirracial en el Reino Unido, poblada por cada vez más población de las antiguas colonias.

«Es tradicional que los súbditos británicos, tanto si vienen de los *dominions* o de las colonias, y cualquiera que sea su raza o color de piel, deben ser permitidos en el Reino Unido. Esta tradición, no debe desecharse lo más mínimo, especialmente cuando estamos importan-

do mano de obra extranjera en grandes cantidades», declaró Attlee en 1948. Al gobierno laborista esta política de inmigración le resultó muy oportuna para promover los vínculos con la Commonwealth y dar la sensación a los ciudadanos británicos de que la relación con las antiguas colonias seguía aportando beneficios. Del mundo colonial tradicionalmente se habían importado principalmente materias primas, productos agrícolas y especias. A partir de 1950 se sumaría la mano de obra. Los sucesores de Clement Attlee en el gobierno británico proseguirían con esta política a lo largo de las dos décadas siguientes.

Los primeros inmigrantes de otras razas que llegaron al Reino Unido venían de las que aún eran colonias en las Indias occidentales y principalmente de Jamaica y Barbados. Serían empleados en los servicios municipales de limpieza y también en los de trenes y autobuses. A finales de los años cincuenta entraban en el país unas 16.000 personas al año, la mayoría procedentes del Caribe. En los sesenta los inmigrantes de la India y Pakistán, que hasta entonces habían sido muy minoritarios, comenzaron a aumentar hasta convertirse en las minorías étnicas más numerosas.

El gobierno francés empezó a promover la inmigración de trabajadores de su imperio colonial poco antes de que comenzara a desmantelarse. Los primeros provenían del Magreb, y se consolidarían como la minoría étnica más numerosa de Francia. La independencia de Marruecos y Túnez contribuyó a aumentar el éxodo de sus trabajadores a este país europeo ante la falta de perspectivas de futuro que ofrecían sus países.

Tras la independencia de Argelia, comenzó también a crecer el número de argelinos musulmanes en Francia. Entre los primeros que se marcharon de su país estaban los que habían trabajado para la administración colonial o la policía, temerosos de las represalias que podían sufrir del gobierno del Frente de Liberación Nacional. Les siguieron una oleada de compatriotas que huían de la pobreza, pues la economía argelina tras su independencia estaba en ruinas. Muchas familias salieron de su entorno rural para buscar trabajo en Argel y en las principales ciudades, y al no encontrar nada la emigración a Francia fue su única salvación. No deja de ser una gran ironía de la historia que después de la guerra librada por los argelinos con el fin de independizarse y romper sus vínculos con Francia y la cultura occidental, muchos de sus ciudadanos tuvieran que labrarse un porvenir precisamente allí. Además, las remesas de los trabajadores argelinos iban a convertirse

en una fuente de ingresos importante para muchas familias argelinas, al igual que las de Marruecos, Túnez y otras del mundo postcolonial con población inmigrante.

También emigró a Francia una buena parte de la comunidad de judíos sefardíes que llevaba viviendo en Argelia varios siglos. Lo mismo hicieron los sefardíes de Marruecos y Túnez. Ante la perspectiva de vivir en países islámicos optaron por emigrar a Israel o a Europa. La mayoría de los sefardíes de estos países se asentaron en el sur de Francia, que llegaría a tener una comunidad de unos 600.000, la más numerosa de Europa.

En los años sesenta, además de magrebíes, comenzaron a llegar a Francia inmigrantes del África subsahariana, especialmente de Senegal. También de Laos, Camboya y Vietnam hubo cada vez más peticiones de asilo. La mayoría se empleó en los servicios de limpieza, transportes y en las muchas industrias donde había abundante demanda de mano de obra no cualificada.

Holanda también recurriría a sus nexos coloniales para satisfacer la creciente demanda de mano de obra en sus industrias. El gobierno holandés puso en marcha la denominada política de repatriación tras conceder la independencia a Indonesia en 1949. Esta política iba a aplicarse tanto a los habitantes europeos como a los indonesios o a la población mestiza que quisiera asentarse en Holanda. Desde entonces, muchos habitantes del sureste asiático holandés iban a emigrar a Europa. Los llamados indos, procedentes de la excolonia, se convertirían en la minoría principal de los Países Bajos, gentes con nombre holandés y que tenían bien asimilada la cultura holandesa, pero a menudo con rasgos asiáticos.

El gobierno belga, al contrario que las otras grandes potencias coloniales, inicialmente no recurrió a su antiguo imperio para promover la inmigración. En su lugar llegó a acuerdos con Marruecos y con Turquía, países más cercanos a Europa y con una amplia población laboral con deseo de emigrar. Con respecto a Alemania occidental, quizás la que más necesitaba mano de obra debido a la enorme dimensión de sus industrias, su gobierno ya no tenía nexos coloniales a los que recurrir. En su lugar iba a promover la más manejable inmigración desde los países del sur de Europa y sobre todo de Turquía, país con el que tenía históricamente una estrecha relación.

Las corrientes de emigración a Europa procedentes del tercer mundo iban a tener un impacto social, cultural y político mucho mayor del

que pensaron los gobiernos cuando comenzaron a promoverlas. Los inmigrantes fueron empleados en todo tipo de trabajos, desde las fábricas en los cinturones industriales de las ciudades a los servicios de transporte municipal y de limpieza, y generalmente aceptaban trabajos desagradables e incluso degradantes que los europeos no estaban dispuestos a hacer. A pesar de que la contribución económica que aportaban era innegable, su presencia en Europa y la utilización que hacían de sus derechos y beneficios como ciudadanos no tardó en provocar choques con la población autóctona.

Con el fin de mantener el vínculo entre la metrópoli imperial y las antiguas colonias, el gobierno británico concedió a los ciudadanos de los países de la Commonwealth muchas facilidades para obtener la residencia permanente en el Reino Unido y la nacionalidad británica. El gobierno francés aplicó una política similar con los antiguos súbditos coloniales. En el caso concreto de Argelia, según el Tratado de Evian, que puso fin a la guerra por la independencia, los argelinos nacidos antes de 1962 podrían mantener la nacionalidad francesa si así lo deseaban. Holanda dio facilidades parecidas a los ciudadanos de sus antiguas colonias para que pudieran continuar siendo súbditos holandeses. El resultado de esta generosa política frente a los recién llegados fue que se asentaron en los países a los que emigraron con los mismos derechos que los de estirpe europea. Como ciudadanos que pagaban impuestos recibían los mismos beneficios sociales que el resto, y a menudo se beneficiaban de programas especiales de ayuda al inmigrante. Que tuvieran derecho a lo que los europeos les había costado siglos de trabajo y reivindicaciones sociales pronto comenzó a causar resentimiento entre muchos trabajadores europeos y acabaría pasando factura.

Los primeros disturbios raciales tuvieron lugar a finales de los años cincuenta. En 1958 hubo violentos enfrentamientos entre blancos y negros de las Indias Occidentales, en Londres y en Nottingham. También en París, en Ámsterdam y en las principales ciudades con inmigrantes cada vez serían más frecuentes los actos de violencia por causas raciales.

La reacción inicial de los gobiernos ante el aumento de los enfrentamientos fue crear nuevas leyes que velaran por la armonía entre ciudadanos de todas las razas. En el Reino Unido una ley de relaciones entre razas, aprobada en 1965, prohibía la discriminación en lugares públicos, introducía soluciones contra el racismo y establecía castigos por inducción al odio racial. En 1976 una nueva ley prohibía toda

discriminación por motivos de raza y el gobierno creó también una comisión para promover la igualdad. En el resto de los países que recibieron inmigración no europea también se aprobaron leyes para paliar esta situación y penalizar los actos de discriminación o inducción al odio por cuestiones de raza.

Las principales economías de Europa necesitaban inmigrantes para continuar creciendo, y ésta era la razón principal por la que sus gobiernos tomaron todas las medidas necesarias para asegurarse de que los inmigrantes no europeos disfrutaran de los mismos derechos que el resto de los trabajadores y no fueran discriminados. Pero también pudo haber una razón más, la sensación de tener que compensar a los ciudadanos de las antiguas colonias por los males de la colonización.

A partir de los años cincuenta la opinión pública europea se volvió cada vez más crítica hacia la colonización. El orgullo que tanto los gobiernos como la ciudadanía de las potencias coloniales habían sentido hacia sus imperios fue disminuyendo gradualmente e iba a ser sustituido por un sentimiento de culpabilidad y a menudo vergüenza por la discriminación racial que había tenido lugar en muchas colonias y el maltrato que habían recibido los pueblos autóctonos. La crítica feroz que surgió en la comunidad internacional influyó también en los europeos de las antiguas potencias coloniales.

Por todas estas razones predominaría en Europa occidental la determinación de hacer valer el principio occidental de igualdad entre todos los ciudadanos sin discriminación de raza o religión, y dar facilidades especiales a los trabajadores del tercer mundo para asentarse e integrarse al máximo en el país que eligieran. De hecho, los inmigrantes no europeos gozaban de más derechos y privilegios que los del sur de Europa en los años cincuenta y sesenta.

La inmigración del tercer mundo, que en un principio era muy minoritaria, fue aumentando gradualmente hasta convertirse en la principal de Europa occidental. En 1955 entraron en el Reino Unido un total de 42.650 trabajadores de países de la Commonwealth, la mayoría procedentes de las Indias Occidentales. En 1960 la cifra subió a 57.700 y un año después se disparó a 134.400 inmigrantes. Por entonces el cupo de inmigrantes de las Indias Occidentales se estabilizó pero comenzó a crecer el de la India, Pakistán y otros países.

En Francia, a mediados de los años sesenta, la comunidad marroquí, la más numerosa, alcanzó la cifra de 570.000, los tunecinos eran 200.000, la de argelinos comenzaba a ser cada vez mayor, los de Sene-

gal sumaban 45.000, y de la antigua Indochina había ya decenas de miles. En Holanda, Bélgica y Alemania, la inmigración fue creciendo a un ritmo similar. Ante este aumento cada vez mayor de población no europea, los gobiernos y partidos comenzaron a temer por la paz entre ciudadanos y el porvenir de su sistema político.

En 1968, el parlamentario conservador británico Enoch Powell pronunció un famoso discurso de protesta contra la inmigración en su país. Explicó que la inmigración había llevado a una transformación sin precedentes en 1.000 años de historia inglesa. Describió un panorama desolador donde los blancos de clase obrera se encontraban en sus barrios como extranjeros en su propio país. Sus esposas no tenían camas en los hospitales para dar a luz, sus niños no tenían plazas escolares, sus casas y barrios cambiaban hasta el punto de no ser reconocidos, y comenzaban a oír voces que les decían que ellos eran los que sobraban. Permitir la inmigración sin control era como «observar una nación ocupada en construir su propia pira funeraria». Finalizaba con un famoso pasaje de Virgilio: «Cuando miro adelante, tengo un presentimiento: como el romano, veo el río Tíber fluir lleno de sangre». Ante este escenario apocalíptico, el político conservador exigía una decisión drástica: poner fin a la inmigración y comenzar a expulsar a los inmigrantes.

El discurso, que pasaría a la historia con el nombre de «Ríos de sangre», suscitó mucha polémica. El primer ministro Wilson y el partido laborista lo criticaron duramente y acusaron a Powell de racismo. El propio líder del partido conservador, Edward Heath, también quiso marcar distancias y subrayó que ésa no era la opinión de su partido. A pesar de que el discurso se alejaba de lo políticamente correcto, muchos a título privado lo aplaudieron y en varios barrios obreros con población inmigrante hubo manifestaciones de apoyo a Enoch Powell.

La inmigración en masa acabaría viéndose como una invasión y eventualmente llevaría a la lucha entre europeos e inmigrantes que los gobiernos querían evitar a toda costa. Los beneficios sociales tampoco eran ilimitados, por esta razón dar a los recién llegados el mismo acceso a ellos que los trabajadores europeos crearía resentimiento entre estos últimos. Por todos estos motivos, los gobiernos comenzaron a replantearse la política de inmigración y a poner coto a la entrada de extranjeros en sus países.

El gobierno belga fue el primero en actuar en los años sesenta al considerar que el cupo de trabajadores que necesitaba ya estaba lleno.

El británico comenzó a introducir restricciones. En 1962 una nueva ley limitaba el ingreso de los inmigrantes de la Commonwealth a los que hubieran recibido una oferta de trabajo o tuvieran una profesión para la que existiera demanda laboral. En 1968 se decidió poner coto a todos los que entraban procedentes de países de la Commonwealth con pasaporte británico; a partir de ese año sólo los que tuvieran uno de los dos progenitores británicos tenían derecho a obtener la nacionalidad del país. Ésta era una forma de intentar limitar la entrada en el Reino Unido a los blancos descendientes de británicos. En Francia comenzaron también a establecer restricciones similares hasta que en 1974 se cerró la inmigración oficialmente. La política de puertas abiertas que se aplicó en Europa occidental desde los años cincuenta, finalizó drásticamente en los años setenta, entre otros motivos por los cambios que sufrió la economía. La época de bonanza acabó en 1973, y a partir de ese año el desempleo comenzó a ser un problema para muchos países, ante el cual la solución más fácil era promover la repatriación de los inmigrantes.

Pero a pesar de que los controles fronterizos se endurecieron, el deseo de vivir en Europa fue cada vez mayor y continuaron entrando en muchos países. Al margen de la inmigración ilegal, existían varias fórmulas para asentarse en Europa incluso en los países en que no estaba permitida. Como las políticas de reunificación familiar, que permitían a los inmigrantes traer a sus familias, o la cada vez más popular fórmula de pedir asilo político.

El asilo político tuvo un papel importante en Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Los gobiernos democráticos coincidían en que ayudar a los perseguidos por regímenes despóticos era el deber de toda sociedad libre. Las antiguas potencias coloniales se sentían especialmente comprometidas hacia los ciudadanos que sufrieron persecución política tras la descolonización. En el caso de Alemania occidental había mucha sensibilidad hacia esta cuestión, pues se veía como una forma de compensar el terrible legado del nazismo.

El número de ciudadanos del tercer mundo que se asentaron en Europa con el estatus de asilo político fue cada vez mayor desde los años setenta. Desde África y Oriente Medio muchos ciudadanos recurrieron al vínculo colonial para huir de sus países. En Bélgica, aumentaron los casos de diplomáticos, hombres de negocios y estudiantes congoleños que pedían asilo político. De Laos, Camboya y Vietnam el gobierno francés iba a recibir muchas peticiones, y también de los mu-

chos regímenes dictatoriales que se establecieron en su antiguo imperio africano. El gobierno británico recogería refugiados políticos de dictaduras como la de Idi Amín. Con respecto a Alemania, iba a ser el destino para los que huían de Turquía, Irán e Irak, además de los refugiados de Alemania oriental y de otros países del bloque comunista en Europa.

Legales o ilegales, trabajadores o refugiados políticos, lo cierto es que en la segunda mitad del siglo xx el número de personas no europeas que se asentaron en el viejo continente fue aumentando progresivamente. En las capitales y en las principales ciudades de las antiguas potencias coloniales, donde hasta entonces sólo se veían personas de piel blanca, comenzaron a aparecer gentes de distintas tonalidades de piel oscura o amarilla, que rompieron la homogeneidad racial que caracterizaba a las naciones europeas.

Además del impacto demográfico, su llegada a Europa tuvo consecuencias culturales y sociales muy notables. Los inmigrantes se trajeron muchas de las costumbres y la cultura de sus países y, dondequiera que estuvieran, iban a hacerse visibles. En los barrios con mayoría de población inmigrante, muchos vestían como lo hacían en sus países de origen y pronto abrirían comercios que suplían sus necesidades y atendían las costumbres de su comunidad tal y como lo hubieran hecho en sus lugares de nacimiento, algunas calles recordaban al mundo árabe, otras a China y el mundo asiático, y otras a África. También se traerían su religión, especialmente los musulmanes que a menudo pidieron permisos para construir mezquitas.

Los hábitos de los recién llegados pronto dejaron su impronta en las costumbres locales, especialmente las culinarias. A partir de los años cincuenta restaurantes chinos, árabes, indios y africanos iban a abrirse en muchas ciudades europeas, y cada vez fueron más los habitantes que los frecuentaban. Algunos de sus platos típicos comenzaron a cocinarse por europeos como los suyos propios, y pasaron a ser casi tan demandados como los nacionales; así fue el caso del curry en Inglaterra, el cuscús en Francia o el kebab en Alemania, y como consecuencia la demanda de especias y de productos culinarios exóticos crecería cada vez más.

En ciudades como Londres, París o Berlín, los restaurantes que servían comida de muy diversas partes del mundo reforzaron su carácter cosmopolita y se convirtieron en una parte esencial de su oferta cultural y de ocio, como también lo fueron los cafés, bares y discotecas con

música y espectáculos de África, el Caribe o América Latina. Entre los nuevos ritmos de los años sesenta el reggae jamaicano causaría sensación y su mayor representante, Bob Marley, se convertiría en una figura de culto para muchos occidentales. Pero no sólo se importaba música, los inmigrantes también la compondrían desde Europa y entre ellos alguno destacaría como una de las grandes figuras del pop. Éste fue el caso de Farrokh Bulsara, nacido en Zanzíbar de padres indios. Unos años después de que su familia emigrara a Inglaterra, Bulsara, más conocido como Freddie Mercury, inició en los años setenta una exitosa carrera musical con el grupo Queen, que le convertiría en la primera estrella del rock de origen asiático y africano en Occidente.

Los medios de comunicación de varios países europeos, especialmente los oficiales, hicieron un esfuerzo por adaptar sus noticias, reportajes y comentarios a un público cada vez más diverso. La BBC británica fue pionera en estos cambios; en 1948 una circular pedía a los locutores de su servicio de la BBC World tener en cuenta que la mayoría de su oyentes no eran cristianos, «comentarios poco respetuosos o despectivos a los budistas, hindúes, musulmanes, etc., pueden ser muy ofensivos y por ello deben evitarse». Televisiones, radios y periódicos en el resto de Europa occidental iban a incorporar criterios similares a los de esta cadena a medida que sus sociedades se volvían cada vez más multiculturales y sus medios abarcaban un público más amplio que el estrictamente nacional.

La cultura de las principales potencias europeas se volvió también más abierta a otras corrientes de pensamiento. Con la inmigración cada vez hubo más interés por la vida en otros continentes, los mundos más allá de Europa, su cultura, su presente y su pasado; además, gracias a escritores, académicos y cineastas del tercer mundo que se asentaron en Europa, la visión eurocéntrica del mundo, que era la que hasta entonces había predominado, comenzó a ser contrastada; la contribución de algunos de ellos a la cultura occidental fue muy destacada. Así fue el caso de V. S. Naipaul, escritor de origen indio natural de Trinidad y Tobago, que abandonó su hogar caribeño muy joven para estudiar en Inglaterra. Fijó su residencia en Londres en 1954 tras finalizar sus estudios universitarios en Oxford, y desde allí produjo una gran obra literaria por la que fue galardonado con el premio Nobel. A pesar de escribir desde Inglaterra nunca abandonó el mundo colonial del que venía su familia; centró muchos de sus libros en analizar el destino del imperio británico desde el aspecto moral y en el impacto

que tuvo en personas como él mismo, que vivían en Gran Bretaña y habían sido educados como británicos pero no eran europeos.

Otro escritor que realizó su obra fuera de su contexto natal y que daría mucho que hablar en Occidente fue Salman Rushdie. Nació en Bombay en 1947, comenzó su carrera literaria en Inglaterra tras acabar sus estudios universitarios, y saltó a la fama por su novela *Hijos de la medianoche*, ambientada en la India recién independizada, y que ha sido descrita como una obra que combina tradiciones narrativas de Oriente y Occidente.

En el mundo de habla española un caso muy singular de inmigración fue el de Mario Vargas Llosa. En 1958 abandonó su Perú natal para cursar estudios de postgrado en Madrid, y poco después se instaló en París, en su opinión la ciudad donde todo aspirante a escritor debería vivir. Asimismo viviría en Barcelona, en Madrid y en Londres a lo largo de su carrera literaria y buena parte de la obra que culminaría con el premio Nobel de Literatura fue escrita en estas ciudades, aunque el mundo que inspiró su obra fue principalmente el de América Latina.

En Europa y concretamente en Barcelona, Vargas Llosa encontró el apoyo editorial que le permitiría hacer su gran obra. Al igual que él, otros escritores del famoso boom de literatura hispanoamericana iban a pasar por Barcelona para publicar sus obras, pues las grandes editoriales que tenían su sede en esta ciudad hicieron una importante contribución a la difusión mundial de la literatura de Hispanoamérica. La España de los sesenta no ejercía la atracción para los inmigrantes de su antiguo imperio que tenía Francia o el Reino Unido, pero las élites iberoamericanas, particularmente las interesadas en la cultura, tenían un interés muy especial en la madre patria, como la solían llamar.

El multiculturalismo que se propagó por las principales ciudades de Europa como consecuencia de la inmigración contribuyó a enriquecer la vida de los europeos en muchos aspectos, pero también suscitaría controversias. La presencia de cada vez más personas en ciudades europeas que no conocían o no querían regir sus vidas según las costumbres de los países que les habían acogido, dio lugar a muchos problemas desde el punto de vista legal, político y moral. ¿Cómo aplicar la ley frente a personas cuyas costumbres sociales y religiosas eran contrarias a ella, en aspectos como el matrimonio o las relaciones sexuales? ¿Deberían permitirse los símbolos religiosos o la celebración de ritos no cristianos en lugares públicos que interfirieran con las costum-

bres y leyes locales? O una pregunta más difícil: ¿Cómo definir a un europeo? ¿Era legítimo dar la nacionalidad europea a quienes desconocían sus costumbres y rechazaban sus leyes?

La actitud de la mayoría de los gobiernos ante preguntas tan complicadas fue avanzar hacia la sociedad multicultural, en la cual las personas de diferentes culturas deberían cohabitar y aprender a respetarse, y evitar imponer las costumbres de la mayoría occidental a las minorías étnicas. La sociedad multicultural evitaba a los gobiernos conflictos con la población inmigrante; además, según la corriente de opinión predominante en los años sesenta, el multiculturalismo era el precio que las antiguas potencias deberían pagar por la colonización. Los europeos habían impuesto sus costumbres y sus leyes en la mayoría de sus colonias y en compensación no deberían hacer lo mismo ante los inmigrantes en sociedades que se definían como europeas.

Pero el intento por respetar todas las culturas pronto iba a traer conflictos políticos y sociales. No sólo aumentaron los disturbios contra las minorías étnicas desde los años cincuenta, sino que también grupos xenófobos, partidos populistas y de ultraderecha se hicieron cada vez más visibles en la vida pública de varios países, con exigencias de poner coto a la inmigración y expulsar a la población no europea.

Donde más progreso conseguiría la ultraderecha fue en Francia. El decano de la ultraderecha europea en la segunda mitad del siglo XX fue Jean Marie Le Pen. Luchó en la guerra de Indochina y en Argelia, y comenzó a hacerse un nombre en la vida pública francesa por su oposición a la independencia de esta última. Fue uno de los fundadores del Frente Nacional en 1972, en un principio un partido muy marginal, su eslogan nacionalista «Francia para los franceses» y sus diatribas contra los inmigrantes captarían cada vez más electores. En 1986 obtuvo casi un 10% de los votos en las elecciones parlamentarias. En 1995 ganó un 15% en las presidenciales, y su mayor éxito lo alcanzó en 2002 al quedar segundo, por encima del candidato socialista Lionel Jospin en los comicios presidenciales. Lo extraordinario del Frente Nacional fue que recibiría cada vez más apoyo en barrios obreros y zonas industriales donde tradicionalmente la mayoría de los votantes eran de izquierda; al ser los que mayor contacto tenían con los inmigrantes y al sentirse más amenazados por su aumento, consideraban que los partidos de izquierda ya no defendían sus intereses.

La ultraderecha en el resto de Europa no consiguió tanto éxito como en Francia, pero en algunos casos sí logró hacerse un hueco im-

portante en el electorado. En el caso británico, el Partido Nacional Británico tuvo sus acólitos en las zonas con más emigración, aunque el sistema uninominal les impidió llegar al parlamento. En Alemania, el Partido Republicano, fundado por un viejo miembro de las SS en 1983, alcanzó el 7,5% de los votos en Berlín occidental en 1989. Tras la reunificación de Alemania, sus eslóganes «este barco está lleno» y «Alemania para los alemanes», ampliaron el voto al 10% en algunas regiones en las elecciones de 1992.

En los años noventa tres países que no estaban entre los que más inmigración habían recibido fueron sorprendentemente los que más iban a experimentar el aumento del voto a la ultraderecha: Austria, Suiza e Italia del norte. En el caso austriaco, el Partido de la Libertad, liderado por Jorg Haider, aumentó progresivamente sus votos hasta llegar al 27% en las elecciones de 1999 y formar un gobierno de coalición en 2000. En Suiza la extrema derecha emergió en 1999 como el segundo partido más votado. En la década de los noventa los partidos antiinmigrantes también lograrían progresos en la tolerante Escandinavia. En Dinamarca el Partido del Pueblo Danés y en Noruega el Partido del Progreso con su retórica antiislámica atraerían cada vez más electores. También en Bélgica y en Holanda los partidos de esta tendencia obtendrían cada vez mejores resultados.

A pesar del notable aumento que consiguieron los partidos xenófobos a partir de los años setenta, no se puede afirmar que lograran alterar la naturaleza de la democracia europea, pues salvo en los casos de Austria y Suiza, no tuvieron ninguna posibilidad real de formar gobierno y por lo tanto tomar decisiones sobre si Europa debería ser o no una sociedad multicultural. Otra razón por la que la ultraderecha no llegó a ser un peligro real se debe a que solía atraer un voto de protesta que los partidos mayoritarios podían neutralizar fácilmente endureciendo las políticas migratorias y exigiendo mayor integración para los inmigrantes. En 1979 la líder del partido conservador británico, Margaret Thatcher, comentó que su país estaba saturado de extranjeros, y tras su llegada al poder endurecería la política de inmigración notablemente. Su ejemplo iban a seguirlo muchos gobiernos de su entorno. Durante los años de François Mitterrand en la presidencia se fue estrechando el cerco a la inmigración ilegal, y con su sucesor en el cargo, Jacques Chirac, la tradicional generosidad del país hacia los demandantes de asilo político iba a acabarse. «No podemos acoger a todos los miserables del mundo», declararía el presidente.

Pero a pesar del control más riguroso de la inmigración que adoptaron los gobiernos europeos en las últimas dos décadas del siglo, los inmigrantes siguieron llegando. Controlar los movimientos migratorios resultaba harto difícil en la era de la globalización en la que los países occidentales promovían la idea de la libre circulación de productos, servicios, capitales y también de personas por el mundo. Además, en la década de los noventa en la que Europa occidental alcanzaba las cotas más altas de bienestar y progreso, vivir en alguno de sus países resultó cada vez más atractivo.

En las últimas dos décadas del siglo XX la inmigración no sólo iba a continuar llegando a las grandes potencias industriales que hemos visto anteriormente, sino que se iba a extender por casi toda Europa. Un caso muy significativo fue el de España. Al igual que el resto del sur de Europa, continuó siendo un país de emigrantes hasta la década de los sesenta. A pesar de convertirse en una potencia industrial en esos años, su economía no generaba oportunidades como para atraer inmigrantes del tercer mundo ni de ningún lugar de su antiguo imperio.

Sin embargo, en la década de los noventa España, que iba en camino de convertirse en la octava potencia económica del mundo, necesitaba mano de obra inmigrante para continuar la senda del crecimiento. Por esta razón comenzaron a llegar en grandes cantidades. La mayor parte de esta inmigración vino de América Latina, que constituía casi el 40%, de Europa del Este un 17% y de Marruecos y Argelia un 14%, y también se establecerían en porcentajes más modestos trabajadores del África subsahariana y Asia. El país que al comenzar la década de los noventa tenía menos del 1% de población extranjera registrada en su censo, llegó a alcanzar un 12% de extranjeros, superando incluso a países como el Reino Unido o Francia, que llevaban varias décadas abiertos a la inmigración. Pasar de una sociedad homogénea al multiculturalismo no resultó traumático para los españoles, principalmente porque la mayor parte de sus inmigrantes venían de América Latina por razones culturales fácilmente asimilables. Portugal siguió pautas similares, a partir de los noventa se convirtió también en un país muy atractivo para la inmigración, y los puestos de trabajo disponibles iban a ocuparlos trabajadores de los países del antiguo imperio.

Otro país que dejó súbitamente de ser un país de emigrantes para convertirse en un destino predilecto para la inmigración fue Irlanda. El llamado fenómeno del tigre celta, mediante el cual pasó de ser una

economía agrícola a una de las más boyantes de Europa, permitió que el pequeño país atrajera a trabajadores del exterior por primera vez en su historia. Sin embargo, Irlanda no iba a convertirse en una sociedad tan multicultural como el resto de las que recibieron inmigrantes, pues los nuevos ciudadanos eran, en su gran mayoría, de origen irlandés que habían decidido regresar a la tierra de sus antepasados.

Al entrar en el siglo XXI, tener en torno a un 10% de población no europea como consecuencia de la inmigración se convirtió en la norma para todos los grandes países del viejo continente, y especialmente para las antiguas potencias coloniales. La gran mayoría de los inmigrantes se asentaron en sus países de acogida con la intención de hacer de ellos su hogar, presencia que tendría un gran impacto sobre el concepto de identidad europea. A lo largo de la historia, ser europeo sin ser blanco ni de religión cristiana constituía una anomalía que su sociedad aceptaba con dificultad. Pero como consecuencia de la inmigración del tercer mundo, las sociedades europeas comenzaron a mostrarse abiertas a aceptar como uno de ellos a personas que no eran ni de su misma raza ni de su religión. La integración avanzó generalmente con rapidez si tenemos en cuenta que comenzaron a llegar a finales de los años cincuenta.

En el Reino Unido, Francia y Holanda, el número de personas de origen no europeo que ocuparon puestos relevantes en el ámbito empresarial, en la vida académica o cultural o en la política fue cada vez mayor. En 2002 Paul Boateng se convirtió en el primer negro en llegar a ministro en el Reino Unido, en 2007 Rachida Dati sería la primera persona de religión musulmana en ser elegida para el mismo cargo en Francia. En 2009 la diputada de origen turco Aydan Özoguz fue elegida vicepresidenta del Partido Socialdemócrata Alemán, todo un logro para la comunidad turca, que hasta comienzos de los años noventa no había podido tener pasaporte alemán porque ésta se limitaba al *ius sanguinis,* que exigía ser descendiente de alemanes. A comienzos del siglo XXI la mayoría de las minorías étnicas habían logrado tener representantes en parlamentos nacionales o asambleas municipales.

A pesar del auge de nuevas potencias emergentes y de la globalización que contribuyó a que proliferaran nuevos países con gran necesidad de inmigración, la vieja Europa siguió recibiendo a muchos de ellos. Según datos del año 2009, Alemania era el tercer país del mundo que más inmigrantes recibía, que constituían el 12% de su población. Francia ocupaba el quinto lugar, con un 10%, el Reino Unido el noveno y España el décimo. Así, de los diez países del mundo que más reci-

bían, con los Estados Unidos a la cabeza, casi la mitad eran de Europa occidental.

El empecinamiento de muchos ciudadanos del mundo, y especialmente los del África del norte o de Eurasia, por emigrar a Europa no parecía disminuir ante los cada vez más estrictos controles fronterizos que tendrían la mayoría de sus países desde finales del siglo XX, ni tampoco frente a las estrictas políticas de control de los recién llegados y de expulsión de los ilegales.

El gobierno de España logró que sus antiguas posesiones en África, Ceuta y Melilla quedaran al margen del proceso de descolonización como pretendía Marruecos, pero no ha podido impedir que se vean sometidas a un asedio como es el de la inmigración. Desde hace años miles de personas del Magreb o del África subsahariana merodean por las fronteras de estas dos ciudades españolas en suelo africano, pues entrar en ellas supone acceder a los privilegios del mundo europeo. Otros muchos se aventuran desde las costas africanas a llegar en barco al sur de España o de Italia.

Para españoles e italianos, la detención de emigrantes ilegales que llegaban a sus playas desde el Magreb ha sido una noticia muy frecuente en sus medios de información en las últimas dos décadas. Los detenidos eran generalmente repatriados después de haber expuesto todo lo que tenían y a menudo su propia vida para llegar a tierra europea, lo sorprendente es que la mayoría de ellos reincidían. El motivo era muy sencillo, no tenían nada que perder. Para los que habían nacido en un mundo de miseria en el que muchos subsistían con menos de un dólar al día, Europa era la tierra prometida a la que no estaban dispuestos a renunciar.

Mientras que muchos inmigrantes mejoraron su calidad de vida al trasladarse a Europa y algunos hicieron realidad sus sueños, el índice de fracaso y decepción entre la población inmigrante también iba a ser muy alto. En los barrios más humildes de las grandes ciudades se formaban a menudo guetos donde vivían en situación de extrema pobreza y totalmente marginados del resto de la sociedad. En el caso francés, un estudio indicaba que dos millones de personas vivían en los llamados *quartiers chauds*, donde el 50% de sus habitantes, la mayoría argelinos y marroquíes, estaban desempleados. Las revueltas que estallaban de vez en cuando en estos barrios servían para recordar a los gobiernos y a la sociedad europea sobre los problemas que podía provocar la inmigración que no era debidamente integrada en la sociedad.

La sensación de exclusión y el odio que sentían algunos hacia el mundo occidental serían el caldo de cultivo de una amenaza especialmente seria para Europa y Occidente, la del terrorismo islámico. Tras el célebre atentado del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, la organización terrorista Al Qaeda proseguiría con su guerra a Occidente en varias ciudades europeas; el 11 de marzo de 2004, 192 personas perdieron la vida en un atentado en un tren de cercanías en Madrid, y un año más tarde, en julio de 2005, 52 personas murieron en Londres, víctimas de la explosión de varias bombas en el metro de esta ciudad. En otras ciudades la policía logró desmantelar células operativas de Al Qaeda que preparaban actos terroristas de diversa índole.

Lo que resultó especialmente sorprendente fue que la mayoría de los detenidos en relación con los atentados en Europa no eran recién llegados al continente, sino hijos de inmigrantes que habían nacido y crecido en Europa. Así era el caso de Mohammad Sidique Khan, uno de los cabecillas del atentado de Londres. Había nacido en la ciudad de Leeds y recibió estudios universitarios en esta ciudad. Por su entorno familiar y su trayectoria profesional era aparentemente un ejemplo de integración exitosa. Sin embargo, como ocurría con muchos inmigrantes, no se sentía parte íntegra de la sociedad en la que vivía y buscó sus señas de identidad en el mundo islámico del que provenían sus padres. El odio y un resentimiento patológico contra Occidente le llevó a atentar contra los ciudadanos de Londres.

El terror de Al Qaeda contribuyó a avivar el debate que varios países europeos mantenían desde hace tiempo sobre las consecuencias que podía tener la inmigración musulmana. El neologismo Eurabia, que se refería a una Europa dominada por el islam, comenzó a utilizarse con más frecuencia entre los comentaristas de la actualidad y los analistas políticos. En 2001 la célebre periodista y escritora italiana Oriana Fallaci publicó *La rabia y el orgullo*, una obra que pretendía defender la civilización occidental frente al fundamentalismo islámico. En ella describía Eurabia, ese decadente mundo europeo en el cual el islam se impondría como la cultura dominante y como consecuencia Europa dejaría de ser el centro de Occidente. Los dos causantes de esta dramática transformación eran, por un lado, la inmigración cada vez más numerosa en países donde la población europea había dejado de crecer y, por otro, la pusilanimidad de las autoridades europeas que, por debilidad o miedo a las consecuencias, se negaban a aplicar las leyes de

sus países y a defender las costumbres occidentales frente a los ciudadanos de religión musulmana.

Oriana Fallaci popularizó el término Eurabia y su obra y sus comentarios iban a provocar grandes polémicas por todo Occidente. Unos acusaban a la periodista de ser víctima de la islamofobia y de provocar el odio entre razas, mientras que otros la aplaudían por haber descrito lo que, en su opinión, estaba sucediendo con el islam en algunos países, y haber tenido el valor de denunciarlo.

El miedo al islam no era nada nuevo en Europa, pues había estado presente en muchos lugares de la cristiandad desde hacía varios siglos. En su famosa obra *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, publicada en 1776, Edward Gibbon reflexiona sobre las consecuencias que podían haber tenido las invasiones musulmanas en la civilización europea, argumentando que una vez que éstas alcanzaron el norte de los Pirineos, podían haber continuado expandiéndose por el continente llegando con facilidad hasta Escocia. Si esto hubiera ocurrido «quizás ahora la interpretación del Corán se estaría enseñando en las aulas de Oxford». Por razones obvias, el terrorismo islámico contribuyó a propagar el miedo ancestral al islam que muchos europeos llevaban dentro.

¿Era realista pensar que la inmigración islámica podía crecer hasta imponerse e incluso superar a la población europea? En Francia alcanzó los seis millones de habitantes y en toda la Unión Europea había 16 millones. Aunque estas cifras estaban muy lejos de augurar el escenario apocalíptico de Eurabia, sí era cierto que la población europea había dejado de crecer mientras que en el norte de África tenía lugar una explosión demográfica y entre su población el deseo de emigrar a Europa era muy intenso.

Con respecto a la pusilanimidad de las autoridades europeas frente al islam, no siempre había sido así en las últimas décadas. Cuando en 1989 Salman Rushdie publicó su polémica obra *Los versos satánicos*, que iba a ser considerada como blasfema contra el islam, recibió la protección que se merecía como ciudadano británico. Frente a la *fatwa* por la cual el líder iraní Ayatolah Jomeini exigía la muerte del autor, el gobierno de Londres proporcionó protección policial a Rushdie, defendió su derecho a la libre expresión y rompió relaciones diplomáticas con Irán.

En el caso de Francia, el más significativo por ser el país con mayor población musulmana, su gobierno iba a tener dificultades a la hora de

combinar la tradición de laicidad del Estado francés con el respeto a los derechos de los inmigrantes. La presencia de niñas con las cabezas cubiertas con velo islámico en los colegios franceses provocó un intenso debate, que se extendería por toda Europa, sobre si debían permitirles llevar esta prenda o no. En 1989 el Consejo de Estado francés decretó que los símbolos religiosos no eran incompatibles con la educación secular, siempre y cuando no fueran ostentosos o dañaran la dignidad. Unos años después, en 1994, el gobierno francés prohibió a las estudiantes musulmanas llevar el velo al considerarlo como un símbolo religioso ostentoso.

Sin embargo, prohibir a las mujeres musulmanas llevar el velo islámico por las calles iba a resultar más difícil desde el punto de vista legal. Aunque se considerara un símbolo de sumisión que vulneraba los derechos de la mujer, toda persona tenía derecho a vestir como quisiera. Sólo el *burka* fue finalmente posible prohibirlo en 2011, al considerar que esta prenda vulneraba los derechos humanos. Pero el caso francés no marcó un precedente para el resto de los gobiernos europeos, ya que la mayoría consideró que era innecesario y contraproducente prohibir esta prenda.

El velo islámico era sólo una de las varias costumbres de la comunidad islámica que iban a provocar rechazo social y problemas legales. La poligamia, los matrimonios de menores de edad y la aplicación de la ley islámica entre sus miembros al margen de las leyes europeas eran cuestiones a las que las autoridades tendrían que hacer frente en los países donde la población musulmana era numerosa. Aplicar la ley europea iba a resultar difícil, cuando no imposible, en comunidades de inmigrantes que se formaban en las afueras de las grandes ciudades y que vivían cada vez más marginadas de la sociedad.

Pero en los primeros años del siglo XX proliferaron varios casos de reticencia a la hora de defender las costumbres y las leyes europeas frente al islam que iban a alimentar la tesis de Eurabia, uno de ellos fue el de las viñetas de Mahoma. En 2005 la publicación de unas viñetas de Mahoma en un periódico danés, que luego fueron reproducidas en varios periódicos europeos, provocó una oleada de indignación en todo el mundo islámico. Además de protestas oficiales presentadas por los embajadores de estos países, algunos procedieron a un boicot económico contra Dinamarca. Varias embajadas danesas en el mundo islámico fueron atacadas por manifestantes. Además, los autores de las viñetas tuvieron que esconderse tras recibir numerosas amenazas de muerte.

Las viñetas provocaron la mayor crisis internacional que el gobierno danés iba a hacer frente desde 1945. El primer ministro, Anders Fogh Rasmussen, salió al paso de las críticas contra su gobierno argumentando que en su país, al igual que en el resto de Occidente, la libertad de expresión era sagrada y que los que se sintieran ofendidos por la publicación deberían acudir a la justicia y no al gobierno. El periódico danés por su parte acabó pidiendo disculpas por la publicación, y en algunos periódicos europeos los responsables de la publicación de las viñetas iban a ser sancionados e incluso despedidos.

En Europa la separación entre Iglesia y Estado y la libertad de expresión constituían sólidos pilares sobre los que se había montado su sociedad. Librarse de las presiones de los poderes religiosos había costado muchos siglos de lucha a la sociedad civil, y gracias a ella se podía criticar a los representantes de la Iglesia, objetar contra su doctrina y los chistes y caricaturas de símbolos religiosos cristianos eran también bastante frecuentes. Pero los representantes del mundo musulmán exigían un trato a su religión que no se dispensaba a ninguna otra en Occidente, ni siquiera a la cristiana. La crisis provocada por las viñetas de Mahoma iba a ser el mejor ejemplo de las dificultades que implicaba cohabitar con el islam.

El multiculturalismo que había sido tácitamente aceptado por las sociedades europeas como consecuencia de la inmigración, comenzó a cuestionarse seriamente a comienzos del siglo XXI a raíz del terrorismo islámico. El hecho de que inmigrantes nacidos y crecidos en Europa se dedicaran a luchar por destruirla desde dentro era la prueba más evidente de que el multiculturalismo, tal y como se había interpretado, había fracasado.

Desde los años cincuenta muchos inmigrantes que habían llegado a Europa, especialmente a Holanda, Reino Unido y Alemania, se habían asentado en los países de acogida sin necesidad de renunciar a las costumbres de su cultura. Las autoridades europeas no exigieron a los recién llegados la plena integración, ni ofrecieron vías para que interiorizasen los signos de identidad de la nación donde habían llegado, ni siquiera a los que a menudo tenían la nacionalidad del país; ello se debe en parte a que se esperaba que los inmigrantes volvieran a sus países después de unos años de trabajo y también, como hemos visto, al temor a las consecuencias de aplicar una política más estricta de integración. Como consecuencia, muchos inmigrantes, incluso los de segunda generación, fueron extranjeros en su propio país. Pero a par-

tir de 2001 esta política comenzó a ser revisada por las autoridades y las sociedades de Europa, el multiculturalismo no podía entenderse como un tipo de sociedad en el que los recién llegados podían mantenerse al margen de sus costumbres, o incluso ser hostiles a ellas, la sociedad cosmopolita en la que Europa se había transformado exigía el compromiso de todos sus habitantes con sus valores, los valores de Occidente.

Con el retorno de muchos europeos a sus países de origen y la llegada de inmigrantes de todos los continentes, Europa culminó el ciclo imperial que comenzó con la colonización y expansión de la población europea por el mundo. La inmigración es la prueba del éxito y el porvenir de una sociedad, y que tantos ciudadanos de antiguas colonias decidieran emigrar a las metrópolis desde donde habían sido gobernados, es el signo más evidente de la gran vitalidad y el atractivo de muchos países europeos.

El hecho de que varios países de Europa, en su fase de declive como potencias mundiales, figuraran entre los favoritos donde emigrantes de todo el mundo desearían vivir es en cierta medida una contradicción; es la prueba de que a pesar de la pérdida de hegemonía mundial el viejo continente mantenía un grado de influencia muy alta sobre el resto del mundo, y sus países más ricos eran modelos de referencia global.

Las antiguas potencias imperiales iban a enriquecerse considerablemente en muchos aspectos con la inmigración, y el flujo de población de las excolonias contribuyó a fortalecer los vínculos con ellas. Asimismo permitió poner en práctica el multiculturalismo, un modelo de sociedad que los europeos habían comenzado a crear en muchas partes de sus imperios coloniales donde cohabitaron miembros de diversas razas, religiones y culturas. A partir de los años cincuenta el multiculturalismo hizo su aparición en el viejo continente, una prueba difícil para países racial y culturalmente homogéneos que además estaban acostumbrados a imponer sus costumbres por el mundo. Sin embargo, la nueva sociedad cosmopolita surgió en Europa con facilidad y con un extraordinario grado de tolerancia, si tenemos en cuenta los antecedentes históricos del continente. Este nuevo modelo de sociedad fue otra gran aportación al mundo de Europa tras el fin de su etapa imperial.

Pero la inmigración también creó desasosiego y planteó difíciles preguntas para los europeos. ¿Cuál es el porvenir de una sociedad cuya

población autóctona deja de crecer y depende cada vez más de los inmigrantes? ¿Puede Europa mantener sus tradiciones y los valores de su sociedad ante una población inmigrante que a menudo ni los conoce ni los comparte? Éstas eran las cuestiones que dejaba la sociedad cosmopolita en el siglo XXI.

CAPÍTULO 13

La Europa postimperial a la búsqueda de su lugar en el mundo

La conclusión principal a la que llegarían los europeos, tras la amarga experiencia de dos guerras mundiales en menos de tres décadas y la pérdida de su hegemonía mundial, fue que no podían permitirse seguir divididos. Como dijo el escritor francés Paul Valéry, que murió poco después de la Segunda Guerra Mundial, no había habido nada tan estúpido en la historia como la competición entre los estados europeos, el esplendor y el poder de su civilización habían sido destruidos por disputas internas.

A lo largo de la historia, y especialmente en los siglos en que Europa dominó el mundo, la rivalidad y las guerras entre sus principales naciones siempre habían existido. El hecho de pertenecer a la misma civilización y compartir las mismas raíces culturales no solía inspirar la más mínima solidaridad. De hecho con mucha frecuencia, como hemos visto en anteriores capítulos, las potencias recurrieron a alianzas más allá del viejo continente con el fin de derrotar a sus enemigos europeos.

La idea de la Europa unida es muy antigua en la historia, muchos filósofos y pensadores políticos reflexionaron sobre la necesidad de unir una Europa artificialmente dividida por fronteras nacionales e injustamente enfrentada en aniquiladoras guerras fratricidas. Algunos líderes, desde Carlomagno hasta Napoleón y Hitler, intentaron unificar todo el continente bajo su dominio, pero sus imperios fueron efímeros y siempre acabaron desmembrándose. Sin embargo, a partir de 1945 la unificación de Europa pasó de ser una utopía, o una ambición de estadistas con sueños de grandeza, a transformarse en una necesidad imperiosa. Las naciones de Europa occidental, incluso las más poderosas como Francia, Alemania occidental y el Reino Unido, tenían muy poco poder frente a su aliado los Estados Unidos y su rival la Unión Soviética; como hemos visto, ser grandes potencias no era suficiente en la era de las superpotencias, y éste era uno de los signos más evidentes de su declive.

Por otro lado, a través de su unificación podían acumular un poder formidable desde el punto de vista económico y político que les permitiría recuperar una parte de la hegemonía perdida y evitar también que nuevas guerras les debilitaran más aún. Pero ésta era una idea que sólo algunos visionarios, como el fundador de la organización Pan-Europa, Richard Coudenhove-Kalergi, llevaban postulando algún tiempo. La mayoría de los líderes políticos de esa época seguían interpretando la realidad política exclusivamente desde una óptica nacional y desconfiaban de las otras naciones europeas, por ello muchos consideraban la idea de unificarse con otras naciones y enemigos del pasado como una auténtica aberración. Aunque las circunstancias adversas les obligarían a cambiar de opinión.

Los Estados Unidos fueron el catalizador de uno de los primeros pasos del llamado proceso de integración europea, a través del Plan Marshall de 1947. El gobierno estadounidense exigió a los países que iban a recibir la ayuda económica de este plan una estrecha coordinación de sus economías, y la creación de una entidad responsable de administrar los fondos: así nació en 1948 la Organización para la Cooperación Económica Europea, antecesora de la *Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos* (OCDE). Esta organización sirvió para que sus estados miembros comenzaran a discutir planes de cooperación económica y rebajas arancelarias.

Pero el primer gran paso hacia la unificación económica se dio gracias a la iniciativa de un financiero francés llamado Jean Monnet, merecidamente descrito como el padre fundador de la Comunidad Europea y uno de los personajes más influyentes del siglo XX europeo. Sin embargo, su nombre pasó bastante inadvertido entre el gran público. Fue un hombre de negocios que por su vida cosmopolita y su percepción internacional tuvo una visión de las relaciones internacionales más avanzada que la de los estadistas y diplomáticos de su tiempo, y tuvo la osadía de proponer soluciones ante los problemas de Europa que ningún otro se hubiera atrevido.

Monnet desempeñó un papel de gran importancia en la reconstrucción económica de Francia después de la Segunda Guerra Mundial. Fue el artífice del llamado Plan Monnet, que consistía en concentrar sinergias con el fin de reactivar la economía francesa y modernizarla. Tras lanzar el plan con éxito, este financiero tuvo la oportunidad de poner en práctica sus ideas sobre Europa.

Una de las grandes preocupaciones que tenían los gobiernos de los

Estados Unidos y sus aliados europeos en la postguerra era lograr la reinserción de Alemania en el concierto europeo sin que volviera a ser una amenaza para sus vecinos. Monnet tuvo la solución: unir bajo una autoridad supranacional la industria del carbón y del acero de Francia y Alemania. De esta forma, además de fortalecer su poderío industrial, la guerra entre los dos países ya nunca más sería posible pues ninguno de los dos tendría el control exclusivo del carbón y del acero, vitales para la acción bélica.

El padre fundador de la Comunidad Europea persuadió al ministro de Asuntos Exteriores, Robert Schuman, sobre la conveniencia de lanzar este plan, y ambos decidieron que debería abrirse a cualquier democracia europea que aceptara las condiciones.

El 18 de abril de 1951, seis naciones, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, firmaron el Tratado de París mediante el cual nació la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la CECA. Tras lanzar con éxito la primera organización supranacional europea, el siguiente paso fue la Comunidad Europea de Defensa, creada en 1952 con el fin de construir un ejército europeo, pero ésta iba a fracasar ya que uno de los símbolos más sagrados de la soberanía nacional era precisamente los ejércitos y sus representantes no estaban dispuestos a fusionarse con sus antiguos enemigos.

Un paso de gran trascendencia en la integración europea se dio el 25 de marzo de 1957 con el Tratado de Roma, en el que las seis naciones pertenecientes a la CECA fundaban la Comunidad de la Energía Atómica (EURATOM) y la Comunidad Económica Europea, la CEE. Esta última iba a tener una importancia capital en la economía de los países firmantes, pues con ella nació una unión aduanera y una zona de libre comercio en el corazón del viejo continente. Además, con las nuevas comunidades europeas, sus estados miembros tuvieron que ceder soberanía a cuatro entidades supranacionales, la Comisión, que era el ejecutivo; la Asamblea Parlamentaria Europea, con la que comenzaba a ensayarse la idea de un parlamento paneuropeo; el Consejo de Ministros, en el que estaban representados los gobiernos nacionales, y por último un Tribunal de Justicia europeo.

El hecho de que naciones independientes cedieran soberanía a entidades supranacionales, y se mostraran dispuestas a compartir parcelas muy importantes de su gobierno con antiguas naciones rivales, constituyó un hecho sin parangón en la historia de Europa y del mundo. A cambio de esta importante cesión, las naciones pertenecientes a la Co-

munidad Europea se fortalecerían notablemente y, ante todo, la idea de la unión entre naciones europeas comenzó a tomar altura.

El Reino Unido fue el gran ausente de la construcción europea en su etapa inicial. Winston Churchill se ganó justa fama como europeísta cuando hizo el llamamiento a construir los Estados Unidos de Europa, en un famoso discurso pronunciado en Zúrich en 1946. Sin embargo, ni él ni sus sucesores en el gobierno, Clement Attlee y Anthony Eden, consideraron que su país debería estar en este proyecto de unificación europea. A pesar de las invitaciones que recibieron para participar en la fundación de la CECA y de la CEE, el gobierno británico las rechazó por razones de interés nacional. Los británicos seguían dando prioridad a la relación especial con los Estados Unidos y a su imperio menguante, y consideraban que estos intereses eran incompatibles con su pertenencia a la Comunidad Europea, que además les obligarían a compartir soberanía.

Pero la política europea del Reino Unido cambió radicalmente a comienzos de los años sesenta. «Gran Bretaña ha perdido un imperio y aún no ha encontrado su papel en el mundo», dijo el exsecretario de Estado norteamericano Dean Acheson en 1962. Este comentario resumía muy bien la etapa de desorientación por la que atravesó este país tras la derrota en la crisis de Suez e incluso desde la pérdida de la India. El primer ministro, Harold Macmillan, intentó definir un nuevo papel para su país solicitando el ingreso en la Comunidad Europea ese mismo año. Esta decisión se debió no sólo al convencimiento de que el Reino Unido no podía comportarse como si aún tuviera un imperio sino, ante todo, por acuciantes necesidades económicas. La formación de la Comunidad Económica Europea perjudicó mucho a las exportaciones británicas ya que los miembros de esta organización se encontraban entre sus mejores socios comerciales, y por lo tanto en 1962 el gobierno decidió que no podía permitirse quedarse fuera de esta unión aduanera por más tiempo.

Las eternas rivalidades nacionales, que seguían siendo muy fuertes en la Europa que comenzaba a caminar hacia su unificación, frustraron el primer intento del Reino Unido de pertenecer a la Comunidad Europea. El general De Gaulle vetó en nombre de su país la solicitud de ingreso británico, provocando una fuerte tormenta diplomática. La razón que alegó fue que Gran Bretaña era el caballo de Troya de los Estados Unidos, que permitiría a la superpotencia infiltrarse en la CEE como consecuencia, y su ingreso se retrasaría más de una década.

De Gaulle fue un europeísta pero de una forma muy peculiar. El fin de su carrera política era restablecer la grandeza de Francia, y apoyó la integración europea siempre y cuando ésta beneficiara los intereses franceses y se convirtiera, junto con Alemania occidental, en el país dominante. Otro problema que iba a tener frente a los líderes de la construcción europea, fue que él sólo creía en una unión de naciones. «Yo deseo una Europa, pero una Europa de realidades, es decir la Europa de las naciones», afirmó en una ocasión. Su choque con los partidarios de la unión supranacional europea provocó una nueva crisis en 1965, cuando De Gaulle retiró al representante francés del Consejo de Ministros. Este conflicto, que sería bautizado como «la crisis de la silla vacía», paralizó la Comunidad Europea y estuvo a punto de provocar su desaparición. Aunque la integración europea iba a ralentizarse en los años sesenta, la Europa de esa década, que atravesaba una época dorada desde el punto de vista económico y de bienestar de sus ciudadanos, no iba a resentirse por ello.

El crecimiento del que disfrutó el continente desde el lanzamiento del Plan Marshall fue extraordinario. El producto nacional bruto y el producto interior bruto, que desde la postguerra serían los indicadores clave para medir el desarrollo de una nación, crecieron constantemente en los países europeos. En los años cincuenta el producto nacional bruto alemán creció un 6,5% cada año, en Italia un 6,5% y en Francia un 3,5%. Países más pobres del centro y del sur del continente también evolucionaron a un ritmo extraordinario. En el caso de España a partir de 1959, cuando comienza el llamado desarrollismo, el país creció a una tasa anual del 7%, logrando convertirse en la novena potencia industrial en 1970. El atraso que arrastraba con respecto a las grandes potencias europeas se iba recuperando a pasos agigantados.

Desde 1950 a 1970 el comercio exterior se disparó. A pesar de la desaparición de los imperios coloniales, en esa época las potencias industriales iban a exportar al tercer mundo cada vez más, y gracias al mercado común creado por el Tratado de Roma, el comercio entre países miembros crecería a gran velocidad.

A lo largo de los siglos en que Europa dominó el mundo, las riquezas de las que disfrutaron las grandes potencias no siempre llegaron a la ciudadanía en general. Como escribió el filósofo Hobbes en el siglo XVII, para la inmensa mayoría de la población la vida era pobre, desagradable, embrutecedora y corta. Sin embargo, en el siglo XX cuando el poder europeo estaba en declive, y concretamente a partir de los

años cincuenta, las condiciones de vida de los europeos experimentaron una mejora sin precedentes en la historia. Esto fue posible principalmente gracias a la creación del Estado de bienestar en la postguerra.

En 1942 el economista William Beveridge presentó al gobierno británico un influyente informe que llevó su nombre. En él identificaba cinco grandes males de la sociedad: la miseria, la ignorancia, la necesidad, el desempleo y la enfermedad, y propuso la introducción de un sistema de beneficios sociales que permitieran combatirlos y paliar sus efectos. Como consecuencia de este informe, nació el llamado Estado de bienestar en el Reino Unido tras la Segunda Guerra Mundial, mediante el cual todos los ciudadanos iban a disfrutar del derecho a la educación y salud gratuita, también al subsidio de desempleo y a una pensión de jubilación a cambio de sus impuestos. Este sistema se extendió con prestaciones similares, y en mejores o peores condiciones, por todos los países de Europa occidental a partir de la postguerra.

¿Cómo pudieron los europeos permitirse el Estado de bienestar cuando su hegemonía mundial estaba en pleno declive? Principalmente gracias al crecimiento económico y el aumento de producto nacional bruto que hemos indicado anteriormente.

Otro factor que permitió a muchos estados sufragar el coste del Estado de bienestar fue la reducción en el gasto de defensa. En 1949 se firmó el Tratado del Atlántico Norte por el que se creaba la OTAN. Esta organización defensiva permitía a los 12 países firmantes contar con el apoyo militar del resto de los miembros, y muy especialmente de los Estados Unidos, en caso de ser atacados. Gracias a la seguridad que proporcionaba esta organización, el gasto militar en países como Francia y el Reino Unido pudo reducirse considerablemente e invertirse en beneficios sociales para su población.

Además de estar más protegidos que nunca contra los reveses de la fortuna gracias al Estado de bienestar, los ciudadanos de Europa occidental tenían más capacidad económica que nunca para comprar bienes que no fueran los estrictamente necesarios para su subsistencia.

En la sociedad de consumo, que hizo su aparición en Occidente a partir de los años cincuenta, el mercado iba a verse invadido de todo tipo de bienes producidos a gran escala con el fin de llegar al mayor número de ciudadanos. El porcentaje de los ingresos mensuales que cada familia gastaba en comida fue cada vez menor, y en su lugar aumentó el consumo de productos gratificantes como prendas de vestir y otros destinados a facilitar la vida doméstica como las lavadoras, los

frigoríficos o las aspiradoras. Éstos estaban entre los productos estrella de los años cincuenta y sesenta que revolucionaron la vida de las amas de casa.

Pero el producto más demandado por las familias europeas a partir de los años cincuenta, y que más radicalmente cambió su estilo de vida, fue el automóvil. El medio de transporte que hasta finales de los cuarenta se consideraba un lujo sólo accesible para una minoría comenzó a estar al alcance de cada vez más ciudadanos. El Volkswagen Beetle en Alemania, el Mini Cooper en el Reino Unido, el Renault 4 en Francia o el Seat 600 en España, todos estos modelos fueron construidos con el fin de llegar a más sectores de la población. Como consecuencia, las ciudades se transformaron radicalmente, no siempre a mejor pues permitir el tránsito de automóviles implicaba hacer grandes cambios urbanos y extenderse cada vez más al permitir el automóvil moverse en grandes distancias.

Todos estos productos pudieron ser adquiridos por la ciudadanía europea gracias al crédito cada vez más fácil de conseguir. No sólo gastaban sus ahorros en bienes de consumo sino que también comenzaron a endeudarse sin miedo, en gran parte debido a que, además de tener trabajo en abundancia, el Estado de bienestar les proporcionaba una seguridad frente a los reveses de fortuna que las anteriores generaciones no habían tenido. Todo ello implicó un extraordinario cambio de mentalidad económica.

«Ingreso anual 20 libras, gasto anual 19, resultado felicidad. Ingreso anual 20 libras, gasto anual 20 libras con seis, resultado miseria.» Esta cita, extraída de la famosa novela *Mr Micawber* de Charles Dickens, que tan bien retrató la moral y los valores de la Inglaterra victoriana, resume muy bien la actitud popular ante el dinero en el tiempo que le tocó vivir. En Inglaterra, como en cualquier otro país de Europa hasta mediados del siglo XX, la preocupación principal de la gran mayoría de los ciudadanos que no contaban con una fortuna personal era cubrir sus gastos, pues contraer deudas se consideraba una desgracia y era también deshonroso. Sin embargo, en la nueva sociedad de consumo respaldada por el Estado de bienestar la actitud popular ante el endeudamiento se transformó profundamente, y éste se convirtió en un medio legítimo para conseguir un fin: los bienes de consumo.

También los europeos tuvieron cada vez más tiempo y dinero para dedicar al ocio. La jornada laboral de muchos trabajos, especialmente

en el sector industrial y manufacturero, se redujo en parte gracias a la presión de los sindicatos laborales; también las vacaciones pagadas, un lujo que muy pocas empresas se podían permitir antes de 1945, se convirtieron en un derecho del trabajador.

El hecho de que los europeos tuvieran cada vez más tiempo libre y también dinero para gastar en el cultivo de sus aficiones permitió el desarrollo de muchas industrias en torno al ocio. Los libros de bolsillo y los discos de vinilo permitieron que la literatura y la música llegaran a las grandes masas y que hasta los ciudadanos más humildes se lo pudieran permitir. La televisión fue otro de los grandes inventos estrella de esa época que revolucionó el ocio, restó protagonismo a las radios en las casas e incluso al entretenimiento por antonomasia que había sido el cine, y cada vez fueron más las familias que compraban este artefacto y pasaban horas todos los días delante de él.

Otra actividad que los europeos se iban a permitir cada vez más en sus vacaciones fue la de viajar, lo que facilitó el surgimiento de una lucrativa industria, la del turismo. La revolución cultural de los años sesenta no hubiera sido posible sin el nuevo estilo de vida que se impuso en Europa a partir de los cincuenta y sin todas esas industrias que florecieron en torno al ocio.

Los Estados Unidos tuvieron un papel muy destacado en los cambios socioculturales que experimentó Europa a partir de la postguerra. Las grandes industrias estadounidenses obtuvieron inmensos beneficios de la sociedad de consumo que se expandió por Occidente. Pero la influencia de la superpotencia se iba a notar más en la cultura y en la propia sociedad europea que en la economía.

Todos los productos que promovieron la influencia cultural estadounidense en el mundo iban a penetrar en Europa occidental con mucho vigor en estos años. Los europeos no sólo eran los principales seguidores de Hollywood y la industria cinematográfica norteamericana desde su nacimiento, sino que desde los años cincuenta cada vez más ciudadanos se aficionaron a beber Coca-Cola, comer hamburguesas en McDonald's y vestir pantalones vaqueros; también el consumismo voraz que se practicaba en los nuevos supermercados y los grandes almacenes fue un fenómeno importado de los Estados Unidos; la revolución musical que fascinó a la juventud de entonces comenzó al otro lado del Atlántico, pues antes de los Beatles y los Rolling Stones, Elvis Presley y el rock and roll invadieron el mercado europeo, las melenas largas, el movimiento hippy y la ola de rebeldía

entre los jóvenes contra el mundo de sus padres también tuvo un origen norteamericano.

Mientras que para algunos europeos éste era un signo de la fortaleza de la relación trasatlántica y de los estrechos vínculos que existían entre las grandes potencias occidentales, los más críticos lo consideraron como un síntoma evidente de la decadencia de Europa. Tradicionalmente los Estados Unidos siempre habían seguido las pautas culturales que marcaba Europa, pero a partir de los años sesenta comenzó a ocurrir todo lo contrario, la *American way of life* tenía cada vez más fieles en la vieja Europa. Ver cómo los Estados Unidos no sólo desplazaban a las potencias europeas en la hegemonía política y económica sino que tenían cada vez más influencia en la sociedad europea suscitaría muchas críticas. En 1964 el sociólogo francés Maurice Duverger escribía en la revista *L'Express*: «sólo hay un peligro inmediato para Europa, y ése es la civilización americana». Así opinaban muchos intelectuales franceses, y muy especialmente el más famoso de aquella época: Jean-Paul Sartre.

El economista francés Jean Fourastié publicó en 1979 un influyente ensayo bajo el título *Los treinta gloriosos o la revolución invisible de 1945 a 1975*, en el que describía todas las transformaciones que experimentó su país a lo largo de estas tres décadas. No era exagerado en absoluto calificar de gloriosos los años cincuenta y sesenta para Francia y el resto de Europa occidental. A lo largo de estos años los europeos disfrutaron de paz, prosperidad en lo material y seguridad desde el punto de vista de sus perspectivas vitales, y la calidad de vida mejoró de forma extraordinaria, especialmente para el sector más pobre de la sociedad. Muchas de las reivindicaciones sociales que los europeos venían defendiendo desde el siglo XIX se hicieron realidad a partir de 1945, y cada vez fueron más los que vivieron mejor que sus padres y sus abuelos. De hecho, una de las causas del enfrentamiento generacional en los años sesenta se debe a que los nacidos a partir de los años cuarenta crecieron en una sociedad que nadaba en la abundancia y tenían preocupaciones muy distintas a las generaciones anteriores, que habían tenido que abrirse camino en una Europa en la que la crisis y la guerra se cruzaban constantemente en sus caminos.

«Seamos sinceros, nunca hemos vivido mejor», dijo el primer ministro Harold Macmillan en un discurso en 1957. A partir de entonces muchos fueron los líderes políticos que utilizaron la creciente prosperidad para renovar su confianza entre los ciudadanos o afianzar su

poder. En el caso del régimen de Franco, el milagro español de los años sesenta sirvió para prolongar la duración de la dictadura, el Seat 600 y el piso pagado a plazos, símbolos de la emergente clase media, tenían más valor para el ciudadano medio que la democracia o la libertad de expresión.

La era de la opulencia en la que entró Europa occidental a partir de los años cincuenta contribuyó a desafiar el sentimiento de declive que invadió sus países en la década anterior. A lo largo de la historia perder una guerra y mucho más la pérdida de un imperio eran sinónimos de ruina en todos los aspectos. Pero no iba a ser así en el caso europeo en la segunda mitad del siglo XX, la República Federal de Alemania se recuperó con rapidez y continuó siendo una de las primeras potencias industriales del mundo, de hecho un motivo de gran frustración para los líderes británicos y franceses fue que, a pesar de haberle ganado dos guerras mundiales a Alemania, ésta continuó siendo una potencia industrial más poderosa que sus países.

Por otro lado, Francia, el Reino Unido y el resto de las potencias coloniales que perdieron sus imperios a partir de los años cincuenta iban a disfrutar de una prosperidad económica y una paz social inusitada a lo largo de su historia imperial. Una de las razones por las que fue tan fácil, desde el punto de vista político, renunciar a los imperios se debía a la bonanza económica. Las antiguas metrópolis imperiales ofrecieron a sus habitantes más posibilidades que nunca de prosperar económicamente y satisfacer sus necesidades vitales, la ciencia, la tecnología y las conquistas sociales les permitían mejorar su calidad de vida de forma extraordinaria, entre el bienestar social y la abundancia de bienes de consumo la nostalgia imperial desaparecería con rapidez. El hecho de que las potencias europeas tuvieran un crecimiento económico tan extraordinario sin sus imperios contribuyó a convencer a muchos de que las colonias eran un lastre desde el punto de vista económico, y que se podía prosperar mucho más sin ellas. Al fin y al cabo, los únicos beneficios tangibles de los imperios eran poder exportar e importar en condiciones muy especiales, y esto se iba a continuar haciendo tras la concesión de la independencia a sus colonias. Por lo tanto, la Europa postimperial parecía vivir en el mejor de los dos mundos.

La era de la opulencia finalizó dramáticamente en 1973. Una vez más en su larga historia, los europeos tuvieron que hacer frente a una crisis

económica. El bloqueo a las exportaciones de petróleo que decretaron los países de la *Organización de Países Exportadores de Petróleo* (OPEP) contra Occidente por su apoyo a Israel en la guerra de Yom Kipur, provocó una tremenda subida en el precio del crudo, con consecuencias devastadoras para las potencias industriales que sólo podían funcionar a base del oro negro como combustible. La actividad económica comenzó a ralentizarse en Europa occidental a partir de entonces y sus gobiernos tuvieron que hacer frente a dos graves problemas que hicieron su aparición a la vez, la inflación y el desempleo.

Durante la primera crisis del petróleo, los europeos, y muy especialmente las antiguas potencias coloniales, iban a sufrir de una manera muy acuciante las consecuencias de haber perdido sus imperios de ultramar. Un desafío como el de 1973 no hubiera sido posible dos décadas antes, cuando muchos de los grandes yacimientos petrolíferos permanecían bajo control europeo. Ni el gobierno francés ni el británico, ni ningún otro de los que tuvieron que hacer frente a la descolonización, fueron conscientes del peligro que implicaba la dependencia energética de los países del tercer mundo hasta ese año. Frente a este gran problema sólo había dos opciones que los gobiernos podían aplicar: en primer lugar, ahorrar energía y buscar alternativas energéticas al petróleo, y en segundo, negociar con los países de la OPEP para poder importar petróleo a un precio razonable. La prosperidad y la estabilidad económica europea nunca habían dependido de factores exteriores tanto como en la era del petróleo, lo que implicaba un cambio muy radical en su posición en el mundo, y uno de los motivos por los que la sensación de declive aumentó notablemente.

Los años setenta obligaron a los líderes de Europa occidental a reflexionar sobre los grandes cambios geopolíticos que estaban teniendo lugar y tomar medidas para defender sus intereses. El impacto de la crisis de estos años fue mayor debido a que, aparentemente, sólo la padecieron los europeos de la mitad occidental, a los de Europa del Este que vivían bajo el comunismo no les afectaban esos problemas. En 1956 el líder soviético Nikita Jruschov pronunció un famoso discurso en Moscú ante una representación de embajadores de Occidente, en el que les advirtió que la historia estaba de parte del comunismo y que su victoria sobre el sistema capitalista era sólo cuestión de tiempo; «les enterraremos» amenazó Jruschov. Por aquel entonces, el comentario resultaba simplemente una fanfarronería del líder soviético y por ello los líderes europeos no la tuvieron en cuen-

ta, pues la Europa capitalista no sólo crecía a un ritmo de vértigo, sino que también gozaba de un nivel de vida con el que los habitantes del bloque comunista no podían soñar. Sin embargo, en los setenta la situación era mucho más crítica y llevo a la opinión pública europea a expresar cada vez más dudas sobre las virtudes del capitalismo y su futuro a largo plazo.

Ante la incertidumbre económica y la adversidad la mejor solución era avanzar hacia la unión política y económica de Europa occidental. En 1973, justo el año en que comenzó la crisis, tuvo lugar la primera ampliación de las comunidades europeas, con el ingreso del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca. Pero la integración europea tampoco lograría avanzar mucho más en esos años en que los estados miembros estaban demasiado ocupados enfrentándose a la crisis y a problemas políticos internos como para poder fortalecer la Comunidad Económica Europea.

El contexto fue mucho más propicio en los años ochenta, cuando finalmente la crisis quedó superada; además Francia y la República Federal de Alemania contaron con dos grandes políticos europeístas como fueron François Mitterrand y Helmut Kohl, especialmente conscientes de la importancia que tenía la Unión Europea para sus países.

En esa década tuvo lugar la siguiente ampliación de la Comunidad que permitió a Grecia, España y Portugal ingresar en esta organización. Los tres países del sur de Europa, que recuperaron la democracia en los años setenta, no habían podido participar antes en la integración europea, principalmente debido a sus regímenes autoritarios. España como antigua gran potencia se resintió mucho por esta marginación, y por esta razón los españoles celebraron su ingreso bajo el lema de «ya estamos en Europa».

El ingreso de España y Portugal tenía también mucho significado desde el punto de vista de la historia imperial de Europa. A partir de 1985 todas las grandes potencias de Europa occidental que habían creado imperios coloniales estaban en la Comunidad Europea. De hecho, uno de los argumentos esgrimidos tanto por españoles como por portugueses para apoyar su candidatura fue la relación especial que mantenían con los países de sus antiguos imperios en América Latina; con su ingreso se esperaba que la influencia de la Europa comunitaria en América Latina aumentara, y de esta forma los nexos que tenía en el resto del mundo a través de las antiguas potencias coloniales serían cada vez más fuertes.

Mientras Europa occidental continuaba avanzando hacia su unidad, tuvo lugar uno de los acontecimientos más inesperados de la historia, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. La súbita caída del gobierno de Erich Honecker en Alemania oriental arrastró al resto de los regímenes comunistas de Europa central y oriental. «La vida castiga a quien llega demasiado tarde en política», había advertido Mijaíl Gorbachov unos meses antes en Berlín.

La inesperada desaparición del comunismo en Europa inicialmente creó una gran sensación de vértigo entre los gobiernos de Occidente, especialmente ante las perspectivas de la reunificación de Alemania, que podría tener como consecuencia el surgimiento de una nueva Alemania hegemónica en el viejo continente. Después de más de cuatro décadas los europeos se habían acostumbrado a vivir en un continente dividido, muchos lo consideraban el precio que tenían que pagar por las convulsiones de las primeras décadas del siglo XX y los errores cometidos entonces. En la parte occidental algunos habían llegado a temer que la división fuera simplemente la antesala de la inexorable expansión del comunismo por toda Europa, tal y como habían vaticinado los teóricos del marxismo y la propaganda soviética. Sin embargo, a partir de 1989 ocurrió todo lo contrario, fue el comunismo el que cayó, y como consecuencia los habitantes del antiguo bloque soviético optaron por la economía de mercado y la democracia liberal.

Mientras el comunismo se desmoronaba en Europa oriental, la parte occidental mostraba cada vez más fortaleza y vigor, y además iba a dar un gran paso hacia su unidad política y económica. El 7 de febrero de 1992 se firmó el Tratado de Maastricht mediante el cual nació la Unión Europea, donde habría plena libertad de movimiento de productos, servicios, capitales y personas; el viejo sueño que describió Immanuel Kant en su obra *Sobre la paz perpetua* de una Europa en la que sus ciudadanos comerciaran entre ellos pacíficamente en vez de enfrentarse en aniquiladoras guerras, finalmente iba a hacerse realidad. Además, este tratado marcó el objetivo de crear una moneda común en el futuro cercano, lo que implicaría toda una revolución para la economía europea.

En lo político también se experimentaron grandes avances. El parlamento europeo, que desde 1979 era elegido por sufragio universal entre los habitantes de los estados miembros, iba a ver reforzados sus poderes legislativos y de control del ejecutivo, gracias a ello la Europa de los ciudadanos que reivindicaba la sociedad civil y la transparencia democrática se reforzó considerablemente.

En Maastricht los gobiernos de la Unión Europea también asumieron un serio compromiso de avance hacia una política exterior común y la creación de una diplomacia europea que permitiera a la Unión hablar con una sola voz en el ámbito global. Se creó la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) que estaría representada por un llamado alto representante, una personalidad política que asumiría la responsabilidad de dirigir la política exterior europea. Éste suponía otro gran cambio, pues hasta entonces la política exterior y de defensa eran parcelas que los estados nacionales eran muy reticentes a ceder.

Una de las razones por las que se acusaba a la antigua Comunidad Europea de ser un enano político era precisamente debido a la profunda división que existía entre sus estados miembros en materia de política internacional, ya que a menudo chocaban como era inevitable entre antiguas grandes potencias que habían estado enfrentadas a lo largo de la historia. España, por ejemplo, apoyó a Argentina en la guerra de las Malvinas, y Gran Bretaña y Francia con frecuencia habían defendido a sus antiguas colonias ante sus colegas comunitarios en conflictos comerciales o pesqueros. La nueva PESC aspiraba a superar estas divisiones de una vez por todas.

Los primeros años de la década de los noventa fueron un periodo especialmente propicio para avanzar hacia la unidad de Europa y fijar los objetivos más ambiciosos para la nueva Unión Europea. El fin de la Guerra Fría dio paso a una etapa de gran optimismo para los Estados Unidos y sus aliados en Europa, pues su modelo político de democracia liberal había triunfado en el enfrentamiento bipolar. La globalización que Europa había promovido a lo largo de su expansión por el mundo desde 1492, se aceleró en los años noventa, no sólo debido a la caída del imperio soviético sino también a un prodigioso avance tecnológico como fue Internet. Con Internet daba comienzo la llamada era de la información en la cual los europeos tendrían más oportunidades que nunca para promover sus intereses y sus valores por el mundo desde la desaparición de sus imperios.

El nuevo orden mundial surgido tras la caída del bloque soviético brindó la oportunidad de crear un clima de cooperación entre las grandes potencias, con el fin de que la paz y la armonía entre naciones predominaran. Junto con los Estados Unidos, la Unión Europea iba a tener un papel muy destacado en el mantenimiento de este orden. En 1991 tuvo lugar la primera guerra del Golfo, el primer conflicto ar-

mado desde el fin de la Guerra Fría, causado por la invasión iraquí de Kuwait. Los Estados Unidos lideraron una gran coalición internacional de 34 naciones con el fin de expulsar a las tropas de Sadam Hussein. Nueve de los 12 estados miembros de la Unión Europea participaron en esta guerra, por primera vez en la historia todas las antiguas potencias coloniales, salvo Alemania, luchaban juntas por la misma causa en un conflicto, lo que demostraba hasta qué punto sus intereses y su visión del mundo se habían ido acercando.

Sin embargo, la década de los noventa también puso en evidencia la debilidad de la Unión Europea como potencia política y militar, al no lograr articular una respuesta rápida y eficaz ante la guerra en la antigua Yugoslavia, o al menos evitar que se extendiera tanto. A partir de 1991 el desmembramiento de la nación yugoslava provocaría un grave conflicto bélico en el corazón de Europa. La guerra en Yugoslavia desestabilizó los Balcanes y Europa central durante varios años, causó problemas a los países vecinos y, sobre todo, los europeos tuvieron que ser víctimas y testigos de una guerra más en su continente. Además, este conflicto trajo de nuevo los horrores del genocidio y la limpieza étnica; muchos consideraban que después de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial ya nunca más tendrían lugar en Europa, pero lamentablemente no fue así. Tanto en la guerra en Bosnia en 1995, como en Kosovo en 1999, fue la OTAN, con sus controvertidos bombardeos, la que conseguiría poner fin a estos conflictos y asegurar la paz, y en ambos casos fue el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, quien dio la cara ante el mundo para justificar las drásticas medidas tomadas. Este caso iba a mostrar que la Unión no tenía aún ni la autoridad ni los medios apropiados para poner en orden el continente europeo sin la ayuda de su aliado estadounidense.

En enero de 1999 la Unión Europea dio uno de los pasos más importantes hacia la unidad económica y política con la introducción de una moneda común, el euro. Dos años después, el 1 de enero de 2002, comenzó a utilizarse en 12 países sustituyendo sus monedas nacionales. La aparición de esta divisa supuso grandes esfuerzos para cumplir los criterios de convergencia económica por parte de los 11 estados miembros que inicialmente la iban a compartir; también fueron necesarias muchas discusiones sobre los pros y los contras de la moneda común, que obligaba a los estados que se unieran a ella a renunciar a acuñar una propia y a controlar su política monetaria desde sus propios bancos centrales. La moneda común implicaba la renuncia defini-

tiva a la soberanía económica, una de las razones por las que el Reino Unido, Dinamarca y Suecia decidieron quedarse fuera.

El lanzamiento del euro, pese a todas las reticencias que provocó, fue un gran éxito tanto desde el punto de vista económico como político. Gracias a este paso, Europa tuvo al fin una moneda común capaz de rivalizar con las dos que dominaban los mercados internacionales: el dólar y el yen japonés. La estabilidad de la zona euro y el prestigio internacional de sus países contribuyeron a que cada vez fueran más los que elegían el euro frente al dólar como moneda de reserva de divisas. Con la aparición de la moneda única, la era de supremacía indiscutible del dólar en los mercados llegó a su fin. Gracias a esto viejas potencias coloniales como Francia y Holanda, España y Portugal iban a disfrutar de una influencia económica como no habían tenido desde los años en que sus imperios estaban en el cenit de su poder.

El euro también tuvo un gran impacto político y cultural sobre la Unión Europea. Poder cruzar fronteras nacionales sin tener que cambiar de moneda supuso hacer realidad otro de los sueños de los grandes visionarios europeístas. Desde la caída del imperio romano hasta Napoleón, varios grandes estadistas habían aspirado a que el continente tuviera una moneda común. Para la ciudadanía compartir moneda contribuyó no sólo a estrechar las relaciones económicas, sino también a aumentar el movimiento de personas y sobre todo a afianzar la identidad europea.

Otro de los grandes logros de la construcción europea a partir de los años noventa fue la ampliación hasta incluir en la Unión Europea a la gran mayoría de las naciones del viejo continente. En 1995 ingresaron Austria, Suecia y Finlandia, pero el gran reto sería incorporar a naciones con democracias frágiles y economías poco desarrolladas (como consecuencia de haber vivido cuarenta años bajo el comunismo) de Europa central y oriental. En el año 2004 tuvo lugar la gran ampliación, mediante la cual la UE pasaría de 15 a 25 miembros. Tres años más tarde llegaría a 27, con la ampliación hacia Rumanía y Bulgaria. Malta y Chipre también habían ingresado.

Al llegar a contar con 27 miembros, la Unión Europea acumuló un poder formidable que la convertía en una de las grandes potencias del siglo XXI. Contaba con una población de 501 millones de habitantes en el año 2007, y su producto nacional bruto era de 16.447 billones de dólares, una cifra que la convertía en la mayor economía del mundo y también en la primera potencia comercial. Gracias a la Unión Euro-

pea, sus estados miembros lograron adelantar a los Estados Unidos, que desde comienzos de 1991 fue la única superpotencia.

Además de superar a Norteamérica en población y en producción económica, también logró tener una presencia global que en muchos aspectos era más destacada que la de la superpotencia americana. En primer lugar, era la potencia que más invertía en cooperación al desarrollo, el 60% de los fondos mundiales provenían de la Unión Europea en los primeros siete años del siglo XXI, de los que un total de 160 países se beneficiaban. Prácticamente todos los países que habían sido colonias europeas recibían dinero y ayuda económica del viejo continente.

Un aspecto en el que la Unión Europea no podía rivalizar con los Estados Unidos era en su poder militar, pues la Unión gastaba la mitad que la superpotencia en defensa y su tecnología era muy inferior. Por otro lado, los estados miembros hicieron un uso de sus tropas que tuvo un efecto más positivo sobre su imagen exterior que la de los Estados Unidos. En los años 2000 y 2001 en torno a siete veces más tropas de países de la Unión tomaron parte en misiones de paz de las Naciones Unidas que las tropas de Norteamérica. De hecho, el 47% de la ayuda humanitaria en el planeta provenía de Europa. Tanto los fondos destinados a la cooperación para el desarrollo como las tropas en misiones de paz fueron dos pilares fundamentales de lo que se iba a describir como el poder blando de la Unión, que se alejaba de las formas tradicionales de ejercer el poder en el mundo y que resultó especialmente efectivo para Europa. Los europeos tenían más experiencia que ninguna otra potencia en la utilización de sus ejércitos para defender sus intereses en el mundo, pero las dos guerras mundiales y el legado de la colonización les dejó un recuerdo amargo de todo lo que sonara a poder militar e imponerse por la fuerza. Por esta razón optó por el envío muy selectivo de sus fuerzas armadas por el mundo, y sobre todo a misiones de paz o de reconstrucción de países en guerra.

«Europa viene de Venus y Estados Unidos de Marte», escribió el politólogo norteamericano Robert Kagan en 2003, aludiendo a la reticencia de la Unión Europea a utilizar la fuerza militar y la costumbre de dejar que la responsabilidad y el coste de los conflictos armados recayeran sobre los hombros del gobierno de los Estados Unidos. Hasta 1945 había sido todo lo contrario, eran los europeos los que venían de Marte, pero como hemos señalado antes, desde entonces optarían por una estrategia más basada en la negociación y la diplomacia que en la fuerza. El resultado fue muy positivo y contribuyó notablemente a

mejorar la imagen exterior de la Unión Europea frente a Norteamérica, y a aumentar la confianza que muchos países depositaban sobre los estados europeos en la resolución de conflictos y la promoción de la paz. Al comenzar el siglo XXI, la Unión Europea gozaba de mejor imagen en los antiguos países del tercer mundo que los Estados Unidos, todo lo contrario que al comienzo del proceso de descolonización, cuando este último era visto como una fuerza libertadora, especialmente en África.

Su buena reputación en el mundo y el tamaño de su economía contribuyeron también a que la moneda única surgiera como una moneda con tanta pujanza a comienzos del siglo XXI. La hegemonía del dólar era indiscutible cuando el euro hizo su aparición en los mercados internacionales, sin embargo muy pronto el euro emergió como una atractiva alternativa como moneda de reserva de divisas. En 2003 Rusia aumentó sus reservas en euros hasta aproximadamente el 25%, y China y la India comenzaron a adquirir cada vez más reservas en la moneda europea. Muy preocupantes para los Estados Unidos fueron los rumores que corrieron en 2003 de que la OPEP se estaba planteando cambiar el precio del petróleo a euros, en primer lugar, por la estabilidad de la que gozaba esta moneda, pero la animadversión que sentían varios países de esta organización hacia los Estados Unidos también influyó. Fue el propio presidente de la Reserva Federal norteamericana, Alan Greenspan, quien sentenció la creciente importancia del euro, al declarar en 2007 que era absolutamente concebible que fuera a sustituir al dólar como reserva de divisa o como una moneda igualmente importante en los mercados internacionales.

Otro aspecto en el que Europa logró hacer sombra a los Estados Unidos a comienzos del siglo XXI fue en su modelo de sociedad. Si bien la cultura y la sociedad estadounidense fue la que más influyó a Occidente y buena parte del mundo, especialmente desde los años cuarenta a los noventa, a partir de entonces Europa recuperaría protagonismo. La construcción de Europa contribuyó de forma muy especial al surgimiento del sueño europeo, como lo bautizó el escritor norteamericano Jeremy Rifkin. Según este autor, el sueño europeo consistía en la realización personal no exclusivamente mediante la acumulación de riqueza como en el sueño americano, sino a través de factores como la relación con los demás, el desarrollo cultural, la contribución al desarrollo sostenible de la sociedad y el respeto a los derechos humanos. Una diferencia muy notable entre el sueño americano y el europeo es que en

los Estados Unidos los ciudadanos que no alcanzaban sus objetivos solían verse castigados con la pobreza y la marginación, mientras que en Europa el Estado de bienestar permitía que la adversidad en el ámbito laboral y económico no implicara caer en la indigencia. Lo que tenían todos los estados miembros en común es que ofrecían este atractivo modelo de desarrollo humano y profesional.

La prueba de que existía un sueño europeo es que los ciudadanos de los estados miembros habían dejado de emigrar a otros continentes como hacían antes, y cuando decidían hacerlo era dentro de las fronteras de la Unión. Desde los años cincuenta hasta el comienzo del siglo XXI, cada vez eran más los inmigrantes de muchos lugares del planeta que elegían algún país europeo para trabajar y vivir.

En una ocasión, el canciller alemán Helmut Schmidt declaró que su país y Francia «compartían un interés común de no entregarse a la hegemonía de nuestro poderoso aliado los Estados Unidos». En 2002 el comisario para Asuntos Exteriores, Chris Patten, se expresó en términos similares instando a Europa «a convertirse en un jugador serio, un contrapeso y una contraparte seria ante los Estados Unidos». Entre los líderes europeos parecía haber un consenso en que éste era uno de los fines de la Unión Europea, y a juzgar por los indicadores económicos y por su posición en el mundo al traspasar el umbral del siglo XXI, parecía haberlo conseguido. Como decía un titular del *International Herald Tribune* en 2001, «Un sueño europeo se ha hecho realidad».

Además de surgir como una potencia en muchos aspectos tan poderosa como su aliado los Estados Unidos, la Unión Europea también se encontraba en una posición de fuerza frente a las potencias emergentes que desde los años noventa ocuparon un papel cada vez más importante en el ámbito internacional. Entre el grupo de países denominados BRIC, Brasil, Rusia, la India y China, el último era el que constituía la amenaza más seria tanto para el poder de los Estados Unidos como de Europa.

Como advirtió Napoleón, el mundo iba a temblar desde el momento en que el gigante chino despertara, y este momento comenzó a finales de los años setenta, cuando el primer ministro Deng Xiaoping decidió que su país emprendiera la senda del crecimiento económico por métodos capitalistas sin dejar de ser un país comunista. Las cifras que ofrecía China al mundo 20 años después eran apabullantes. Además de ser la primera potencia demográfica, con más de 1.339 millones de habitantes, más del doble de población que la Unión Europea, crecía a

un ritmo vertiginoso, en torno a un 10% anual, y se preveía que, de seguir así, se podría convertir en la economía más grande del mundo en 2030. Tenía además el ejército más numeroso del mundo con dos millones y medio de soldados, y en 2001 creó junto con Rusia y otros países asiáticos la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), una organización de seguridad regional y defensa. Los sueños de grandeza de Mao Tse Tung, con los que aspiraba a compensar los más de 100 años en los que en su opinión China estuvo sometida y humillada ante Occidente, parecían hacerse realidad al comenzar el nuevo siglo. China tenía todo a su favor para erigirse como primera potencia económica y hasta cierto punto lograr que el siglo XXI fuera el siglo chino.

Varias décadas antes de que comenzara a despertar, el filósofo José Ortega y Gasset predijo que Europa se uniría al ver la coleta del chino asomar por los Urales. Sin duda, lo que algunos analistas describían como el peligro amarillo fue un poderoso acicate para avanzar hacia la unión política y económica. A medida que el centro del poder económico comenzaba a desplazarse del Atlántico hacia el Pacífico, los líderes europeos fueron cada vez más conscientes de que sólo unidos podían hacer frente a este nuevo coloso.

Pero China no necesariamente era vista como una amenaza para la Unión Europea, y en muchos aspectos constituía una oportunidad para afianzar su poder global. La nueva potencia era un enorme mercado que comenzaba a abrirse al exterior, cada año millones de chinos salían de la pobreza y se convertían en potenciales clientes de muchos productos europeos. La aspiración del primer embajador británico ante China en el siglo XVIII, lord McCartney, de abrir el mercado chino para el comercio de su país se convirtió en una realidad para los europeos tres siglos después. Toda empresa europea con verdaderas ambiciones de internacionalización abriría una oficina en alguna de las principales ciudades del país asiático. La nueva élite china, deseosa de viajar y formarse en Europa e intercambiar experiencias con los europeos, también brindaba oportunidades de mercado en el sector turístico y de educación europeo. Otro beneficio que la Unión Europea obtuvo de China es que este país, como hemos visto anteriormente, iba a adquirir cada vez más reservas de divisas en euros.

La India era un fenómeno muy similar, una antigua civilización que había disfrutado de grandes riquezas a lo largo de buena parte de su historia y que en el siglo XXI volvió a emerger como gran potencia económica. También lo era demográficamente, con 1.210 millones de ha-

bitantes, pero a diferencia de China, que era un país viejo, la India tenía una población muy joven que aumentaba a muy buen ritmo, lo que le iba a permitir adelantar a China en el siglo XXI y convertirse en el país más poblado del mundo. Crecía a cerca de un 10% anual, sólo que la humildad de sus líderes y una política exterior sin aspiraciones hegemónicas hacían que su auge no suscitara los mismos temores en Occidente que en el caso chino.

Para Europa la excolonia británica era una oportunidad por las mismas razones que China, millones de consumidores incorporándose cada año a los hábitos de consumo occidentales y abundante y muy barata mano de obra, que llevó a muchas industrias europeas a fabricar sus productos allí y cada vez a más entidades occidentales a subcontratar mano de obra o servicios de muy diversa índole. La India tenía un valor añadido para los empresarios e inversores europeos, y es que hablaban inglés y, como consecuencia de haber sido colonia británica, su élite estaba mucho más familiarizada con el mundo occidental.

La Rusia postsoviética permitió a la Unión Europea recuperar la relación con esta parte del mundo europeo que se había perdido en el siglo XX por razones políticas y debido también al enfrentamiento bipolar. La incorporación de este enorme país a la economía de mercado abrió a los europeos un amplio horizonte de expansión ante otro de los grandes países del mundo que durante mucho tiempo habían estado fuera del alcance de la economía europea.

Brasil había sido descrito durante mucho tiempo como el país del futuro por antonomasia, y su oportunidad de demostrarlo llegó finalmente al comenzar el siglo XXI. Éste era uno de los países con mayores recursos naturales del planeta, y por todas estas razones gobiernos y grandes empresas europeas estrecharon sus relaciones con él.

Entre las potencias emergentes, Brasil era especialmente atractivo para los europeos por afinidad cultural y por ser parte del mundo Atlántico. Para empresas portuguesas y también españolas éste fue el país por el que más iban a apostar, y tanto el legado imperial como el de los emigrantes de estos países contribuyeron a abrirles camino.

Otra razón por la que la Unión Europea podía sacar mucho partido al auge de los llamados BRIC era por su modelo de integración política y económica. En el mundo globalizado del siglo XXI, la integración económica constituía un reto muy atractivo para varias regiones del mundo. El gobierno chino estaba interesado en liderar un proceso de integración económica con países vecinos, Rusia consideraba que llevarlo a

cabo con las antiguas repúblicas de la URSS era la mejor forma de mantener una estrecha relación con ellas y beneficiarse mutuamente. Brasil ya era parte de MERCOSUR con otras repúblicas de América Latina, y cada vez eran más los iberoamericanos que deseaban embarcarse en un proceso de integración económica y política en el cual la potencia brasileña iba a ser uno de sus líderes. Ésta era otra razón por la que la Unión Europea resultaba especialmente relevante a comienzos del siglo XX, pues muchos países, entre ellos Brasil, China y Rusia, la consideraban una fuente de inspiración para sus ansias de expansión.

En menos de 50 años, la Unión Europea logró crecer de forma extraordinaria, pasó de seis países de la parte occidental, que cubrían prácticamente lo que fue el imperio de Carlomagno, a incluir en sus fronteras a casi todo el continente europeo, una hazaña digna de los mejores constructores de imperios de épocas pasadas, sólo que en este caso la expansión no tenía lugar por conquista y sometimiento, sino mediante la seducción y por deseo expreso de los países que ingresaban. De todos los países europeos que aún no estaban en la Unión Europea en 2007, sólo había dos que se habían quedado fuera por voluntad propia, Noruega y Suiza, que tanto por su riqueza como por su tradición neutral podían permitirse el lujo de estar al margen. El resto, los de la antigua Yugoslavia, Macedonia o Albania no lo estaban aún porque no cumplían los criterios políticos ni económicos para poder ingresar.

La Unión Europea concibió una extraordinaria fórmula de expansión a través de la cual se beneficiaban tanto los estados que ya estaban en esta organización como los recién llegados. Era, en cierta medida, una nueva forma de crear un imperio. Al igual que los dirigentes de los antiguos imperios europeos, los líderes de la Unión eran conscientes de que la expansión en principio sería positiva, pues generalmente solía traer un aumento de riqueza, de población y de recursos naturales; también era una forma de promover su sistema político y sus valores, y que cada vez fueran más los pueblos que los compartieran. Por otro lado, los representantes de la Unión sabían que los países más pobres, con poblaciones ajenas a los valores occidentales y sin sólidas instituciones democráticas, podían ser un lastre que la debilitaría internamente.

Estas consideraciones iban a estar muy presentes a comienzos del siglo XXI, cuando la Unión Europea se planteaba el dilema de si debería seguir aceptando a más países o frenar la expansión y centrarse en su fortalecimiento interno.

¿Dónde acaba Europa? ¿Debe ampliarse la Unión Europea hacia países cuya población tiene escasos credenciales democráticos o que tradicionalmente han estado al margen de la civilización europea? Estas preguntas adquirieron mucha relevancia desde el momento en que la Unión llegó a tener frontera con Rusia y algunas repúblicas de la antigua Unión Soviética, y sobre todo desde el año 1999, cuando Turquía fue oficialmente aceptado como país candidato. Si aplicamos el mismo instinto expansionista que habían tenido las potencias imperiales a lo largo de la historia, la respuesta a estas preguntas es claramente sí. Había también sólidos argumentos a favor del sí a la ampliación especialmente en el caso de Turquía. Éste era un enorme país con grandes recursos naturales, una amplia población joven y con un ritmo de crecimiento económico mayor al de la mayoría de los países europeos, y todo ello contribuiría a fortalecer la Unión Europea. El hecho de que un histórico rival de Europa como fue Turquía y varias repúblicas exsoviéticas quisieran ingresar en una organización de corte occidental era una clara indicación del triunfo de Europa y la Unión Europea en la era contemporánea y de su relevancia en el siglo XXI.

Por otro lado, había muy buenos motivos para descartar la ampliación hacia Turquía, al menos en el futuro inmediato. El país no cumplía los criterios exigidos desde el punto de vista político y democrático para ingresar, además, tener una mayoría de población musulmana no implicaba ningún obstáculo a su integración en una Europa laica, pero sí suponía un choque cultural que podría contribuir a debilitar los valores occidentales sobre los que se asentaba la Unión Europea. Por todas estas razones, las autoridades de Bruselas se inclinarían por congelar la ampliación hacia Turquía y también descartar cualquier candidatura del ámbito eurasiático.

La historia imperial de Europa está repleta de imperios construidos a gran velocidad y que culminaban con una estrepitosa caída, como hemos visto en estas páginas. El crecimiento desmesurado y sin sólidos cimientos siempre acababa en desmembramiento. Así lo explicaba el historiador Paul Kennedy en su famosa obra sobre el auge y la caída de grandes potencias, en la que mostraba cómo el desmesurado crecimiento de las potencias (como él lo calificaba) siempre acababa precipitando su declive. La Unión Europea también había crecido desmesuradamente desde los años noventa según algunos críticos, y por ello el riesgo de su implosión o de un dramático debilitamiento aumentó a comienzos del siglo XXI.

En algunos aspectos, el coloso en el que se había convertido Europa daba signos de ser un gigante con pies de barro, incapaz de moverse en el ámbito global con la soltura y determinación con la que se movían otras grandes potencias.

El gran éxito de la integración europea consistió en superar las tradicionales divisiones nacionales para avanzar hacia la unidad, y fue en este proceso donde nació el Estado-nación, un nuevo modelo de unidad supranacional que iba a tener mucha relevancia en el siglo XXI. Pero obviamente, ni el sentido de identidad nacional ni tampoco la rivalidad entre naciones europeas desapareció en este proceso. El euroescepticismo, cada vez más visible y más vociferante a medida que se avanzaba en la integración, iba a insistir en que para ellos no había más Europa que la de las naciones. A pesar de las ventajas que ofrecía la unidad supranacional para los estados nación, incluso para los más fuertes, muchos ciudadanos y representantes políticos seguían sin ver más allá del interés nacional. Por esta razón, los estados siguieron teniendo mucho poder en la Unión Europea al igual que protagonismo. La unidad europea iría sólo tan lejos como los estados y especialmente los grandes estados le permitieran llegar. La antigua idea de los Estados Unidos de Europa no parecía posible en el viejo continente, más bien tendría que ser algo así como una red supranacional de estados, lo cual era muy distinto.

Otra paradoja es que mientras avanzaba la unidad supranacional de Europa aumentaba la división de muchas naciones europeas, y surgían también otras nuevas. De la misma forma que la caída del imperio romano provocó el auge de muchos pueblos en Europa, la desaparición del bloque soviético daría lugar a la incorporación de varias nuevas naciones al concierto europeo. Lituania, Letonia y Estonia, República Checa y Eslovaquia fueron las primeras; más adelante, de la antigua Yugoslavia surgieron un total de ocho, incluida la muy discutida nación de Kosovo. El ejemplo de todas ellas llevó a muchas regiones europeas con ínfulas nacionales a reivindicar su cultura propia, su autonomía e incluso su derecho a formar naciones al margen de los estados a los que pertenecían. Éste fue el caso de Escocia, Cataluña, Córcega, País Vasco, Valonia, Piamonte, Baviera, entre otras. Pueblos que hasta entonces eran sobre todo conocidos en el mundo de la etnografía y del folclore, pasaron a ser importantes actores en la política europea e incluso internacional.

Los dirigentes de las regiones se declaraban convencidos europeístas, pues veían la integración europea como una fórmula ideal para li-

berarse del poder del Estado al que pertenecían. La Unión Europea, por su parte, contribuyó a reforzar su poder otorgándoles una voz en Bruselas a través de la institución llamada la Europa de las regiones; también aumentó la descentralización en varios estados europeos a partir de los años noventa. El nacionalismo regional contribuyó a reforzar muchas de las culturas y tradiciones del viejo continente, y tuvo un efecto muy revitalizador en varios países. Por otro lado, aumentó los costes administrativos y la burocracia en una Unión Europea ya excesivamente burocratizada. Y sobre todo preocupaba el efecto que podía tener una Europa en la que no sólo había que poner de acuerdo a 27 estados nacionales, sino también a las muchas regiones que exigían ser tratadas como naciones. Así, la Europa cada vez más unida también daba muestras de mucha fragmentación.

La Unión Europea tampoco lograba hablar con una sola voz en política exterior, una condición indispensable para ser tomada en serio como una gran potencia. La guerra de Irak, que estalló en marzo de 2003, puso en evidencia las profundas divisiones que existían entre sus estados. La decisión de la administración Bush de invadir Irak bajo el pretexto de que el régimen de Sadam Hussein tenía armas de destrucción masiva, convulsionó al mundo y muy especialmente a la política europea. Además del Reino Unido, el más fiel aliado de los Estados Unidos, España, Holanda, Portugal e Italia también apoyaron a la superpotencia, y varios países del Este que pronto iban a ingresar en la Unión, como Polonia, República Checa y las repúblicas bálticas. Por otro lado, Francia y Alemania se erigieron como los principales portavoces del «no a la guerra», alegando que no había pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva y, sobre todo, que provocar una guerra en Oriente Próximo debilitaría la causa de Occidente en el mundo y no iba a contribuir a democratizar esta región como pretendían los Estados Unidos.

Como había ocurrido en anteriores ocasiones, la posición de los países europeos en la guerra también estuvo condicionada por su relación con Norteamérica, ésta es la razón por la que varios países de Europa del Este decidieran enviar tropas a Irak en señal de agradecimiento a la superpotencia por su ayuda para salir del bloque soviético. España, inicialmente en el bando de los Estados Unidos, se retiró de la guerra tras el cambio de gobierno que tuvo lugar en 2004.

En una declaración muy provocadora, el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld comentó que la nueva Europa estaba

a favor de la guerra de Irak frente a la vieja Europa que se declaró en contra. En cualquier caso, esta guerra mostró lo inútil que resultaba tener un alto representante para la Política Exterior y de Seguridad y un complejo aparato burocrático apoyándolo, cuando existía una profunda división entre los estados miembros en materia de política internacional. Los denodados esfuerzos del alto representante Javier Solana por coordinar una posición conjunta frente a Irak no lograron evitar que la imagen predominante de la Unión Europea fuera la de una de profunda división.

La experiencia de Irak fue traumática para los gobiernos y la ciudadanía de la Unión Europea, pero una de las características del proceso de integración europea ha sido su capacidad para superar crisis políticas dando pasos lentos pero firmes hacia una unión cada vez más estrecha. Por esta razón, la firma del Tratado de la Constitución europea en Roma el 29 de octubre de 2004 fue muy oportuna. La Constitución europea fue la primera constitución supranacional de la historia, y con ella se pretendía culminar la formación política de un supraestado llamado Unión Europea bajo el lema de «unidad en la diversidad». Suponía una apuesta por la fórmula de un federalismo intergubernamental, la constitución mostraba también mucha conciencia global y un compromiso con los principios universales que los europeos habían desarrollado en su historia.

Sin embargo, el tratado constitucional fue otro fracaso que la Unión Europea tuvo que hacer frente a comienzos del siglo XXI. Tras ser rechazado en los referendos de Francia y Holanda, en 2005 pasó a la historia sin entrar en vigor. Muchos fueron los motivos que hicieron a los ciudadanos de estos dos países rechazarla, pero esta experiencia iba a dejar claro a los líderes europeos que la idea totalizadora de una Europa uniforme unificada bajo una sola moneda, un líder y un Estado era imposible e indeseable, y que los ciudadanos europeos no estaban dispuestos a vivir en una Europa federal.

La solución al embrollo constitucional fue el Tratado de Lisboa, firmado en diciembre de 2007. Este tratado era simplemente un acuerdo internacional donde desaparecía toda jerga constitucional que les hiciera a los europeos pensar que iban a ser gobernados por un nuevo Estado. El fin de este tratado fue dotar a la Unión Europea de instituciones modernas y métodos para abordar los retos del siglo XXI, y en cierta media lo logró. Una de sus novedades fue crear la figura de un presidente del Consejo Europeo con el objeto de reforzar su represen-

tación política y que los ciudadanos identificaran la Unión con personas y no sólo con instituciones. Por lo demás, constituía un compromiso de gobernarse más eficazmente combinando el federalismo con la vieja idea de la Europa de las naciones, en definitiva, unidad en la diversidad. ¿Serviría el Tratado de Lisboa para permitir a la Unión Europea enfrentarse a los retos del siglo XXI como una verdadera potencia? Pronto se vería.

El desafío más difícil al que tuvo que hacer frente la Unión Europea a comienzos del siglo XXI fue sin duda la crisis financiera global. En 2008 estalló la mayor crisis económica mundial desde el año 1929. Su detonante fue la crisis crediticia e hipotecaria que comenzó ese año en los Estados Unidos. Otros factores que contribuyeron a este grave desafío fueron los productos financieros de alto riesgo, la burbuja inmobiliaria y el encarecimiento de las materias primas y la energía. Los economistas y analistas del mercado internacional coincidieron en que la expansión crediticia que vivió tanto los Estados Unidos como la Unión Europea y otros países de Occidente desde los años noventa, fue la principal responsable de esta crisis.

En octubre de 2008, el secretario del Tesoro estadounidense recibió autorización del Congreso para gastar 700 billones de dólares e inyectar capital en la banca y en grandes empresas con el fin de evitar el colapso de la economía. El hecho de que en la capital del mundo capitalista, un gobierno republicano como el de George W. Bush tuviera que recurrir a un fondo público recaudado de la ciudadanía para paliar los efectos de la crisis, muestra lo sumamente grave que era la situación.

La tormenta financiera que comenzó en los Estados Unidos, pronto cruzó el Atlántico y en Europa golpeó a gobiernos y ciudadanos con mucha dureza, hasta el punto de poner en peligro varios de los grandes logros políticos, económicos y sociales de las últimas décadas.

La crisis de la deuda soberana se convirtió en una auténtica pesadilla para los gobiernos europeos. Varios países acumulaban tal cantidad de deuda que cada vez iban a tener más dificultad para refinanciarla, los ataques especulativos contra los bonos públicos provocaron grandes turbulencias bursátiles y, como consecuencia, el valor del euro decreció y dejó de ser una moneda estable.

En mayo de 2010 Grecia tuvo que ser rescatada por las autoridades monetarias de la Unión Europea para evitar el colapso de su economía. Las duras medidas políticas, económicas y fiscales impuestas por la UE a cambio de un préstamo inicial de 45.000 millones de euros no basta-

ron para resolver los problemas en el país heleno ni tampoco para apaciguar las turbulencias en la zona euro. Grecia no representaba más que el 1,9% del producto interior bruto de la Unión, pero era el ejemplo más destacado de país que vivía por encima de sus posibilidades, con endeudamiento incontrolado, escasa transparencia en la gestión, un sector público excesivamente amplio y un gobierno ineficaz y poco fiable. Los males griegos se daban también en otros países europeos e iban a exigir medidas igual de contundentes. En noviembre de 2010 Irlanda fue rescatada por la UE y a comienzos de 2011 le llegó el turno a Portugal. Para la desesperación de los líderes europeos, la economía griega no levantaba cabeza, arreciaban los comentarios sobre la necesidad de que este país abandonara el euro y finalmente las autoridades monetarias tuvieron que aprobar un nuevo rescate en marzo de 2012 de 130.000 millones de euros, más del doble de la cifra aportada en 2010.

Mientras tanto aumentaron las presiones sobre países en situación crítica como España e Italia, con el fin de que redujeran su déficit pues la Unión Europea, al menos así lo hacían saber las autoridades, podía aguantar el rescate de pequeños países, pero el colapso de uno de los grandes tendría consecuencias catastróficas, el euro podría desaparecer y tras él quién sabe si la Unión Europea sobreviviría.

España, que llegó a ser la octava economía del mundo y todo un ejemplo de efecto modernizador que podía tener la UE sobre una antigua gran nación, iba a padecer los males de la zona euro de forma muy acuciante. Los denodados esfuerzos por reducir el déficit que llevó a cabo el gobierno español desde 2010 y las múltiples reformas lanzadas por su nuevo gobierno en 2012 lograron alejar el fantasma de una intervención como la de los países más pequeños, pero aún así en junio de 2012 la UE aprobó un rescate de 100.000 millones de euros para su sector bancario. ¿Sería Italia, con problemas financieros similares a los españoles el próximo país grande de la UE en necesitar un rescate bancario? ¿Habría que intervenir en otros pequeños estados europeos como Grecia, Irlanda y Portugal? Éstas eran las incógnitas que quedaban por despejar en 2012 tras cuatro años de lucha contra los efectos devastadores de la crisis.

La crisis de la zona euro pasó a ser uno de los desafíos más grandes en la historia de la integración europea, puso a prueba no sólo la moneda única sino también las instituciones de la UE y la propia esencia de la unidad de Europa. Sus principales afectados fueron los países más endeudados y los menos competitivos pero el conjunto de la zona

euro iba a verse afectada, lo que provocaría brotes de nacionalismo y euroescepticismo. Frente a una mayoría convencida de que la unidad europea era la solución, una minoría cada vez más vociferante opinaba que la pérdida de soberanía y el compartir una moneda eran los verdaderos causantes de los problemas en sus países.

Alemania, la economía más fuerte y saneada de la UE, vio su liderazgo reforzado durante este periodo crítico y la canciller Angela Merkel se convirtió en la adalid principal de la política de recortes presupuestarios y austeridad que se impuso. Por otro lado, en Francia el nuevo presidente François Hollande, elegido en 2012, proponía una política más expansiva para salir de la crisis que pusiera el énfasis en el crecimiento. Los gobiernos de España e Italia, respaldados por todos los países rescatados y también por Francia, exigían soluciones más solidarias entre los europeos como la emisión de eurobonos, que implicara compartir las deudas en la eurozona y la ayuda de los más fuertes a los más débiles. Y el gobierno del Reino Unido marcaba distancias frente a la Europa continental, aliviado por no pertenecer a la zona euro.

Mientras los líderes de la UE continuaban discutiendo sobre cómo salir del agujero en el que habían caído, en 2012 el Fondo Monetario Internacional publicó un informe demoledor sobre perspectivas económicas en el que sentenciaba que la zona euro era la región del mundo que menos avanzaba y, además de padecer un estancamiento crónico, era la región que suponía un mayor riesgo para la estabilidad mundial. Frente a un panorama tan desolador, Europa necesitaba más que nunca perseverar en la unificación política, una unión monetaria respaldada por una unión fiscal en la zona euro que evitara que los desmanes de los últimos años se volvieran a repetir, instituciones financieras más eficaces para combatir el endeudamiento y la recesión y también un liderazgo que inspirara al conjunto de la ciudadanía europea. Los europeos ya sabían adónde llevaba la división y el enfrentamiento en momentos críticos de su historia en que Europa se había convertido en un riesgo para la estabilidad mundial. Las circunstancias exigían una vez más la unidad y la concordia para superar problemas comunes, pues el poder fragmentado llevaba inexorablemente al declive. Una Europa fuerte y capaz de aportar soluciones a los desafíos del siglo XXI sólo podía ser una Europa unida.

La mayor crisis de los últimos 80 años tuvo un efecto devastador sobre un amplio sector de la población europea. El aumento en el nivel de vida y los beneficios sociales que se habían extendido por toda la

Unión Europea evitaron que se repitieran las imágenes de miseria y desesperación como las que se habían visto en los años treinta. Pero aún así, causó el empobrecimiento general de los europeos y dejó en situación muy precaria a muchos de ellos. Muchas empresas quebraron o tuvieron que reducir sus plantillas para poder sobrevivir, y como consecuencia el desempleo se disparó y se convirtió en un problema muy grave en varios países, especialmente en España, donde los trabajadores parados sobrepasaban el 20% de su población laboral. Los asalariados padecieron recortes en sus ingresos, muchos ciudadanos que se habían beneficiado de créditos a bajo interés para hipotecarse y comprar su vivienda tuvieron grandes dificultades para hacer frente a sus pagos, otros con peor fortuna fueron embargados. La explosión de la burbuja inmobiliaria dejó muchas víctimas. El consumo también se resintió y los emprendedores y empresarios iban a sucumbir ante la falta de crédito.

Otra consecuencia que tuvo la crisis es que la Unión Europea dejó de ser el paraíso que aparentemente había sido para le inmigración en las últimas décadas. Ante la falta de oportunidades y las dificultades para sobrevivir sin trabajo, cada vez fueron más los trabajadores que regresaban a sus países de origen. En el caso de España, en 2011 y 2012 comenzó a haber más inmigrantes que salían del país que los que entraban. Por otro lado, en los países rescatados o los que se encontraban en situación crítica, muchos jóvenes europeos optaban por emigrar, una vez más los europeos volvían a pensar en buscar oportunidades más allá de sus fronteras. ¿Dónde esta vez? En economías emergentes, especialmente en aquellos países como Brasil, Argentina, Sudáfrica o Australia donde los europeos ya habían emigrado en otras épocas y donde no encontraban grandes barreras para abrirse camino.

¿Cómo fue posible que la mayor economía del mundo, como era la Unión Europea, se encontrara en esa situación? Al margen de las causas ya indicadas, también podían buscarse antecedentes a más largo plazo en la cultura del endeudamiento privado y público.

Los países de Europa occidental comenzaron a construir su Estado de bienestar en tiempos de bonanza. En esa época los logros sociales se convirtieron en derechos irrenunciables y en un signo de identidad europeo que todo gobierno que quisiera ser reelegido debería mantener a toda costa. Por esta razón, el gasto en política social continuó aumentando en las décadas siguientes, incluso en países como los que fueron intervenidos en la última crisis, que claramente no podían mantener. La cultura de endeudamiento se instaló en muchos gobiernos

bajo la premisa de que hacerlo con fines sociales era legítimo. No era necesario esperar a la gran crisis que estalló en 2008 para comprobar las graves consecuencias que podía tener esta idea. Un rápido repaso a la historia mostraba cómo el endeudamiento traía el declive para cualquier potencia.

La España de los Austrias tuvo 14 bancarrotas entre 1557 y 1696; la Francia prerrevolucionaria gastaba un 62% de su presupuesto en pagar deudas unos años antes de que estallara la Revolución francesa. Gran Bretaña entró en fase crítica como potencia imperial en los años treinta, cuando gastaba un 44% de su presupuesto en intereses de sus deudas. Tras la crisis financiera de 2008, el estatus de los Estados Unidos como superpotencia iba a verse amenazado por sus deudas, convirtiéndose en el mayor deudor del mundo. ¿Y a quién debía dinero? Principalmente a China, que de esta forma logró adquirir un enorme poder económico al ser la potencia que financiaba el déficit a Norteamérica.

El endeudamiento público y privado se extendió por Europa a la vez que descendía el crecimiento. Los países de la zona euro crecieron un 3,4% en los años setenta, un 2,4% en los ochenta, 2,2% en los noventa y sólo 1,1% de 2001 a 2009. No es casual que la progresiva ralentización de la economía europea tuviera lugar en las décadas en que su productividad iba a caer por varias razones; en primer lugar, la ampliación de la educación y las jubilaciones cada vez más tempranas contribuyeron a reducir la población laboral y alargar los tramos de la vida de muchos europeos que no estaban en el mercado laboral. En segundo lugar, los trabajadores europeos de la era del Estado de bienestar, cómodamente instalados en la sociedad opulenta, iban a pasar menos tiempo trabajando que las generaciones anteriores, pues tenían muchas más vacaciones y además ejercían con frecuencia su derecho a huelga. Por consiguiente, los europeos trabajaron menos que los norteamericanos y mucho menos que los asiáticos.

Otro problema que se hacía cada vez más visible en la Unión Europea era el del envejecimiento de la población. La misma Europa que llevó a Malthus en el siglo XIX a advertir sobre los peligros de la superpoblación, se encontraba ante un escenario radicalmente distinto a comienzos del XXI: el del progresivo descenso de la población europea. Mientras que en 1870 un tercio de la población mundial estaba en Europa, en el año 2010 representaba tan sólo un 11%, y lo más grave es que, según estimaciones para el año 2050, los europeos representarán tan sólo un 6 o 7% de la población mundial. El continente que durante más

de dos siglos exportó su exceso de población por todo el mundo, se encontraba en el siglo XXI con que se ha convertido en su bien más escaso. Los europeos, al menos los que viven en Europa, podían convertirse casi en una especie en vías de extinción en caso de que la población del resto del mundo continuara creciendo al mismo ritmo.

El aumento de población no sólo era vital para el crecimiento de la economía, como siempre lo había sido, sino también para mantener el Estado de bienestar, la política de jubilación sostenible exigía un mínimo de tres trabajadores en activo por cada jubilado. Muchos de los países de la Unión Europea que habían fracasado en la política de promoción de la natalidad, confiaban en solucionar el problema del envejecimiento y eventual descenso de la población con el aumento de la inmigración. Pero incluso esta opción no parecía segura ante el hecho de que muchos de sus países no estaban en situación de ofrecer oportunidades de trabajo, y había opciones cada vez más atractivas que las del mercado laboral europeo.

El desafío al que se enfrentaba la Unión Europea, y muy especialmente los países de la zona euro tras el fin de la primera década del siglo XXI, era enorme. En primer lugar, necesitaban reducir el déficit, lo que implicaba adelgazar el tamaño del Estado. Difícilmente se podía lograr este objetivo sin alterar el Estado de bienestar y recortar derechos sociales que los europeos consideraban irrenunciables, como el derecho a la educación y a la salud gratuita. La única solución para mantener el Estado de bienestar era aumentar la productividad, lo que iba a implicar grandes cambios en los hábitos laborales de los europeos. Un aumento no sólo necesario para mantener el Estado de bienestar, sino también para lograr competir en el ámbito global.

Una diferencia notable entre la última crisis y las anteriores, es que en éstas Europa y los Estados Unidos se limitaron a buscar fórmulas para recuperar el crecimiento económico y paliar los efectos sociales de la crisis, mientras que en la actual había además que competir con potencias emergentes que cada vez les ganaban más terreno en la economía mundial. La crisis que estalló en 2008 fue global, y por lo tanto la recesión y el descenso del consumo en Occidente repercutió también sobre potencias como China, la India o Brasil, pero aun así sus economías seguían creciendo a buen ritmo, mientras que las occidentales con gran dificultad mantuvieron un ritmo positivo de crecimiento, cuando no cayeron en recesión. Además, las potencias emergentes tenían unas condiciones laborales y una mentalidad ante el dinero y el trabajo similares a

las de los habitantes del viejo continente en la época de la revolución industrial; los chinos, los indios y los habitantes de otras economías emergentes trabajaban más que los europeos, ahorraban más, se sacrificaban más, arriesgaban más y eran cada vez más emprendedores.

En definitiva, los europeos tenían que recuperar valores como los del trabajo, el sacrificio, la austeridad, el espíritu emprendedor y la creatividad, todos los principios que habían permitido a muchos países forjar imperios y convertirse en grandes potencias.

La primera década del siglo XXI no sólo trajo la crisis global, sino también un cambio geopolítico que dio lugar a que se hablara de un nuevo mundo postoccidental. China y la India irrumpieron en la lista de las diez primeras economías del mundo, mientras que los países europeos perdían cada vez más posiciones.

En 2008 nació el G-20, un grupo de 20 países que representaban más del 80% del producto interior bruto y del comercio mundial, y dos terceras partes de la población mundial. Este grupo se componía de las siete grandes potencias industriales además de Rusia, que constituían el G-8, y un grupo muy diverso de economías emergentes del resto del mundo. También estaba representada la Unión Europea como organización. El Grupo de los 20 nació con el fin de que sus gobiernos y bancos centrales se consultaran y cooperaran en asuntos relacionados con el sistema financiero internacional. La primera cumbre tuvo lugar en Washington el 14 y 15 de noviembre de 2008. En ella se acordaron fórmulas de cooperación y reformas en el sistema que evitaran crisis en el futuro como las que atravesaba el mundo en esos momentos. Dado el impacto que tuvo esta cumbre, los medios de comunicación la bautizarían como el Bretton Woods II, una nueva cumbre que al igual que la de 1944 establecía las reglas de las relaciones financieras y comerciales entre las grandes potencias económicas. Un año después, la estatura del grupo creció hasta tal punto que sus líderes anunciaron que sustituiría al G-8 como principal foro económico mundial. El G-20 venía a representar claramente ese mundo postoccidental en el que el poder económico mundial ya no estaba ni en Europa ni en Occidente. Mientras en el G-8 la mitad de sus miembros eran potencias de Europa occidental, en el Grupo de 20 estaban en minoría, y además las economías europeas eran las que menos crecían.

Además del G-20, en los foros internacionales comenzó a hablarse de otro foro en el que Europa ni siquiera estaba representada, el G-2. Este grupo, representado por China y los Estados Unidos, no existía

formalmente pero muchos analistas internacionales insinuaban que podía convertirse en una realidad, y alcanzar mayor influencia y eficacia a la hora de tomar decisiones que el G-20. Una prueba fue la Cumbre de Copenhague sobre el cambio climático, celebrada en diciembre de 2009, en la cual Washington y Pekín negociaron y tomaron decisiones a espaldas de Europa.

En el mundo multipolar que comenzaba a hacerse realidad en la primera década del siglo XXI, varias potencias ninguneaban y desafiaban a la Unión Europea sin el menor temor a represalias. En 2008, tras el asalto del gobierno georgiano sobre Osetia del Sur, el gobierno ruso dio orden de invadir Georgia, un pequeño país que contaba con la Unión Europea y la OTAN para defender la independencia que había logrado tras la desaparición de la URSS. Sin embargo, Rusia no tuvo el menor reparo en ignorar los acuerdos de seguridad europeos y las advertencias de la Unión. Unos meses después del conflicto, China decidió cancelar la cumbre con la Unión Europea en represalia por la decisión del presidente francés Nicolas Sarkozy de recibir al Dalái Lama. Para colmo, durante la cumbre de los Estados Unidos y la Unión Europea en 2010, la estrella principal del evento, Barack Obama, decidió no acudir. Resulta difícil explicar que en el mismo continente donde habían gobernado Palmerston y Bismarck, Churchill y De Gaulle, sus naciones representadas en la Unión Europea estuvieran recibiendo tales desplantes. Lo que en otras épocas hubiera indignado a la opinión pública y exigido una respuesta contundente por parte de sus gobiernos, los europeos del siglo XXI lo tomaban con asombrosa tranquilidad y resignación.

A pesar de todo, la Unión Europea tenía tanto los medios como la determinación de seguir influyendo en el mundo como gran potencia y muy especialmente cuando los valores en los que creía fueran desafiados cerca de sus fronteras. Así lo mostró en el caso de la guerra civil de Libia que estalló en 2011. En la llamada primavera árabe que tuvo lugar ese año, las dictaduras de Túnez y Egipto cayeron con rapidez ante el súbito levantamiento de sus pueblos, pero no fue así en el caso libio, donde el coronel Gadafi decidió utilizar todas sus fuerzas para aplastar a los que se rebelaran contra él y lograr así mantenerse en el poder. En la guerra civil de Libia el mundo árabe se jugaba mucho, si la dictadura de Gadafi lograba imponerse, las esperanzas de los árabes de verse liberados de sus regímenes autoritarios y experimentar verdaderos cambios en sus sociedades podían verse frustradas.

La Unión Europea tuvo la opción de mirar para otra parte y permanecer impasible ante la crisis libia, como hacían el resto de las grandes potencias incluida los Estados Unidos, o intervenir a favor de los rebeldes. El presidente francés en ese momento, Nicolas Sarkozy, tomó la iniciativa y se empleó a fondo con objeto de lograr que las Naciones Unidas autorizaran un mandato para decretar una zona de exclusión aérea. Finalmente, Francia, Gran Bretaña, España y varios países miembros participaron en la operación militar de apoyo al bando rebelde libio. Unos meses después, la dictadura de Gadafi sucumbió, y la Unión Europea tuvo la satisfacción de haber contribuido a la caída de una larga y despiadada dictadura y de uno de los enemigos más peligrosos de Occidente, y brindó a los libios la oportunidad de avanzar hacia un régimen en el que los valores de libertad y prosperidad pudieran abrirse camino.

Libia fue un claro ejemplo de una intervención armada justa para promover valores europeos y occidentales en general, que pueden ser compartidos también en el mundo árabe. Pero este tipo de intervenciones, tan frecuentes en la historia moderna de Europa, resultarían cada vez más difíciles de llevar a cabo en la Europa del siglo XXI.

En uno de sus célebres discursos de la postguerra, Winston Churchill instó a la creación de una Europa libre y feliz como Suiza. Los europeos parecieron seguir la recomendación del estadista británico al pie de la letra en las décadas siguientes. Los suizos eran un pueblo ejemplar que había vivido al margen de los conflictos del viejo continente, logrando de esta forma la paz necesaria para centrarse en crear una sociedad próspera en la que se pudieran sentir cada vez más libres y felices. Después de siglos de guerras y todo tipo de conflictos, tanto las grandes naciones europeas como las pequeñas parecían convencidas de la necesidad de seguir las pautas de Suiza. La libertad individual y la felicidad nunca tuvieron tanta importancia entre los europeos como a partir de los años cincuenta. Desde entonces los gobiernos se centraron cada vez más en crear prosperidad y bienestar que permitieran al mayor número de ciudadanos sentirse como los suizos.

Una Europa libre y feliz tenía muchas ventajas, pero resultaría difícil hacerlo compatible con los compromisos y las obligaciones de la Unión Europea como potencia global, pues a los europeos del siglo XXI, al igual que a los suizos a lo largo de su historia, les preocupaba su desarrollo interno y deseaban aislarse lo más posible de lo que ocurriera más allá de sus fronteras. Suiza fue libre y feliz, pero aislada y hasta

cierto punto irrelevante en el concierto europeo, y a diferencia de las potencias que la rodeaban, nunca aspiró a tener verdadero poder e influencia fuera de sus posesiones.

Más de cinco siglos después de que los europeos comenzaran su expansión por el mundo, el espíritu de Colón, de Vasco de Gama y de Cook, y su afán por salir en búsqueda de nuevos horizontes para sus pueblos, brillaban por su ausencia en el viejo continente. Las ideas que habían guiado la política exterior de las potencias desde tiempos de Felipe II hasta los de De Gaulle, como la de defender sus intereses dondequiera que fueran amenazados, tampoco parecía seducir a las corrientes de opinión. Los europeos, a lo largo de las últimas décadas, se habían olvidado de las aspiraciones de construir imperios y defender sus intereses en el mundo, y en su lugar se centraban en la construcción de urbanizaciones y grandes centros comerciales y se limitaban a defender sus intereses y principios frente a sus propios gobernantes. Más que los consejos de cualquiera de los muchos conquistadores, imperialistas, misioneros o emigrantes que habían guiado a las generaciones pasadas, los europeos de la actualidad parecían seguir la célebre máxima de Voltaire de que «hay que cultivar nuestro jardín». Frente al desorden mundial y los conflictos que les rodeaban, los ciudadanos de la Europa postimperial parecían haber decidido que ya habían hecho bastante más allá de sus fronteras; más que esforzarse por poner en orden el resto del mundo e intentar que otros continentes se gobernaran según sus valores, preferían su desarrollo interno y limitarse a solucionar sus problemas, de esta forma al menos su propio jardín florecería. Está por ver si con esta fórmula Europa logrará, evidentemente no dominar como en los tiempos pasados, pero al menos seguir influyendo en el siglo XXI.

Conclusión

> Mirando al pasado, con los imperios que surgen y caen, puedes predecir el futuro también.
>
> Marco Aurelio

> Los imperios del futuro serán imperios de la mente.
>
> Winston Churchill

El mapamundi en el que desde hace varios siglos los colegiales de todo el mundo han aprendido geografía y que ha servido de guía para los viajeros es principalmente obra de los europeos. En su versión más común, el continente europeo aparece en el centro y el resto de la tierra lo rodea, y por Europa occidental pasa también el meridiano de Greenwich. Esta visión del planeta, que desde otros continentes puede resultar eurocéntrica, tiene fácil explicación pues, al fin y al cabo, desde el siglo XV fueron los europeos los que hicieron los grandes descubrimientos geográficos y también las mayores aportaciones a la cartografía.

La curiosidad por descubrir otros mundos ha sido una característica común que los pueblos de Europa han tenido desde tiempo inmemorial. Ya en el siglo IV a. C. el historiador griego Herodoto atribuía la expansión de su pueblo por el Mediterráneo a un instinto descubridor que no tenían otros: «Todos los años enviamos nuestros barcos con gran peligro para las vidas y grandes gastos a África para preguntar: ¿Quiénes sois? ¿Cómo son vuestras leyes? ¿Cómo es vuestra lengua? Ellos nunca enviaron un barco a preguntarnos a nosotros».

Los europeos tenían también una gran avidez por buscar fortuna en cualquier parte del mundo donde pudiera hallarse, y además contaron con una superioridad científica y técnica que les permitió llegar más lejos que ninguna otra civilización.

Como hemos visto, la expansión de los europeos por el mundo tuvo lugar en un ambiente de mucha rivalidad entre sus grandes potencias. Desde el momento en que España se convirtió en la potencia más rica y poderosa gracias a su imperio de ultramar, y Portugal logró repartirse el mundo con ella, otras potencias desearon seguir el mismo camino, dando lugar a una carrera por descubrir y adquirir territorios por todo el planeta que no finalizó hasta el siglo XX.

Cada potencia dejó la impronta de su cultura y su sistema político en el imperio creado. Hay notables diferencias entre los imperios coloniales, que luego iban a marcar profundamente a las naciones que surgieron de ellos. En el imperio español y portugués en América, el mestizaje iba a permitir que la cultura de los pueblos amerindios conviviera hasta cierto punto con la occidental. No fue así en el imperio británico en América, donde las familias de los colonos se asentaron con sus costumbres, desplazando a los pueblos indios prácticamente hasta su exterminio.

En la América británica el individualismo de los colonos y la voluntad de participar en las decisiones del gobierno contribuyeron a que Estados Unidos gozara desde su nacimiento de una sólida democracia. Lo mismo ocurrió en otras de sus grandes colonias pobladas por su pueblo, como Canadá, Australia o Nueva Zelanda, donde la tradición democrática de Gran Bretaña y sus instituciones iban a verse reflejadas. Por otro lado, en los imperios ibéricos la estructura jerárquica y burocrática de su administración dejaba muy poco margen para la participación ciudadana y esto, entre otros factores, iba a dificultar la evolución de esos países hacia sistemas democráticos. Algo parecido pasó en el imperio francés, aunque éste sí promovió un concepto de ciudadanía en el que teóricamente todos eran iguales sin distinción de raza. Un caso muy distinto fue el de Rusia, donde el sistema autocrático y el espíritu feudal que caracterizaba a este país iban a propagarse por todos los territorios. Vemos, por lo tanto, grandes diferencias en los sistemas políticos de los imperios, que dejaron herencias muy dispares.

En cualquier caso, todos los imperios que hemos descrito en estas páginas tenían mucho en común y, pese a sus diferencias, no podían ocultar el hecho de ser herederos de una cultura y una historia comunes.

Todas las grandes potencias de Europa eran conscientes de ser los portaestandartes de la civilización europea en el mundo. Además estaban convencidas de ser sus mejores representantes y de que cuanto más

se ensancharan las fronteras de su imperio, más beneficios aportarían al conjunto de la humanidad.

El fin primordial de todos los imperios coloniales fue buscar y crear riqueza. Gracias a ellos se crearon rutas comerciales que vinculaban a las principales ciudades de Europa con el resto del planeta, y la economía de mercado iba a extenderse por los cinco continentes. Para gobernar y regular la economía de los imperios también fue necesario crear un sistema legal, lo que dio lugar a la difusión del ordenamiento jurídico europeo, basado en el derecho romano y también el Estado de derecho. Otra característica que compartieron los imperios fue la ciencia y la tecnología: gracias a ellos los principales avances científicos y técnicos de los últimos cinco siglos fueron abriéndose paso gradualmente por el mundo, desde los instrumentos de navegación al ferrocarril o el telégrafo.

La cultura del mundo europeo, sus ideas y creencias también iban a verse reflejadas en los imperios, comenzando por la cristiandad. La cruz fue un símbolo muy importante en los imperios ibéricos, como hemos visto anteriormente, y también en el imperio francés. En el imperio ruso cada asentamiento creado en su avance hacia el este iba acompañado de la construcción de una iglesia. En el británico, la cristiandad iba a ser más un asunto de los colonos pues la administración se mantuvo al margen, aunque no por ello tuvo menor presencia. En todos los imperios la iglesia, bien la católica, la protestante o la ortodoxa, aprovechó el avance de sus países por el mundo para hacer proselitismo. Las misiones convirtieron el cristianismo en una de las grandes religiones del mundo y, a través de su labor educadora de pueblos indígenas, fueron eficaces transmisoras de la cultura europea.

La idea de que la raza blanca era superior estuvo presente en todos los imperios, incluso en los que promovieron el mestizaje. Esta creencia explica muchas de las atrocidades que iban a darse por todo el mundo colonial, sirvió de excusa para justificar abusos, matanzas y genocidios y, por supuesto, también para propagar la esclavitud y hacer de esta lacra un lucrativo negocio internacional.

Por otro lado, los estrechos vínculos que se establecieron entre colonias y metrópolis permitieron la difusión de las ideas políticas y filosóficas que marcarían el progreso de Occidente, comenzando por la idea de que todos los hombres son iguales sin distinción de raza, credo o religión. Las ideas sobre la igualdad, la libertad y los derechos del hombre que surgieron a partir del siglo XVIII revolucionaron al mundo

colonial casi tanto como al europeo. Para empezar, estas ideas llevaron a la abolición de la esclavitud, primero en el imperio británico, gradualmente en el resto de los imperios y por último en las excolonias americanas. La Europa que globalizó la trata de esclavos acabó por prohibirla e impuso este veto sobre otras civilizaciones.

La idea de libertad e igualdad entre ciudadanos fue el pilar ideológico más sólido para desmantelar imperios y fundar nuevas naciones, desde los Estados Unidos en 1776 a las naciones surgidas en el proceso de descolonización. La idea de que la colonización era injusta e inmoral no sólo surgió entre los que la padecieron sino también entre los mismos pueblos colonizadores, de Bartolomé de las Casas a Robespierre. A partir del siglo XVIII, Europa fue la escuela ideológica de los líderes de los movimientos independentistas. Desde Benjamin Franklin hasta Jawaharlal Nehru, muchos fueron los líderes fundadores de naciones que obtuvieron de los europeos sus ideas sobre el concepto de nación y sociedad que querían construir. En la redacción de constituciones, la creación de sistemas políticos y modelos de sociedad Europa era el principal caudal ideológico, y desde el liberalismo y el nacionalismo hasta el socialismo y el comunismo todas estas ideas que nacieron en Europa fueron difundiéndose por el planeta a través de los imperios y mediante los cauces abiertos durante la colonización.

Todos los imperios analizados en este libro contribuyeron al asentamiento de población europea en otros continentes y gracias a ellos iban a tener lugar algunos de los mayores movimientos migratorios jamás vistos. Inicialmente, los imperios restringieron la emigración a los miembros de su propia nación pero de forma gradual fueron abriéndose a otros países europeos. Las grandes naciones americanas serían pobladas por emigrantes europeos de la más diversa procedencia, hasta el punto que su crecimiento económico fue en gran medida obra de éstos.

Otra característica común de las potencias imperiales europeas fue que se expandieron por tierras que no parecían tener fin hasta donde les permitieron sus recursos o sus rivales. En la mayoría de los casos, desde el imperio español al imperio soviético, llegó un momento en que los recursos económicos no bastaban para mantener territorios tan extensos, lo que provocó el inicio de un declive inexorable. Desde el momento en que los territorios por conquistar empezaron a escasear, el imperialismo se convirtió en un juego de suma cero en el que la expansión de una potencia tenía lugar a expensas de otras. Los euro-

peos llevaron el juego imperialista al límite, enfrentándose en dos guerras mundiales en las que ninguna de sus potencias era suficientemente poderosa como para imponerse sobre sus rivales. El resultado es que todas ellas perdieron y precipitaron el fin de la supremacía de Europa en el mundo.

La creación de imperios tenía un precio que todas las naciones que se lanzaron a la conquista y colonización del mundo tuvieron que pagar. En primer lugar, exigía el esfuerzo titánico de descubrir y ocupar tierras desconocidas, y luego colonizar y extraer sus riquezas. Varias generaciones de europeos dedicaron sus vidas a estos fines involucrando también a miembros de otras razas. En segundo lugar, requería la tarea de administrar y defender esas tierras, para lo cual había que enviar ejércitos, administradores y representantes del gobierno y era necesario diseñar una política imperial y a veces global. Por último, implicaba unas ideas y creencias que lo justificaran, una cultura común que cohesionara a sus habitantes y les inspirara lealtad. En definitiva, el imperio tenía un alto precio y no siempre fue compensado con suficientes beneficios materiales.

El fin de la era europea fue atípico en la historia de los imperios. Europa no sucumbió ante la invasión de sus enemigos, ni la imposición de la cultura de nuevas potencias, sino ante los conflictos causados por sus propias naciones. Los peores enemigos de las potencias europeas estaban en su continente: fueron éstos, desde el imperio español hasta el imperio británico, los principales causantes del fin de la hegemonía mundial. La obsesión de los europeos por ser más fuertes que sus vecinos continentales era comprensible. Al fin y al cabo pertenecían a la misma civilización dominadora y tenían los medios militares, técnicos y económicos para desafiarles. De hecho, las únicas potencias más allá del viejo continente que lograron derrotar a una potencia europea y arrebatarle territorio en el periodo de hegemonía fueron una potencia occidental (Estados Unidos frente a España en 1898) y una potencia occidentalizada (Japón frente a Rusia en 1904).

De no ser por la rivalidad entre sus propios países la era europea podía haber durado mucho más y también sus imperios. A comienzos del siglo XX los movimientos independentistas no eran suficientemente fuertes como para desestabilizar a sus imperios, salvo en casos como el de la India o Irlanda. De la misma forma que en el siglo XV nada hacía

presagiar un auge tan meteórico de Europa, resultaba inimaginable una caída tan estrepitosa en el siglo xx.

Pero la relación entre las potencias europeas y sus imperios no se acabó tras las independencias. Los vínculos económicos y culturales iban a ser fuertes, especialmente debido a la llegada de inmigrantes procedentes de las antiguas colonias. La Europa postimperial fue un ejemplo de los valores cosmopolitas que deben estar presentes en toda sociedad abierta.

La historia de los últimos 500 años podía haber sido mucho más pacífica si los europeos se hubieran quedado en sus tierras de origen, y muchos conflictos y sufrimiento humano se podían haber evitado. Pero también cabe la posibilidad de que la historia hubiera sido más convulsa aún sin la propagación de la civilización europea, pues teniendo en cuenta el instinto de expansión que ha caracterizado a las civilizaciones, muchas regiones del mundo podrían haber sido ocupadas por otros pueblos en caso de no haber llegado los europeos.

¿Cómo habría evolucionado el continente americano si lo hubieran colonizado los chinos o japoneses en vez de los europeos? ¿Cuál habría sido la evolución de África si en vez de ser repartida por las potencias europeas hubiera sido dominada por el mundo árabe? ¿Y la evolución de Eurasia si los mongoles la hubieran dominado? Imaginemos que la India hubiera sido colonizada por otro pueblo asiático en vez de por los británicos, o que uno de sus pueblos hubiera logrado imponerse sobre el resto del subcontinente indio. Evidentemente la historia de las civilizaciones, incluida la europea, habría tenido unas pautas de progreso muy distintas y en la actualidad no imperarían los mismos valores en la mayoría de los países de la tierra, ni la sociedad internacional se regiría por los mismos criterios.

A juzgar por la trayectoria de la civilización china o japonesa, o la del mundo árabe, todo hace pensar que si éstos hubieran dominado el mundo en los últimos siglos en vez de Europa los pueblos colonizados por ellos habrían sido menos libres, más atrasados desde el punto de vista científico y técnico y habrían tenido mucha menos prosperidad económica.

Con sus luces y sus sombras los cinco siglos de hegemonía europea han dejado un legado imperecedero. El ocaso de las viejas potencias europeas dio paso al auge de Estados Unidos como superpotencia, un país construido y poblado principalmente por europeos y bajo la inspi-

ración de ideas que nacieron en Europa. Los estadounidenses siempre han negado ser un imperio o tener aspiraciones imperiales; sin embargo, al igual que las potencias europeas, la política internacional de Estados Unidos ha estado guiada por el principio de que la expansión de su poder e influencia era buena para el conjunto de los pueblos de la tierra, y que su deber era propagar el «imperio de la libertad» que aspiró a crear Thomas Jefferson. Tanto el gobierno como el ejército estadounidense han tenido que someterse a las obligaciones implícitas en ser una superpotencia de forma similar a como lo hicieron las grandes naciones imperiales europeas y están pagando un precio por su hegemonía similar al de los imperios europeos de antaño.

Estados Unidos ha contribuido a que el mundo siga bajo hegemonía occidental. Con el inicio de su ocaso como superpotencia en el siglo XXI comienza a hablarse del mundo postoccidental, en el que el centro del poder mundial se desplaza del Atlántico al Pacífico. Pero en esta era no hay una potencia claramente hegemónica ni una civilización que domine a las demás, pues ni siquiera China tiene poder para hacerlo. En su lugar hay una nueva civilización global, y en ésta el legado europeo es muy relevante.

En la civilización global en la que vivimos actualmente los elementos centrales que la vertebran los ha aportado Europa. Éstos son, en primer lugar, la democracia y todas las instituciones que permiten su funcionamiento; en segundo, la economía de mercado y el espíritu del capitalismo, y por último, el progreso científico y técnico, que es consecuencia de una cultura científica.

También predomina la influencia cultural europea en esta civilización global. El idioma internacional por excelencia que ha surgido en ella es el inglés, y Europa también ha dado otras lenguas globales como el español, el portugués y el francés. Desde las instituciones educativas hasta los deportes y la moda el legado europeo tiene también una proyección global.

Europa es, por lo tanto, un referente esencial para la mayoría de las naciones del planeta. En cierta medida Europa es en esta civilización global lo equivalente a Grecia y Roma para la civilización europea. Los habitantes de muchas naciones examinarán la historia europea en busca de sus orígenes y para explicar su pasado, pero también como fuente de inspiración para abordar retos políticos y económicos y avanzar hacia la modernidad, pues el modelo de sociedad europeo es el más admirado y el que muchos gobiernos intentan emular.

Sin embargo, a Grecia no le sirvió de mucho en la era moderna ser admirada por el resto de los europeos como el origen de la democracia y de su cultura. Por esta razón, Europa no tiene garantizado un lugar predominante en esta civilización global por haber hecho la mayor contribución a su surgimiento. En la era de la globalización, por primera vez en la historia las fuentes del conocimiento están al alcance de todos. Los europeos no cuentan ya con tantas ventajas frente a potencias emergentes e incluso, como pudimos examinar anteriormente, están en inferioridad de condiciones en muchos aspectos.

Pero Europa, además de un gran legado, aporta poder político y económico a esta civilización global. Una de las más extraordinarias características de los europeos es su capacidad de reinventarse a sí mismos y hacer cambiar el rumbo de la historia. Lo mostraron por última vez en la segunda mitad del siglo XX, cuando fueron capaces de resurgir de las cenizas en las que se había convertido su civilización, construyendo una Unión Europea con la que iban a recuperar una buena parte de la hegemonía perdida.

La Unión Europea es, a día de hoy, la mayor economía del planeta: varios de sus países figuran entre los más ricos y los que tienen también mayor calidad de vida. Los europeos en su conjunto han alcanzado los mayores niveles de riqueza y bienestar en los últimos 60 años, y gracias al Estado de bienestar todos sus ciudadanos, hasta los más pobres, han logrado beneficiarse. A juzgar por estos datos resulta impropio hablar de declive de Europa, ya que ningún país puede considerar que su poder e influencia disminuye cuando su economía crece y el nivel de vida de sus ciudadanos es cada vez mejor. El final de la supremacía europea es anómalo en la historia de los imperios, pues para toda potencia la pérdida de un imperio traía el empobrecimiento pero no necesariamente fue así en el caso de las europeas.

Las consecuencias de varias décadas de bonanza y creciente bienestar es que los europeos perdieron los hábitos de sus antepasados que les llevaron a lanzarse al exterior en busca de riqueza. Varios países europeos recuerdan a una vieja familia aristocrática que después de mucho tiempo de gozar de privilegios y vivir de viejas glorias ha perdido el estímulo para trabajar y buscar nuevos horizontes vitales. Sólo en el momento en que sus privilegios se vean amenazados y el futuro se presente lleno de incertidumbres, como ocurre en la crisis actual, podrán recobrar el espíritu de superación y la capacidad creadora que les hizo crecer en otros tiempos.

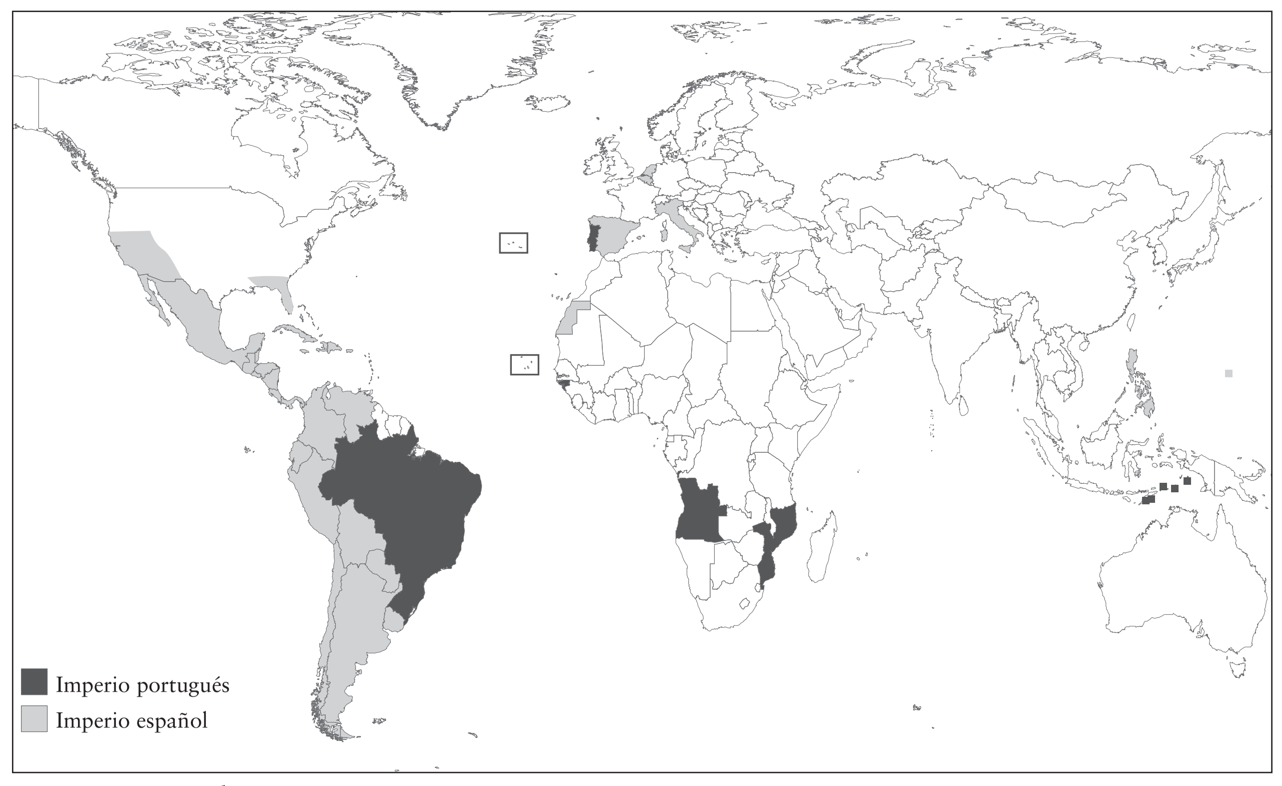
Por otro lado, el declive no necesariamente implica la pérdida de talento o de valores. Hablamos del declive de Europa en las últimas décadas no necesariamente porque el continente esté en descenso sino porque otras potencias están ascendiendo a un ritmo vertiginoso y las distancias en términos de desarrollo que las separaban de Europa se han ido acortando. La gran diferencia entre los europeos del siglo XXI y sus antepasados de los últimos cinco siglos es que tendrán que sobrevivir en un ambiente global mucho más competitivo, en el que Occidente ya no disfruta de las ventajas de antes pero, eso sí, contarán con más medios para proyectar sus aspiraciones sobre el resto del mundo que nunca en la historia. Ante este nuevo escenario, después de cinco siglos de expansión y supremacía mundial, los europeos siguen estando especialmente capacitados para aprovechar las oportunidades globales que brindará este nuevo siglo.

En la actual civilización global tienen lugar luchas por la supremacía mundial similares a las que se han visto en la historia de Occidente. Pero los europeos ya no tienen ni voluntad ni los medios para dominar e imponerse como lo hicieron en tiempos pasados. Aspiran a algo más útil para ellos y para el resto del mundo: que las ideas y principios sobre los que se asienta esta nueva civilización sean respetados y tengan cada vez más vigor.

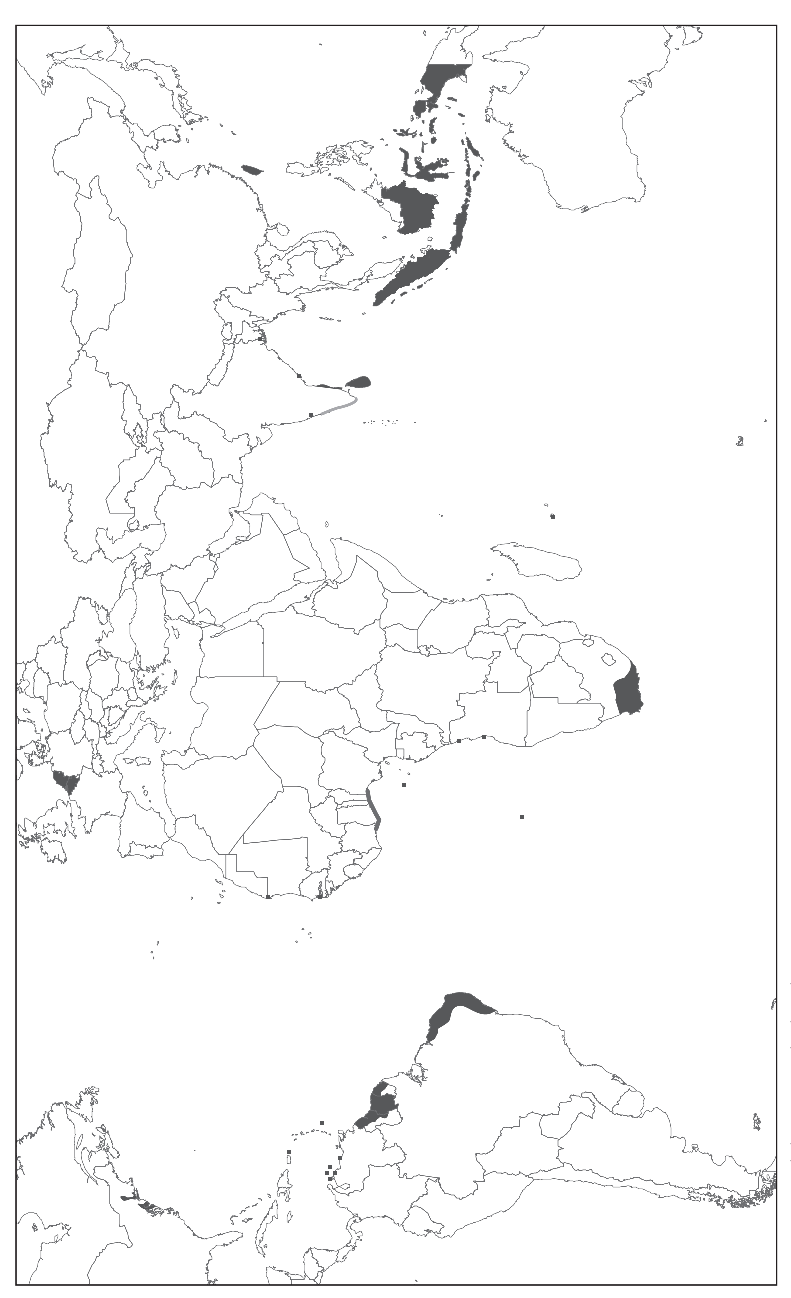
El imperialismo no lo inventó Europa ni tampoco se ha acabado con ninguna de sus grandes potencias, ni desaparecerá con Estados Unidos. Seguirá vigente siempre que haya potencias con aspiraciones de crecimiento y ambiciones de expansión global. Por esta razón, frente al imperialismo a la vieja usanza el mundo va a necesitar un imperialismo más benévolo y cooperativo, que busque un orden internacional pacífico en el que los derechos humanos sean respetados, predominen los valores cosmopolitas y que logre fomentar la cooperación internacional ante los grandes desafíos del siglo XXI. Entre todas las potencias, la Unión Europea es la que está mejor capacitada para llevar a cabo esta nueva misión.

¿Surgirá una potencia hegemónica en esta civilización global? ¿Va a fortalecerse esta civilización o por el contrario se fragmentará ante divisiones irreconciliables entre Oriente y Occidente, norte y sur? Según decía Hegel, la historia no tiene guión. Como hemos visto en esta obra, el descubrimiento de un navegante visionario puede transformarla y abrir grandes horizontes.

Mapas



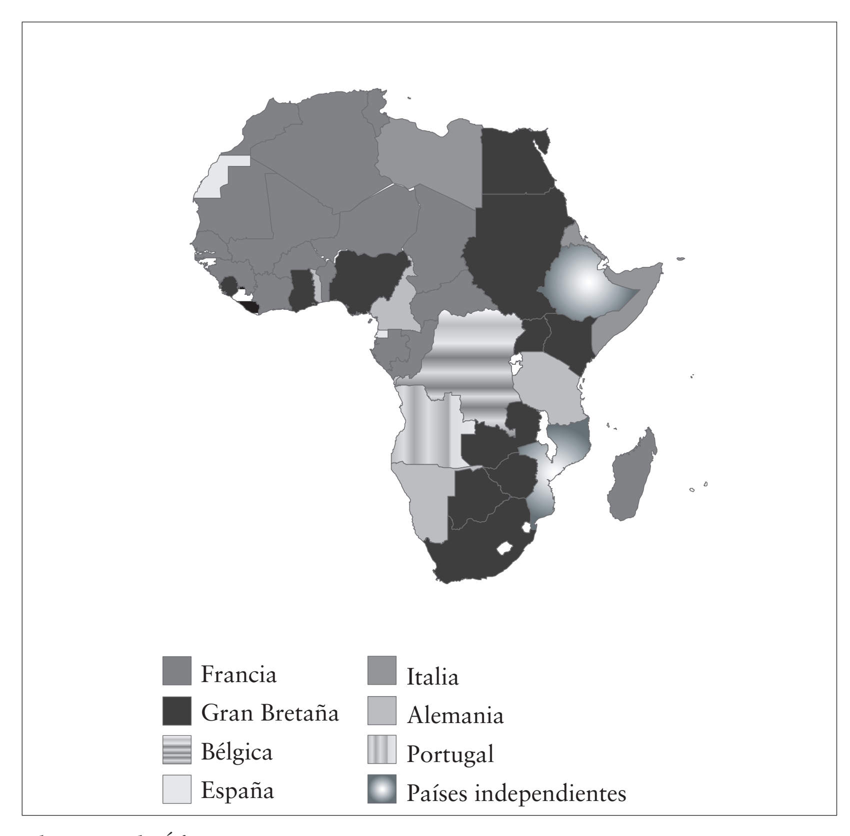
Los imperios español y portugués en su máxima extensión.



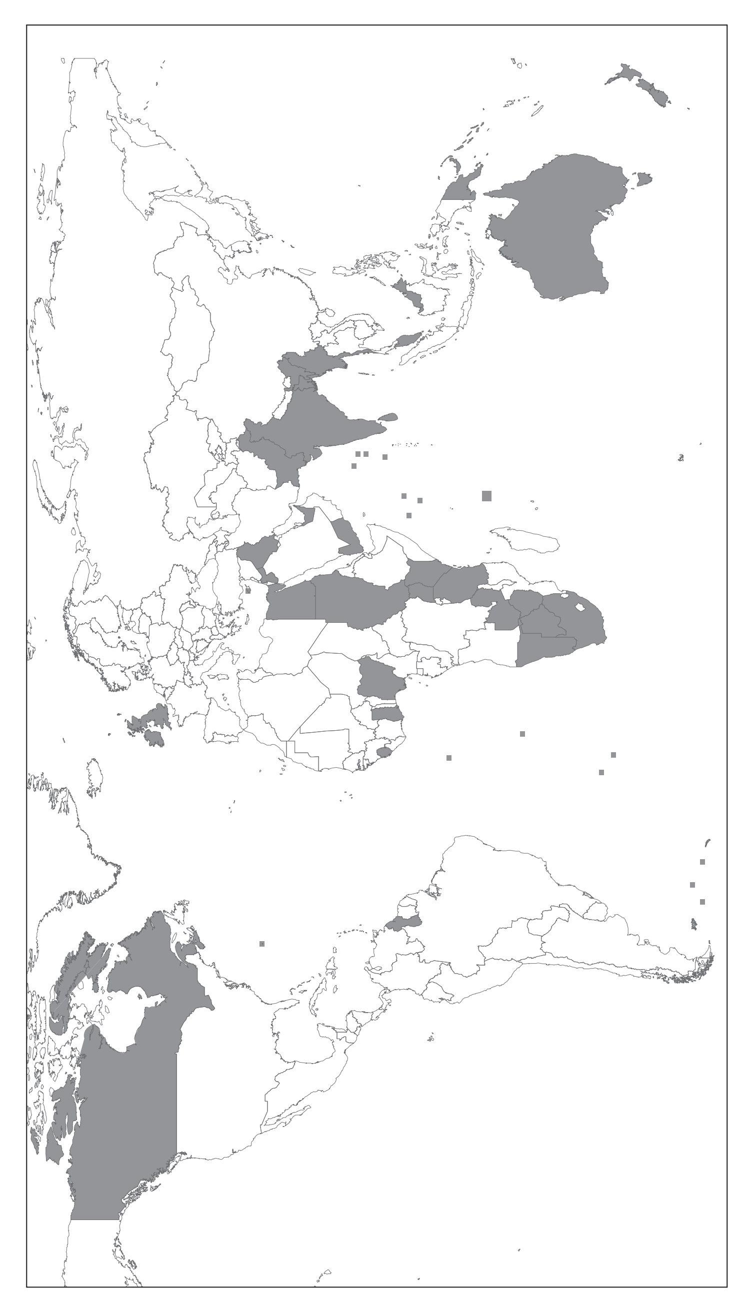
Posesiones del imperio holandés entre 1602 y 1949.



Regiones del mundo que pertenecieron al imperio francés entre 1534 y 1920.



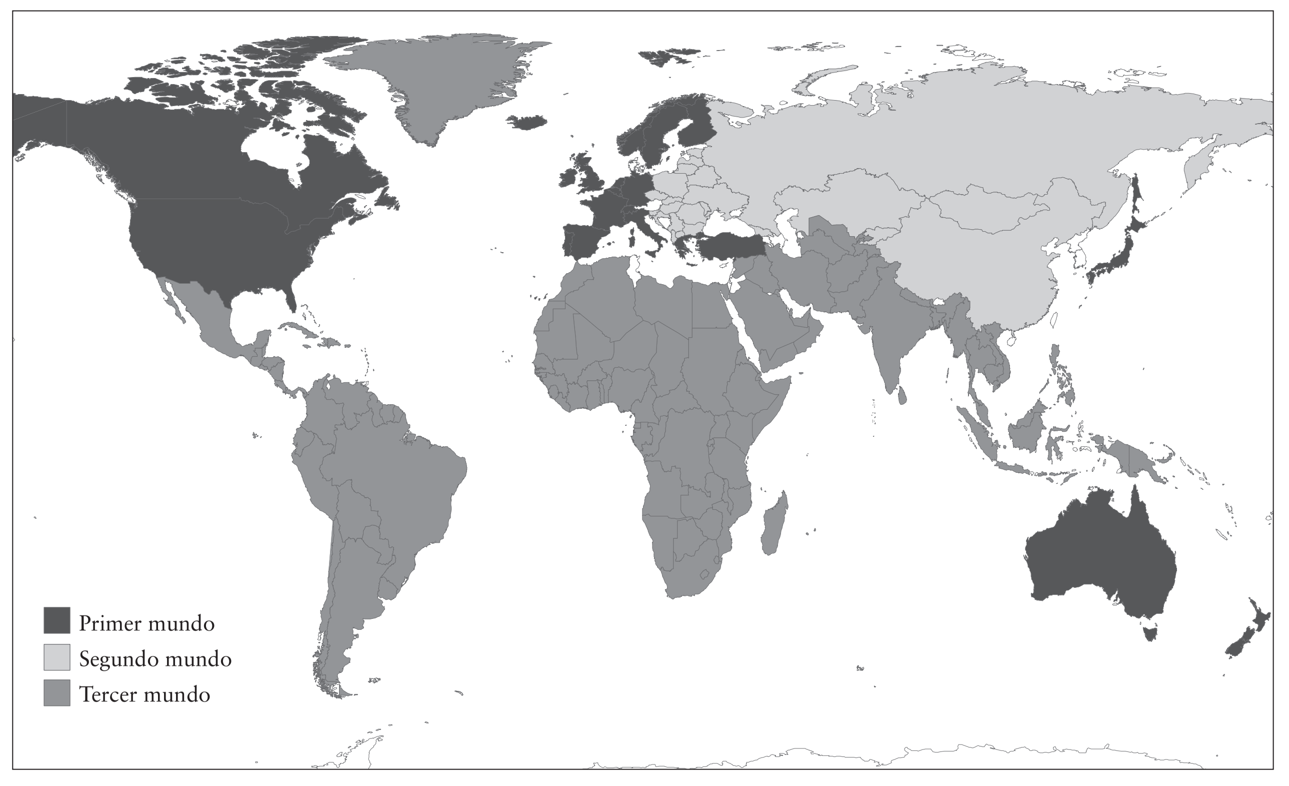
El reparto de África entre potencias europeas entre 1880 y 1912.



El imperio británico al llegar a su máxima extensión en 1920.



El imperio ruso en los tiempos de la Unión Soviética.



División territorial entre primer, segundo y tercer mundo, 1945-1991.



La Unión Europea en la actualidad

Cronología

1492, 12 de octubre	Cristóbal Colón descubre América.
1494, 7 de junio	Tratado de Tordesillas, Portugal y España se reparten el nuevo mundo.
1499	Vasco de Gama llega a la India.
1502	Cuarto y último viaje de Colón a América.
1510	Fundación del asentamiento portugués de Goa.
1507	Se publica el mapamundi de Waldseemüller con el nombre de América, en honor a Amerigo Vespucci.
1513, 25 de septiembre	Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico.
1516-1556	Reinado de Carlos I en España y su imperio.
1519	Hernán Cortés inicia la conquista del imperio azteca.
1519-1522	Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano dan la primera vuelta al mundo.
1521	Hernán Cortés conquista Tenochtitlán.
1532	Francisco Pizarro conquista el imperio inca.
1532	Portugal comienza la ocupación formal de Brasil con su división en quince capitanías hereditarias.
1534	Jacques Cartier llega a Terranova. Francia toma posesión de las primeras tierras de Canadá.
1554	Fundación del asentamiento portugués de Macao.
1556-1598	Reinado de Felipe II en España y su imperio.
1568-1948	Guerra de la independencia de Holanda.
1564-1571	Miguel López de Legazpi conquista las islas Filipinas.
1577	El cosaco Yermak Timoféyevich comienza la conquista de Siberia.
1580	Felipe II hereda el trono de Portugal. Fusión entre el imperio español y el portugués.
1588	La armada invencible es derrotada en las costas de Inglaterra.
1600	Fundación en Londres de la Compañía para el Comercio de las Indias Orientales.

1602	Fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.
1606	El holandés Willem Janszoon desembarca en Australia.
1607	Fundación de Jamestown, primer asentamiento inglés en Norteamérica.
1608	Samuel de Champlain funda la ciudad de Quebec.
1620	Los peregrinos del *Mayflower* llegan a Norteamérica. La Compañía Danesa de las Indias funda su primer enclave en el sur de la India y en África.
1621	La Compañía Holandesa de las Indias se asienta en Yakarta.
1624	Peter Minuit funda Nueva Ámsterdam.
1627	El cardenal Richelieu funda la Compañía de Nueva Francia.
1631	Lord Baltimore funda Maryland.
1643-1715	Reinado de Luis XIV de Francia.
1648, 24 de octubre	Tratado de Westfalia. Fin de la guerra de los Treinta Años.
1652	Jan van Riebeeck funda Ciudad del Cabo.
1668, 13 de febrero	Tratado de Lisboa por el cual el imperio español y el portugués son separados.
1659	Establecimiento de la primera base francesa en Senegal.
1673	Fundación del asentamiento francés en Chandernagar.
1681	William Penn funda Pensilvania.
1701	El zar Pedro I de Rusia funda la ciudad de San Petersburgo.
1714, 10 de julio	El Tratado de Utrecht pone fin a la guerra de Sucesión española. España cede Gibraltar y Menorca a Gran Bretaña.
1733	Fundación de Georgia, última de las trece colonias del imperio británico en Norteamérica.
1741	El explorador danés Vitus Bering contratado por Rusia, cruza el estrecho entre Asia y América que llevaría su nombre.
1742-1748	Guerra de la Oreja de Jenkins entre España y Gran Bretaña.
1756	Batalla de Plassey, Francia pierde sus posesiones en la India frente a Gran Bretaña.
1756-1763	Guerra de los Siete Años.

1776-1783	Guerra de Independencia americana. Nacen los Estados Unidos de América.
1769	Cook toma posesión del sureste de Australia en nombre de Gran Bretaña.
1787	Establecimiento de una colonia británica en Sierra Leona.
1789	Revolución francesa.
1804	Napoleón es coronado como emperador de Francia.
1804	Independencia de Haití.
1811	Independencia de Venezuela, Cundinamarca y Cartagena, y de los territorios del futuro Paraguay.
1815, 18 de junio	Batalla de Waterloo, que pone fin a la era napoleónica.
1816	Independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica.
1821	Independencia de México.
1822	Independencia de Brasil y proclamación del nuevo imperio bajo Pedro I de Braganza.
1823	Proclamación de la doctrina Monroe de «América para los americanos».
1824	Batalla de Ayacucho. Independencia del Perú y de Bolivia.
1830	Comienza la colonización francesa de Argelia con la ocupación de Argel.
1833	La esclavitud es abolida en el imperio británico.
1835	Los bóeres inician el Gran *Trek* en África del sur.
1837-1901	Reinado de Victoria de Inglaterra.
1840-1842	Primera guerra del Opio. Hong Kong se convierte en colonia británica.
1853-1856	Guerra de Crimea.
1856-1860	Segunda guerra del Opio.
1857	Rebelión en la India.
	Los franceses ocupan la ciudad de Saigón.
1860	Los rusos fundan Vladivostok.
1869	Inauguración del Canal de Suez.
1870-71	Guerra franco-prusiana, permite culminar la unificación de Alemania y de Italia.
1880-1801	Primera guerra de los bóeres.
1884	Leopoldo II de Bélgica crea el Estado Libre del Congo.
	Alemania comienza su imperio colonial con la ocupación de Camerún, Togo y Agra Pequeña.

1884-1885	Congreso de Berlín sobre el reparto de África. Sahara y Guinea Ecuatorial son confirmadas por el resto de las potencias como posesiones españolas.
1886	La Compañía Real de Níger inicia la presencia británica en África occidental.
1886	Gran Bretaña y Alemania se reparten África oriental.
1887	Fundación de la colonia francesa de Indochina. Italia inicia la colonización del cuerno de África.
1890	Cecil Rhodes funda Rodesia.
1898	Guerra entre los Estados Unidos y España. Ocupación francesa de Fachoda. Acuerdo colonial entre Francia y Gran Bretaña.
1899-1902	Segunda guerra de los bóeres.
1900	Estados Unidos se convierte en la mayor economía del mundo. Guerra de los *Boxers*.
1904	Inauguración del ferrocarril transiberiano. Guerra entre Rusia y Japón. Conferencia de Algeciras. Francia y España se reparten Marruecos.
1912-1913	Guerra de los Balcanes.
1914, 28 de julio	Estalla la Primera Guerra Mundial.
1917	Revolución rusa.
1918, 11 de noviembre	Fin de la Primera Guerra Mundial.
1919	Conferencia de paz de París. Francia y Gran Bretaña se reparten gran parte del imperio colonial alemán y el imperio otomano.
1922	Benito Mussolini llega al poder en Italia.
1922-1927	Guerra de Marruecos contra la ocupación española y francesa.
1929, 24 de octubre	La caída de la bolsa de Nueva York provoca una crisis mundial.
1931	Japón invade Manchuria.
1931, 11 de diciembre	Estatuto de Westminster, igualdad entre los países de la Commonwealth y Gran Bretaña.
1932	Irak obtiene la independencia.
1933	Adolf Hitler llega al poder en Alemania.
1936	Italia invade Abisinia.
1936-1939	Guerra civil española. Francia concede la independencia a Siria.
1939, 1 de septiembre	Estalla la Segunda Guerra Mundial.
1941, 14 de agosto	Carta del Atlántico.

1944	Conferencia de Bretton Woods.
1945, 2 de septiembre	Fin de la Segunda Guerra Mundial. Nace la Organización de las Naciones Unidas.
1947	Lanzamiento del Plan Marshall. Independencia de la India y Pakistán.
1948	Proclamación del Estado de Israel.
1949	Nace la República Popular China bajo Mao Tse Tung. Independencia de Indonesia.
1949, 4 abril	Tratado del Atlántico Norte.
1951, 18 de abril	Tratado de París, por el que nace la Comunidad Europea del Carbón y del Acero.
1954	Francia se retira de Indochina.
1954-1962	Guerra de Argelia.
1955	Congreso de Bandung en Indonesia de naciones descolonizadas.
1956	Independencia de Marruecos y Túnez. Crisis de Suez.
1957	Independencia de Nigeria, Ghana y las colonias británicas de África occidental.
1957, 25 de marzo	Tratado de Roma. Nace la Comunidad Económica Europea y EURATOM.
1957-1958	Guerra de Ifni entre España y Marruecos.
1960	Francia concede la independencia a la práctica totalidad de su imperio francés. Independencia del Congo Belga.
1962	Independencia de Argelia. Independencia de Jamaica y Uganda.
1963	Independencia de Kenia y Zanzíbar.
1966	Independencia de Rodesia.
1968	Independencia de Guinea Ecuatorial.
1973	Guerra de Yom Kipur. Estalla la crisis del petróleo. Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca ingresan en la Comunidad Europea.
1975	Marcha verde sobre el Sahara. Portugal concede la independencia a Angola, Mozambique y la gran mayoría de territorios de su imperio.
1982	Guerra de las Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña.
1985	España y Portugal ingresan en la Comunidad Europea.

1989	Revoluciones en Europa del Este.
1991	Primera guerra del Golfo.
	Desaparición de la Unión Soviética. Nacimiento de 12 nuevas naciones independientes de Rusia.
1992, 7 de febrero	Tratado de Maastricht. Nace la Unión Europea.
1997	Fin de la soberanía británica de Hong Kong.
1999	Fin de la soberanía portuguesa de Macao.
2001, 11 de septiembre	Atentados de Al Qaeda en los Estados Unidos, comienza la llamada guerra contra el terror.
2003	Segunda guerra del Golfo, más conocida como guerra de Irak.
2004	Ampliación de la Unión Europea hacia Europa central y oriental.
2007	Nace la UE de 27 miembros.
2007, 13 de diciembre	Tratado de Lisboa.
2008	Estalla la crisis financiera global.
	Nace el G-20.
	La India y Brasil se sitúan entre las diez mayores economías del mundo desplazando a España y Canadá.
2008, 14 y 15 de noviembre	Cumbre de Washington del G-20.
2010	China se convierte en la segunda economía del mundo, por delante de Japón.

Bibliografía

ABERNETHY, David B., *The dynamics of global dominance, European overseas empires,* 1415-1980, New Haven, Yale, 2000.
ALLEN, Charles, *India and the making of Rudyard Kipling,* Londres, Abacus, 2007.
ANSPRENGER, Franz, *The dissolution of colonial empires,* Londres, Routledge, 1989.
ARMITAGE, David, *A declaration of independence. A global history,* Cambridge, Harvard University Press, 2007.
—, *Theories of empire, 1450-1800,* Londres, Aldershot, 1998.
BAINES, Dudley, *History of emigration from Europe, 1815-1930,* Cambridge, CUP, 1995.
BARZUN, Jacques, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural de Occidente,* Madrid, Taurus, 2002.
BEASLEY, William, *Japanese imperialism, 1894-1945,* Oxford, OUP, 1987.
BLIXEN, Karen, *Out of Africa*, Londres, Penguin, 1980.
BOGDANOR, Vernon; SKIDELSKI, Robert, *The age of affluence, 1951-1964*, Londres, Macmillan, 1970.
BOSWELL, James, *Life of Samuel Johnson,* Londres, Penguin, 1990.
BOUCHE, Denise, *Histoire de la colonisation française,* París, Fayard, 1991.
BRAUDEL, Fernand, *A history of civilizations*, Londres, Penguin, 1993.
BROOK, Timothy, *Vermeer's Hat: The seventeenth century and the dawn of the global world*, Londres, Vintage, 2008.
BURCKHARDT, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia,* Madrid, Akal, 2004.
BURK, Kathleen, *Old world, new world, the story of Britain and America,* Londres, Abacus, 2009.
BURKE, Edmund, *Reflections on the revolution in France*, Oxford, Oxford World's Classics, 2009.
CALDWELL, Christopher, *Reflections on the revolution in Europe. Immigration, Islam and the West,* Londres, Doubleday, 2009.
CARR, Raymond, *España, 1808-2008,* Barcelona, Ariel, 2009.
CARLYLE, Thomas, *The French Revolution,* Oxford, Oxford World's Classics, 2000.

CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* Madrid, Cátedra, 2010.
CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo, *América Hispánica (1492-1898),* Madrid, Marcial Pons, 2009.
CHATEABRIAND, François René, *Memoires d´outre tombe,* París, Grasset, 1996.
COOK, James, *Voyages of Captain Cook,* Londres, Wordsworth Classics, 1999.
COLE, Juan, *Napoleon´s Egypt. Invading the Middle East*, Londres, Palgrave Macmillan, 2007.
CHAMBERLAIN, M. E., *La descolonización*, Barcelona, Ariel, 1997.
CHURCHILL, Winston, *A history of the English-Speaking peoples,* Londres, Cassell, 1982.
—, *My African Journey*, Londres, Standard Publications, 2007.
—, *The river war,* Londres, Standard Publications, 2007.
—, *The Second World War, v. 6. Triumph and tragedy,* Londres, Penguin Classics, 2005.
CLARK, Kenneth, *Civilización*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
CLARK, Peter, *The last thousand days of the British Empire*, Londres, Penguin, 2008.
CLAUSEWITZ, Karl von, *De la Guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2007.
CONRAD, Joseph, *The heart of Darkness,* Londres, Penguin, 1994.
—, *Nostromo*, Londres, Penguin, 1994.
—, *Lord Jim,* Londres, Penguin, 1994.
CONDORCET, Nicolás de, *Esquisse d'un tableau historique des progress de l'espirit humain. Ouvres complètes*, París, Nabu Press, 2010.
—, *Reflexions sur l'esclavage des negres. Ouvres complètes,* París, Nabu Press, 2010.
COOPER, Robert, *The post-modern state and the world order*, Londres, Demos, 1996.
COUDENHOVE-KALERGI, Richard, *Paneuropa,* Madrid, Ediciones paneruopa, 1990.
CRESPO MACLENNAN, Julio, *Forjadores de Europa, Grandes europeístas y euroescépticos del siglo XX,* Barcelona, Destino, 2009.
DARWIN, John, *The rise and fall of global empires, 1400-2000,* Londres, Penguin, 2008.
DAVIES, Norman, *Europe, a history,* Oxford, OUP, 1996.
DEHESA, Guillermo de la, *La primera gran crisis financiera del siglo XXI,* Madrid, Alianza, 2009.
DEFOE, Daniel, *Robinson Crusoe,* Londres, Penguin, 2001.
DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia de la verdadera conquista de nueva España*, Madrid, Homo Legens, 2011.

Dickens, Charles, *American Diary,* Londres, Penguin classics, 2004.
—, *Martin Chuzzlewit,* Londres, Penguin Classics, 2004.
Dunn, Mary, *William Penn, politics and conscience*, New Jersey, Princeton, 1967.
Elliott, John H., *Imperios del mundo atlántico, España y Gran Bretaña en América (1492-1830),* Madrid, Taurus, 2006.
—, *España y su mundo, 1500-1800,* Madrid, Taurus, 2007.
—, *El Viejo mundo y el nuevo,* Madrid, Alianza Editorial, 2000.
Fallaci, Oriana, *La rabia y el orgullo*, Madrid, La esfera de los libros, 2009.
Ferguson, Niall, *Colossus, the rise and fall of the American Empire*, Londres, Allen Lane, 2004.
—, *Cash nexus, money and power in the modern world, 1700-2000,* Londres, Penguin, 2001.
—, *The ascent of money. A financial history of the world,* Londres, Allen Lane, 2008.
—, *Virtual History*, Londres, Basic Books, 1997.
—, *El imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial,* Barcelona, Debate, 2005.
—, *Civilización, Occidente y el resto,* Barcelona, Debate, 2012.
Ferguson, Robert, *American Enlightenment, 1750-1820*, Cambridge, CUP, 1997.
Fernández Álvarez, Manuel, *Sombras y luces en la España imperial,* Madrid, Círculo de Lectores, 2004.
Fernández-Armesto, Felipe, *Millennium, a history of our last thousand years*, Londres, Black Swan, 1995.
—, *Civilizations, culture, ambitions and the transformation of nature*, Nueva York, Touchsone, 2001.
—, *Columbus,* Oxford, OUP, 1992.
—, *The Americas, the history of a hemisphere,* Londres, Weidenfield and Nicholson, 2003.
—, *Amerigo,* Nueva York, Random House, 2007.
—, *Conquistadores del horizonte,* Barcelona, Destino, 2006.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias,* Madrid, Cátedra, 2010.
Ferro, Marc, *Colonization. A global history*, Londres, Routledge, World Heritage Press, 1997.
Fieldhouse, D. K., *Economics and Empire,* Londres, Palgrave Macmillan, 1984.
Figes, Orlando, *A people´s tragedy. The Russian revolution, 1891-1924,* Londres, Random House, 1996.
—, *El baile de Natacha, una historia cultural de Rusia*, Barcelona, Edhasa, 2006.

Flynn, Dennys; Giráldez, Arturo, *Global connections and monetary history, 1470-1800,* Londres, Ashgate, 2003.
Forastie, Jean, *Les trente glorieuses: ou la revolution invisible de 1945 a 1975,* París, Poche, 2011.
Foreman-Peck, James, *A history of the world economy*, Londres, Havester 1993.
Franklin, Benjamin, *Autobiografía y otros escritos*, Madrid, Editora nacional, 1982.
Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
Frieden, Jeffrey, *Global capitalism: its fall and rise,* New York, Norton & Company, 2006.
Friedman, George, *Los próximos cien años,* Barcelona, Destino, 2010.
Friedman, Thomas, *La tierra es plana, breve historia del mundo globalizado,* Londres, Allen Lane, 2005.
Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
Galbraith, John Kenneth, *La sociedad opulenta,* Madrid, Booket, 2012.
—, *The world economy since the wars*, Londres, Sinclair Stephenson, 1994.
Gandhi, Mahatma, *An autobiography. Or the story of my experiments with truth,* Londres, Penguin, 2000.
Games, Alison, *Migration and the origins of the Atlantic World,* Cambridge, CUP, 1999.
García Cárcel, Ricardo, *La leyenda negra, historia y opinión,* Madrid, Alianza Editorial, 1992.
—, *La herencia del pasado, las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
Gibbon, Edward, *The decline and fall of the Roman empire*, Londres, Penguin Classics, 1998.
Giddens, Anthony, *Europa en la era global*, Barcelona, Paidós, 2007.
Gide, André, *Voyage au Congo,* París, Poche, 2007.
Glover, Jonathan, *Humanity: A moral history of the twentieth century*, Londres, Cape, 1999.
Goldstone, Jack, *Why Europe? The rise of the West in world history, 1500-1850,* Boston, Mcgraw Hill, 2009.
Gobineau, Joseph Arthur, *Essai sur l' inégalité des races humaines,* París, General Books, 2012.
Grotius, Hugo, *The Free Sea,* Indianapolis, Liberty Fund, 2011.
Haggard, Henry R., *King Solomon´s mines,* Londres, Penguin, 1996.
Hakluyt, Richard, *The Principal Navigators, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, Londres, Nabu Press, 2011.
Havard, Gilles, *Histoire de l'Amérique française,* París, Flamarion, 2008.

Hitchcock, William, *The struggle for Europe. The history of the continent since 1945*, Londres, Profile Books, 2004.
Hobsbawn, Eric, *Age of Capital, 1848-1875*, Londres, Michael Joseph, 1975.
—, *Age of Empire, 1875-1914*, Londres, Michael Joseph, 1992.
—, *Age of Extremes, the short twentieth century, 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1994.
Hobson, J. A., *Imperialism*, Michigan, University of Michigan, 2007.
Hobston, John, *The Eastern origins of Western Civilisation*, Cambridge, CUP, 2004.
Holland, R. F., *European decolonisation, 1918-1981*, Londres, Palgrave, 1985.
Hosking, Geoffrey, *Russia and the Russians, from earliest times to 2001*, Londres, Penguin, 2001.
Hourani, Albert, *Historia de los árabes*, Barcelona, Crítica, 2009.
Huntington, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración mundial*, Barcelona, Paidós, 2010.
Iglesias, Carmen, *No siempre lo peor es cierto. Estudios sobre la historia de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.
Israel, Jonathan, *The Dutch Republic*, Londres, Clarendon Press, 1998.
James, Henry, *The Bostonians*, Londres, Penguin Classics, 2000.
James, Lawrence, *Raj, The making and unmaking of British India*, Londres, Abacus, 1998.
Jenkins, Roy, *Churchill*, Londres, Pan Books, 2001.
Judt, Tony, *Postwar, a history of Europe since 1945*, Londres, Penguin, 2005.
—, *Reappraisals, reflections on the forgotten twentieth century*, Londres, William Heinneman, 2008.
—, *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012.
Kagan, Robert, *Poder y debilidad*, Madrid, Taurus, 2004.
—, *The return of history and the end of dreams*, Londres, Atlantic Books, 2008.
Kaldor, Mary, *The disintegrating West*, Londres, Hill and Wang, 1978.
Kamen, Henry, *Spain's road to empire, the making of a world power, 1492-1763*, Londres, Penguin, 2003.
—, *Del imperio a la decadencia. Los mitos que forjaron la España moderna*, Madrid, Temas de Hoy, 2009.
—, *Los desheredados. España y la huella del exilio*, Madrid, Aguilar, 2007.
—, *La sociedad europea, 1500-1700*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.
Kennedy, Paul, *The rise and fall of Great Powers, economic change and military conflict from 1500 to 2000*, Londres, Fontana Press, 1989.
Kissinger, Henry, *Diplomacy*, Londres, Simon and Schuster, 1994.
—, *China*, Barcelona, Debate, 2011.

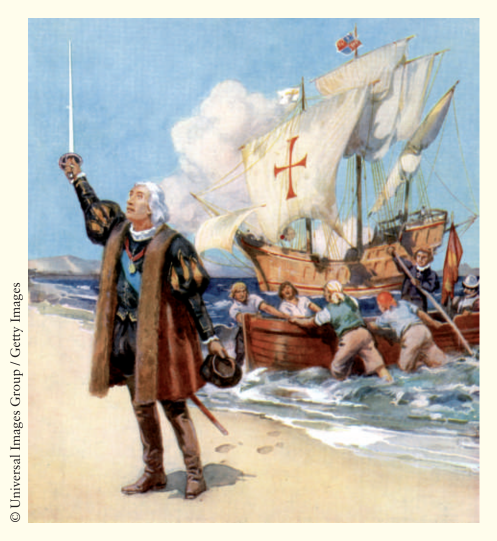
KIPLING, Rudyard, *Complete verse*, Londres, Natraj Publishers, 2011.
KLEIN, Herbert, *A population history of the United States,* Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
LAMO DE ESPINOSA, Emilio, *Europa después de Europa,* Madrid, Academia Europea de Ciencias y Artes, 2010.
LANDES, David, *The wealth and poverty of nations*, Londres, Abacus, 1998.
LAPIERRE, Dominique; COLLINS, Larry, *Freedom at midnight,* Nueva Delhi, Vikas, 1997.
—, *O Jerusalén,* Madrid, Plaza y Janés, 1972.
LACQUEUR, Walter, *The last days of Europe. Epitaph for an old continent,* Londres, St. Martin's Griffin, 2009.
LAWRENCE, T. E., *Los siete pilares de la sabiduría,* Barcelona, Zeta, 2007.
LENIN, Vladimir Illych, *Imperialism, the highest stage of capitalism,* Londres, Penguin classics, 2010.
LEONARD, Mark, *Por qué Europa liderará el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2006.
LÉVY, Bernard-Henri, *Les aventures de la liberté,* París, Grasset, 1991.
LIVINGSTONE, David, *Missionary Travels and researches in South Africa*, Londres, FQ Books.
LOTTI, Pierre, *Au Maroc,* París, Broché, 2000.
LOVELL, Julia, *La gran muralla. China contra el mundo, 1000 AC a 2000 DC*, Barcelona, Debate, 2006.
LASSALLE, José María, *Liberales, compromiso cívico con la virtud*, Barcelona, Debate, 2010.
LUCENA GIRALDO, Manuel, *A los cuatro vientos. Las ciudades de la América Hispánica,* Madrid, Marcial Pons, 2006.
—, *Naciones de rebeldes, las revoluciones de independencia latinoamericanas*, Madrid, Taurus, 2010.
—, *Francisco de Miranda, la aventura de la política*, Madrid, Edaf, 2011.
LYNCH, John, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1976.
—, *Spain, 1516-1598: From nation state to world empire,* Oxford, OUP, 1991.
MACMILLAN, Margaret, *Peacemakers, six months that changed the world,* Londres, John Murray, 2001.
MADARIAGA, Salvador, *El auge y ocaso del imperio español en América,* Madrid, Sarpe, 1979.
—, *Hernán Cortés*, Madrid, Espasa, 1977.
—, *Bolívar,* Madrid, Espasa, 1981.
—, *De Colón a Bolívar,* Madrid, Espasa, 1981.
—, *España,* Madrid, Espasa, 1984.
MALTHUS, Thomas, *Ensayo sobre el principio de la población,* Madrid, Fondo de cultura económica, 1999.

Mann, Thomas, *La montaña mágica*, Madrid, Edhasa, 1999.
Marrus, Michael Robert, *The unwanted: European Refugees in the twentieth century,* Londres, Temple University Press, 2002.
Mazower, M., *The dark continent: Europe's twentieth century,* Londres, Penguin, 2008.
McNeill, John Robert, *Atlantic Empires of Spain and France, 1700-1763,* Carolina del Norte, Chapel Hill, 1985.
McNeill, W. H., *The rise of the West*, Chicago, New American Library, 1964.
Meyer, Jean, *Rusia y sus imperios (1894-2005),* Barcelona, Tusquets, 2007.
Montesquieu, Charles de, *Cartas Persas*, Madrid, Cátedra, 2010.
Morris, Ian, *Why the West rules for now,* Londres, Profile Books, 2010.
Oates, Frank, *Matabeland and the Victoria Falls, Letters and Journals,* Londres, Paperback, 2010.
O'Brien, Patrick; Prados de la Escosura, Leandro, «The costs and benefits of European imperialism from the conquest of Ceuta to the treaty of Lusaka», 1974, *Revista de Historia Económica,* 16, 1998.
Parekh, B, *Colonialism, tradition and reform,* Londres, Sage Publications, 1999.
Pomeranz, Kenneth, *The great divergence: China, Europe and the making of the modern economy*, New Jersey, Princeton, 2000.
Orwell, George, *Shooting an elephant*, Londres, Penguin, 2010.
Osborne, Roger, *Civilización, una historia crítica del mundo occidental,* Barcelona, Crítica, 2006.
Pagden, Anthony, *Lords of all the world. Ideologies of empire in Spain, Britain and France, 1500-1800,* New Haven, Yale University Press, 1995.
—, *Worlds at war: The 2500-Year struggle between East and West,* Londres, Random House, 2009.
Paine, Thomas, *Common Sense,* Londres, Penguin, 2004.
Pakenham, Thomas, *The scramble for Africa,* Londres, Abacus, 1991.
Parker, Geoffrey, *Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
—, *La revolución militar, innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800,* Madrid, Alianza Editorial, 2002.
Pepys, Samuel, *Diaries,* Londres, Penguin, 2003.
Pérez, Joseph, *La emancipación en Hispanoamérica,* Granada, Alhambra, 1986.
Pockock, Tom, *Battle for Empire, the very first world war, 1756-1763,* Londres, Michael O'Mara, 1998.
Raleigh, Sir Walter, *The Discovery of Guayana,* Montana, Kessinger Publishings, 2009.
Reed, John, *Ten days that shook the world*, Londres, Penguin, 2007.

Reid, T. R., *The United States of Europe: The new superpower and the end of American supremacy,* Londres, Penguin Press, 2004.
Remarque, Erich Maria, *All quiet on the Western front,* Londres, Vintage, 1993.
Reynolds, David, *One world divisible: A global history since 1945,* Londres, Norton, 2000.
Rifkin, Jeremy, *El sueño europeo. Cómo el sueño europeo está eclipsando el sueño americano,* Barcelona, Paídós, 2005.
Russell, Bertrand, *A history of Western Philosophy,* Londres, Union Paperbacks, 1987.
Said, Edward, *Orientalism, Western conceptions of the Orient,* Londres, Penguin, 1978.
—, *Culture imperialism*, Londres, Vintage Books, 1994.
Sáenz Quesada, María, *La Argentina. Historia del país y de su gente,* Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España,* México, Dastin, 2009.
Saravia, José Hernando, *Historia de Portugal,* Madrid, Alianza Editorial, 1989.
Sassen, Saskia, *The global city. New York, London, Tokyo,* Nueva Jersey, Princeton, 1996.
Sassoon, Donald, *Cultura, el patrimonio común de los europeos,* Barcelona, Crítica, 2007.
Sebag-Montefiore, Simon, *Jerusalén, la biografía,* Barcelona, Crítica, 2011.
Slaughter, Anne-Marie, *A new world order,* Nueva Jersey, Princeton, 2004.
Smith, Adam, *La riqueza de las naciones,* Barcelona, Alianza Editorial, 2011.
Smith, John, *A description of new England*, Montana, Kessinger Publishing, 2009.
Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpé, 1989.
Stanley, Henry, *How I found Livingstone, adventures and discoveries in Central Africa,* Londres, Wordsworth, 2010.
—, *Through the dark continent,* Londres, Adamant Corporation, 2000.
Swift, Jonathan, *Gulliver's travels,* Londres, Penguin Classics, 2000.
Taylor, A. J. P., *The struggle for mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, OUP, 1987.
—, *Europe: grandeur and decline,* Londres, Penguin, 1985.
Tocqueville, Alexis de, *The ancien regime*, Londres, Everyman's Library, 1988.
—, *La democracia en América*, Madrid, Alianza, 2006.
Todorov, Tzvetan, *Hope and Memory. Lessons from the twentieth century,* Nueva Jersey, Princeton, 2003.

TOLSTOY, Leon, *Sebastopol sketches,* Londres, Penguin, 1986.
TORREBLANCA, Ignacio, *La fragmentación del poder europeo,* Madrid, Política Exterior Icaria, 2011.
THOMAS, Hugh, *El imperio español*, Barcelona, Planeta, 2006.
—, *La conquista de México,* Barcelona, Planeta, 2007.
—, *The Slave trade*, Londres, Phoenix, 2006.
—, *An unfinished history of the world*, Londres, Papermac, 1995.
TUCHMANN, Barbara, *Los cañones de agosto*, Barcelona, RBA, 2012.
YOUNGS, Richard, *Europe's decline and fall. The struggle against global irrelevance,* Londres, Profile Books, 2010.
VVAA, «Las tinieblas de la memoria. Una reflexión sobre los imperios en la Edad Moderna, Debate y Perspectivas», *Cuadernos de Historia Moderna,* Septiembre, 2002.
VVAA, *Project Europe, challenges and opportunities,* UE, 2010.
VAN YOUNG, Eric, *La crisis del orden colonial,* Madrid, Alianza, 1992.
VARGAS LLOSA, *El sueño del celta,* Madrid, Alfaguara, 2010.
VEGA, Garcilaso de la, *Obra completa,* Madrid, Edaf, 2004.
WASSERSTEIN, Bernard, *Barbarie y Civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo,* Barcelona, Ariel, 2010.
WATSON, Peter, *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2006.
—, *Historia intelectual del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2007.
WELLS, H. G., *La Guerra de los mundos,* Madrid, Debolsillo, 2010.
WHITAKER, Arthur, *The Western hemisphere idea. Its rise and decline,* Nueva York, Cornell University Press, 1954.
WILSON, Derek, *Rothschild, the story of wealth and power,* Londres, Mandarin, 1988.
WILLIAMSON, J. A., *The British Empire and Commonwealth,* Londres, Macmillan, 1967.
WOLF, Eric, *Europa y la gente sin historia,* Fondo de Cultura Económica de España, Buenos Aires, 2005.
WOODRUFF, W., *The impact of Western man. A study of Europe's role in the world economy, 1750-1960,* Londres, Macmillan, 1966.
ZAKARIA, Fareed, *The post-American world,* Nueva York, Norton, 2008.
ZELDIN, Theodore, *France, 1848-1945, politics and anger,* Oxford, OUP, 1987.
ZWEIG, Stefan, *Momentos estelares de la humanidad,* Barcelona, El acantilado, 2007.
—, *El mundo de Ayer. Memorias de un europeo,* Barcelona, El acantilado, 2007.
—, *Brasil, país de futuro,* Barcelona, Cahoba, 2006.

Índice onomástico



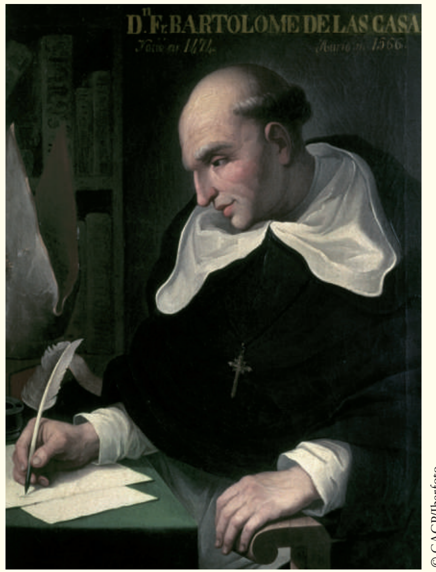
1. Cristóbal Colón llegando a América. La trascendencia de su descubrimiento fue mucho mayor de lo que él pudo intuir.



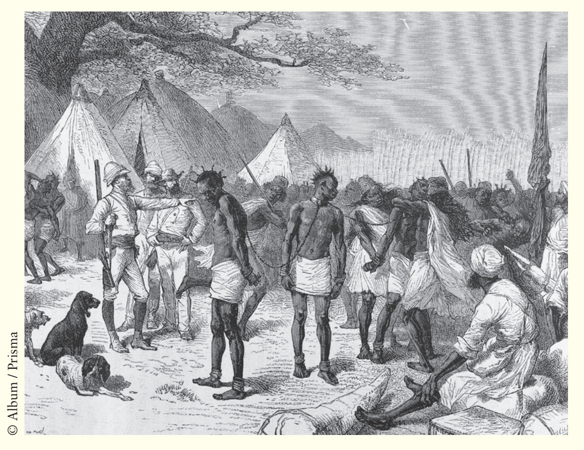
2. Isabel la Católica. Gracias a su apoyo a la empresa de Cristóbal Colón su reino gozó de la ventaja de haber descubierto América y España llegaría a ser la primera potencia mundial.



3. El navegante y explorador Vasco de Gama, primer virrey de la India portuguesa. Todo un símbolo del esplendor de Portugal en la era de los descubrimientos.



4. Bartolomé de las Casas, que recibió el título de protector de los indios, fue el primer gran crítico de la expansión colonial y también ha sido descrito como el padre de los derechos humanos.



5. La esclavitud, la gran lacra del imperialismo europeo desde sus comienzos hasta que fue finalmente abolida en el siglo XIX.



6. Felipe II, uno de los hombres más poderosos de todos los tiempos, que reinó sobre el primer imperio global en el que no se ponía el sol.

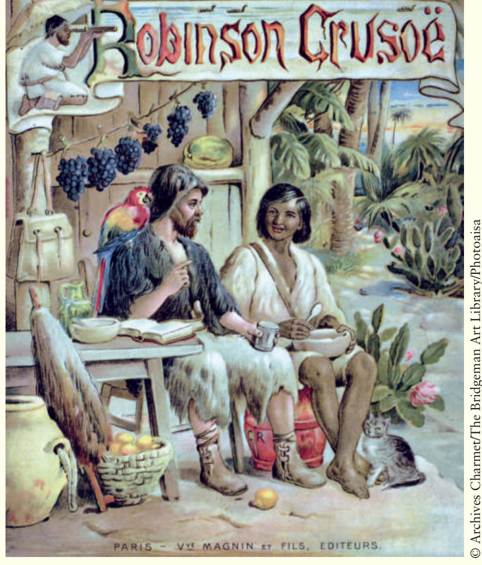
7. Los peregrinos del *Mayflower* firman el célebre contrato que estableció las reglas de su gobierno, exaltado como el origen de la democracia estadounidense.



8. Hugo Grotius publicó una influyente obra reivindicando la libertad de los mares, con el fin de que países como Holanda pudieran beneficiarse de la expansión colonial.



9. Al igual que los pioneros íberos, Jacques Cartier planta la cruz ante los indígenas al tomar posesión de tierras del Canadá en nombre de Francia.



10. *Robinson Crusoe,* la novela de Daniel Defoe, fue un gran éxito internacional al evocar las virtudes del hombre blanco en mundos exóticos con los que tantos europeos soñaron.

11. El mítico capitán Cook abriendo una nueva frontera para la colonización británica: Australia.



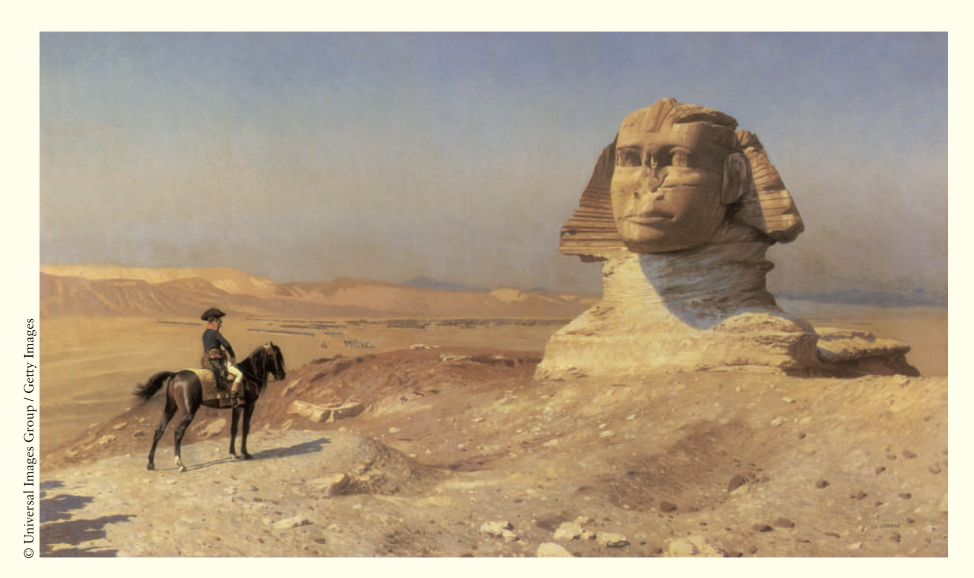
12. El zar Iván IV, más conocido como Iván el Terrible, bajo cuyo reinado Rusia comienza la conquista de Siberia y se convierte en un imperio multiétnico.



13. San Petersburgo, la grandiosa obra del zar Pedro I, con la que culminó su misión de hacer de Rusia una gran potencia europea.



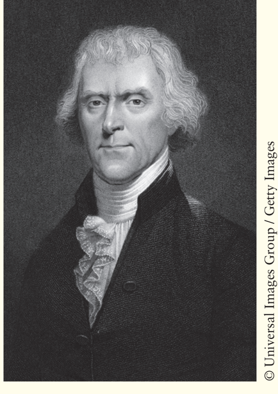
14. El padre de la economía, Adam Smith, fue un gran escéptico de la colonización. Según él sólo los imperios mercantiles tenían sentido desde el punto de vista económico.



15. Napoleón en Egipto en 1797. El creador de un gran imperio en Europa soñó con fundar un imperio que se extendiera hasta el continente asiático.







16. Francisco de Miranda, Simón Bolivar y Thomas Jefferson, tres de las principales figuras de la era de las revoluciones en América.

17. Tropas británicas se abren paso en China durante la guerra del Opio. Tras las dos guerras del Opio los principales puertos chinos fueron finalmente abiertos al comercio con las potencias europeas.



© Time & Life Pictures/ Mansell/ Getty Images

18. El esplendor de la India británica. El nuevo virrey Lord Curzon entrando en Nueva Delhi a lomos de un elefante (1899).



© Album / akg-images

19. «Dejadme controlar el dinero de una nación, no me importa quién haga las leyes», dijo Mayer Amschel Rothschild, fundador de la famosa dinastía financiera que tuvo un papel muy importante en la expansión económica de Europa.



© J. Bedmar/Iberfoto/Photoaisa

20. El más exitoso de los indianos, Antonio López y López, primer marqués de Comillas, cuyos intereses empresariales se extendían por Iberoamérica y Filipinas.



© Illustrated London News/Mary Evans /Photoaisa

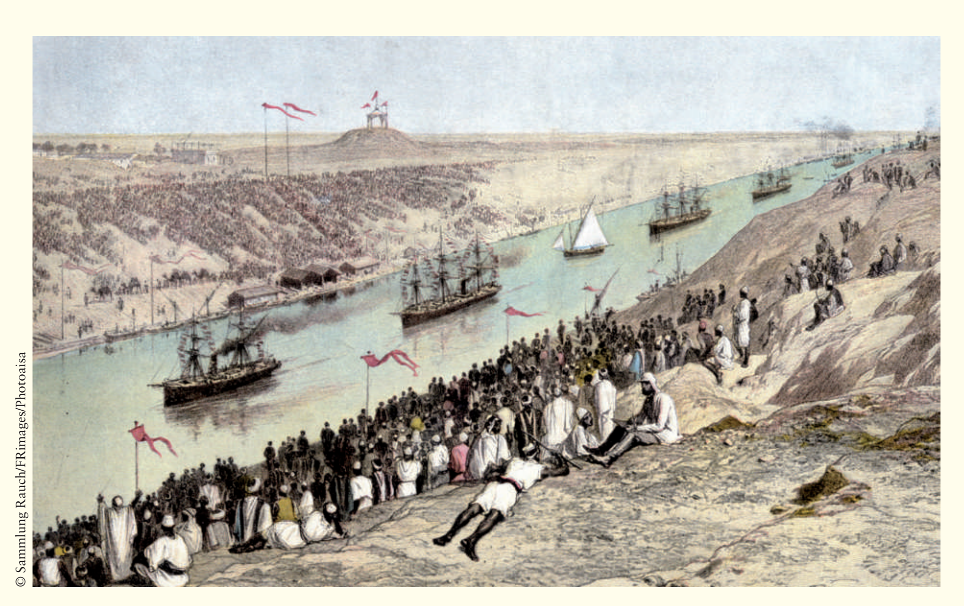
21. «Si pudiera anexionaría las estrellas», dijo el todopoderoso Cecil Rhodes. Además de convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo, fue primer ministro de la colonia de El Cabo y fundó Rodesia.

22. Los bóeres en su célebre gran trek, en busca de nuevas tierras africanas.

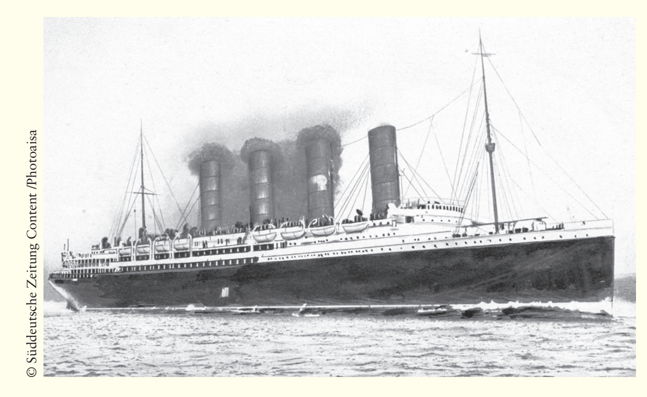


23. La conquista del oeste norteamericano, en la que iban a participar muchos emigrantes europeos atraídos por las oportunidades que ofrecían esas tierras.

24. Emigrantes europeos llegando a la isla de Ellis. A comienzos del siglo XX unos cinco mil emigrantes, en su mayoría europeos, entraban cada día en Estados Unidos a través de esta aduana.



25. La tecnología europea podía con todos los obstáculos de la naturaleza. Inauguración del canal de Suez en 1869.



26. El transatlántico fue otro de los grandes avances tecnológicos de Europa en el siglo xix. Gracias a él millones de europeos emigrarían a América desde finales del siglo xix y comienzos del xx.



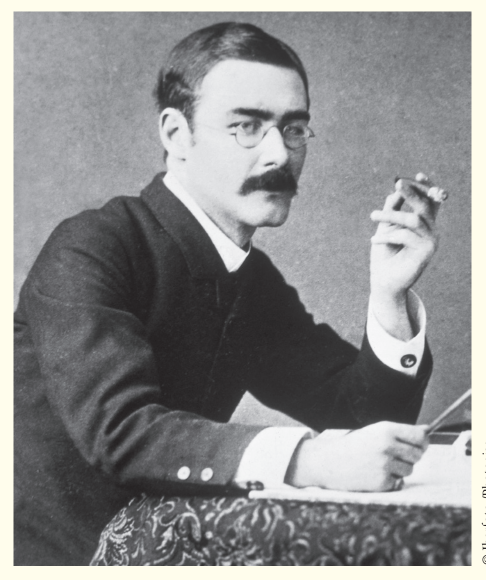
27. El ferrocarril transiberiano, inaugurado en 1904, contribuyó a cohesionar el enorme imperio ruso y a que la influencia europea llegara hasta el Pacífico.



28. El canciller Bismark haciendo de anfitrión en el congreso de Berlín, en los tiempos en que los líderes europeos decidían el destino del mundo.



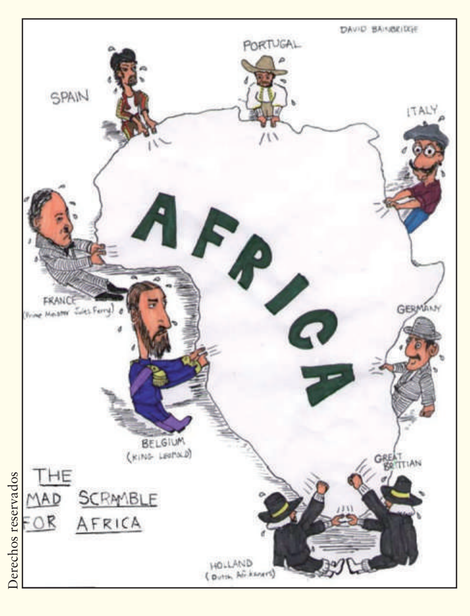
29. La reina Victoria, que también fue emperatriz de la India, reinó sobre el mayor imperio de la historia, que se extendía sobre una cuarta parte de la tierra.



30. Rudyard Kipling, autor del famoso poema sobre la carga del hombre blanco, en el que exhortaba a Estados Unidos a compartir la misión de gobernar y civilizar al mundo que hasta entonces le había correspondido a las potencias europeas.



31. El Estado Libre del Congo fue uno de los principales ejemplos de los excesos de la colonización y de la opresión de los africanos por los europeos, como pretende denunciar esta viñeta.



32. El último continente que le quedaba al hombre blanco por explorar fue finalmente abierto a finales del siglo XIX. En menos de dos décadas las grandes potencias se lo repartieron.

33. La Primera Guerra Mundial, una guerra que las potencias europeas lucharon en nombre de la civilización, sólo logró precipitar el declive de Europa.

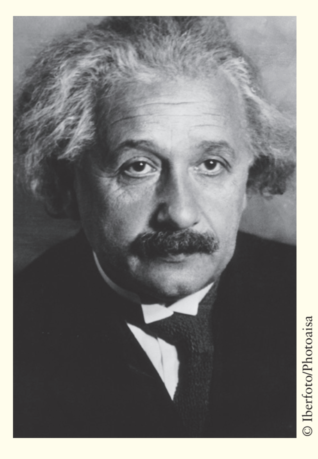




34. Otra consecuencia inesperada de la Primera Guerra Mundial fue la Revolución rusa. Con la llegada de Lenin al poder a las potencias europeas les surgió un temible enemigo: el comunismo.



35. Georges Clemenceau, Woodrow Wilson y David Lloyd George en la conferencia de paz de París en 1919, en la que Gran Bretaña y Francia expandieron sus imperios a costa del antiguo imperio alemán y el otomano.

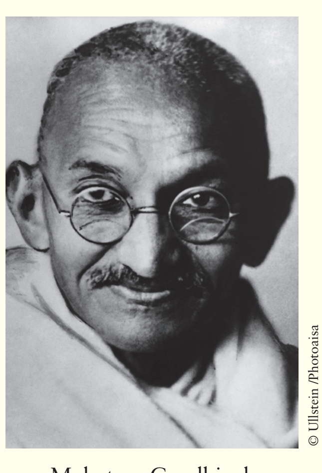


36. Albert Einstein, uno de los más ilustres exiliados europeos que tuvieron que abandonar el viejo continente en el siglo xx por la persecución política o étnica.

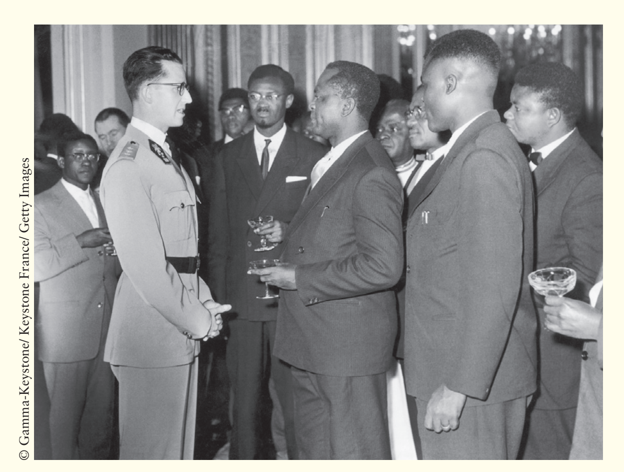
37. La ciudad de Dresde tras los bombardeos. La terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial logró que los europeos finalmente se convencieran de que las guerras entre ellos sólo lograban destruir su civilización.



38. En la conferencia de Yalta los tres representantes de los países que iban a ganar la Segunda Guerra Mundial organizaron un nuevo orden mundial, aunque sólo dos podrían considerarse verdaderamente ganadoras: Estados Unidos y la Unión Soviética.



39. Mahatma Gandhi, el símbolo principal de la descolonización. Su estrategia de desobediencia civil culminó con el desmantelamiento de la India británica por medios pacíficos.



40. El rey Balduino de Bélgica junto con Patrice Lumumba y otros líderes del nuevo país, en la ceremonia de independencia del Congo Belga.



41. Idi Amin uno de los más brutales dictadores que surgieron en el proceso de descolonización.





42. El comienzo de la Europa multicultural. Inmigrantes de las Indias Occidentales a su llegada a Londres en los años cincuenta.



43. Europa tras resurgir de sus cenizas comenzó a avanzar hacia su unidad. Firma del Tratado de Roma el 27 de marzo de 1957 por el que se creó la Comunidad Económica Europea.



44. «Nunca hemos vivido mejor.» Un eslogan muy común en los años cincuenta y sesenta cuando la economía crecía y la prosperidad se extendía con rapidez por toda Europa occidental.



45. Eurabia. La idea de que Europa sucumbiría ante la inmigración islámica y la influencia del islam fue cada vez más importante desde los años noventa.



46. Celebración del Tratado de Maastricht en Berlín en 1992 por el que nace la Unión Europea, una nueva gran potencia.



47. Cumbre del G-20 en Pittsburgh. Un nuevo orden mundial en el cual el poder ya no está centrado ni en Europa ni en Occidente.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2012
Segunda edición: diciembre 2012

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 16856-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-09-4
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5179-1
N.º 34207

Últimos títulos publicados

Serie Ensayo

Javier Argüello
La música del mundo. De las verdades verdaderas a las razones razonables
Eduardo Arroyo
Minuta de un testamento
Dore Ashton
Miquel Barceló. A mitad de camino de la vida
Alaa Al Aswany
Egipto: Las claves de una revolución inevitable
Stefan Aust y Cordt Schnibben (eds.)
Irak. Historia de una guerra moderna
M. J. Balsach
Joan Miró. Cosmogonías de un mundo originario (1918-1939)
Saul Bellow
Todo cuenta. Del pasado remoto al futuro incierto
Julien Benda
La traición de los intelectuales
Isaiah Berlin
La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo
Ambrose Bierce
El diccionario del diablo
Elias Canetti
Apuntes (1973-1984)
Libro de los muertos
Apuntes (1942-1988)
Miguel Casado
La experiencia de lo extranjero. Ensayos sobre poesía

Francisco Casavella
Elevación, elegancia y entusiasmo. Artículos y ensayos (1984-2008)
Juan Luis Cebrián
El pianista en el burdel
Ignacio Cembrero
Vecinos alejados. Los secretos de la crisis entre España y Marruecos
Pietro Citati
El mal absoluto. En el corazón de la novela del siglo XIX
Ulises y la Odisea. El pensamiento iridiscente
Jordi Cornudella
Las buenas compañías. Poetas y poemas
Ángel Crespo
El poeta y su invención
Julio Crespo
Imperios. Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-2012
Sylvain Cypel
Entre muros. La sociedad israelí en vía muerta
Ignace Dalle
Los tres reyes. La monarquía marroquí desde la independencia hasta nuestros días
Jean Daniel
Camus. A contracorriente
Los míos
Ricardo Díez-Hochleitner y Daisaku Ikeda
Un diálogo entre Oriente y Occidente. En busca de una revolución humana
Cecilia Dreymüller
Incisiones. Panorama crítico de la narrativa en lengua alemana desde 1945
Marcel Duchamp
Escritos
Agencia EFE
Libro del estilo urgente
Kurt Eichenwald
El confidente. Una historia real
Joaquín Estefanía
La economía del miedo

Francisco Ferrer Lerín
Bestiario
Joachim Fest
El hundimiento
Domènec Font
Cuerpo a cuerpo. Radiografías del cine contemporáneo
Lászlo F. Földényi
Melancolía
El sudario de la Verónica. Paseos por los museos de Europa
Dostoyevski lee a Hegel en Siberia y rompe a llorar
Goya y el abismo del alma
Ricardo García Cárcel
La herencia del pasado
Víctor García de la Concha
Al aire de su vuelo
Susan George, Sami Naïr, Ignacio Ramonet, Tzvetan Todorov
Frente a la razón del más fuerte
Javier Gomá Lanzón
Ingenuidad aprendida
Todo a mil. 33 microensayos de filosofía mundana
Javier Gomá Lanzón (Dir.), Francisco Calvo Serraller, Juan José Carreras, Antonio Gallego, José-Carlos Mainer, Joan Oleza, Alejandro Vergara Sharp
Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música
Pedro González-Trevijano
Dragones de la política
Luis Gonzalo Díez
Los convencionalismos del sentimiento
José Agustín Goytisolo
Más cerca. Artículos periodísticos
Juan Goytisolo
Pájaro que ensucia su propio nido
Contra las sagradas formas
Genet en el Raval
Félix Grande
Memoria del flamenco
Lynda Gratton
Prepárate: el futuro del trabajo ya está aquí

Michael Hampe

La vida plena. Cuatro meditaciones sobre la felicidad

Amira Hass

Crónicas de Ramala. Una periodista israelí en territorio ocupado

Ayaan Hirsi Ali

Yo acuso. Defensa de la emancipación de las mujeres musulmanas

Carmen Iglesias

El pensamiento de Montesquieu. Ciencia y filosofía en el siglo XVIII

Razón, sentimiento y utopía

No siempre lo peor es cierto. Estudios sobre Historia de España

José Jiménez

El ángel caído. La imagen artística del ángel en el mundo moderno

Frederick Kempe

Berlín 1961. Kennedy, Jrushchov y el lugar más peligroso del mundo

Richard Labévière

La trastienda del terror

Wolf Lepenies

¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea

Jordi Llovet

Adiós a la Universidad. El eclipse de las humanidades

Giles MacDonogh

Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana

Antoni Marí

La voluntad expresiva. Ensayos para una poética

Javier Marías

Donde todo ha sucedido. Al salir del cine

Aquella mitad de mi tiempo. Al mirar atrás

Lección pasada de moda. Letras de lengua

Donella Meadows, Dennis Meadows, Jorgen Randers

Los límites del crecimiento. 30 años después

Eduardo Mendoza

¿Quién se acuerda de Armando Palacio Valdés?

Reinhard Mohn

Aprender del mundo. El éxito a través del humanismo y la libertad

Vicente Molina Foix

Tintoretto y los escritores

Sami Naïr
La Europa mestiza. Inmigración, ciudadanía, codesarrollo
La lección tunecina
Sami Naïr (ed.)
Democracia y responsabilidad. Las caricaturas de Mahoma y la libertad de expresión
El Mediterráneo y la democracia
Pierce O'Donell
En tiempo de guerra. El ataque terrorista de Hitler contra Estados Unidos
Andrés Ortega
La fuerza de los pocos
Andrés Ortega, Ángel Pascual-Ramsay
¿Qué nos ha pasado?. El fallo de un país
José Luis Pardo
La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía
Esto no es música. Introducción al malestar en la cultura de masas
Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos
Gregorio Peces-Barba
La España civil
Perejaume
La obra y el miedo
Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Stéphane Mallarmé, Paul Valéry, T. S. Eliot
Matemática tiniebla
Charles Powell
El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia
Josep Ramoneda
Contra la indiferencia
Marcel Reich-Ranicki
Siete precursores. Escritores del siglo XX
Los abogados de la literatura
José María Ridao
Weimar entre nosotros
Azaña y Ortega y Gasset. Dos visiones de España (ed.)
Elogio de la imperfección
Por la gracia de Dios. Catolicismo y libertades en España (ed.)

Contra la historia
Radicales libres
Alan Riding
Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis
Julián Ríos
Quijote e hijos
Jeffrey D. Sachs
El precio de la civilización
Andrés Sánchez Robayna
Deseo, imagen, lugar de la palabra
Fernando Savater
El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX
Jonathan Schell
El mundo inconquistable. Poder, no violencia y voluntad popular
En primera línea. Crónicas de la guerra de Vietnam
Inge Scholl (ed.)
Los panfletos de la Rosa Blanca
Timothy Snyder
Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin
Mário Soares y Federico Mayor Zaragoza
Un diálogo ibérico en el marco europeo y mundial
Christiane Stallaert
Ni una gota de sangre impura. La España inquisitorial y la Alemania nazi cara a cara
Mark Stevenson
Un viaje optimista por el futuro
Antoni Tàpies
En blanco y negro. Ensayos
Tzvetan Todorov
Elogio del individuo. Ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento
Los aventureros del absoluto
El espíritu de la Ilustración
El miedo a los bárbaros
La literatura en peligro
La experiencia totalitaria
Vivir solos juntos

Goya. A la sombra de las luces
Los enemigos íntimos de la democracia
Eugenio Trías
El canto de las sirenas. Argumentos musicales
La imaginación sonora. Argumentos musicales
Fernando Trueba
Mi diccionario de cine
Armando Uribe
El fantasma pinochet
José Ángel Valente
Diario anónimo (1959-2000)
Paul Valéry
Cuadernos (1894-1945)
Fernando Vallespín
La mentira os hará libres
VV.AA.
Don Quijote alrededor del mundo
Jonathan Weiner
Aferrados a la vida. La extraña ciencia de la inmortalidad
María Zambrano
Esencia y hermosura. Antología
Juan Eduardo Zúñiga
Desde los bosques nevados. Memoria de escritores rusos